NICOLÁS GRIMAL

HISTORIA DEL ANTIGUO EGIPTO

Traducción de
Blanca García Fernández-Albalat y Pedro López Barja de Quiroga.

Transcripción de los nombres egipcios:
José Miguel Serrano Delgado.



Maqueta: RAG
Título original: *Historie de l'Égypte Ancienne*

Los Berrocales del Jarama
Apdo. 400 - Torrejón de Ardoz
Tels.: (91) 656 56 11 - 656 51 57
Fax: (91) 656 49 11
Madrid - España
ISBN: 84-460-0621-9
Depósito legal: M. 37.529-1996
Impreso en Grefol
Móstoles (Madrid)

NOTA SOBRE LA TRANSCRIPCIÓN DEL EGIPCIO

Uno de los problemas más enojosos con los que uno se enfrenta a la hora de ofrecer al lector español una historia del Egipto faraónico escrita originalmente en una lengua extranjera (el francés en este caso) es el de la forma de escribir o presentar los nombres (antropónimos o topónimos fundamentalmente) o sea, el problema de la transcripción. La razón última es que el conocimiento que poseemos de la lengua egipcia, a través de los distintos sistemas de escritura por los cuales nos ha llegado (jeroglífico, hierático, demótico) es aún hoy día imperfecto, afectando muy especialmente a la fonética y a la vocalización.

Los continuos avances de la filología egipcia y la ayuda que se puede recabar del copto, última etapa de la dilatada historia de la lengua egipcia, así como del griego, presente en Egipto sobre todo desde el establecimiento del estado tolemaico, permiten algunos progresos, insuficientes de todas formas a la hora de establecer criterios indiscutibles sobre esta cuestión aceptables para el mundo científico. Cada país con tradición egiptológica (Francia, Gran Bretaña, Alemania, Italia, por citar sólo los más relevantes) tiene, en general, sus propias pautas y costumbres a la hora de transcribir la lengua egipcia a sus repectivos idiomas. Y cada especialista puede, además, poner en práctica sus propias opciones al respecto. Se trata en fin de una cuestión que está lejos de ser resuelta y sobre la que de momento sería preciso insistir en congresos o reuniones internacionales y trabajar para, al menos, normalizar un sistema convencional que el mundo académico en su conjunto acepte y que acabe con la confusión que continuamente se crea entre los estudiosos y los lectores interesados.

Por otra parte, la coexistencia, sin duda inevitable, en cualquier manual u obra de introducción a la egiptología o a la historia de Egipto, de palabras y nombres de origen propiamente egipcio (Osiris, Menfis) con otros de raíz griega (Heliópolis, Elefantina), sin olvidar aquellos –topónimos fundamentalmente– procedentes del árabe, lengua actual del Estado

egipcio (Tell el-Amarna, mastaba, etc.) no hace más que incrementar los problemas a los que nos venimos refiriendo. Baste decir que en más de una ocasión nos hemos encontrado en la obra que presentamos un mismo topónimo escrito en formas diferentes .

Así pues, nuestro empeño a la hora de revisar los nombres egipcios para la traducción castellana ha sido el de regularizar lo más posible las transcripciones y facilitar el uso y disfrute del libro por parte del lector medio español. En una obra como ésta, manual de estudio universitario y obra de aproximación para cualquier persona de nivel cultural medio que esté interesada en el Egipto antiguo, hubiera sido cuando menos inconveniente ofrecer transcripciones eruditas, cargadas de signos diacríticos que sólo un determinado sector de especialistas podrían valorar (y que además suscitarían discusiones). En general, y aun cuando no siempre estemos de acuerdo, hemos respetado las transcripciones del autor, con las sencillas adaptaciones fonéticas que el castellano imponía. Con el objetivo de facilitar la comprensión, hemos procurado recoger las formas tradicionales popularizadas que le resultan familiares al lector español (Amenofis, Ramsés...). No obstante, hay que advertir acerca del mantenimiento de algunos grupos gráficos especiales, que conservamos precisamente para no alterar el aspecto tradicional de muchos nombres egipcios en la bibliografía hispana, pero sobre los que conviene hacer alguna precisión fonética:

kh: aspirante velar sorda, parecida a nuestra j.
dj/tj: ambas en general como nuestra ch.
sh: sibilante sorda, parecida también a nuestra ch.

Nota bibliográfica: Para los problemas de transcripción en general, ver A.H. Gardiner, *Egyptian Grammar*, Oxford, 1957 (r. 1982) y G.Léfèbvre, *Grammaire de l'Egyptien classique*, El Cairo, 1955. Para un intento serio de tratar la cuestión con respecto al castellano ver J.Padró, «La transcripción al castellano de los nombres propios egipcios» *Aula Orientalis* 5 (1987) pp.107-124.

José Miguel Serrano Delgado
Dpto. de Historia Antigua
Univ. de Sevilla

Nota de los traductores:

Para la traducción de los textos incluidos en la presente obra hemos procurado, cuando ha sido posible, acudir a las ya existentes, que proceden directamente de la fuente originaria. He aquí las referencias de los títulos que hemos utilizado.

E. Nácar y A. Colunga, *Sagrada Biblia*, Madrid, 1958.
C. Schrader, *Historia de Heródoto*, libros I y II, Madrid, 1977.
J.M. Serrano, *Textos para la historia antigua de Egipto*, Madrid, 1993.

INTRODUCCIÓN

Escribir una Historia del Egipto faraónico actualmente ya no presenta el carácter aventurero que un intento semejante aún conservaba a comienzos del siglo XX. G.Maspero redactaba por entonces, en pleno apogeo del cientifismo, su monumental *Histoire des Peuples de l'Orient Ancien* y, algunos años más tarde, J.H. Breasted, su *History of Egypt*, dos libros que constituyen, aún hoy día, la base de la mayoría de las obras de síntesis. No hace, sin embargo, tanto tiempo, si tomamos como referencia las Historias de otros períodos, que el peso de la Biblia y de la tradición clásica dotaba a la civilización egipcia de unos contornos borrosos, como lo atestiguan las grandes disputas cronológicas que nos ha legado el siglo XIX.

En estas disputas se enfrentaban, por un lado, los partidarios de una cronología llamada «larga», que eran, generalmente, quienes se hallaban más alejados de un uso científico de las fuentes documentales, y, por otro, los defensores de una historia menos poética y más apegada a los datos de la arqueología. El debate ha terminado apaciguándose y hoy en día se acepta generalmente una cronología «corta», con la que casi todo el mundo está de acuerdo, dentro de un margen de una pocas generaciones. Con todo, si hay un acuerdo sustancial en cuanto a los dos primeros milenios, los recientes progresos de la investigación han trasladado el problema a los primeros instantes de la Historia y han planteado, bajo una luz nueva, la cuestión de los orígenes de la civilización. No deja de ser paradójico que la egiptología (de las ciencias que estudian los periodos más remotos de la Antigüedad, una de las más jóvenes, pues nació hace tan sólo poco más de siglo y medio, con Jean-François Champollion) se encuentre, hoy, en la punta de lanza de las investigaciones sobre los orígenes de la humanidad.

La cultura faraónica ha fascinado siempre a quienes tomaban contacto con ella, incluso aunque no fuesen capaces de comprender los mecanismos profundos de un sistema cuyas realizaciones dan imagen de perennidad y de sabiduría inamovibles. Los viajeros griegos, que no estaban en condiciones de poder transmitir sus valores esenciales a sus respectivas ciuda-

des, divulgaron al menos, y por fortuna, la imagen que ellos habían venido buscando: la de una fuente del pensamiento humano, respetable y misteriosa, la de una etapa ilustre, pero sólo una etapa, comparada con la perfección del modelo griego.

Sus descripciones de la civilización egipcia y de su entorno reflejan esta atracción que sienten y, al mismo tiempo, una cierta reserva frente a costumbres que el desconocimiento casi inevitable de las fuentes escritas, volvía sospechosas. Los griegos emprendieron una exploración sistemática del país: relataron la realidad contemporánea con Heródoto en el siglo V antes de nuestra era; la geografía a través de la pluma de Diodoro de Sicilia y, en la generación siguiente, de Estrabón, a quienes una prolongada estancia «sobre el terreno» les había permitido familiarizarse con el Valle del Nilo; los arcanos religiosos gracias a Plutarco, dos siglos más tarde. Paralelamente a estos últimos, otros trabajos bebían directamente de las fuentes propiamente egipcias, redescubiertas bajo los soberanos lágidas gracias a investigaciones como las de Manetón y, luego, las del geógrafo Tolomeo.

La mirada que los romanos, a su vez, dirigieron a Egipto no se detuvo tan sólo en las riquezas del país ni en la fortuna de los herederos de Alejandro, aunque siguiendo el rastro de este último viajaran hasta allí Antonio, César, Germánico, Adriano, Severo y otros. Plinio o Tácito no persiguieron un objetivo diferente al de sus predecesores griegos, historiadores y geógrafos. Pero el interés por Egipto, foco de erudición privilegiado de los herederos de Aristóteles, como Teofrasto, obedecía también a una atracción profunda hacia los valores orientales. Las primeras manifestaciones de esta atracción pudieron percibirse en Roma, al comienzo del siglo II a.C., cuando la Ciudad, creyéndose amenazada en su misma estructura por la difusión de los cultos orientales disfrazados bajo los rasgos griegos de las Bacantes, adoptó, en el 186, un senadoconsulto inspirado por Catón: los valores tradicionales fueron así salvaguardados por un tiempo del acoso incontrolable de Oriente, al precio de varios miles de muertos.

Las ciudades griegas debieron someterse al *imperium* romano, que heredó de Alejandro una nueva imagen de Oriente; de los depositarios del poder de Re recibió la realeza helenística la autoridad sobre el universo, abriéndose así el camino hacia la dominación solitaria de Roma sobre todo el mundo conocido. La unión del nuevo señor de este mundo con Cleopatra, última descendiente de los faraones (aunque tal descendencia fuera ficticia), consagrando la asociación de Helios y de Selene, sellaba la fusión de Oriente y Occidente.

La unión, sin embargo, fue breve, y Augusto, como Catón en otro tiempo, destruyó el fruto que de ella había nacido y que hubiera sido tan peligroso como las Bacanales para el equilibrio del imperio naciente, haciendo asesinar a Cesarión tras la toma de Alejandría el 30 antes de nuestra era. Egipto, convertido en propiedad personal del emperador, entró así a formar parte, definitivamente, de los vasallos de Roma; conservaba, sin embargo, su antigua aura de sabiduría y de ciencia, revivificada y transmitida ahora, por la *koiné* mediterránea, al nuevo centro de gravedad del universo.

Dos imágenes, por lo tanto, se superponen. La primera es la de la civilización helenística de Egipto, que conocemos a través de obras como la de Teócrito. Ambas culturas se unen en una armonía que puede percibirse en Apolonio de Rodas y en toda la corriente alejandrina de pensamiento. La segunda se vincula a una tradición que cabría ya calificar de «orientalizante», ilustrada por Apuleyo o por Heliodoro de Emesa. Esta última insiste en los aspectos misteriosos de la vieja civilización egipcia, avanzando en el mismo sentido que la filosofía: el neoplatonismo dio origen, mediante la renovación del pitagorismo, a la corriente hermética que caracteriza, en Oriente, los comienzos del Imperio. El hermetismo será, con la Cábala más tarde, el medio principal de acceso a una civilización que se había vuelto definitivamente incomprensible debido al monopolio cristiano. Esta corriente esotérica se ve reforzada por la difusión de los cultos egipcios por toda la extensión del Imperio, que van divulgando, a través de las figuras de Osiris, Isis y Anubis, la pasión del arquetipo del soberano egipcio, percibida como uno de los modelos de supervivencia tras la muerte.

Todo esto cambia en el 380 después de Cristo, con el edicto en el que Teodosio convertía al cristianismo en la religión oficial del estado, prohibiendo los cultos paganos. Teodosio condenaba así, irremediablemente, al silencio a la civilización egipcia. El cierre de los templos, que Constancio II intentó el 356 y que se consumó el 391, con la masacre de los sacerdotes del Serapeo de Alejandría, significaba, más allá del fin de toda práctica religiosa, el abandono de toda la cultura subyacente, transmitida mediante una lengua y una escritura cuya continuidad sólo los sacerdotes podían garantizar. Los cristianos se vengaron cruelmente de las persecuciones de los «idólatras», saqueando los templos y las bibliotecas y masacrando a las elites intelectuales de Alejandría, de Menfis, de la Tebaida. Los últimos en sufrir este acoso fueron las regiones de la Baja Nubia y del Alto Egipto, debido a su situación geográfica en el *limes* imperial que les forzaba a desempeñar el papel de resistentes, para el cual les había preparado una larga tradición de conflictos con los antiguos colonizadores del valle del Nilo. A partir de mediados del siglo VI, tras la clausura definitiva del templo de Isis en Filas, un prolongado velo de silencio recubre templos y necrópolis, abandonados al pillaje y disponibles para nuevos usos, que convertían a las capillas en viviendas o establos o en simples canteras, pasando, naturalmente, por la transformación de los santuarios en iglesias. Durante más de cinco siglos, se constituirán en Karnak conventos y monasterios, sobre cuyos muros los ojos fatigados de los antiguos dioses contemplaban el nuevo culto a través de los desconchones de un basto enlucido.

Los enclaves urbanos tuvieron más suerte. Como la crecida anual del Nilo y el aprovechamiento de las tierras impedía trasladar a los habitantes de sitio, las ciudades antiguas no han sufrido abandono. Muchas ciudades modernas, especialmente en el norte del país, pero también en el sur, no son otra cosa que la última etapa de una superposición progresiva que a menudo se remonta a los mismos orígenes de la Historia.

Algunos templos han conservado incluso su carácter de lugares sagrados, un poco como si el sentido profundo del sincretismo religioso de los

antiguos hubiera dejado huella en sus descendientes, hasta el punto de hacerles conservar esos *temenoi*, que, de este modo, proporcionan estratigrafías milenarias. La acumulación que, en el templo de Luxor, separa el suelo del patio de Ramsés II de la mezquita de Abu el-Haggag representa más de dos mil años. Este lugar ha conocido, sucesivamente, las invasiones asiria, persa, griega y romana, junto con la instalación de un campamento militar, y también toda la variedad de cultos del Imperio, el cristianismo y, finalmente, el Islam. En honor del santo a quien está consagrada la mezquita, se lleva a cabo, aún hoy en día, una procesión anual de barcas que no deja de recordarnos aquéllas que, en otro tiempo, conducían a Amón-Re de un templo al otro. No es éste un ejemplo aislado, pues los enclaves de este modo conservados abundan en el Valle y en el Delta o en lugares apartados como el oasis de Dakhla; aquí, otra mezquita, la de la antigua capital ayubita de el-Qasr descansa igualmente sobre una estratigrafía continua cuya base probablemente corresponda a la dinastía XVIII o incluso quizás, al Imperio Medio.

El arqueólogo se congratula de esta acumulación que conserva el pasado, pero es claro que el historiador no puede sacar inmediato provecho de ella. Habiendo perdido su lengua y su religión, sometido a las leyes del vencedor que transformaron o alteraron sus estructuras originales (la aplicación al país del derecho romano, por ejemplo, levantó una barrera que es muy difícil derribar para encontrar tras ella las huellas del derecho indígena anterior), Egipto se ha visto bruscamente separado de sus valores tradicionales. El cristianismo egipcio, que reivindica con razón el primado histórico y religioso sobre Oriente, ha desarrollado una civilización original y muy rica, tanto en el arte como en la historia del pensamiento; pero es innegable que, al tiempo, ha hecho tabla rasa de los antiguos valores. En contrapartida, los coptos han otorgado carta de naturaleza al pensamiento popular, muy alejado de los cánones religiosos. Su influencia en el arte y en la arquitectura es evidente, aunque sólo fuese por el esplendor de los tapices figurados o el tratamiento de los rostros en las estatuas yacentes funerarias, que desembocó en esos extraordinarios retratos popularizados por los talleres de El Fayum. Este arte prefigura también la aportación islámica, que renovó las técnicas ornamentales e introdujo la cúpula en arquitectura. De un modo semejante, el monaquismo, desde mediados del siglo III con Pablo el egipcio, supuso el surgimiento de una tradición original, cuya actual vigencia indica hasta qué punto forma parte del patrimonio profundo de Egipto.

El Islam, flexible y tolerante en el momento de la conquista, pero más estricto después, permitió que se desarrollaran nuevos valores, esenciales en el Egipto contemporáneo, pero muy alejados del tiempo de los faraones, a quienes la tradición religiosa, retomando algunos temas difundidos por escoliastas como el (pseudo) Beroso, consideraba los opresores de la verdadera fe. Ramsés II, en particular, representado ante todo como el adversario de Moisés, se convirtió en el paradigma del mal. Hubo que esperar a finales del siglo XIX, y después, a la creación de la República Arabe de Egipto, para verlo reintegrado a la Historia por los manuales escolares y

convertido, al hilo de los azares y de los cambios de la política contemporánea, en uno de los símbolos de la unidad de la nación árabe y, en general, de su pasada grandeza.

Necesariamente, pues, la Historia, desde el siglo V de nuestra era, tuvo un conocimiento deformado de los faraones. El abandono progresivo del copto, en beneficio del árabe, cortó el último lazo con la Antigüedad. De ésta se apoderó la leyenda, según una tendencia natural que había prendido ya entre los súbditos de los faraones, quienes atribuían de buena gana a sus antiguos reyes aventuras dignas de *Las mil y una noches*. Rápidamente, el pasado, que cabía imaginar glorioso a juzgar por algunos monumentos que surgían de las arenas del desierto, excitó la codicia por las riquezas entrevistas al azar de las excavaciones clandestinas que también forman parte de la tradición eterna de Egipto. Se pusieron en circulación algunos libros, como el *Livre des perles enfouies*, para guiar a los cazadores de tesoros, en un mundo poblado de espíritus donde Bes se convirtió en el gnomo Aitallah y Sekhmet, en una terrible ogresa, sin olvidar al gigante Saranguma... Los sabios, por supuesto, se burlaban de los insensatos que perseguían tales quimeras. Pero si Ibn Khaldum supo fustigar su locura, esto no impidió que el califa Al-Mamún, el hijo del célebre Harum al- Rashid, agrediese a la pirámide de Kheops. Dio comienzo así un proceso que, entre saqueadores y canteros, dejó a las pirámides de Giza desprovistas de su misterio y de los bloques de piedra calcárea que hasta entonces las recubrían y que habrían de servir para la construcción de los palacios de la ciudad mameluca y otomana de El Cairo.

La memoria del país, abandonada completamente a los cazadores de tesoros, a los canteros y a los caleros, fue de este modo transformada por los nuevos ocupantes. Algunos acontecimientos importantes y algunas creencias profundas sobrevivieron casi inalteradas a través de personajes como Abu el-Haggag. Aquello que no se comprendía se procuraba interpretarlo a través de la única vía admitida para llegar a los orígenes: los textos sagrados. Los cristianos, como los musulmanes, acometen esta investigación de las fuentes; para ellos, Egipto es la tierra bíblica por excelencia, de Babilonia a los caminos del Éxodo, y en este punto todos coinciden, tanto coptos como cristianos de Occidente.

Estos últimos descubren el país gracias a las peregrinaciones y a las Cruzadas, y lo contemplan como creyentes, herederos de las tradiciones de la civilización grecobizantina. El ejemplo más célebre de esta deformación es el nombre mismo de las pirámides. La palabra que se empleó para estas grandes construcciones en piedra, que todos admiraban deteniéndose en El Cairo camino de los Santos Lugares, es griega. En esta lengua, designa un pastel de trigo candeal, sin duda porque les evocaba su forma a estos primeros «turistas». Luego, partiendo de una etimología reconstruida a partir del nombre del trigo candeal, *pyros*, que se encontraba en el origen de la palabra, la tradición interpretó las pirámides como antiguos silos para el trigo, hasta tal punto se había olvidado su verdadera función. Les pareció algo normal a nuestros peregrinos, para quienes Egipto era, ante todo, un

gran exportador de cereales, ver en ellas los graneros en los que José acumuló el grano durante los años de escasez.

Con estos recuerdos de la Biblia, se mezclaba el de las maravillas que, desde comienzos del siglo IV d.C. habían encantado a los emperadores, grandes coleccionistas de obras de arte egipcias y de obeliscos, que son aún el orgullo de Roma y de Estambul. El renacimiento asistió a un retorno del exotismo arquitectónico y las esfinges egipcizantes competían con las pirámides de piedra o de madera en los jardines europeos. Pero hubo que esperar a la segunda mitad del siglo XVI, es decir, a la reapertura de las relaciones comerciales tras la conquista turca (reapertura que otorgó a Francia el papel que Venecia había desempeñado hasta el siglo anterior), para que Egipto se ponga definitivamente de moda.

Los relatos de los viajeros que visitaron Egipto siguiendo el rastro de sus predecesores árabes (Abu Salih, Ibn Battuta, Ibn Jobair y otros) contribuyeron mucho a esta moda. Entre ellos, convendrá recordar la peregrinación del dominico Félix Fabri o el viaje que realizó el botánico Pierre Belon du Mans en el séquito del embajador enviado por Francia ante la Sublime Puerta, inmediatamente después de la conquista. Tales relatos sacrifican muchas cosas a las leyes del género, como ocurre con los de Jean Palerne, Joos van Ghistele (quien fue a la búsqueda del misterioso reino del Preste Juan), Michael Heberer von Bretten, Samuel Kiechel, Jan Sommer, y muchos otros. Tal vez era precisamente su carácter artificial lo que les hacía atractivos; en todo caso, se leyeron mucho.

Conviene reservar, en esta enumeración sumaria, un lugar aparte a escritores como Maqrizi o, más próximo a aquellos viajeros, León el Africano. Algunos como Cristophe Harant siguen fielmente los pasos de los autores clásicos, esencialmente Estrabón y Diodoro, dados a la imprenta por primera vez a finales del s. XV. Otros quieren retomar su mismo espíritu científico; así, el geógrafo André Thevet o el médico de Padua, Prosper Alpin, quien, gracias a una estancia de cuatro años en Egipto, y a un conocimiento profundo de la obra de sus predecesores, de Heródoto a P. Belon du Mans, pasando por Avicena, Tolomeo, Diodoro, Plinio, etc., pudo escribir tres obras sobre la fauna, la flora y la medicina que siguen siendo, aún hoy, modélicas.

Cabría esperar que los viajeros del siglo XVII hubieran seguido esta vía más científica o, al menos, mejor documentada. No fue así, sin embargo, a pesar de la creciente moda orientalizante, alimentada por la política exterior de Colbert y por obras de tema turco como *Le Bourgeois Gentilhomme*. Comerciantes, diplomáticos o simples turistas se limitan a las descripciones convencionales y a menudo inexactas que apenas van más allá de la región de El Cairo. Rara vez aportan datos relevantes y, en general, se limitan a dar información más práctica que científica o histórica. Es el caso de George Christoff von Neitzschitz, Don Aquilante Rocchetta, Johann Wild, cuyas aventuras son dignas de una novela picaresca, y muchos otros. Se tiende más bien a la observación del Oriente contemporáneo, ya sea en los viajes breves o durante largas estancias en la nueva «nación francesa» de Egipto; el Padre Coppin es un buen ejemplo...

Es ésta la época en que nacen los «gabinetes de curiosidades», que renuevan la moda de las antigüedades y prefiguran las grandes colecciones de los principales museos de Europa. Viajeros y eruditos se aprovechan del redescubrimiento de la civilización egipcia, que se hace un poco al azar, a medida que se van exhumando momias. Se obtiene de ellas un polvo soberano para regenerar, entre otras cosas, las tierras cultivables europeas, hasta el punto de que los ingleses construyeron en su país «molinos de momias», para satisfacer una demanda creciente. Se lee mucho a los autores antiguos, y Heródoto es el primer guía que uno se lleva para viajar a un Egipto que estaba de moda desde antes de la Revolución Francesa.

Algunas figuras destacan entre estos viajeros, cada vez más «profesionales», a partir de Thévenot: arqueólogos y anticuarios como el Padre Vansleb, Lucas o Fourmont, médicos como Granger, exploradores como Poncet y Lenoir. Poco a poco, el antiguo Egipto va reapareciendo a través de algunos enclaves importantes: hacia 1668 se redescubre Karnak, conocido desde finales del siglo XV por la carta de Ortelius y por el relato del Veneciano Anónimo, y Menfis casi un siglo más tarde. Incluso apareció una obra consagrada exclusivamente a las pirámides, en Londres, en 1641.

En el siglo XVIII aparecen los análisis científicos: Norden, Pococke, Donati, las relaciones del Padre Sicard, Volney, Balthazar de Monconys, el amigo de Athanase Kircher, cuyos trabajos inspiraron los de Champollion, Savary, y muchos otros, que sirvieron de preparación, a su manera, para la Expedición a Egipto, el gran punto de inflexión de la egiptología. El enfrentamiento entre las naciones tras la Revolución Francesa dio lugar a grandes esperanzas, abriendo un campo casi ilimitado para la sed de conocimientos de los herederos de la *Encyclopédie*. Los jóvenes sabios que acompañan al ejército de Bonaparte emprenden una monumental *Description de l'Égypte*, que tiene en cuenta no sólo la fauna, la flora y los recursos del país sino también todas las formas de arquitectura y de arte, todas las civilizaciones, en suma, que allí se habían sucedido.

Durante algunos meses, al precio de calamidades sin cuento, pero con un valor, una tenacidad y una precisión dignas de elogio, acumularon una gran masa de documentos que iba a alimentar no sólo el proceso de desciframiento sino también un buen número de síntesis modernas. En adelante, el orientalismo dejará de ser una moda para convertirse en una corriente literaria y artística. Las obras se multiplican, de Gérard de Nerval a Eugène Delacroix, pasando por el estilo denominado «regreso de Egipto», los maravillosos dibujos de James Owen y de David Roberts, que unen perfectamente temas orientalizantes y precisión arqueológica, sin olvidar trabajos ligados menos a Egipto que al nacimiento del imperio colonial: Gérôme, que visitó, en compañía de Paul Renoir y de Bonnat, el Sinaí, con motivo de la inauguración del canal de Suez, Fromentin, Guillaumet, Belly, cuyos «Peregrinos camino de La Meca» provocaron un escándalo en el Salón de 1861... Entre tanto, los trabajos de Thomas Young en Inglaterra y los de Jean-François Champollion en Francia habían fundado la moderna egiptología.

En 1822, tras muchas dificultades, debidas tanto a los cambios políticos, que le tuvieron de un lado para otro, entre Grenoble, París, Figeac, como a la resistencia que le opusieron las autoridades científicas, Jean-François Champollion expuso, en la *Lettre à M.Dacier*, las bases de su método de desciframiento de los jeroglíficos, que desarrolló el año siguiente en un *Précis du système hiéroglyphique*. Sus detractores trataban aún de encontrar un fallo en su sistema mientras él se sumergía en las grandes colecciones amasadas por aventureros atraídos por un país que se aparecía ante ellos como un mundo nuevo. Rastrean los yacimientos por encargo de cónsules extranjeros en Egipto y se aprovechan del desarrollo del país bajo Mehemet Alí y sus sucesores; conocido es el sorprendente duelo en el que participaron Giambattista Belzoni, que trabajaba por encargo de Henry Salt, y Bernardino Drovetti, este último secundado, entre otros, por el marsellés Jacques Rifaud. Estos enfrentamientos épicos, más próximos a los *rezzu* que a la arqueología, constituyen el origen de los primeros fondos del British Museum, del Louvre y del museo de Turín.

Fue precisamente esta última colección, reunida por Drovetti y vendida en 1824 al rey de Cerdeña, la que dio a Champollion la ocasión de ser el primero en utilizar las listas reales. Escribió también un *Panthéon*, la primera descripción de la religión egipcia, y para terminarlo viajará, !por fin!, a Egipto. Anotará y copiará a su regreso una enorme masa de documentos que serán publicados, cuarenta años después de su muerte, en los *Monuments d'Égypte et de Nubie*. Una vez regresado a París, apenas tuvo tiempo de dar algunas clases en la cátedra creada para él en el Collège de France; murió el 4 de marzo de 1832, con cuarenta y dos años, tras haber definitivamente fijado las bases de la lengua egipcia en una *Grammaire égyptienne*, que no será publicada hasta 1835.

De este modo, Francia pasaba a ocupar un lugar preeminente en la naciente egiptología. La obra de los sucesores de Champollion habrían de confirmarla en ese puesto, principalmente, la desarrollada por A.Mariette sobre el terreno. Su forma de excavar grandes yacimientos como Saqqara o Tanis resulta casi indefendible desde la perspectiva de la arqueología moderna. Aún así, debe reconocerse que no se limitó a ser el afortunado excavador del Serapeo, de Karnak o de Tanis. Supo aprovechar sus propios hallazgos y también aquéllos, más o menos fortuitos, que el azar le llevó a conocer. Sobre todo, logró, gracias a su firmeza, convencer al virrey Said para que éste sentara las bases de un organismo capaz de poner fin a la salida masiva de las antigüedades hacia los museos europeos y de asegurar su conservación *in situ*.

Entre el museo de Boulaq y el de El Cairo, comenzó a constituirse el mayor conjunto existente de testimonios sobre la civilización faraónica. Al mismo tiempo, el Servicio de Antigüedades garantizaba poco a poco la explotación científica de los yacimientos, limitando el pillaje. Las rivalidades que, en otro tiempo, enfrentaron a las naciones europeas durante casi un siglo no afectaron realmente al trabajo de sus delegaciones en Egipto, salvo en periodo de guerra. La expedición prusiana, de 1842 a 1845, y los *Denkmäler aus Ägypten und Äthiopen*, publicados diez años

más tarde por Richard Lepsius, proporcionaron a la comunidad científica una tercera colección de inscripciones y de monumentos, que aún hoy sigue utilizando.

A finales del siglo XIX, la egiptología se consagra definitivamente como ciencia y se produce el segundo punto de inflexión de su historia, tanto por los descubrimientos sobre el terreno como por el aprovechamiento que se hace de ellos y la aparición de instituciones capaces de mantener esta línea. Entre los sucesores de Auguste Mariette, Gaston Maspero ocupa un lugar destacado: descubridor de los *Textos de las Pirámides* y director del Servicio de Antigüedades, logró salvar del pillaje a la mayoría de las momias de la Tebaida; fue también el fundador de la escuela francesa, desde la cátedra de Champollion, en la que él sucedió a de Rouge. Puede ser considerado como uno de los padres de la arqueología moderna, con Henri Brugsh, en Alemania, y Sir Fl.Petrie, en Gran Bretaña. Este último estableció las reglas de la arqueología científica, en 1898 en el marco de la British School of Archaeology.

En el paso del siglo XIX al XX, las potencias europeas constituyeron, a partir de sus instituciones museológicas y universitarias, los organismos que han dado origen a la investigación actual: Mission Archéologique Française en 1880, transformada en Institut Français d'Archéologie Orientale en 1898, Egypt Exploration Fund, Deutsche Orient Gesellschaft. Los progresos de los medios de comunicación exageran los descubrimientos que se van sucediendo: la capital de Akhenatón en Tell el-Amarna, antes de la guerra de 1914, la tumba de Tutankhamón en 1922, la necrópolis de los reyes de Tanis en 1939, la gran barca de Kheops en 1954, el salvamento de los monumentos de Nubia en los años sesenta, por no citar más que algunos ejemplos importantes. El tesoro de Tutankhamón, sobre todo, atrajo la atención del público hacia la egiptología, debido a la exposición itinerante que se realizó hacia los años setenta, exposición cuyo éxito permitió que fuera seguida de varias otras, sobre temas similares, pero debido también al misterio que parecía rodear a su descubrimiento y que se vinculaba a una corriente siempre viva, alimentada, en su origen, por las fuentes del hermetismo y de la Cábala, y resaltada por los movimientos iniciáticos. Debemos a esta corriente el desarrollo de grandes temas isíacos, de la *Flauta mágica* a *Aida*, cuyo libreto escribió A.Mariette, pasando por el culto de Isis en Notre-Dame de París durante la Revolución, e igualmente un buen número de interpretaciones esotéricas de la religión egipcia, aplicadas a las pirámides, la religión, etc.

El descubrimiento de H.Carter, por la cantidad de objetos preciosos que sacó a la luz, más que por su importancia histórica, que no se aprovechará realmente hasta más tarde, proporcionó precisamente al público esta imagen: una mezcolanza, en la que sobresale el misterio, con su cortejo de tesoros y de maldiciones –dos palabras estrechamente unidas a los faraones– que dotaron al egiptólogo de un aura novelesca.

La interacción de todos estos elementos y el fulgurante desarrollo del turismo de masas no dejaron de acentuar el desequilibrio, ya consolidado

de hecho, entre la imagen extendida entre el público –y buscada por él– y la realidad de una ciencia, cuya juventud se tiende a minimizar y a empequeñecer el largo camino que le queda aún por recorrer para llegar siquiera a describir en sus menores detalles una civilización tan rica.

Los progresos realizados estos últimos años en el conocimiento del Egipto «anterior a los faraones» ponen en entredicho los límites de la civilización tradicionalmente establecidos. Nos hallamos muy lejos de los «cuarenta siglos» que separaban a Bonaparte de las pirámides. Una vez dado el paso decisivo consistente en liberar a Egipto de la influencia de la Biblia, los avances en nuestros conocimientos y en nuevas técnicas no han cesado, desde fines del siglo XIX, de afinar la cronología y de alejar de nosotros los orígenes de la civilización.

La civilización faraónica está, quizás más que ninguna otra, en el corazón del debate sobre la noción de Historia: su duración excepcional en el interior de un marco rígido refuerza la oposición clásica entre Historia y Prehistoria, con la aparición de la escritura como barrera implícita entre ambas. El corte se considera que tiene lugar en el IV milenio antes de nuestra era. Esta fecha resultaba cómoda hasta hace pocos años, en la medida en que encontraba correspondencia en Mesopotamia, lo que conducía de nuevo a la problemática bíblica: bastaba con otorgar a la Baja Mesopotamia un «claro avance» sobre Egipto para que el lugar de aparición de la escritura coincidiera con el supuesto para el paraíso terrenal. Además, el IV milenio tenía la ventaja de semejar una etapa decisiva en la evolución del Hombre, por la aparición de estructuras sociales que testimonian su alejamiento de la fase de dependencia de la naturaleza: obtuvo entonces el dominio sobre ésta pasando definitivamente a la condición de agricultor sedentario, tanto en las márgenes del Nilo como en las del Eufrates.

Resulta, pues, fácil establecer la separación entre el nivel alcanzado por la civilización, confirmado por la invención de la escritura, y la fase considerada preparatoria, cuya duración depende del punto de partida adoptado: máxima, desde el punto de vista de los prehistoriadores, y muy restringida si se acepta una definición estrecha de historicidad.

Esta problemática, que podía parecer, hasta hace poco más de medio siglo, una disputa de escuela darwiniana, ha tomado una dimensión nueva desde el momento en que el sistema de datación vinculado a la erosión fluvial, diseñado por Boucher de Perthes para el valle del Somme, fue aplicado por K.S. Sandford y A.J. Arkell al valle del Nilo: la asociación de vestigios de la actividad humana a los cortes geológicos proporcionaba un asidero a los datos arqueológicos que, al no estar estratificados, no podían entrar en un sistema de «fechas de sucesión» como el definido por Fl.Petrie a principios de siglo. Incluso aunque los análisis más recientes de paleoclimatología y de geología, como los de K.Butzer y R.Saïd, han modificado la escala de tales fechas, resulta, desde la Segunda Guerra Mundial, evidente no sólo que la «prehistoria» de los faraones tenía una amplitud insospechada sino también que presentaba una tal variedad y, en muchos aspectos, unos rasgos tan acabados que era difícil ver en ella tan sólo una etapa preparatoria.

A todo ello se añade el hecho de que nuestro conocimiento de la prehistoria egipcia es aún muy parcial desde los trabajos fundamentales de G. Caton-Thompson, en El Fayum y, sobre todo, en el oasis de Kharga, o de J.Hester y P.Hoebler en el de Dunkul. Muchos de los elementos que ha proporcionado la exploración sistemática de la Baja Nubia no se han publicado aún totalmente, y vastas zonas tienen todavía mucho que enseñarnos, como por ejemplo el oasis de Dakhla, el Gebel Uweinat, y, más al oeste, Kufra y el Darfur. Sin ir tan lejos en el espacio o en el tiempo, en nuestro conocimiento del Egipto más antiguo abundan las lagunas, aunque trabajos recientes, sobre todo, los del Delta, arrojen nueva luz sobre la época predinástica; para persuadirse de ello, basta con recordar que el descubrimiento del yacimiento prehistórico de el-Kab por P.Vermeersch se remonta tan sólo a 1968.

La importancia del periodo prehistórico como historia no escrita no se ha dejado sentir con todo su peso hasta que antropólogos y etnólogos nos permitieron conocer civilizaciones como las de la América precolombina o, más cerca de nosotros, del Africa negra. El alto grado de refinamiento alcanzado por algunos imperios sin ninguna clase de tradición escrita, ha obligado a revisar los criterios con los que establecer el nivel de desarrollo de una sociedad. Esta modificación de perspectiva ha favorecido, a su vez, la extensión de los métodos de investigación de los prehistoriadores más allá del campo que les es propio, y la arqueología ha comenzado a interesarse por otras cosas, aparte de la cronología relativa de los yacimientos; no podía ser de otra forma, en la medida en que, tras más de un siglo de hallazgos, los egiptólogos, que empiezan a ver el final del prolongado proceso de recolección de inscripciones en piedra y a ver cómo los hallazgos papirológicos se van haciendo menos frecuentes, se han centrado en yacimientos hasta entonces olvidados en tanto que menos ricos en documentación escrita.

El estudio de los yacimientos urbanos realizado estos veinte últimos años, tanto en el valle del Nilo como fuera de él y la mayoría de las veces motivado por el alocado crecimiento de las grandes aglomeraciones y llevado a cabo, por tanto, mediante excavaciones de urgencia o mediante prospecciones, ha dejado obsoleta la vieja oposición entre filología y arqueología, según la cual sólo la primera sería capaz de explicarnos una civilización, no siendo la segunda nada más que una disciplina ancilar consagrada a las bajas tareas de la recolección de documentos.

Estos puntos de vista, diferentes y más abiertos, han favorecido la eclosión de nuevas técnicas que proporcionan, con mayor rapidez, dataciones más seguras. Todos los métodos basados en el análisis de la radioactividad, el público los conoce ya sobradamente (carbono 14, análisis de diversos isótopos y, más recientemente, la termoluminiscencia y el análisis de los restos de potasio-argón), como también son conocidas la dendrocronología, la palinología, etc. También han evolucionado los métodos mismos de investigación: se emplean la fotografía aérea o los estudios topográficos y arquitectónicos por estereofotogrametría y el tratamiento informático de

los datos, llegando incluso a la reconstrucción axonométrica de edificios realizada directamente por ordenador...

Más allá de los progresos técnicos, estos nuevos métodos de trabajo han modificado las reflexiones de los investigadores, y se ha impuesto la idea de que un trozo de cerámica puede, a veces, resultar tan importante para nuestra comprensión del pasado como un grano de polen o un fragmento de papiro. El historiador, enfrentado a esta multiplicación de sus fuentes, se encuentra, por tanto, en la necesidad de abrir su método de trabajo a disciplinas diversas.

PRIMERA PARTE

LOS PERÍODOS DE FORMACIÓN

CAPÍTULO I

DE LA PREHISTORIA A LA HISTORIA

MARCO GENERAL

La civilización egipcia da, a primera vista, la impresión de constituir un todo coherente, al cual una duración fuera de lo común le confiere un lugar especial en la historia de la humanidad. Parece surgir, ya completamente formada, hacia mediados del IV milenio antes de nuestra era y prolongarse hasta fines del siglo IV d.C., y estos casi cuarenta siglos producen una impresión de estabilidad inamovible en torno a una institución política que nada, ni siquiera las invasiones, logró poner en entredicho.

El país posee en sí mismo una clara unidad geográfica, por lo que cabe preguntarse si no será ésta la causa de una tal estabilidad: una larga franja de tierras cultivables, que se extiende sobre más de mil kilómetros entre los 24° y los 31° grados de latitud norte, formada por el curso inferior del Nilo, que se abre paso, desde Assuán al Mediterráneo, entre la meseta libia y la cordillera arábiga, que es, por su parte, una prolongación del escudo nubio. Con una anchura que no sobrepasa en ningún caso los cuarenta kilómetros, este valle, desde el Olduvayense (es decir, hace alrededor de un millón de años) hasta época histórica, y debido a las alternancias climáticas que fueron convirtiendo al Sáhara en la zona árida actual, constituía una de las regiones del Africa oriental menos hostiles al desarrollo de la vida.

Conviene, sin embargo, matizar, según las épocas, la imagen tradicional de un valle acogedor para el hombre. El desarrollo de los estudios de geomorfología, así como la prospección de las zonas desérticas y subdesérticas occidentales (vinculada esta última en su origen al proyecto de la presa de Assuán y luego a la tarea de búsqueda en el desierto libio de nuevas tierras que compensen a las ya agotadas del valle) han modificado bastante nuestra visión general del pasado de Egipto. Un mejor conocimiento de los mecanismos generales de la formación de los suelos, en particular gracias a los trabajos de R.Saïd y a las exploraciones de R.Schild y F.Wendorf, cuyos resultados se han publicado estos últimos años, ha permitido

matizar algunas teorías propuestas a principios de siglo y aún repetidas con frecuencia en las obras generales. En concreto, se ha replanteado el papel que desempeñaron las depresiones lacustres de la meseta libia. Las excavaciones en curso en los oasis originados por aquéllas permiten apreciar mejor su función en el curso de la migración de la vida organizada hacia el valle del Nilo. La teoría del «Urnil», que se habría constituido tras la retirada del mar eocénico entre el reborde libio y el valle actual, ha de matizarse hoy, al igual que la idea de un valle exuberante en los momentos en que los hombres comenzaron a habitarlo por primera vez.

La formación

El momento en que se produce este poblamiento plantea el problema de la duración y la extensión geográfica de esta cultura: ¿cómo fijar un punto de partida que explique los orígenes de la civilización faraónica, pero respetando la naturaleza propia de un periodo anterior mucho más extenso?

La documentación sugiere establecerlo a finales del periodo pluvial Abbasia, en el Paleolítico medio, es decir, hacia 120.000-90.000 antes de nuestra era. En efecto, se considera actualmente que, simplificando mucho, el poblamiento del desierto tuvo lugar después de este largo periodo, cuando, por decirlo así, se abrió esta zona a la expansión de la cultura achelense que se desarrollaba en las márgenes del Nilo. Esta última es el eslabón final de una cadena cuyo rastro más antiguo, hallado en las proximidades del templo rupestre de Abu Simbel, se remonta, verosímilmente, a unos 700.000 años antes de nuestra era, es decir, a finales del Pleistoceno reciente. A partir del Olduvayense la presencia humana es, pues, contínua en el valle, al menos de El Cairo a Tebas y Adaima, en Egipto y en Nubia durante todo el Achelense.

Esta fase del pleistoceno reciente constituye una ruptura entre el Pluvial pliocénico (a partir de 100.000 antes de nuestra era), que es la época del Paleonilo, con abundante vegetación debido a precipitaciones regulares e intensas, y el Pluvial Edfon, que reproduce estas mismas condiciones climáticas, pero tras un largo periodo de extrema aridez que dura alrededor de un millón de años. El Protonilo, que va abriendo su curso paralelamente al del río actual, pero al oeste del futuro valle, deja paso luego al Prenilo que acumula durante un tiempo sedimentos etíopes cinco veces más abundantes que antes.

Los primeros habitantes

Al término de este largo camino, llegamos al periodo pluvial Abbasia, con una duración de casi cincuenta mil años, en el transcurso de los cuales la cultura achelense pudo difundirse por las zonas occidentales. Si realmente esta difusión tuvo lugar, debemos considerarla como el origen de las cone-

xiones entre la civilización nilótica y la africana, conexiones cuyo rastro podemos detectar posteriormente, sin que sepamos si son o no el resultado de un intercambio ni tampoco, en caso afirmativo, en qué dirección se produjo éste. Resulta tentador considerar que se trata de dos aspectos de una misma cultura que habría avanzado por las vías de penetración naturales de la futura zona sahariana. La difusión de las lenguas nilo-saharianas a partir del alto valle del Nilo hacia el Sáhara occidental o, más cercanos geográficamente a Egipto, los análisis palinológicos recientemente efectuados en los oasis del desierto libio proporcionan, desde este punto de vista, un elemento importante sobre el que reflexionar, el de una flora semjante que podría corresponder a un desarrollo común.

Esta vinculación es tanto más probable cuanto que corresponde, unos cien mil años antes de nuestra era, al final del tránsito del *homo erectus* al *homo sapiens*, es decir, a los cimientos de una cultura común, representada por un tipo humano dolicocéfalo, con una evolución comparable a la de sus contemporáneos de África del norte y de Europa. Conviene, sin embargo, ser muy prudente ante esta clase de afirmaciones, porque la vertiente africana es aún muy mal conocida y los datos egipcios, igualmente, están muy lejos de ser completos.

Las depresiones lacustres del desierto occidental proporcionaron a las culturas del fin del Achelense y del Musteriense (entre 50.000 y 30.000 antes de nuestra era) un entorno en el que sobresale la presencia de huevos de avestruz y, verosímilmente, la del antepasado del onagro. Al final del Achelense se produce una clara revolución revolución tecnológica –el paso del bifaz a la lasca–, duradera y muy extendida en África, que se adapta bien a las nuevas condiciones de vida. Este periodo se extiende hasta el 30.000 antes de nuestra era y corresponde a las culturas musteriense y ateriense. Representa el fin de una economía cazadora, nacida en la sabana, que culmina con la cultura ateriense, sustentada en el empleo del arco. Esta cultura, ampliamente extendida en el Magreb y el sur del Sáhara, que sobrevivió largo tiempo en la Nubia sudanesa y en los oasis del desierto libio, bien podría haber supuesto la disgregación de esa base africana común, antes aludida.

Cazadores y agricultores

Frente a esa base africana, el Khormusiense (de Khor Musa, situado a escasa distancia del Uadi Halfa, donde se han recuperado los restos de una civilización que nació en el Paleolítico medio, hacia 45.000 antes de nuestra era, para desaparecer en el Paleolítico Superior, hacia 20.000) se encuentra más vinculado al río. Combina, en efecto, la alimentación de la sabana (buey salvaje, antílope, gacela) y la pesca, lo que atestigua la adaptación al medio nilótico de poblaciones expulsadas de las zonas saharianas por la sequía. El valle del Nilo se convierte ahora en el crisol donde se funden los elementos de la futura civilización faraónica, cuando el subpluvial Makhadama deja paso a la fase árida del Neonilo, que se extiende hasta la actualidad. La desertización de las zonas saharianas parece haber expulsado a

sus habitantes, incluso a los pobladores de los oasis libios, para empujarlos hacia el valle. Constituyen grupos separados que prosiguen, cada uno por su lado, una evolución iniciada en común, paralela a veces a la de industrias locales como las halladas en el Gebel Suhan.

El punto de inflexión siguiente se sitúa entre el 15.000 y el 10.000 antes de nuestra era: en Nubia, el Gemayense toma el relevo del Halfiense, la cultura de Dabarosa sustituye al Khormusiense y el tránsito al microlito, apreciable ya en la segunda mitad del Halfiense, ha culminado definitivamente con el Balaniense.

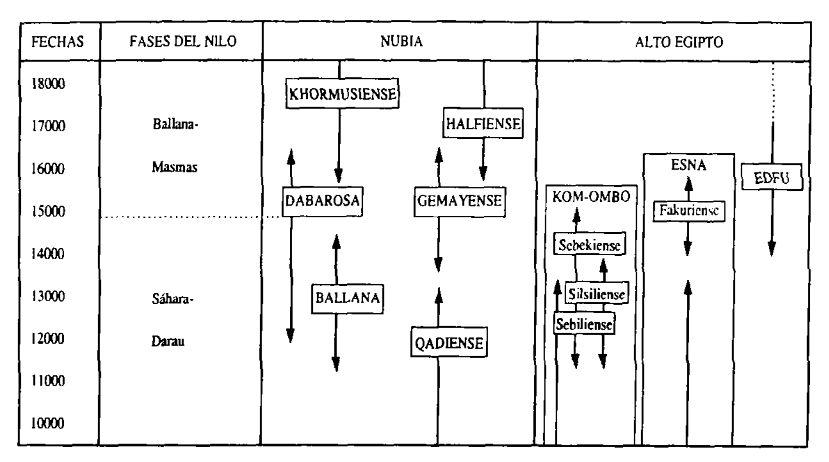


Fig. 1. Cronología sumaria del final del Paleolítico superior.

La cultura qadiense, representada por más de veinte yacimientos, de la Segunda Catarata a Toshka, constituye una etapa importante por su material lítico, que tiende a una técnica laminar, pero también, y sobre todo, por los signos de evolución económica que cabe apreciar. Se han detectado, en efecto, indicios del «brillo del cereal» que serían el primer testimonio de un intento de agricultura; los análisis palinológicos han confirmado la presencia de gramíneas y, en Esna al menos, de cebada salvaje. Esta experiencia, si podemos llamarla así, parece interrumpirse en el paso al X milenio.

Resulta arriesgado avanzar una hipótesis, pero tal vez cabría suponer que la expansión demográfica que acompañó a esta evolución condujo al predominio de una cultura guerrera que se habría desarrollado en detrimento de los agricultores. Sea como fuere, es cierto que esta primera forma de agricultura, por muy primitiva que fuese, apareció en las márgenes del Nilo cuando aún el Próximo Oriente la desconocía por completo. Esto no basta, sin embargo, para atribuirle un origen propiamente nilótico ni para dudar del origen próximo-oriental del tipo de sociedad agrícola que se implantará al final del Epipaleolítico en el valle del Nilo.

La calidad del material descubierto en estos yacimientos, el tipo de sepulturas –tanto por su arquitectura como por la separación de las tumbas de adultos y las de niños (Hoffman: 1979, 94), por mencionar sólo este ejemplo– y lo que estos elementos nos permiten intuir sobre el estilo de vida de sus ocupantes presentan numerosos puntos en común con las civilizaciones del Neolítico.

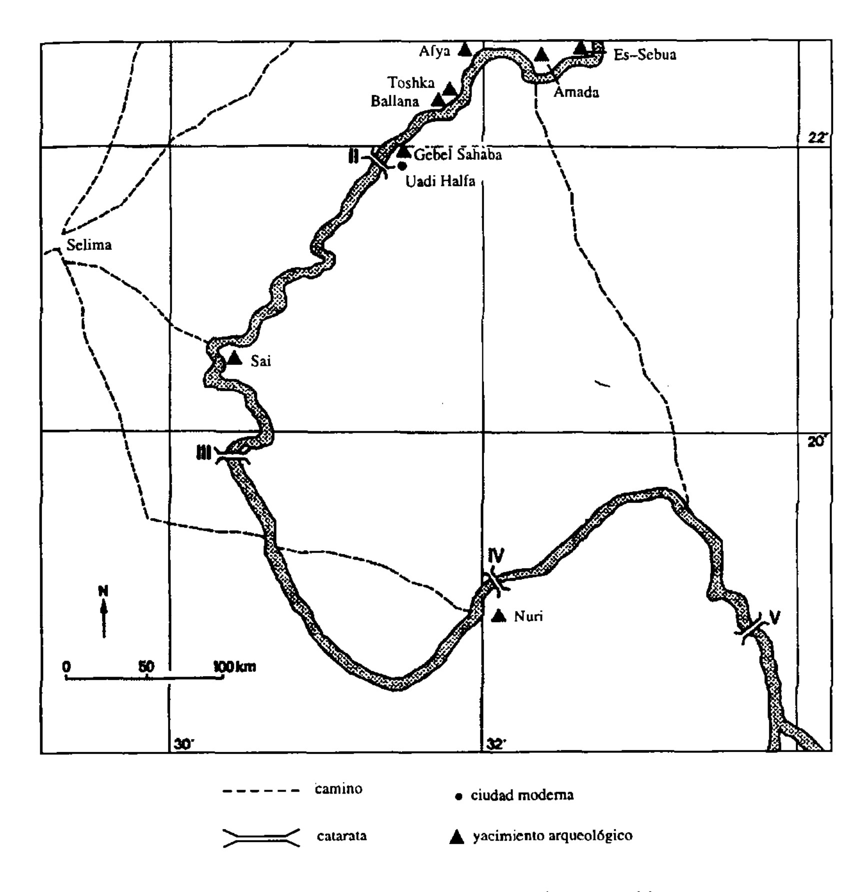


Fig. 2. Principales yacimientos paleolíticos de Nubia.

El nexo de unión con este último periodo nos lo han proporcionado los descubrimientos de P.Vermeersch en el yacimiento de Elkab, punto de enlace contemporáneo del paso del Arkiniense al Sharmakiense, en las proximidades del Uadi Halfa, y del Qaruniense en El Fayum, que muestra la adaptación al medio nilótico de una cultura de cazadores convertidos en pescadores, pero no en agricultores. El tránsito a la agricultura se realiza

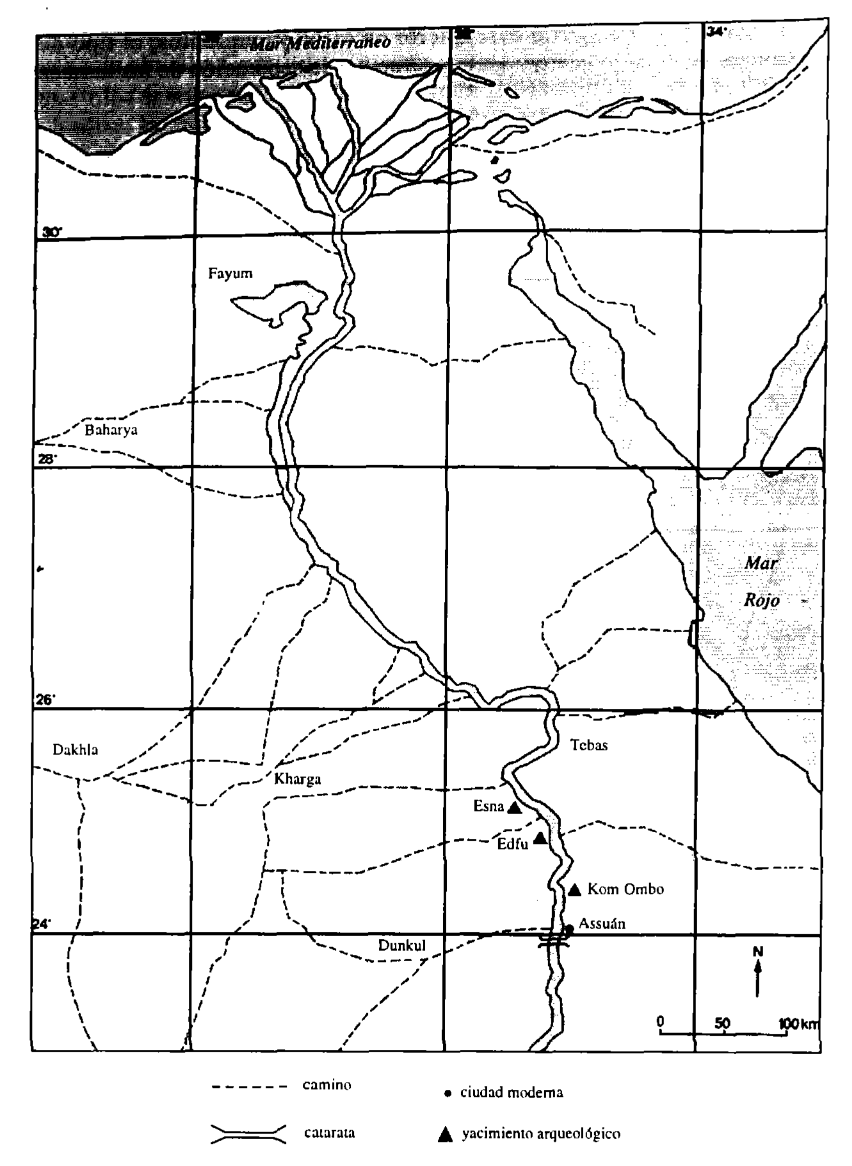


Fig. 3. Principales yacimientos paleolíticos de Egipto.

en unas condiciones aún poco claras, hacia mediados del VI milenio, quizás por influencia del Próximo Oriente, pese a la anterior tentativa y aunque la domesticación de animales parece un proceso sobre todo africano. Este tránsito se prolongó bastante en el tiempo y algunas investigaciones recientes, como la prospección realizada en la Tebaida por la Universidad

de Cracovia y el Instituto alemán de El Cairo (Ginter, Kozlowski, Pawlikowski: 1985, 40-1), muestran que tuvo también fases intermedias.

Hacia el Neolítico

La ruptura entre Prehistoria e Historia tiene lugar en el paso del VII al VI milenio, un periodo aún mal conocido (Finkenstaedt: 1985, 144s.) que separa el Epipaleolítico del Neolítico. En ese momento, todo parece conducir a una modificación radical de la civilización: un nuevo periodo subpluvial favorece tanto la ganadería como el desarrollo de la agricultura en los bordes del valle y en la zona de los oasis occidentales. Este auge aceleró el avance de las técnicas del tejido y de la cerámica y, en el transcurso de los casi dos milenios que le separan del periodo predinástico propiamente dicho, de mediados del VII milenio a mediados del V, van implantándose casi todos los elementos de una civilización que seguirá siendo hasta sus últimos tiempos, y pese a la aparición de los metales, una civilización de piedra.

Para este periodo, destacan, además de los grupos nubios y la secuencia de Elkab evocada más arriba, los hallazgos de El Fayum («B» y luego «A», hacia mediados del VI milenio), y en el valle propiamente dicho, los yacimientos de Badari (Hemamieh) y Deir Tasa; en el extremo meridional del Bajo Egipto, los yacimientos de Merimde-Beni-Salameh y El-Omari, cerca de Heluán, actualmente en las afueras de El Cairo. Sus restos permiten entrever una mezcla de rasgos nuevos y de otros aún sólidamente enraizados en la tradición de los cazadores (Huard & Leclant: 1980). El armamento se perfecciona, como lo indican las finas puntas de flecha trabajadas en el sílex pulido y los arpones de hueso, que forman parte de los aparejos clásicos del pescador. Es ahora, en este remoto periodo, cuando se constituye la imagen cultural del entorno nilótico que perpetuaron las escenas de caza y de pesca en las marismas, recordando, sobre los muros de las tumbas de época faraónica, los tiempos en los que el agricultor se convertía en dueño del mundo salvaje. La organización de la sociedad se basa en la agricultura: el hábitat se dispone en forma de granjas dedicadas tanto al ganado como a los cultivos. Unos silos conservan los productos del campo, esencialmente trigo y cebada; se practica igualmente, además de la alfarería, la cestería, el hilado del lino y el curtido del cuero, así como la cría de ovinos, cápridos, porcinos y bóvidos, actividades todas ellas que apenas cambiarán en el transcurso de los milenios siguientes.

Las creencias funerarias siguen el mismo camino que conduce de la vida del cazador a la del agricultor. Las sepulturas abandonan progresivamente los poblados para establecerse fuera del mundo de los vivos, en el límite de las tierras cultivables. El muerto recibe un viático de cereales y de ofrendas alimentarias, y lleva consigo algo con lo que cazar en el más allá, así como también un utillaje rústico compuesto sobre todo de piezas cerámicas. Tumbado de lado en posición recogida, emprende un viaje que parece conducirle ya hacia ese Occidente que el sol, tras haber abandonado el mundo de los vivos, baña cada día con sus rayos.

Dado que la exploración sistemática de los yacimientos neolíticos del valle está lejos de haber concluido, es prematuro todavía decidir si la división actualmente admitida es fruto del azar de los hallazgos o si refleja un hiato entre el norte y el sur del país. ¿Podemos considerar que los yacimientos del Norte (es decir, los de la región de El Cairo y de El Fayum) poseyeron una superior industria lítica, tanto por sus armas en sílex como por la invención de los vasos de piedra, mientras el grupo del Sur destacaba por la cualidad de su magnífica cerámica incrustada y roja de bordes negros «que será característica de las culturas predinásticas egipcias» (Vercoutter: 1987, 90)?

La solución a este problema es de largo alcance, puesto que afecta a la interpretación en su conjunto del proceso de unificación de los dos Egiptos, cuya dualidad confirma toda la historia faraónica. Esta evolución llevó algo más de un milenio, desde el 4500 al 3150 antes de nuestra era. A lo largo de este periodo, las diferencias entre ambos grupos culturales van afirmándose en un primer momento para difuminarse después, sin que haya habido nunca una total fusión. Esta nueva ruptura corresponde a la aparición de la metalurgia, pero no conviene exagerar su importancia: el cobre se empleó poco, al igual que ocurrirá durante largo tiempo después, y la transición, por tanto, estuvo lejos de ser brutal. Se distinguen actualmente cuatro etapas entre los inicios del Calcolítico y la época tinita.

El predinástico «primitivo»

La primera etapa –el predinástico «primitivo» (de mediados del VI milenio a mediados del V)– asiste a la última fase de la evolución del Fayum A en el Norte y del Badariense en el Sur. Las diferencias siguen siendo las mismas que antes, principalmente en la cerámica en piedra y las armas y útiles de sílex, tal vez más elaborados en el Norte y cercanos ya a las industrias conocidas a finales del Imperio Antiguo en los oasis del desierto de Libia (podemos pensar, por ejemplo, en los magníficos cuchillos, de finos retoques, descubiertos por G.Caton-Thompson, que no dejan de recordarnos los del yacimiento de Balat en Dakhla). Debemos ser prudentes, sin embargo: la producción badariense, y en particular las puntas de flecha, no resulta menos evolucionada. La diferencia descansa, más bien, en la proporción relativa de las actividades de caza y de pesca en cada uno de ambos grupos; tales actividades tenían importancia, como complemento alimentario, sobre todo entre las poblaciones de El Fayum, como, más tarde, entre las de los oasis.

Sea como fuere, junto a mejoras previsibles del ajuar y del utillaje agrícola, hay que notar una evolución apreciable de las prácticas funerarias que combinan estos dos aspectos culturales. Si por un lado el difunto es enterrado al abrigo de una piel de animal, por otro, su tumba adopta un aspecto cada vez más arquitectónico. También nacen formas de expresión plástica que tendrán un brillante porvenir en la civilización egipcia; las cerámicas de bordes negros aludidas antes indican una técnica muy aca-

bada; aparecen objetos de hueso y de marfil: peines, cucharas para afeites, figurillas femeninas con los rasgos sexuales acentuados que prefiguran las «concubinas» destinadas a regenerar la potencia sexual del muerto, también joyas y amuletos con figuras humanas o de animales, algunas de ellas en eso que se llama la «loza egipcia» (Hoffman: 1979, fig.38-39, pp.138-139).

El predinástico antiguo

El tránsito al predinástico antiguo –hacia el 4500 antes de nuestra era– se produce igualmente sin que haya modificaciones profundas. Puede afirmarse incluso que este corte es arbitrario, en la medida en que corresponde sólo a la primera fase conocida del yacimiento de El-Amra, a unos 120 km. al sur de Badari, en pleno corazón de un área que, de Assiut a Gebelein, encierra los más ricos yacimientos predinásticos. Esta fase se corresponde con la primera ocupación de Nagada, otros 150 km. más al sur; aparece también por todo el meandro que forma el Nilo entre Gebel el-Arak y Gebelein. La cerámica asiste a una doble evolución: por un lado, en la decoración, con la aparición de motivos geométricos extraídos del reino vegetal y animal, pintados o incisos, y en segundo lugar, en la forma, esencialmente con los vasos teriomorfos. El arte de la cerámica alcanza momentos de esplendor como lo atestiguan las «danzarinas» de brazos levantados, en terracota pintada, cuyo ejemplar más bello se conserva en el museo de Brooklyn y que no dejará de evocarnos, por el modelado del cuerpo, a las «mujeres-violín» de las Cícladas.

El valle se abre, por necesidad, al exterior, ya que posee muy pocas materias primas. Los metales como el cobre se encuentran en Nubia, al sur del Uadi Allaqi, pero sobre todo en las cercanías del Mar Rojo: en el Sinaí y la cordillera árabe donde hay también plomo, estaño, galena, algo de oro, metales que también se encuentran cerca de la Primera Catarata. Nubia ha sido siempre el principal abastecedor de oro de Egipto y, más tarde, también le proporcionó un poco de hierro, venido del lejano reino de Meroe, uno de los raros productores de este mineral, junto con el oasis de Baharya. En cuanto a las piedras preciosas, la turquesa y la malaquita se encuentran en el Sinaí; el jaspe, entre el Uadi Gasus y el Uadi el-Qash, en la cordillera árabe; la esmeralda, en las costas meridionales del Mar Rojo y la amatista, en la región de Assuán. Entre las piedras blandas, la caliza abunda en varios lugares: aflora a la superficie en la meseta libia; en el valle, se localiza, de norte a sur, en Tura, que será una de las canteras más explotadas, desde el Imperio Antiguo a nuestros días, en Beni Hassan y en la región de Amarna, en el Medio Egipto, y en Abidos y Gebelein en el Alto Egipto. Algo de alabastro puede encontrarse, en forma de calcita, en el Uadi el-Garaui, en los alrededores de Menfis, y sobre todo, en Hatnub en el Medio Egipto, y en forma de yeso en El Fayum. La arenisca aparece al sur de Esna y los principales lugares de extracción son el Gebel el-Silsile y Kertassi en la Baja Nubia. Las piedras duras, muy apreciadas en la Prehis-

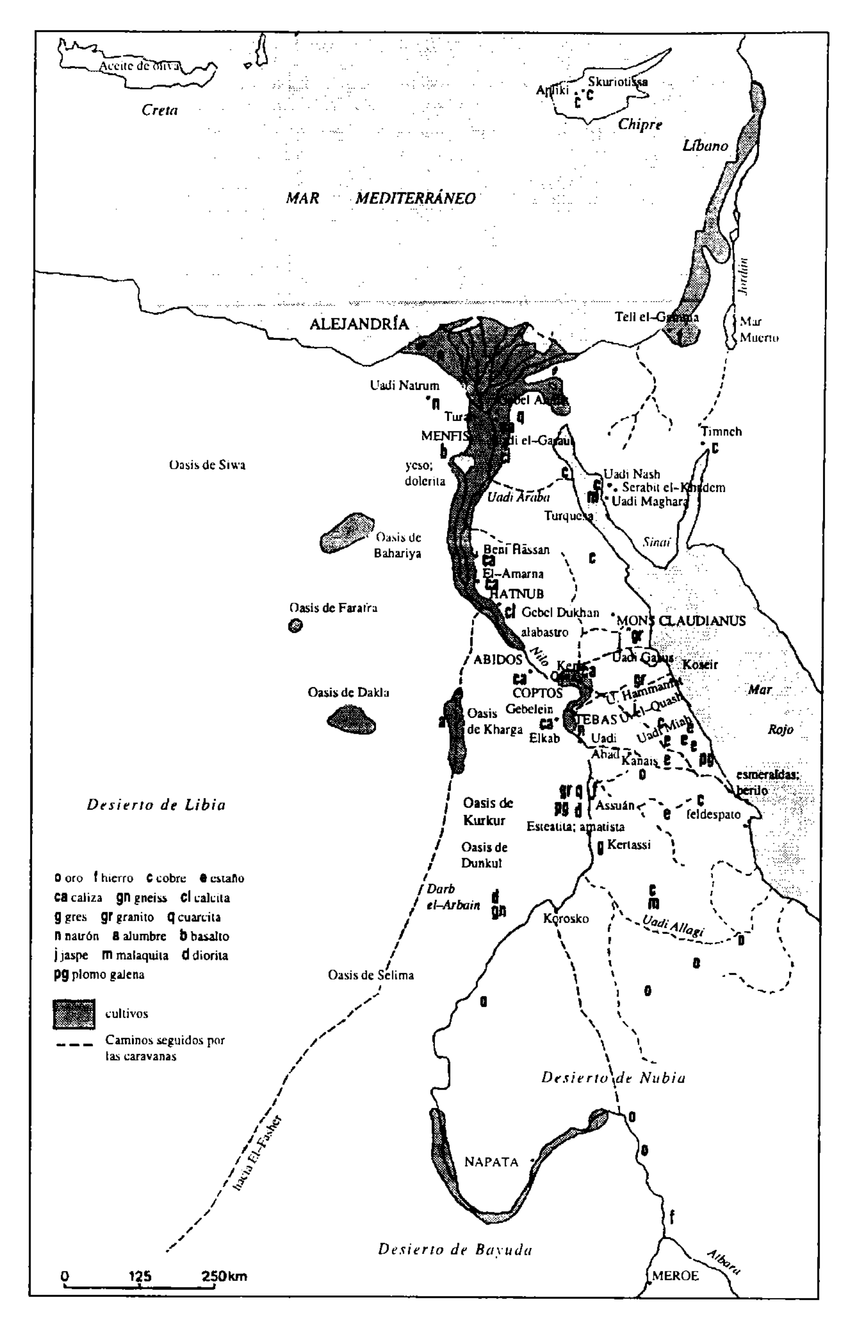


Fig. 6. Recursos naturales de Egipto.

apresuradamente, tan sólo en el Sinaí. Estos signos, que irán multiplicándose hasta la unificación final de ambos reinos, atestiguan la intensidad que han cobrado ya los intercambios, tanto con el Sur (donde debemos suponer que las rutas caravaneras están en funcionamiento) como con el Oeste (aquí también, probablemente, a través ya de los oasis) y con el Este, a través del Sinaí y de la franja costera. Algunos intercambios podemos pensar que se realizan igualmente entre el Norte y el Sur, al menos si es correcta la interpretación de una vajilla de piedra hallada en El-Amra como una imitación del estilo del Norte.

Más interesante aún es la aparición ahora de formas arquitectónicas históricamente conocidas: algunos «modelos», es decir, esa especie de maquetas que el difunto se llevaba con él al más allá, han revelado la existencia de casas y de recintos en ladrillo del mismo tipo que los conocidos en época pretinita (Hoffman: 1979, 147-148). Esto viene a decir que el concepto mismo de la ciudad egipcia, la organización urbana, se remonta al menos a esta época.

El Gerzeense

El descubrimiento de la cultura de El-Gerzeh, a pocos kilómetros de Meidum, ha permitido establecer el tercer periodo, el «Gerzeense», que corresponde a la segunda fase de Nagada. Las diferencias entre estos dos grupos están lo suficientemente claras como para que podamos comprobar la influencia que va ejerciendo progresivamente el Norte sobre el Sur hasta llegar a producir una cultura mixta, el predinástico reciente (Nagada III), que precede a la unificación del país y que dura unos tres siglos, del 3500 al 3150 antes de nuestra era.

El Amratiense y el Gerzeense difieren entre sí sobre todo por su producción cerámica. No se utiliza la misma pasta, pero esto se debe más a las imposiciones del lugar que a una evolución técnica. El Gerzeense desarrolla de manera extraordinaria los motivos estilizados, geométricos para reproducir temas vegetales, y naturalistas para representar la fauna y algunos rasgos de civilización. La fauna no contiene sorpresas: avestruces, íbices y cérvidos confirman que se trata de un entorno de caza subdesértico. A cambio, estas vasijas se animan con personajes y barcas que transportan emblemas claramente divinos (Vandier: 1952, 332-363; F.El-Yahky, *BIFAO 85 (1985), 187-195).* Son, tal vez, los precursores de los estandartes que sirivieron para representar a las provincias algunos siglos más tarde. Tales escenas, relatadas por medio de pictogramas, ¿son emblemáticas o históricas? Resulta tanto más difícil responder a esta pregunta cuanto que se trata de un material votivo, procedente, en su mayor parte, de un contexto funerario. Pero no debemos pasar por alto el hecho de que estas representaciones se añaden a otro tipo, atestiguado desde el Badariense: el de las paletas talladas en esquisto, utilizadas para triturar el maquillaje, que acompañan con frecuencia al difunto y que cobrarán también, rápidamente, un valor histórico.

En comparación con la civilización faraónica, la cultura gerzeense ha alcanzado ya un alto grado de madurez, sobre todo en el terreno funerario y en el religioso. Las tumbas se han transformado en auténticas réplicas de la morada terrestre y contienen, algunas veces, varias habitaciones abundantemente amuebladas. Destacan igualmente los amuletos, las figurillas u objetos de lujo decorados con temas que representan animales –leones, toros y bóvidos, hipopótamos, halcones, etc.– que, se sabe, representan divinidades. Desde luego, hay siempre una gran incertidumbre en estas reconstrucciones realizadas a partir de elementos dispersos –muy a menudo, no se tienen en cuenta aquellos que no pueden sobrevivir al paso del tiempo–, pero, en cualquier caso, vemos poco a poco imponerse, bajo la influencia gerzeense, a los principales elementos constitutivos de la civilización unificada que habrá de venir. Los datos proporcionados por la arqueología muestran que el paso a la Historia es el resultado de una evolución lenta y no, como se ha creído durante mucho tiempo, el producto de una revolución brusca, que habría introducido, al mismo tiempo, nuevas tecnologías –esencialmente, la metalurgia– y nuevas estructuras sociales, especialmente, la organización en ciudades agrícolas, el ladrillo y la escritura, elementos todos ellos que habitualmente se relacionan con Mesopotamia, pero sólo porque allí están atestiguados hacia la misma época y porque parecía más sencillo atribuirle un origen común al «modo de producción asiático».

La presencia en Egipto de cilindros mesopotámicos de la época de Jemdet Nasr (mediados del IV milenio) indica tan sólo, tal y como lo ha señalado J.Vercoutter (1987, 101s.), la existencia de relaciones comerciales, igualmente atestiguadas con Siria-Palestina, Libia y el Sur. Algunos testimonios aislados tampoco son suficientes para probar que hubiera una invasión. El cuchillo hallado en Gebel el-Arak y conservado actualmente en el Louvre tiene, es cierto, una decoración mesopotámica, pero está aislado dentro de la serie bien documentada de marfiles con representaciones figuradas (Vandier: 1952, 533-560), aunque el tema se repite en la «tumba decorada» de Hieracómpolis, pero trabajado con un estilo menos rígido (Vandier: 1952, 563). Un objeto como la pieza de juego de época tinita, encontrada en Abu Roach, que representa una casa con tejado de doble pendiente (Louvre E 14.698) –pensado, evidentemente, para facilitar la caída del agua de lluvia– y que es mencionado a menudo como testimonio de la influencia mesopotámica, no resulta, en realidad, en absoluto pertinente. Dejando a un lado el hecho de que puede tratarse, simplemente, de un objeto importado, tan exótico como un cilindro, no debemos olvidar que también en Egipto se daban precipitaciones importantes...

Los egipcios no tuvieron que viajar tan lejos para aprender el arte de fabricar ladrillos, que ellos, por su parte, inventaron, aparentemente, en el V milenio. Debemos recordar, sin que ello signifique caer en un determinismo geográfico excesivo, que la arcilla es el material que se encuentra con más facilidad a disposición del hombre, tanto en Mesopotamia como en el valle del Nilo o en los oasis occidentales; y si la piedra no fue utilizada hasta más tarde, ello se debió, no tanto a la evolución de las técnicas

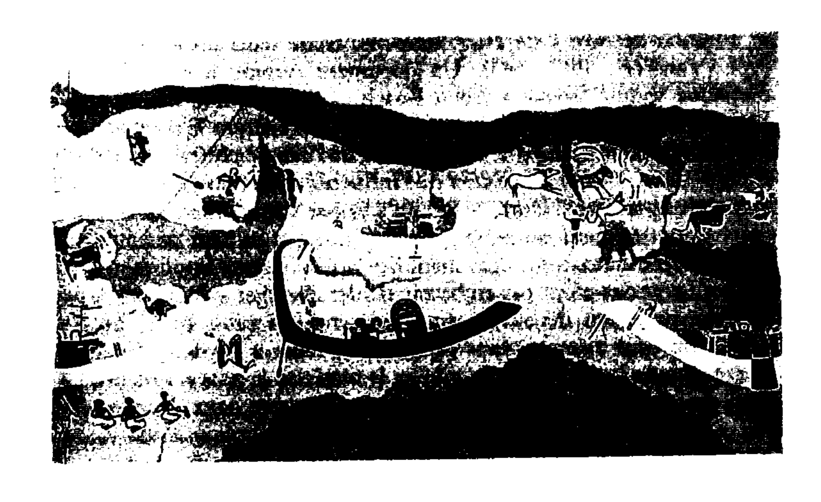




Fig. 7. Detalle de las representaciones de la «tumba decorada» de Hierakómpolis.

del metal (que los canteros utilizaron con menos frecuencia de lo que cabría suponer) sino al hecho de que exige unos medios y una organización que estaban más a la altura de los faraones y no a la de los dinastas locales de los últimos tiempos de la Prehistoria.

En lo relativo al dilema sobre la importación o la aparición espontánea de la escritura en una civilización, la hipótesis invasionista se cae por su propio peso en cuanto contemplamos las representaciones nagadienses sobre vasos, a través de las cuales es posible seguir todo el proceso de estilización progresiva, desde los vegetales a los animales pasando por las danzas rituales, hasta llegar a los estandartes divinos, que constituyen otros tantos jeroglíficos (Vandier: 1952, 264-296: Amratiense; 333-363 y 341, fig. 231: Gerzeense).

Estos estandartes reflejan ya, en efecto, el principio fundamental de la escritura egipcia, que no varió en toda su historia: la combinación del pictograma y del fonograma. Es difícil determinar cuándo se produjo el paso del primero al segundo, suponiendo que haya existido tal cambio. El único argumento a su favor reside en la concisión de las primeras inscripciones: el hecho de que, las más de las veces, empleen sólo un único signo, sin ninguno de los complementos fonéticos a los que la escritura *egipcia recurrirá más tarde, nos permite suponer que se trata de representaciones* directas. Esto implica considerar a la notación fonética como un progreso técnico, que tiende a acelerarse con el paso del tiempo, para desembocar en un recargamiento gráfico, cada vez más explícito, que sería de alguna forma el preludio de la escritura alfabética. Esta es la impresión que podemos tener al comparar los textos del Imperio Antiguo con los del primer milenio, pero ¿es correcta esta impresión?

La escritura jeroglífica asocia el pictograma, el ideograma y el fonograma. El pictograma es la representación directa: dibujar un hombre, una casa o un pájero implica nombrarlos. El principio es el mismo que el de las representaciones parietales prehistóricas. Es tan simple que se ven inmediatamente sus limitaciones, impuestas por la misma naturaleza de las cosas. La representación directa de conceptos no es sencilla, ni siquiera recurriendo a procedimientos metonímicos: designar lo causado por la causa –el viento mediante una vela de navío hinchada– o el contenido por el continente –la jarra de cerveza designa la cerveza, el rollo de papiro, una operación vinculada a la escritura–. Queda aún el problema de los homófonos: «*sa*», que se escribe con la ayuda de un canario visto de perfil, significa tanto «el canario» como «el hijo». Se hace necesario, pues, separar ciertos signos de su valor ideogramático para conservar sólo su valor fonético: el jeroglífico del canario servirá para transcribir el sonido bilítero *sa*, ya se trate del hijo o del pájaro. La diferencia entre ambos se marcará mediante un signo que posee el valor de determinante genérico añadido al fonema: un hombre para el hijo y un pájaro para el canario. En este último caso, como la presencia de los dos pájaros podía crear confusión, se sustituye el determinante por un trazo vertical cuya finalidad es la de indicar que el signo se emplea en su valor propio.

Aunque en principio cada fonograma conserva su valor ideogramático, algunos signos se especializan de hecho en la notación de los fonemas más frecuentes. Son esencialmente signos unilíteros que constituyen una espe-

cie de alfabeto de 26 letras, con ayuda del cual es teóricamente posible representar todos los sonidos. En la práctica, el egipcio recurre a otros signos que transcriben por sí mismos fonemas de dos a seis «letras», conservando también, eventualmente, su valor ideogramático propio. La escritura se basa así en un conjunto que, reuniendo ideogramas, fonogramas y determinantes, puede oscilar entre uno y varios miles de signos, según la riqueza expresiva de la época.

Los jeroglíficos se reservan, sobre todo, para las inscripciones lapidarias y, en general, murales, tanto grabadas como incisas o pintadas. En lo esencial, no evolucionan entre las primeras inscripciones y las de los templos de época romana. Las únicas variaciones afectan a la grafía, con una estilización mayor o menor o, al contrario, un mayor enriquecimiento, realismo, una tendencia arcaizante o renovadora, según el objetivo perseguido por los hierográmatas.

Para los documentos administrativos, contables, jurídicos u otros, desde las composiciones literarias a los rituales religiosos y funerarios, se recurre desde muy pronto a una escritura cursiva, que los turistas griegos de la Epoca Baja denominaron «hierática», porque pensaban, a juzgar por lo que veían, que estaba reservada a los miembros del clero, por oposición al «demótico», que les parecía extendido sólo entre el pueblo. En realidad, este último no era más que una nueva forma del primero, aparecida hacia el siglo VII antes de nuestra era. El principio sobre el que se basa el hierático es sencillo: no son otra cosa que jeroglíficos abreviados, tomados individualmente o en grupos, para los conjuntos de signos más frecuentes. Esta especie de escritura estenográfica evoluciona, entre el Imperio Antiguo y los últimos siglos de la civilización egipcia, hacia una simplificación cada vez mayor, cuyas etapas últimas son, precisamente, el demótico y una variante tebana de época etíope y persa, que conoció el apogeo hacia mediados del I milenio antes de nuestra era: el hierático «anormal». Por influencia de los intercambios con el Mediterráneo, de la dominación griega y luego romana, la escritura evoluciona finalmente hacia la notación alfabética con el copto, que no es otra cosa sino un alfabeto griego al que se le han añadido siete letras, necesarias para notar fonemas que el griego no posee. El copto, que reproduce el estado evolutivo de la lengua hacia el s.III d.C., se convirtió, una vez abandonado el politeísmo, en la escritura de la Iglesia, pero sólo de ella, porque la escritura oficial seguía siendo el griego y luego lo fue el árabe, tras la conquista. Luego, el copto se mantuvo como lengua comunitaria de los cristianos de Egipto y, hoy día, como lengua litúrgica. Gracias a que lo conocía, Champollion pudo reconstruir la base de la fonética egipcia antigua.

La hierática es la escritura utilitaria por excelencia; por ello, es también la que se usaba para el aprendizaje en las escuelas de escribas. Con ella forma el alumno sus primeras letras, ayudándose de un cálamo, sobre un fragmento cerámico o una lasca caliza que los modernos designan con el término griego «óstracon». Este soporte, el más humilde de todos porque basta con ir a buscarlo a un montón de vajilla rota o entre los desechos de una cantera, puede ser sustituido por la arcilla, con la que se fabrica una

tableta en la que se escribe empleando un estilete. El papiro, más costoso, se reserva para los textos más importantes: archivos, asientos contables, textos religiosos, mágicos, científicos o literarios, que pueden transcribirse también sobre rollos de cuero o sobre tablillas estucadas.

La unificación política

Estas reflexiones sobre los fundamentos de la civilización faraónica afectan a la cuestión, largamente debatida, del proceso de unificación final: dos siglos que condujeron a la reunión de ambas culturas y que las fuente egipcias representan como un triunfo del Sur sobre el Norte, mientras que el análisis de las estructuras de la sociedad muestra claramente la influencia del Norte, es decir, del vencido. Este debate, abierto por K.Sethe y H.Kees (Vandier, 1949, 24s.), en un momento en que la reconstrucción del periodo predinástico era puramente especulativa, se halla aún lejos de estar cerrado, aunque sin duda podemos ahora seguir mejor las etapas que condujeron al nacimiento de los dos reinos y a su enfrentamiento final. La hipótesis de H.Kees, según la cual este estado de cosas habría reflejado una primera unificación del país bajo la égida del Norte, unificación rota por alguna oscura

Fechas aproximadas	Período	Nubia Sudán	Valle	Delta	Fayum
5540-4500	Neolítico	Shaheinab Jartúm variante Shendi (el Ghaba)	Badari A Hemamieh	Merimde	Fayum A Beni Salameh
4500-4000	Predinástico antiguo	Shamarkiense Shendi (el-Kadada)	Amratiense (Nagada I) Badari B (el-Khatara)	Omari A (Heluán)	
4000-3500	Predinástico medio	Grupo A (1ª-3ª catarata)	Gerzeense A (Nagada II)	Omari B	
3500-3300	Predinástico reciente		Gerzeense B (Nagada III)	Maadi	
3300-3150	Epoca pretinita				

Fig.8. Tabla cronológica del final del Neolítico (según Vercoutter: 1987, 216).

razón y luego reconstruida por los reyes del Sur que se habrían limitado a repetir el modelo preexistente, no se encuentra actualmente corroborada por los datos arqueológicos, que nos permiten constatar la influencia creciente, desde el Tasiense, de las culturas del Norte sobre el Alto y el Medio Egipto, de Badari a Nagada (Kaiser, 1985).

La descripción que los propios egipcios nos han legado de este periodo no nos permite inclinarnos definitivamente en uno u otro sentido. La documentación directa la constituyen, esencialmente las paletas que hemos visto aparecer en el Badariense y que dan una idea del proceso de integración del Mito en la Historia. Se trata de objetos votivos y, al parecer, exclusivamente votivos, con dos tipos principales. El primero lo integran figuras zoomorfas simples, en las que el contorno de la paleta representa el cuerpo del animal: tortugas, peces, hipopótamos, etc. El segundo tipo es más complejo; combina símbolos con anotaciones históricas en las que aparece el hombre. Las escenas así representadas aluden a acontecimientos cuyo alcance real no podemos evaluar. La procedencia de estos objetos (desde el extremo del Delta hasta Hierakómpolis, la capital de los reyes federales del Sur) coincide con el área de dispersión gerzeense. Los temas se asemejan a los que decoran los marfiles todo a lo largo del Gerzeense y hasta el inicio de la época tinita. Recorren toda la fauna característica tanto del valle como de las zonas subdeséricas (zancudas, leones, elefantes, toros, cérvidos, serpientes, hipopótamos, etc.), en la forma de animales alineados o bien de escenas que contraponen, por lo general, a herbívoros y carnívoros (Vandier: 1952, 539s.; 547), pero también a elefantes y serpientes o a varios toros entre ellos.

Las paletas

Estas representaciones de animales se encuentran en las paletas con o sin presencia humana. En Hierakómpolis se han hallado dos paletas de este tipo, una de las cuales se conserva en el Louvre: ambas están delimitadas por perros afrontados entre cuyos cuerpos evoluciona una fauna como la que acabamos de evocar, en un embrollo inextricable. Puede verse aquí tanto un zorro flautista (tema abundantemente documentado más tarde en las fábulas egipcias) como, en el anverso, dos animales fantásticos de cuello alargado que rodean el recipiente donde se machacaba el maquillaje. De estos dos animales hay numerosas réplicas en el bestiario fabuloso: están presentes ya en el mango del cuchillo de Gebel Tarif, reaparecen en la paleta de Narmer y recuerdan a las fieras afrontadas del cuchillo de Gebel el-Arak.

¿Se trata solamente de vestigios prehistóricos, comparables a sus lejanos parientes de las grutas de Altamira, en España? Nada perimite vincularlos a una especie determinada. Cada detalle procede de un animal diferente, cuya combinación da al conjunto el aspecto monstruoso de animales que se asemejan, vagamente, a grandes fieras y saurios. Los elementos que integran esta combinación no carecen de importancia, porque son siempre

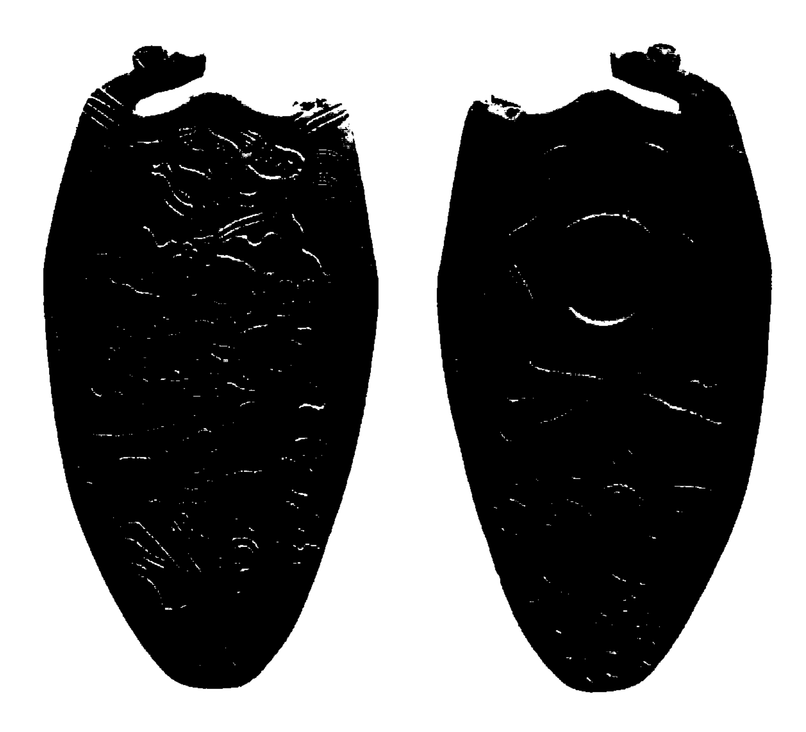
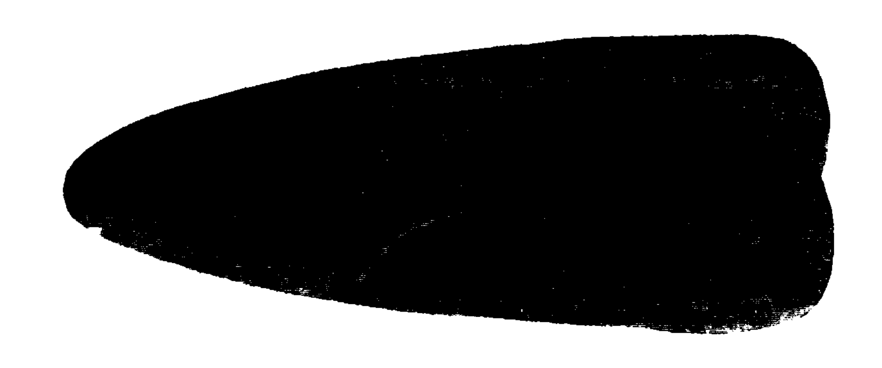


Fig. 9. Paleta de Hierakómpolis, anverso y reverso.

animales temibles, fieras y depredadores, que prestan sus rasgos más característicos: garras, uñas, hocicos, etc. Alejándose de lo real, estas composiciones se convierten en símbolos del poder animal, contra el que el hombre se enfrenta para organizar el cosmos. El guerrero del mango del cuchillo del Gebel el-Arak, con la sola fuerza de sus brazos, triunfa sobre dos fieras enfrentadas, mientras que los monstruos de la paleta de Narmer, capturados ya, están atados por el cuello formando así el receptáculo para el maquillaje. La intervención humana en las paletas siempre busca poner en orden la creación: desde la paleta «de las avestruces», conservada en Manchester, a la llamada «de la caza», que se reparten el British Museum y el Louvre. Esta última es más explícita: en ella aparece una expedición que quiere matar animales salvajes, pero también capturarlos. Algunos leones están acribillados por las flechas, mientras que cápridos y cérvidos, ojeados por los perros, son capturados.

Los hombres, armados con arcos, lanzas, garrotes y mazas piriformes, están organizados militarmente, tras sus enseñas que muestran a un halcón sobre un pavés y el signo que servirá en la escritura corriente para designar el Oriente. Aparecen también un santuario divino y un toro con dos cabezas que nos recuerdan a la parte superior de la paleta de Narmer.

La paleta «de los buitres», conservada en el British Museum y en el Ashmolean Museum, relata un enfrentamiento puramente humano, pero repre-



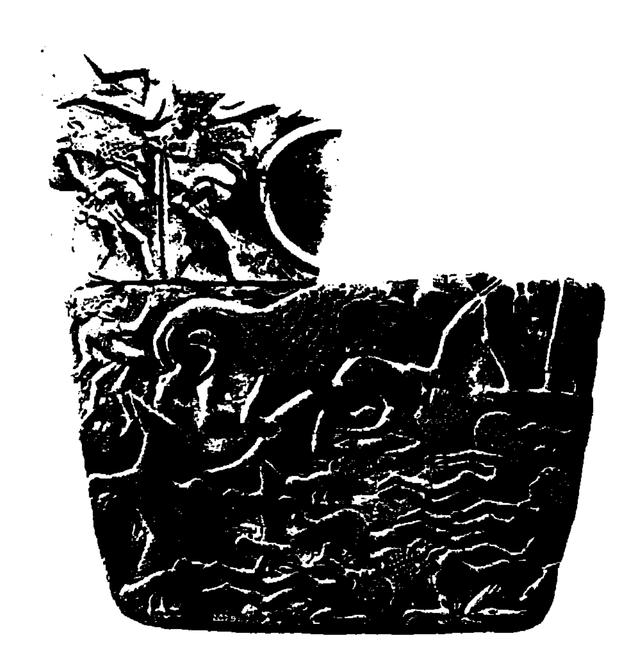


Fig. 10. Paleta «de la caza» (reconstruída), anverso y paleta «de los buitres».

sentado de modo simbólico: unos guerreros de tipo probablemente libio –barbas y cabellos abundantes, van vestidos con un estuche para el pene– sufren el ataque de un león y de unos buitres, mientras dos estandartes idénticos a los de la paleta «de la caza» conducen a los prisioneros con los brazos atados a la espalda. Esta vez, el simbolismo resulta evidente: el león, una de las principales imágenes, junto con el toro, del poder real, ayudado por el buitre, símbolo tutelar de Hierakómpolis, otorga al reino del Halcón, que no es aún el dios dinástico Horus, el dominio sobre las poblaciones del Norte.

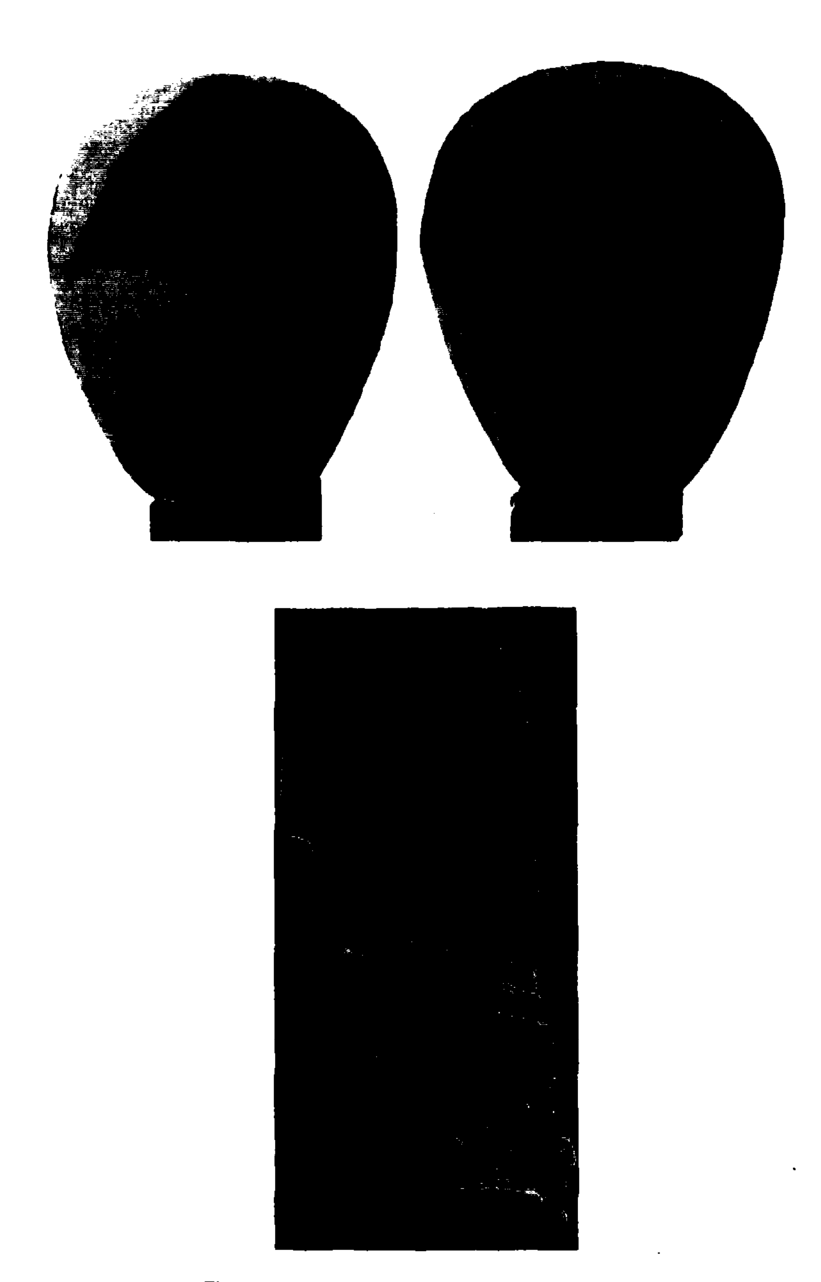


Fig. 11. Cabeza de maza de Escorpión y Narmer.

Otras etapas jalonan esta conquista, como la paleta «de los toros», conservada en el Louvre, en la que figura la segunda imagen del poder real, el toro tratando de cornear a un individuo de la raza del Norte, encima de una procesión de prisioneros atados a una misma cuerda que llevan los emblemas de cinco reinos federados. En el reverso, unas murallas almenadas encierran cada una el nombre de los vencidos escrito mediante pictogramas.

Los dos testimonios de la última fase de la conquista proceden igualmente de Hierakómpolis. El primero es la cabeza de una maza que pertenecía a un rey representado de pie y tocado con la corona blanca que representa al Sur. Vestido con una túnica y un paño a la cintura del que pende una cola de toro, va acondicionando un canal con ayuda de una azada mientras un hombre llena un serón con tierra y otros se afanan junto al agua, cerca de una palmera en una maceta. El rey, cuyo nombre se indica mediante el pictograma de un escorpión, está representado a tamaño heroico, rodeado por escenas de homenaje a su persona y debajo de una fila de emblemas en los cuales reconocemos a las provincias del país. De estos emblemas cuelgan avefrías, los *rekhyt*, que los textos posteriores designan como los habitantes del Bajo Egipto.

La paleta de Narmer, conservada en El Cairo, nos proporciona la última etapa de este proceso. En el reverso vemos a este rey, cuyo nombre se escribe con dos jeroglíficos –el pez *nar* y el cincel *mer*–, en la misma postura que Escorpión, pero, además, con la barba postiza, aplastando la cabeza de un hombre, con ayuda de una maza piriforme que lleva en su mano derecha. El hombre está explícitamente designado como perteneciente al reino del Norte por la representación situada sobre su cabeza: un halcón, en el que reconocemos al Horus del Sur, sujeta una cabeza humana que asoma de una espesura de papiro. Al rey le sigue un porta-sandalias y bajo sus pies yacen dos enemigos muertos. El anverso muestra una escena similar a la de la cabeza de maza: aparte del motivo central del recipiente para maquillaje, que hemos evocado más arriba, dos registros relatan el triunfo de Narmer: abajo, el toro derriba un recinto amurallado, pisoteando al enemigo vencido; arriba, avanza el rey, tocado esta vez con la corona roja del Norte –y su nombre, inscrito delante de él, precisa que se trata del mismo personaje–, seguido siempre de su porta-sandalias y precedido por los emblemas de las provincias victoriosas y por un hombre en quien se ha querido ver la prefiguración del visir. Delante, y bajo el signo del Horus triunfante en peregrinación a la ciudad santa de Buto, se alinean los muertos *con la cabeza entre las piernas. Otra cabeza de maza perteneciente* al mismo Narmer (Vandier: 1952, fig. 394, p.603) confirma esta victoria: se ve aquí al rey en un día jubilar, acompañado por los mismos personajes y bajo la protección de los mismos emblemas, recibiendo el homenaje de cautivos y también de animales «por centenas de miles» si creemos a la leyenda que les acompaña. Y un dato aún más destacable: estos animales, que hasta hace poco estaban en libertad, aparecen representados dentro de unos vallados.

Estos objetos, junto con otros como la paleta llamada «del tributo libio» refuerzan la hipótesis «hidráulica» del nacimiento de la civilización: hemos

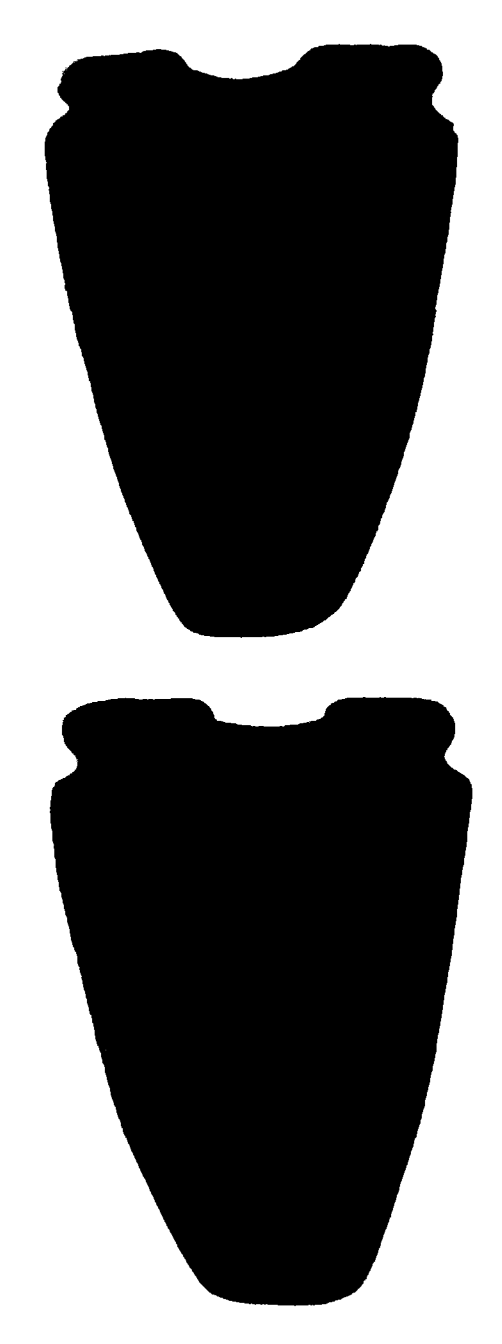


Fig. 12. La paleta de Narmer, anverso y reverso.

de reconocer que la irrigación va pareja a la constitución de un estado en el cual encontramos casi todos los elementos del poder farónico, de la religión a la escritura, pasando por la economía, el hábitat y las estructuras de gobierno (Butzer: 1976).

CAPÍTULO II

RELIGIÓN E HISTORIA

LOS EMBLEMAS

El simbolismo animal que los objetos que acabamos de analizar asocian a las sucesivas etapas de la conquista da testimonio de la temprana integración del Mito en la Historia. Se le ha atribuido un origen totémico a la religión egipcia, partiendo de la existencia, desde la época predinástica, de estos emblemas que se perpetúan a lo largo de toda su historia para representar las diversas provincias (Moret: 1923). Su carácter simbólico resulta evidente: un orix sobre un pavés, por ejemplo, representa la región de Beni Hassán, una liebre, la provincia vecina de Akhmim, un delfín, la provincia de Mendes, etc. Es tentador ver en ello el resultado de la federación de un conjunto geográfico o tribal, realizada en torno a una divinidad, cuyo símbolo figura en el emblema elegido (las flechas y escudo de la diosa Neith para Sais, el cetro-*uas* para Tebas, relicario con la cabeza de Osiris para Abidos), o bien materizalizada en una estructura política (la «Muralla Blanca» que representa la muralla de Menfis o la «Tierra del Arco» en referencia a la marca de la Baja Nubia, integrada al país mediante conquista).

Se ha supuesto igualmente que cada uno de estos emblemas representaba la primera etapa en el proceso de constitución política del país. El grupo humano de base, sea éste cual sea, se identifica con su totem, que representa a la potencia divina dominante en ese entorno. Esta fase constitutiva presupone una cosmología que integre de manera satisfactoria la jerarquía de las potencias constatada empíricamente. En otras palabras, una federación divina local debió de formarse en torno a cada uno de los demiurgos que encontramos entre las «familias» divinas adoradas en las capitales de provincia. El lugar de la federación se sitúa en torno a un espacio sagrado, señalado por el *temenos* divino, al que se superpone el correspondiente al poder del que aquél es el fundamento: la Muralla Blanca o el Relicario de Osiris.

La geografía religiosa estableció esta estructura delimitando con precisión el lugar que ocupaban dentro del conjunto, y reconociéndoles localmente una posición similar a la del sistema en el que se integran: cada dios, a la cabeza de su propia familia, desempeña el mismo papel que el del creador universal en relación con el conjunto del panteón. De aquí deriva una gran semejanza en la organización material del culto, cualquiera que sea la divinidad.

La explicación totémica de la religión egipcia no es, sin embargo, plenamente satisfactoria, singularmente porque el sistema egipcio no incorpora todos los elementos del totemismo. Tampoco explica la antropomorfización y el salto a la abstracción de las cosmologías de la época *histórica ni el delicado problema de la hipóstasis, que se halla en el centro* del sistema teocrático (Assman: 1984). Todo ello no elimina los puntos de convergencia con algunas concepciones totémicas, particularmente, las africanas, sin que pueda hablarse, sin embargo, de préstamos estructurales.

Las cosmologías

Las cosmologías son tres aunque puede decirse que las tres sólo son variaciones políticas en torno a un único tema: la creación del mundo por el sol a partir del elemento líquido cuyo arquetipo no es otro que la crecida del Nilo. El primer sistema fue elaborado en Heliópolis, la antigua ciudad sagrada, convertida hoy en un barrio de El Cairo, a donde los faraones acudían para ser reconocidos como tales. La cosmología helipolitana es la primera por ser históricamente la más antigua, pero también porque los teólogos nunca dejaron de recurrir a ella con el correr de los siglos.

Describe la creación según un esquema cuyas grandes líneas comparte con sus rivales. Al comienzo era el Nun, el elemento líquido incontrolado, a menudo traducido como «caos». No se trata de un elemento negativo, *sino simplemente de una masa increada e inorganizada que contiene en* sí misma el germen de la vida. Este elemento no desapareció después de la creación, sino que permanece aún en los confines del mundo organizado, que amenaza con invadir periódicamente si el equilibrio del universo llegara a romperse. En él habitan las fuerzas negativas, siempre dispuestas a intervenir, y, de una manera más general, todo aquello que escapa a las categorías del universo. Vagan por él, como náufragos a la deriva, las almas en pena, por ejemplo, que no han gozado de los ritos funerarios adecuados, o los niños que nacieron muertos y no tuvieron la fuerza suficiente para acceder al mundo sensible.

De este caos surgió el sol, cuyo origen no se conoce porque «accedió por sí mismo a la existencia». Su aparición tiene lugar sobre una colina de tierra recubierta de arena virgen, que emerge fuera del agua, y se materializa por la presencia de una piedra elevada, el *benben*, que es objeto de culto en el templo de Heliópolis, considerado como el lugar mismo donde se produjo la creación. La colina de tierra evoca claramente el *tell* que surge por encima de la riada durante la crecida del río, y el *benben*, la petrificación

del rayo de sol, adorado bajo la forma de un obelisco truncado, depositado sobre una plataforma. Este dios que es su propio creador es, alternativamente, Re, el sol propiamente dicho, Atón, el Ser perfecto por excelencia, o también Khepri, al que se representa mediante un escarabajo y cuyo nombre significa «transformación», a imagen de la que se creía que realizaba el escarabajo pelotero que hace rodar su bolita por los caminos.

El demiurgo hace surgir la creación de su propio semen: masturbándose, trae al mundo a una pareja, el dios Shu, lo Seco, y la diosa Tefnut, lo Húmedo, cuyo nombre, tan evocador, hace referencia al salivazo, otra forma de expulsión de la sustancia divina según la leyenda de Isis y Re. De la unión de lo Seco y lo Húmedo nació una segunda pareja: el Cielo, Nut, y la Tierra, Geb, una mujer y un hombre. El Cielo y la Tierra tuvieron cuatro hijos: Isis y Osiris, Seth y Neftis. Esta enéada divina, repartida a lo largo de cuatro generaciones, traza el vínculo entre la creación y los hombres. En las dos últimas generaciones, en efecto, hace su aparición el género humano mediante la leyenda osiriana, modelo de la pasión que es el destino de los mortales. La segunda pareja es estéril. La primera, que es fértil, constituye el prototipo de la familia real: Osiris, rey de Egipto, es asesinado a traición por su hermano Seth, quien se apodera del trono; Seth representa, por tanto, la contrapartida negativa y violenta de la fuerza organizadora simbolizada por el faraón. Isis, modelo de esposa y de viuda, ayudada por su hermana Neftis, reconstruye el cuerpo despedazado de su marido. Anubis el chacal, nacido, según se dice, de los amores ilegítimos de Neftis y Osiris, viene a ayudarla a embalsamar al rey difunto. Después, Isis da a luz a un hijo póstumo, Horus, homónimo del dios solar de Edfu y, como él, encarnado en el halcón. Lo oculta entre las marismas del Delta, cerca de la ciudad santa de Buto, con la complicidad de la diosa Hathor, la vaca nutricia. El niño crece y, tras una larga lucha contra su tío Seth, obtiene del tribunal de los dioses presidido por su abuelo Geb ser reintegrado en la herencia de su padre, mientras que a éste se le confía el reino de los muertos...

En este esquema del reino de los dioses se injertan numerosas leyendas secundarias o complementarias que los teólogos multiplicaron para introducir una divinidad local, resaltar su papel en la cosmogonía o permitir la fusión sincrética de varios conjuntos de divinidades. El resultado de todo ello fue una compleja imbricación de mitos que se superponen con frecuencia unos a otros y que tratan siempre de unos dioses de pasiones muy humanas que reinan sobre la tierra. Apenas se habla de la creación en sí de los hombres, que parece contemporánea a la del mundo, con una única excepción: la «leyenda del ojo de Re». El Sol ha perdido su ojo. Envía en su busca a sus hijos, Shu y Tefnut, pero pasa el tiempo sin que éstos regresen. Decide, pues, reemplazar al ausente por otro y, cuando el ojo fugitivo finalmente regresa, ve que ha sido sustituido. De rabia, comienza a llorar y de sus lágrimas (*remut*) nacen los hombres (*remet*). Re lo transforma en cobra y lo coloca en su frente: es el ureus, que fulmina con la mirada a los enemigos del dios. El carácter anecdótico con que aparece aquí la creación de los hombres resulta excepcional y cabe suponer que su origen está en el

juego de palabras entre el nombre de las lágrimas y el de la humanidad, demasiado tentador para el teólogo.

El tema del ojo dañado o sustituido tuvo ulteriores desarrollos: sirvió también para explicar el nacimiento de la luna, segundo ojo de Re confiado a Thot (el dios escriba con cabeza de ibis) y ojo «sano» de Horus. Este, en efecto, perdió un ojo durante el combate que mantuvo con Seth por la posesión del reino de Egipto; Thot se lo habría devuelto, convirtiéndolo así en el prototipo de la integridad física. Esta es la razón de que aparezca de ordinario sobre los ataúdes para garantizarle al muerto el uso pleno de su cuerpo. Re, el rey de los dioses, debe luchar para conservar su poder porque cada noche, durante su viaje por el más allá, intentan arrebatárselo sus encarnizados enemigos, conducidos por Apofis, personificación de las fuerzas negativas. Horus, a la cabeza de los arponeros de la barca divina, le ayuda a vencerles, lo que viene a provocar una nueva contaminación de los mitos solar y osiriano. Los ataques contra el rey de los dioses toman a veces un giro insospechado: puede ser Isis, por ejemplo, la Gran Maga, quien intente apoderarse de Re, haciendo que lo muerda una serpiente modelada en la arcilla mojada por la saliva que el dios, convertido ya en débil anciano, deja escapar de su boca, por la mañana al partir a iluminar el universo. El divino rey es capturado por una potencia surgida de su propio cuerpo; para salvarse, debe revelar a la autora del encantamiento, el secreto de su energía vital, el nombre de sus *kau*. Este era el objetivo de Isis, quien buscaba de este modo, conociendo sus nombres secretos, adquirir poder sobre él... Sin duda el anciano dios logra conjurar tal sortilegio, pero el texto está incompleto y no se conoce el final de la historia.

También Egipto posee el mito de la revuelta de los hombres contra su creador, quien decide entonces destruirlos por consejo de la asamblea de los dioses. Para ello, envía su ojo a la tierra bajo la forma de la diosa Hathor, mensajera de su cólera. Ésta devora en un día a una parte de la humanidad y luego se duerme. Re, juzgando suficiente el castigo, rocía cerveza por la noche, la cual, mezclada con las aguas del Nilo, parece sangre. Al despertar, la diosa bebe este brebaje y se desploma, abatida por la borrachera. La humanidad se ha salvado, pero Re, decepcionado, decide retirarse al cielo, sobre la espalda de la vaca celeste que sostiene el dios Shu. Entrega la administración de la tierra a Thot y las serpientes, insignias de la realeza, a Geb. Se ha consumado así la separación de los dioses y los hombres; ambos ocupan su lugar en el universo que conoce, a partir de este momento, el espacio y la duración (*djet* y *neheh*). Esta leyenda de la cólera apaciguada recuerda a la de la Diosa Lejana: una leona furiosa aterrorizaba Nubia. Un mensajero de su padre Re la conduce, apaciguada, a Egipto bajo la apariencia de una gata a la que el Sol toma por guardiana.

La cosmología heliopolitana, como hemos visto, destaca por haber sabido asimilar los principales mitos del país, pero no fue la única. La ciudad de Hermópolis (hoy Akhmin), a unos trescientos kilómetros al sur del Cairo, que era la capital del XV nomo del Alto Egipto, elaboró su propia cosmología, que fue durante un tiempo rival de la de Heliópolis, y que

afronta el problema de forma inversa a como lo había hecho ésta. El sol no es el primer eslabón de la cadena sino el último. El punto de partida es el mismo: un caos líquido increado, en el cual se debaten cuatro parejas de rana y serpiente que reúnen sus fuerzas para crear un huevo y depositarlo sobre una colina que emerge fuera del agua. Cada una de estas parejas está formada por un elemento y su paredro: Nun y Nunet, el océano primordial que Heliópolis integra, como hemos visto, en su propio sistema; Heh y Hehet, el agua que busca su camino; Keku y Keket, la oscuridad; y finalmente Amón, el dios oculto, y su paredro, Amonet. Más adelante, cuando el último elemento de la ogdóada se convierta en dios dinástico, el clero tebano se encargará de reconstruir una «familia» según un esquema más humano, que establezca, como la de Heliópolis, la transición entre la creación y el género humano.

Los sistemas heliopolitano y hermopolitano, así como los grandes mitos populares como el de Osiris, contienen elementos extraídos del sustrato profundo de la civilización egipcia, algunos de los cuales encuentran ecos entre las civilizaciones africanas: Anubis recuerda al chacal incestuoso, figura prometeica anterior a los Nommos entre los pueblos Dogon de Mali, cuya cosmogonía se basa igualmente en ocho dioses fundadores. Estos vínculos podrían, por lo demás, multiplicarse: Amón es, en ambos casos, el carnero de oro celeste, de frente coronada por un cuerno ganchudo y una calabaza que simboliza el disco solar. Osiris recuerda al Lebe, cuya resurrección se anuncia por el rebrotar del mijo, mientras que, de manera aún más profunda y más allá del verbo creador, el individuo está compuesto de un alma y de una energía vital (Griaule: 1966, 28-31; 113-120; 66; 194s.) que los egipcios denominaban *ba* y *ka*...

DEL MITO A LA HISTORIA

La tercera cosmogonía es, claramente, mucho más perfecta que las anteriores desde un punto de vista teológico. La conocemos por un único documento, tardío ya que data del reinado del soberano kushita Shabaka, en el paso del s.VII al VI antes de nuestra era: una gran losa de granito procedente del templo de Ptah en Menfis y conservada en el Museo Británico; en ella se dice que es copia de un antiguo papiro «carcomido». Combina los elementos de las dos cosmologías anteriores, aunque otorgándole al dios local Ptah la función de demiurgo. Podría decirse que en ella predominan los elementos heliopolitanos y osirianos, junto con una evidente búsqueda de la abstracción en la formulación del mecanismo de la creación, que se realiza por la acción combinada del pensamiento y la palabra.

Este texto procede, claramente, del Imperio Antiguo, cuando Menfis, por primera vez, tuvo proyección nacional, y sin duda de la V dinastía, es decir, de la época de predominio de la doctrina heliopolitana. También a la V dinastía se remonta el primer documento conocido de otra categoría distinta cuyo objetivo explícito es el de mostrar la continuidad que vincula a los hombres con los dioses: la Piedra de Palermo.

La Piedra de Palermo pertenece al género de la analística, del cual se nos ha conservado un número relativamente grande de obras bajo la forma de listas reales, adornadas a veces con comentarios, pero no siempre. La más célebre es la de Manetón, un sacerdote de Sebenitos (hoy día Samanud, en la ribera occidental del brazo de Damiette en el Delta), que vivió en la época helenística, bajo el reinado de los dos primeros Tolomeos. A él le corresponde la división de la sucesión dinástica en treinta dinastías, desde la unificación del país por Menes, identificado hoy con Narmer, hasta la conquista macedonia. Sus *Aegyptiaca*, por desgracia, sólo han llegado a nosotros de forma muy fragmentaria, a través de autores tardíos (Helck: 1956). Las listas anteriores que conocemos proceden todas ellas de época ramésida. La más importante se contiene en un papiro del reinado de Ramsés II, conservado en el Museo de Turín, sobre el que Champollion fue el primero en trabajar, y que muestra una lista organizada por dinastías desde los orígenes hasta el Imperio Nuevo. En listas semejantes a ésta se inspiraron sin duda las distintas «tablas», como las de la «Cámara de los Antepasados» de Karnak, hoy en el Louvre, o las del templo funerario de Seti I en Abidos, la que fue hallada en Saqqara, en la tumba de Tunroi, un contemporáneo de Ramsés II y otras de menor extensión (Grimal: 1986, 597s.).

La Piedra de Palermo es una placa rota de piedra negra que contiene la lista de los reyes desde Aha, el primer soberano de la I dinastía, hasta al menos el tercero de la V dinastía, Neferirkare. Por desgracia, el documento está incompleto y su procedencia nos es desconocida. Entró en forma de legado en el Museo de Palermo en 1877 y, más tarde, seis nuevos fragmentos han aparecido en el mercado de antigüedades, conservados actualmente en el Museo de El Cairo y en el University College de Londres. Se ha puesto en duda tanto su autenticidad como su pertenencia misma a la Piedra de Palermo, en una encendida controversia que dura ya casi un siglo.

Los fragmentos de El Cairo enumeran al principio una serie de reyes que llevan, alternativamente, la corona del Alto o del Bajo Egipto. Manetón y el Canon de Turín, conservando la estructura analística, nos presentan, en cambio, una formulación cosmológica de los orígenes. La integración del Mito en la Historia se realiza recurriendo a la Edad de Oro, cuando los dioses reinaban sobre la tierra. Las listas reales reproducen los datos de las cosmogonías, particularmente la de Menfis: en el comienzo se encuentra el fundador, Ptah, cuyo papel es aquí semejante al de Khnum, el alfarero que creó a la humanidad en su torno, modelando en el receptáculo de la chispa divina en un material desde siempre puesto a disposición del hombre: la arcilla. Le sucede Re, Sol que crea la vida disipando las tinieblas y prototipo de la realeza, que entregará luego a Shu, el aire, separador de la Tierra y el Cielo.

Quedan así trazados los momentos principales de la creación. Los compiladores griegos de Manetón no erraron al ver en Ptah a Hefesto, el dios herrero, y en Re a Helios, el sol. Shu y su sucesor Geb se reparten las funciones de Cronos y Zeus en Diodoro de Sicilia, quien reconocía de este modo en Geb al padre de los hombres. Vemos, pues, que la Historia es una prolongación del Mito y que, para los egipcios, no existe ninguna solución

de continuidad entre los dioses y los hombres. Su sociedad es una reproducción cotidiana de la creación y por ello debe reflejar el orden del cosmos en todos sus niveles. Su proceso constituyente imita, pues, voluntariamente, el del universo, lo cual no dejará de influir en los análisis de contemporáneos que de él se realizaron.

Osiris sucede a Geb y, tras la usurpación de Seth, Horus ocupa el trono. El Canon de Turín nos da a continuación una secuencia de tres dioses: Thot, cuyo papel ya lo hemos visto más arriba, Maat y un Horus cuyo nombre se ha perdido... Maat ocupa un lugar aparte en el panteón. No es, propiamente hablando, una diosa sino más bien una entidad abstracta. Representa el equilibrio alcanzado por el universo gracias a la creación, es decir, su situación conforme a su naturaleza. En tanto que tal, ella es la medida de todas las cosas, desde la justicia hasta la integración del alma del muerto en el orden del universo durante el juicio final, pues ella es el contrapeso que equilibra el del alma en la balanza de Thot. Es igualmente la que alimenta a los dioses, que obtienen de ella su armonía. De este modo, el reinado de Maat es la Edad de Oro que cada soberano intentará implantar de nuevo en la tierra, enfrentándose a las fuerzas negativas que intentan cada día estorbar el curso del sol. Maat es el punto de partida de una historia cíclica.

Nueve dioses les suceden, que Eusebio asimila a los héroes griegos, y que establecen, al igual que éstos, la transición hacia el gobierno de los fundadores humanos: las almas (*akhu*) de Hierakómpolis, Buto y Heliópolis, una sucesión que se cierra con los «compañeros de Horus». Hemos de ver aquí, sin duda, el reflejo de las luchas que condujeron a la unificación del país, en las que, según el Canon de Turín participaron diversos linajes locales. El Canon define claramente cuál fue el primer «rey del Alto y del Bajo Egipto» (*nesut-biti*), Meni, cuyo nombre repite dos veces, pero con una diferencia importante: la primera vez, lo escribe con determinante humano, la segunda, con determinante divino (Gardiner: 1959, lám.I; Malek, *BIFAO* 68 (1982), 95). Este Meni –Menes en Eratóstenes y Manetón– ¿es Narmer, como se cree generalmente, o es simplemente la forma acostumbrada de designar a «un tal» en abstracto, cuyo nombre se ha perdido? Pensaríamos entonces en el rey Escorpión o en cualquier otro cuyo nombre no habría llegado hasta nosotros, pero, en ese caso, no se entiende por qué lo repite dos veces. ¿Tal vez porque este soberano pasó de la situación de «un tal» a la de de «rey tal», cambiando de nombre al mismo tiempo que de condición, y nuestro documento vio en él a la encarnación no individualizada de la suma de potentados locales, basada en un arquetipo de unidad? Así se explicaría que la Piedra de Palermo sólo conozca como primer faraón a un Aha, que sería entonces otro nombre, el nombre «de Horus» de Narmer-Menes...

CAPÍTULO III

EL PERÍODO TINITA

LOS PRIMEROS REYES

Sea cual sea la solución preferida, Aha inicia la dinastía I, que Manetón califica, como la II, de «tinita», del nombre de su supuesta ciudad de origen, Tinis, no lejos de Abidos. Se han encontrado en Abidos las tumbas de todos los reyes de la de la dinastía I y de algunos de la II, pero la mayoría tenía, además, otra sepultura cerca de Menfis. El estado de conservación de estas tumbas no nos permite comprobar la veracidad de una suposición muy extendida, según la cual, estos reyes se hicieron enterrar cerca de la nueva capital política para respetar la dualidad del país, pero conservando un cenotafio en el Alto Egipto, de donde se cree que procedía su poder, en un lugar que será pronto conocido como la ciudad santa de Osiris.

Estas dos dinastías forman un todo único, aproximadamente entre el 3150 y el 2700 antes de nuestra era, casi cinco siglos durante los cuales la civilización egipcia llega a adquirir sus caracteres definitivos. Es un período muy mal conocido para nosotros, fundamentalmente por falta de documentación; nuestra principal fuente de conocimiento, dejando a un lado la Piedra de Palermo, son las tumbas descubiertas en Abidos y en Saqqara y el material que de ellas procede.

Como a todo fundador, a Aha se la atribuyen más cosas que las que realmente realizó. Si lo identificamos con Narmer, él habría sido entonces el promotor del culto al cocodrilo Sobek en El Fayum y el fundador de Menfis. Habría establecido, juntamente con una nueva administración, el culto al toro Apis. Se supone también que organizó el país recientemente unificado mediante una política de conciliación con el Norte. Al menos, esto es lo que se deduce del nombre su esposa Neithhotep, «que Neith sea apaciguada», formado a partir del nombre de la diosa Neith, originaria de Sais en el Delta. La tumba de esta reina se ha descubierto en Nagada, provista de abundante ajuar, entre el cual había una tablilla con el nombre de

3150-2700	PERÍODO TINITA
3150-2925	I DINASTÍA
· · · · -3150	Varios reyes (?), entre ellos «Escorpión»
3150-3125	Narmer-Menes
3125-3100	Aha
3100-3055	Djer
3055-3050	Uadji («Serpiente»)
3050-2995	Den
2995- · · · ·	Adjib
· · · · -2950	Semerket
2960-2926	Kaa
2925-2700	II DINASTÍA
2925- · · · ·	Hotepsekhemuy
· · · · · · · · ·	Nebre
· · · · · · · · ·	Nineter
· · · · · · · · ·	Uneg
· · · · · · · · ·	Senedj
· · · · · · · · ·	Peribsen
· · · · · · · · ·	Sekhemib
· · · · -2700	Khasekhem / Khasekhemuy

Fig. 13. Tabla cronológica del periodo tinita.

Aha. Este último habría fundado además un templo de Neith en Sais y celebrado las fiestas de Anubis y de Sokaris, el halcón momificado, así como su propio jubileo, su fiesta *sed*. Habría sido un reinado sustancialmente pacífico lo que no le impidió inaugurar la larga serie de guerras que entablaron sus sucesores contra los nubios y los libios, los vecinos del sur y del oeste, ni tampoco comerciar con Siria-Palestina, si damos crédito a la mención de barcas de cedro contenida en la Piedra de Palermo. Vemos, pues, que su reinado, que debió concluir hacia el 3100 antes de nuestra era, está, en conjunto, bastante bien documentado. Aha posee dos tumbas, una en Saqqara y la otra en Abidos.

Su sucesión, probablemente, no estuvo exenta de dificultades. La lista de Turín deja un espacio en blanco entre Meni y su sucesor It(i), predecesor éste, a su vez, de otro It(i) que se identifica con el Horus Djer. ¿Refleja esta ambigüedad una breve regencia de la reina Neithotep, al término de la cual el trono habría pasado al hijo de una concubina del rey? Estos problemas de filiación, muy difíciles de resolver ante una documentación tan escasa, se plantean igualmente para los sucesores de Djer. Hija de este último habría sido una reina Merneith, «la amada de Neith», cuya tumba se ha descubierto en la necrópolis real de Abidos; se ha pensado que ella fue la esposa de su sucesor, Uadji, porque los documentos de la tumba de Marneith la consideran madre de Den, el cuarto rey de la I dinastía. El reinado de Djer amplía la política exterior del país, con expediciones a Nubia hasta el Uadi Halfa, tal vez también a Libia y al Sinaí, a juzgar por la presencia

en su tumba de joyas en turquesa, piedra tradicionalmente importada del Sinaí. Djer prosigue con la organización del país en el plano económico y religioso, funda el palacio de Menfis y se hace enterrar en Abidos, donde él es quizás el prototipo histórico de Osiris. Es enterrado en compañía de su corte, lo que no quiere decir, sin embargo, como se ha creído durante mucho tiempo, que los cortesanos debieran acompañar, de manera violenta, a su soberano en la muerte (Kaplony, *LÄ* 1, 1111, n.9). Se trata, por el contrario, del primer testimonio de la asunción por el soberano del devenir funerario de sus subordinados, cuyas tumbas están asociadas a la suya, al igual que lo estarán más tarde en las grandes necrópolis regias. En la medida en que podemos juzgarla a partir del ajuar funerario de sus contemporáneos, como el de la tumba del canciller Hemaka en Saqqara, su época fue brillante y próspera.

Calendario y datación

Un documento de su reinado ha puesto en entredicho toda la datación de la dinastía I, planteando el problema del calendario. Se trata de una plaqueta de marfil (fig.14) en la que se ha querido ver la representación de la diosa Sothis, esto es, de la estrella Sirio, bajo la forma de una vaca tumbada que lleva entre los cuernos el brote de una planta que sirve para designar el año (Vandier: 1952, 842-843; Drioton & Vandier: 1962, 161). Este signo tan simple, si la interpretación es correcta, querría decir que los egipcios, ya desde el reinado de Djer, habrían relacionado el orto helíaco de Sirio y el comienzo del año, esto es, habrían inventado el calendario solar.

Es probable que, al principio, utilizasen un calendario lunar, del que se han conservado numerosas huellas. Después, el desfase entre este cómputo y la realidad les llevó a adoptar un calendario basado en el fenómeno más fácilmente observable para ellos y el más regular: la crecida del Nilo. En consecuencia, repartieron el año en tres estaciones, con cuatro meses cada una de treinta días, correspondientes al ritmo agrícola determinado por la crecida. La primera es la inundación (*Akhet*), la segunda, la germinación y el crecimiento (*Peret*), la tercera, la cosecha (*Shemu*). Ahora bien, resulta que el comienzo de la subida de las aguas, elegido como inicio del año, es observable en la latitud de Menfis, considerado como el lugar de la unificación del país, precisamente en el momento del orto helíaco de Sirio. Este fenómeno se produce el 19 julio del calendario juliano (aproximadamente un mes antes, en el calendario gregoriano), pero no cada 19 de julio. En efecto, todo el mundo sabe que el año solar real es de 365 días y seis horas. El desfase de un cuarto de día que se produce cada año va alejando, poco a poco entre sí, la fecha de ambos fenómenos, que no vuelven a tener lugar simultáneamente hasta que el desfase ha dado, por así decirlo, la vuelta completa: cada 1460 años (lo que se conoce como «periodo sotíaco»). Este fenómeno –la coincidencia entre el primero de año y el orto de Sirio– ha sido constatado, en la historia egipcia, al menos una vez, en el 139 d.C. Podemos, por tanto, gracias a algunos puntos de referencia basados en

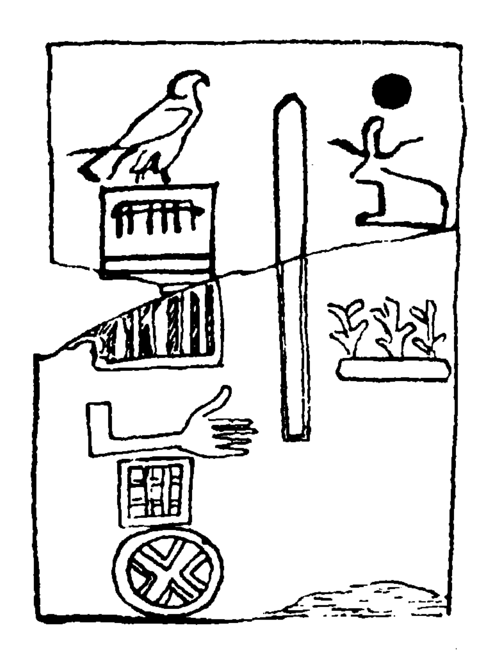


Fig. 14. Plaqueta de marfil de Djer.

observaciones realizadas por los propios egipcios, fijar fechas precisas en el interior de estos periodos, los cuales se remontan a 1317, 2773 y 4323 antes de nuestra era. Sabemos, por ejemplo, que el año 9 de Amenofis I coresponde al 1537 o 1517 según el lugar de observación del fenómeno, y el año 7 de Sesostris III, a 1877. La fecha de 4323 ha sido abandonada, porque no encaja con los testimonios arqueológicos; 2773, por el contrario, parece un buen punto de partida para la creación del calendario, pese a que esta fecha parezca demasiado baja para el reinado de Djeser. Cabe superar el obstáculo argumentando que la presencia de Sothis en esta tablilla no constituye una prueba en sí misma. El haber constatado el fenómeno no implica necesariamente que se haya adoptado un nuevo calendario. Al igual que el calendario civil y el religioso coexisitieron todo a lo largo de la civilización egipcia, no parece absurdo suponer que el calendario lunar siguiera estando en vigor en el reinado de Djer y no fuese reemplazado por el calendario solar hasta el periodo sotíaco siguiente, hacia finales de la dinastía II.

El final de la dinastía

Del sucesor de Djer, Uadji (o, si se prefiere considerar su nombre como un pictograma, «Serpiente»), no sabemos gran cosa, salvo que realizó una expedición al Mar Rojo con el fin probable de explotar las minas del desier-

to oriental. Su tumba en Abidos nos ha conservado numerosas estelas, una de las cuales, con su nombre, se conserva hoy en el Louvre.

Den, el cuarto rey de la dinastía, ha dejado el recuerdo de un reinado glorioso y próspero, comenzado tal vez igualmente por una regencia, la de Merneith, que habría favorecido el poder de los altos funcionarios, poder que Den habría limitado a continuación. Es seguro, en cambio, que el nuevo soberano mantuvo una política exterior vigorosa, desde muy pronto volcada hacia el Próximo Oriente puesto que realizó una campaña «asiática» en su primer año de reinado. De allí se habría traído un harén de prisioneras, lo que lo convertiría en un predecesor de Amenofis III en la materia. Cabe suponer que esta actividad guerrera, completada con una expedición al Sinaí contra los beduinos, determinó la elección de su nombre de «rey del Alto y el Bajo Egipto» (*nesut-biti*): *Khasty*, «el extranjero» o «el hombre del desierto», deformado, en el griego de Manetón, en Usafais. Fue además el primero en añadirle a su titulatura este tercer nombre, en lo que cabe considerar el reflejo de una política interior activa: construcción de una fortaleza, celebración de ceremonias consagradas a los dioses Atón y Apis, censo del país según la Piedra de Palermo, pero también política conciliadora con el Norte, que se tradujo, más allá del nombre de su esposa Merneith, en la creación de un puesto de «canciller del Bajo Egipto»; la tumba de su titular, Hemaka, se ha descubierto en Saqqara, y, además de un rico ajuar, en ella se ha encontrado una tablilla, con el nombre del rey Djer, pero que recuerda tal vez la celebración de un jubileo de Den, conocido por otras fuentes (Hornung & Staehelin: 1974, 17). Esta tablilla contiene la más antigua referencia a una momia –tal vez, la de Djer (Vandier: 1952, 845-848)–, lo que no deja de ser sorprendente dado que la práctica de la momificación no está atestiguada hasta más tarde. En la tumba construida por Den en Abidos, se ha descubierto un pavimento de granito, lo que supone el primer ejemplo conocido de utilización de la piedra en una arquitectura hasta entonces exclusivamente de ladrillo.

El reinado de Den se cree que duró casi medio siglo, y ello explica la relativa brevedad del de su sucesor, Adjib, «el hombre del corazón valiente», cuyo nombre de rey del Alto y del Bajo Egipto, ubicado, por vez primera, bajo la invocación de los «dos dioses» (*nebuy*), es Merpubia(i), convertido por Manetón en Miebis. Adjib probablemente ascendió tarde al trono, al menos lo suficiente como para celebrar muy rápidamente el jubileo que merecía por su avanzada edad. Este ceremonia, la fiesta *sed*, recibe su nombre del de la cola del toro, tal vez también del nombre del cánido Sed, un dios que se ha relacionado con Upuaut, «el que abre los caminos», el chacal del que Anubis tomó prestadas sus competencias funerarias. La fiesta *sed* se pierde en la noche de los tiempos y constituye un rito de renovación del poder destinado a mostrar el vigor del rey, en principio tras treinta años de reinado. Esencialmente, se trata de repetir el rito de la coronación: imposición de las coronas y de las insignias del poder sobre ambos Egiptos, en recintos específicos para cada reino; además, se añade una parte más física, con una carrera y una visita procesional a las divinidades del país en sus santuarios. El rey, finalmente, ejecuta diversos ritos de naci-

miento y fundación. Con ocasión de esta ceremonia se realiza una emisión de objetos conmemorativos: en la época que ahora nos ocupa, son vasos en piedra con la titulatura del rey. Tenemos algunos de estos vasos que conmemoran la fiesta que Adjib celebró en su nuevo palacio de Menfis, con un nombre revelador: «La protección rodea a Horus». Destaca su reinado por la introducción del nombre situado bajo la invocación de los «Dos Señores», es decir, de Horus y de Seth, los dioses antagonistas del Norte y el Sur, reunidos en la persona del rey. Esto quiere decir que él reune en su persona la dualidad de Egipto, pero también la del poder de Horus, que asegura el mantenimiento del equilibrio, y Seth, más destructor, que él desvía hacia el exterior de Egipto.

El final de la dinastía I es más confuso. Debido, sin duda, al prolongado reinado de Den, la sucesión no se llevó a cabo sin tropiezos. Semerket se desmarca claramente de su predecesor, hasta el punto de hacer borrar su nombre de los vasos jubilares, queriendo claramente con ello resaltar su propia legitimidad, puesta en entredicho por la Tabla de Saqqara en la cual su nombre está, a su vez, borrado. Su titulatura indica que realizó una carrera antes de ascender al trono, tal vez religiosa, porque eligió como nombre de *nebty*, «el que guarda a las Dos Señoras», es decir, Nekhbet, la diosabuitre de Nekhen (Elkab), y Uadjet, la diosa serpiente de Pe y Dep (Buto), las protectoras del Sur y del Norte, y como nombre de Horus, «el íntimo de los dioses».

La dinastía II

Semerket se hizo enterrar en Abidos, al igual que su sucesor, Kaa, que es tal vez su hijo y cuyo reinado cierra la dinastía I, sin que ningún enfrentamiento venga a explicarnos este cambio establecido por Manetón. Parece simplemente que el poder se trasladó a Menfis, a juzgar por el hecho de que los tres primeros reyes de la dinastía II se hicieron enterrar en Saqqara. Otro signo de este desplazamiento geográfico lo tenemos en el nombre mismo del soberano que inaugura la nueva dinastía: Hotepsekhemuy, «los dos Poderosos están en paz». Los «dos Poderosos» son, claro está, Horus y Seth. Su nombre de *nebty* confirma esta interpretación. En efecto, eligió el de «las dos Señoras están en paz», lo que debe de ser una alusión política a una oposición entre el Norte y el Sur, que no adoptó necesariamente una forma violenta, pero indica que el país está siempre dispuesto a partirse en dos en caso de conflicto. La familia real mantuvo relaciones con el Delta oriental, con la región de Bubastis; esto es lo que debemos deducir de la práctica del culto de Bastet y de Soped, un dios halcón local asimilado desde muy pronto a Horus, hijo de Osiris. Este es también el momento en que se introduce el culto solar, aunque Re no aparecerá hasta el sucesor de Hotepsekemuy, en su nombre de Horus, Nebre, «el Señor del Sol» o, más verosímilmente y con menos orgullo, «Re es (mi) señor». Re ocupa definitivamente el lugar del «dios del horizonte» del que surgió. Esta elección religiosa la confirma el sucesor de Nebre, Nineter, «el que pertenece

al dios». Ambos son, probablemente, los propietarios de las tumbas situadas bajo la calzada de Unas en Saqqara, en las que se han descubierto cilindros-sello con su nombre; pero esta atribución, en ausencia de todo documento escrito, es poco segura, porque estos sellos no permanecieron forzosamente ligados al rey cuyo nombre llevan. Los podemos encontrar en tumbas de particulares y a veces en las de sus sucesores. La tumba, por ejemplo, de Khasekhemuy en Abidos contenía un cilindro con el nombre, precisamente, de Nineter, sin que puede haber ninguna duda sobre la identidad del propietario de la tumba.

También otro tipo de objetos puede ser desplazado fuera de contexto. Se trata de los vasos de piedra, cuyas inscripciones son tan preciosas como las de las tablillas de marfil de la I dinastía para conocer ciertos hechos históricos y la organización administrativa del país. Lotes muy importantes de tales vasos, algunos datados en el reinado de Nineter, se han descubierto en las galerías subterráneas de la pirámide de Djeser, el segundo soberano de la dinastía III. Este hallazgo confirma el carácter perdurable de tales objetos, transmitidos una vez utilizados (o no utilizados), de generación en generación. En el caso de la tumba de Djeser, los vasos han permanecido en un mismo contexto, mientras que los vasos jubilares que mencionamos más arriba, fueron cambiados de sitio: entregados a los dignatarios y conservados por sus familias, acabaron por formar parte del ajuar funerario de un lejano descendiente.

A los sucesores de Nineter, Uneg y Senedj los conocemos tan sólo, aparte de las listas reales, por estas inscripciones sobre vasos procedentes de la pirámide de Djeser. Es posible que su poder se circunscribiese a la región menfita. El último fue contemporáneo del rey Peribsen, cuya estatua debía de encontrarse en su tumba, si aceptamos la existencia, en la dinastía IV, de un «superior de los sacerdotes *uab* de Peribsen en la necrópolis de Senedj: en el templo y demás edificios». De este último se conoce la sepultura en Abidos que le preparó su sucesor local Sekhemib, «el hombre de corazón poderoso», y el material procedente de ella: vasos de piedra y objetos de cobre, y dos estelas con el nombre del rey en el *serekh*, que es una representación del palacio en planta precedido por su fachada vista en alzado; el nombre del soberano se inscribe en el marco definido por el plano. Este conjunto constituye la forma normal de escribir el nombre de Horus de los soberanos. Normalmente, esta «fachada de palacio» está coronada por el halcón Horus, pero el nombre de Peribsen se encuentra bajo la invocación de Seth.

Estos diversos elementos invitan a pensar que las relaciones entre ambos reinos se deterioraron hacia finales del reinado de Nineter, tal vez debido a la nueva orientación religiosa de Nebre, que habría favorecido demasiado al Norte. El silencio de las listas reales sobre Peribsen y su sucesor en Abidos, así como esta clara elección de Seth como dios tutelar, sugiere que el Sur había recuperado su autonomía –Peribsen contaba, por ejemplo, con un «canciller del rey del Alto Egipto»– o, al menos, ya no reconocía la de los soberanos menfitas, en quienes la tradición veía a los ocupantes legítimos del poder, según un concepto que se hará clásico. El



Fig. 15. Estatua de Khasekhem procedente de Hierakómpolis. Esquisto. Museo de El Cairo.

poder de Peribsen se extendía al menos hasta Elefantina, donde se han descubierto, en 1985, marcas de sello con su nombre y donde sabemos que hubo más tarde un templo consagrado a Seth. El hecho de que Senedj y Peribsen tuvieran un culto funerario asociado en la IV dinastía nos permite creer que esta oposición no fue violenta, al menos bajo su reinado.

Las cosas cambian con Khasekhem, «El Poderoso (es decir, Horus) es coronado». *Originario de Hierakómpolis, consagró en su templo, con motivo* de su coronación, diversos objetos que conmemoran una victoria sobre el Norte: varios vasos de piedra con inscripciones y dos estatuas, una en esquisto y la otra en caliza, que le representan sentado sobre un asiento con un pequeño respaldo. Estas estatuas, prácticamente las primeras de este tipo, nos dan ya el canon artístico de las representaciones regias. En ambas, el soberano aparece revestido con el manto de la fiesta *sed* y tocado con la corona blanca del Alto Egipto. Sin embargo, esto no quiere decir necesariamente que Khasekhem haya elegido al Alto Egipto como origen de su poder. Dada la vestimenta que lleva, estas dos estatuas debían de formar parte de un conjunto, como otros que conocemos, destinado a representar

al soberano durante las ceremonias de coronación, alternativamente como rey del Alto y del Bajo Egipto, según el mecanismo de la fiesta *sed*. El zócalo de ambas está decorado con prisioneros amontonados en un amasijo de cuerpos retorcidos.

Fue sin duda con ocasión de esta victoria cuando cambió su nombre por el de Khasekhemuy, «Los Dos Poderosos son coronados», situando a Horus y Seth encima del *serkh*, y cuando eligió como nombre de rey del Alto y el Bajo Egipto el de «Las Dos Señoras están en paz a través de él». Al tiempo que se apoderaba de Egipto, en lo que tiene todo el aspecto de una reunificación, se producía una renovación en la arquitectura, impulsada por una vigorosa política edilicia. Khasekhemuy construyó edificios en piedra en Hierakómpolis, Elkab y Abidos, donde su tumba es la más grande de todas las de los soberanos de la dinastía II.

Con su reinado termina el periodo tinita según Manetón, pero sin ninguna razón específica. La interrupción podría incluso parecer absurda en la medida en que sabemos que la esposa de Khasekhemuy, la princesa Nimaatapis, fue la madre de Djeser, el gran rey que fue su sucesor indirecto; pero hemos visto que la noción misma de una monarquía «tinita» no se adapta a la situación política de la dinastía II, más menfita ya que tinita. El reinado de Khasekhemuy asistió simplemente al final de los enfrentamientos entre el Norte y el Sur y a la implantación definitiva de las estructuras económicas, religiosas y políticas del país. Constituye el punto de partida de una época gloriosa, en el curso de la cual la civilización y el arte alcanzaron un nivel de perfección casi definitivo.

La monarquía tinita

La monarquía tinita difiere en muy poco de la monarquía de la dinastía III, pues las instituciones esenciales aparecieron antes de Djeser. El principio de transmisión directa del poder funciona ya porque el rey deja de ser calificado como Horus después de su muerte. De igual modo, el rey ostenta los tres nombres que constituyen la base de su titulatura: el nombre de Horus, que expresa su naturaleza como hipóstasis del dios heredero del trono; el nombre de rey del Alto y el Bajo Egipto (*nesut-biti*) y, desde Semerket, un nombre de *nebty* que probablemente refleja la trayectoria política, anterior a su coronación, del príncipe heredero camino del trono. Conviene recordar también el papel desempeñado por la esposa del rey en la transmisión del poder: ella es «Aquella que une a los Dos Señores», «Aquella que ve a Horus y a Seth», y también «La madre de los niños reales».

La casa real se organiza de igual modo a como lo hará en los siglos venideros. El palacio, que podemos suponer construido en ladrillo a juzgar por la arquitectura funeraria que probablemente lo reproducía, contiene al mismo tiempo los apartamentos privados –el harén– y la administración, es decir, la dirección de los principales servicios que constituyen una prolongación del rey que es su «casa». Aunque, en efecto, él asume la totalidad del poder, en la práctica le asisten altos funcionarios. No siempre es

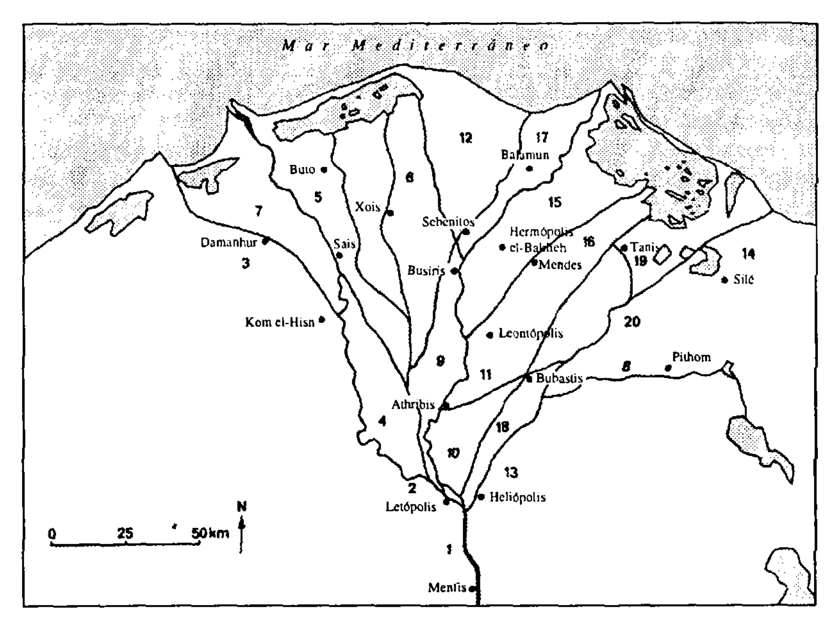


Fig. 16. Mapa de los nomos del Bajo Egipto.

fácil separar los títulos puramente áulicos de aquéllos que tienen un contenido real, pero al menos podemos hacernos una idea del funcionamiento, a grandes rasgos, de la maquinaria administrativa.

El rey se hallaba rodeado de consejeros más o menos especializados como el «controlador de Ambos Tronos», «Aquel que está situado a la cabecera del rey» o el «jefe de los secretos de los decretos». Este último título nos da una idea de cómo era el proceso legislativo. En tanto que heredero de los dioses, el rey obtiene un poder teocrático, que le sustenta, pero lo recibe sólo temporalmente: los títulos de propiedad del país le son entregados durante la ceremonia de coronación, en principio directamente por el dios (Grimal: 1986, 441), quien le encarga que gobierne el país y haga respetar las leyes del dios, que son en sí mismas la expresión de las que rigen el universo. Con este fin, promulga decretos. En el extremo, toda palabra salida de su boca es un decreto y tiene fuerza de ley, ya se ponga o no por escrito, de manera en cierto modo semejante al sistema islámico del *daher*. Al parecer, la interpretación de estos decretos, junto con el recurso a las leyes escritas y a la jurisprudencia, constituía la parte esencial del Derecho.

Un amplio cuerpo de escribas, el alma ominipresente de la administración, trabaja en torno a este círculo próximo al rey, donde aparece, ya en la dinastía II, un *tjaty* que no posee aún los poderes que esta función –comparada a menudo con el visir otomano– abarcará en la dinastía IV, y en torno también a la cancillería. El primer canciller conocido del rey del Bajo Egipto es Hemaka, en el reinado de Den, mientras que la cancillería del Alto

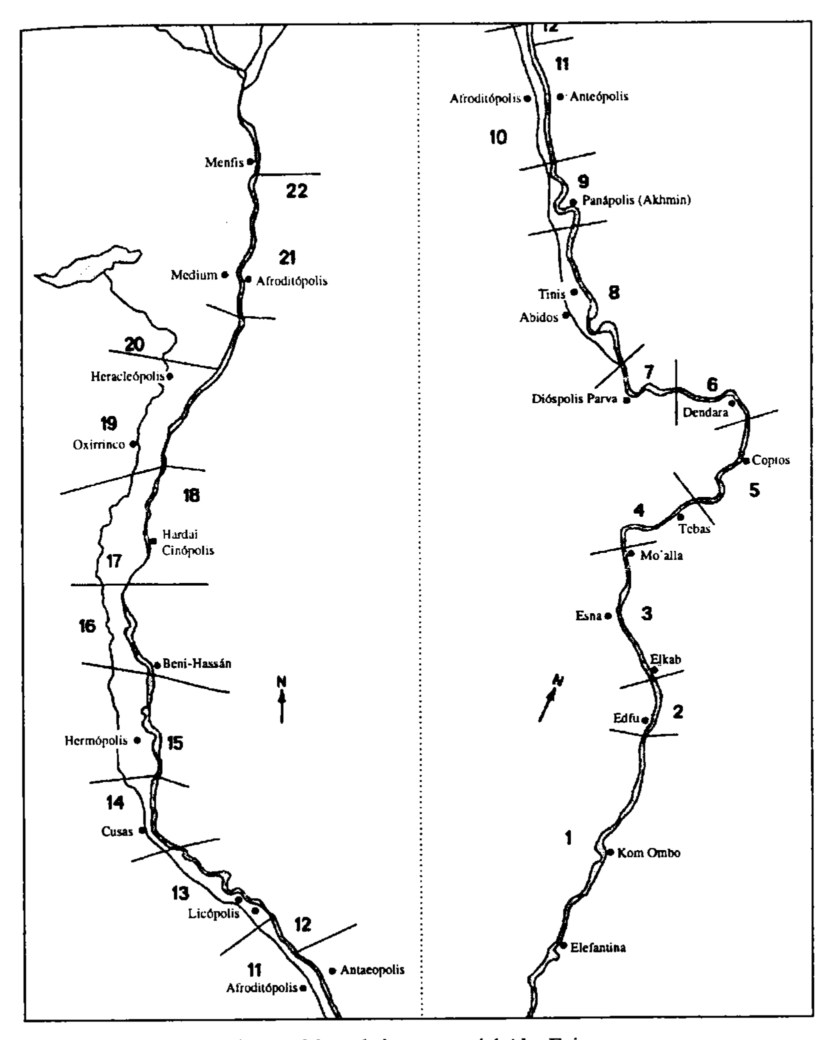


Fig. 17. Mapa de los nomos del Alto Egipto.

Egipto apareció bajo Peribsen. Esta doble institución se ocupa del censo, de la organización de la irrigación y, por lo tanto, de todo lo relacionado con el catastro. Se ocupa de la recaudación de impuestos y de la redistribución de los bienes que son entregados a «tesoros» y «graneros» especializados en los cerales, el ganado, la alimentación en general. Éstos a su vez gestionan la entrega de estos bienes a los cuerpos y organismos de los que se ocupa el estado: la propia administración, pero también los templos.

Estos órganos del poder central están en contacto con los engranajes locales, repartidos en provincias que los griegos llamaron «nomos» y los egipcios, primero, *sepat* y luego *kah*, a partir de la época amarniense, en el

siglo XIV antes de nuestra era. En puridad, la existencia de estas provincias no nos es conocida hasta la época de Djeser, pero ya hemos visto que los emblemas que las representan sugieren un origen anterior a la unificación del país. Se trata sin duda de los dominios de los antiguos dinastas locales que han logrado preservar sus características propias y una cierta autonomía, suficiente en todo caso para que las listas geográficas tradicionales no hayan puesto nunca en duda su singularidad. Estas listas, atestiguadas desde el reinado de Niuserra, dividen el país en 22 nomos para el Alto Egipto y 20 para el Bajo Egipto.

Había también instancias federales competentes para cada uno de ambos reinos. Conocemos, por ejemplo el «Consejo de los Diez del Alto Egipto» o el «Encargado de Nekhen», que debía de actuar casi como un

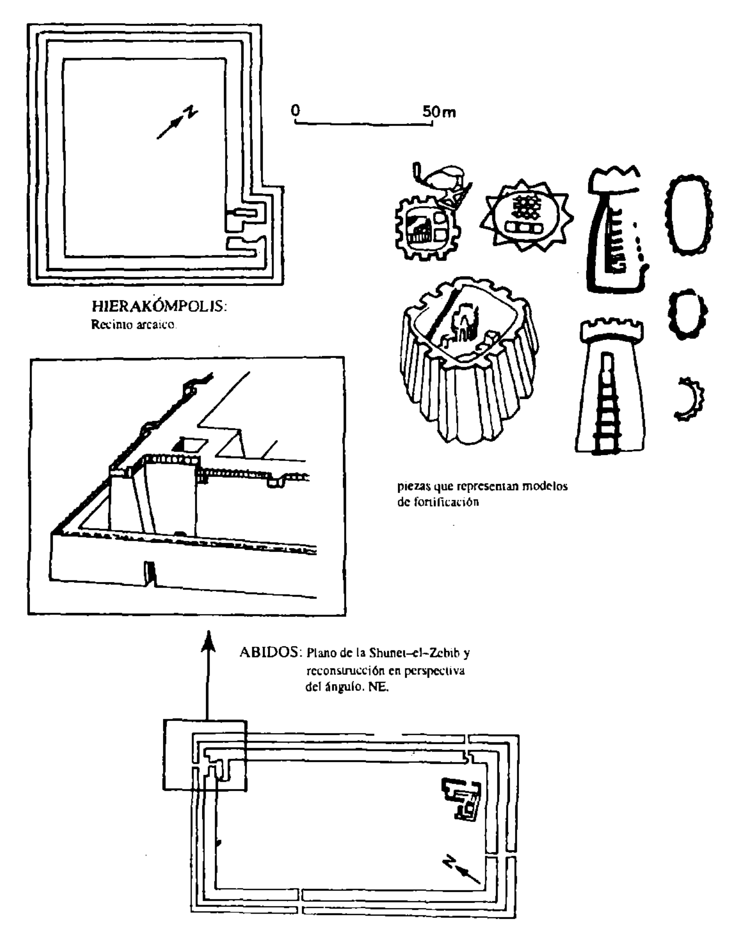


Fig. 18. Arquitectura civil y militar.

virrey del Sur. Los Diez se entendían con los responsables locales, los nomarcas, denominados los «administradores» (*adj-mer*), asistidos ellos a su vez por una asamblea, la *djadjat*.

Nada sabemos acerca de la organización militar ni de la conscripción, que no está atestiguada hasta más tarde, pero cabe suponer que ya funcionaba el sistema tal como lo hará más tarde. Sea como fuere, podemos hacernos un idea bastante exacta de la arquitectura militar a partir de las representaciones de fortalezas, el plano de la Shunet-el-Zebib (la parte fortificada de Abidos) o el recinto arcaico de Hierakómpolis.



Fig. 19. Estatua anónima de un hombre sentado procedente de Abusir (?). Caliza. Alt.=0,42 m. Berlín, Ägyptishes Museum.

En cuanto a la arquitectura civil, sólo contamos con las piezas de juego que representan casas y con las representaciones en las tumbas de «fachadas de palacio». Las tumbas constituyen nuestra principal fuente de conocimiento del arte tinita, y el ajuar funarario que proviene de algunas tumbas privadas, como la de Hamaka, nos deja entrever un arte floreciente. Los objetos de marfil y de hueso son siempre abundantes en tales contextos, al igual que la «loza egipcia», la cerámica y los vasos en piedra. La estatuaria menor está igualmente bien representada y nos ofrece variados tipos humanos: prisioneros, niños o numerosas estatuillas femeninas que no son sólo las «concubinas» del muerto, sino que evocan también actitudes de la vida cotidiana. Algunos temas, que conocerán posteriormente una cierta fortuna, aparecen ya fijados como, por ejemplo, el de la mona acunando a su pequeño en los brazos (compárese Vandier: 1952, 976 y Valloggia: 1986, 80). La estatuaria mayor se halla aún muy lejos de la elegancia de las obras del Imperio Antiguo, resulta aún bastante tosca y los personajes adoptan actitudes estereotipadas, aunque con algunos bellos ejemplos como la «Dama de Nápoles», la estatua de Nedjemankh del Louvre o el desconocido de Berlín.

SEGUNDA PARTE

LA ÉPOCA CLÁSICA

CAPÍTULO IV

EL IMPERIO ANTIGUO

SUBIDA AL PODER DE LA DINASTÍA III

Paradójicamente, la dinastía III nos es peor conocida que las dos primeras, y no hay acuerdo aún en torno al problema de sus inicios, dominados por la personalidad del rey Djeser, que no fue, por otra parte, el primer soberano. Aunque los datos arqueológicos y los obtenidos de las listas reales se prestan a interpretaciones diversas, podemos proponer como verosímil la siguiente reconstrucción de los hechos. El primer rey de la dinastía sería Nebka, mencionado en el papiro Westcar. Lo conocemos también por Manetón y por la existencia de un sacerdote de su culto funerario bajo Djeser. Nada sabemos con certeza sobre su reinado, pues hay una semi-laguna en este punto en la Piedra de Palermo; sólo que su reinado y el de Djeser habrían tenido aproximadamente idéntica duración. Ignoramos qué lazo de parentesco les unía; tal vez Djeser era el hermano o el hijo de Nebka. El asunto se complica con la sucesión de Djeser. El canon de Turín le otorga diecinueve años de reinado y menciona tras él a un tal Djeserti o Djeser(i)teti, desconocido por lo demás. Ahora bien, desde el descubrimiento en Saqqara, realizado por Z. Goneim, de una pirámide inacabada construida según el modelo de la de Djeser, sabemos que su sucesor se llamaba Sekhemkhet (Lauer: 1988, 143s.). ¿Son la misma persona? No es fácil estar seguro porque en la dinastía III se produjo una modificación en la titulatura real: el «nombre propio», es decir, el que recibía el príncipe al nacer y sobre el cual, tras la coronación, se basaba su nombre de «rey del Alto y el Bajo Egipto» se transformó en el nombre de «Horus de Oro», mientras que el de *nesut-biti* tiende a confundirse con el nombre de Horus propiamente dicho. Además, un tercer personaje viene a complicar la cuestión: un rey Sanakht, conocido por las marcas de sellos halladas en Elefantina, donde se encontraba la frontera meridional de Egipto desde la dinastía I, tal y como lo han mostrado las recientes excavaciones del Instituto Arqueológico Alemán de El Cairo, que han puesto al descubierto una

ciudad y una muralla de época tinita. Podemos seguir su rastro en una tumba de la necrópolis de Beit Khallaf, al norte de Abidos, que, en contra de los que se creyó, no le pertenecía a él sino a uno de sus funcionarios. En cuanto a él, no sabemos dónde fue enterrado, aunque el lugar más probable sea en Saqqara, al oeste del complejo de Djeser, en el cual se han descubierto marcas de sellos con su nombre. En cualquier caso, ya fuese el primero o el segundo rey de la dinastía III, e idéntico o no a Nebka, su reinado no superó los seis años, según Manetón, y todo lo que podemos decir de él es que su nombre puede aún leerse en las minas de turquesa del Uadi Maghara, al oeste del Sinaí, al igual que el de Sekhemkhet, al que apenas conocemos mejor, si dejamos a un lado su tumba.

DJESER E IMHOTEP

Djeser –el Horus *Netery-Khet*– es mucho más célebre que ellos, tanto por sus construcciones como gracias a la propia historiografía egipcia. No en vano es una de las grandes figuras de la historia egipcia, entre otras cosas, por haber promovido la arquitectura en piedra inventada por su arquitecto Imhotep, quien llegó a convertirse en objeto de culto en la Época Baja. Su reinado ha quedado ligado a una cierta imagen de la monarquía, tal y como nos lo muestra un célebre apócrifo, la estela que Tolomeo V Epifanes, más de dos mil años más tarde, hizo grabar, hacia el 187 a.C., en los roquedos de Sehel, en las proximidades de Elefantina, en la Primera Catarata. El texto describe una hambruna ocurrida en tiempos de Djeser y muestra cómo el rey supo ponerle fin. Veamos a Djeser lamentarse por el estado en que se encuentra el país:

> «Mi corazón tenía una gran pena, porque el Nilo, durante siete años, no había subido a tiempo. El grano era poco abundante, las semillas estaban resecas, todo lo que había para comer lo había en poca cantidad, y todos veían frustradas sus esperanzas. Ni siquiera podían andar: el niño lloraba, el joven estaba abatido, los ancianos, cuyo corazón estaba triste, se sentaban en tierra, con las piernas dobladas y las manos sobre ellas. Incluso los cortesanos pasaban necesidad; y los templos estaban cerrados, los santuarios yacían bajo el polvo. En suma, todo lo que existe se debatía en aflicción».

El rey indaga en los archivos y descubre en ellos cuál es el origen de la crecida y la incidencia que sobre ésta ejerce Khnum, el carnero, señor de Elefantina. Le hace una ofrenda y el dios se le aparece en sueños y le promete que:

> «Yo haré que el Nilo crezca para tí; no habrá nunca más un año en el que la crecida sea insuficiente para ninguna región. Brotarán las flores vencidas bajo el peso del polen». (Barguet: 1953, 15 y 28).

Tolomeo V Epifanes optó por camuflarse bajo el nombre de Djeser para relatar la manera como combatió los desastres causados por la hambruna y

la revuelta de los sucesores de Ergamenes, lo que indica que veía en él al fundador del poder menfita. De este modo, enlaza con los orígenes de la tradición nacional vinculándose a ellos según un modelo bien conocido: el del rey ilustrado y piadoso que no duda en indagar en las fuentes de la teología y de la Historia para encontrar los fundamentos cosmológicos y los grandes modelos del pasado, como Djeser e Imhotep.

Ambos son más conocidos por su leyenda que por datos históricos propiamente dichos, Sólo pudo identificarse al primero con Netery-Khet gracias a los grafiti de los turistas que visitaron su pirámide en la Antigüedad y gracias a fuentes como esta *Estela del Hambre* que confirma la importancia política de Menfis bajo su reinado. Curiosamente, en esta pareja formada por el rey y su servidor, éste último es el que mejor conocemos y el que fue objeto de un culto popular. Se cree que vivió hasta el reinado de Huni, es decir, casi hasta el final de la dinastía. Nunca fue un político: las únicas funciones que sabemos desempeñó fueron las de gran sacerdote de Heliópolis, sacerdote-lector y arquitecto en jefe. Esta última función le hizo célebre, pero la imagen que de él se nos ha conservado nos muestra que desde muy pronto se le consideró la figura más destacada de su tiempo. En el Imperio Nuevo, la literatura lo tiene por patrono de los escribas, no por sus cualidades como escribano sino en tanto que personificación de la sabiduría y por lo tanto de la enseñanza. Esta condición más intelectual que literaria nos indica cuál era en realidad su misión junto a Djeser. Precisamente por sus cualidades como hábil consejero, idénticas a las que la religión reconocía al dios creador de Menfis, el Canon de Turín lo convirtió en hijo de Ptah. Concluye así la primera etapa de un proceso de heroización que le transformará en dios local de Menfis, con un clero y un mito propios, y que acabará por hacer de él, esencialmente, un mediador, que ayuda a los hombres en las dificultades de la vida cotidiana, especializado en problemas médicos. Los griegos subrayarán esta especialización del Imuthes menfita asimilándolo a Asclepio, y su culto, difundido bajo el Imperio romano desde Alejandría a Meroe pasando por Filas, donde se le dedica un templo, sobrevivirá a la civilización faraónica en la tradición árabe, precisamente en Saqqara, donde podemos suponer que se encuentra su tumba. Djeser, en cambio, nunca fue divinizado. Su inmortalidad proviene de su pirámide, que introdujo una nueva forma arquitectónica, adoptada luego por todos sus sucesores, hasta el final del Imperio Medio.

EL FINAL DE LA DINASTÍA III

El final de la dinastía resulta casi tan confuso para nosotros como lo fue su comienzo; no existe una fácil correspondencia entre los datos proporcionados por las listas reales y los de la arqueología. En ausencia de documentos explícitos, estos últimos establecen un orden de sucesión basado en la evolución arquitectónica de la sepultura real. En el yacimiento de Zauiet el-Aryan, a medio camino entre Giza y Abusir, se han descubierto dos sepulturas piramidales, la más meridional de las cuales, denominada

comúnmente la pirámide «a capas» se inspira claramente en las de Sekhemkhet y Djeser en Saqqara.

Probablemente inacabada, esta tumba podemos atribuirla, a la vista de las inscripciones de los vasos, al Horus Khaba, desconocido por los demás y a quien se ha querido identificar con el rey Huni, mencionado por la lista lista real de Saqqara y por el Canon de Turín, que le otorga 24 años de reinado. Debemos situarlos, pues, en el el pimer cuarto del siglo XXVI antes de nuestra era. Su posición como último rey de la dinastía la confirma un texto literario redactado por el escriba Kaires, según las misceláneas ramésidas. Se trata de unas *Instrucciones* ficticiamente destinadas al visir del rey Teti, Kagemni, que fue enterrado junto a la pirámide de su rey en Saqqara. Como Imhotep, Kagemni se había convertido desde finales del Imperio Antiguo en un personaje legendario al que se le atribuía una trayectoria comenzada bajo el reinado de Snefru. El texto concluye de la siguiente manera:

> «Entonces, la Majestad del rey del Alto y del Bajo Egipto Huni falleció y la Majestad del rey del Alto y del Bajo Egipto Snefru fue elevado a la dignidad de rey bienhechor en todo el país. Entonces Kagemni llegó a ser alcalde y visir». (P.Prisse 2,7-9).

Si Huni es, pues, el último rey de la dinastía III, debemos hacerle un hueco al otro constructor de Zauiet el-Aryan, que algunos grafiti identifican como el Horus Nebka(re) o Neferka(re). El estilo de su pirámide lo vincula a la dinastía III o, en todo caso, a un periodo de recuperación del estilo dominante en aquella época. ¿Es esto suficiente para ver en él al Nebkare de la lista de Saqqara, es decir, el Mesojris de Manetón, y en todo caso, un predecesor de Huni?

Como puede verse, estamos aún lejos de conocer suficientemente la historia de esta dinastía y no es impensable que futuros hallazgos arqueológicos nos permitan comprender mejor su orden de sucesión. Ignoramos por qué motivo se produjo un cambio de dinastía, cuyo rastro más visible es el desplazamiento de la necrópolis real hacia el sur, trasladada de Zauiet el-Aryan a Meidum y Dahshur, y luego de nuevo al Norte, a partir de Kheops.

Snefru

Meresankh, la madre de Snefru, fundador de la nueva dinastía, no era de sangre real sino muy probablemente una concubina de Huni, aunque nada nos permite afirmarlo con certeza. En tal caso, su hijo habría casado, con el fin de confirmar la legitimidad de su poder, con una de sus medio hermanas, Heteferes I, la madre de Kheops e hija a su vez de Huni. Esta filiación da idea de la complejidad de las genealogías de la IV dinastía; un estudio, siquiera somero, de estas últimas muestra la profunda implicación de la familia real en el gobierno del país.

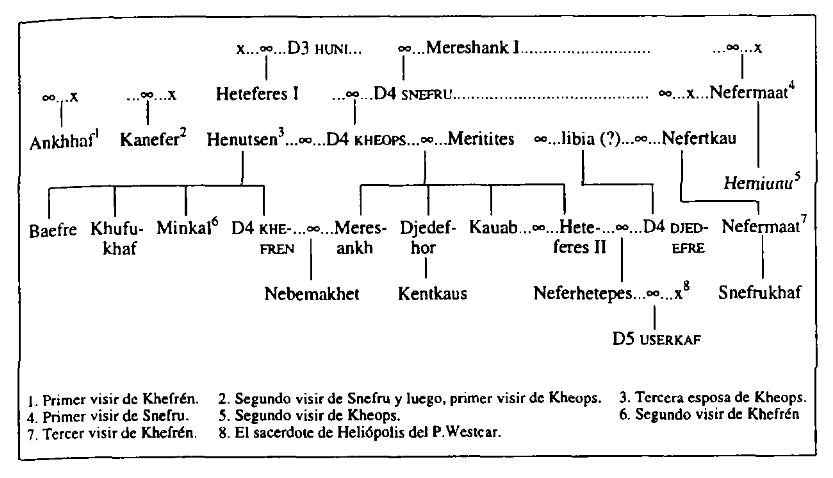


Fig. 20. Genealogía sumaria de la dinastía IV, generaciones 1-6.

Como sus predecesores de la dinastía III, Djeser y Nebka, Snefru ha permanecido en la memoria colectiva como una figura legendaria, preservada en la literatura bajo una imagen afable. Fue incluso divinizado en el Imperio Medio, convirtiéndose en el modelo del rey perfecto al que apelan soberanos como Amenemahat I cuando quieren legitimar su poder. Este favor, acompañado ciertamente de una gran popularidad atestiguada por la onomástica, llegó incluso a hacer restaurar su templo funerario de Dahshur. No son escasas las fuentes sobre su reinado, que debió de ser largo –unos cuarenta años como máximo– y glorioso. La Piedra de Palermo deja entender que fue un rey guerrero: habría conducido una expedición a Nubia para aplastar una «revuelta» en el Dodecasqueno, y capturado a 7.000 prisioneros, una cifra enorme si tenemos en cuenta que esta zona, más o menos equivalente a la Nubia egipcia, contaba con 50.000 habitantes hace treinta años. Esta campaña habría aportado asimismo un elevado número de cabezas de ganado, 200.000, a las que hay que añadir otras 13.100 procedentes, siempre según la misma fuente, de una campaña dirigida contra los libios, entre los cuales obtuvo 11.000 prisioneros. Estas campañas eran algo más que simples *rezzu* contra poblaciones insumisas: desde los inicios de la época tinita, Nubia era para Egipto una reserva de mano de obra tanto para las grandes obras públicas como para el mantenimiento del orden, porque las poblaciones del desierto oriental –los medjau y, más tarde, los blemmyes– integraban la mayor parte de la policía del reino. A ello se añadía, evidentemente, la preocupación por conservar el control sobre el tránsito caravanero de productos africanos como ébano, marfil, incienso, animales exóticos (jirafas y monos, cada vez más de moda en el Imperio Antiguo), huevos de avestruz, pieles de pantera, etc. También interesaban los lugares de producción de ciertos bienes importados, como el oro, que se extraía en todo el desierto de Nubia, desde el sudoeste del Uadi Allaqi al Nilo, o como la diorita, al oeste de Abu Simbel.

Esta última motivación presidió las campañas al Sinaí que dirigieron casi todos los reyes desde Sanakht en adelante. Su objetivo no era el de contener a improbables invasores llegados de Siria-Palestina, sino el de asegurarse la explotación de las minas, situadas al oeste de la península, en el Uadi Nash y el Uadi Maghara; de ellas se extraía cobre, malaquita y, sobre todo, turquesa. Snefru no fue una excepción a la regla, pues emprendió una expedición contra los beduinos que recuperaban cada vez la posesión de los lugares que los egipcios explotaban sólo temporalmente. Sin duda, logró garantizar sólidamente la explotación de las minas, a juzgar por su reputación aún viva en el Sinaí en el Imperio Medio. Este estado larvado de guerra con las poblaciones nómadas no impedía en modo alguno las relaciones comerciales con Líbano y Siria a través de la fachada marítima fenicia. Snefru envió incluso una expedición, con unos cuarenta barcos, para traer madera de construcción que siempre ha hecho falta en Egipto.

Constructor de navíos, de un palacio, de fortalezas, de casas, de templos, Snefru es también el único soberano al que es posible atribuir tres pirámides. En un primer momento, en efecto, eligió Meidum, muy al sur de las necrópolis de sus predecesores. Allí se hizo construir una tumba según una técnica aún semejante a la de Djeser. No debía de faltar mucho para acabar esta pirámide cuando, verosímilmente en el año 13 de su reinado, la abandonó para levantar en Dahshur dos nuevas edificaciones, que debían conducir a la pirámide perfecta. Es difícil saber la razón del desplazamiento de la necrópolis a Meidum y su posterior retorno al Norte. La elección de Meidum quería, ciertamente, marcar una diferencia frente a la dinastía anterior y por ello debe de corresponder a la primera mitad de su reinado. Sin duda, la familia real tenía allí vínculos, pues su rama mayor se hizo enterrar allí, en particular, Nefermaat, quien fue visir de Snefru y cuyo hijo, Hemiunu, asumió el mismo cargo bajo Kheops, que tal vez fuese su tío. Hemiunu, retomando la tradición familiar inaugurada por Nefermaat para Huni, fue el constructor, por cuenta de su rey, de la gran pirámide de Giza, lo que le valió el honor de una tumba cerca de su obra y de tener su estatua dentro de su tumba. Otro huésped ilustre de Meidum es Rahotep, cuya estatua, que le representa junto a su esposa Nefret, es una de las obras maestras del Museo del Cairo (fig. 33).

Kheops

La necrópolis por excelencia de la IV dinastía sigue siendo la meseta de Giza, dominada por las pirámides de Kheops y de sus sucesores, en torno a las cuales se disponen las calles formadas por las *mastabas* de los funcionarios y dignatarios que forman el cortejo de su señor en el más allá. Curioso destino el de Kheops, en egipcio Khufu, abreviatura de Khnumkhuefui, «Khnum me protege», cuya pirámide lo convirtió, desde la Antigüedad en el símbolo del monarca absoluto, de una crueldad que Heródoto se complace en subrayar.

«Pues bien, hasta el reinado de Rampisinito hubo en Egipto, al decir de los sacerdotes, una estricta legalidad y el país gozó de gran prosperidad, pero Kheops, que reinó tras él, sumió a sus habitantes en una completa miseria. Primeramente cerró todos los santuarios, impidiéndoles ofrecer sacrificios, y luego ordenó a todos los egipcios que trabajasen para él. En este sentido, a unos se les encomendó la tarea de arrastrar bloques de piedra, desde las canteras existentes en la cordillera arábiga, hasta el Nilo y a otros les ordenó hacerse cargo de los bloques, una vez transportados en embarcaciones a la otra orilla del río, y arrastrarlos hasta la cordillera llamada líbica. Trabajaban permanentemente en turnos de cien mil hombres, a razón de tres meses cada turno. Asimismo, el pueblo estuvo, por espacio de diez años, penosamente empeñado en la construcción de la calzada por la que arrastraban los bloques de piedra (...). Por su parte, en la construcción de la pirámide propiamente dicha se emplearon veinte años (...). Kheops llegó a tal grado de maldad que, viéndose falto de dinero, colocó a su propia hija en un burdel y le ordenó que se hiciese con una determinada cantidad (los sacerdotes no me dijeron exactamente cuánto). Ella, entonces, se hizo con la suma que le había fijado su padre y, además, resolvió dejar por su propia cuenta un monumento conmemorativo suyo; así, a todo el que la visitaba le pedía que le regalara un bloque de piedra. Y los sacerdotes aseguran que con esos bloques de piedra se construyó, delante de la gran pirámide, la que se alza en medio de las otras tres, cada uno de cuyos lados tiene pletro y medio». (Heródoto 21, 24 y 126. Trad. de C.Schrader).

Tampoco los egipcios guardaron de él un recuerdo tan bueno como el de Snefru, pese a que su culto esté aún atestiguado en época saíta y fuese grande su popularidad bajo la dominación romana. Es él el rey que, en el papiro Westcar, se hace narrar las historias maravillosas de los reinados de sus predecesores. Aparece aquí como el soberano oriental de las leyendas según la imagen tradicional, afable ante todo y ávido de maravillas, amable con sus inferiores, pero poco respetuoso de la vida humana. La construcción de la tumba es aquí tambíen una de sus mayores preocupaciones. El cuarto cuento del papiro nos lo presenta buscando «las cámaras secretas del santuario de Thot», que él querría reproducir en su templo funerario. Esta búsqueda le lleva a encontrarse con un mago de Meidum, un tal Djedi, «un hombre de 110 años, que aún a su edad come quinientos panes y medio buey y bebe cien cántaros de cerveza». El mago le revela que el secreto que busca le será revelado... ¡por el primer rey de la dinastía siguiente, Userkaf, hijo mayor de Re y de la mujer de un sacerdote de Heliópolis! Después, el papiro relata el milagroso nacimiento de los tres primeros soberanos de la V dinastía. Se interrumpe antes del final del cuento, pero podemos, pese a ello, comprobar que no es muy lucida la posición de Kheops, entre la sabiduría de sus predecesores y la virtud de quienes le sucedieron. Su comportamiento sorprende incluso al mago Djedi, que le llama al orden cuando aquél se apresta a hacer decapitar a un prisionero por el simple placer de ver cómo le colocan de nuevo la cabeza en su sitio, y le dice: «¡No, nunca con un ser humano, oh soberano, mi señor! Está prohibido hacerle algo semejante al ganado de dios». No carece de importancia el hecho de que

este mago, tan respetuoso con la voluntad divina, sea originario de Meidum, como lo era probablemente Snefru.

Estos textos, en los que aparecen los reyes de la dinastía IV, fueron escritos todos ellos después de que el Primer Periodo Intermedio hubiera hecho tambalearse la imagen monolítica de la realeza del Imperio Antiguo; parecía, pues, lógico que atacasen a aquéllos cuyas construcciones simbolizasen mejor una cierta desmesura, deformando con ello la realidad (Posener: 1969, 13); pero, si tal es el caso, ¿por qué es respetado Snefru, un constructor de pirámides aún más fecundo que sus sucesores?

Dejando a un lado la tradición literaria, Kheops es poco conocido para nosotros. Paradójicamente, del monarca que hizo construir el más grande monumento de Egipto, una de las siete maravillas del mundo, sólo conservamos una estatuilla minúscula de 9 cm. de altura que le representa sentado sobre un trono cúbico, vestido con el taparrabos *shendjit* y tocado con la corona roja del Bajo Egipto. Este retrato único lo descubrió destrozado en 1903 Fl.Petrie en Abidos y se conserva hoy día en el Museo del Cairo. Muy pocos documentos nos aportan información sobre su reinado: un grafito en el Uadi Maghara nos revela que continuó la política de su padre en el Sinaí, mientras que una estela en las canteras de diorita situadas en el desierto nubio al oeste de Abu Simbel es indicio de su actividad al sur de la Primera Catarata. Ni siquiera sabemos durante cuánto tiempo gobernó el país; veintitrés años según el Canon de Turín y sesenta y tres según Manetón.

Los herederos de Kheops

Kheops tuvo dos hijos que le sucedieron, nacido cada uno de una madre diferente. El primero fue Djedefre (Didufri), quien subió al trono a la muerte de su padre. Su personalidad y su reinado siguen siendo oscuros para nosotros, y no podríamos decir si reinó solamente ocho años, como lo indica el Canon de Turín, o alguno más (sin llegar hasta los sesenta y tres que le atribuye Manetón). Su acceso al poder marca, sin embargo, un cambio indiscutible que anuncia las profundas transformaciones del final de la dinastía. Fue el primer soberano que introdujo en su titulatura el nombre de «hijo de Re»; además, sustituyó a Giza por Abu Roach, a una decena de kilómetros al norte, donde se hizo construir su tumba. La elección del lugar no carece de importancia; hemos de ver en ella, sin duda, un retorno a los valores anteriores a Kheops, pues esta parte de la meseta ya había sido utilizada en la dinastía III. Djedefre retoma, además, la orientación norte-sur y un plano rectangular inspirado en los modelos de Saqqara. Este complejo, que incluía un templo de culto, una inmensa calzada ascendente y un templo de acogida que no ha sido aún descubierto, no llegó a terminarse, lo que constituye una de las razones para pensar que Djedefre tuvo un reinado bastante corto. El complejo fue sometido a un intenso pillaje, lo que tal vez no sea un elemento significativo, dado que en su construcción se emplearon materiales preciosos como la sienita y la cuarcita roja de Gebel

el-Ahmar, que debieron de incitar a la codicia. E. Chassinat descubrió en 1901, en las inmediaciones de la pirámide, un conjunto de fragmentos procedentes de una veintena de estatuas que representaban al rey, los más bellos de los cuales, que se cuentan entre las obras maestras de la plástica real del Imperio Antiguo, se conservan hoy día en el Museo del Louvre.

No está clara la posición de Djedefre en el seno de la familia real, especialmente en lo relativo a sus vínculos con su medio hermano y sucesor Khefrén. Ignoramos el nombre de su madre, pero sabemos que él probablemente se casó con su medio hermana, Heteferes II, quien fue también la esposa de Kauab. Este último había sido el príncipe heredero bajo Kheops, pero murió antes que su padre, del que fue visir. Conocemos su tumba, una de las primeras del cementario oriental de la pirámide de su padre, y sabemos que bajo Ramsés II aún se conservaba su recuerdo porque el príncipe Khamuast hizo restaurar una de sus estatuas en el templo de Menfis. De la unión de Kauab y Heteferes II nació la princesa Meresankh III, que casará con Khefrén, mientras que del matrimonio de Heteferes II y Djedefre nació Neferhetepes, una de las madres «posibles» de Userkaf.

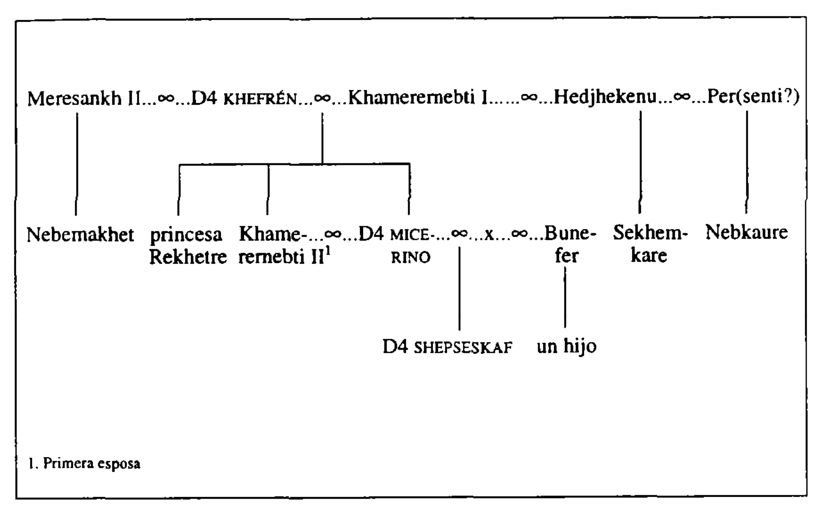


Fig. 21. Genealogía de la dinastía IV, generaciones 4-6: rama mayor.

Una vez desaparecido Kauab, Djedefre habría tenido que competir con su otro hermano, Hordjedef, cuya *mastaba*, inacabada e intencionadamente estropeada, se halla cerca de la de Kauab. Es difícil decir si esto es señal de que fue perseguido, aunque no es imposible, en la medida en que Hordjedef es el padre de la reina Khentkaus, la madre de Sahure y de Neferirkare, a la que debemos identificar, pues, con la Redjedjet del Papiro Westcar, aquella que, según le anuncia a Kheops el mago Djedi, traerá al mundo las obras de Re, es decir, los primeros reyes de la dinastía V. Se habría pro-

ducido, por lo tanto, una lucha entre dos ramas rivales. Djedefre habría triunfado sobre Hordjedef y más tarde el poder habría regresado a la rama mayor con Khefrén. Esta hipótesis tiene cierto peso si la consideramos a la luz del juicio que la posteridad conservó sobre los hijos de Kheops. Un grafito de la dinastía XII, hallado en el Uadi Hammamat, incluye a Hordjedef y a su otro medio hermano Baefre en la sucesión de Kheops, después de Khefrén. Además, la tradición legitimista hizo de él un personaje muy semejante, en ciertos aspectos, a Imhotep: como hombre de letras, él sería el autor de unas *Enseñanzas* que los alumnos aprendían en las escuelas y muchos de cuyos pasajes, ya provèrbiales, son citados por los mejores autores, de Ptahhotep a la época romana; como experto en textos funerarios, habría descubierto en el santuario de Hermópolis, «sobre un bloque de cuarcita del Alto Egipto, bajo los pies de la Majestad del dios», cuatro de los capítulos más importantes del *Libro de los Muertos*: la fórmula del capítulo 30B, que le impide al corazón testimoniar contra su propietario, la del capítulo 64, que es de capital importancia porque inicia la transfiguración, la de las «cuatro antorchas» (137A) y, finalmente, la fórmula que confirma la gloria del difunto en el reino de los muertos (148). Precursor de Satni Kamuas, fue también él quien introdujo al mago Djedi en el Papiro Westcar. Su dimensión casi mítica nos impide evaluar su papel histórico real. A juzgar por los textos, habría sido ya un sabio respetado bajo Kheops y viviría aún bajo Micerino.

Con Khefrén se produce un retorno a la rama mayor y a la tradición de Kheops, como lo confirman veinticinco años, aproximadamente, de reinado glorioso. Volvió de nuevo a Giza para levantar su pirámide al sur de la de su padre. Le añadió un templo de acogida en caliza y granito, en cuyo vestíbulo A.Mariette descubrió en 1860, entre diversos fragmentos arrojados a un pozo, una de las más bellas estatuas del Museo del Cairo, a la que se suma una cabeza descubierta recientemente (Vandersleyen: 1988): Khefrén sentado en el trono real, protegido por el dios dinástico Horus cuya nuca encierra entre sus alas (fig.28). La ruptura no fue probablemente tan drástica como a menudo se afirma. No hay solución de continuidad ideológica entre ambos reinos; al contrario, Khefrén continuó la vía teológica inaugurada por su predecesor.

No sólo conservó el título de hijo de Re sino que además insistió, y de manera magistral, en la importancia de Atón frente a Re, señalada ya por su antecesor. De época de Djedefre data, en efecto, el primer ejemplo conocido de esfinge real, hallada en Abu Roach y, entre las estatuas descubiertas por E.Chassinat, a las que aludimos más arriba, la magnífica cabeza que está en el Museo del Louvre pertenecía proablemente a una esfinge. Khefrén ordenó esculpir un bloque monumental que había sido abandonado durante los trabajos realizados bajo Kheops en la meseta de Giza; decidió darle la forma de un león sentado cuya cabeza reprodujese la suya propia, cubierta con el *nemes*. Esta esfinge, de tamaño comparable al de la pirámide y que será identificada en el Imperio Nuevo con Harmakhis, representa al rey en tanto que hipóstasis de Atón. Su posición al pie de la necrópolis así como el templo que el rey hizo disponer delante de ella muestran su doble valor:

Khefrén es la «imagen viviente» *–shesep ankh,* que se escribe mediante un jeroglífico que representa, precisamente, a la esfinge tumbada– de Atón, tanto durante su vida como también en el más allá, una vez concluida su transfiguración.

De su esposa Khamerernebti I, tuvo un hijo, Menkaure, «Estables son los *kau* de Re», o, retomando la transcripción de Heródoto, Micerino, quien no fue su sucesor directo. Manetón sitúa entre ambos Bicheris al Baefre («Re es su *ba*») que hemos visto mencionado junto a Hordjedef en la dinastía XII y que debemos de identificar probablemente con Nebka, cuya pirámide inacabada ha salido a la luz en Zauiet el-Aryan. Micerino perdió a un hijo, y fue otro hijo suyo, Shepseskaf, quien, tras sucederle, terminará su templo funerario y tal vez también su pirámide, la tercera del conjunto de Giza, la más pequeña, pero también la única que estaba revestida en su parte inferior de granito y de caliza fina en su parte superior. Todos estos elementos hablan en favor de un reinado más bien de dieciocho y no veintiocho años, extremo éste en el que Manetón resulta ambiguo.

Shepseskaf es el último rey de la dinastía. Con el fin sin duda de estrechar los lazos entre las dos ramas de la familia real, se casó con Khentkaus, la hija de Hordjedef, denominada en su tumba de Giza «madre de dos reyes del Alto y el Bajo Egipto» (verosímilmente, como ya hemos visto, se trata de Sahure y de Neferirkare) y considerada por los egipcios como antepasada de la dinastía V. No parece que de ella y Shepseskaf naciese ningún heredero, salvo que debamos tener en cuenta al efímero Thamphtis (Ptahdjedef) de Manetón, a quien el Canon de Turín otorga dos años de reinado. Shepseskaf siguió una política religiosa diferente de la de sus predecesores: si por un lado promulgó un edicto –el primero que conocemos– para pro-

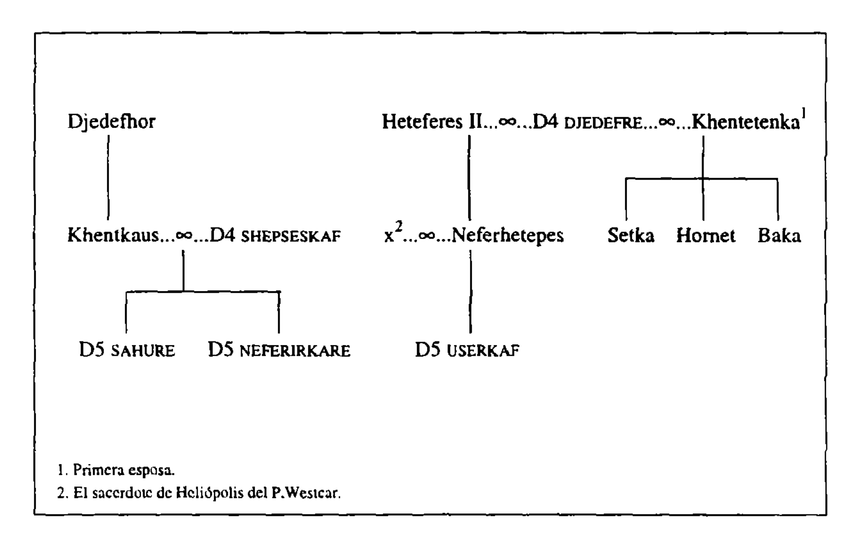


Fig. 22. Genealogía sumaria de la dinastía IV, generaciones 4-6: rama menor.

teger sus dominios funerarios, por otro, rompió con la tradición al construirse al sur de Saqqara una tumba en forma de gran sarcófago. También Khentkaus parece dividida a juzgar por sus tumbas, una en Giza y la otra en Abusir, cerca de la pirámide de su hijo, pero en un estilo que marca un claro retorno al de la dinastía III. Este alejamiento de las concepciones heliopolitanas se comprueba también en la elección decidida por Shepseskaf del gran sacerdote de Menfis, Ptahshepses, como esposo para su hija Khamaat.

Userkaf y los primeros años de la dinastía V

La subida al trono de Userkaf, «Poderoso es su *ka*» no parece haber provocado grandes transformaciones ni en el país ni en la administración (conocemos diversos ejemplos de funcionarios de la dinastía IV que se mantuvieron en su puesto, como Nykaankh en Tehna, en el Medio Egipto). Por otro lado, sólo el Papiro Westcar lo considera hijo de Redjedjet y por lo tanto tal vez de Khentkaus. Una sólida tradición ve en él a un hijo de la princesa Neferhetepes, de la que el Museo del Louvre posee un extraordinario busto en caliza (Vandier: 1958, 48-49). Sería entonces nieto de Djedefre y de la reina Heteferes II, un descendiente de la rama menor de la familia real, pero todo depende de la identidad del marido de Heteferes, al que no conocemos. ¿Es él el «sacerdote de Re, señor de Sakhebu» del Papiro Westcar? Userkaf ordenó, en efecto, construir, al norte de Saqqara y a alguna distancia del complejo de Djeser, una pirámide de dimensiones modestas y hoy día muy estropeada; al mismo tiempo, sin embargo, inauguró una tradición luego seguida por sus sucesores, levantando en Abusir un templo solar que debía ser una réplica del de Heliópolis, la ciudad a la que, sobre todas las demás, se vincula la dinastía V. La elección de Abusir, donde se hicieron enterrar Sahure, Neferirkare y Niuserra, está ligada sin duda al origen de la nueva familia real, esta ciudad de Sakhebu, identificada normalmente con Zat el-kom, a unos diez kilómetros al norte de Abu Roach, casi al nivel del punto donde el Nilo se separa en dos brazos, el de Rosette y el de Damiette. El nuevo orden de cosas aparece igualmente reflejado en el nombre de Horus que eligió Userkaf, *iry-maat*, «aquel que hace a Maat realidad», Maat, el equilibrio del universo garantizado por su creador; esto quiere decir que se consideraba a sí mismo como aquel que pone orden en la creación. Su reinado fue probablemente corto, más cercano a los siete años que le concede el Canon de Turín que a los veintiocho de Manetón; y el abandono de su culto funerario a finales de la dinastía V muestra con claridad que su importancia fue sólo relativa, aunque, ciertamente, su actividad no fue pequeña, sobre todo en el Alto Egipto, donde amplió el templo de Tod consagrado a Montu, el dios de la Tebaida antes de convertirse en el dios de la guerra. A su reinado se remontarían también las relaciones de Egipto con el mundo egeo: se ha descubierto en su templo funerario un vaso procedente de Citera, el primer testimonio conocido de tales relaciones, probablemente comerciales, confirmadas en la dinastía V

por la presencia en Dorak de un asiento con el sello de Sahure y, en la misma región, de varios objetos con los nombres de Menkauhor y Djedkare-Isesi.

La supremacía heliopolitana

La dinastía V parece haber abierto Egipto al exterior, tanto hacia el norte como hacia el sur. Los relieves del templo funerario que el sucesor de Userkaf, Sahure, construyó en Abusir nos muestran, además de las representaciones de países vencidos que son más un lugar común que un testimonio histórico, el regreso de una expedición marítima enviada probablemente a Biblos, que habría alcanzado también las tierras sirias del interior, si aceptamos que en esta región habitaran osos por entonces. Se le ha atribuido también a Sahure una campaña contra los libios, pero tenemos dudas razonables sobre este punto. Parece que, en lo esencial, las relaciones que mantuvo con pueblos extranjeros tenían, como en el caso de Userkaf, una base económica, ya se trate de la explotación de las minas del Sinaí, de las canteras de diorita al oeste de Asuán o de una expedición al país de Punt que le atribuye la Piedra de Palermo y a la que tal vez aludan los relieves de su templo funerario.

Los egipcios localizan Punt en el «País del dios», un nombre que designa desde comienzos del Imperio Medio a las regiones orientales, y que se cree debía de estar situado en algún lugar entre el este del Sudán y el norte de Eritrea. De aquí importaban esencialmente mirra y, más tarde, incienso, pero también electro, oro, marfil, ébano, resinas, pieles de leopardo, etc., productos exóticos todos ellos, localizables en Africa. Las relaciones comerciales con Punt están atestiguadas todo a lo largo de las dinastías V y VI y sobre todo en el Imperio Medio, cuando las expediciones dirigidas, por cuenta de Mentuhotep III, por Henenu, y luego las dirigidas por otros bajo Sesostris I y Amenemat II nos dan indicaciones muy valiosas sobre el itinerario que siguieron. Estas expediciones salían de la región de Tebas, llegaban al Uadi Hammamat y luego embarcaban en Mersa Gawais, donde las excavaciones conjuntas de la universidad de Alejandría y de la Organisation des Antiquités Égyptiennes han sacado a la luz, hace algunos años, instalaciones portuarias del Imperio Medio. Al término de la navegación por el Mar Rojo, descrita en los relieves que la reina Hatshepshut, de la dinastía XVIII, hizo esculpir en los paredes de su templo funerario de Deir el-Bahari para conmemorar una expedición enviada allí por ella, debían de tocar tierra en la parte de Bur Sudán y desde allí adentrarse hacia el oeste, hacia el sur de la Quinta Catarata. Estas relaciones, continuadas en el Imperio Nuevo por Tutmosis III, Amenofis III, Horemheb, Seti I, Ramsés II y, sobre todo , Ramsés III, se van difuminando luego hasta adentrarse en el terreno del mito hacia el final de la época faraónica.

El reinado de los sucesores inmediatos de Sahure está mal documentado. De Neferirkare-Kakai, su hermano según el Papiro Westcar, apenas

podemos decir nada, salvo que fue probablemente en su reinado cuando se grabó la Piedra de Palermo. Entre 1893 y 1907 fue exhumado en su templo funerario de Abusir un importante lote de papiros con dataciones comprendidas entre el reinado de Isesi y el de Pepi II. Este conjunto constituía el archivo más importante conocido del Imperio Antiguo hasta que la misión del Instituto Egiptológico de la Universidad de Praga, en 1982, decubrió, no lejos de allí, un lote aún más rico en un almacén del templo funerario de Neferefre. El estudio de los cuatro hallazgos de Abusir y de los muy recientes del templo funerario de Neferefre completará nuestro conocimiento del funcionamiento de los grandes dominios reales del Imperio Antiguo.

Entre Neferirkare y Neferefre se sitúa el reinado de Shepseskare, soberano efímero que no debió de reinar más de algunos meses; el único rastro que se ha conservado de él, aparte de Manetón, es una marca de sello procedente de Abusir. Neferefre, por contra, es mejor conocido, sobre todo gracias a las excavaciones en su templo funerario realizadas por la misión checa. Los descubrimientos realizados entre 1980 y 1986 han modificado un tanto la imagen que se tenía de este rey, considerado secundario por su pirámide inacabada. Además de los importantes hallazgos de papiros y tablillas inscritas, las barcas de madera, las estatuas de los prisioneros y del rey que fueron sacadas a la luz en 1985 son testimonios de la grandeza de este soberano, por otra parte, tan mal conocido.

Niúserra reinó unos veinticinco años. Era quizás el hijo de Neferirkare, cuyas construcciones inacabadas de Abusir él reutiliza para su templo funerario. Es conocido, sobre todo, por el templo solar que levantó en Abu Gurob, el único de los construidos enteramente en piedra que ha llegado a nosotros casi completo y que, junto con sus relieves, puede darnos una idea de cómo debió de ser su modelo heliopolitano. Se ha deducido de ello que su reinado marcó el apogeo del culto solar, lo que es sin duda exagerado. Es cierto, sin embargo, que después de él se produjo un cambio. Su sucesor, Menkauhor, acerca del cual no se sabe gran cosa salvo que, como Niuserra, mantuvo activas las minas del Sinaí, no se hizo enterrar en Abusir.

Su pirámide, no descubierta aún, podría encontrarse en Dahshur o bien en Saqqara norte, donde se le tributaba culto en el Imperio Nuevo (Berlandini, *RdE* 31, 3-28), pero la atribución a Menkauhor de la pirámide en ruinas situada al este de la de Teti en Saqqara norte se enfrenta con un problema de estratigrafía difícilmente superable: entre los restos de su esquina meridional se mezclan los de una *mastaba* de la dinastía III (Stadelmann, *LÄ* IV, 1219). Ignoramos también si su templo solar, mencionado en las inscripciones, se encontraba en Abusir. En este caso, él habría sido el último en utilizar este emplazamiento, pues todos sus sucesores eligieron el de Saqqara.

En esta época, los funcionarios provinciales y los de la corte obtuvieron mayor poder y autonomía, lo que dio origen a un proceso imparable que irá progresivamente minando la autoridad del poder central. Podemos medir este crecimiento en riqueza gracias a la mastaba de uno de ellos, Ti,

quien se casó con una princesa, Neferhetepes, hizo carrera bajo Neferirkare-Kakai y murió bajo Niuserra. Está enterrado en Saqqara (cf.*infra* fig.61). Este «peluquero jefe de la casa real» tenía el control sobre los dominios funerarios de Neferirkare y Neferefre; se encargaba también de los estanques, de los arriendos y de los cultivos. El tamaño y la calidad de la decoración de la tumba que se hizo construir para sí mismo y su familia hubieran estado completamente fuera de lugar, tratándose de un simple particular, en la dinastía precedente.

Isesi y Unas

La política seguida por Isesi, sin apartarse del dogma heliopolitano, se distancia claramente de él. Eligió un nombre de rey del Alto y el Bajo Egipto que seguía estando bajo la invocación de Re: Djedkare, «Estable es el *ka* de Re»; no construyó, sin embargo, ningún templo solar y se hizo enterrar en Saqqara sur, más cerca de Menfis por lo tanto, en las inmediaciones de la ciudad moderna de Saqqara. Su reinado fue largo: Manetón le otorga unos cuarenta años, cifra que el Canon de Turín no confirma pues sólo le atribuye veintiocho. De todas formas, debió de reinar al menos el tiempo correspondiente a un jubileo, atestiguado por un vaso conservado en el Museo del Louvre. Al igual que Sahure, desarrolló una vigorosa política exterior que le condujo a los mismos lugares: el Sinaí, donde sabemos que hubo dos expediciones, con diez años de intervalo entre ellas, dirigidas al Uadi Maghara, las canteras de diorita situadas al oeste de Abu Simbel –a la última de ellas pertenece un grafito descubierto en Tomas– y, más lejos aún, Biblos y el País de Punt. El poder de los funcionarios sigue creciendo durante su reinado, hasta el punto de que vemos aparecer algunos rasgos auténticamente feudales. Los sucesivos visires de este tercio de siglo dejaron también en Saqqara tumbas que testimonian su opulencia, como por ejemplo Rashepeses, quien fue también el primer gobernador del Alto Egipto. El más célebre de todos ellos es Ptahhotep, autor, según la tradición, de unas *Enseñanzas* que serán utilizadas por los textos sapienciales y reales hasta época etiópica.

En realidad, habría que hablar de varios Ptahhotep, dos de los cuales poseen una tumba en Saqqara, al norte de la pirámide de Djeser. El que fue visir de Djedkare está enterrado solo (*PM* III^2 596s.). Su nieto, Ptahhotep Tjefi, quien vivió hasta el reinado de Unas, está enterrado en las inmediaciones, en un anexo de la *mastaba* de Akhtihotep, hijo del visir y visir él también (*PM* III^2 599). A él se le atribuyen unas *Máximas* que han llegado hasta nosotros en una decena de manuscritos. De éstos, un papiro y tres *ostraka* provienen de la aldea de artesanos de Deir el-Medineh, lo que confirma la popularidad de este texto en época ramésida, cuando aún formaba parte de los textos que se enseñaban en las escuelas de escribas. La atribución de esta obra a Ptahhotep no quiere decir necesariamente que él sea el autor. Las copias más antiguas datan del Imperio Medio y no nos permiten afirmar que el original se remonte hasta el Imperio Antiguo, concretamen-

te, hasta el final de la dinastía V, aunque sepamos que ya aparece citado en la dinastía XII. En todo caso, la cuestión no es de una gran importancia: estas *Máximas*, cuyo contenido, muy conformista, establece reglas generales de vida, le fueron atribuidas a Ptahhotep probablemente porque él simbolizaba a todos los altos funcionarios garantes del orden establecido.

El personal político y administrativo permanece todo este tiempo muy estable, mientras que ocurre lo contrario con la familia reinante, que se extingue con Unas, a quien se le supone, aunque sin garantías, hijo de Djedkare. Las divisiones establecidas por Manetón hacen de él el último soberano de la dinastía V, y normalmente se tiende a cerrar con él el periodo del Imperio Antiguo para trazar con la dinastía VI el comienzo de una decadencia que engloba todo el Primer Periodo Intermedio hasta la reunificación de las dos tierras por Mentuhotep II. Esta visión resulta doblemente artificial; ante todo, porque no es otra cosa que una prolongación de las divisiones de Manetón, pero también porque altera el curso de la historia creando una ruptura que la historiografía egipcia no percibió como tal. Dejando a un lado el hecho de que conocemos a un buen número de funcionarios que sirvieron, sucesivamente, bajo Djedkare, Unas y Teti, el primer rey de la VI dinastía, estamos muy lejos de poder considerar a la época de Unas como decadente. Bajo su reinado, al que tanto el Canon de Turín como Manetón atribuyen una treintena de años, Egipto mantuvo unas activas relaciones con Biblos y Nubia, mientras que el rey es un célebre constructor, en Elefantina y sobre todo, en Saqqara norte, donde su complejo funerario, restaurado bajo Ramsés II por el príncipe Khamuast, da testimonio de una grandeza que le valió más tarde el rango de divinidad local.

Origen de la dinastía VI

Aunque el Imperio Antiguo se encuentra ahora en su apogeo y no hay indicios de violencia, es probable que los rasgos feudales instalados en el país amenzaran hasta cierto punto la estabilidad del poder central. A este problema se añadió otro, la ausencia de heredero varón. Parece que el ascenso al trono de Teti vino a solucionar ambos problemas. Adoptó como nombre de Horus el de *Seheteptauy*, «El que pacifica las Dos Tierras», que resume de alguna forma su programa político; este nombre, en efecto, aparecerá varias veces en el curso de la historia de Egipto y siempre lo adoptarán reyes enfrentados a la necesidad de restablecer la unidad del país después de graves problemas políticos: Amenemhat I; Apofis, Petubastis II, Pi(ankh)y... Por otro lado, lejos de romper con la dinastía precedente, Teti se casará con una hija de Unas, Iput, de quien nacerá Pepi I. Integrado así en la línea legítima, lleva a cabo una política de alianzas con la nobleza casando a su hija mayor Seshseshet con Mereruka, que fue su visir y luego el supervisor de los sacerdotes de su pirámide, cerca de la cual se hizo enterrar Mereruka, en una de las más bellas *mastabas* de Saqqara norte. La pirámide que levantó Teti, la segunda pirámide con textos después de la de

Unas, marca un regreso a ciertas tradiciones de la dinastía IV; en concreto, reaparecen las pirámides de reinas, mientras que Unas se había contentado con *mastabas* para sus esposas. La de la reina Khuit no se conserva, pero se han descubierto los restos de Iput en una pequeña pirámide, a unos cien metros al noroeste de la de su esposo.

Sin duda, su política pacificadora produjo frutos. Su actividad como legislador la conocemos por un decreto de Abidos que exime de impuestos al templo; es también el primer soberano nombrado en relación con el culto de Hathor en Dendara. Teti, sobre todo, prosiguió la política exterior de la dinastía V, lo que constituye un signo de la buena salud interior del país: con Biblos, como siempre, y tal vez también con Punt y Nubia, al menos hasta Tomas. Nuestras fuentes no se ponen de acuerdo en cuanto a la duración de su reinado: menos de siete meses, según el Papiro de Turín, lo que no es verosímil, y treinta o treinta y tres años según Manetón, lo que parece excesivo, en la medida en que no tenemos atestiguado ningún jubileo suyo. La fecha más baja conocida es la del «sexto censo», operación de tenía lugar, de media, cada dos años o año y medio. Manetón dice que murió asesinado, lo que vendría a corroborar la idea de la existencia de problemas civiles y a establecer un segundo elemento de comparación con Amenemhat I. Esta muerte violenta explicaría que fuese tan corto el reinado de sus sucesor, Userkare, cuyo nombre –«Poderoso es el *ka* de Re»– tiene resonancias tan cercanas a la dinastía V que algunas veces se ha querido ver en él a uno de los jefes de la oposición que habría, según Manetón, asesinado a Teti. En contra de lo que a menudo se dice, Userkare no es un completo desconocido para nosotros. Es cierto que sólo lo mencionan el Canon de Turín y la lista de Abidos, pero poseemos algunos otros documentos que llevan su nombre. Uno de ellos menciona a un equipo de

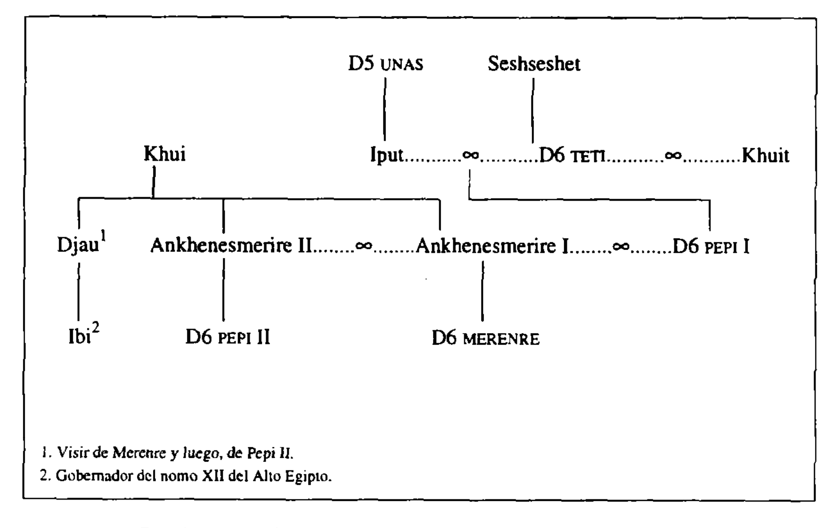


Fig. 23. Genealogía sumaria de la dinastía VI, generaciones 1-4.

trabajadores asalariados, procedentes del nomo de Qau el-Kebir, al sur de Assiut, y comprometidos en alguna obra importante, sin duda la construcción de su tumba. Puesto que su sucesión y el advenimiento de Pepi I parece que se realizaron sin tropiezos, hemos de considerar que apoyó la fórmula de una regencia de la reina Iput, viuda de Teti, en espera de la mayoría de edad de su hijo, Pepi.

PEPI I

El prolongado reinado de Pepi I –unos cincuenta años según Manetón y también el Canon de Turín, pese a un error de copia, en realidad, al menos cuarenta– nos permite suponer que subió muy joven al trono, al final de la regencia de su madre. Adoptó como nombre de Horus el de *meri-tauy* «Aquél a quien aman las Dos Tierras», lo que da indicio al menos de una voluntad apaciguadora. Dos acontecimientos, sin embargo, nos hacen pensar que las dificultades a las que aludíamos antes habían ido cobrando cada vez mayor envergadura. El primero se refiere a un hecho que no podemos localizar con precisión en un momento de su reinado y para el cual sólo contamos con un testimonio directo: se habría urdido en el harén una conspiración contra el rey y el asunto se habría liquidado con el castigo de la esposa culpable y –suponemos– del hijo a cuyo beneficio iría dirigida toda la trama.

El testimonio en cuestión es el que nos ha dejado un oficial llamado Uni en la autobiografía que ordenó inscribir en su capilla funeraria de Abidos. La autobiografía es el género literario más antiguo de Egipto y también el que tenemos mejor documentado. En la época que ahora nos ocupa, la autobiografía constituye un relato, escrito sólo en la capilla funeraria, que desempeña el mismo papel que las diversas representaciones del difunto, es decir, caracterizarle, destacando a través de las etapas importantes de su vida aquello que le hace digno de disfrutar de la ofrenda funeraria. Por tanto, estos textos tienen un carácter netamente exculpatorio, pero al lado del panegírico tradicional, que tiende a hacer del beneficiario un modelo de integración en el orden del universo, estos textos contienen una parte puramente descriptiva que traza su carrera. Más tarde, estas biografías ya no se circunscribirán a las capillas funerarias sino que aparecen en las espaldas de las estatuas o en estelas que no están necesariamente vinculadas a necrópolis. Reflejan, además, la evolución de la sociedad: lealtad «humanista» bajo el Imperio Antiguo, luego un individualismo debido al desarrollo de los poderes locales y, finalmente, en el Imperio Medio, regreso a una lealtad que es más bien adhesión personal (que se puede desarrollar hasta alcanzar tintes novelescos, como en el cuento de *Sinuhé*). A partir del Imperio Nuevo, su interés histórico aumenta, en la medida en que, aún respetando las leyes del género, tienden a liberarse de las restricciones impuestas por los tópicos para dejarle mayor espacio al individuo. Esta tendencia se agudiza en el I milenio antes de nuestra era hasta desembocar en composiciones que, como ocurre con Petosiris, se aproximan a

los tratados sapienciales convertidos ya por entonces en verdaderas obras filosóficas.

Uni sirvió a los tres primeros faraones de la VI dinastía, y su carrera es un modelo del *cursus* de los funcionarios, con todos los estereotipos que ello implica: paso de la administración al ejército y luego, tras una regia dotación funeraria, traslado a las grandes obras públicas, desde la explotación de las canteras a la apertura de un canal en la Primera Catarata. Todo el conjunto está expresado con una gran perfección literaria, que hace a veces difícil descubrir la realidad de los hechos:

«Fue (entonces) instruido proceso en secreto en el Harén Real, contra la Gran Esposa Real y Favorita (?). Su majestad me hizo ir para escuchar(lo), (a mí) solo; no había allí ningún Juez Supremo ni Visir, ni ningún (otro) magistrado, excepto yo solo, porque (yo) era excelente, porque era grato en el corazón de su majestad, (y) porque su majestad tenía confianza en (mí). Fui yo (mismo) quien elaboró el escrito, estando sólo con un único Guardián Superior de Hierakómpolis, siendo así que mi rango era (sólo) el de Supervisor de las Tenencias del Palacio. Jamás anteriormente uno igual a mí había escuchado un secreto del Harén Real, pero su majestad hizo que yo escuchara, porque yo era excelente en el corazón de su majestad, más que ningún (otro) magistrado suyo, más que ningún (otro) noble suyo, (y) más que ningún (otro) servidor suyo». (Roccati: 1982, 192-193. Trad. de J.M. Serrano).

Esta conspiración encuentra ecos en el último tercio del reinado: el año del vigésimo primer censo, el rey se casa sucesivamente con dos hijas de un noble de Abidos, Khui. Estas dos reinas, que reciben al casarse, ambas, el nombre de Ankhenesmerire –«Merire vive para ella»– habrán de tener descendencia. La primera es la madre de Merenre y de la princesa Neit, quien casará con su medio hermano Pepi II, nacido a su vez de la unión de Pepi I con Ankhenesmerire II. Resulta tentador vincular estos matrimonios a la conspiración, puesto que de ellos nacieron los sucesores de Pepi I y dado que estuvieron acompañados de un evidente cambio en la política seguida hasta entonces. La alianza con la familia de Khui prestigió a la nobleza de Abidos, dado que, además, el hijo de Khui, Djau, será visir, al menos en teoría, primero de Merenre y luego de Pepi II, junto al cual se supone que desempeñó los oficios propios de un tutor en los primeros años de su reinado. La elección de una familia de Abidos responde sin duda al deseo de atraerse al Medio y Alto Egipto, cuyos lazos con el poder central se aflojaban por momentos, y a su ubicación clave en el tránsito fluvial y caravanero entre el Sur y el Norte. La situación geográfica explica, por lo demás, el poder alcanzado por algunas provincias como la de Heracleópolis en el Primer y en el Tercer Periodo Intermedio. Pepi I llevó a cabo una política con la que buscaba hacer sentir su presencia en el Alto Egipto, acometiendo importantes obras públicas en sus principales santuarios: Dendara, Abidos, Elefantina o Hierakómpolis donde F.Green y J.Quibell han descubierto dos estatuas de cobre, conservadas hoy en el Museo del Cairo, que representan, la más grande, a Pepi I a tamaño natural (fig.30) y la otra, mucho más pequeña, a Merenre, asociado de este modo a su padre. Ambos

tienen bajo sus pies los Nueve Arcos, es decir, la representación estilizada de las naciones tradicionalmente sometidas a Egipto, y que, en la cosmología faraónica desempeñan un papel más o menos equivalente al de los bárbaros en la griega. Esta reafirmación del poder real, que se percibe también en el Bajo Egipto, con los trabajos en el templo de Bubastis, va acompañada de un regreso a los antiguos valores: Pepi I cambia su nombre de coronación, Nefersahor, en Merire, «El defensor de Re». Concede igualmente, en el año 21, inmunidad a la ciudad surgida a partir del dominio funerario de Snefru en Dahshur. Su propia «ciudad de la pirámide», Mennefer-Pepi, situada en las cercanías del templo de Ptah, dará su nombre, desde la dinastía XVIII, a toda la ciudad de Menfis.

La expansión hacia el sur

Su hijo Merenre I, «El amado de Re» quiere resaltar claramente sus lazos con el Alto Egipto al adoptar como nombre de coronación Atiemsaf, «*Anti es su protección*». *Anti era un dios halcón, guerrero, adorado entre* el 12° y el 18° nomos del Alto Egipto, y particularmente en Deir el-Gebrawi. El hecho de que subiera joven al trono confirma la fecha tardía de los nuevos matrimonios de Pepi I, quien dejó herederos de corta edad, habidos de sus dos esposas. Merenre muere rápidamente, tras nueve años de reinado tal vez, y cuando le sucede su medio hermano, Pepi II, éste sólo tiene diez años. La pirámide inacabada que levantó cerca de la de su padre en Saqqara sur nos confirma que la muerte de Merenre fue prematura, aunque resulte demasiado arriesgado aventurar una edad precisa. Es cierto que se encontró en su panteón el cuerpo de un hombre joven, pero se trata probablemente de una reutilización de esta tumba que, al hallarse sin terminar, ofrecía un acceso fácil a los saqueadores y, luego, a eventuales nuevos usuarios.

Merenre continuó la política de su padre: en el plano económico, con la explotación de las minas del Sinaí y, para la construcción de su pirámide, de las canteras de Nubia, Elefantina y Hatnub, donde un grafito ha venido a confirmar el relato de estas campañas que dejó escrito Huni en su autobiografía; en el plano político, conservando el control del Alto Egipto y para ello, nombrando a Uni gobernador. En el exterior, Merenre desplegó *una actividad tan intensa que puede considerarse a su reinado un punto cul*minante, en este sentido, de la dinastía VI. En Siria-Palestina, se benefició de las campañas dirigidas, en tiempos de su padre, por Uni cuyos éxitos le valieron ser nombrado gobernador del Alto Egipto.

> «Su majestad tuvo (entonces) que actuar contra los Aamu, los "Habitantes de las Arenas". Su majestad constituyó un ejército de muchas decenas de miles de hombres, (provenientes) de todo el Alto Egipto, desde Elefantina en el sur hasta el nomo de Afroditópolis en el norte; del Bajo Egipto, de todos sus distritos (...). Su majestad me envió al frente de este ejército, habiendo príncipes, Cancilleres del Rey del Bajo Egipto, Compañeros Únicos de Pala-

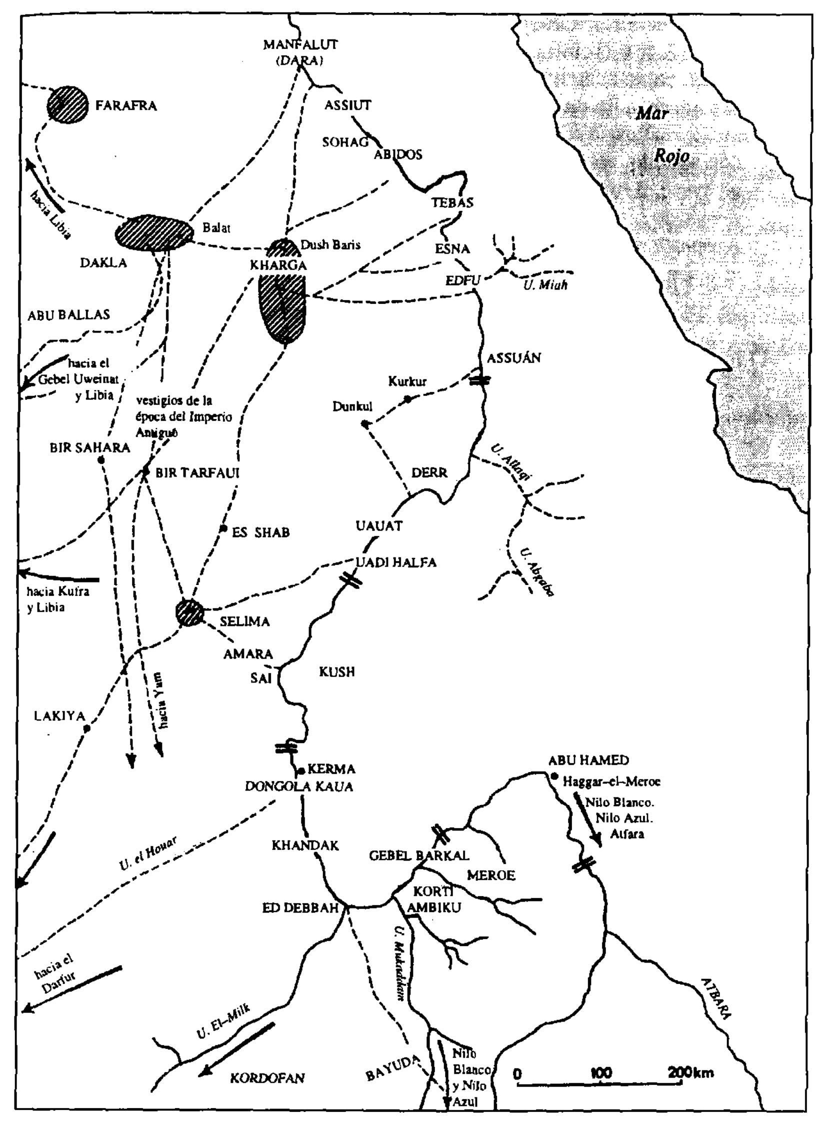


Fig. 24. Las vías de penetración egipcia hacia el sur (según J.Vercoutter, *MIFAO* 104, 167).

cio, jefes y gobernadores de distrito del Alto y del Bajo Egipto (...). Fui yo quien estableció para ellos el plan (de campaña) (...). Este ejército regresó en paz tras haber arrasado la tierra de los Habitantes de las Arenas. Este ejército regresó en paz, tras haber destruido sus fortalezas. Este ejército regresó en paz, tras haber talado sus higueras y parras. Este ejército regresó en paz, tras haber incendiado todas sus viviendas. Este ejército regresó en paz,

> tras haber masacrado, por numerosas decenas de millares, las tropas que allí había. Este ejército regresó en paz, tras haber traído a numerosísima gente de allí como cautivos. Su majestad me envió a dirigir este ejército en cinco ocasiones, a fin de someter la tierra de los "Habitantes de las Arenas", cada vez que ellos se rebelaron, con estas (mismas) tropas. Yo actué de acuerdo con aquello, por lo que su majestad me alabó fuera de toda medida (...). Yo atravesé el mar en barcos, junto con estas tropas, efectué un desembarco detrás de las alturas de la sierra, al norte del país de los "Habitantes de las Arenas", mientras que la mitad de esta tropa avanzaba por tierra. Llegué, atrapé a todos ellos y maté a todos los rebeldes que había entre ellos». (Roccati: 1982, 194-195. Trad. de J.M. Serrano).

Durante su reinado dio fruto la política egipcia de expansión por Nubia cuyo rastro podemos seguir a través de las inscripciones realizadas por las sucesivas expediciones a Tomas, por donde se hace el viaje entre el Nilo y los caminos de las caravanas que permiten rodear la Primera Catarata por el Oasis de Dunkul para acceder al país de Uauat.

El nombre de Merenre, como el de Pepi I, ha aparecido aquí, al igual que encontramos mencionados los nombres de quienes ellos enviaron para garantizar el dominio de Egipto sobre esta parte de Nubia, del norte al sur de la Tercera Catarata. Es una región, ante todo, fértil, en la que se desarrolla la civilización de Kerma y donde nacerá más tarde la de Kush, que llegará a proporcionarle a Egipto un buen número de productos exóticos semejantes a los que proceden del país de Punt. Es éste también el lugar de paso hacia el Africa subecuatorial, por el Darfur y el Kordofan. Si damos crédito a tres grafitos de la región de Assuán, Merenre habría recibido, en su décimo año de reinado, la sumisión de los jefes de la Baja Nubia, incluidos los del país de Uauat.

La conquista de Nubia pasaba por el control de las rutas caravaneras y de los oasis del desierto occidental. Herkhuf, gobernador de Elefantina enterrado en Kubbet el Haua, frente a Assuán, emprendió tres viajes con este objetivo. En su autobiografía, que decora la fachada de su tumba, relata cómo en dos ocasiones llegó al país de Yam «por la ruta de Elefantina», pero la tercera vez, tomó un camino diferente:

> «(Entonces) me envió su majestad por tercera vez a Yam. Salí desde el nomo de Tinis por la ruta de los Oasis. Encontré que el príncipe de Yam había marchado hacia el país de Tjemeh en la esquina occidental del cielo. Salí tras él hacia la tierra de Tjemeh y lo apacigüé, de forma que él adoró a todos los dioses para (mi) señor (...). [Avancé hasta Imaau (?)], al sur de Irtjet y al norte de Setju y encontré al príncipe de Irtjet, Setju y Uauat reunidos en una coalición. Descendí con trescientos burros cargados de incienso, ébano, aceite-*hekenu*, granos-*sat*, pieles de pantera, colmillos de elefante y palos arrojadizos, así como todo tipo de buenos presentes, porque el príncipe de Irtjet, Setju y Uauat vio qué fuerte y nutrida era la tropa de Yam que había venido conmigo hasta la Residencia, junto con los soldados que habían sido enviados conmigo (...)» (Roccati: 1982, 205. Trad. de J.M. Serrano).

La «ruta de los Oasis», partiendo del nomo tinita, conduce hasta Kharga y luego, por el «camino de los cuarenta días», el Darb el-Arbain, hacia Selima. Al norte de Kharga se une también con el camino que lleva hacia el oeste, donde se encuentran los Tjemehu, atravesando Dakhla y luego Farafa. Las recientes excavaciones del Institut Français d'Archéologie Orientale y del Royal Ontario Museum han confirmado ampliamente la colonización del oasis de Dakhla desde al menos los comienzos de la dinastía VI, si no ya antes. Los habitantes del valle alcanzaban la región de Balat, a la entrada del oasis, por el Darb et-Tawil cuya desembocadura se encuentra en las inmediaciones de la ciudad moderna de Manfalut. Esta colonización se llevó a cabo con el fin de explotar los recursos agrícolas propios del oasis, no despreciables en absoluto, pero también para controlar el paso desde el sur hacia el oeste y el norte (Giddy: 1987, 206-212). Tal vez sirva como confirmación del papel fronterizo desempeñado por el oasis una figura de execración, en la que se maldice a las poblaciones de Yam, descubierta en la aldea agrícola de Balat (Grimal: 1985). Sea como fuere, la apertura de Egipto hacia África y el curso superior del Nilo va a proseguir bajo el largo reinado de Pepi II, que fue un periodo de expansión para el oasis de Dakhla. Apenas llegado al trono (pues había sucedido a su medio hermano hacía sólo un año), el joven Pepi II, muy impresionado por los viajes de Herkhuf, le envía una carta que éste, lógicamente, colocó en lugar destacado en el relato de su vida.

> «Has dicho (...) que has traído un pigmeo para las "danzas del dios" del país de los Habitantes del Horizonte, igual al pigmeo que el canciller del dios Baurdjed trajo del (país del) Punt en tiempos del (rey) Isesi. Has dicho a mi majestad que no había sido traído nada igual a él por ningún otro que haya ido a Yam previamente (...). Ven hacia el norte, hacia la Residencia, inmediatamente. Apresúrate y lleva contigo a este pigmeo que tú has traído del país de los Habitantes del Horizonte vivo, sano y salvo, para las "danzas del dios", para deleitar el corazón del rey Neferkare, que vive para siempre. Cuando suba contigo al barco, haz que haya hombres capaces que estén alrededor de él en la cubierta, para evitar que caiga al agua. Cuando duerma por la noche, haz que hombres capaces duerman alrededor de él en su tienda. Ve a controlar(lo) diez veces por la noche. Mi majestad desea ver este pigmeo más que los productos de la tierra de las minas y del Punt. Cuando llegues a la Residencia y si este pigmeo está vivo, sano y salvo contigo, mi majestad hará para ti grandes cosas, más que lo que fue hecho para el canciller del dios Baurdjed en tiempos del rey Isesi (...)» (Roccati: 1982, 206-207. Trad. de J.M. Serrano).

Pepi II, ya adulto, recordará su entusiasmo infantil y continuará con el proceso de pacificación de Nubia, con la ayuda de un sucesor de Herkhuf, Pepinakht, llamado Hekaib –«Aquel que es dueño de (su) corazón»–, enterrado también en Kubbet el-Haua. Además de una campaña para recuperar el cuepo de un funcionario muerto cuando había sido enviado a la región de Biblos para «construir un navío "de Biblos" [¿quiere esto decir de alta

mar?] para viajar a Punt», Hekaib dirigió dos expediciones a Nubia. Tal vez por estas expediciones y por su enérgica gestión fue rápidamente divinizado tras su muerte. En la isla de Elefantina se le tributaba, en efecto, un culto que se mantuvo desde el Primer hasta el Segundo Periodo Intermedio. Tales divinizaciones, de las que conocemos otros ejemplos, como el de Isi en Edfu, son consecuencia del crecimiento en poder de las autoridades locales que caracteriza el fin de la dinastía. Podemos seguir el rastro de este proceso en la propia Elefantina, a través de la historia de la familia del noble Mekhu, cuyo hijo Sabni y cuyo nieto Mekhu II más tarde, conservaron el control sobre la política nubia muchos años después de la desaparición de Pepi II.

Hacia el final del Imperio

El aumento de poder de los responsables locales es un factor importante de disgregación del estado, porque los iba convirtiendo en verdaderos potentados a medida que se iba prolongando el reinado de Pepi II. La política exterior se complica más también. El mantenimiento del orden en Nubia, algo que ya era difícil en época de Hekaib, se vuelve aún más inalcanzable para sus sucesores, porque la civilización de Kerma se desarrolla al sur de la Tercera Catarata y comienza a constituir, con su vecino del Norte, el Grupo C, un bloque único que resistirá los intentos egipcios de colonización hasta principios del II milenio antes de nuestra era (Gratien: 1978, 307-308).

La tradición afirma que Pepi II gobernó el país durante noventa y cuatro años. La fecha más tardía conocida es la de su 33° censo, lo que nos da una duración de reinado entre cincuenta y setenta años, más o menos. De todas maneras, es seguro que su reinado fue muy largo, demasiado a juzgar por el poder creciente de los señoríos feudales, convertidos en su mayor parte ya en hereditarios, y cuyo lujo se despliega en las necrópolis provinciales, en Cusas, Akhmim, Abidos, Edfu o Elefantina. La excepcional longevidad de Pepi II tuvo otra consecuencia más, aparte de la esclerosis de la maquinaria administrativa: una crisis sucesoria. La lista real de Abidos menciona a un Merenre II, Atiemsaf él también, que habría nacido de Pepi II y la reina Neit.

Este efímero soberano, que reinó un año tan sólo, sería el esposo de la reina Nitocris, quien fue, según Manetón, el último monarca de la dinastía VI, mencionado por el Canon de Turín tras Merenre II como «rey del Alto y del Bajo Egipto». Esta mujer, cuya leyenda irá creciendo hasta convertirse, en época griega, en Rodopis, cortesana y mítica constructora de la tercera pirámide de Giza (*LÄ* IV, 513-514), es la primera reina conocida que ejerció el poder político en Egipto (v. Beckerath: 1984, 58, n.11). Desgraciadamente, no contamos con ningún testimonio arqueológico de su reinado y no sabemos siquiera cómo situar correctamente a su posible sucesor, Neferkare, el hijo de Ankhesenpepi y de Pepi II.

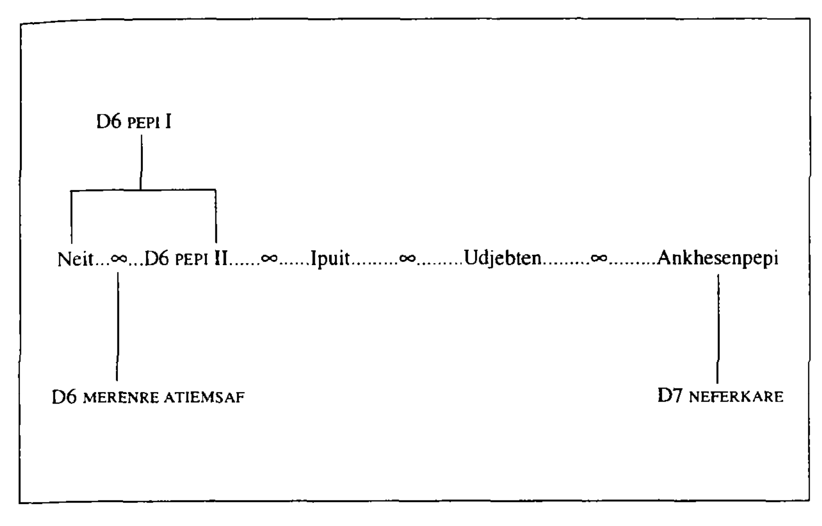


Fig. 25. Genealogía sumaria de la dinastía VI, generaciones 3-5.

LA SOCIEDAD Y EL PODER

Así concluyó el Imperio Antiguo, con un periodo confuso en el curso del cual la disgregación de la administración central se acelera mientras la situación exterior se vuelve tanto más amenazadora cuanto más se debilita el poder egipcio. El auge de los particularismos locales genera una competición en torno al trono que se traducirá en enfrentamientos entre bloques geográficos, cada uno de los cuales apela a una legitimidad, que es una sola y la misma. La concepción del poder, en efecto, no ha cambiado, pero ahora parece menos inaccesible para quienes no habían aspirado a él en los primeros tiempos. Desde el comienzo de la dinastía III, la monarquía evoluciona en el plano teológico, con la adopción de dos nuevos nombres: el de Horus de Oro, que aparece con Djeser, y sobre todo el de «Hijo de Re», cuyo empleo se hace corriente, como hemos visto, a partir de Neferirkare. La subida al poder de los soberanos de la dinastía V muestra que el fundamento teocrático es el más importante, hasta el punto de vincularse estrechamente los nuevos reyes a un clero determinado. Esta dependencia, de la que la historia futura nos dará más de un ejemplo, contribuye a reforzar la centralización del poder y a constituir una sociedad muy jerarquizada, desarrollada en torno al rey y a la familia real, cuyo modelo podemos contemplar en la organización de las necrópolis en torno a la pirámide del soberano. El carácter feudal de los potentados locales, cuyo poder va en aumento con el paso de las generaciones, procede de la concesión de privilegios crecientes que refuerzan su autoridad local al otorgarles un puesto dentro de la jerarquía nacional.

Esta política condujo a una inflación de títulos áulicos, que a menudo aluden a antiguas funciones ya caídas en desuso, pero que se mantienen por

2700-2190	IMPERIO ANTIGUO
2700-2625	DINASTÍA III Nebka (Sanakht?) Djeser Sekhemkhet Khaba Neferka(re)? Huni
2625-2510	DINASTÍA IV Snefru Kheops Djedefre Khefrén Baefre(?) Micerino Shepseskaf
2510-2460	DINASTÍA V Userkaf Sahure Neferirkare-Kakai Shepseskare Neferefre Niuserra Menkauhor Djedkare-Isesi Unas
2460-2200	DINASTÍA VI Teti Userkare Pepi I Merenre I Pepi II Merenre II Nitocris

Fig. 26. Tabla cronológica de las dinastías III-VI.

su valor honorífico. El procedimiento, magníficamente ilustrado por Luis XIV en Francia, se verá favorecido por el mayor volumen de la administración, tanto en competencias como en número de funcionarios, lo que provoca la multiplicación de las oficinas y del trabajo de los escribas. Se va desarrollando así toda una serie de funciones de mando cuyas atribuciones resultan a veces muy difíciles de definir. Un ejemplo puede ser el de «jefe

de los secretos»: se puede ser jefe «de las misiones secretas», «de todas las órdenes del rey», «de las decisiones judiciales», «del palacio», «de las cosas que un solo hombre ve», «de las cosas que un solo hombre escucha», «de la casa de la adoración», «de las palabras divinas», «del rey, en todo lugar», «de la corte de justicia», «de los misterios del cielo», etc. El contenido de los títulos puramente honoríficos es más fácil de precisar, precisamente porque no se corresponden con nada. Es el caso del «Amigo Único», en otro tiempo consejero particular del rey, y ahora una designación genérica para los cortesanos; o del «Jefe de los Diez del Alto Egipto», de la «Boca de Pe», del «delegado en Nekhen», funciones todas ellas puramente simbólicas. A estos títulos se añaden los que están directamente ligados a las persona del rey –los «peluqueros», «portadores de sandalias», «médicos», «encargados de las coronas» y «otros lavanderos»– y las funciones sacerdotales ligadas a un dios local o a un culto funerario.

En conjunto, la imagen que se desprende de la administración es comparable a una pirámide, en cuya cima se encuentra el rey que, en principio, tiene competencia sobre todo, pero que en la práctica, sólo se ocupa directamente de los asuntos militares y religiosos. Para todo lo esencial, depende del visir (*tjaty*), cuyo arquetipo vimos aparecer en la II dinastía. Snefru, por primera vez, confió esta función a príncipes de sangre real: Nefermaat, luego su hijo Hemiunu, luego Kauab y otros. El visir es, de alguna forma, el jefe del ejecutivo y sus competencias se extienden por todos los terrenos: es el «jefe de todas las obras públicas del rey», «jefe de la casa de las armas», «jefe de la habitación de los adornos del rey», «canciller del rey del Bajo Egipto», etc. Es también juez, como lo demuestra la intervención de Uni en el asunto del harén bajo Pepi I, pero no todos los asuntos pasan necesariamente por sus manos. Hacia la misma época apareció el «canciller del Dios», que es un hombre de confianza elegido directamente por el rey para una tarea precisa: una expedición a las minas o a las canteras, viajes comerciales al extranjero o la dirección de un específico monopolio regio. Para llevar a cabo su tarea, se le asigna una tropa y se le nombra general, o almirante si se trata de un flota. Un signo de la debilidad del poder central y del crecimiento de las necesidades de la administración lo constituye el hecho de que el cargo de visir se desdobla bajo Pepi II para atender separadamente al Alto y al Bajo Egipto.

Del visir dependen los cuatro grandes departamentos de la administración, a los cuales hay que añadir la administración provincial, con la cual el visir está en contacto por intermedio de los «jefes de misión». El primero de estos departamentos es el «Tesoro», es decir, empleando el término egipcio, que retoma la separación original entre ambos reinos, el «Doble Granero», dirigido por un «jefe del Doble Granero», situado bajo las órdenes del visir. El Tesoro gestiona la economía del país en su conjunto y recibe, en particular, el impuesto que procede esencialmente del segundo gran departamento, la agricultura, dividido, a su vez, en dos ministerios. El primero de ellos es el que se ocupa del ganado –de criarlo y engordarlo– a través de dos «casas» confiadas cada una a un subdirector auxiliado por escribas. El segundo se encarga de los cultivos propiamente dichos: «el servicio

de los campos», presidido por un «jefe de los campos» asistido por «escribas de los campos» y el servicio de las tierras ganadas a la inundación (*khentyu-she*). Los títulos de propiedad los conserva el tercer departamento, quien guarda también todos los documentos referidos a actos civiles, esencialmente los contratos y testamentos, así como el texto de los decretos reales, que constituyen el fundamento normativo en el que se apoya el último departamento, el de la justicia, que aplica las leyes (*hepu*). Su importancia está en proporción a su valor dentro del sistema teocrático, como lo demuestra la denominación que recibe su titular en la dinastía IV, «el más grande de los Cinco de la casa de Thot», y en la V, «sacerdote de Maat»...

El correlato del gobierno así constituido es la administración local, que descansa sobre la división del país en nomos. Conocemos mal la situación en el Bajo Egipto, porque la arqueología del Delta aporta, necesariamente, escasos resultados. La mayor parte de la documentación se refiere al Medio y al Alto Egipto, pero el cuadro que cabe dibujar para una parte vale también para las demás. La administración local fue probablemente la que experimentó una evolución más clara en el Imperio Antiguo, debido a la modificación del estatus de los nomarcas, que a partir de un momento dejan de ser cesados en sus puestos y que convierten pronto a su cargo en hereditario, de hecho si no de derecho. Asistimos a la formación, en las capitales provinciales, de necrópolis particulares para los príncipes, en las cuales una misma regularidad caracteriza a la transmisión de padres a hijos del cargo de sacerdote funerario –lo que está de acuerdo con la tradición– y del cargo de gobernador de la provincia –lo que ya no lo está tanto–. Este feudalismo descansa en la mayor parte de los casos sobre la explotación económica de la región, que es una de las tareas principales del nomarca, encargado ante todo de la irrigación (*adj-mer*) y de la conservación de los dominios agrícolas (*heka-hut*).

Al principio, esta transferencia de poder era impensable. Dado que todo el país pertenece en teoría al rey como hipóstasis del creador, el funcionario le debe a su soberano el trabajo que realice a cambio de lo necesario para subsistir. Este situación se expresa en Egipto mediante la palabra «*imakhu*», un término difícilmente traducible que expresa la relación de clientela existente con el rey. Este último dota, proteje y alimenta aquí abajo al igual que en el más allá; a su servidor, le concede una sepultura en la necrópolis y le proporciona los elementos de la tumba que éste difícilmente podría conseguir por sus propios medios, como el sarcófago, la falsa puerta, la tabla de ofrendas o las estatuas que servirán de soporte a su alma en su futura existencia; y sobre todo, garantiza la continuidad de las ofrendas mediante una dotación funeraria confirmada por una carta de inmunidad que exime de impuestos al dominio que el difunto hubiera constituido. Este principio, que es el mismo que rige los dominios de los templos, contiene en sí mismo el germen de destrucción del estado. Favorece, en efecto, la dispersión de la propiedad, empobreciendo al rey en proporciones que parecen ínfimas al principio, pero a un ritmo irreversible. Los beneficios que, gracias a este sistema, obtienen los destinatarios de las concesiones equivalen sin duda a una pérdida para la economía, ya que escapan al sis-

tema de redistribución garantizado por el estado. No es esto, sin embargo, lo más importante. Lo más grave es el funcionamiento ulterior del mecanismo así creado: en estos dominios se desarrolla un régimen feudal y sus poseedores intentan acaparar para sí las prerrogativas tradicionalmente vinculadas a las propiedades reales.

Este cuadro, cuyas líneas maestras acabamos de evocar, cambiará tan poco, a lo largo de la civilización faraónica, como los fundamentos de la sociedad. Esto no significa que no haya una evolución, que se produce esencialmente en las relaciones entre el poder central y el local (reforzamiento del poder del o de los visires, remodelación de las circunscripciones administrativas, creación de nuevos gobernadores, etc.). La estructura que ambas administraciones imponen a la vida del país se mantendrá apenas sin cambios hasta el final. La jerarquía social seguirá estando basada en los mismos valores, mientras que la vida cotidiana evolucionará poco, sobre todo, en los estratos menos favorecidos de la población. Hay muy pocas diferencias entre los campesinos del Imperio Antiguo, el habitante picapleitos de los oasis, sobre el que hablaremos dentro de poco, y los fellah que cultivaban trigo para Roma.

LA PLÁSTICA EGIPCIA

El arte es un reflejo fiel de esta evolución de la sociedad. A lo largo del medio milenio que separa a Djeser de Nitocris, asistimos a la lenta *apropiación por parte de los funcionarios de ciertos atributos y modos de* representación que al principio estaban reservados a los reyes o a los miembros de la familia real, primera etapa de un lento deslizamiento que no constituye una democratización propiamente hablando sino más bien una inflación de los valores políticos. El cambio se explica por el mismo mecanismo que genera el acceso a la propiedad. Los medios de producción de la obra de arte sobrepasan las posibilidades de un simple particular. Es impensable, al menos en el Imperio Antiguo, que un señor, por poderoso que sea, llegue a organizar por su propia cuenta una expedición a las canteras y obtener así lo necesario para tallar el sarcófago, los montantes de las puertas o las estatuas que necesita para su tumba. Tal es la función del estado, y los talleres en los que se esculpen las estatuas y los relieves dependen del poder central: el arte es un asunto de los funcionarios. Con tales premisas, queda prácticamente excluido todo lo que no sea utilitario, y de hecho casi nunca nos encontramos con una búsqueda de «el arte por el arte». La imagen en bulto redondo, en un dibujo o en un relieve sólo puede tener dos objetivos: político-religioso o funerario. El primero concierne exclusivamente al rey, mientras que el segundo lo fueron conquistando progresivamente los particulares. Así la tendencia dominante consistirá en que los segundos imiten la moda definida por el primero, pero difuminando aquellos rasgos que sean más difícilmente traspasables. Todo ello con un objetivo claro: obtener una representación lo más explícita posible de un individuo o de una función. De aquí que sean frecuentes los

estereotipos y que, de vez en cuando, percibamos una armonía sorprendente entre el realismo «a lo egipcio» y la sensibilidad propia del artista. La preocupación por reproducir la realidad en su verdad más profunda tiende a destruir toda subjetividad. Y al mismo tiempo es cierto que los egipcios supieron burlar las trampas de la percepción descomponiendo, tanto en su escritura como en sus relieves y pinturas, los seres u objetos representados según sus elementos más característicos. Este principio de «combinación de puntos de vista» arroja resultados a veces curiosos. En la base de todo ello se encuentra la idea de que cada elemento, digamos, del cuerpo humano debe poder ser reconocido sin ninguna ambigüedad. El ojo, por ejemplo, sólo es verdaderamente reconocible si lo vemos de frente, pero a la nariz, la oreja, el mentón o el cráneo, les va mejor el perfil; las espaldas aparecen también de frente, pero de perfil las manos y los brazos, y vista de tres cuartos, la pelvis... El cuerpo se ve así sometido a extrañas torsiones que sorprenden a primera vista. Tampoco se utiliza la perspectiva, aunque algunas representaciones, a decir verdad, bastante torpes, indican que era conocida: se representa a un ejército en marcha escalonando cada fila de soldados, a dos escenas contemporáneas disponiéndo las en dos registros superpuestos, una casa o un jardín a la vez en elevación y en planta, tumbando a tierra, sin miedo, los cuatro muros o los árboles que rodean un estanque. Lo mismo sucede en la estatuaria. El objetivo era el de proporcionar una cuerpo «habitable» para la eternidad, representándolo tan perfecto como fuera posible. Esto no quiere decir que el artista no muestre una deformidad física determinada, pero, en la mayor parte de los casos, trata al cuerpo de una forma más idealizada que al rostro, pues éste debe caracterizar a un individuo concreto. Lo mismo sucede con las actitudes, estereotipadas, porque representen un cargo o un estado. El resultado final es una producción muy uniforme, con un gran cuidado por los detalles y variantes de estilo tan ínfimas que nos sería muy difícil distinguir la personalidad de unos artistas que no pretendieron en modo alguno singularizarse dado que su producción es, por definición, anónima. Este creación colectiva será la regla durante toda la civilización egipcia, tanto en las artes plásticas como en la literatura, donde el individuo intenta siempre fundirse en la comunidad universal.

La estatuaria

La técnica de la escultura la conocemos por las escenas que decoran los muros de las *mastabas*, pero también gracias al descubrimiento, realizado por G.Reisner en el recinto funerario de Micerino, de un taller donde aparecieron desde obras apenas iniciadas a otras casi concluidas. Podemos así reconstruir las etapas de su creación y los medios empleados. Para empezar, el bloque es separado de la cantera según una técnica que depende de la dureza de la piedra: ataque directo con el cincel para las piedras más blandas, mientras que, para las rocas duras se utilizaban cuñas de madera que, mojadas, son introducidas en las grietas para hacer estallar el bloque según



Fig. 27. Estatua de Djeser procedente del *serdab* de su templo funerario en Saqqara. Caliza pintada. Alt.=1,35m. El Cairo.



Fig. 28. Khefrén protegido por Horus. Estatua procedente del templo de acogida de su complejo funerario de Giza. Diorita. Alt.= 1,68 m. *CGC* 14.



Fig. 29. Micerino, Hathor y el nomo de Diópolis. Tríada procedente del templo de acogida de Micerino en Giza. Esquisto. Alt.= 0,97 m. El Cairo, *JE* 46499.

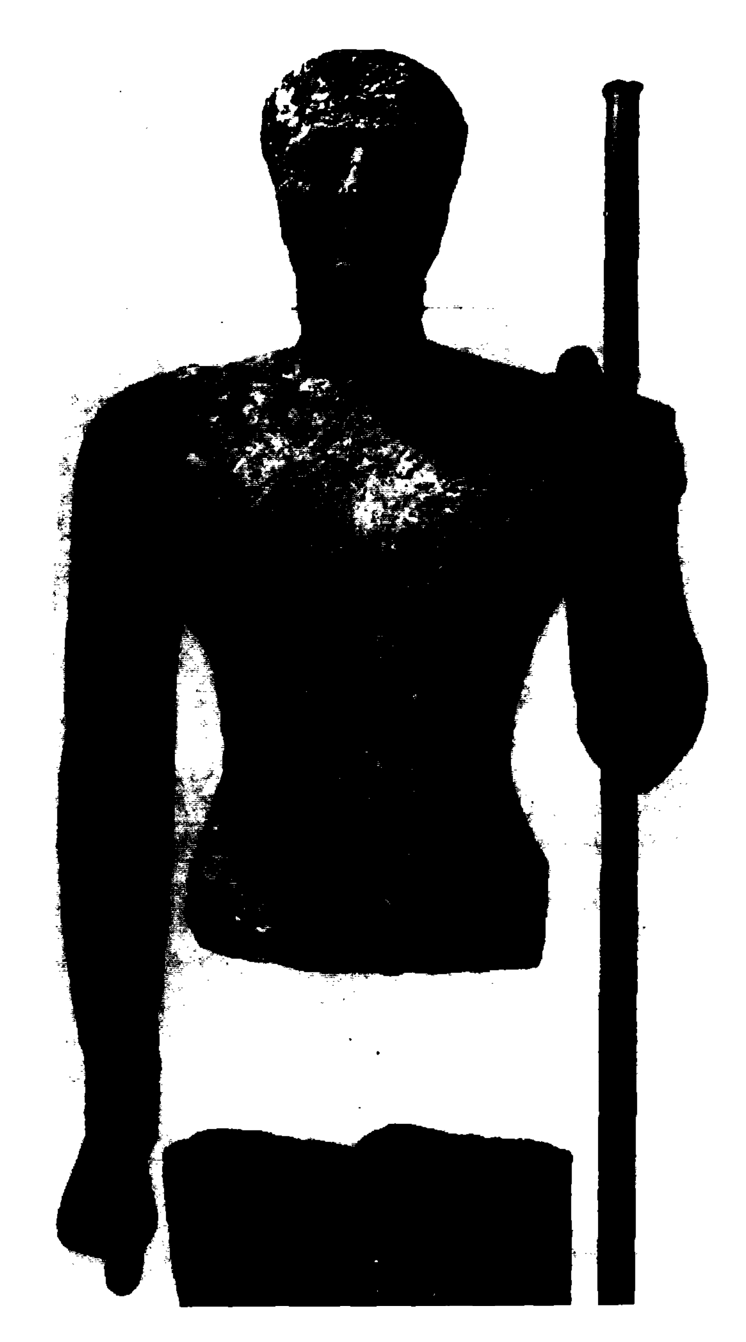


Fig. 30. Pepi I y Merenre de pie. Cobre (detalle: Pepi I). Alt. = 1,77 m. y 0,70 m. El Cairo, *JE* 33034 y 33035.



Fig. 31. Pepi II sobre las rodillas de Ankhenesmerire II. Grupo procedente sin duda de Saqqara. Alabastro. Alt.= 0,39 m. Brooklyn Museum 39.119.
Fig. 32. Pepi I de rodillas ofreciendo vasos de vino. Esquisto. Alt.= 0,15 m. Brooklyn Museum 39.121.

una fractura regular. Una vez extraído, el bloque es desbastado allí mismo y luego transportado hasta el taller. Se le da forma en un primer momento marcando los límites de la futura estatua y luego se van precisando los contornos, sobre todo, los de la cabeza. A continuación, da comienzo un lento proceso de afinamiento hasta que se obtiene el modelo definitivo. Se separan entonces, lo más posible, los brazos y las piernas del cuerpo, trabajando cada detalle. Finalmente, se pule la estatua. El utillaje que emplean los artistas es esencialmente lítico: se compone de taladros de sílex, bruñidores, barrenas, pastas abrasivas, martillos y buriles, más raramente, sierras de cobre. Las estatuas se hacen o bien en caliza o en arenisca –y en tal caso, lo normal es que vayan pintadas– o bien en sienita, en cuarcita o en esquisto; el alabastro se emplea menos en estatuas que en la fabricación de vasos; hay también algunas estatuas de madera, aunque no se harán frecuentes hasta más tarde, o de cobre, las más célebres de las cuales son las de Pepi I y Merenre conservadas en el Museo de El Cairo (fig.30).

Las actitudes vienen determinadas por la función. Desde el principio, al rey se le representa sentado sobre un trono cúbico bastante macizo, cuyos lados están adornados con *sema-tauy*, un conjunto de plantas emblemáticas del Alto y el Bajo Egipto entrelazadas, anudadas en torno a una tráquea. Lleva el paño *shendjit* y, sobre la cabeza, las insignias de su poder: coronas o *nemes* y barba postiza. En esta actitud, se le representa solo normalmente, y si su esposa le acompaña, aparece sentada a sus pies como Hete-

feres II (?) ante Djedefre en el fragmento del Louvre procedente de Abu Roach (E 12627 = Vandier: 1958, lám.II.1). Los grupos son más raros; destacan los de Micerino en compañía de su esposa (Boston 11.738) o las tríadas procedentes de Giza (Vandier: 1958, lám.IV-V). Después de la IV dinastía, cabe apreciar un cambio en las actitudes, debido tal vez a la nueva relación establecida entre la ideología teocrática y la realidad del poder político. Sería arriesgado afirmarlo con rotundidad, pero es cierto que el rey puede aparecer ahora celebrando el culto. El Museo de Brooklyn posee una estatua en esquisto de Pepi I, sentado sobre sus talones, ofreciendo dos vasos de vino (fig.32). Otra novedad, aportada también por la IV dinastía, son las estatuas que representan al rey niño, como por ejemplo el Pepi II en alabastro del Museo de El Cairo (*JE 50616*). La innovación se explica, muy probablemente, por la temprana edad a la que este rey accedió al trono, pero en cualquier caso, es significativa de la adaptación de los tópicos a la realidad política, como en los grupos (uno de ellos, conservado en el Museo de Brooklyn) que representan a Pepi II sentado sobre las rodillas de su madre. Para estos grupos se emplea el alabastro, tal vez porque el tema va vinculado a la más temprana infancia y a la lactancia, evocado por el aspecto lechoso de dicha piedra. La asociación de Ankhenesmerire II y de su hijo –representado no con los rasgos de un niño, sino como un faraón adulto a tamaño reducido– insiste en la transmisión del poder de Pepi I a través de la regente.

Estas nuevas actitudes, en particular, la evocación de los lazos familiares, enlazan con temas desarrollados ya antes en la estatuaria privada, que aún imitando servilmente las actitudes regias y oficiales, emplea sus propios recursos. Experimenta también una evolución desde el final de la dinastía IV: el estilo se aleja entonces algo de la perfección que encontramos en el grupo de Rahotep y Nefret o en Hemiunu. Las obras civiles, que eran ya más numerosas que las estatuas regias, se multiplican bajo las dinastías V y VI y tienden a alejarse de los cánones clásicos, lo que no quiere decir que pierdan en calidad, como lo demuestra el escriba del Louvre. Tampoco renuncian a las actitudes convencionales: personajes de pie o sentados, representados con los atributos de su función, grupos familiares, etc.; hay, sin embargo, una mayor libertad estilística y un cierto realismo que enlazan con las tendencias de la estatuaria regia coetánea. Las obras de la dinastía VI prolongan el estilo ya iniciado en la V, pero concediendo una mayor atención al realismo. Cabe mencionar aquí al enano de Seneb o la bella estatua de Nyankhre.

Junto a las estatuas en piedra, conocemos desde la dinastía IV una tradición de trabajos en madera que ha producido algunas de las obras maestras del Imperio Antiguo: la estatua de Kaaper parece tan real que los obreros de A. Mariette que la descubrieron al excavar su *mastaba* en Saqqara, lo encontraron tan parecido al alcalde de su pueblo, que le dieron a la estatua el sobrenombre de *sheik el-beled*, o el grupo del Louvre de un funcionario menfita y su mujer, Esta corriente abrió el camino a una nueva forma expresiva que se desarrollará en el Primer Periodo Intermedio: los «modelos», esto es, la reproducción en volumen de las escenas representadas en los bajorre-

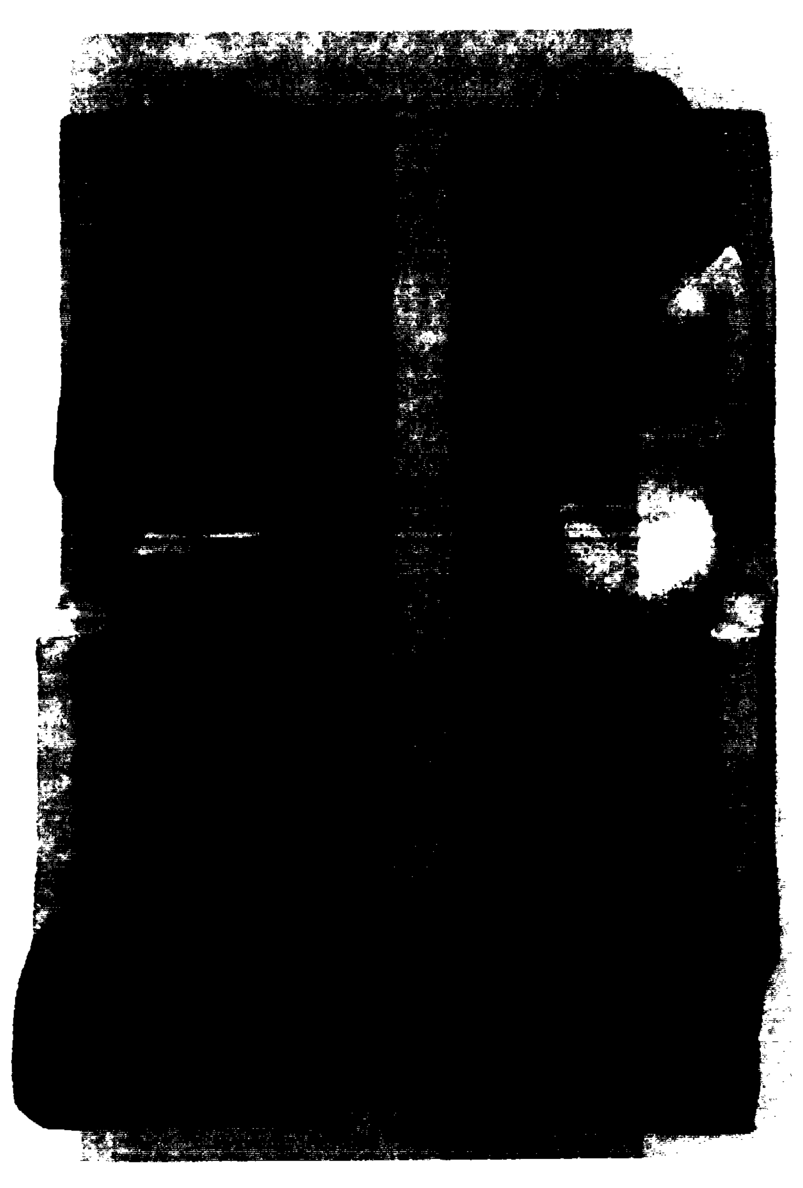


Fig. 33. Rahotep y Nefret sentados. Estatuas procedentes de su tumba en Meidum. Caliza pintada. Alt.= 1,20 m. *CGC* 3 y 4.



Fig. 34. Hemiunu sentado. Estatua procedente de su tumba de Giza. Caliza. Alt.= 1,57 m. *Pelizaeus Museum, Hildesheim.*



Fig. 35. (a) Escriba en cuclillas procedente de Saqqara. Caliza pintada. Alt. 0,53 m. Louvre N 2290. (b) Detalle del rostro.

lieves, cuyos primeros ejemplos en arcilla o en piedra pintada son de un realismo sorprendente.

RELIEVES Y PINTURAS

La producción de relieves y pinturas sigue un proceso semejante al de las estatuas. En las *mastabas*, se trabaja directamente sobre la pared de caliza fina, revocada y preparada previamente. Un primer equipo se encarga de cuadricular la pared que ayudará a situar las escenas representadas. Se dibujan éstas hasta en sus menores detalles, sin olvidar las leyendas jeroglíficas que las acompañan. A continuación, se acomete el bajorrelieve propiamente dicho, reservando las figuras y rebajando completamente el fondo. Desde Kheops en adelante esta técnica evoluciona en una dirección lógica, pues en lugar de rebajar el fondo, bastará con delimitar las figuras con una incisión suficientemente profunda, dando la ilusión de un relieve «en huecograbado», y luego ir perfilando los detalles. El verdadero relieve en huecograbado, consistente en esculpir el interior de un contorno rebajado, apenas se utiliza, ni en monumentos ni estatuas ni estelas, salvo para las inscripciones jeroglíficas. Aparecerá una técnica nueva debido a las modificaciones que experimenta la misma tumba: la excavación de hipogeos, es decir, de tumbas practicadas en el suelo, cambió la naturaleza de la pared que servía de soporte. En adelante, habrá que tener en cuenta las irregularidades naturales del material nativo, menos homógeneo que la caliza fina. Se iguala la pared empleando yeso o, más sencillamente, un enlucido de *muna* (la arcilla mezclada con paja o arena que emplean hoy día tanto el alfarero como el albañil) sobre el cual se pinta directamente *a tempera*, con



Fig. 36. El enano Seneb, su mujer y sus hijos. Grupo procedente de Giza. Caliza pintada. Alt. 0.33 m. El Cairo *JE* 51281.



Fig. 37. Nyankhre sentado. Estatua procedente de Giza. Caliza pintada. Alt.= 0,70 m. El Cairo, Museo egipcio.



Fig. 38. Kaaper. Estatua procedente de Saqqara (detalle de la cabeza). Madera. Alt.= 1,09 m. *CGC* 34.



Fig. 39. Funcionario menfita y su mujer (detalle).
Madera. Alt.= 0,69 m. Louvre N 2293.

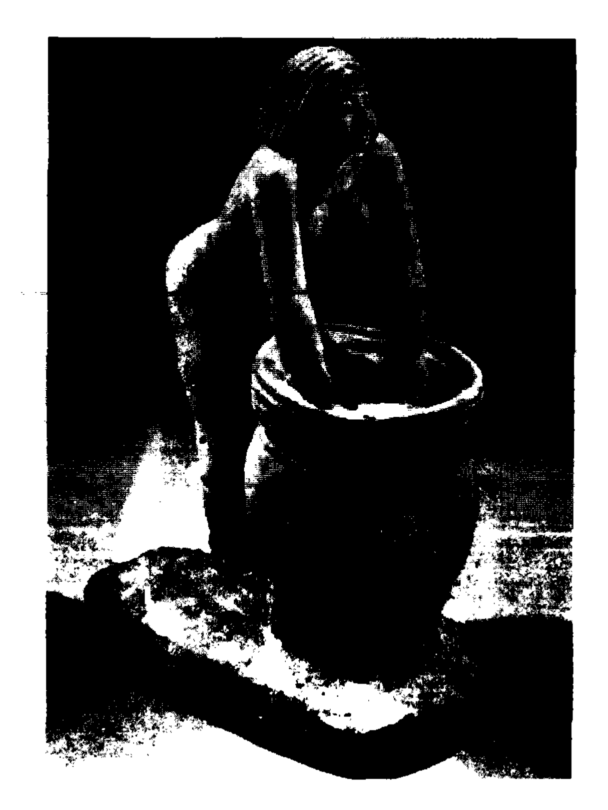


Fig. 40. Cervecera. Estatuilla procedente de Giza
Caliza pintada. Alt.= 0,26 m. El Cairo, Museo egipcio.

ayuda de grasa animal para el negro, ocre para el rojo y amarillo y azurita o malaquita triturada para el azul y el verde. La temática acoge cualquier escena susceptible de evocar la vida terrestre del muerto o sus funerales.

CAPÍTULO V

LAS CONCEPCIONES FUNERIARIAS

DEL TÚMULO A LA *MASTABA*

Las pirámides son el símbolo por excelencia del Imperio Antiguo y desde que fueron edificadas, han despertado la admiración de los hombres. Para la posteridad, Kheops es ante todo el rey que supo llevar a su forma definitiva este tipo de sepultura, que había iniciado Djeser provocando un giro radical en la evolución de la tumba regia. Durante el periodo tinita, en efecto, tanto en Abidos como en Saqqara, las tumbas presentan en superficie una superestrucutura que semeja la forma de un gran banco de piedra (de ahí deriva el nombre de *mastaba* que le dieron los obreros de A. Mariette). Esta forma, que se mantuvo para las sepulturas no regias durante todo el Imperio Antiguo en la región menfita y hasta un poco más tarde al oeste del valle del Nilo, pretendía reproducir el hábitat terrestre del muerto o, al menos, conservar su aspecto. Desde los comienzos de la époco tinita, se presenta como un todo macizo, en cuyo interior no se disponen necesariamente habitaciones para capillas o almacenes, pero que sí estaba limitado por muros de ladrillo con pilastras y resaltos que dan una impresión de «fachada de palacio» en falsa perspectiva. El conjunto podía estar rodeado por una o dos murallas que delimitan el territorio del muerto. Esta forma arquitectónica constituye el punto final de una evolución iniciada a partir del túmulo que, en época predinástica, recubría la fosa en la que se enterraba al difunto. Este túmulo procedía más o menos de la misma idea que el túmulo-colina original sobre el que los teólogos de Heliópolis hacían aparecer el sol creador. Originariamente, estaría fabricado, como éste último, con arena retenida mediante bloques de piedra o cercados de madera.

El muerto descansaba debajo, en una fosa oval o rectangular, cuya forma evolucionó a lo largo de la Prehistoria, pero manteniendo siempre invariable su función principal, la de ser un lugar que congrega al propietario de la tumba y a los diversos objetos puestos a su disposición para alcanzar el más allá y permenecer en él. El cuerpo descansa por lo general

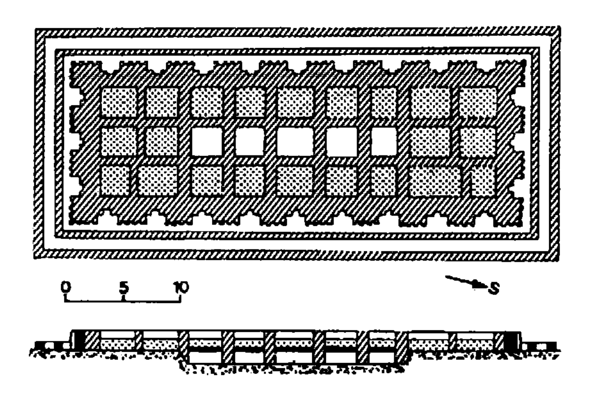


Fig. 41. Planta y sección de una mastaba de Saqqara de la época del Horus Aha (según W.Helck, *LÄ* V 389).

en posición contraída sobre uno de los lados, a veces sobre una estera de caña y a veces envuelto en un sudario. En la cámara funeraria se disponen algunos objetos personales y una vajilla más o menos abundante, que constituye la base del ajuar y que, al mismo tiempo, es el receptáculo de la ofrenda alimentaria puesta a su disposición. A este mínimo ajuar se le añaden, según las épocas y la fortuna del propietario, vasos de piedra y un variable equipamiento, almacenados en jarras los productos alimentarios y en cofres los objetos preciosos (armas caras y flechas de sílex esencialmente), los adornos y los juegos.

En el curso de las dos primeras dinastías, la evolución de la tumba afectó tanto a su infraestructura como a su superestructura, con lo que fue poco a poco constituyéndose el tipo clásico de la *mastaba*, que es al mismo tiempo lugar de culto y reproducción de la morada terrestre, en la que van multiplicándose los medios de subsistencia y los símbolos de supervivencia más allá de la muerte. De su condición de lugar de culto da cuenta la estela, que servía desde los primeros reyes tinitas para recordar el nombre del difunto. Los altos funcionarios se apoderaron desde muy pronto de esta costumbre, reservada en principio al soberano, según el esquema fundamental definido antes: las prerrogativas reales van siendo paulatinamente transferidas a los particulares, con la única excepción de los símbolos y atributos propios de la realeza. La estela funeraria evoluciona también en el sentido de un mayor enriquecimiento; ya no sólo se nombra al propietario de la tumba sino que también se describe la ofrenda que debe hacérsele.

En este caso se trata de un verdadero «menú», presentado ante el beneficiario de la ofrenda, la princesa Nefertiabet, contemporánea de Kheops, enterrada en una *mastaba* de la necrópolis de Giza. Todo en esta estela concurre para que la eficacia sea máxima: ante todo, la identificación del destinatario, que se obtiene por su representación y por su nombre acompañado de su título principal. Después, y siguiendo el mismo principio, se representa

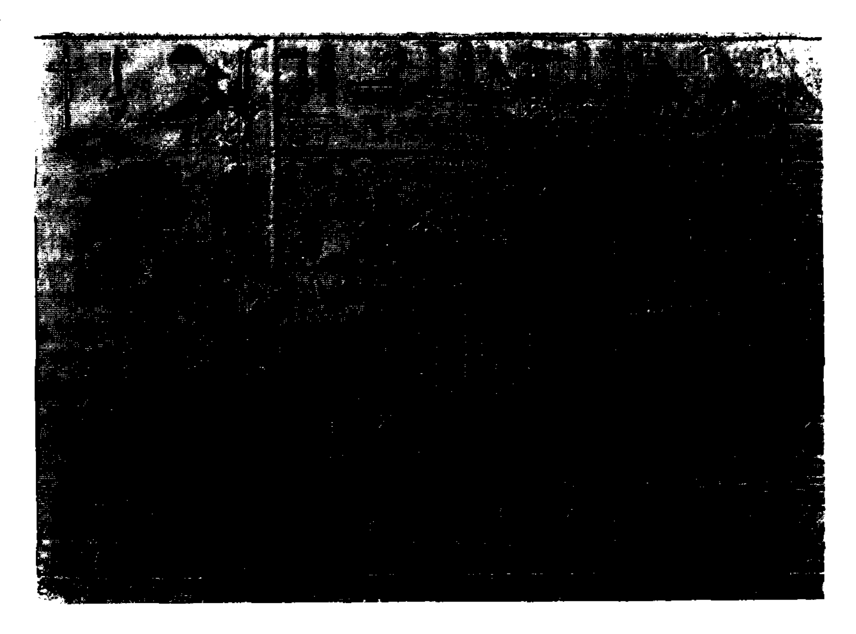


Fig. 42. Estela de Nefertiabet (Louvre).

> *la ofrenda materialmente, colocada sobre un velador, y cada elemento sepa*rado de los demás según una distribución lateral o vertical, de forma que todos sean visibles. Esta descripción va acompañada de una segunda tabla, en la parte derecha de la estela, que detalla las cantidades.

Propiamente hablando, esta representación señala el lugar de paso entre el reino de los muertos y el de los vivos. Teóricamente, define con suficiente precisión el lugar donde depositar la ofrenda, y así debió de suceder en los primeros tiempos. Muy pronto, la estela se combina con lo que se conoce como la «falsa puerta»: en una falsa perspectiva semejante a la de la «fachada de palacio», se representa una puerta encima de la cual está la estera enrrollada. Procede de un nicho, que constituía un reforzamiento de la *mastaba* primitiva y que, según se creía, le permitía a la energía del muerto, a su *ka*, el acceso al mundo sensible, de donde debía obtener los alimentos necesarios para sobrevivir

Los elementos para sobrevivir

Cada individuo está compuesto por cinco elementos: la sombra (doble inmaterial de cada una de las formas que el individuo habrá de tomar a los largo de su vida), el *akh*, el *ka* y el *ba* y el nombre. El *akh* es un principio solar, el elemento luminoso que le permite al difunto acceder a las estrellas

durante su viaje al más allá; es la forma bajo la cual se manifiesta la potencia de los dioses o de los muertos, su espíritu. El *ka* es la fuerza vital que posee todo ser. Se multiplica en función de la potencia de su poseedor (Re, por ejemplo, tiene catorce *kau*) y debe ser alimentado para conservar su eficacia; esta fuerza es la que le permite al cuerpo, convenientemente preparado para triunfar sobre la muerte, retomar una vida semejante a la que llevaba en este mundo. Para subsistir, el *ka* necesita tanto alimentación como un soporte, y por ello, desde muy pronto, se intentó proporcionarle sustitutos al cuerpo, demasiado expuesto a la degradación. Serán las efigies del difunto. Se tiene la costumbre de colocarlas en un lugar preciso de la tumba regia, el *serdab*, una galería subterránea abierta en el interior de la *mastaba* o de la infraestructura funeraria en general, que comunica con las instalaciones cultuales por una hendidura situada a la altura del rostro humano, de forma que la estatua o estatuas allí colocadas puedan beneficiarse de la ofrenda. Esta costumbre, reservada al rey en un principio, pronto la adoptaron también los particulares.

El espacio abierto ante la cámara funeraria desempeña el papel de *serdab*, haciendo así accesible al muerto la ofrenda presentada en la base del pozo, en el momento de los funerales.

El *ba* es igualmente un principio inmaterial que contiene la potencia de su propietario, ya se trate de un dios, de un difunto o de un ser vivo. Es como un doble del individuo, independiente del cuerpo –se le representa como un pájaro con cabeza humana que abandona los despojos mortales en el momento del tránsito, para volver a ellos tras la momificación–, un *alter ego* con el que es posible dialogar y que, impropiamente, se traduce como «alma». Finalmente, el nombre es para el egipcio, una segunda creación del individuo, tanto en el momento de nacimiento, cuando su madre le atribuye un nombre que expresa su naturaleza y también el destino que ella desea para él, como luego, cada vez que sea pronunciado. Esta creencia en la virtud creadora de la palabra determina todo el comportamiento egipcio ante la muerte: puesto que nombrar una persona o una cosa equivale a obligarla a existir, más allá de su desaparición física, se hace necesario, entonces, multiplicar los signos que sirvan para reconocerla. Por esta razón, la capilla funeraria o el lugar de culto en general reúne el mayor número de indicaciones, lo más explícitas que sea posible, de forma que el *ka* pueda disfrutar sin ambigüedad posible de aquello que le corresponde.

El conjunto formado por la estela y la puerta, la «estela-falsa puerta» responde, pues, a ese objetivo. Evolucionó de manera considerable en las tumbas del Imperio Antiguo. Constituye el lugar central de la capilla, hacia donde convergen las decoraciones murales. Esta puerta puede estar más o menos adornada. Muy frecuentemente, incluye la llamada «mediacaña egipcia»: una moldura que corona generalmente puertas y muros y que recuerda a la copa de las palmeras con cuyos troncos, ligados entre sí, se fabricaban las paredes de las primera chozas. Aún hoy podemos verla sobresalir por encima del remate de los muros de *muna* que cierran los huertos en el campo, y cuya armadura la constituye esta *gerid*.

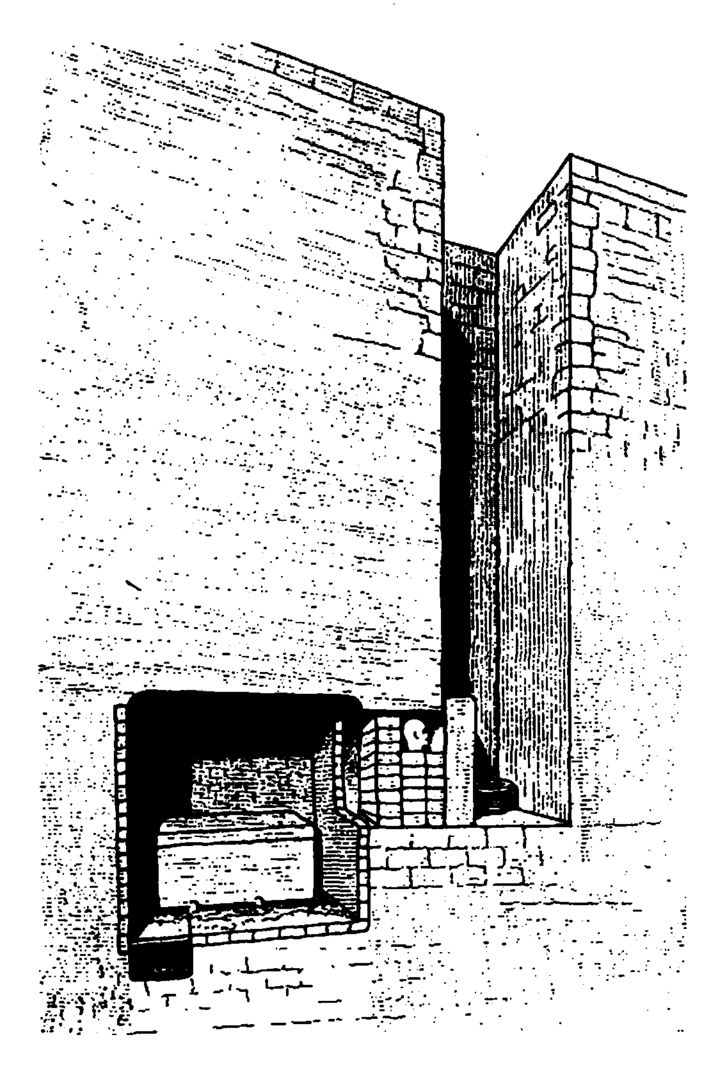


Fig. 43. **Infraestructura típica de la mastaba (según Vandier: 1954, 266).**

La estela es colocada en el umbral de la puerta. Sobre el dintel está inscrito, por regla general, el comienzo de la fórmula de «transferencia de la ofrenda»: el rey la consagra a una divinidad, la cual a su vez hace participar de ella al dedicatario. Este procedimiento permitía asegurar teóricamente el culto funerario, incluso aunque desapareciera el dominio normalmente destinado al mantenimiento de la concesión funeraria y al aprovisionamiento de la tumba y confiado a un sacerdote especializado. Bastaba, en efecto, con que la fórmula que describía la ofrenda pudiera ser

leída –por el difunto, en último extremo, o por una de sus imágenes que le representan y sustituyen– para que ésta tomara cuerpo real, porque la entrega de la ofrenda estaba garantizada por el eterno mantenimiento del culto a la divinidad, que desviaba una parte para el difunto. Esta «transferencia» era una forma de mantener al individuo en el tejido del universo: haciéndose partícipe del mundo organizado, se aseguraba una supervivencia idéntica a la del cosmos. Por otro lado, bajo el umbral se enumeraban sus títulos, repetidos y desarrollados en las jambas de la puerta, en donde a veces aparece una representación del *ka* en altorrelieve.

LAS PRIMERAS PIRÁMIDES

A Djeser le corresponde el mérito de haber transformado la tumba regia de *mastaba* en pirámide, una evolución cuyas sucesivas etapas

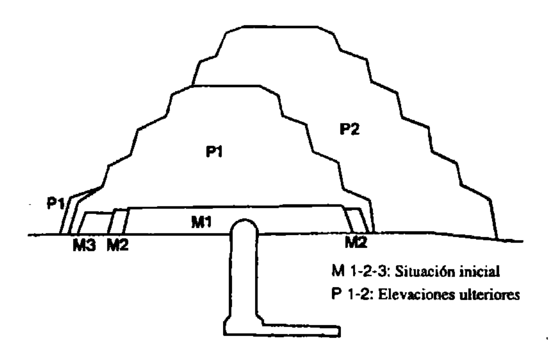


Fig. 44. Sección de la pirámide escalonada de Djeser en Saqqara.

conocemos gracias a los trabajos de J.-Ph. Lauer. Djeser empezó construyendo una sepultura clásica: un gran pozo de 28 metros por el que se accede a un panteón de sienita, al que se le añadieron diversas galerías utilizadas como almacenes. Los vasos de piedra a los que nos hemos referido antes fueron hallados aquí. Una cámara funeraria completa estas instalaciones subterráneas. Los muros están decorados con azulejos azules. Una de estás cámaras reproduce la arquitectura vegetal en la que se supone que vive el doble –el «*ka*»– del rey, mientras que la otra representa los desvanes de su morada. Uno de sus paneles, restaurado en 1938 por J.-Ph. Lauer, se encuentra hoy entre las obras maestras del museo de El Cairo. Encima de este conjunto se levantó una construcción maciza cuadrada de unos sesenta metros de lado y ocho de altura, sin huecos, puesto que todas las cámaras se encontraban situadas bajo tierra, y revestida con un doble paramento de caliza. Más tarde se excavaron diversos pozos en la fachada oriental con el fin de dar acceso a nuevas cámaras funera-

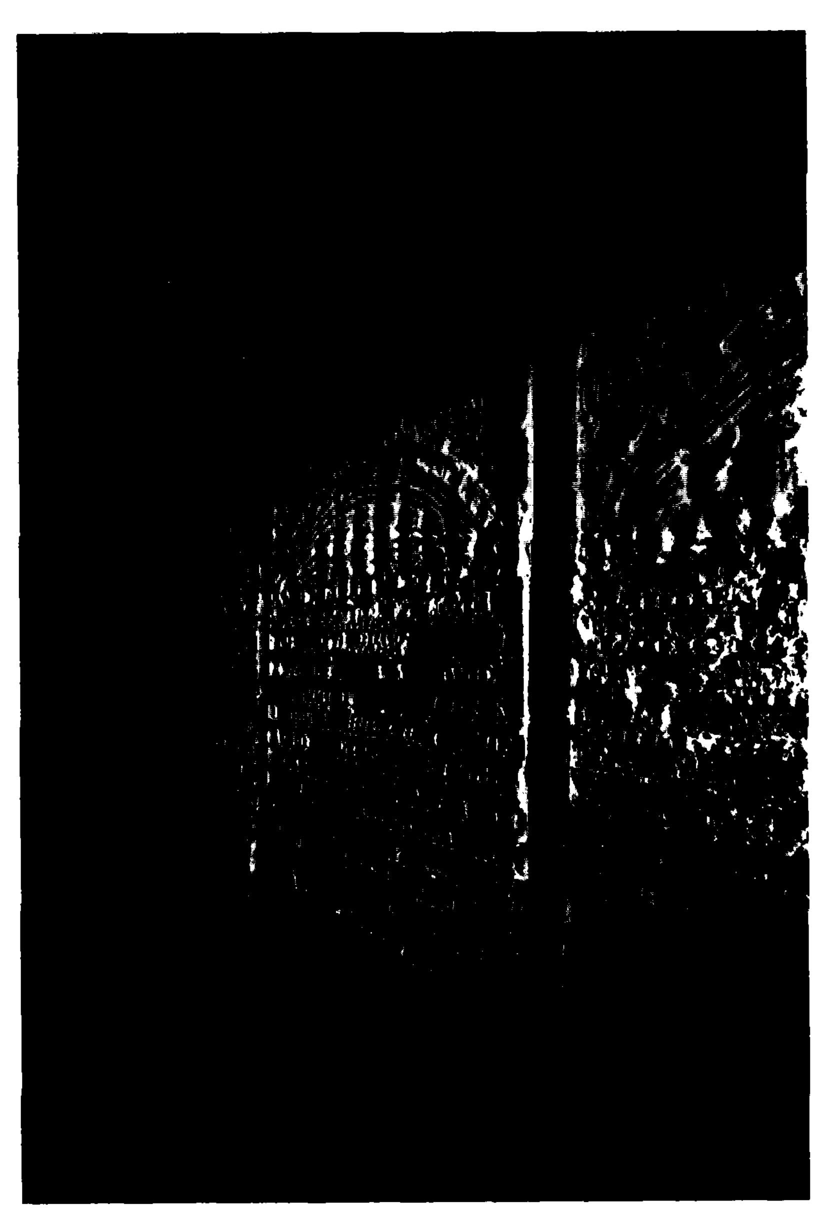
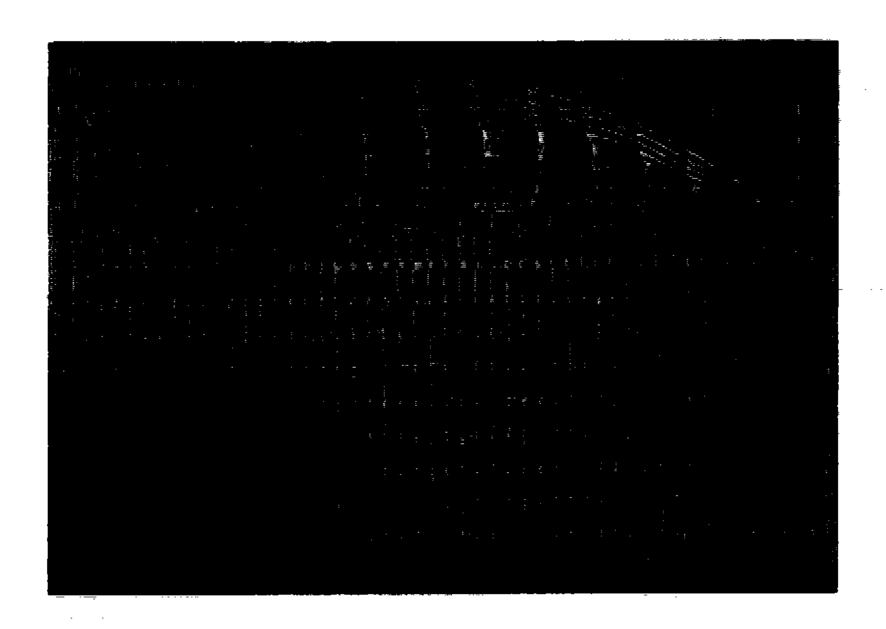


Fig. 45. (*arriba y en pág. sig.*). Entrepaño de loza azul procedente de las habitaciones funerarias de Djeser. El Cairo, Museo egipcio.



rias destinadas a miembros de la familia real que habían fallecido entre tanto. Para disimular estos pozos se alargó la *mastaba* inicial hacia el este.

Llegados a este punto, se produjo una modificación radical en el aspecto exterior del monumento que J.-Ph. Lauer interpreta como un intento del contructor por hacer más visible la tumba, de ocho metros de altura, pero que, para un observador alejado, quedaba oculta por la muralla que servía de cierre al complejo funerario. En un primer momento, Imhotep encierra la *mastaba* inicial en una pirámide de cuatro escalones y luego la prolonga, alzándola más aún hasta obtener una pirámide de seis escalones y unos sesenta metros de alto. Este tipo de construcción lo emplea también el Horus Sekhem-khet en Saqqara, mientras que las pirámides de Zauiet el-Aryan anuncian una técnica nueva cuyo ejemplo mejor es la pirámide de Snefru en Meidum.

En una primera etapa, la pirámide de Meidum probablemente estaba formada por una *mastaba* coronada por una pequeña pirámide escalonada, pero aquí se acaba el parentesco con los monumentos de la dinastía III. La planta cuadrada, la abertura practicada en el lado norte, la disposición de las cámaras funerarias parte bajo tierra y parte en el mismo cuerpo del monumento, todo ello relaciona más bien a esta pirámide con el tipo clásico de la dinastía IV.

Al núcleo inicial se le añadieron seis planchas laterales en caliza local inclinadas en una pendiente de 75° que forman una pirámide de siete escalones. Luego se añadió una última plancha y se cubrió los ocho escalones así obtenidos con caliza fina de Tura. Finalmente, se procedió a rellenar los escalones y a colocar una paramento de caliza que dio al conjunto el aspecto de

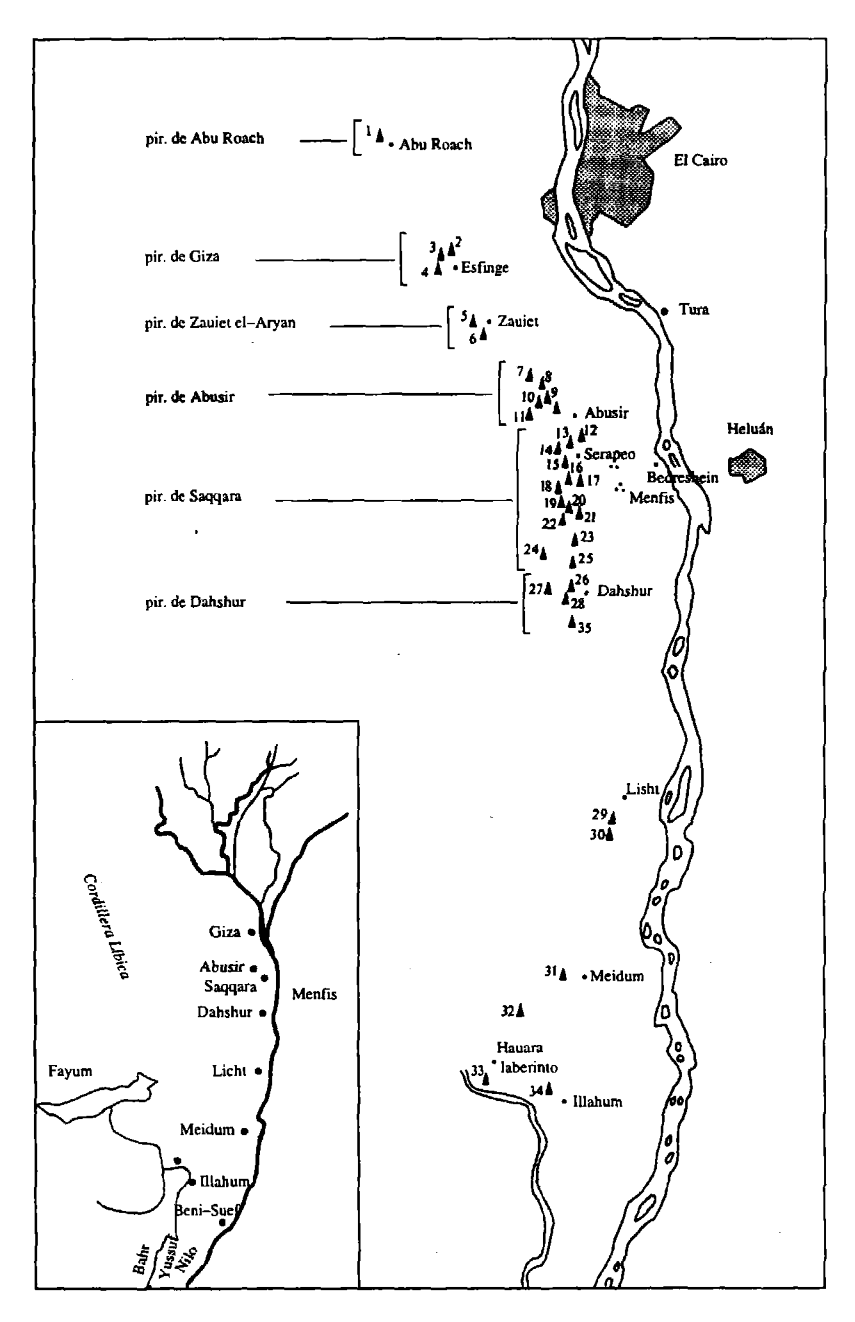


Fig. 46. Ciudades con pirámides.
Los números remiten a la tabla de las páginas 126-127.

una «verdadera» pirámide, con una pendiente de 51°52', un lado de 144,32 m. y 92 m. de altura.

Snefru no se sintió satisfecho con esta tumba, dado que hizo un segundo intento, esta vez en Dahshur, con la pirámide «sur», construida no sin dificultades. Las disposición de las cámaras interiores tuvo que ser revisada y modificada, así como la pendiente, que a media altura pasa de 54°31' a 43°21'. Esta ruptura le da un aspecto muy característico y le ha valido el sobrenombre de «pirámide romboidal». Con todo, y a pesar de estas imperfecciones, debidas tal vez a la mala calidad de los cimientos, esta pirámide aporta una novedad importante: el revestimiento se coloca por hiladas, lo que lo hace más estable.

Una vez más, el rey no se detuvo aquí. Llevó a cabo un tercer intento, también en Dahshur, pero al norte del lugar: una nueva pirámide, con una base más sólida y una pendiente, desde el principio, de 43°36', cuyo templo funerario nunca fue terminado.

EL GRUPO DE GIZA

La forma perfecta la alcanzó Kheops en Giza, una meseta más estable que el suelo de Dahshur. Esta pirámide, la mejor construida y la más espectacular de todas, ha fascinado siempre a los hombres y no ha habido ninguna generación que no haya lanzado alguna nueva teoría para explicar su construcción y su posterior uso.

Las cámaras interiores nos permiten reconstruir el procedimiento arquitectónico en sus grandes líneas. En un primer momento, se había previsto construir un panteón excavado en los cimientos, al estilo de Meidum o de Saqqara, al que se accedía por un largo pasadizo, con una inclinación de 26°31', a partir de la entrada situada en la cara norte. Por razones que ignoramos, este proyecto fue abandonado. En su lugar, se optó por una cámara practicada en la superestructura, impropiamente denominada «cámara de la reina», accesible por un corredor que deriva del pasadizo originario. Esta cámara, cuyo techo está formado por baldosas en V invertida, fue a su vez abandonada antes de que se terminaran los conductos de ventilación que debían llegar hasta las fachadas norte y sur. El estado definitivo de la pirámide comprende una galería ascendente, la «gran galería», de casi 48 m. de longitud por 7,40 m. de anchura y cuyos 8,50 m. de altura los cubre una falsa bóveda de hiladas sucesivas, que arranca justo donde da comienzo el pasadizo que lleva a la «cámara de la reina», y el panteón propiamente dicho. La «cámara del rey» mide 10,50 m. de este a oeste y 5,25 m. de norte a sur; el techo lo forman nueve losas que pesan en total unas 400 toneladas, situadas a 5,80 m. del suelo; encima de él hay cinco cámaras de descarga con el objetivo de repartir el empuje; el techo de la última está formado por pesadas losas en forma de V invertida. Aquí, en estas cámaras de descarga, fue donde apareció el nombre de Kheops, pues el resto de la pirámide, que había sido saqueada ya en la Antigüedad, no proporcionó ningún indicio sobre la iden-

tidad de su constructor. Del panteón, que contiene un sarcófago de granito mellado, se accede a la gran galería por un estrecho pasadizo en el que tres verjas de granito pretendían garantizar su inviolabilidad.

A fuerza de haber sido descrito, analizado y estudiado, el edificio es bien conocido. Está construido sobre un cuadrado de 230 m. de lado, con un error de 25 cm., cada uno de cuyos lados está orientado a uno de los puntos cardinales; la pendiente es de 51°52' y mide 146,59 m. de altura, a los que hay que añadir un piramidión, probablemente de granito, que debía coronarlo.

Los egipcios nos dan pocos detalles sobre las técnicas de construcción que empleaban, pero podemos hacernos una idea aproximada gracias a algunas representaciones, los vestigios arqueológicos y el análisis en sí de los monumentos, realizado actualmente, con ayuda de técnicas muy sofisticadas que, pese a su extremo refinamiento, no pueden tampoco sobrepasar ciertos límites.

Comencemos por la elección del emplazamiento, que se realizaba en función de la capital, de la que no debía estar muy alejado, y también del río. Se precisaba un estrato rocoso capaz de soportar la enorme masa de estas construcciones, localizado en la margen occidental, reservada tradicionalmente al reino de los muertos que el sol poniente baña con sus rayos antes de recorrerlo durante la noche; también debía estar situado por encima del nivel máximo de las aguas, que podía llegar durante la crecida a menos de 300 m. de la meseta.

Una vez elegido el emplazamiento, se procedía a su nivelación –con un error de sólo 18 mm. en el caso de Kheops–, pero reservando eventualmente el núcleo rocoso central, que iría incluido luego en la construcción, tanto para ahorrar materiales como para conservar la imagen de colina que había sido antiguamente propia del panteón funerario. La orientación se realizaba en función de los lados, dirigidos a los cuatro puntos cardinales. Si bien es sencilla de obtener para el este y el oeste, no lo es tanto para el norte. Ha de descartarse que se tomara como punto de referencia la estrella polar, pues se habría obtenido un error más grande que el constatado sobre el terreno. Los egipcios debieron de emplear más bien una técnica muy simple, consistente en marcar sobre un horizonte artificialmente nivelado con ayuda de un *merkhet* –una especie de plomada atada a un tronco de manera que permitía tirar una visual– el punto por donde salía y se ponía una estrella determinada, probablemente una de las estrellas de la Osa Mayor. La bisectriz del ángulo determinado por estos dos puntos nos da el norte verdadero (Lauer: 1960, 99s.).

La construcción podía comenzar entonces. Las canteras locales proporcionaban un material tosco tallado casi siempre para formar bloques; esto explica el descubrimiento, hacia la esquina norte de la pirámide de Khefrén, de rastros de explotación en cantera del suelo rocoso, y el emplazamiento, un poco más al oeste, de casetas que podían albergar a unos 5.000 obreros, canteros o artesanos de la necrópolis. Instalaciones semejantes a ésta serán construidas más tarde en Kahun y Deir el-Medineh. La caliza

DIN.	SOBERANO	NOMBRE DEL EDIFICIO	LOCALIZACIÓN
III	Djeser		Saqqara-norte
	Sekhemkhet		Saqqara-norte
	Khaba		Zauiet el-Aryan
IV	Snefru	Estable es Snefru	Meidum
	Snefru	Snefru-del-Sur aparece en gloria	Dahshur-sur
	Snefru	Snefru aparece en gloria	Dahshur-norte
	Kheops	El horizonte de Kheops	Giza
	Djedefre	Djedefre es dispensador de luz	Abu Roach
	Khefrén	Khefrén es grande	Giza
	Micerino	Micerino es divino	Giza
	Shepseskaf	(El lugar) de libación de Shepseskaf	Saqqara-sur
	Khentkaus		Giza
	Khentkaus		Abusir
V	Userkaf	Puros son los lugares de Userkaf	Saqqara-norte
	Userkaf	Re está en el recinto	Abusir
	Sahure	El Ba de Sahure aparece en gloria	Abusir
	Neferirkare	Nereirkare es un Ba	Abusir
	Neferefre	Los Bau de Neferefre son divinos	Abusir
	Niuserra	Durables son los lugares de Niuserra	Abusir
	Niuserra	(Lugar) agradable a Re	Abu Gurob
	Menkauhor	Divinos son los lugares de Menkauhor	Dahshur(?)
	Menkauhor	El horizonte de Re	Abusir(?)
	Djedkare-Isesi	Isesi es hermoso	Saqqara-sur
	Unas	Hermosos son los lugares de Unas	Saqqara-norte
VI	Teti	Estables son los lugares de Teti	Saqqara-norte
	Iput		Saqqara-norte
	Khuit		Saqqara-norte
	Pepi I	Durable y hermoso es Pepi	Saqqara-sur
	Merenre	Merenre aparece en gloria y es hermoso	Saqqara-sur
	Pepi II	Pepi es durablemente en vida	Saqqara-sur
	Neit		Saqqara-sur
	Iput		Saqqara-sur
	Udjebten		Saqqara-sur
VIII	Kakare Aba		Saqqara-sur
XI	Nebhepetre Mentuhotep	Gloriosos son los lugares de Mentuhotep	Deir el-Bahari
XII	Amenemhat I	Amenemhat I es elevado y hermoso	Lisht
	Sesostris I	La que está asociada a los lugares de Sesostris	Lisht
	Amenemhat II	El Ba de Amenemhat	Dahshur
	Sesostris II	Sesostris es fuerte	Illahun
	Sesostris III	Sesostris aparece en gloria(?)	Dahshur
	Amenemhat III	Amenemhat es hermoso (?)	Dahshur
	Amenemhat III	Amenemhat vive	Hauara
	Nefrusobek(?)		Masghuna
XIII	Khendjer		Saqqara

Fig. 47. Tabla de las principales pirámides

MAPA	PARTICULARIDADES	BASE (en m.)	PRINCIPALES EXCAVADORES
14	piramide escalonada	123,3x107,4	Brugsch,Firth,Quibell, Lauer
16	pirámide escalonada	118,50	Goneim
6	pirámide «a capas»	83,80	Barsanti, Reisner, Dunham
31	pirámide «sur»	144,32	Lepsius, Maspero, Petrie, Rowe, Stadelman
27	pirámide romboidal	188,60	Perring, Vyse, Jéquier, De Morgan, Husein, Varille, Fakhry, Stadelman
24	pirámide «roja»	219,28	Perrine,Vyse,De Morgan, Stadelman
2		230,30	Vyse, Borchardt, Petrie, Reisner, Junker, Lauer
1		105	Vyse,Lepsius,Chassinat
3		215,25	Belzoni, Vyse, Mariette, Maspero, Petrie, Borchardt, Junker, Baraize, S.Hassan
4		104,60	Vyse, Perring, Borchardt, Reisner
22	mastaba «faraún»	99,6x74,4	Mariette,Jéquier
–	pirámide escalonada	43,7x45,8	Junker,S.Hassan
–	cenotafio		Verner
13		73,3	Perring,Vyse,Firth,Lauer
8	templo solar		Perring,Vyse, Borchardt,Ricke
9		78,5	Perring,Vyse,Borchardt
10	inacabada	108	Perring, Vyse, Borchardt, Verner
11			Borchardt,Verner
10A		78,8	Perring,Vyse,Verner
7	templo solar		Borchardt,Schäfer, Von Bissing
–	no localizada		
–	no localizada		
19		78,5	Vyse,A.Husein,Varille
15	pirámide «con textos»	57,75	Vyse, Barsanti, Maspero, Firth, S.Hassan, A.Husein, Piankoff
12	pirámide «con textos»	78,75	Vyse, Perring, Maspero, Loret, Lauer, Leclant
–		15,50	Loret,Firth
–	desaparecida		Loret
17	pirámide «con textos»	78,75	Vyse, Mariette, Maspero, Lauer, Leclant
18	pirámide «con textos»	78,75	Mariette, Maspero, Jéquier, Lauer, Leclant
20	pirámide «con textos»	78,75	Maspero, Bouriant, Jéquier, Lauer, Leclant
–	pirámide «con textos»	24	Jéquier
–	pirámide «con textos»	24	Jéquier
–	pirámide «con textos»	24	Jéquier
21	pirámide «con textos»	30,60	Jéquier
–	templo funerario		Naville, Hall, Wineock
29		84	Maspero, Gautier, Jéquier
30		105	Lansing, Lythgoe, Mace, Winiock, Arnold
26			De Morgan, Arnold
34		104,2	Petrie, Brunton
25		105	Petrie, De Morgan, Arnold
28	cenotafio	102,6	Petrie, De Morgan, Arnold
33		100,2	Petrie, Fakhry
35			Petrie, Mackay
23			Jéquier

de los Imperios Antiguo y Medio.

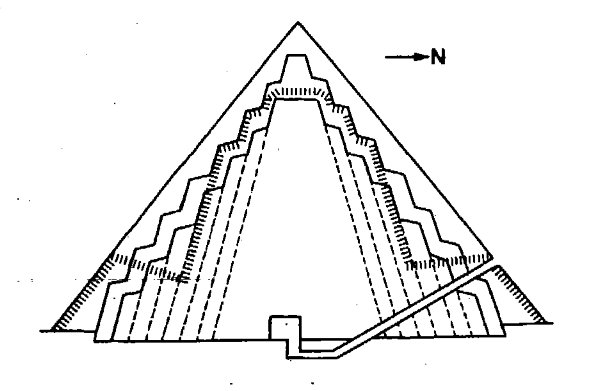


Fig. 48. Sección de la pirámide de Snefru en Meidum.

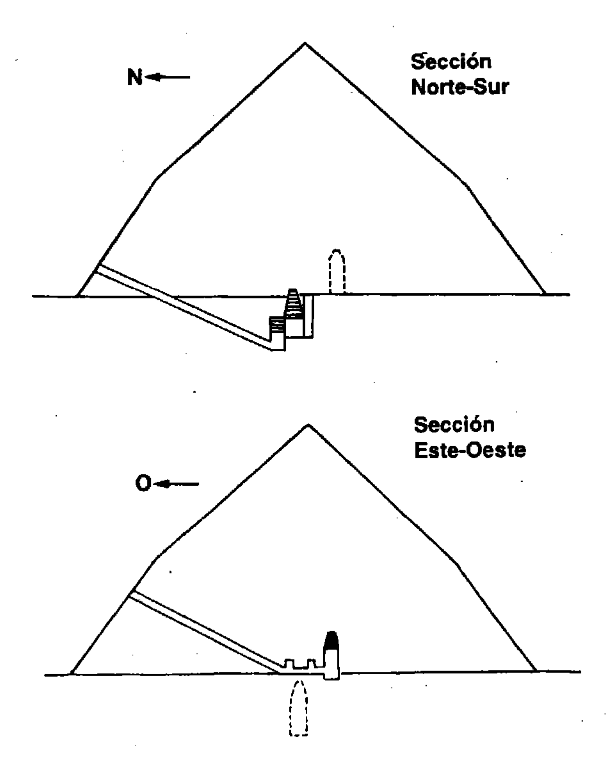


Fig. 49. Sección de la pirámide «romboidal» de Snefru en Dahshur.

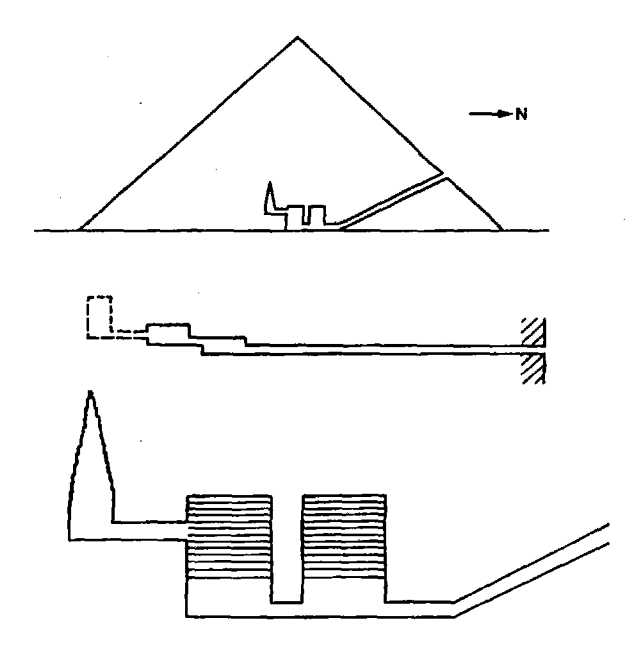


Fig. 50. Sección de la pirámide «roja» de Snefru en Dahshur.

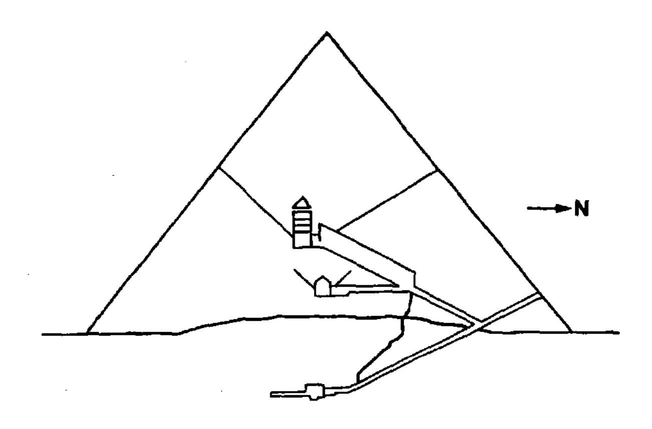


Fig.51. Sección de la pirámide de Kheops en Giza.

fina, necesaria para el recubrimiento último, procedía de las canteras cercanas de Tura; el granito de Assuán se empleaba en los paramentos de los corredores y de las salas interiores en general. Los restantes tipos de rocas, con los que se hacían sarcófagos, enlosados, estatuas, arquitrabes, etc. venían a veces desde muy lejos, como la diorita, que se encontraba al oeste de Assuán. Los bloques, una vez extraídos, eran trabajados en las mismas canteras, para luego transportarlos en chalanas a pie de obra. El transporte se realizaba cuando las aguas estaban altas para poder conducir los bloques lo más cerca posible de la obra, tal y como nos lo explica Uni cuando relata su última misión al servicio de Merenre, como gobernador del Alto Egipto. Para la construcción de la pirámide de su soberano, se le había encargado de la extracción y el transporte del material para el sarcófago en basalto, que debía ir a buscar a Nubia, y de distintos elementos en granito y alabastro, obtenidos en Assuán y Hatnub.

> «Su majestad me envió (entonces) a Ibehat, para traer un sarcófago, señor de vida, junto con su tapa, (así como) un piramidión costoso y rico para la pirámide "Merenre aparece en perfección", (mi) señora. Su majestad me envió (después) a Elefantina para traer una falsa puerta de granito, con su piedra de libaciones, y dinteles de granito, y para traer portales de granito y piedras de libaciones para la cámara superior de la pirámide "Merenre aparece en perfección", (mi) señora. Yo viajé hacia el norte llevándo(los) hasta la pirámide "Merenre aparece en perfección" en seis gabarras, tres barcazas..., en una sola expedición (...). Su majestad me envió entonces a Hatnub para traer un gran altar en alabastro de Hatnub. Yo le traje este altar en diecisiete días, habiendo sido labrado en Hatnub. Yo lo hice navegar corriente abajo en una gabarra que había construido para él, una gabarra de madera de acacia, de 60 codos de largo por 30 de ancho, que había sido montada en diecisiete días, en el tercer mes del verano. Y cuando aún no habían llegado las aguas a los bancos de arena, atraqué en la pirámide "Merenre aparece en perfección" en paz (...). Su majestad (me) envió (entonces) para excavar cinco canales en el Alto Egipto y para construir tres gabarras y cuatro barcazas en madera de acacia de Uauat (...). Yo lo hice todo en un solo año. Una vez botadas (las) cargué con grandes bloques de granito para la pirámide "Merenre aparece en perfección"». (Roccati: 1982, 196-197. Trad. de J.M. Serrano).

El periodo de la crecida era también la época del año en que la mano de obra, es decir, esencialmente, los campesinos, estaba disponible para cumplir las prestaciones personales debidas a su soberano. En estas condiciones de trabajo estacional, la cifra de veinte años que nos da Heródoto parece razonable, aunque algunas construcciones como las pirámides de Snefru debieron de llevar menos tiempo. Por contra, la descripción que nos ofrece de las técnicas para elevar los bloques de piedra es poco verosímil frente a la propuesta, preferible, de J.-Ph. Lauer de una o varias rampas de pendiente variable.

La rampa se alzaba perpendicularmente a la pirámide, y era muy ancha al principio para ir disminuyendo a medida que iban elevándose las hila-

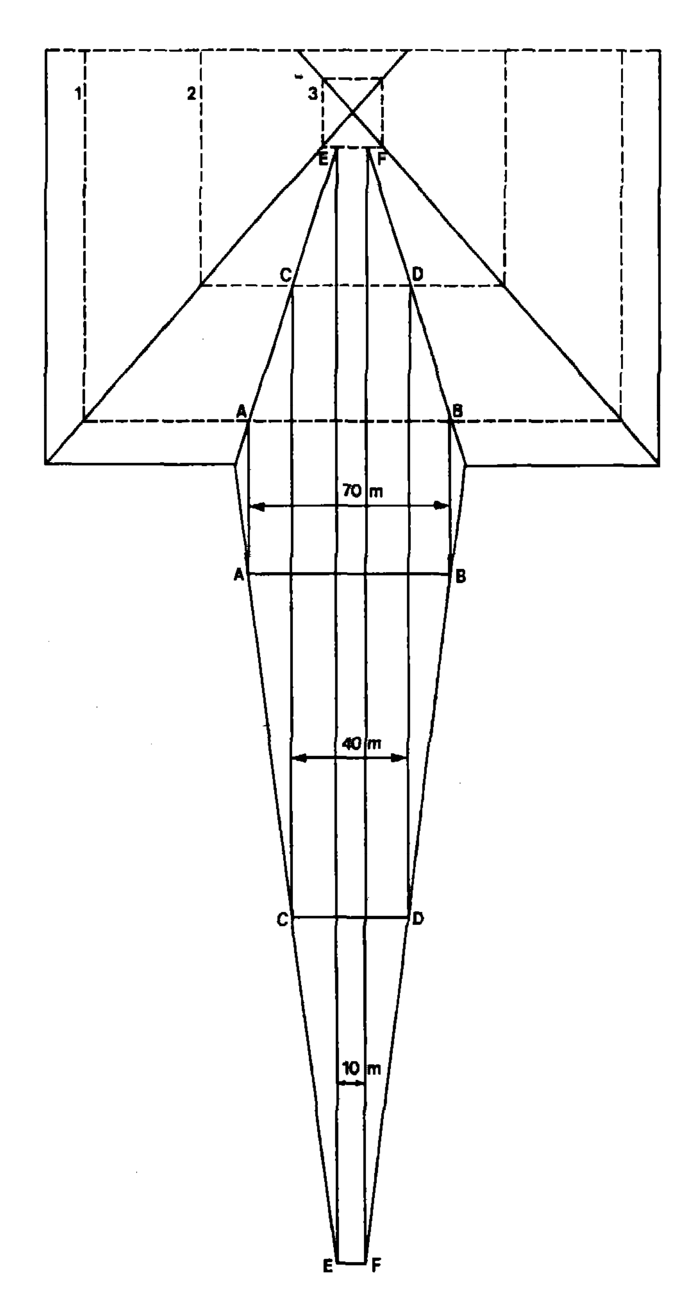


Fig.52. Esquema de la rampa de construcción de una pirámide (según J.–Ph. Lauer)

das mientras aumentaba en longitud con el fin de mantener una pendiente accesible (del orden de 1:12) que permitiera a los obreros acarrear los bloques. Esta teoría, confirmada por los vestigios de rampas de construcción en ladrillo crudo descubiertas cerca del primer pilón del templo de Amón-Re de Karnak o en Meidum y Licht, tiene sobre otras hipótesis la ventaja de la simplicidad. El paramento, dispuesto por hiladas al igual que lo demás, se colocaba desde arriba tras situar el piramidión en lo alto del edificio.

Ninguna otra pirámide alcanzará el tamaño ni la perfección de la de Kheops. La de Djedefre, quien prefirió Abu Roach a Giza, no nos ha llegado en un estado suficientemente bueno para poder hacer comparaciones. *La de Khefrén, por su parte, sigue fielmente el modelo de la de Kheops,* al

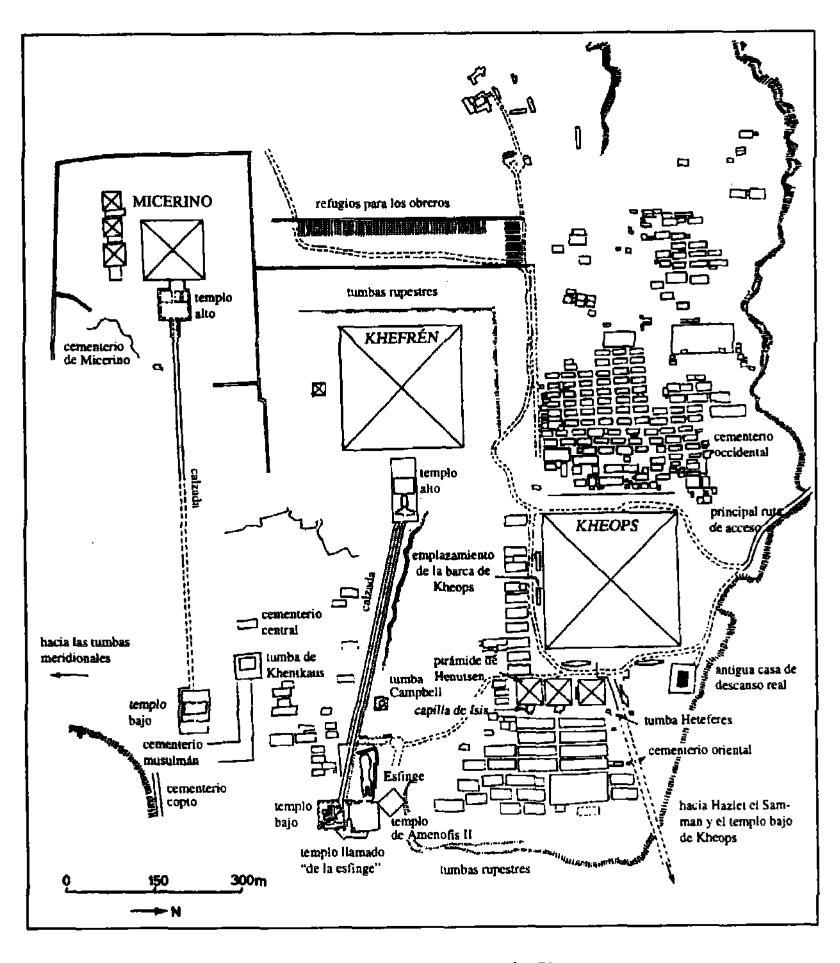


Fig. 53. Plano de conjunto de Giza.

igual que la de Micerino, que es de la mitad de tamaño, a excepción de las cámaras interiores, incorporadas en el basamento y totalmente diferentes en el caso de Micerino.

Las pirámides de las dinastías V y VI reproducen el aspecto exterior del modelo de Giza sin alcanzar su tamaño. Las únicas diferencias estriban en las modificaciones introducidas en las cámaras interiores, cuyo plan queda fijado con Unas, y en algunos elementos del complejo funerario aparte de la pirámide propiamente dicha. La única excepción es Shepseskaf, quien se hizo construir en Saqqara-sur no una pirámide sino una enorme *mastaba* conocida actualmente con el nombre de *mastaba-faraun*. Se trata de un gran sarcófago de albañilería, de casi 100 m. de ancho por 75 de largo y de unos 19 m. de altura. No sabemos cómo explicar este aparente retorno a tradiciones funerarias anteriores, retorno que, por otro lado, no fue completo, porque si bien la *mastaba-faraun* se cierra con un recinto doble, posee también una calzada ascendente, que es una aportación de la dinastía IV. La disposición de las cámaras funerarias elegida por Shepseskaf será conservada por los reyes de la dinastía VI, quienes situarán sus tumbas no lejos de la suya, pues tal vez veían en él a un precursor... Sea como fuese, podemos suponer que este «retroceso» arquitectónico expresa la difícil transición política de la dinastía V a la VI, puesto que Khentkaus, la madre de Sahure y de Neferirkare (y que ya vimos que casó con Shepseskaf, probablemente en segundas nupcias) se hizo construir una tumba que marca igualmente un retorno al pasado, pese a haberse edificado tras la muerte de su marido, en Giza, entre las calzadas de Khefrén y de Micerino. Se trata de una construcción bastarda, medio *mastaba* medio pirámide de dos pisos, que se eleva a 18 m. del suelo. Khentkaus poseía igualmente una pirámide, recientemente excavada, en Abusir, al sur de la de Neferirkare, que debía de ser casi tan alta como su tumba en Giza. En esta última, en su templo funerario y durante muchos años después de su muerte, recibió culto funerario como antepasada de la dinastía V.

El complejo funerario

La organización general del complejo funerario cambia en la dinastía IV, al tiempo que se introducen nuevos elementos, como las pirámides destinadas a recibir los despojos de las reinas. Estas pirámides no tienen otras instalaciones que un templo de culto y dependen para todo lo demás de la del rey. Tres se alzan al este de la pirámide de Kheops, de las cuales una, la más meridional, pertenece a la reina Henutsen. Micerino posee también tres de estas pequeñas pirámides situadas al sur de su tumba. La más grande, que es también la más oriental de las tres, desempeña el mismo papel que la que flanquea la cara meridional de la pirámide de Khefrén. Se trata de una pirámide denominada «satélite», destinada al doble del rey, que aparece con la pirámide de Meidum y no incluye ni sarcófago ni instalación de culto, pero posee una entrada propia y una cámara. Recuerda el conjunto que había colocado Djeser contra la parte meridional del recinto para el *ka* del soberano y que incluía un cenotafio de tradición tinita y una capilla de culto.

En el caso de Djeser, el recinto se suponía que reproducía aquel otro que rodeaba los dominios regios, y que encontramos desde los tiempos más antiguos bajo la forma del *serekh*.

Se accede al complejo cerca del ángulo sudeste por la única puerta real entre las catorce repartidas por todo el recinto. Una vez traspasado un corredor flanqueado por dos hileras de veinte columnas fasciculadas, y la pequeña sala hipóstila a la que da acceso el corredor, llegamos a un gran patio orientado norte-sur, que separa la pirámide del cenotafio meridional. Desde aquí se accede a un conjunto consagrado a la realización de la fiesta *sed*, un templo en forma de T, que debía de ser un pabellón de espera, luego un patio rodeado de capillas y con un estrado en donde el rey difunto se consideraba que podía reproducir las diferentes fases de la fiesta jubilar, deslizándose de una construcción a la otra mediante puertas imaginariamente abiertas, para toda la eternidad, a lo largo de los muros (Lauer: 1988, 208 sg.). Una vez realizados los ritos, el rey subía al trono en la «Casa del Sur» y luego en la «Casa del Norte», donde recibía sin duda el homenaje de cada uno de los dos reinos.

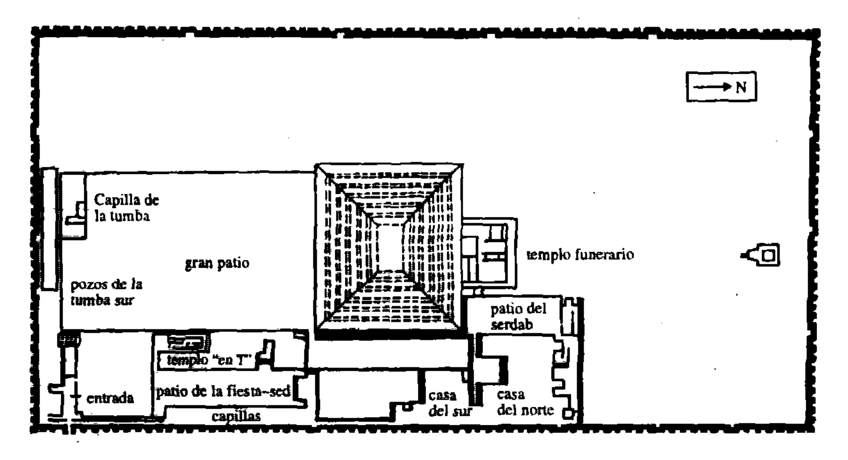


Fig. 54. Plano del complejo de Djeser en Saqqara.

La parte septentrional contiene las instalaciones del culto funerario propiamente dicho, un *serdab* desde el interior del cual una estatua de Djeser, actualmente en el Museo del Cairo, podía asistir, gracias a sendos orificios practicados a la altura de los ojos, al servicio de la ofrenda funeraria que se desarrollaba en el templo anexo.

Esta distribución de todos los elementos del complejo funerario en el interior de un mismo recinto desaparece en la dinastía IV en beneficio de una estructura menos agrupada que se articula en torno a tres puntos principales: la propia pirámide y sus dependencias directas, una calzada ascendente y un templo de acogida.

El templo de acogida o «templo del valle» está situado en el límite de las tierras cultivadas y era aquí donde se recibía al difunto durante los funerales. Representa teóricamente el muelle donde él faraón desembarca al término de una navegación que reproduce la de la divinidad por las aguas celestes. Aparece con Snefru en Meidum, es decir, cuando el complejo

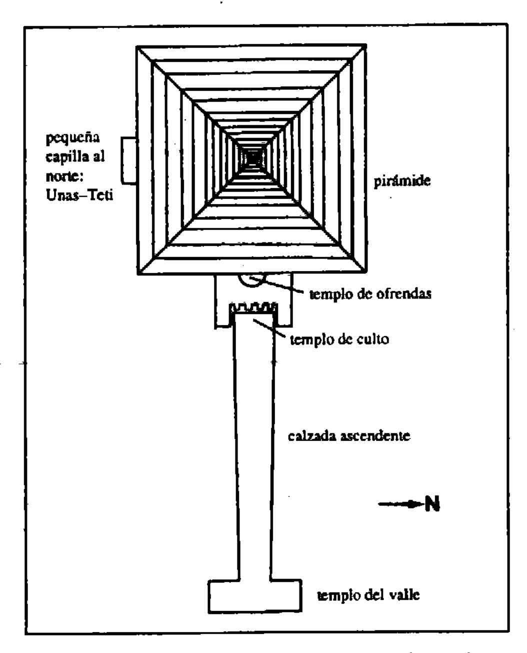


Fig. 55. Plano típico del complejo funerario.

funerario abandona la orientación norte-sur en beneficio de la este-oeste, que respeta tanto la separación entre el mundo de los vivos y el de los muertos como la posición respectiva del valle y la llanura desierta. El templo de acogida es, en primer término, un lugar de paso, una puerta seguida de un patio rodeado de capillas con estatuas cultuales del rey y almacenes. Es también un lugar de purificación y de acogida, comparable en esto a todo lugar de acceso a una zona de culto. Las cuatro tríadas descubiertas por G.Reisner en el templo de Micerino y conservadas en los museos del Cairo y de Brooklyn, así lo atestiguan: en cada una aparece el rey, rodeado por la diosa Hathor y por una divinidad que representa a un nomo, los nomos 18, 15, 7 y 4 del Alto Egipto. Estas estatuas formaban parte de un conjunto más vasto, a la escala del país.

Los ejemplos posteriores muestran que esta función de acogida estaba puesta bajo la advocación de una divinidad femenina, como la leona Sekhmet a la que vemos amamantando al rey Niuserra. Ésta debía de ser también la función de Hathor en el caso de Micerino, pues las inscripciones de las tríadas aluden a ella como la «Señora del Sicomoro» y ésta últi-

ma, a veces como Isis y otras como Hathor, es precisamente la diosa-madre ligada a la necrópolis tebana que veremos más tarde, bajo su forma de árbol, amamantar a Thutmosis en su tumba (Mekhitarian: 1954, 38). Si esta interpretación es correcta, nos permite apreciar mejor el significado del templo del valle, que sobrepasa el de un simple lugar de acogida y purificación para convertirse en el lugar del renacimiento, tanto después de los funerales, cuando las estatuas del rey reviven eternamente el ritual practicado en el momento del embalsamamiento (lo cual no deja de evocarnos a los futuros *mammisis* de los templos) como en el momento del tránsito de la vida a la muerte. La disposición de los edificios no nos permite decir si el templo del valle era el lugar donde se procedía a la momificación, que según dice Heródoto duraba setenta días; diversos argumentos apuntan más bien hacia instalaciones exteriores al templo, que podían ser provisionales. En todo caso, no deja por ello de ser el lugar de paso del muerto hacia la pirámide.

La calzada ascendente, que en parte conduce al templo de culto, punto de contacto último del territorio de los vivos con el de los muertos, puede estar cubierta y decorada, como la de Unas en Saqqara, que mide 700 metros. Los temas decorativos son semejantes a los que adornan las capillas de las tumbas privadas, pero adaptados a las dimensiones del faraón: productos traídos de los dominios reales, escenas económicas, de pastoreo, de caza, de pesca, imágenes de la vida cotidiana, pero también de la construcción y del aprovisionamiento del templo y también escenas que relatan los grandes acontecimientos del reinado, escenas que debieron aparecer ya en la dinastía IV, pero que no se han conservado. Gracias a ellas, asistimos al transporte desde Assuán de las columnas de granito que adornaban el templo, una procesión de nomos, barcas que regresan de la expedición a Biblos, combates contra los beduinos y representaciones, únicas para la época, de poblaciones del desierto hambrientas, en las que se ha querido ver signos precursores de la hambruna que se abatirá sobre el país... ¡cuatro siglos más tarde!.

El templo de culto, situado hasta finales de la dinastía III contra la cara septentrional de la pirámide, se adapta luego al cambio de orientación introducido en Meidum para seguir el curso del sol, y se sitúa por tanto contra la cara oriental. Comprende dos partes distintas: el templo de culto propiamente dicho con un vestíbulo que da acceso a un patio en el que se levanta un perisitilo desde Kheops en adelante, y el templo íntimo en cuyo interior se deposita la ofrenda delante de la falsa puerta. En unas capillas se colocaban estatuas del rey, a veces en compañía de su familia, como la de Djedefre conservada en el Louvre, para que pudieran disfrutar de la ofrenda y recibir el culto. Estas dos funciones (la ofrenda funeraria y el culto de las estatuas reales) constituían lo esencial de la actividad del templo.

A partir de Sahure, se multiplican ciertas instalaciones anexas, como los almacenes, y la separación se hace más nítida entre templo de culto y templo íntimo. En este último, el culto del rey se concentra en torno a la fiesta *sed* y a los ritos de regeneración con escenas, en particular, de

amamantamiento divino. El templo de culto pone el acento en escenas de caza y de combate, incluyendo la masacre ritual de enemigos; insiste también en las relaciones entre el rey y los dioses, pero conservando siempre en primer lugar el culto a las estatuas.

Otro elemento se desarrolla también en las inmediaciones de la pirámide, las fosas destinadas a recibir las barcas de madera, que, conocidas desde época tinita, permitían al muerto navegar al más allá acompañando a Re. Conocemos cinco, situadas al pie de las caras oriental y meridional de la pirámide de Kheops. Una de las del grupo meridional fue excavada en 1954 y las piezas del barco que contenía, de nuevo ensambladas, se hallan expuestas en un museo anexo a la pirámide. Estas barcas no siempre son de madera. Unas, por ejemplo, poseía, al sur de su calzada, dos simulacros en piedra revocada.

El templo solar

Estas barcas reaparecen en otro tipo de edificio, característico de la dinastía V que, sin ser verdaderamente comparable al complejo piramidal, porque se trata de templos y no de sepulturas, se avecina a él por su estructura: los templos solares. Todos los que conocemos se hallan situados entre Abusir y Abu Gurob. El que mejor ha podido reconstruirse es el que Niuserra construyó en Abu Gurob, sin duda sobre el modelo del templo solar de Heliópolis, desaparecido para siempre, absorbido por el gigantismo siempre creciente del Cairo.

El templo solar está integrado por los mismos elementos que el complejo piramidal. El templo del valle, sobre cuyos muros se reproducen los decretos que instituyen el aprovisionamiento en ofrendas, comunica mediante una calzada ascendente con el templo arriba. Este último comprende esencialmente un patio a cielo abierto en mitad del cual, un altar (en el caso de Sahure, cuatro altares solidarios entre sí, orientado cada uno hacia un punto cardinal y tallados en un mismo bloque de alabastro) se sitúa frente a la representación del *benben*, la piedra erguida, considerada en la teología heliopolitana como la encarnación del sol creador: un obelisco truncado colocado sobre un amplio podio. El culto se celebra ahí, al aire libre, como ocurrirá en todos los templos solares conocidos, tanto los del Imperio Nuevo, integrados en los templos funerarios, como los santuarios amarnienses, en donde Akhenatón adorará al Disco. Al igual que ellos, comprende también un patio para la matanza de los animales de sacrificio. Entre los relieves conservados, encontramos representaciones del culto y de la fiesta *sed*, pero también, en el caso de Niuserra, un elemento original que decora el corredor ascendente que rodea el zócalo del *benben*: las escenas denominadas «de las estaciones», parcialmente repetidas sobre la calzada de Unas y que encontrarán eco, mucho más tarde, en el «jardín botánico» que adorna las salas solares al este de la sala de fiestas de Thutmosis III en el templo de Amón-Re de Karnak, así como en el gran himno a Atón de Amenofis IV.

Cada una de estas obras es, a su manera, una descripción de la creación al mismo tiempo que un himno a Aquél que la ha llevado a cabo: todas ellas reproducen la fauna y la flora que el Sol alimenta con sus rayos. Un tipo de representación distinto será también muy popular en el futuro: las procesiones de nomos que le llevan al rey los productos del país. Las encon-

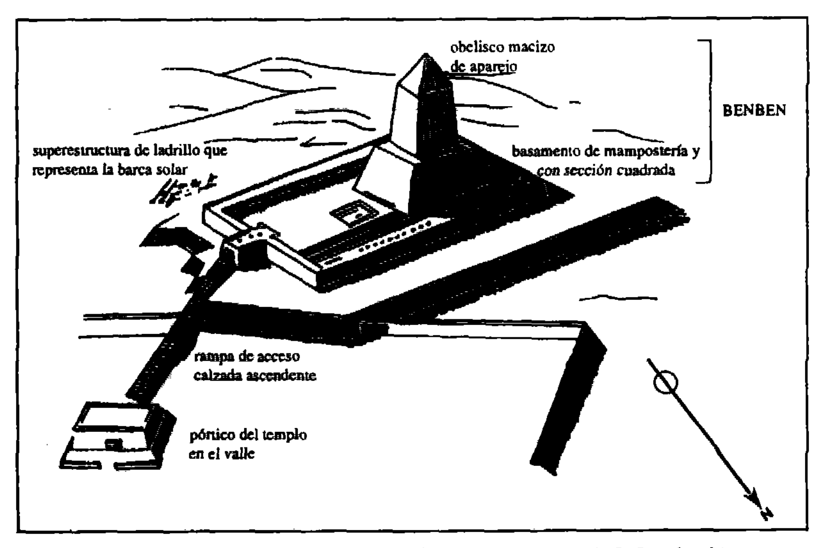


Fig. 56. Reconstrucción del templo solar de Niuserra (según L.Borchardt).

tramos, una vez más, en el caso de Unas y después, de manera ya sistemática, en los templos tardíos.

Los *Textos de las Pirámides*

Regresemos ahora a la pirámide propiamente dicha. Hemos visto que Unas trazó el plano de las habitaciones interiores según un esquema que permanecerá en vigor hasta finales del Imperio Antiguo.

> La entrada se halla al norte. Por ella se accede a un vestíbulo y luego, tras franquear las tres verjas de granito que hemos evocado antes en la pirámide de Kheops, a una antecámara que comunica, al este, es decir, en el lado de los vivos, con un *serdab*, donde se depositan las estatuas del difunto, y al oeste, en el mundo de los muertos, con la sala del sarcófago. Esta distribución la abandonará la dinastía XII para intentar luchar contra los saqueos.

La pirámide de Unas es importante también por otro motivo: es la primera en cuyas paredes interiores aparecen textos funerarios. Estos *Textos de las Pirámides* los encontramos en las tumbas reales de Saqqara –Unas, Teti, Pepi I, Merenre, Pepi II y Aba–, pero también entre las reinas de Pepi II

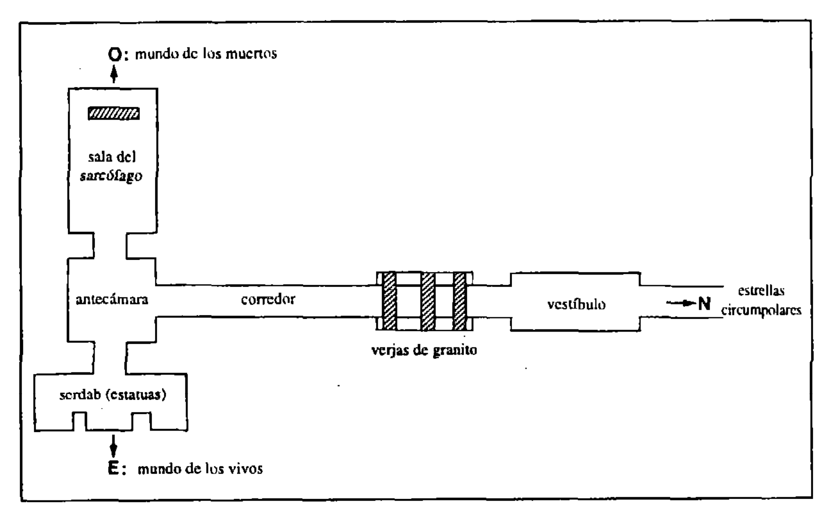


Fig. 57. Plano de las dependencias interiores de la pirámide de Unas.

–Neit, Udjebten e Ipuit– y quizá también en las pirámides de reinas recientemente descubiertas en el complejo funerario de Pepi I por la Misión Arqueológica Francesa de Saqqara. Los textos de Unas, Teti, Pepi I, Merenre y Pepi II fueron descubertos y rápidamente publicados por G.Maspero en 1880-1881. K.Sethe ofreció una edición sinóptica de ellos antes de la guerra de 1914, completada luego con un aparato crítico y comentarios. Sin embargo, esta edición magistral no tiene en cuenta los textos procedentes de las pirámides de reinas ni los de la pirámide de Aba, descubiertos entre 1925 y 1935 por G.Jéquier, ni tampoco los nuevos fragmentos descubiertos en las de Teti, Pepi I y Merenre por la Misión Arqueológica Francesa de Saqqara, que prepara, bajo la dirección de J.Leclant, una nueva edición del conjunto del *corpus*. Estos textos constituyen una serie de fórmulas, algunas de las cuales sólo aparecen en la pirámide de Unas, pero que en su mayor parte se remontan hasta la de Aba. Volvemos a encontrarlas en otro *corpus* funerario cuyos primeros ejemplos, que datan de la dinastía VI, han salido a la luz en el oasis de Dakhla y que toman el relevo de los *Textos de las Pirámides* en el Imperio Medio: los *Textos de los Sarcófagos*, los cuales, sin embargo, no están reservados sólo a los reyes. Incluso se han descubierto recientemente indicios del paso de uno a otro de estos *corpora* en el templo funerario de Pepi I. Los *Textos de los Sarcófagos*, a su vez, influirán en los *Libros de los Muertos* del Imperio Nuevo y Época Baja.

Estas fórmulas constituyen un ritual con el que se pretende asegurar al difunto el paso al más allá y la existencia entre los bienaventurados. Describen su ascensión al cielo, su instalación entre las estrellas, su solarización y su tránsito al estado de Osiris, proporcionándole los textos necesarios para su purificación y los conjuros mágicos que le permitirán franquear los obstáculos que se alzan en su camino. Remontan probablemente a rituales arcai-

cos que no han llegado hasta nosotros bien sea porque los soportes hayan sido destruidos bien porque los rituales estaban vinculados a tradiciones orales que se pierden en la noche de los tiempos, lo que es más verosímil.

Su lectura nos proporciona ciertos elementos que nos permiten comprender mejor la evolución de la sepultura real en el Imperio Antiguo. Hemos partido de la *mastaba* cuya superestructura, como hemos dicho, reproducía, incluyéndola en el hábitat del muerto, la colina original desde la cual Atón inició el proceso de la creación. La tumba es, pues, imagen de

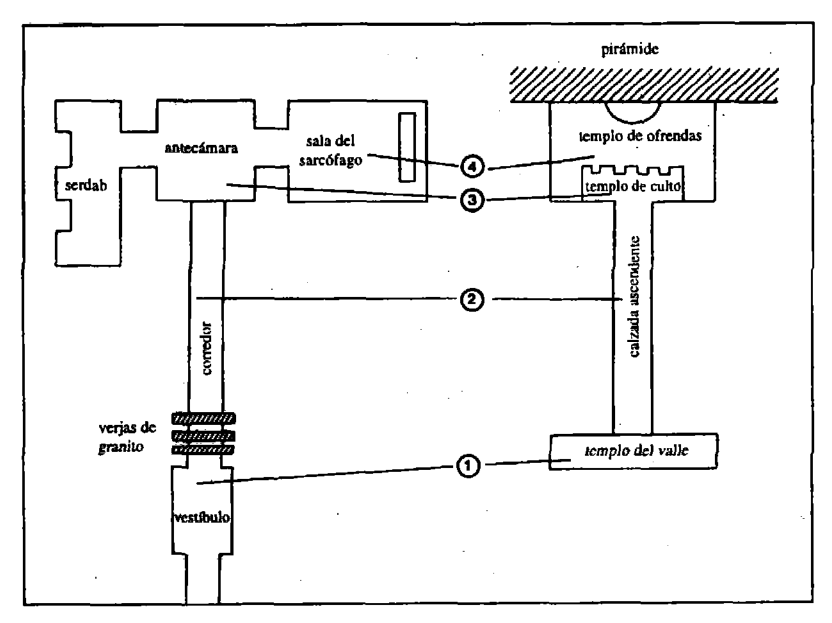


Fig. 58. Plano comparativo de las dependencias funerarias y del complejo piramidal.

la creación. En estas condiciones, nos podemos preguntar por qué Imhotep cubrió una *mastaba*, que ahora es cuadrada, con una pirámide. Los textos nos explican que el objetivo perseguido por el rey era el de ascender al cielo, donde le aguardaba una existencia a la vez solar y estelar. Para lograrlo, tenía diversos medios a su disposición: los torbellinos ascendentes de arena (en los que nuestros contemporáneos ven aún hoy la expresión de la maldad de un espíritu, un *afrit*), la ayuda del dios Shu que puede llevarle en sus brazos, la transformación en pájaro (la mayor parte de las veces, en halcón, el pájaro que vuela más alto en el cielo), o bien, de una forma más poética, el humo de los incensarios que se eleva hacia el cielo. Pero puede también, de una forma más prosaica, utilizar una escalera o una escala formada por los rayos del sol. La escalera es la pirámide de escalones cuyo jeroglífico viene determinado por el verbo *ar*, «subir». Este medio no estuvo, empero, largo tiempo a su disposición porque la pirámide de

escalones apenas dura más de un siglo. Desde la dinastía IV se prefiere la pirámide lisa que simboliza, como el *benben*, el rayo solar petrificado con cuya ayuda el rey asciende al cielo. La pirámide es, por tanto, un simulacro con valor de prototipo, al igual que la barca solar que la acompaña. El tránsito a la pirámide lisa y luego la introducción del *benben* pretenden reconciliar la oposición entre Atón y Re, la cual tras las primeras tentativas, a las que ya nos hemos referido, de Djedefre y de Khefrén, sólo encontrará solución con la dinastía V, mediante la asimilación de uno por otro.

De este modo, Unas aparece asimilado a Atón en la Dat, que es el mundo subterráneo, presentado como equivalente del Nun, las aguas iniciales en las que actúa el Creador. De aquí es arrastrado bajo la forma del Atón solar para acceder a la Duat, que es el horizonte. Es este tránsito, expresado ya sin duda por la gran esfinge de Giza, el que exponen los textos. Éstos poseen por tanto un sentido de lectura ligado a su emplazamiento en la tumba y que corresponde, primero, al desarrollo de los funerales, y en segundo término, al proceso de la resurrección.

Los textos nos describen primero el camino hacia la tumba: el vestíbulo corresponde a los ritos practicados en el templo de acogida. El corredor equivale a la calzada ascendente, la antecámara, al templo de culto. La sala del sarcófago desempeña el papel del templo íntimo, mientras que el *serdab* es en ambos casos el receptáculo de las efigies del rey. Este sentido de lectura, desde la entrada hacia el sarcófago, es perceptible en el caso de Pepi I. Una vez instalado el muerto en su sarcófago, la lectura continúa, pero esta vez hacia la salida, en dirección a la resurrección, en el curso de la cual las salas reciben un valor simbólico. El rey sale del sarcófago: abandona la Dat, el mundo infernal. Es entonces Atón y se dirige a la antecámara, que ahora es el horizonte. Desde allí comienza su ascensión subiendo por el corredor hasta alcanzar las rejas de granito que son las puertas del cielo bloqueadas por el cerrojo que constituye el falo del dios Baba. Una vez franqueadas las puertas, reaparece en el sepulcro, convertido en la Duat, la noche, dominio de las estrellas entre las cuales alcanza la inmortalidad.

Las tumbas civiles

En el curso de su ascensión al cielo, el rey no se limita a beneficiarse para él solo de la vida eterna. Se convierte en uno de los acompañantes de Re, pero sigue teniendo a sus súbditos a su cargo, un deber que se lleva consigo al más allá. Éstos, por su parte, aunque procuren también obtener sus propios medios de supervivencia individual, buscan la tutela de su señor, y para alcanzarla, ya no acompañan, como antaño, al rey en su propia tumba sino que disponen sus tumbas cerca de la sepultura real, con lo que nacen auténticas ciudades funerarias donde las tumbas son otras tantas casas, que forman barrios separados por calles, tanto más nobles cuanto más se acercan a la pirámide. De este modo, la jerarquía social se reproduce más allá de la muerte y nobles, cortesanos y funcionarios mantienen para toda la eternidad sus respectivos puestos a la vera del rey.

Las tumbas de los particulares conservan en el Imperio Antiguo el tipo arquitectónico de la *mastaba*. Entendemos por «particulares» al conjunto de la población a excepción del rey, incluidos los miembros de la familia real, algo que está justificado en la medida en que los príncipes que desempeñaron un papel político se presentaban a sí mismos ante todo como funcionarios, sin perjuicio de recalcar en sus títulos sus orígenes y sus vínculos con la familia reinante. La diferencia es más difícil de establecer en el caso de las reinas, las cuales no siempre se beneficiaron de una pirámide anexa a la de su esposo. En general, sus tumbas se consideraban como monumentos privados, más o menos próximos del tipo regio en función de la importancia de su propietaria, presentada siempre como la esposa o la madre de un soberano. Los ejemplos más ilustres son los de Heteferes, madre de Kheops, y Khentkaus, caracterizada como «la madre de dos reyes» en su tumba de Giza y adorada como fundadora de la V dinastía en Abusir. Nitocris es el único caso verdaderamente regio, pero por desgracia, como hemos visto, no se ha descubierto aún la pirámide que le atribuye la tradición.

La evolución de la *mastaba*, aunque con cierto retraso, es paralela a la de la pirámide con el cambio, a finales de la dinastía III, del ladrillo por la caliza de marga y luego, en la dinastía IV, la caliza de sílice, y sobre todo, con el revestimiento de caliza fina. La infraestructura experimentará menos innovaciones que la superestructura, y quedará fijada en el tipo siguiente.

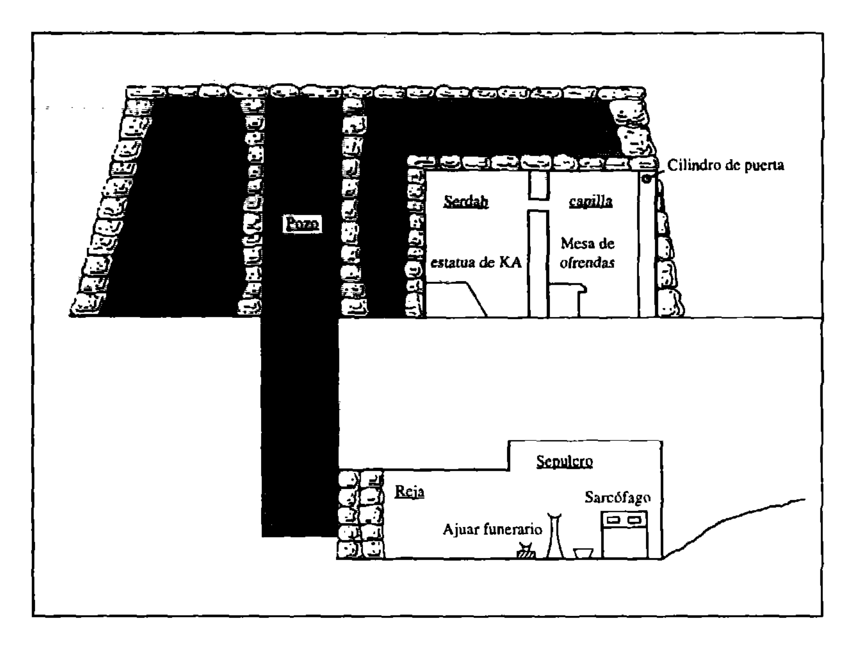


Fig. 59. Sección típica de una *mastaba* (según Desroches-Noblecourt: 1946, 54).

Vemos que la cámara funeraria ha evolucionado poco y sigue siendo, esencialmente, el receptáculo del cuerpo. Esta cámara, a veces cuadrada, otras rectangular o incluso en ocasiones circular, está construida, durante la dinastía IV, casi siempre en piedra con una falsa bóveda (cfr. p.144). Contiene un sarcófago rectangular de piedra, caliza o sienita según la liberalidad del rey para con su funcionario, quien no podía asumir, por sí solo, como hemos visto, los gastos de una expedición a las canteras de Tura, de Hatnub o de Assuán. Es difícil saber si el cuerpo estaba momificado. Teóricamente, la momificación está atestiguada, como hemos visto, desde la dinastía I, y se han descubierto restos de momia en la tumba de Djeser. Sin embargo, los despojos de los difuntos de estas grandes necrópolis del Imperio Antiguo están muy mal conservados y no contamos con ninguna escena de las capillas que venga a confirmar esta práctica, que no aparece realmente descrita hasta más tarde, al menos para los particulares. Tampoco se ha descubierto ninguna momia real de esta época, puesto que la más antigua conocida es la de Merenre, conservada actualmente en el Museo del Cairo (Bucaille: 1987, fig.1). Es muy probable que, en la mayor parte de los casos, se siguiera confiando en la desecación natural del cuerpo, grandemente facilitada por el clima desértico, y esto hasta una fecha muy tardía porque no han aparecido indicios de momificación en Balat, en la necrópolis de los gobernadores del oasis de Dakhla, que data, en parte, de la segunda mitad de la dinastía VI.

RITOS Y CULTOS FUNERARIOS

Los egipcios nunca describieron en detalle el proceso de embalsamamiento, o al menos, si lo hicieron, el texto no ha llegado hasta nosotros. Las representaciones con que contamos nunca son totalmente explícitas y las alusiones que a él se hacen se refieren más a los aspectos religiosos que a los técnicos. Lo que sabemos, en fin, procede esencialmente de autores griegos: Heródoto, Diodoro, Plutarco o Porfirio. Podemos reconstruir las grandes líneas del proceso y también su objetivo y su valor simbólico, que era lo que más les importaba a los egipcios, pero sólo el «desembalaje» de las momias y su análisis con la ayuda de técnicas modernas nos aportan valiosas indicaciones que a veces vienen a corregir ideas preconcebidas. Así ocurrió precisamente durante la restauración de los restos de Ramsés II y, más recientemente, durante el examen, en 1986, por equipos interdisciplinares de investigadores, de una momia anónima de Época Baja del Museo de Lyon (Josset-Goyon: 1986). Las principales etapas de la momificación eran las siguientes, al menos en el Imperio Nuevo.

Tras la muerte, el cuerpo era trasladado a un lugar especializado, una «casa de la purificación», donde comenzaba el tratamiento. Se le colocaba sobre una mesa para extraerle el cerebro y luego, uno de los embalsamadores –los sacerdotes cirujanos especializados en la preparación de los cadáveres– practicaba una incisión en el costado izquierdo con ayuda de un cuchillo que debía ser, por motivos rituales, de sílex. A través de esta heri-

da, procedía a eviscerar el cadáver rompiendo el diafragma. Los órganos así extraídos eran tratados separadamente: tras embalsamarlos y envolverlos en unos paños, eran colocados, hasta comienzos del Tercer Periodo Intermedio, en unos vasos que aparecen, por primera vez, entre el ajuar funerario de la reina Heteferes, la madre de Kheops, y a los que se conoce con el nombre de «canopes» como consecuencia de una falsa interpretación de A.Kircher. Estos vasos estaban bajo la protección de los cuatro hijos de Horus, Amset, Hapy, Duamuntef y Kebehsenuef, que vigilaban respectivamente, en teoría, el hígado, los pulmones, el estómago y los intestinos, ~~y quedaban depositados en la tumba. Después~~, bastará con introducir de nuevo las vísceras, bajo la forma de «paquetes-canopes» en su lugar en el cuerpo tras haberlos tratado. Sólo se dejaba en su lugar el corazón y los riñones, en todo caso difícilmente accesibles, dada su ubicación.

Una vez vaciado el cuerpo, otro embalsamador lo «salaba» colocándolo en natrón, donde permanecía unos treinta y cinco días. Se combatía el ennegrecimiento de las carnes provocado por este tratamiento tiñendo con alheña ciertas partes del cuerpo o bien embardurnándolas con ocre, rojo para los hombre y amarillo para las mujeres, como se hacía normalmente con las estatuas y los relieves. Después, con ayuda de unas telas proporcionadas en principio por la familia, se rellenaban el abdomen y el pecho con unos tampones engomados, empapados con aromas y ungüentos diversos, con el fin de reconstituir el aspecto del cuerpo y garantizar al tiempo su conservación. La abertura practicada por el embalsamador en el abdomen se tapaba con una placa puesta también bajo la advocación de los cuatro hijos de Horus.

Una vez recompuesto, el cuerpo era limpiado y purificado. Después, se procedía a vendarlo también por etapas. Primero se rodeaba cada miembro con vendas de lino, incluidos los dedos y el falo, y luego el conjunto del cuerpo que se había previamente envuelto con una gran pieza de tela que hacía las veces de mortaja. Este proceso se realizaba según un ritual muy preciso que era idéntico tanto si se trataba de un rey como de un simple particular. La única diferencia residía en el precio de los amuletos colocados sobre ciertos miembros y en las telas empleadas. A partir del Imperio Nuevo, se incluyen textos funerarios en los vendajes, junto con los amuletos y las joyas; a menudo se desliza un ejemplar del *Libro de los Muertos* entre las piernas de la momia. Finalmente, una máscara cubre la cara, realizada casi siempre en cartón, pero que puede ser de un material mucho más valioso para los grandes personajes, combinando el oro de la carne de los dioses con el lapislázuli de su cabello. Esta máscara tiene a aumentar de tamaño a partir del Imperio Nuevo hasta convertirse en una «plancha» que recubre todo el cuerpo y reproduce el aspecto de la tapadera del sarcófago para llegar, en su última fase, a los «retratos» del Fayum, pintados al encausto.

A continuación, se colocaba la momia en el sarcófago, el cual también experimentó diversas transformaciones con el paso del tiempo. En los orígenes, predomina su función de sustituto de la casa del difunto, como lo indican su forma cuadrada y la decoración en «fachada de palacio».

A partir de la dinastía VI, el sarcófago, aunque conserva su papel de falsa puerta, comienza a incluir textos, fórmulas de ofrendas y frisos con

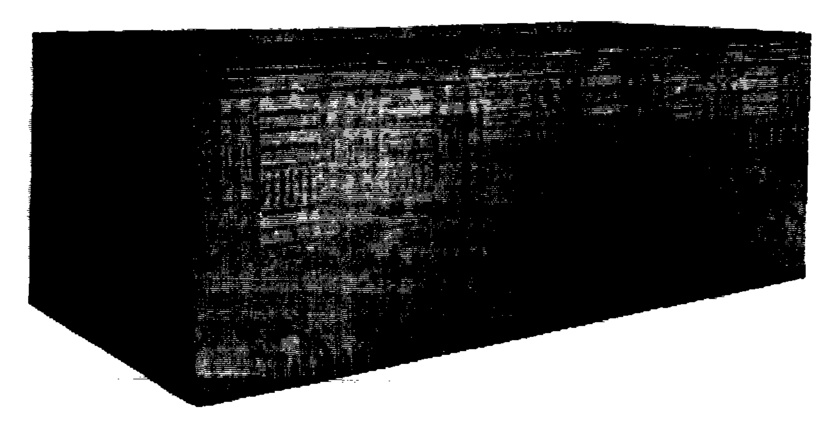


Fig. 60. Sarcófago «en fachada de palacio» procedente de Abu Roach (Museo del Louvre).

objetos que le servirán como sustitutos, pero también capítulos de los *Textos de los Sarcófagos* (Valloggia: 1986, 74-78), cuyos ejemplos conocidos datan en su mayoría del Imperio Nuevo. El material y la forma también se transforman y conviene distinguir la cuba, a menudo en piedra, tallada en las misma roca, del sarcófago propiamente dicho que, desde el Imperio Medio, tiende a adoptar la forma del cuerpo.

El ajuar funerario lo siguen integrando los mismos elementos básicos: cabeceras de cama, vajilla y objetos personales, restos del banquete fúnebre. El sepulcro se cierra con una reja de piedra, como la sepultura regia y el pozo, que puede tener una escalera o un corredor hacia el patio situado delante de la superestructura, se tapa en el momento de los funerales. En la capilla, que se halla siempre en la superestructura, es donde se introducen mayores cambios. Hasta la época de Snefru, es cruciforme y se sitúa en la pared oriental de la *mastaba*. Es la prolongación lógica del nicho original, que, como ya hemos visto, desempeñaba el papel de falsa puerta. El plano cambia después dando lugar a una tipología compleja basada en la organización general, la presencia de nichos, el número de habitaciones, etc. Las transformaciones más radicales tuvieron lugar en Giza con el empleo sistemático de la piedra, que modifica profundamente el aspecto de los monumentos al permitir una inclinación de los muros más acentuada que en el caso del ladrillo y, sobre todo, al ofrecer superficies más amplias para la decoración interior. Las modificaciones de las dinastías V y VI se limitaron a multiplicar el número de habitaciones alternado la disposición general, obteniendo así los ejemplos más hermosos y más ricos de este tipo de sepultura que apenas sobrevivió al Imperio Antiguo.

Ya nos hemos referido anteriormente a la carrera de Ti, cuya tumba fue descubierta por A.Mariette en 1865. Esta *mastaba*, tanto por su arquitectura como por la calidad de sus relieves, es una de las cimas del arte funerario del Imperio Antiguo. El vestíbulo (I) describe, en procesión, las treinta y seis haciendas del difunto y los frutos de sus granjas y corrales a cada lado de la puerta, sobre la cual figura la «invocación a los vivos», una apelación al visitante para pedirle que pronuncie la fórmula de la ofrenda en beneficio del muerto. Esta fórmula, al enunciarla la boca de una persona viva, toma cuerpo y asegura la supervivencia del propietario de la tumba. Una vez franqueada la puerta, nos encontramos en un patio con pilares (II), cuyos muros están adornados con escenas que describen la vida en las distintas haciendas (pajareras, crianza de pájaros, rendición de cuentas), pero también la preparación de los funerales (transporte del ajuar funerario mientras Ti se dirige en palanquín a su tumba, acompañado por su perro más querido). Este patio, comunicado con el primer *serdab* donde se descubrió una estatua del propietario, hoy en el Museo del Cairo (*CGC* 95), contiene también una estela a guisa de falsa puerta con el nombre de su hijo Demedj, quien también fue un cortesano como su padre. Un poco más lejos, en el primer corredor (III), otra falsa puerta está consagrada a su esposa Neferhetepes. Los relieves muestran a Ti cumpliendo sus obligaciones sacerdotales, escenas de música y de danza y un paseo marítimo de los dos esposos. Un segundo corredor (IV) describe la visita de Ti a sus propiedades en el Delta y su regreso a Menfis, el transporte de estatuas y escenas de ofrendas. Este corredor da acceso a una habitación que sirve como almacén (V), sobre cuyos muros vemos afanarse a ceramistas, cerveceros y panaderos, al tiempo que se describe la traída de las ofrendas que debían de reunirse en un nicho. Finalmente, al fondo de la tumba y comunicada con el segundo *serdab* mediante tres aberturas, se encuentra la capilla donde se repiten todos estos temas con el fin de proporcionar al difunto los elementos necesarios para la vida en el más allá: frente al *serdab*, escenas en procesión de la vida en las haciendas, caza y pesca en los pantanos, ganadería, escenas agrícolas y nilóticas a las que asisten Ti y su familia en compañía de sus animales más queridos. Al este y al sur, la siega y la cosecha, presentación de cuentas por parte de los arrendatarios, trabajos de artesanado, escenas todas ellas cuya indispensable presencia adorna los muros de todas las capillas y que encontraremos de nuevo a finales del Imperio Antiguo convertidas en «modelos» figurativos. A todo ello se añaden, claro está, escenas de sacrificio de animales y de ofrendas, situadas a ambos lados de sendas estelas como falsas puertas que están encastradas en el muro occidental, en el lugar de paso entre el reino de los muertos y el de los vivos.

El esquema básico de la decoración de la capilla es, más o menos, siempre el mismo. El difunto acoge al visitante desde la puerta, sobre la cual figuran sus títulos y su imagen. En el interior de la capilla, frente a la puerta y por tanto sobre la pared occidental, se encuentran una o varias falsas puertas que le permiten, a él y a los suyos, disfrutar de la ofrenda. La del norte está reservada para él y la del sur, para su esposa; entre ambas hay

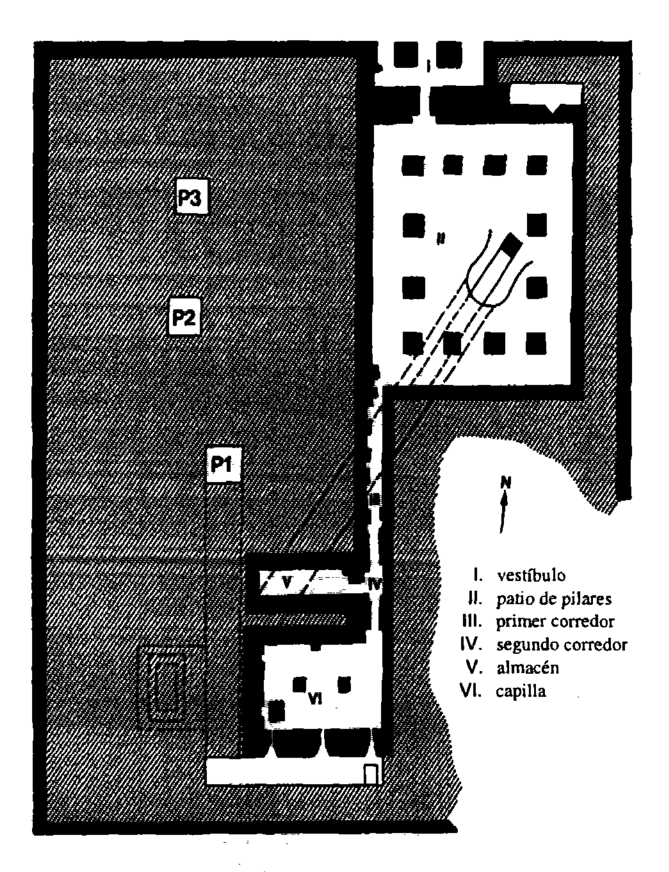


Fig.61. Plano de la *mastaba* de Ti en Saqqara.

decoración vegetal o la representación de tapices. Frente a las falsas puertas, en la pared opuesta, se hallan las escenas propiamente funerarias: el peregrinaje en barca a las ciudades santas de Busiris y de Abidos, respectivamente, sobre los muros septentrional y meridional, conforme a la orientación geográfica de cada uno de estos lugares de peregrinación. Las paredes norte y sur están decoradas con escenas de la vida en las haciendas (agricultura, ganadería, juegos, artes y oficios) y la pared sur, tras la cual se encuentra el *serdab*, muestra cómo se administra incienso a las estatuas depositadas en éste último.

La mayor parte de este sistema educativo es válido también para un tipo nuevo de sepultura que aparece en la dinastía IV, los hipogeos, cuyos primeros ejemplos fueron excavados en la llanura de Giza y que conocerán una enorme popularidad en el futuro. La disposición de las salas es la misma: antecámara, capilla y *serdab*. El pozo que conduce al sepulcro parte igualmente de la capilla o de una sala especial. La única diferencia, naturalmente, reside en el aspecto exterior, aunque la fachada se realizaba con

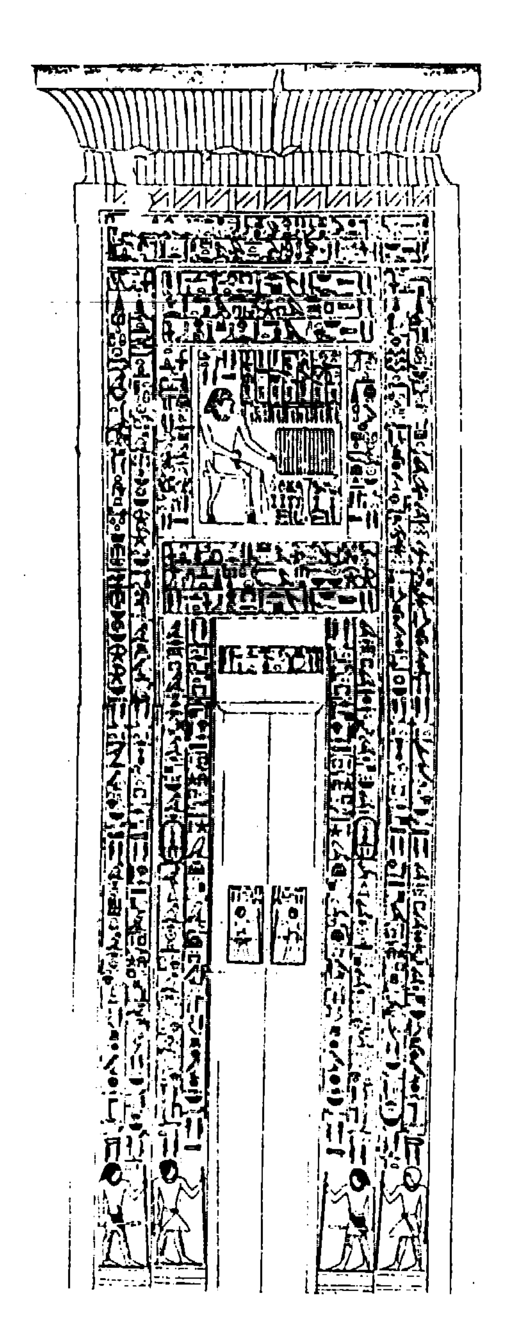


Fig. 62. Capilla de Ti: estela falsa-puerta septentrional (dibujo: H.Wild).

forma de talud para asemejarla a la entrada de una *mastaba*. El hipogeo sirve como sustituto de la *mastaba* allí donde la naturaleza del terreno hace imposible construir éstas últimas. Las ciudades de provincia adoptaron el tipo de sepultura de la capital, pero no siempre disponían de emplazamientos adecuados. Así sucedía sobre todo en el Medio Egipto, donde las *necrópolis se disponían casi siempre en el acantilado que bordea el valle*, lo que desembocó en la adopción de la *mastaba* «rupestre», como, por ejemplo, en la necrópolis de Tehna desde la dinastía IV, que evolucionó rápidamente hacia la tumba rupestre propiamente dicha. Los nomarcas de la provincia de la Liebre poseyeron tumbas de este tipo en Sheikh Said, al sur de Mellaui, son las de los jefes de palacio de la dinastía VI, Meru, Uau o Ankhteti. Lo mismo encontramos en Deir el-Gebraui y sobre todo en Assuán, cuya necrópolis posee una treintena de tumbas de esta clase.

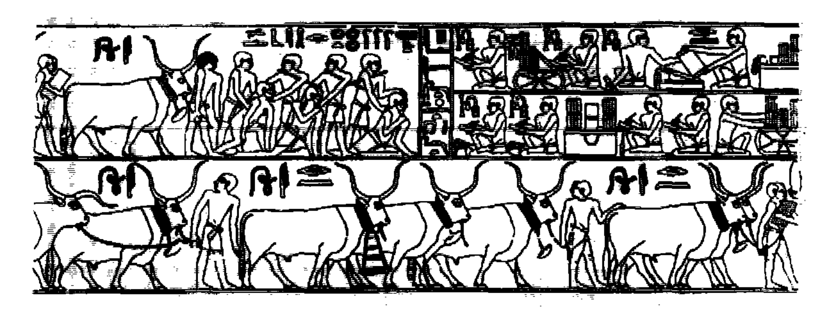


Fig. 63. Capilla de Ti: desfile de bueyes y rendición de cuentas (dibujo H. Wild).



Fig. 64. Capilla de Ti: cruzando el vado.

Fig. 65. Capilla de Ti: caza en los pantanos.

Fig. 66. *Abajo*. ocas: *mastaba* de Itet en Meidum, pintura sobre estuco recubierto de adobe. Alt.=1,73 m. El Cairo, Museo egipcio.



La fachada, no decorada, la perfora una puerta flanqueada por dos piedras erguidas, que recuerdan a las grandes estelas que, hacia la misma época, adornaban las *mastabas* de los gobernadores del oasis desde Dakhla a Balat. La propia capilla, más ancha que profunda, está separada en tres tramos de seis pilares. En el tramo central una mesa de ofrendas está situada frente a la capilla de culto con una falsa puerta tallada en la pared occidental. La tumba comunica con la de Mekhu, el padre de Sabni. La decoración, en ambas, recurre a los temas habituales.

Se trata tan solo, por tanto, de una adaptación al terreno. Cuando éste no permite emplear ni la *mastaba* tradicional ni el hipogeo, como sucede en el oasis de Dakhla donde el suelo arcilloso impide realizar una cons-

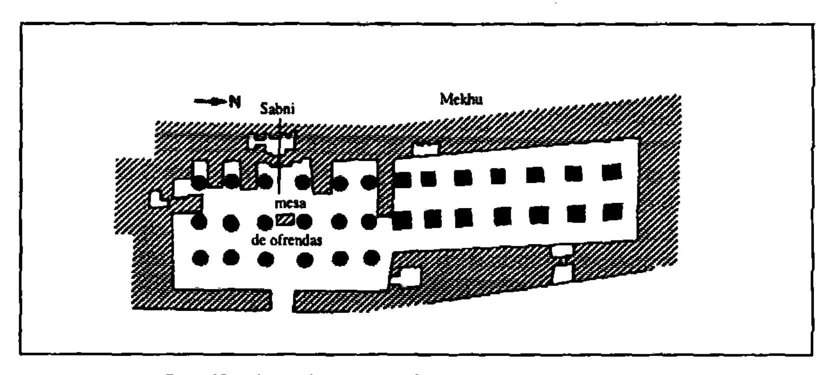


Fig. 67. Planta de la tumba de Sabni y Mekhu en Assuán.

trucción totalmente en piedra, los arquitectos adoptan una técnica mixta, que mezcla un sepulcro en piedra en el interior de una excavación practicada en la arcilla y una superestructura en ladrillo con con cimientos y un relleno elaborado en el mismo material (Valloggia: 1986, 43-48). El hipogeo acabó por triunfar únicamente porque al desplazarse el centro político hacia el Sur las necrópolis ya no se situaban en la llanura sino en el propio acantilado.



Las escenas de las tumbas constituyen una fuente de gran valor para conocer la vida económica y, en una cierta medida, buen número de aspectos de la vida social del Antiguo Imperio. De igual modo, nos informan acerca de las costumbres y las creencias funerarias. Así sabemos, en primer lugar, que, a diferencia del rey que asciende al cielo, el simple particular permanece en su tumba, donde disfruta de una vida copiada de su vida terrenal. La proximidad al dios, y por tanto al rey, que hemos visto materializada en la disposición de la necrópolis, garantiza la integración del difunto en el mundo divino. De aquí deriva la omnipresencia del rey en la tumba: ante todo, por la concesión misma del terreno en una parte del consagrado a su propio porvenir funerario, junto con elementos arquitectónicos esenciales como el sarcófago, la falsa puerta, la mesa de ofrendas, etc., pero la presencia regia es también visible en el relato de la biografía del propietario de la tumba. Éste depende totalmente del rey, del que es, como hemos visto, un *imakhu*. El propio enclaustramiento del interior de la tumba, acompañado del lujo extraordinario de precauciones tomadas para multiplicar los soportes del alma (desde las estatuas o las simples «cabezas de sustitución» contenidas en el *serdab* hasta los textos y las representaciones) proporciona una imagen del universo reducida a la realidad terrena.

Los temas decorativos van cambiando con el tiempo en algunos detalles, pero continúan centrándose en las realidades esenciales que conciernen al muerto. A través de ellos podemos seguir todas las etapas de la vida humana: las de la vida propiamente dicha, a través de las escenas cotidianas, pero también las últimas, las de la conducción del difunto desde la casa fúnebre a la eternidad. Asistimos a las muestras de dolor junto al cadáver, gestos eternos de las plañideras que, desde Isis y Neftis lamentándose por la muerte de Osiris a nuestros días, repiten incansablemente el gemido y el llanto nacidos del dolor de ver partir a un ser querido. A continuación, el cuerpo, siempre acompañado por sus deudos, es conducido, en una barca con baldaquino, hacia la casa de embalsamamiento, colocada bajo el patrocinio de Anubis. Allí recibe los cuidados que ya hemos descrito. Una vez embalsamado, el muerto, según se creía, se dirigía, siempre en barca, a Sais, en el Delta. Este rito constituye una especie de primer peregrinaje hacia un lugar donde más tarde, según sabemos por Heródoto, se celebraba el misterio de la pasión de Osiris. Con este motivo, el muerto se beneficiaba de una ofrenda en el «lugar puro» (*uabet*). Esta ofrenda consiste sobre todo en alimentos e incluyo ritos de sacrificio en los que toman parte tanto los deudos como los sacerdotes encargados del embalsamamiento. Desde allí, emprende un segundo viaje, esta vez hacia la ciudad santa de Buto. De hecho no hay un desplazamiento real hacia esos lugares sino que todo sucede en la misma necrópolis, en lugares denominados «Sais» y «Buto». Tras haber viajado luego a los santuarios heliopolitanos, el difunto vuelve a encontrarse ante la entrada de la necrópolis, donde le aguardan los ritos finales que van a señalar su separación definitiva del mundo de los vivos, consistentes en una nueva purificación en

forma de libaciones y fumigaciones mientras las plañideras continúan desempeñando su oficio. Luego comienza un juego en el que las escenas se suceden. Dos sacerdotes simulan disputarse el sarcófago, tirando de él cada uno hacia sí: uno es el embalsamador, que tira del difunto hacia el reino de los vivos, y el otro el sacerdote funerario, al que el muerto pertenece en lo sucesivo. A continuación aparece el *tekenu*, una forma envuelta en una piel y colocada sobre un trineo, cuyo nombre, «el vecino», nos permite suponer que se trata de una potencia tutelar de la necrópolis que ayuda al muerto a triunfar frente a sus enemigos en el momento de acceder a la tumba. Lo arrastrará hacia el occidente, a donde le siguen los vasos canopes llevados por brazos de hombre. El cortejo llega a la entrada de la tumba, delante de la falsa puerta donde se desarrolla el banquete fúnebre, prototipo de la ofrenda que será renovada eternamente. Se introduce entonces el ajuar en el sepulcro, y luego el sarcófago y una estatua del difunto la cual ha de dirigirse en peregrinación a Abidos, la ciudad santa de Osiris. Tras la ejecución de los ritos de protección, se procede a sellar el sepulcro para siempre. Los muros de la capilla pueden entonces cobrar vida para ofrecerle al muerto el eterno disfrute de sus bienes.

CAPÍTULO VI

LA LUCHA POR EL PODER

LA CAÍDA

«Primer Período Intermedio» se denomina al siglo y medio que separa el Imperio Antiguo del Medio. Es un término que lo dice todo y nada a la vez. La noción de período «intermedio» no es admisible históricamente ya que todo período es un lazo entre dos estados de una civilización. Tampoco los propios egipcios consideraron esta etapa como una ruptura en su historia sino más bien al contrario: no solamente no hubo verdadera interrupción en el gobierno sino que eran precisamente las antiguas formas institucionales las que reclamaban las dinastías locales, al pretender recuperar para sí el poder que había escapado de las manos de los soberanos menfitas.

Los límites cronológicos del Primer Período Intermedio son también un problema. Se considera, por lo general, que acaba cuando Mentuhotep II Nebhepetre, un príncipe tebano que se veía a él y a sus ancestros no como nomarcas sino como soberanos legítimos, llevó a cabo la reunificación de los dos reinos que habían recobrado la independencia de los primeros tiempos. Este límite, si bien corresponde a un hecho político indiscutible, no lo corrobora la historiografía egipcia, tanto la de los príncipes tebanos como la de Manetón, que se articula sobre la delimitación de dinastías. El final del Imperio Antiguo no es tampoco fácil de determinar: cabría situarlo en el período de lenta decadencia de la autoridad real, por lo que habría que remontarse al reinado de Pepi II, o bien en el hundimiento de la dinastía VI en el momento de la difícil sucesión de Nitocris o, por último, en la crisis que se abate en esta época sobre Egipto.

Manetón hace de la dinastía VII una descripción que trasluce el desconcierto de sus fuentes: «setenta reyes en setenta días», un juego de palabras, tal vez, a partir del número de la dinastía para subrayar su carácter efímero (Helck:1956, 32), a menos que se trate de un metáfora en torno a la cifra setenta, que representa el número de las fuerzas creadoras de la cos-

mología heliopolitana... Los egipcios, por su parte, permanecen casi mudos sobre este oscuro periodo y el único testimonio que se conoce es una obra literaria, claramente apócrifa, que nos ha llegado a través de un único manuscrito: un texto que sitúa en la boca de un personaje denominado Ipuwer, un cuadro apocalíptico de los abusos de su época. Estas *Lamentaciones*, que algunos han considerado próximas al género de la «profecía», revelan por su tono y por la selección de los elementos que la integran, su intencionalidad política. El estado del país que dibuja Ipuwer, añorando el orden que reinaba anteriormente, muestra los desastres causados por la debilidad de poder y la necesidad de un rey fuerte, cuya venida anunciaría el final de la profecía, desgraciadamente perdido.

> «Mirad el fuego se ha lanzado a lo alto; su llama surge contra los enemigos del país. Mirad, cosas se han hecho que no habían sucedido desde hacía mucho tiempo: el rey ha sido arrebatado por los pobres. Mirad, el que había sido enterrado como un halcón... Lo que ocultaba la pirámide ha quedado vacío. Mirad, pues, la tierra ha sido privada de la realeza por unos hombres que desconocen las costumbres». (*Lamentaciones*, 7,1-4. Trad. de J.M. Serrano Delgado).

El sacrilegio es doble: no sólo se ha privado al país de su rey, es decir, de la garantía del orden establecido; sino que además se ha despojado a las generaciones precedentes de su supervivencia destrozando el cuerpo del rey difunto. la pirámide entera del universo se derrumba, y esto no es ningún juego de palabras. Egipto se ha transformado en el «mundo al revés», es decir, es la presa que el caos acecha cada vez que la hipóstasis del demiurgo –el faraón– falta a su deber o desaparece... Más allá de la retórica, hay un fondo de realidad que podemos confirmar a través de otros testimonios indirectos. Se ha querido ver en esta crisis que se abate sobre Egipto una revolución social, pero esto es improbable en la medida en que no aparecerá, como resultado, una nueva forma de gobierno. El sistema antiguo se mantiene, al igual que sucederá en cada nuevo «período intermedio». Los acontecimientos relatados por Ipuwer se asemejan más bien a una revuelta de las facciones más desheredadas de la sociedad provocada, no por el sentimiento de una injusticia social, algo que hubiera sido sido totalmente extraño al espíritu del sistema, sino por una causa exterior a Egipto y que ha hallado un terreno favorable en un país debilitado. El fin del III Milenio correspondió, en efecto, a un período climático de tipo saheliano que afectó particularmente al Africa oriental (Bell: 1971, 1-8). En Egipto, la penuria se vio agravada por las carencias de la administración central. Podemos imaginar que esta última fue incapaz de obligar a los nomarcas, que se habían vuelto más o menos independientes en sus respectivas provincias, a mantener en buen estado los canales de irrigación, indispensables para asegurar un buen reparto de la crecida, suponiendo, claro está, que ésta no hubiera sido ya insuficiente durante varios años seguidos. Una constatación viene en apoyo de esta teoría, al tiempo que ilustra la fragilidad de la noción de «período intermedio»: según parece, el hambre o, en

todo caso, los problemas que la acompañaron, se circunscribió al valle del Nilo porque la villa agrícola de Balat, en el oasis de Dakla, y su necrópolis vecina, por ejemplo, no conocen ni destrucción ni interrupción a finales de la dinastía VI (Giddy: 1987, 206, sg.)

Este período crítico no debió de durar más de una o dos generaciones. Sin embargo, la violencia que engendró no se calmó de golpe sino que persistió durante largo tiempo, al menos si creemos en los lamentos que pronuncia, ante hechos semejantes, el rey de Heracleópolis, generalmente identificado con Hety III, en las *Instrucciones* que redacta para su hijo, casi un siglo después:

> «Yo alcancé Tinis, hasta su frontera meridional en Tasut (?), y me apoderé de ella como una avalancha de agua (...). Mira, en mi tiempo sucedió un desdichado acontecimiento. El nomo de Tinis fue saqueado. Sucedió realmente como acción mía, (aunque) lo supe después de que fuera hecho. De mi acción resultó una falta (porque) la destrucción es vil». (*Instrucciones a Merikaré*, XXVI y XLII. Trad. de J.M. Serrano Delgado).

Las protestas de inocencia de Hety III revelan que no podía, ni siquiera largo tiempo después de las revueltas, controlar totalmente a sus tropas. El hambre tampoco desapareció de un año para otro, y sin duda estas generaciones hambrientas y violentas dejaron una huella perdurable entre los egipcios (Vandier: 1936). La situación exterior vino a agravar el estado del país. No tenemos ningún testimonio, de una u otra naturaleza, de la actividad de Egipto en relación con sus «socios» del Imperio Antiguo: ni en Siria-Palestina, lo que quiere decir que el comercio con Biblos y con el Mediterráneo oriental había cesado, ni en el Sinaí, donde la explotación de minas se abandona ahora. Peor todavía, los Beduinos «habitantes de las arenas» contra los que Uni había luchado recientemente, invadieron el Delta hacia el fin de la VIII dinastía. Del lado de Nubia, las cosas no discurren mejor: no hay aparentemente ni expediciones ni intercambios y la civilización del Grupo C puede proseguir su camino fuera de la influencia egipcia.

Los herederos

La VIII dinastía es menos ficticia que la VII. De los diecisiete reyes que se le pueden atribuir (v.Beckerath: 1984, 58-60), al menos cinco de los nombres suministrados por las listas reales retoman el nombre de coronación de Pepi II: Neferkare. De este dato, cabe deducir que se trataría de sus hijos o nietos. Este es el caso, posiblemente de Neferkare Nebi, Khendu y Pepiseneb. Los últimos reyes de la dinastía los conocemos algo mejor, gracias a las copias de los decretos emitidos a favor de la familia del visir Djemay de Coptos. El único rey que podemos identificar con precisión es Kakare Aba, al cual el canón de Turín le concede sólo dos años de reinado y que se sitúa en posición decimocuarta en la dinastía. Se ha hallado su pirá-

mide en Saqqara-Sur, en las proximidades de la de Pepi II, y aunque es de pequeñas dimensiones, continua la tradición menfita, puesto que es también una pirámide inscrita.

Hacia esta época, es decir aproximadamente en el 2160-2150 antes de nuestra era, la situación no era demasiado buena. El Delta está en manos de los invasores venidos del este, que los egipcios designan con el nombre genérico de «asiáticos». El país escapa casi completamente a la autoridad de los reyes de la VIII dinastía, cuyo poder, probablemente, se limitaba sólo a la región de Menfis. En el Alto Egipto, Tebas no es aún la capital del cuarto nomo y sus príncipes, los sucesores de Ikni, se ocupan de sentar las bases de su futuro reino. El Medio Egipto se separó agrupándose en torno a los príncipes de Heracleópolis, la capital del rico y fértil 20° nomo del Alto Egipto, Nennesut, el «Infante real», hoy Ahnas el-Medineh, que ocupa una posición estratégica en los intercambios entre el Norte y el Sur, sobre el Bar Yussuf, un poco al sur de la entrada del Fayum. Esta provincia, protegida por su posición de las invasiones procedentes del norte, se benefició del incremento en los intercambios debido a la colonización de Nubia. El poder que se arroga su príncipe, Meribre Hety I, no parecen disputárselo los demás nomarcas puesto que encontramos su nombre hasta Assuán. Funda una dinastía, la IX de Manetón, de escasa duración –una treintena de años desde 2160 hasta 2130 aproximadamente–, pero que otorgó una cierta legitimidad a la X que le sigue. Los nombres de coronación que escogen para sí los reyes de Heracleópolis –Meribre, Neferkare, Nebkaure– los colocan como sucesores de la línea menfita. Posiblemente hayan conservado la misma capital administrativa (Vercoutter: 1987, 142) puesto que Aba fue enterrado en Saqqara, donde la misión alemana de Hannover y Berlín ha hallado una necrópolis contemporánea que demuestra la actividad del lugar (Lecant & Clerc, *Or.* 55 (1986), 256-257). Saqqara es posiblemente todavía necrópolis real en la X dinastía ya que la tradición sitúa a la pirámide de Merikare en las proximidades de la de Teti. Pero todo esto no son más que suposiciones ya que de estos reyes no se conoce más que sus nombres y no sabemos cómo interpretar los escasos datos suministrados por la arqueología. En este sentido, podríamos mencionar, por ejemplo, la necrópolis, claramente regia, descubierta en Dara, en las proximidades de la moderna ciudad de Manfalut, es decir al inicio de la pista del Darb el-Tawil que conduce al oasis de Dakhla. En su centro domina una pirámide perteneciente a un rey Khui que ha sido ubicado, sin ninguna certeza, en la VIII dinastía (v. Beckerath: 1984, 60). La continuación de las excavaciones de Dara, iniciadas hace tiempo por el Instituto Francés de Arqueología Oriental del Cairo, aclarará, posiblemente, este episodio de la historia del Medio Egipto.

Heracleopolitanos y Tebanos

La X dinastía, que tiene una existencia más larga, ya que abarca casi un siglo, es menos oscura para nosotros. Su fundador, un nuevo Neferka-

	HERACLEÓPOLIS	TEBAS	ASSIUT (XIII nomo)	ORIX (XVI nomo)	HERMÓPOLIS *(XV nomo)*
	Dinastía IX:				
2160	Meribre				
	HETY I				
					Aha II
	X				
	Neferkare				
	Nebkaure (?)				
	HETY II				
				Baket II	Djehutynakht
		Antef «el			
		antiguo»			
		Dinastía XI:			
2133		Mentuhotep (I)			
	Dinastía X:				
2130	~~Neferkare~~				Djehutynakht II
	MERIBRE				
		Seheru-Tauy			
		ANTEF I	Hety I		Djehutynakht III
	Uahkare				
	HETY III				Djehutynakht IV
			Tefibi		
2118		Uahankh			
		ANTEF II			
2070	MERIKARE		Hety II		
2069		ANTEF III			
2061		MENTUHOTEP II			
		Seankhibtauy		Baket III	
	X				Neheri
2040		MENTUHOTEP *II*			*Djehutynakht* V
		Nebhepetre			
2009		MENTUHOTEP III			
1997-1991		MENTUHOTEP IV			

Fig.68. Cuadro cronológico de las dinastías IX-XI incluyendo los nomarcas del Medio Egipto.

re, era el séptimo de este mismo nombre. En un grafito de Hatnub se le denomina Mery-Hathor, el «amado de Hathor» (Vercoutter: 1987, 143), aunque podría ser, más verosímilmente, Meribre (*LÄ* VI 1441 n.5) lo que lo vincularía más estrechamente con la tradición menfita tal y como él lo deseaba. Su sucesor comienza a tener continuas disputas con sus vecinos del sur, quienes también intentan, a su vez, la conquista del poder, porque, desde el derrumbamiento del gobierno menfita, las provincias, en un primer momento, entran en un juego de alianzas a favor del poder legítimo o bien en su contra, pero luego *decidieron intentarlo también por su cuenta*

con el fin de lograr al menos consolidar sus posiciones respectivas. Ya no se acepta, en la actualidad la existencia de un reino de Abidos o de Coptos, pese a que la posición, un poco excéntrica, de Coptos, al principio del Uadi Hammamat, la haría factible. La familia del visir Djemay, a la que hemos aludido más arriba, estableció una estrecha alianza con su vecino tebano muy pronto, en el momento del enfrentamiento entre heracleopolitanos y tebanos. Así nos lo revela la autobiografía de un cierto Ankhtyfy, jefe del tercer nomo del Alto Egipto, Hefat, hoy Mo'alla, a unos cuarenta kilómetros al sur de Luxor. Dejémosle a él la palabra:

«El noble Hereditario, Príncipe, Canciller del Rey del Bajo Egipto, Compañero Unico, Sacerdote Lector, Jefe del Ejército, Jefe de los Intérpretes, Superior de los Países Extranjeros, Gran Jefe de los nomos de Edfú y de Hierakómpolis, Ankhtyfy dice:

»Horus me llevó al nomo de Edfú, por causa de v.p.s. para restablecerlo, y yo (lo) hice, ya que Horus deseaba restablecerlo. Encontré la casa de Khuu inundada como una marisma, descuidada por el que la tenía a su cargo, en manos de un agitador, bajo la dirección de un miserable. Yo hice que el hombre abrazara al que había matado a (su) padre, al que había matado a su hermano, para restablecer el nomo de Edfú (...).

»Yo soy la vanguardia de los hombres; yo soy la retaguardia de los hombres, uno que encuentra la determinación cuando (es) necesario, un principal de la tierra, gracias a una conducta (bien) dirigida, uno poderoso de palabra, que controla su corazón el día en que se unen los tres nomos. ¡Yo soy un bravo que no tiene igual!, que supo hablar con libertad cuando las gentes callaban, el día de infundir temor, cuando el Alto Egipto estaba en silencio.»

«El Noble Hereditario, Príncipe, el jefe del Ejército, Ankhtyfy, dice: "El jefe del Ejército de Armant vino diciendo: '¡Oh, tú, Bravo! [desciende la corriente hasta] las fortalezas de [Armant]...' Cuando fui río abajo en las regiones occidentales de Armant, encontré que los nomos de Tebas y de Coptos, en pleno, [habían tomado] las fortalezas de Armant (...). Después de descender el río con mi fiel y valiente tropa, desembarqué al occidente del nomo de Tebas (...). Mi tropa de fieles buscaba (entablar) el combate al occidente de Tebas, pero nadie salió, a causa del miedo a ellos. Después de haber descendido la corriente desembarqué (de nuevo) al oriente del nomo de Tebas (...). Entonces, esa valiente tropa de fieles se convirtió en ojeadores, por el occidente y el oriente del nomo de Tebas, buscando (entablar) el combate, pero nadie salió a causa del temor a ellos (...).

»Todo el Alto Egipto se moría de hambre, hasta el punto de que todo hombre comía a sus hijos. Pero yo no permití que nadie muriera de hambre en este nomo. He proporcionado préstamo (de cereal) al Alto Egipto... Esto es algo que ciertamente no encontré que hubiera sido hecho por los gobernantes que me precedieron. Jamás hizo nada igual jefe alguno del ejército de este nomo. (...)

»He alimentado a los nomos de Hierakómpolis, Edfú, Elefantina y Ombos». (Inscripciones 1-3,6-7,10 y 12 = Vandier: 1950, 161-242. Trad. de J.M. Serrano Delgado).

Ankhtyfy era, pues, nomarca de Hierakómpolis y fiel al soberano de Herakleópolis, que debía de ser Neferkare VII. Hay que destacar que sus títulos están marcadamente enraizados en la tradición menfita y parecen desproporcionados en relación al tamaño de su provincia: que el príncipe de Hierakómpolis sea, a la vez, jefe del ejército, sacerdote lector, jefe de los intérpretes y superior de los países extranjeros (es decir, de Asuntos Exteriores) y canciller *del rey del Bajo Egipto,* confirma, al menos, el tamaño reducido del reino heracleopolitano. Hay también otro dato sorprendente: cuanto más quiere Uni resaltar sus títulos nacionales, más se siente Ankhtyfy, ante todo, jefe de su provincia. No es el gobernador de una región sino simplemente el jefe de tres nomos, y aún así, sólo llegó a ser nomarca de Edfú tras haber desalojado a Khui, que era aliado de Tebas. Una vez más, hay una clara desproporción entre los términos utilizados, que derivan de la retórica regia, y una realidad que se acercaba más a los manejos diplomáticos que a un verdadero esfuerzo por asegurar el mantenimiento del orden.

Lo esencial de los combates tuvo lugar en torno a Armant, la ciudad del dios Montu, en el corazón de la Tebaida. Este hecho da la medida del poder de las gentes de Tebas que han formado alianza con Coptos, puesto que una vez reducidos a su propio territorio por los ejércitos de los tres primeros nomos del Alto Egipto, rehúsan el combate. El texto no nos revela el resultado de estos enfrentamientos, interrumpidos sin duda por el hambre, a menos que Ankhtyfy, poco escrupuloso a la hora de relatar sus reveses, haya consagrado el final de su autobiografía a evocar su obra pacificadora. Es muy probable que sufriera una derrota, aunque el hecho de que su tumba esté terminada hace suponer que no fue vencido completamente.

Su adversario era el fundador de la dinastía tebana, el príncipe Antef I, que se proclamó rey con el nombre de Horus de *Seheru-Tauy*, «El que ha devuelto la calma a las Dos Tierras», un nombre que retomará medio milenio más tarde otro reunificador, originario de Tebas: Kamosis. Este Antef I no es el fundador de la línea tebana, a la que pertenecieron dos príncipes antes de él. En los orígenes, se encuentra un primer Antef que, como su sucesor Mentuhotep I, aparece designado como nomarca en la lista real de la «Habitación de los Antepasados» de Karnak. Debe de ser contemporáneo del final de la VIII dinastía, a la que rinde homenaje, posiblemente por oposición al creciente poder, ya entonces, de Heracleópolis. Este Antef fue objeto de un culto bajo Sesostris I, como fundador de la dinastía, al igual que Mentuhotep I, que recibe incluso un nombre ficticio de Horus: *tepy-a*, «el ancestro». Mentuhotep I es el padre de Antef I, quien se proclamó «jefe supremo del Alto Egipto» antes de proclamarse rey.

Tras su victoria probable sobre Ankhtyfy, Antef I es dueño del Sur o, al menos, de Coptos, Dendara y de los tres nomos controlados por Hierakómpolis. Su sucesor, Antef II *Uahankh*, prosigue la lucha con Heracleópolis, en donde ha subido al trono Hety III. El conflicto tiene esta vez por escenario al Medio Egipto que los tebanos pretenden arrancar a los reyes del Norte.

Podemos seguir bien la historia del Medio Egipto a lo largo de estos combates gracias a los datos que nos suministran las necrópolis de tres provincias claves, que son los nomos 13, 16 y 15 del Alto Egipto. El número 15 tiene por capital a Hermópolis de donde, según se decía, el dios Shu había levantado el cielo. Sus príncipes son enterrados en El-Bercheh, a algunos kilómetros al norte de Mellaui. Sus diez tumbas permiten reconstruir una verdadera dinastía que pretendía descender de los reyes menfitas y a la que podemos seguir desde Aha II, contemporáneo del rey Hety I, hasta Djehutynakht I al III, quienes, bajo el reinado del rey Neferkare, cedieron el poder a Ahanakht quien, a su vez, tuvo por sucesor a Djehutynakht IV. Este último asistió a la lucha entre Hety III y Antef II Uahankh, en la que no parece haber participado. El pacto con el nomo de la Liebre tuvo lugar más tarde, hacia el 2040, momento de la conquista final por Mentuhotep II. El nomarca de entonces, Neheri, que ejercía igualmente el cargo de visir, manda una de las dos divisiones heracleopolitanas. Se limita a proteger su provincia con la ayuda de sus hijos Kay y el futuro Djehutynakht V, quien permanecerá en paz con Tebas hasta el punto de que su familia gobernará aún en Hermópolis bajo el reinado de Sesostris III.

La situación es casi la misma en el nomo vecino del Orix, el número 16 y el más septentrional, cuya necrópolis se halla en Beni Hassan, enfrente de la ciudad moderna de Minieh. Sus príncipes, cuyo linaje estaba emparentado con el del nomo número 15, permanecen primero neutrales, pero después se convierten en protebanos con Baket III, contemporáneo de Mentuhotep II. Esta actitud obtuvo sus frutos puesto que el poder permaneció en las manos de la misma familia tras la conquista tebana.

La provincia de Assiut se encuentra más próxima al centro de los enfrentamientos. Arranca su historia desde las proximidades del 2130, con el príncipe Hety I, cuyo nombre dice mucho de su lealtad hacia el poder heracleopolitano. Él se jacta de haber protegido a su nomo del hambre y de haber procedido a la distribución de víveres e incluso de haber conseguido más tierras cultivables mediante una juiciosa política de regadíos. Su sucesor Tefibi hizo lo mismo, al tiempo que dirigía la lucha contra Tebas por cuenta del rey Hety III y la provincia alcanzó un alto grado de prosperidad bajo el reinado de Merikare, quien coloca en su puesto al príncipe Hety II, hace restaurar el templo de Assiut y reúne un ejército nada despreciable (Figs. 71 y 72).

La oposición entre el Norte y el Sur no es, por lo tanto, una guerra constante sino, más bien, un estado de paz precario, gracias al cual, cada facción trata de consolidar sus posiciones. Los tiempos de hambre y de problemas sociales están ya lejos y el vencedor reunificará un país que ya ha recobrado sus fuerzas. Regresamos, pues, a la dinastía heracleopolitana. Hemos visto antes que Hety III evoca los combates por la posesión de Tinis en las *Instrucciones* que escribe para su hijo Merikaré, pero le preocupa más la situación del norte de Egipto, al que él mismo consiguió liberar, expulsando a los beduinos y a los asiáticos. Reconstruye entonces la organización en nomos bajo la autoridad de la antigua capital mientras que antes «el poder de uno solo estaba en manos de diez»; restaura también los cana-

les de irrigación y envía colonos al este del Delta. En lo que atañe al Sur, aconseja a su hijo la prudencia, así como contentarse con ser un buen gestor que asegure la prosperidad de sus súbditos: «Quien tiene bienes en su casas no provoca problemas, pues el rico no sabría estar en la necesidad». También le anima a reconstruir las fuerzas de su reino sin descuidar el mantenimiento de un ejército potente, a la espera de un probable enfrentamiento con Tebas.

Hety III es el último gran rey de Heracleópolis. Su política si bien fue inteligente en el interior de su reino, no parece haber tenido mucho éxito en el exterior. A. Mariette descubrió, en efecto, en 1860, en la capilla funeraria de Antef II, que se halla en la necrópolis tebana de el-Tarif, una estela en la que el rey de Tebas relata su conquista del Alto Egipto:

> «He engrandecido las fronteras meridionales [de mi reino] hasta el nomo de Uadjet [el décimo del Alto Egipto] (...). He tomado Abidos y toda su región. He abierto todas las fortalezas del nomo de Uadjet y lo he convertido a éste en la puerta [de mi reino]». (*CGC* 20512.)

Gracias al hallazgo, realizado en el santuario de Hekaib, en Elefantina, de una estatua que lo representa vestido con el manto de la fiesta-*sed,* se sabe que su autoridad se extendía hasta la Primera Catarata y pudiera ser que también sobre una parte de la Baja Nubia, lo que vendría confirmado por la expedición dirigida por Djemi de Gebelein hasta el país de Uauat. Cuando le sucede Antef III, Tebas es ya dueña de todo el Alto Egipto hasta el sur de Assiut, y será allí donde se libren los últimos combates que culminan con la reunificación final del país, alcanzada por el hijo de Antef III, Mentuhotep II, que inaugura de esta forma el Imperio Medio.

Sabiduría y pesimismo

Sería lógico, quizá, esperar que el Primer Período Intermedio fuese una época de oscurantismo y de retroceso cultural, pero lo cierto es que no fue así. Al contrario, los problemas surgidos sirvieron para estimular la reflexión de los egipcios, quienes, ante el derrumbe de buena parte de los valores sociales, intentaron redefinir su lugar en el Universo. La ausencia de un poder monárquico y los enfrentamientos alrededor del trono debilitaron aún más la imagen de la realeza que, como hemos visto, ya había comenzado a desmoronarse en la VI dinastía. El estado ha dejado de ser un marco rígido y protector, y el individuo se encuentra privado de su auxilio y abandonado a la violencia de la ley del más fuerte. La angustia nacida de esta situación nueva se expresa en las obras literarias que, aun perteneciendo a géneros diferentes, están todas marcadas por el mismo pesimismo.

Ya hemos mencionado antes las *Instrucciones a Merikaré,* que se fechan en el período heracleopolitano, puesto que su autor probablemente fue Hety III. Aunque éste no aparece nombrado, es claro que se trata de un predecesor de Merikaré y de ahí que se le haya atribuido a él. El texto se

conoce por tres copias incompletas de la dinastía XVIII que reproducen un original (que quizá no sea, a su vez, sino otra copia) del Imperio Medio. El hecho de que esta obra haya sido copiada mucho después de los hechos que narra muestra en cuánta estima literaria se la tenía. En esto se asemeja a otras *Instrucciones*, las que la tradición atribuye al rey Amenemhat I, que ya veremos que son más una obra de propaganda que un testimonio histórico. El parentesco de temas entre los dos textos es evidente (Volten: 1945). Ambos textos son prolíficos en citas literarias y están construidos con una maestría que denota una amplia cultura libresca por parte de sus autores. Carece de importancia, en realidad, saber si fue o no Merikaré quien escribió, para justificar su propia política, estas *Instrucciones*, que supuestamente le habría entregado su padre: la intención de Hety III consistía en trasponer, en boca de un rey, las *Máximas* que ya conocemos del Imperio Antiguo. Como Ptahhotep o Kagemni, cuyos pensamientos son posiblemente reunidos o redactados en esta época, Hety III da a su hijo las directrices para tener éxito en su vida y en su oficio. El hijo representa al sucesor en la función, es quien debe asegurar la permanencia del orden que el padre ha sabido mantener por la perfección de una técnica que él, a su vez, heredó de su predecesor. Sólo este modo de transmisión del saber, de generación en generación, puede garantizar el orden. Más allá de la reproducción de estereotipos tomados de los *Manuales de Prudencia*, las *Instrucciones a Merikaré* se caracterizan por una destacable lucidez a la hora de analizar el oficio del rey. Hety III no vacila en reconocer sus errores e incita a su hijo a tenerlos en cuenta. Le aconseja asimismo tratar con miramientos a nobles y funcionarios para evitar eventuales enfrentamientos... Estamos lejos del monarca monolítico de la IV dinastía. Aún más, Hety hace alusión a algo que hubiera sido impensable entonces: la retribución de los actos del soberano más allá de la muerte:

> «(En cuanto) al tribunal que juzga a los miserables, sabes que ellos no son benignos en el día de juzgar al malvado, en la hora de cumplir con su tarea. Es terrible que el acusador sea un hombre de conocimiento. No pongas tu confianza en la duración de los años, pues ellos ven el tiempo de la vida como una hora. El hombre puede permanecer tras la muerte, pues sus acciones se colocan junto a él como un tesoro, y la existencia allí es eterna». (*Merikaré*, XIX-XX. Trad. J.M.Serrano).

Esta preocupación por el más allá la encontramos de nuevo en un obra contemporánea de otro género completamente distinto: el diálogo que un hombre desesperado mantiene con su *ba*, su «alma». Este diálogo es único en la literatura egipcia y nos ha llegado sobre un papiro de la dinastía XII, hoy conservado en Berlín, cuyo reverso contiene los fragmentos de una composición también sin paralelos: un pastor preocupado por su ganado a causa de la crecida del Nilo, se encuentra con una diosa...¿*El Pastor y la Diosa* es solamente un cuento? La metáfora política es evidente y no parece necesario intentar trazar un paralelismo con la *Leyenda de Gilgamesh* porque los problemas de la época y el hambre constituyen un fondo sufi-

ciente para esta parábola. El *Diálogo de un Desesperado con su Ba* tiene otro tono. Su trama es el constante desengaño de un hombre frente a una vida donde reina la violencia de los inicuos.

> «¿A quién hablaré hoy?
> Los hermanos son unos malvados,
> y los amigos de hoy ya no aman.
> ¿A quién hablaré hoy?
> Los corazones son rapaces.
> Cada uno arrebata los bienes de su vecino.
> [¿A quién hablaré hoy?]
> La amabilidad ha muerto
> La violencia asalta a todos
> ¿A quién hablaré hoy?
> Se encuentra satisfacción en la maldad.
> La bondad ha sido abandonada por todas partes».
> (*Lebensmüder*, 103-109. Trad. de J.M. Serrano).

El protagonista se siente desamparado e invoca a la muerte como una liberación:

> «La muerte está hoy ante mí
> [como cuando] un hombre enfermo sana,
> como salir afuera tras estar confinado.
> La muerte está hoy ente mí
> como la fragancia de la mirra,
> como sentarse bajo un toldo un día de brisa.
> La muerte está hoy ante mí
> como el perfume del loto,
> como estar sentado al borde de la ebriedad.
> La muerte está hoy ante mí
> como un camino trillado,
> como cuando un hombre regresa de la guerra al hogar
> La muerte está hoy ante mí
> como cuando el cielo se despeja,
> como cuando un hombre descubre lo que ignoraba.
> La muerte está hoy ante mí
> como cuando un hombre desea ver el hogar
> después de haber pasado muchos años en cautiverio».
> (*Lebensmüder*, 130-142. Trad. de J.M. Serrano)

Otra obra, de un género completamente diferente, nos da indicaciones muy valiosas sobre la sociedad y la moral del Primer Período Intermedio. Se trata de un cuento conocido únicamente a través de versiones sobre papiros fechables a finales de la dinastía XII y en la XIII. No existe ninguna otra copia posterior lo que podría indicar que no formaba parte de las enseñanzas clásicas de los escribas. Relata la historia de un campesino, más

exactamente un habitante del Uadi Natrun, que vivía del comercio de los productos de su oasis con el valle, bajo el reinado de Nebkhaure Hety II. De camino hacia la capital, cae, casi a la altura de Dahshur, en una trampa que le había tendido un intendente avaricioso llamado Nemtynakht. La trampa es sencilla: el intendente ha atravesado, en el medio del camino, una pieza de tela de forma que obligase al asno del habitante del oasis a pisar el borde de un campo que le pertenecía. Al pasar por el campo el asno arranca una mata de cebada y se la come. No hace falta nada más para que el intendente le requise los productos que transporta. El habitante del oasis se va a implorar a Rensi, hijo de Meru, gobernador de esos dominios por cuenta del rey, quien, en ese momento, salía de su casa para partir en barco:

> «¡Gran intendente, mi señor, jefe de los jefes, guía de todo aquello que existe! ¡Si tú desciendes sobre el lago de la Justicia para navegar allí con buen viento, que tu vela no flamee: tu barco avanzará sin retrasarse, tu mástil no se estropeará, tus vergas no se quebrarán, no irás a la deriva por las corriente en el momento de atracar, las olas no te arrastrarán y no sufrirás los peligros del río! Nada ni nadie te tendrá miedo: los peces acudirán a ti en tropel y tocarás los pájaros más grandes. Pues tú eres el padre del huérfano, el marido de la viuda, el hermano de la mujer repudiada, el consuelo del que ha perdido a su madre. Déjame que te otorgue, en este país, un renombre por encima de la mejor de las leyes, ¡oh guía que no conoce la codicia, jefe exento de toda bajeza! Aniquilas la falsedad para hacer brotar la justicia, ¡Atiende mi petición! Yo hablo para que tú me oigas y para que hagas justicia ¡Oh tú a quien alaban los que son alabados porque expulsaste la miseria!. Pues yo he sido embargado, he sido citado ante el tribunal, ¡estoy en la indigencia!». (*Cuento del Campesino* B1, 53-71).

El campesino pronto se pregunta si Rensi no estará conchabado con el ladrón, pues no responde a esta primera súplica sino que la transmite al rey, amante de la elocuencia jurídica. Dejarán ambos que defienda así nueve veces su causa sin informar, durante todo este tiempo, a su familia de lo que ocurre. El desgraciado habitante del oasis pasa por momentos de esperanza y de angustia. Creyéndose triunfador, se jacta de ello demasiado pronto, sólo para recibir una paliza como consecuencia. Al final de su novena defensa, se ve perdido y, preparándose a morir, se pone en las manos de Anubis. Es entonces el momento de su triunfo: su derecho es reconocido y el rey le otorga los bienes del intendente deshonesto.

La elocuencia florida del habitante del oasis es algo más que un simple divertimento: cada uno de los discursos quiere expresar, de forma metafórica, el enfrentamiento entre las fuerzas negativas y positivas que desgarran a la sociedad de esta época. El final optimista de la historia revela la naturaleza misma de la obra: el poder real es capaz de restablecer el equilibrio castigando al infame. Se ha querido ver en esto un indicio de que la obra pertenecería al Imperio Medio, pero se recordará que el argumento último esgrimido por el demandante es el recurso a Anubis, bajo cuya invocación se halla por su mismo nombre, Khueninpu, «el protegi-

do de Anubis». ¿Quiere esto decir que únicamente el tribunal de los dioses garantiza la justicia en la tierra por el temor que inspira a los hombres durante su vida? Sin llegar tan lejos, nos limitaremos a constatar que los egipcios ya no se remiten a la sola decisión del rey sino que se vuelven hacia un destino de ultratumba donde cada uno debe rendir sus cuentas.

El individuo ante la muerte

Esta idea es nueva y está ligada al desarrollo del papel funerario de Osiris. Hemos visto que en las capillas de las *mastabas* el difunto estaba en relación con él puesto que el difunto se dirige en peregrinación a Abidos, considerada como el lugar que acogió los restos del dios. De igual manera, el rey es descrito en los *Textos de las Pirámides* como un Osiris, sin que ello contradiga su devenir solar en el más allá. Osiris está presente e integrado en las grandes cosmologías, pero sigue siendo, ante todo, un eslabón de la cadena que une al creador con los hombres, y resulta que en los *Textos de los Sarcófagos*, cuyos primeros ejemplos, recordemos, aparecen a finales del Imperio Antiguo, el muerto se encuentra, precisamente, ante el tribunal de Osiris.

No se trata, hablando con propiedad, de una revolución sino de la combinación de dos elementos. El primero es el hundimiento del poder menfita, que condujo a lo que frecuentemente se ha denominado la «democratización» de los poderes reales. Lo habíamos constatado ya en el arte posterior a la IV dinastía, y de igual modo, el aumento del poder de las dinastías locales les llevó a una cierta autonomía funeraria: en adelante, asumirán ellas mismas su destino en el más allá apoyándose, no en el demiurgo, al cual únicamente el rey puede hacer referencia, sino en el dios de su provincia, cuya ascensión es paralela a la suya propia. De esta manera, las divinidades secundarias del Imperio Antiguo encuentran un lugar más elevado en la jerarquía divina: el dios Up-uaut de Assiut, Khnum de Elefantina, Montu, cuyos santuarios existían ya en Armant y en Tod, y que será acompañante de la gloria de los príncipes tebanos; Amón, que deja Hermópolis, se asocia a Min de Coptos y deja pasar a un segundo plano su especialidad de ayuda a los ahogados para llegar a ser, bajo la forma sincrética de Amon-Re, el rey de los dioses... Osiris se aprovecha, sin duda, de este movimiento que reafirma su popularidad, pero esto no lo explica todo.

El rey, por haber cumplido su misión de asegurar, durante su vida, el equilibrio de la creación, se beneficia, tras su muerte, de un lugar cerca de Re. Está claro que un particular no puede esgrimir este argumento para justificar su admisión entre los bienaventurados. Su legitimación pertenece al mismo orden, pero trasladada a su nivel: debe haber desempeñado correctamente su papel en la tierra, es decir, no haber puesto en peligro a la sociedad. Sobre esta base se construye una moral cuya primera expresión la constituyen las *Máximas de Ptahhotep*, esto es, en la V dinastía, salvo que se considere que este tipo de textos surgió por la aparición de problemas sociales. El hombre que no haya cumplido con su parte es un criminal a los

ojos del Creador, quien debe negarse a integrarlo en el Cosmos tras su muerte ya que él mismo se había negado a participar en el juego mientras vivía. Este es el sentido de las digresiones justificativas de las *Autobiografías* que reaparecen en el Imperio Nuevo en la «declaración de inocencia» que el muerto profiere delante del tribunal de Osiris, traspasando al más allá aquello que constituyó el fundamento de su conducta:

Yo no cometí falsedad alguna contra los hombres.

No empobrecí a mis socios.
No hice daño en el Lugar de la Verdad.
No he aprendido lo que no es.
No hice mal.
No hice diariamente que fuera excesivo el trabajo que debía hacerse para mí.
Mi nombre no alcanzó los despachos de aquéllos que controlan a los siervos.
No he desposeído al huérfano de su propiedad.
No he hecho lo que los dioses detestan.
No he calumniado a un sirviente ante su señor.
No he causado dolor.
No he provocado hambre.
No hice llorar.
No he matado ni mandado matar.
No hice sufrir a nadie.
No disminuí las ofrendas de alimentos en los templos.
No he destruido los panes de los dioses.
No he arrebatado la comida de los espíritus.
No he copulado.
No me he comportado mal.
No disminuí los suministros de alimentos.
No he disminuido la *arura.*
No he invadido los campos.
No añadí nada a los pesos de la balanza.
No rebajé nada de la plomada de la balanza.
No arrebaté la leche de las bocas de los niños.
No privé a los rebaños de sus pastos.
No he atrapado pájaros de las reservas de los dioses.
No he atrapado pescados de sus marismas.
No desvié aguas en su estación.
No he construido una presa en agua corriente.
No he apagado el fuego cuando estaba ardiendo.
No he olvidado las fechas de las ofrendas escogidas de carne.
No retuve ganado de las ofrendas del dios.
No me opuse al dios en sus salidas procesionales.
(*LdM*, cap.125. Trad. J.M.Serrano)

Sin embargo, el difunto no se convierte aún en un súbdito de Osiris. Se ha presentado ante su tribunal para acceder a una supervivencia en el más allá calcada de la del rey:

«Oh Thot, que has proclamado justo a Osiris contra sus enemigos en el tribunal de: Heliópolis, en el día de heredar los Tronos-de-las-Dos-Orillas de Geb, su dueño;

Busiris, en el día de dar el ojo-*udjat* a su dueño;

Pe-Dep, en el día de rapar a las plañideras.

Letópolis, en el día de la merienda en Letópolis.

Ro-setau, en el día de enumerar a la muchedumbre y de enderezar los dos mástiles.

Abidos, en el día de la fiesta-*haker*, en el momento del recuento de los muertos y de la enumeración de los que nada han hecho.

Heracleópolis, en el día de la fiesta de cavar la tierra y de ocultar la tierra en Narref.

He aquí a Horus que ha sido justificado; las Dos Capillas están satisfechas y el corazón de Osiris está contento. Es realmente Thot quien me ha proclamado justo contra mis enemigos en el tribunal de Osiris.

– Aquel que conozca esto puede transformarse en halcón, hijo de Re. Aquel que conozca esto sobre la tierra..., su alma no perecerá jamás, sino que perecerá la de su enemigo; él, en cambio, comerá pan en la morada de Osiris y entrará en el templo del dios todopoderoso y allí recibirá ofrendas; no comerá excrementos». (*CT* Spell 339.)

Tanto en los textos sapienciales como en los funerarios la base de la moral es el respeto por el equilibrio, encarnado en la diosa Maat, con cuya vara de medir puede calibrarse la conducta de los hombres sobre la tierra. Los egipcios tomaron esta imagen al pie de la letra haciendo juzgar al muerto por un tribunal compuesto por cuarenta y dos dioses, uno por cada nomo, y presidido por Osiris. El muerto es conducido delante de ellos y después situado ante una gran balanza, cerca de la cual se ubican Thot y un animal fabuloso, en parte león y en parte cocodrilo, la «Gran Devoradora», cuyo nombre revela su función. Sobre uno de los platos de la balanza se coloca un pequeño vaso que representa el corazón del difunto. Sobre el otro hay una imagen de la diosa Maat sentada sobre una canasta. Que el fiel de la balanza se incline hacia uno u otro lado definirá el destino del desgraciado, que será arrojado a la Gran Devoradora, pero si triunfa en esta «pesada del alma» es llevado ante la presencia de Osiris quien lo acoge entre los bienaventurados.

El arte provincial

Esta toma de conciencia de lo individual se trasluce al plano del arte y la razón es, nuevamente, el debilitamiento del poder central. Aunque no estemos en situación de reconstruir la historia de la escuela artística de Menfis, se puede suponer que acompañó al gobierno en su declive. Sin duda, ejecutó un gran número de obras para los reyes heracleopolitanos, pero ahora cada región desarrolla su propia escuela. Los cánones perduran

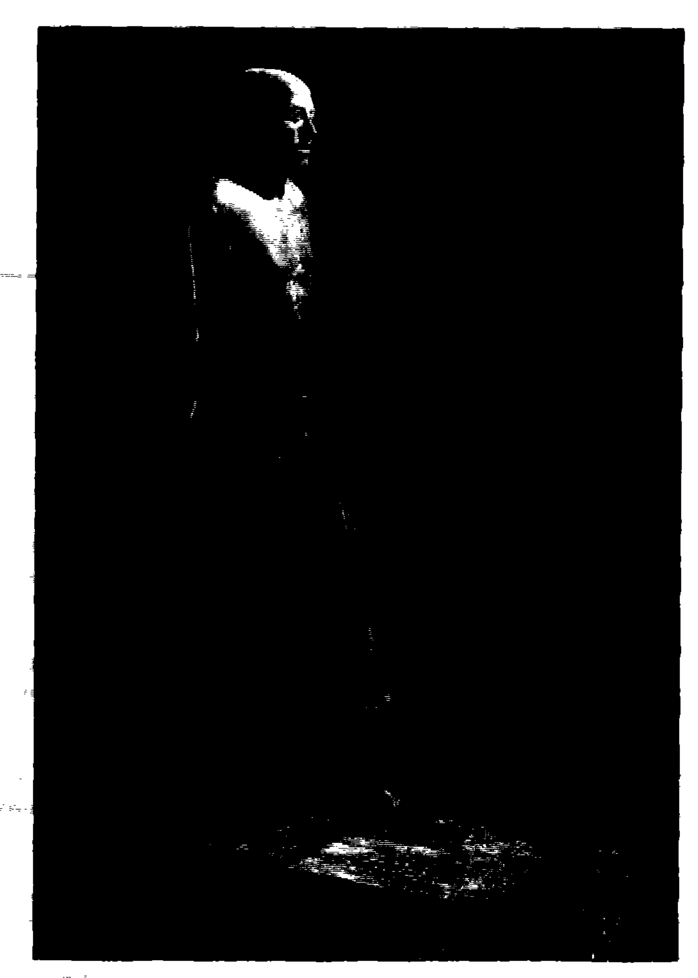


Fig. 69. El canciller Nakhti. Estatua procedente de su tumba en Assiut. Madera. Alt.=1,75 m. Louvre E 11937.

pero, sin embargo, las obras van perdiendo academicismo al tiempo que ganan en espontaneidad, aunque al precio de ciertas torpezas. La interrupción de las grandes expediciones a las canteras, organizadas desde la capital y procedimiento clásico para el abastecimiento de piedra, contribuye al empleo de nuevos materiales. El más importante de ellos será la madera que permite introducir modelados que se alejan bastante del realismo. La necrópolis de los príncipes de Assiut ha ofrecido un abundante material entre el que se halla una estatua en madera que representa al canciller Nakhti, contemporáneo de la X dinastía, y que es una de las obras maestras de su género.



Fig. 70. Portadora de ofrendas. Estatua procedente de Assiut (?). Madera. Alt.=1,04 m. Louvre E 10781.



Fig. 71. Arqueros. Conjunto procedente de Assiut.
Madera. Alt.= 1,93 m. *CGC* 257.

Estas tumbas han ofrecido, entre los más bellos ejemplos de «esculturas modeladas», la trasposición plástica de escenas que habían decorado antaño los muros de la capilla funeraria, la cual, por razones prácticas, se amplía ahora. Como los hipogeos no contienen paredes fáciles de decorar, hubo que recurrir a estas formas de arte menor, cercanas a la sensibilidad popular, tanto por los temas tratados cuanto por las técnicas utilizadas. Esta producción, como toda la estatuaria en general, se distingue claramente de la del Imperio Antiguo, pero apenas, en el fondo, de la producción de la era que se inicia con la conquista de Mentuhotep. Esta apreciación es igualmente válida para la literatura, que ya ha alcanzado la perfección clásica que mantendrá, sin muchas desviaciones, durante un milenio. La arquitectura funeraria permanece sin cambios durante el Imperio Medio, al menos para los particulares, y las grandes necrópolis provinciales como las de Assiut, Assuán, Gebelein, Beni Hassan, Meir El-Berchab o Qau el-Kebir no conocen solución de continuidad entre ambos períodos. La *mastaba* reaparecerá, sin embargo, allí donde los reyes retoman la sepultura piramidal, en un intento de reproducir el modelo menfita adoptado por los soberanos por simple deseo de legitimación.



Fig. 72. Lanceros. Conjunto procedente de Assiut. Madera. Alt.= 1,93 m. *CGC* 257 y 258. Detalle.

CAPÍTULO VII

EL IMPERIO MEDIO

LOS PRIMEROS TIEMPOS DE LA UNIDAD

Mentuhotep II sucede a Antef III hacia el 2061, con el nombre de Seankhibtauy, «El que vivifica el corazón del Doble País», y para entonces su poder se extendía desde la Primera Catarata hasta el décimo nomo del Alto Egipto, es decir, que aún estaba limitado al norte por los príncipes de Assiut. La paz armada establecida entre ambos reinos se vio interrumpida por la revuelta del nomo tinita que, fuertemente castigado por una nueva hambruna, se inclina ahora hacia el clan heracleopolitano. Mentuhotep toma Assiut, atravesando el décimioquinto nomo sin tener que combatir. Esto significa la caída de Heracleópolis.

Proclamado definitivamente rey de los dos Egiptos bajo el nombre de Nebhepetre, el Hijo de Re Mentuhotep proclama su origen adoptando para sí el nombre de Horus *Neterihedjet*, «Divina es la corona blanca». Sin embargo, su autoridad no está definitivamente consolidada sobre la totalidad del país y la pacificación dura varios años. Se descubre en este proceso que el oasis de Dakhla, en el desierto occidental, servía de refugio a los oponentes políticos, y allí irá Mentuhotep a perseguirlos. Recompensará la fidelidad de los príncipes de los nomos del Orix y de la Liebre, conservándolos en su puesto y manteniendo por todo el Alto Egipto los feudos locales, salvo en Assiut. Articula todo el resto del país mediante unos inspectores tebanos que supervisan particularmente Heracleópolis, convertida en una provincia, y el nomo de Heliópolis. Desplaza la capital a Tebas, crea un puesto de «gobernador del Norte» y restablece las antiguas cancillerías, así como el cargo de visir, para el que conocemos tres titulares durante su reinado: Dagi, Bebi e Ipy. La realización de todas estas operaciones se prolonga probablemente hasta el año trigésimo de su reinado. La reunificación está entonces concluida y él adopta, en el año treinta y nueve, un nuevo nombre de Horus: *Sematauy*, «El que ha unificado el Doble País».

Además de unificador, Mentuhotep fue un gran constructor: prosigue los trabajos de restauración iniciados por Antef III en Elefantina en los templos de Hekaib y de Satis; construye asimismo en El-Ballas, Dendara, Elkab, en el templo de Hathor de Gebelein, donde hace representar la sumisión del Norte, y en Abidos, donde edifica los anexos al templo de Osiris. Embellece los santuarios de Montu, de Tod y de Armant y se hace construir en el circo de Deir el-Bahari, un complejo funerario en un estilo derivado de los del Imperio Antiguo. Al mismo tiempo, retoma la política exterior del Imperio Antiguo conduciendo una expedición hacia el oeste contra los Libios Tjemehu y Tjehenu y, en el Sinaí contra los nómadas Mentjiu. De esta manera, consolida definitivamente las fronteras del país contra un retorno de los asiáticos, a los que persigue hasta el Litani. Intentará recuperar en Nubia el poderío que había alcanzado Egipto a finales de la VI dinastía, al menos en lo concerniente a la explotación de las minas y al mantenimiento de las pistas. La conquista de Kurkur, en particular, garantiza la seguridad de las antiguas vías caravaneras. Sin embargo, Nubia permanece independiente, a pesar de la reconquista de ciertas zonas, como Abu Ballas, y de las expediciones que dirige el canciller Hety, a quien Mentuhotep le confió el conjunto de los países del Sur. Se conocen dos de estas expediciones: la primera en el año 29 y la segunda en el 31, que condujo, ésta última, a los egipcios hasta el país de Uauat. El resultado es más el control que la ocupación real de una parte de Nubia, concretamente hasta las proximidades de la Segunda Catarata.

Mentuhotep II murió tras cincuenta y un años de reinado legando a su segundo hijo, Mentuhotep III Seankhtauyef, «El que vivifica a su Doble País», un reino próspero y organizado. Mentuhotep III es de edad avanzada cuando accede al trono y sólo gobierna Egipto durante doce años. Continúa introduciendo diversas mejoras y prosigue el programa de construcciones iniciado por su padre: Abidos, Elkab, Armant, Tod, Elefantina, y, desde luego, Tebas-oeste, donde consagró una capilla a Tot y se construyó en las proximidades de Deir el-Bahari una tumba que no tubo tiempo de acabar.

Reafirma también la posición egipcia en el Delta oriental, continuando en este punto la labor de los soberanos heracleopolitanos. Para protejer las fronteras contra las incursiones de los «asiáticos», levanta varias fortificaciones, sistema éste de defensa que será continuado a lo largo de todo el Imperio Medio aunque, para los egipcios, él será su iniciador, junto con Hety III, tal y como lo testimonia el culto que se les rinde a ambos, más tarde, en Khatana. Continúa igualmente con otra empresa anterior, que requería, como condición previa, el control de la Baja Nubia obtenido por su padre: en el año 8, envía una expedición de tres mil hombres, dirigida por Henenu, quien se dirige desde Coptos hacia el Uadi Gasus, no sin antes haber hecho excavar en el camino doce pozos para asegurar el aprovisionamiento de agua para futuras expediciones entre el Valle y el Mar Rojo. La expedición se embarcó entonces hacia el país del Punt, de donde trajo, entre otras cosas, la goma arábiga. A su regreso, reemprendió las extracciones de piedra del Uadi Hammamat.

La suerte ha querido que se descubra un testimonio particularmente interesante perteneciente al final de este reinado, en apariencia tan próspero: la correspondencia de un tal Hekanakht, que era sacerdote funerario del visir Ipy en Tebas. Retenido lejos de su casa, dirige toda una serie de cartas a su familia, que cuida sus tierras en su ausencia. Estos documentos han aparecido en Deir el-Bahari, en la tumba de un cierto Meseh, relacionado con Ipy. Contienen todo tipo de indicaciones sobre el reparto de dichas propiedades, el arriendo, las rentas, etc, así como un inventario de los bienes fechado en el año octavo de Mentuhotep III, por lo que constituyen un conjunto precioso de fuentes sobre la economía y el derecho de la época. Pero Hekanakht alude también a disturbios y al inicio de una carestía que habría castigado duramente la Tebaida.

A la muerte de Mentuhotep III, hacia el año 1998/1997, la situación del país es, en efecto, confusa. El Canon de Turín sitúa entonces «los siete años vacíos» que corresponden al reinado de Mentuhotep IV, cuyo nombre de coronación, *Nebtauyre*, «Re es el maestro de las Dos Tierras», indica, posiblemente un cambio político que propugna una vuelta hacia los valores de Imperio Antiguo. Se sabe por un grafito del Uadi Hammamat (en donde el nombre aparece simplemente como Nebtauy), que envió una expedición de dos mil hombres para traer algunos sarcófagos y buscar nuevos pozos en el desierto oriental, así como un puerto más favorable en el Mar Rojo: Mersa Gawasis, que se convertirá definitivamente en el punto de partida de las expediciones hacia Punt bajo Amenemhat II.

Amenemhat I

La expedición antes mencionada la dirigió su visir Amenemhat y, por lo general, se entiende que debe identificarse a este personaje con el faraón que sucedió a Mentuhotep IV. Sólo existe una inscripción en la que aparezcan asociados inequívocamente los dos reyes, de tal manera que puede suponerse una corregencia que posiblemente haya sido sólo ficticia. (Murname: 1977, 227-228). De cualquier forma, Mentuhotep IV es el último representante de la familia de los príncipes tebanos y Amenemhat I inicia una nueva dinastía, tal y como lo confirma el nombre de Horus que escoge: *uhem-mesut*, «El que renueva los nacimientos», es decir el primero de una linea sucesoria. A pesar de este cambio, no parece haber habido solución de continuidad en el poder. La transición se realizó, no obstante, con algún contratiempo puesto que hubo, al menos, otros dos pretendientes al trono: un tal Antef y uno llamado Segerseni en Nubia, contra el cual Amenemhat tuvo probablemente que luchar en los primeros años de su reinado. Los lazos con la dinastía XI, a pesar de todo, no se rompieron porque tanto los funcionarios como los nuevos soberanos los reivindican claramente. Cabe pensar, incluso, que la sucesión, en sí misma, no fuera nada sorprendente dado que no es imposible que entre los príncipes tebanos la sucesión descansara tanto en la elección como en la sangre. Amenemhat confirma la nueva orientación ideológica adoptada por Mentuhotep IV asumiendo

1991-1785	DINASTÍA XII
1991	Amenemhat I
1962	Sesostris I
1928	Amenemhat II
1895	Sesostris II
1878	Sesostris III
1842	Amenemhat III
1797	Amenemhat IV
1790-1785	Nefrusobek

Fig. 73. Cuadro cronológico de la dinastía XII.

como nombre de coronación el de *Sehetepibre,* «El que apacigua el corazón de Re». Su nombre propio *Amenemhat,* «Amón está a la cabeza», anuncia un programa político que desembocará, mediante este retorno a la teología heliopolitana, en la forma sincrética Amon-Re, sobre la que se va a basar el poder de los nuevos faraones. Él mismo no era tebano sino originario del Alto Egipto, hijo de un sacerdote llamado Sesostris, «El hombre de la Gran Diosa», que será considerado, en la dinastía XVIII, como el verdadero fundador de la dinastía XII, y de una cierta Nefret, originaria de Elefantina.

Al igual que sus predecesores de la dinastía V, el nuevo soberano recurrió a la literatura para difundir las pruebas de su legitimidad. Utilizó la forma de la profecía: un relato premonitorio colocado en boca de un tal Neferti, un sabio heliopolitano que presenta ciertas semejanzas con el Djedi del papiro Westcar. Al igual que éste último, Neferti es reclamado a la corte por el rey Snefru, bajo cuyo reinado se sitúa el desarrollo de esta historia. La razón de la elección de Snefru no es la misma en ambas obras: al inicio de la dinastía XII el anciano rey se ha convertido, tal y como hemos visto, en el modelo de la realeza bondadosa que cualquiera querría reivindicar para sí. Neferti traza un cuadro sombrío de los últimos momentos de la XI dinastía, que, curiosamente, concierne sobre todo al Delta oriental, y cuyo fin anuncia la venida de Amenemhat aludido con el sobrenombre de Ameny:

> «Heliópolis no será más la cuna de ningún dios. Un rey vendrá: él será del Sur y se llamará Ameny. Será hijo de una mujer del primer nomo del Sur, un niño del Alto Egipto. Recibirá la corona blanca y recibirá la corona roja: él reunirá las Dos Coronas y apaciguará a los Dos Dioses con lo que ellos quieren». (Neferti, XII-XIII)

De esta manera se legitima el cambio de poder entre Heliópolis, cuna de la monarquía en el Imperio Antiguo, y Tebas. Esta voluntad conciliadora con el Delta oriental encontró probablemente una cierta plasmación práctica, ya que Amenemhat I construyó en Bubastis –el lugar en donde

Neferti ejercía su sacerdocio–, Khatana y Tanis (Posener: 1969, 39). Pero aunque la administración aceptara el cambio, el nuevo rey tuvo que emprender, poco después de su acceso al trono, una expedición hacia Elefantina, que encomendará a Khnumhotep I, nomarca del Orix, quien remonta el Nilo con veinte naves penetrando, posiblemente, hasta la Baja Nubia, donde debían encontrarse los partidarios de Segerseni. Amenemhat I llevó a cabo también un viaje de inspección hasta el Uadi Tumilat, donde ordenó construir las fortificaciones denominadas «Muros del Príncipe». Rey arquitecto, ralizó en Karnak grandes obras de las que perdura una naos en granito, que debió albergar una estatua cultual, y algunas estatuas; quizás fue él también quien fundó el templo de Mut, al sur del recinto de Amón-Re. Dejó huella asimismo en Coptos, en el templo de Min que decora en parte, en Abidos, donde consagra un ara en granito a Osiris, en Dendara, donde ofrece una puerta, en granito también a Hathor y, más significativo aún, en el templo de Ptah en Menfis. Se hizo erigir una pirámide en Licht, a unos cincuenta kilómetros al sur de Menfis.

Por encima de todo, el nuevo soberano se consagró a reorganizar la administración. En primer lugar, traslada la capital de Tebas, en el Medio Egipto, a una ciudad de nueva fundación en las proximidades de Licht que le servirá de necrópolis. La bautiza Imenemhat-*itjitauy*, «Amenemhat conquistó el Doble País», nombre que los egipcios redujeron a *Itjitauy*. Al igual que Mentuhotep II, recompensó a los nomarcas que favorecieron su ascensión y los confirmó en sus cargos, como al del Orix. Por una parte, refuerza el poder de éstos recuperando antiguos títulos y por otra lo limita, bien cesando bruscamente a algunos gobernadores –en Elefantina, Assiut o Cusas– o bien mediante nuevas medidas catastrales. Khnumhotep II de Beni Hassan nos indica, en efecto, que fijó una nueva distribución de las ciudades en el interior de los nomos (*Urk*. VII 27, 13). Repartió, asimismo, los territorios en función de la crecida y restableció la conscripción militar.

En el año vigésimo de su reinado se produce un cambio importante: en ese año, vincula al trono a su hijo Sesostris inaugurando así una práctica que será sistemática durante toda la dinastía XII. Esta asociación coincide con un nuevo impulso de la política exterior: el delfín desempeñará el papel de brazo armado de su padre, quien le confía el cuidado de su ejército. La intención, probablemente es la de dar a conocer a su futuro sucesor a las naciones extranjeras a las que deberá imponerse. El procedimiento tendrá una gran importancia en la época ramésida, cuando Egipto luche por la supremacía en el Próximo Oriente. Por el momento, los esfuerzos del rey se concentran en Nubia. Una primera campaña conduce, en el año 23, a los egipcios hasta Gerf Hussein y a las antiguas canteras de diorita de Toshka. La segunda, el año 29, permite una penetración todavía más profunda: hasta Korosko, e incluso más allá, con la fundación de la fortaleza fronteriza de Semna sobre la Segunda Catarata. Los egipcios están también presentes en Kerma, donde se ha descubierto una estatua del nomarca de Assiut, Hapydjefa, aunque ello no prueba que Hapydjefa haya sido gobernador de Kerma (Vercoutter: 1987, 158), porque cabe suponer que la estatua fue llevada allí

más tarde, verosímilmente bajo el reinado de Sesostris I. En Próximo Oriente, el general Nysumontu obtiene en el año 24 una victoria sobre los beduinos que garantiza la explotación de las minas de turquesa de Serabit el-Khadim en el Sinaí, al tiempo que se reanudan las relaciones diplomáticas con Biblos y el mundo egeo.

Literatura y política

Al regreso de Sesostris de una campaña dirigida, más allá del Uadi Natrun, contra los rebeldes refugiados entre los libios, estalla una crisis. *Amenemhat I es asesinado a mediados de febrero de 1962 como consecuencia* de una conspiración urdida en el harén. Sin duda, la sucesión no estaba tan asegurada como nos quieren creer algunos documentos, fechados simultáneamente, de los dos soberanos (Murname: 1977, 2 y ss.) Sesostris I accede al trono, ciertamente, pero el acontecimiento es lo suficientemente problemático como para que la literatura oficial se ocupe de él nada menos que en dos obras que, como la *Profecía de Neferti*, llegarán a ser en el Imperio Nuevo los clásicos escolares más difundidos sobre la ideología monárquica.

El primer texto es una novela que relata las tribulaciones de un funcionario del harén llamado Sinuhé. Formaba parte de la corte de Sesostris cuando, al regreso de la campaña de Libia, escuchó por azar el anuncio que se le hacía al príncipe del asesinato de su padre, y tuvo miedo. ¿Escuchó algo que no debía o existía alguna razón más profunda? Sea como fuere, Sinuhé atravesó el Delta hacia el este, cruzó el istmo de Suez y acabó por llegar a Siria. Allí, uno de esos beduinos recién sometidos por Egipto lo acogió y lo adoptó. Los años van pasando y tras numerosas peripecias, Sinuhé llega a ser un jefe de tribu respetado y poderoso. Sin embargo, la nostalgia lo atenaza y suplica el perdón a Sesostris quien se lo otorgará. *Sinuhé regresa a su país, se reencuentra con los infantes reales* y muere entre los suyos. Estas aventuras picarescas sirven de telón de fondo a la expresión de la lealtad de un servidor descarriado que regresa al sendero correcto. Los momentos cruciales del *Cuento de Sinuhé* son el elogio que realiza, ante el príncipe sirio, del nuevo rey y la respuesta que envía al faraón tras haber recibido el permiso de regresar.:

> «El servidor del palacio, Sinuhé, dijo: "Estamos en paz, entonces. Es maravilloso que esta huida, que emprendió en su inconsciencia este humilde servidor, sea bien entendida por tu *ka*, oh, dios perfecto, dueño del Doble País, el amado de Re, favorito de Montu, señor del Tebas. Amón, señor de los tronos del Doble País, Sobek, Re, Horus, Hathor, Atón, y su enéada, Soped, Neferbau, Semeseru, el Horus del Este, la Dama de Buto –que ella guarde tu cabeza–, el Consejo que está sobre las aguas, Min-Horus que habita en los desiertos, Ureret, dama del Punt, Nut, Haroeris y los otros dioses, señores de Egipto y de las islas de la Muy Verde, ¡que todos ellos den vida y fuerza a tu aliento, te colmen de sus larguezas, puedan darte la eternidad

sin fin y la duración sin límite! ¡Que el temor que inspiras se extienda por las llanuras y los montes hasta que hayas subyugado todo aquello que el disco solar rodea en su desplazamiento!. Esta es la plegaria de este humilde servidor para su señor, ahora que se ha salvado del Imenti.

»El señor del conocimiento, que conoce a sus súbditos, se ha dado cuenta, en el secreto de su palacio, de que este humilde servidor sentía miedo de decir estas cosas ya que éste es, en efecto, un grave asunto del que hablar. El gran dios, imagen de Re, hace prudente al que trabaja para sí mismo. Este humilde servidor está en manos de cualquiera que se preocupe por él: sí, yo estoy bajo tu dirección. Tu Majestad es el Horus que conquista, tus brazos son más poderosos que los de todos los demás países. (...)

»En lo tocante a la fuga que realizó este humilde servidor, no fue premeditada, no estaba en mi corazón, no había sido preparada. No sé qué me alejó del lugar donde estaba, fue como una especie de sueño, como cuando un hombre del Delta se encuentra en Elefantina o un hombre de los pantanos en Nubia. Yo no había conocido el temor, no había sido perseguido, no había oído palabras injuriosas, mi nombre no lo había escuchado en boca del heraldo. Pese a todo esto mis miembros temblaron, mis piernas se pusieron a huir y mi corazón a guiarme: el dios que había ordenado esta huida me arrastraba. Yo no soy una persona estirada, ya que es modesto el hombre que conoce su país, y Re ha hecho que tu temor reine en Egipto y tu terror en todas las regiones extranjeras. Que yo esté en tu corte o en este lugar no tiene importancia, pues eres siempre tú quien puedes oscurecer el horizonte, porque el sol se levanta a tu antojo, el agua de los ríos se puede beber cuando tú quieres, el aire en el cielo se respira cuando tú lo dices (...) Que Tu Majestad actúe como le plazca ya que se vive del aire que tú ofreces. ¡Que Re, Horus, Hathor amen tu augusta nariz, pues Montu, señor de Tebas desea que ella viva eternamente!"». (Lefebvre:1976, 18-20).

Historia moralista de un funcionario arrepentido y perdonado porque ha sabido permanecer leal, el *Cuento de Sinuhé* es una de las obras más populares de la literatura egipcia. Nos han llegado varios cientos de copias, casi tantas como de *La instrucción de Amenemhat I*, un texto que sigue el modelo de las *Instrucciones a Merikaré* y cuya finalidad no es tanto explicar el asesinato de Amenemhat I como consolidar la legitimidad de su sucesor.

Contrariamente al *Cuento de Sinuhé*, la *Instrucción de Amenemhat* sólo nos es conocida por versiones tardías, de las que la más antigua no remonta más allá de la primera mitad de la dinastía XVIII; Senmut, el hombre de confianza de la reina Hatshepsut era, entre otras cosas, una gran lector. Esto no excluye, naturalmente, la posibilidad de que fuera compuesta durante el reinado de Sesostris I con fines justificativos, pero la forma en que se relatan los hecho, la insistencia sobre la corregencia y los principios de gobierno dotan de un cierto valor de arquetipo a este texto, lo que explicaría su difusión, atestiguada sobre todo a partir de Thutmosis III. Antes de relatar su propia muerte, el rey ofrece, como ya lo había hecho Hety III, sabios consejos a su sucesor:

más tarde, verosímilmente bajo el reinado de Sesostris I. En Próximo Oriente, el general Nysumontu obtiene en el año 24 una victoria sobre los beduinos que garantiza la explotación de las minas de turquesa de Serabit el-Khadim en el Sinaí, al tiempo que se reanudan las relaciones diplomáticas con Biblos y el mundo egeo.

LITERATURA Y POLÍTICA

Al regreso de Sesostris de una campaña dirigida, más allá del Uadi Natrun, contra los rebeldes refugiados entre los libios, estalla una crisis. Amenemhat I es asesinado a mediados de febrero de 1962 como consecuencia de una conspiración urdida en el harén. Sin duda, la sucesión no estaba tan asegurada como nos quieren creer algunos documentos, fechados simultáneamente, de los dos soberanos (Murname: 1977, 2 y ss.) Sesostris I accede al trono, ciertamente, pero el acontecimiento es lo suficientemente problemático como para que la literatura oficial se ocupe de él nada menos que en dos obras que, como la *Profecía de Neferti*, llegarán a ser en el Imperio Nuevo los clásicos escolares más difundidos sobre la ideología monárquica.

El primer texto es una novela que relata las tribulaciones de un funcionario del harén llamado Sinuhé. Formaba parte de la corte de Sesostris cuando, al regreso de la campaña de Libia, escuchó por azar el anuncio que se le hacía al príncipe del asesinato de su padre, y tuvo miedo. ¿Escuchó algo que no debía o existía alguna razón más profunda? Sea como fuere, Sinuhé atravesó el Delta hacia el este, cruzó el istmo de Suez y acabó por llegar a Siria. Allí, uno de esos beduinos recién sometidos por Egipto lo acogió y lo adoptó. Los años van pasando y tras numerosas peripecias, Sinuhé llega a ser un jefe de tribu respetado y poderoso. Sin embargo, la nostalgia lo atenaza y suplica el perdón a Sesostris quien se lo otorgará. Sinuhé regresa a su país, se reencuentra con los infantes reales y muere entre los suyos. Estas aventuras picarescas sirven de telón de fondo a la expresión de la lealtad de un servidor descarriado que regresa al sendero correcto. Los momentos cruciales del *Cuento de Sinuhé* son el elogio que realiza, ante el príncipe sirio, del nuevo rey y la respuesta que envía al faraón tras haber recibido el permiso de regresar.:

> «El servidor del palacio, Sinuhé, dijo: "Estamos en paz, entonces. Es maravilloso que esta huida, que emprendió en su inconsciencia este humilde servidor, sea bien entendida por tu *ka*, oh, dios perfecto, dueño del Doble País, el amado de Re, favorito de Montu, señor del Tebas. Amón, señor de los tronos del Doble País, Sobek, Re, Horus, Hathor, Atón, y su enéada, Soped, Neferbau, Semeseru, el Horus del Este, la Dama de Buto –que ella guarde tu cabeza–, el Consejo que está sobre las aguas, Min-Horus que habita en los desiertos, Ureret, dama del Punt, Nut, Haroeris y los otros dioses, señores de Egipto y de las islas de la Muy Verde, ¡que todos ellos den vida y fuerza a tu aliento, te colmen de sus larguezas, puedan darte la eternidad

sin fin y la duración sin límite! ¡Que el temor que inspiras se extienda por las llanuras y los montes hasta que hayas subyugado todo aquello que el disco solar rodea en su desplazamiento!. Esta es la plegaria de este humilde servidor para su señor, ahora que se ha salvado del Imenti.

»El señor del conocimiento, que conoce a sus súbditos, se ha dado cuenta, en el secreto de su palacio, de que este humilde servidor sentía miedo de decir estas cosas ya que éste es, en efecto, un grave asunto del que hablar. El gran dios, imagen de Re, hace prudente al que trabaja para sí mismo. Este humilde servidor está en manos de cualquiera que se preocupe por él: sí, yo estoy bajo tu dirección. Tu Majestad es el Horus que conquista, tus brazos son más poderosos que los de todos los demás países. (...)

»En lo tocante a la fuga que realizó este humilde servidor, no fue premeditada, no estaba en mi corazón, no había sido preparada. No sé qué me alejó del lugar donde estaba, fue como una especie de sueño, como cuando un hombre del Delta se encuentra en Elefantina o un hombre de los pantanos en Nubia. Yo no había conocido el temor, no había sido perseguido, no había oído palabras injuriosas, mi nombre no lo había escuchado en boca del heraldo. Pese a todo esto mis miembros temblaron, mis piernas se pusieron a huir y mi corazón a guiarme: el dios que había ordenado esta huida me arrastraba. Yo no soy una persona estirada, ya que es modesto el hombre que conoce su país, y Re ha hecho que tu temor reine en Egipto y tu terror en todas las regiones extranjeras. Que yo esté en tu corte o en este lugar no tiene importancia, pues eres siempre tú quien puedes oscurecer el horizonte, porque el sol se levanta a tu antojo, el agua de los ríos se puede beber cuando tú quieres, el aire en el cielo se respira cuando tú lo dices (...) Que Tu Majestad actúe como le plazca ya que se vive del aire que tú ofreces. ¡Que Re, Horus, Hathor amen tu augusta nariz, pues Montu, señor de Tebas desea que ella viva eternamente!"». (Lefebvre:1976, 18-20).

Historia moralista de un funcionario arrepentido y perdonado porque ha sabido permanecer leal, el *Cuento de Sinuhé* es una de las obras más populares de la literatura egipcia. Nos han llegado varios cientos de copias, casi tantas como de *La instrucción de Amenemhat I*, un texto que sigue el modelo de las *Instrucciones a Merikaré* y cuya finalidad no es tanto explicar el asesinato de Amenemhat I como consolidar la legitimidad de su sucesor.

Contrariamente al *Cuento de Sinuhé*, la *Instrucción de Amenemhat* sólo nos es conocida por versiones tardías, de las que la más antigua no remonta más allá de la primera mitad de la dinastía XVIII; Senmut, el hombre de confianza de la reina Hatshepsut era, entre otras cosas, una gran lector. Esto no excluye, naturalmente, la posibilidad de que fuera compuesta durante el reinado de Sesostris I con fines justificativos, pero la forma en que se relatan los hecho, la insistencia sobre la corregencia y los principios de gobierno dotan de un cierto valor de arquetipo a este texto, lo que explicaría su difusión, atestiguada sobre todo a partir de Thutmosis III. Antes de relatar su propia muerte, el rey ofrece, como ya lo había hecho Hety III, sabios consejos a su sucesor:

«Guárdate de los subordinados que (verdaderamente) no lo son, y por cuyo temor no se está alerta. No te acerques a ellos mientras estés solo; no te fíes de (ningún) hermano; no conozcas amigo. No te crees íntimos, pues no hay beneficio de ello. Si duermes, guarda tú mismo tu corazón, porque el hombre no tiene partidarios el día de la desgracia. Yo he dado al pobre; he criado al huérfano; hice que alcanzara (el bienestar) (?) tanto el no tenía como el que tenía. Pero fue aquel que se había nutrido de mi alimento el que provocó querella; aquel a quien yo había dado mis brazos conspiraba por medio de ellos; aquel que vestía mi más fino lino me miraba como si fuera un necesitado; aquel que era ungido con mi mirra estaba derramando el agua que llevaba (?). ¡Oh, mis imágenes vivientes, mis asociados entre los hombres...! Hacedme un lamento funerario tal como jamás haya sido escuchado, un tremendo combate tal que jamás haya sido visto (?)». (*Instrucción de Amenemhat I*, IIa-Vc. Trad. de J.M. Serrano).

El tema de la ingratitud humana no es, en este caso, un recuerdo del Primer Periodo Intermedio, sino más bien una referencia a la revuelta de los hombres («mis imágenes vivientes, mis asociados entre los hombres») contra su Creador. El rey, asimilado a Re, transmite su poder a su sucesor como lo hizo en otro tiempo el demiurgo cuando se retiró al cielo, hastiado para siempre de sus criaturas.

«Mira, el crimen sucedió cuando estaba sin ti, sin que aún se hubiera enterado la Corte de que yo te iba a entregar (el poder) y sin que aún me hubiera sentado (entronizado) contigo, de forma que te pudiera aconsejar. Porque yo no había previsto esto; no lo esperaba; mi corazón no se había dado cuenta de la negligencia de la servidumbre. ¿Es que (alguna vez) han mandado las mujeres tropas?... ¿Es que (acaso) se crían rebeldes en Palacio?». (*Instrucción de Amenemhat I*, VIIIa-IXb. Trad. de J.M. Serrano).

El texto no puede ser más claro e invita a dudar de una corregencia eventual entre dos reyes (Helck, *GM* 67 (1983), 43-46). El acceso al poder de Sesostris I no ocasionó, sin embargo, ningún problema y su largo reinado de cuarenta y cinco años fue pacífico lo que no nos permite, sin embargo, pensar que fuese él el beneficiario del complot... Al igual que Amenemhat I, Sesostris construyó por doquier; nada menos que en treinta y cinco lugares, sin contar su pirámide, construida en Licht, al sur de la de su padre. Entre estos lugares destaca El Fayum, pues este faraón será el primero en interesarse por él. Se acoge a la tradición heliopolitana al adoptar como nombre de coronación Neferkare y reconstruye en el año tercero de su reinado el templo de Re-Atón de Heliópolis y allí coloca, en el año treinta, con motivo de su primera fiesta jubilar, una pareja de obeliscos delante del pilón. Su actividad se extiende también al templo de Amón-Re de Karnak. Entre 1927 y 1937, H. Chevrier pudo reconstruir, a partir de los bloques reutilizados por Amenofis III en el tercer pilón, un quiosco de la fiesta-*sed*, hoy expuesto en el museo al aire libre del templo.

En el exterior Sesostris I prosigue la acción iniciada durante los diez últimos años del reinado de su padre. Acaba la conquista de la Baja Nubia en el año 18 e instala una guarnición en Buhen, en la Segunda Catarata. *Logra el control sobre el país de Kush, desde la Segunda a la Tercera Cata*rata, así como sobre la isla de Sai y mantiene relaciones comerciales con Kerma. El punto más extremo en donde se ha hallado su nombre es en la isla de Argo, al norte de Dongola. En el desierto oriental, continúa la explotación de las minas de oro, situadas al este de Coptos, así como la extracción de piedra en el Uadi Hammamat, de donde se extrajeron bloques para sesenta esfinges y ciento cincuenta estatuas, cifras que corresponden muy bien a su extensa actividad como constructor. Explota también las canteras de Hatnub, al menos en dos ocasiones, en el año 23 y en el 31. Al oeste, asegura el control de los oasis del desierto de Libia, en particular del enlace entre Abidos y Kharga. Mantiene estables las fronteras orientales del país para proteger los trabajos en las minas de Serabit el-Khadim en el Sinaí. Las relaciones comerciales con Siria-Palestina conducen a los egipcios hasta Ugarit.

Esta política exterior dio sus frutos bajo el reinado de Amenemhat II, quien sucedió a su padre tras una corta asociación al trono de dos años, y que reinará durante casi treinta. En Nubia, la conquista termina de manera provisional. Amenemhat II había participado, en calidad de príncipe heredero, en una expedición pacífica dirigida por Ameny, el nomarca del Orix. *La paz continuará durante su reinado, al igual que bajo el mandato de* Sesostris II. Ordena que los príncipes locales exploten las minas de oro y turquesa, bajo control egipcio, y el único hecho militar que se puede destacar es la inspección de la fortaleza de Uauat por uno de sus oficiales. Hacia el fin de su reinado, organiza una expedición hacia Punt.

Será sobre todo en Próximo Oriente donde Egipto comience a desempeñar un papel destacado, como lo demuestra un hallazgo que tuvo lugar en 1936, en el depósito de fundación del templo de Montu en Tod: cuatro cofres que contenían un «tributo» sirio formado por una vajilla de plata, de la que un elemento, al menos, es de estilo egeo y por amuletos de lapislázuli procedentes de Mesopotamia. Aunque esto que los egipcios denominaban «tributo» no fuese más que el fruto de un intercambio comercial, este depósito de fundación testimonia la importancia de las relaciones exteriores bajo el reinado de Amenemhat II. La presencia egipcia está atestiguada en Ras-Shamra por una estatuilla de una hija de Amenemhat II, en Mishrife y en Megiddo, donde se han descubierto cuatro estatuas del nomarca menfita Djehutyhotep. Hay incluso indicios de un culto a Snefru, en la dinastía XII, en la región de Ankara. En época de Sesostris II, Khnumhotep, el nomarca del Orix, acoge a los «hiksos» Abisha y su tribu, tal y como *lo hizo representar sobre los muros de su tumba de Beni Hassan. Este hecho* es importante, pues muestra que las relaciones no eran unidireccionales y que Egipto se abría a las influencias orientales que empezaban a hacerse patentes en la civilización y en el arte. Se ha hallado, por ejemplo, cerámi-

ca minoica en Illahun y en una tumba de Abidos, de la misma manera que había, en ese momento, objetos egipcios en Creta. Gran cantidad de mano de obra afluye a Egipto, importando nuevas técnicas y abriendo el camino a una lenta infiltración que convergirá en la dominación «asiática» sobre el país en el periodo siguiente. Mientras tanto, Egipto se pone de moda en Biblos, cuyos jefes autóctonos adoptan títulos egipcios, utilizan jeroglíficos y objetos manufacturados procedentes de los alrededores del Nilo.

El apogeo del Imperio Medio

Tras una corregencia de casi cinco años, Sesostris II sucede a su padre durante otros quince. Su reinado fue eclipsado por el de su sucesor Sesostris III, principal prototipo del Sesostris legendario. Corresponderá, sin embargo, a Sesostris II iniciar una obra de la que se beneficiará su nieto Amenemhat III: la explotación de El Fayum que, durante el Imperio Antiguo, no era sino una zona pantanosa, que servía de coto de pesca y caza, con centro en Cocodrilópolis. Este gran oasis, situado aproximadamente a ochenta kilómetros al sudoeste de Menfis, ofrecía buenas posibilidades de nuevas tierras. Sesostris II emprende la canalización del Bahr Yussuf, que desembocaba en el futuro lago Karun, construyendo un dique en Illahun y agregándole un sistema de drenaje y canales. El proyecto no será terminado hasta el reinado de Amenemhat III, pero estas grandes obras provocaron un nuevo desplazamiento de la necrópolis real que, tras haber sido trasladada a Dahshur con Amenemhat II, se instala en Illahun. Al este de su complejo funerario, el rey dispuso una parcelación del terreno destinada a acoger a los obreros empleados en estos trabajos.

Kahun es la primera ciudad artificial descubierta en Egipto, comparable a la aldea de los artesanos de Deir el-Medineh que data, esencialmente, de la época ramésida. Durante mucho tiempo, fue el primer ejemplo conocido de urbanismo hasta que las excavaciones de Amarna y después las del oasis de Balat en Elefantina han aportado nueva luz sobre las construcciones civiles.

> Las principales características, que se repiten en Amarna y en Deir el-Medineh, son el aislamiento y enclaustramiento de esta ciudad de aproximadamente 350 por 400 metros. Está rodeada de un cerco de ladrillos crudos, abierto por dos puertas, una por barrio. El barrio occidental debía ser el más acomodado: las casas son más espaciosas y mejor distribuidas. Al este, por el contrario, se cuentan más de doscientos viviendas que no sobrepasan jamás las tres habitaciones.

De la ciudad sólo conservamos su plano. Se han hallado lotes de papiros en las casas y también en el templo de Anubis, que estaba situado al Sur. Los textos que contienen son muy diversos y testimonian una importante actividad artística, económica y administrativa. Hay obras literarias tales como himnos reales, la *Historia de Hay*, algunos episodios del

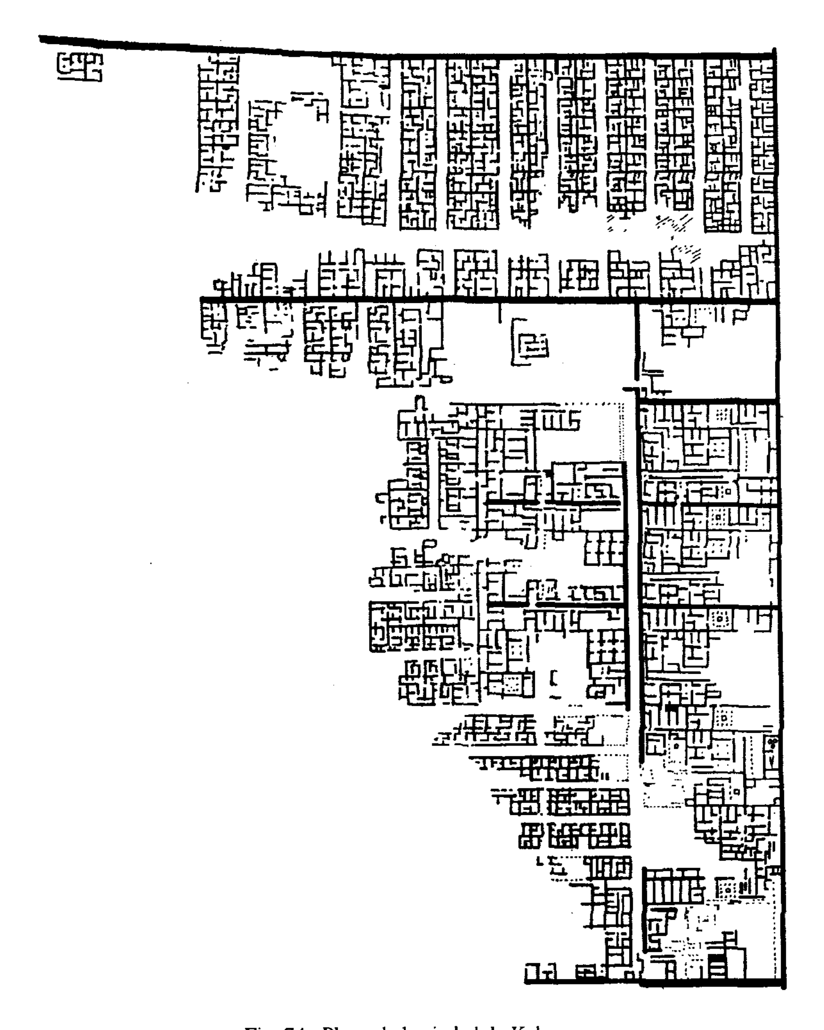


Fig. 74. Plano de la ciudad de Kahun.

Cuento de Horus y Seth, un tratado de ginecología y un tratado de veterinaria, un fragmento de una obra matemática, documentos jurídicos, hojas de contabilidad y archivos de templos que cubren toda la dinastía XII. De todo ello, no deberemos deducir, sin embargo, que Kahun hubiera servido de capital a Sesostris II ya que Deir el-Medineh ha ofrecido un material literario bastante más considerable sin haber desempeñado nunca ninguna función política.

Desde el momento en que Sesostris III sube al trono, debe afrontar un problema que su bisabuelo Sesostris I había comenzado ya a solucionar al dividir el cargo de visir: el problema de los feudos locales que ejercían un

poder a veces en nada diferente al de un rey, tal y como lo revela el lujo de las tumbas de Beni Hassan o la actividad en Hatnub de la familia de los Djehutyhotep. Sesostris III decide poner fin radicalmente al poder de quienes iban convirtiéndose poco a poco en verdaderos dinastas locales cimentados sobre una tradición familiar algunas veces más antigua que la del propio rey. Suprime, pura y llanamente, el cargo de nomarca, con una sola excepción, Uahka II de Antaeopólis, quien permanecerá en su puesto hasta el reinado de Amenemhat III. La nueva organización pone al país bajo la autoridad directa del visir en tres ministerios (*uaret*), uno para el Norte, otro para el Sur el tercero para la «Cabeza del Sur», es decir Elefantina y la Baja Nubia. Cada ministerio lo dirige un funcionario, ayudado por un asistente y un consejo (*djadjat*). Éste transmite las órdenes a los oficiales quienes, a su vez, las hacen ejecutar por los escribas. Las consecuencias de esta reforma son dobles: la pérdida de influencia de la nobleza y, como contrapartida, la ascensión de la clase media, que podemos rastrear a través de la proliferación de exvotos que esta última consagra a Osiris en Abidos. El rey se encarga de favorecer el desarrollo de su provincia de origen emprendiendo la construcción de un templo a Montu en Medamud.

El provincialismo esbozado del Primer Período Intermedio alcanzó su culmen en el Imperio Medio, con lo que podemos seguir bien la historia del país a través de las necrópolis de las capitales de los nomos. En Asiut, por ejemplo, ya hemos mencionado antes a Tefibi, durante las campañas que enfrentaron a heracleopolitanos y tebanos, a su hijo, nombrado por Merikare, y después al nomarca Hety I. Hay que añadir a esta lista dos personajes importantes del Imperio Medio: Mesehti, a caballo entre la dinastía XI y la XII, cuyos sarcófagos guardan una de las versiones más importantes de los *Textos de los Sarcófagos* y Hapydjefa, contemporáneo de Sesostris, cuyo rastro hemos seguido hasta Kerma: éste último se ocupó de reconstruir el nomo 13, arruinado por la guerra contra Tebas, y nos ha suministrado diez contratos funerarios que constituyen una preciosa fuente para el estudio del derecho.

La necrópolis de Assuán, ya floreciente en la dinastía VI, es todavía importante bajo Amenemhat I, con Sarenput I, y bajo Amenemhat II, con Sarenput II. Merecería la pena mencionar Gebelein, El-Bercheh, con la tumba de Djehutyhotep, quien vivió hasta el reinado de Sesostris III; Qau el-Kebir y, sobre todo Beni-Hassan, cuyo momento de esplendor se sitúa en la dinastía XII, con la familia de los Khnumhotep, y Meir, la necrópolis de Cusas, cuyo último nomarca conocido es Khakheperreseneb, contemporáneo de Sesostris II.

La larga paz de los dos reinados precedentes en Nubia había incitado a las tribus sudanesas a infiltrarse al norte del Tercera Catarata. También aquí Sesostris adoptará medidas enérgicas, comenzando por ampliar el canal que Merenre, en la dinastía VI, había excavado en las proximidades de Chellal para facilitar el paso de las naves en los rápidos de Assuán. Lo utilizará en el año octavo de su reinado, con motivo de una primera expedición contra Kush, a la que seguirá una segunda en el año décimo y, una tercera en el año 16. En el año 19, los egipcios remontan en barca hasta la Segunda Cata-

rata. Las campañas del año 8 y del 16 permiten fijar en Semna el límite meridional de su autoridad, que será reforzado por una cadena de ocho fuertes de ladrillo cocido situados entre Semna y Buhen, que Sesostris construyó, o bien reconstruyó (dado que los egipcios no establecen diferencias entre ambas actividades en las inscripciones conmemorativas): Semna oeste y Semna este (Kumna) que, junto con Uronarti constituyen los mejores ejemplos de arquitectura militar que han llegado hasta nuestros días.

Sólo conocemos una campaña de Sesostris III en Siria-Palestina, la dirigida contra los Mentjiu, que llevó a los egipcios a enfrentarse contra las poblaciones de Sichem y del Litani. Es posible llegar a hacerse una idea de los adversarios exteriores de Egipto gracias a los numerosos textos de execración hallados en Nubia y en el Valle. Son figurillas para el sortilegio o, sencillamente, fragmentos de cerámica sobre los que se escribían los nombres de los enemigos que se quería conjurar. Estos encantamientos eran practicados de manera institucional, en el momento en que se echaban los cimientos de un edificio, y así, tras haber sido ritualmente manipulados para romperlos, eran enterrados, de forma que quedaran prisioneros del edificio, que los cubría físicamente (de la misma manera que el rey aplastaba bajo sus pies a los Nueve Arcos, que representan a las naciones vecinas de Egipto, cuando se sentaba en su trono) o bien los clavaban en el exterior de la zona protegida el encantamiento. Estas listas de enemigos son muy útiles, pero poco fiables como testimonio histórico, ya que al encargado del ritual le era más útil mezclar a los adversarios del momento con antiguas listas prescritas desde hacía mucho tiempo, con el fin de asegurar la mayor universalidad posible en el conjuro, que limitarse únicamente a la situación actual. Dicho esto, es evidente que tales listas son nuestra fuente más directa, y allí figuran Nubia, los kushitas, los Medjau, los habitantes de Uauat, los Nehesyu o los Iuntyu. Para Palestina, sin embargo, las informaciones son más vagas, a pesar de una gran abundancia de nombres, entre los que se encuentran Biblos, Jerusalén, Sichem y Askalón.

La política exterior de Sesostris III fue suficiente para consolidar la autoridad de Egipto tanto en Nubia, donde Amenemhat III refuerza la frontera en Semna, como en el Próximo Oriente, en donde Amenemhat III y su sucesor, son honrados y respetados desde Kerma a Biblos. Durante el reinado de Amenemhat III, Egipto acoge a una numerosa mano de obra oriental de campesinos, soldados y artesanos, atraídos tanto por su fama cuanto por los empleos que surgen gracias al desarrollo del país. Durante cuarenta y cinco años, en efecto, Amenemhat III lleva a Egipto al culmen de la prosperidad. La paz reina tanto en el interior como en el exterior. La explotación de El Fayum corre parejo con el desarrollo de la irrigación y una intensa actividad en las minas y las canteras, mientras en el Sinaí, los trabajos en las minas de turquesa y de cobre conocen una intensidad jamás alcanzada. Desde el año 9 al 45 se cuentan no menos de cuarenta y nueve inscripciones en Serabit el-Khadim y diez en el Uadi Maghara y el Uadi Nash. Los campamentos estacionales de los mineros se transforman en instalaciones más o menos permanentes, con casas, fortificaciones, pozos o cisternas y necrópolis. Se amplía el templo de Hathor de Serabot el-Khadim y

se proteje la zona contra los ataques de los beduinos. Amenemhat IV continuará con estos trabajos. Las expediciones a las canteras son también numerosas: a Tura en el Uadi Hammamat y a Assuán en las proximidades de Toshka.

Esta actividad económica se traduce en numerosas construcciones que hacen del reinado de Amenemhat III una de las cimas del absolutismo de Estado. Además de concluir Semna y de levantar el templo de Kuban en Nubia, el faraón consagra lo mejor de sus esfuerzos a El Fayum, al cual permanecerá asociado su nombre hasta época grecorromana, tributándosele culto bajo el nombre de Lamares. Se han hallado en Biahmu dos colosos de granito sobre una base caliza que lo representan sentado. Además, Amenemhat III embelleció el templo de Sobek en Kiman Fares, construyó una capilla a Renenutet, la diosa de las cosechas, en Medinet Madi, y sobre todo, las dos pirámides, una en Dahshur y otra en Hawara. En las cercanías de esta última, se hallaron vestigios de lo que fue su templo funerario, que Estrabón describe como un laberinto.

El Fayum siguió siendo la principal preocupación de Amenemhat IV, quien sucedió a su padre hacia 1798, tras una corta corregencia. Es posible que él finalizara el templo de Qasr es-Sagha, a ocho kilómetros al norte del lago Karun, aparte de terminar la construcción del templo de Medinet Madi, comenzado por Amenemhat III. Este santuario consagrado a «la Renenutet viviente de Dja», la futura Thermuthis, y a Sobek de Shedit estaba formado entonces por una pequeña sala hipóstila que servía de pronaos y se abría hacia tres capillas que asociaban las dos divinidades a Amenemhat III y IV. Sufrirá diversas ampliaciones y añadidos decorativos hasta época de Adriano.

El final de la dinastía

Amenemhat IV reina un poco más de diez años y, a su muerte, la situación del país tiende nuevamente a degradarse, hasta cierto punto por razones semejantes a las que causaron el final del Imperio Antiguo. Sesostris III y Amenemhat III reinaron cada uno medio siglo lo que no dejó de causar graves problemas sucesorios. Tal vez por ello, al igual que al final de la dinastía VI, el poder recae ahora en una reina, Nefrusobek «La belleza de Sobek», la cual, por primera vez en la historia de Egipto, aparece designada en su nomenclatura como una mujer-faraón. Se trata quizá de la hermana (¿y esposa ?) de Amenemhat IV. Se le atribuye la pirámide norte de Masghuna, al sur de Dahshur (la meridional pertenece probablemente a Amenemhat IV). Si esta atribución es correcta, Nefrusobek no utilizó su pirámide, lo que indicaría que el corto reinado que le conceden las lista reales posiblemente terminase de forma brutal. Pero nada permite afirmarlo así y la dinastía XIII con la que se hace comenzar el «Segundo Periodo Intermedio», parece heredera legítima, bien por sangre o bien por matrimonio, de la XII, al menos en lo que concierne al primer rey, Sekhemre-Khutauy. Por otra parte, nada indica que hubiera una fuerte ruptura, como

la que se produjo al final del Imperio Antiguo, hasta que los hiksos se convirtieron en los dueños de Egipto, es decir, que durante casi un siglo y medio el país no se hunde de ningún modo, ni en el exterior ni en el interior. Más bien parece que la crisis sólo afecta al poder central, en una civilización que sigue impregnada de clasicismo.

El clasicismo

Hemos evocado anteriormente algunas obras literarias. El Imperio Medio en sentido amplio, esto es, desde el Primer Período Intermedio hasta la dinastía XIII, es la época en la que la lengua y la literatura alcanzan su forma más perfecta. Están representados todos los géneros, si es que podemos utilizar esta categoría. Hemos reseñado ya los escritos didácticos: *Máximas de Ptahotep, Instrucciones para Kagemni, Máximas de Hordjedef, Admoniciones, Instrucciones para Merikaré*, composiciones en su mayor parte apócrifas que son, en realidad, obras políticas. En esta misma línea se redacta, en el Imperio Medio, una de las *Instrucciones* más famosas, la *Kemit*, es decir, la «suma» acabada de una enseñanza cuya perfección refleja la de Egipto (*Kemet*, «la (tierra) negra»), considerada a su vez imagen perfecta del universo. Otro texto importante, conocido por el nombre de *Sátira de los Oficios* y conservado en más de cien manuscritos, lo escribió al inicio de la dinastía XII el escriba Hety, hijo de Duauf. En el género político, ya hemos mencionado la *Instrucción de Amenemhat I* y la *Profecía de Néferti*. Se podrían añadir también las *Instrucciones de lealtad*, las *Instrucciones de un hombre a su hijo* o las *Instrucciones al visir* que aparecen en el reinado de Amenemhat III.

Esta es también la gran época de la novela: los cuentos del *Campesino* o el de *Sinuhé*, que enlazan con el trasfondo de lealtad al faraón del Papiro Westcar y cuyos manuscritos más antiguos datan de Amenemhat III, el *Cuento del Náufrago*, que es conocido únicamente a través de un manuscrito y parece haber surgido como fruto de las relaciones con el país de Punt, muy importantes durante la dinastía XI, tal y como ya hemos visto.

> Mitad novela exótica y mitad relato mitológico, este cuento es el relato que hace un compañero de viaje a un funcionario, que ha fracasado en su misión, de un naufragio acontecido posiblemente en el Mar Rojo. El náufrago se encontró en una isla maravillosa perteneciente a una serpiente y se nos indica que esta serpiente, dotada de poderes sobrenaturales, era el único superviviente de una catástrofe celeste, tal vez la caída de un meteorito. Poseedora de los productos preciosos del país de Punt, predice a los desventurados egipcios su salvación y cubre de regalos al náufrago. La extraordinaria riqueza temática de este texto, muy corto por otra parte, ha propiciado que sea una de las obras más comentadas y traducidas de la lengua egipcia.

Los grandes relatos mitológicos, a menudo próximos a la novela por su aspecto picaresco, datan de esta época aunque generalmente sólo los cono-

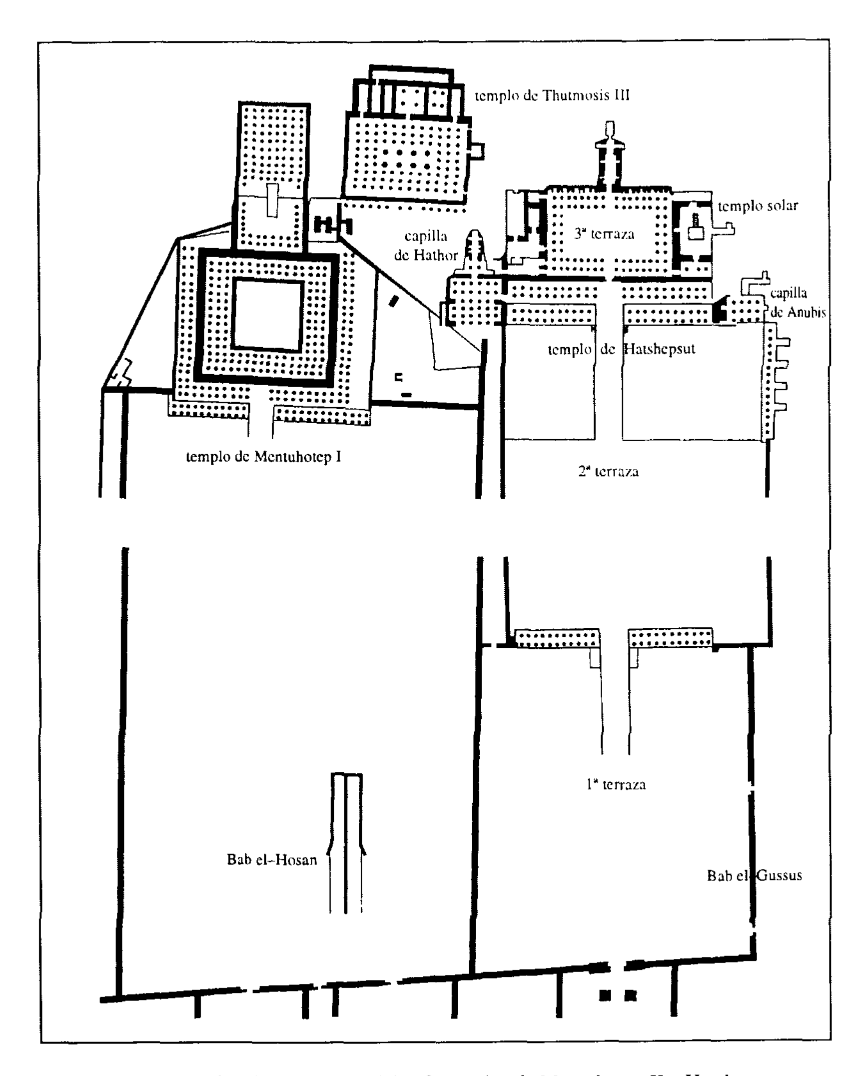


Fig. 75. Deir el-Bahari: los complejos funerarios de Mentuhotep II y Hatshepsut.

cemos por versiones más tardías: la leyenda de la *Destrucción de la Humanidad*, que contiene asimismo resonancias políticas, el *Cuento de Isis y de Re*, y el de *Horus y Seth*, ya aludidos anteriormente. Lo mismo puede decirse de los grandes dramas sagrados, como el *Drama de la coronación* o el *Drama menfita*, este último conocido por una versión que data de Shabaka.

A la corriente pesimista representada por el *Diálogo del desesperado con su Ba* se puede añadir otro conjunto, las *Colecciones de palabras de Khakheperreseneb*. En un género diferente se sitúa la himnología real, con

los textos de Illahun. La diplomática, los relatos autobiográficos e históricos, la correspondencia, los textos administrativos están representados abundantemente así como la literatura especializada, tal como tratados de medicina, de matemáticas (conocidos igualmente por copias muy tardías), el fragmento ginecológico y veterinario de Illahun, los fragmentos médico-mágicos tebanos y sobre todo el primer representante de los *onomastica*, descubierto en el Ramesseum. Estas listas de palabras que pasan revista a las categorías de la sociedad o del universo (nombres de oficios, pájaros, animales, plantas, listas geográficas etc.) estaban destinadas a la formación de los alumnos de las escuelas.

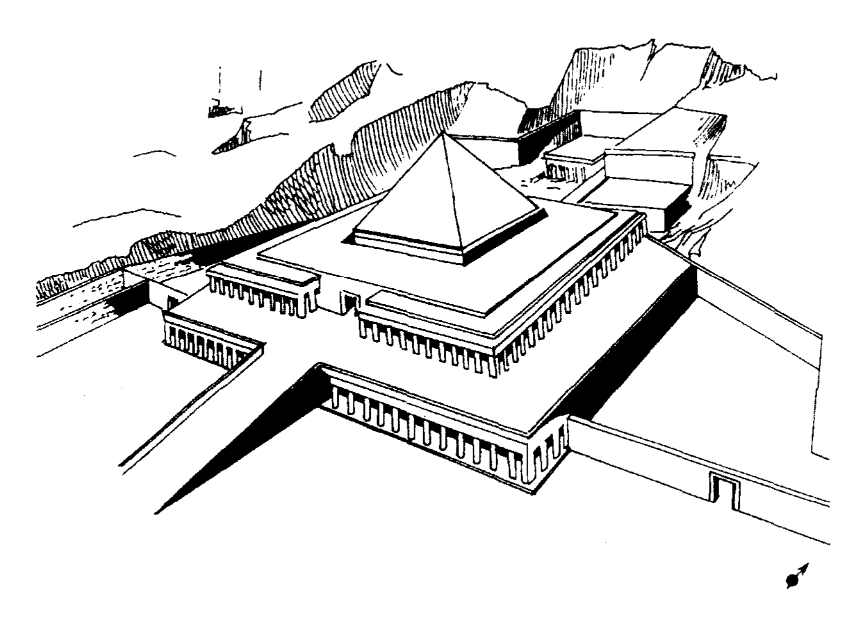


Fig. 76. Reconstrucción del templo funerario de Mentuhotep II en Deir el-Bahari.

Las obras literarias de la época testimonian un refinamiento que aúna la tradición del Imperio Antiguo con una sobriedad más próxima a lo humano. Se percibe una sensibilidad muy parecida en la producción artística, sea del tipo que sea, desde la arquitectura hasta las artes menores. La «capilla blanca» que Sesostris I construyó en Karnak ofrece una pureza de formas destacable y que se encuentra de nuevo tanto en la austeridad del templo de Qasr es-Sagha como en la simple disposición del de Medinet Madi. Desgraciadamente, las construcciones religiosas de los reyes del Imperio Medio son menos conocidas que las de sus sucesores. Con todo, podemos juzgar su calidad a partir de los edificios funerarios, sobre todo el que Mentuhotep II hizo edificar en Deir el-Bahari.

En este circo situado sobre la orilla occidental de Tebas y dominado por la cima que protege aún hoy las tumbas de los reyes y los nobles, Mentuhotep II hizo edificar un complejo funerario que recuerda la estructura de los del Imperio Antiguo: un templo de acogida, una calzada ascendiente y un templo funerario. La única diferencia reside en que la sepultura ya no está constituida por una pirámide sino incluida en el conjunto. Los restos de la construcción no nos permiten ser taxativos, pero se puede suponer verosímilmente que se mantuvo la idea de representar la colina primordial por una forma piramidal, de manera que el conjunto presentaría el siguiente aspecto:

Bajo esta terraza, coronada por una pirámide o una simple elevación (Arnold : 1974a), los depósitos de fundación hacen referencia a Montu-Re, lo que indica que se trata de una contrapartida tebana a las instalaciones heliopolitanas consagradas a Re-Harakhty. La parte en contacto con el escarpe comprende la tumba y las instalaciones cultuales reales que asocian a Mentuhotep con Amón-Re, prefigurando así las «Moradas de los Millones de Años», es decir, los templos funerarios del Imperio Nuevo.

El santuario y la tumba de Tem, la esposa del rey, fueron descubiertos a mediados del siglo XIX por Lord Dufferin, pero las excavaciones propiamente dichas no comenzaron hasta después del hallazgo, en 1900-1901, del cenotafio de Bab el-Hosan por H. Carter, y fueron realizadas entre 1903 y 1907 por E. Naville y E. Hall, por cuenta de la Egypt Exploration Society. Fueron continuadas por H.E. Winlock para el Metropolitan Museum of Art de 1921 a 1924, y desde 1967 por D. Arnold para el Instituto Alemán. Las excavaciones han permitido reconstruir cuatro etapas en la construcción: en primer lugar, un recinto oblicuo de piedra tallada discurría por el exterior del muro oriental del patio, sobre cuya función no es posible pronunciarse. La segunda etapa la integra la construcción, hacia los años 20-30 de Mentuhotep (puesto que se alude a él como el Horus *Netjerihedjet*), de un muro de cierre que se adaptaba a la forma del circo para incluir la tumba de Bab el-Hosan y las sepulturas de las reinas muertas antes que el rey. Después viene la fase principal, fechada por el Horus Sematauy (años 30-39, por lo tanto), en la que aparece la terraza, con un núcleo central y un deambulatorio que daba sobre la parte posterior compuesta por un patio con peristilo, una sala hipóstila, la capilla y la tumba real. La cuarta etapa comenzó antes del final de la tercera con la terminación de la calzada ascendiente, la constitución y alineamiento del muro interior del patio, la construcción de los pórticos del patio y de los patios que rodean el deambulatorio y el santuario de Amón-Re.

El templo de acogida, enterrado bajo las tierras de labor de Kom el-Fessad, no ha sido excavado aún. La calzada que partía de allí era descubierta y estaba enlosada de ladrillos y delimitada por muros de caliza. Con una longitud de más de 950 m., estaba flanqueada, casi cada 9 m. por estatuas del rey representado como Osiris, de las que H.E. Winlock ha hallado numerosos fragmentos. Da acceso al primer patio, ya modificado por el propio Mentuhotep, después por Tutmosis III quien destruye una parte para hacer pasar por allí la calzada de acceso a la capilla de Hathor, que levanta al norte del

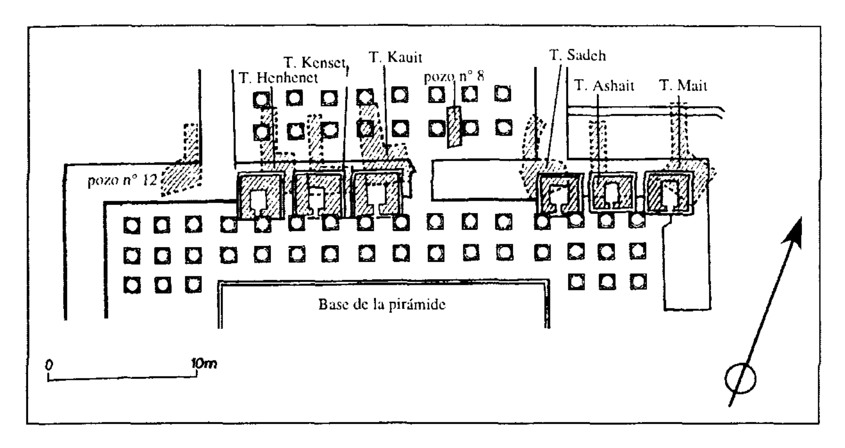


Fig. 77. Deir el-Bahari: Templo de Mentuhotep Nebhepetre. Capillas y tumbas de reinas.

templo de Mentuhotep II. El fondo del patio está delimitado por un doble pórtico, en cuyo centro se situaba una rampa que, flanqueada por cincuenta y cinco tamariscos y dos hileras de cuatro sicomoros, cada uno de los cuales albergaba una estatua del rey con los ropajes de la fiesta-*sed*, daba acceso a la terraza. En cada pórtico, cuyo techo sostenían veinticuatro pilares cuadrados, hay un muro revestido de piedra caliza cuyos relieves representaban una campaña asiática y escenas de navegación ritual. La reina Hapshepsut imitará este modelo, hasta los más mínimos detalles, en el templo que hará edificar a su lado.

En este patio, H. Carter descubrió por azar la entrada del cenotafio de Mentuhotep II, cuando su caballo dio un paso en falso en la depresión que señala el lugar, lo que le valió a la tumba el nombre de Bab el-Hosan, «la puerta del caballo». La puerta aún estaba sellada y conducía, a través de un largo corredor de 150 metros excavado en la roca en dirección oeste, a una habitación abovedada situada bajo la pirámide. En esta habitación, se encontraron una estatua real anónima en arenisca pintada, que representaba al soberano con los ropajes de la fiesta sed, y un sarcófago, anónimo también, acompañado de algunas ofrendas. Desde la cámara funeraria, un pozo vertical conducía a otra habitación situada treinta metros más abajo. En esta segunda estancia, se encontraron vasos y tres modelos diferentes de barcas. El nombre de Mentuhotep sólo aparece sobre un cofre de madera hallado en otro pozo situado hacia la mitad del primer corredor.

La terraza recubre una fase anterior al incluir las seis capillas y tumbas de la reinas-sacerdotisas de Hathor, la Señora del lugar. Esta capillas fueron incluidas durante la segunda etapa en el muro oriental del deambulatorio de la terraza. Su decoración resulta muy interesante ya que se representan escenas que muestran a las reinas realizando su arreglo personal, visitando sus granjas, en actitud festiva e incluso bebiendo leche de vaca. Este tema funerario del amamantamiento hathórico como fuente de renacimiento, lo retomará magistralmente Tutmosis III en el santuario rupestre antes aludido en

cuyo centro una estatua impresionante, hoy conservada en el Museo del Cairo, representa a Tutmosis a la vez protegido y amamantado por la diosa bajo su forma de vaca a la salida de los pantanos que constituyen la última etapa hacia el reino de los bienaventurados (fig. 90). Detrás de cada capilla un pozo da acceso a una cámara funeraria. Cuatro de estas seis tumbas sólo han sido saqueadas una vez y se ha hallado un sarcófago en las de Henhenet, Kauit y Ashait, mientras que una pertenecía a un niño, Mait.

La segunda fase de la terraza incluye un deambulatorio con muros adornados con escenas cultuales y administrativas y separado del patio central por un patio cubierto. Desde allí se accede, a través de un patio con peristilo, a la parte reservada del templo, la sala hipóstila cuyos muros estaban decorados con escenas de ofrendas. En el centro de la pared occidental de la sala, un nicho en forma de espeo estaba destinado a recibir una estatua del rey, delante del cual un pequeño santuario consagrado a Amón-Re y Mentuhotep incluía representaciones cultuales. En el ángulo suroeste del pasillo del hipóstilo se hallaba la tumba de la esposa real, Tem.

La verdadera tumba del rey está al oeste del santuario. Se accede allí por un largo corredor que parte del patio con peristilo y pasa bajo la sala hipóstila. La cámara funeraria se sitúa bajo el escarpe, posee un paramento de granito y aún no había sido saqueada en época de Ramses XI, si creemos el expediente de la inspección de la necrópolis realizado entonces, como consecuencia de numerosos pillajes de tumbas reales. No se ha hallado más que una nave de granito y alabastro, modelos de barcos, bastones y cetros.

La originalidad de la investigación arquitectónica de Mentuhotep permanece ligada a Tebas. Al desplazar la capital, sus sucesores retomaron la organización menfita del complejo funerario. Escogieron emplazamientos al sur de Saqqara y, al principio, repitieron la planta de las instalaciones funerarias de finales de la dinastía VI. El primer lugar utilizado fue Licht, a mitad de distancia, aproximadamente, entre Dahshur y Meidum, donde se instalan Amenemhat I y Sesostris I.

Amenemhat I hizo construir al norte del lugar una pirámide parecida de aspecto al modelo de la dinastía VI, tanto por la pendiente de 54° como por sus dimensiones (84 m. de lado por 70 m. de alto). Utiliza para la construcción bloques procedentes de Abusir y de Giza recubiertos de un paramento de caliza fina de Tura, hoy desaparecido. La entrada está en la cara occidental tras una falsa puerta de granito protegida por una capilla. La cámara funeraria está bajo el actual nivel de las aguas. El templo funerario fue acabado bajo la «corregencia» de Sesostris I. La rampa y el conjunto recuerdan aproximadamente la estructura de la de Pepi II. Contra la cara occidental de la pirámide se encuentran las tumbas de las princesas reales y, al sudoeste, la necrópolis de los notables del reino, entre los cuales destaca un cenotafio perteneciente a Antefikeru, que fue su visir y el de Sesostris I. Antefikeru está enterrado en la necrópolis tebana de Sheikh Abd el-Gurna (TT60), pero prolonga la antigua ficción del funcionario que sigue a su señor más allá de la tumba.

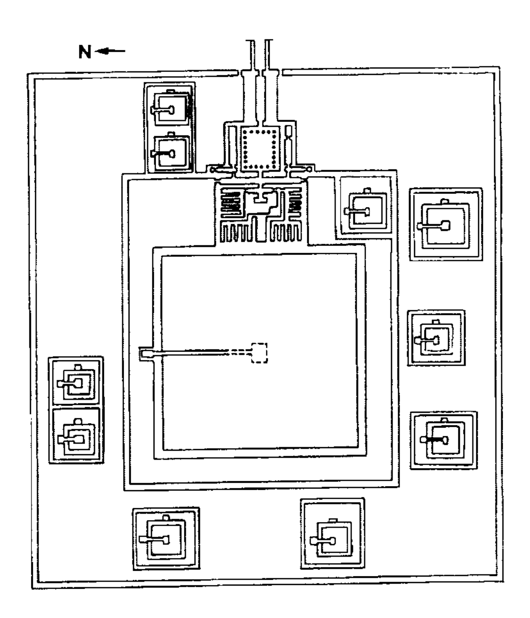


Fig.78. Plano de la pirámide de Sesostris I en Licht.

Sesostris I hizo edificar su pirámide al sur del lugar. También está rodeada de un muro de piedras redoblado por otro en ladrillo. Es más grande, ya que mide cerca de 105 m. de lado por solamente 60 de alto, que, como resultado, genera una pendiente más suave, de 49°. La técnica de construcción es diferente, menos costosa, en la medida en que combina una solera de muros cruzados en piedra con simples cascotes recubiertos de un paramento de piedra caliza de Tura de la que permanecen hoy leves vestigios. Además de la pirámide del *ka* del rey, se incluyen nueve pirámides satélites. En lo demás, imita igualmente la planta de la de Pepi II. Durante la excavación del complejo, en 1894, J.-E. Gautier descubrió un grupo de diez estatuas que representaban a Sesostris I sentado en un trono cúbico con un pequeño respaldo, decorado cada uno de ellos con una variación sobre el tema del *sema-tauy*, el emblema heráldico de la unión del Doble País (fig. 80) Estas estatuas, que fueron apresuradamente enterradas en un foso, sin duda para escapar a un pillaje, se hallan hoy reunidas en el Museo de Cairo.

Amenemhat II, por su parte, se trasladará más hacia el norte, para instalarse en Dahshur, donde se hace enterrar también su nieto Sesostris III, mientras que su bisnieto, Amenemhat III se contenta con un cenotafio.

La pirámide de Amenemhat II retoma la técnica de la de Sesostris I, pero su estado de conservación es tan deplorable que no podemos hacer una descripción exacta de ella. Con todo, conviene notar que al oeste del recinto se

han hallado las tumbas de las princesas Ita, Ita-uret, y sobre todo Khnumet, cuyas joyas se exponen en el Museo del Cairo.

Sesostris III siguió la técnica adoptada por su padre en Illahun, una estructura de muros de piedra, apoyada sobre un eje natural y cerrada por ladrillos crudos, todo revestido de piedra caliza de Tura. La entrada se hacía por un pozo situada al oeste que conducía a una cámara funeraria en granito rojo. Al sur y al este del complejo, cerrado por un recinto de ladrillos crudos, se hallaban las *mastabas* de los notables; al norte, las tumbas de las princesas Nefret-henut, Mereret y Senet-senebtisi, excavadas en galerías, han suministrado sarcófagos, vasos canopes y joyas, entre las que se encuentran los magníficos pectorales con los nombres de Sesostris II y III conservados en el Museo del Cairo.

Amenemhat III se hizo construir un cenotafio en ladrillo crudo, antiguamente recubierto de caliza y cuyo aspecto actual le ha valido el sobrenombre de «la pirámide negra». De grandes dimensiones (aproximadamente 100 m. de lado con una pendiente de 57°20´), el edificio estaba coronado por un piramidión. La entrada estaba situada al este lo mismo que el templo funerario. La infraestructura, con una planta muy compleja, contenía un sarcófago de granito y se inspiraba, posiblemente, en el complejo funerario de Djeser en Saqqara (Lauer: 1988,198)

El lugar de Dahshur fue utilizado asimismo por los soberanos de la dinastía XIII y, en particular por el rey Hor I Autibre; el Museo del Cairo conserva una estatua en madera de su *ka*. Sin embargo, Licht y Dahshur no son las únicas necrópolis reales de la dinastía XII porque los dos reyes a los que se atribuye la explotación de Fayum, Sesostris III y Amenemhat III quisieron aproximarse a su obra y se hicieron enterrar, el primero en Illahun y, el segundo en Hawara.

La pirámide de Illahun esta construida al norte del dique levantado por Sesostris II en el límite de las tierras de labor, sobre un planta cuadrada de 107 m. de lado, con una pendiente de 42°35´ y una altura probable de 48 m. La entrada se encuentra al sur y consiste en un pozo que conduce a un conjunto complicado de pasillos que rodean la cámara funeraria, sugiriendo un poco la idea de las olas rodeando la isla sobre la cual se decía que había sido colocada la tumba de Osiris en Abidos. En el interior, aún había un sarcófago de granito cerca del cual fue encontrado un uraeus de oro. Entre las tumbas de las princesas, la de Sathathoriunet conservaba un importante conjunto de joyas que, en la actualidad, se reparten entre el Metropolitan Museum of Art y el Museo del Cairo.

La pirámide que Amenemhat III se hizo edificar en Hawara, a 9 kilómetros de Medinet el-Fayum, guarda numerosas similitudes con la de Sesostris II. La cámara funeraria contiene una enorme cuba de granito y un segundo sarcófago, más pequeño, destinado a su hija, Neferuptah, que fue enterrada a 2 kilómetros al Sur, mientras que las demás princesas lo fueron en Dahshur. El templo funerario, situado también al sur, es probablemente el laberinto de Estrabón. En una superficie de 200 por 300 metros se dispo-

nen tres hileras de unidades contiguas pero independientes en donde apareció una de las más bellas estatuas de Amenemhat III sentado (CGC 385). Sin duda, era ésta una instalación para la fiesta-*sed* comparable a la de Djeser en Saqqara, con la cual, la de Amenemhat tiene más de un punto en común. El templo parece haber sido acabado por Nefrusobek, pero no es posible determinar si estas obras se destinaron a su finalización o a la instalación del culto de Amenemhat III divinizado.

La influencia del Imperio Antiguo se dejará sentir claramente en la estatuaria real, aunque el soberano no sea ya el dios intangible de antaño. Comparativamente hablando, sin embargo, evolucionará más la estatuaria real que la privada, que apenas introduce actitudes nuevas que no haya copiado de los modelos regios. Así, vemos aparecer figurillas en forma de momias colocadas en nichos, derivadas de los colosos osiríacos reales. De la estatuaria real proceden también los orantes y los personajes envueltos en mantos. La única auténtica innovación es la estatua cúbica: un personaje sentado cuyas piernas dobladas hacia el mentón forman un bloque de donde no emerge más que la cabeza. Esta forma, nacida de las investigaciones geométricas del Primer Período Intermedio, ofrece un soporte cómodo al texto que las recubrirá en la Época Baja.

En sus comienzos, el estilo tebano es burdo. Podemos mencionar como ejemplo la estatua que representa a Antef II encorsetado en el manto de la fiesta-*sed* que fue descubierta en el santuario de Hekaib en Elefantina o las del mismo tipo procedentes del santuario de Mentuhotep II en Deir el-Bahari, hoy dispersas entre El Cairo, Boston, Nueva York y Londres. A partir de Amenemhat I, el arte suaviza un tanto esta rudeza al contacto con las escuelas del Norte, tal y como se puede ver en los ejemplos procedentes de Mendes (Caire *JE* 60520) o de Tanis (Caire *JE* 37470). Pero las diferencias siguen siendo apreciables entre el Norte y el Sur en la medida en que los reyes continúan divididos entre sus orígenes y el Medio Egipto. En la abundante producción de Sesostris I se distinguen, así, varias escuelas: la de Tebas, ilustrada por dos colosos situados de pie a la entrada del templo de Karnak (Caire *JE* 38286 y 38287), la de «El Fayum», a la que se adscriben las obras de Licht, las diez estatuas antes aludidas, los pilares osiríacos y las diez estatuas de madera procedentes del templo de Imhotep (Caire *JE* 44951 y MMA 14.3.17) y la tendencia de Menfis, difundida tanto en Menfis mismo como en todo el Norte. Se caracteriza por un claro retorno a la tradición real que se traduce en la fabricación de estatuas de los reyes del pasado. (Sahure, Niuserra, Antef, Djeser bajo Sesostris II).

La tendencia clásica se mantiene bajo los reinados de Amenemhat II y Sesostris II, en particular en las estatuas reutilizadas posteriormente en Tanis. Los reinados de sus dos sucesores son particularmente ricos en obras de gran calidad. Recordaremos la serie de «retratos» de Sesostris III procedentes del templo de Medamud, que lo representan, alternativamente, joven o viejo, trasluciendo la humanidad que el rey ha adquirido, definitivamente, en el Primer Período Intermedio y las estatuas, comparables, de Amenemhat III (*CGC* 385) procedentes de Hawara, junto con numerosas



Fig. 79. Mentuhotep II con el manto de del fiesta-*sed* procedente de su cenotafio de Deir el-Bahari. Arenisca pintada. Alt.=1,83 m. El Cairo *JE* 36195.

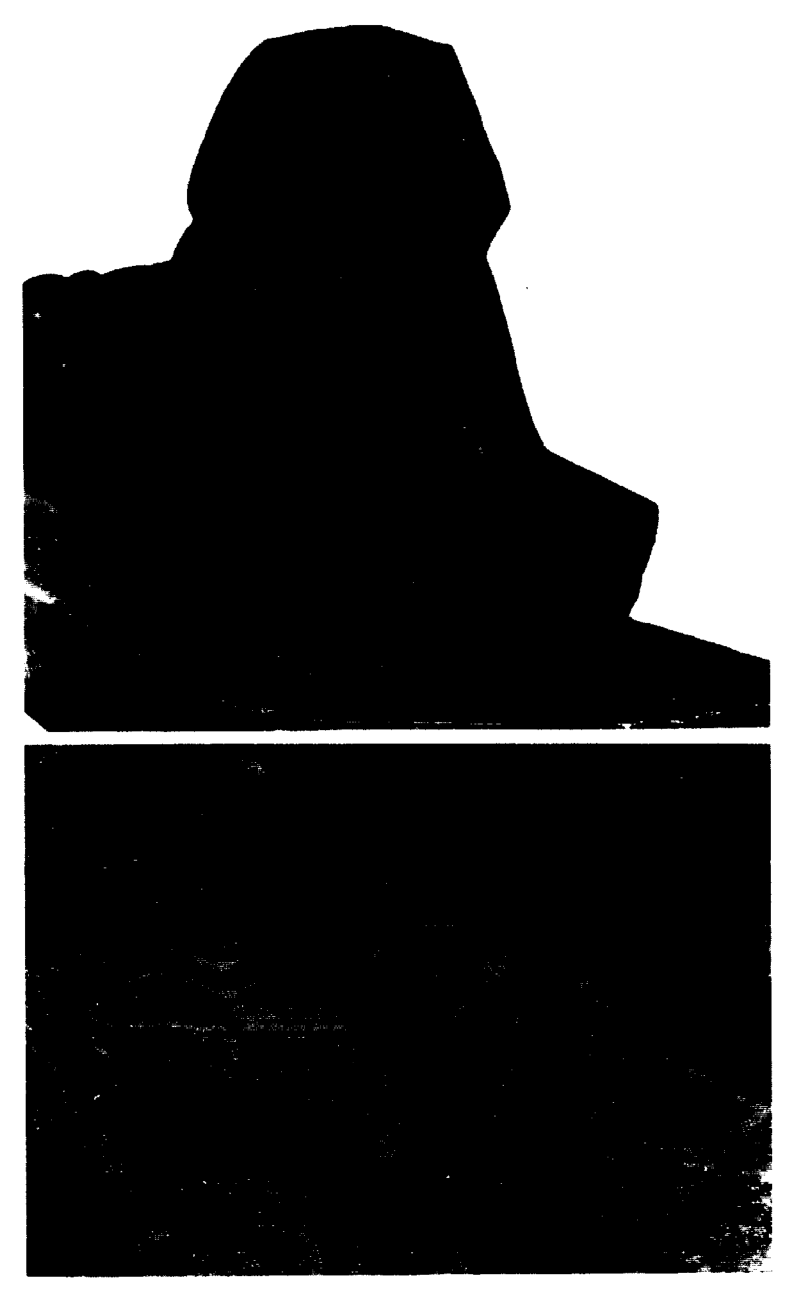


Fig. 80. Las estatuas de Licht en su escondrijo.
Arriba. Fig.81. Esfinge de Amenemhat II descubierta en Tanis y usurpada por Apofis, Mineptah y Sheshonk I. Granito rosa. Alt.=2,06 m. L.=4,79 m. Louvre A 23.

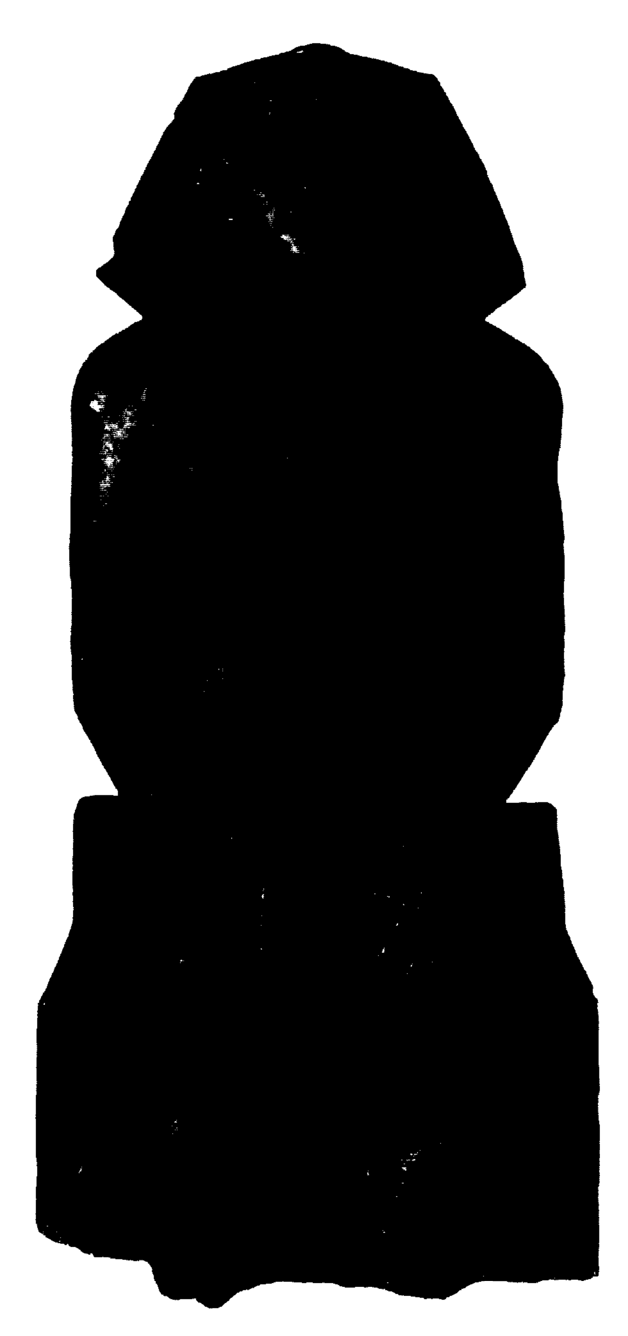


Fig. 82a. Sesostris III joven. Estatua procedente de Medamud. Granito gris. Alt.=1,20 m. Louvre E 12902.

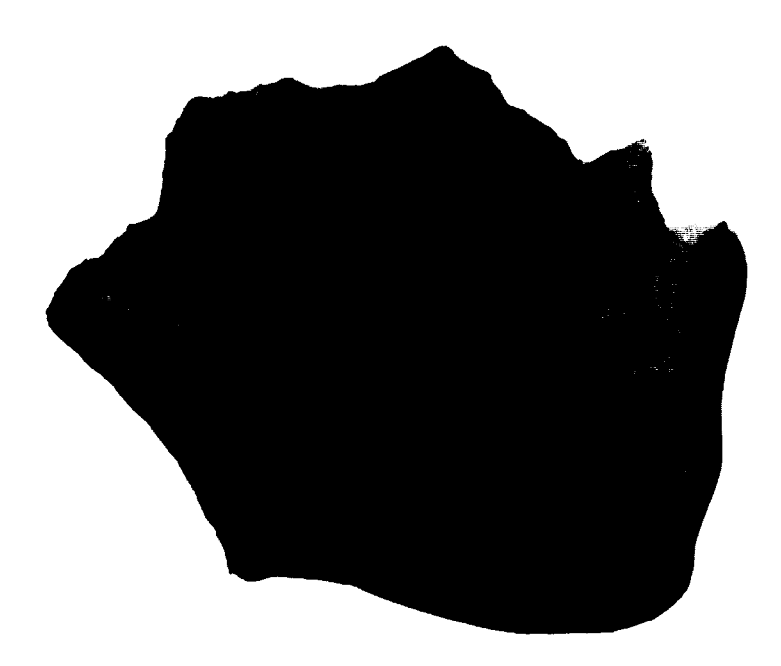


Fig. 82b. Sesostris III anciano. Cabeza de estatua procedente de Medamud. Granito gris. Alt.=0,15 m. Louvre E 12960.

esfinges y estatuas cultuales que ilustran el tema del rey arrodillado mientras ofrece vasos de vino, que ya hemos visto a finales del Imperio Antiguo (*CGC* 42013, procedente de Karnak, y Khartum 448, hallada en Semna). Toda una serie de estatuas fechadas a fines del reinado de Amenemhat III han sido atribuidas al período de los hiksos debido a su estilo, un tanto extraño. Se trata de esfinges procedentes de Tanis, de Bubastis y de Elkab y de estatuas del rey ofreciendo peces (*CGC* 392) que representan, de hecho, una tendencia propia del Norte y que mantendrá continuidad en sus sucesores.

El Imperio Medio está considerado como el período clásico por excelencia de la civilización egipcia. Sin embargo, no es el más largo ni el mejor documentado y se podría decir que, desde el punto de vista de la arquitectura, es el peor conocido puesto que de grandes templos, como los de Amón-Re en Karnak y el de Tanis, sólo nos ha quedado alguna huella a través de reutilizaciones posteriores. Este juicio de excelencia deriva, pues, de la calidad de las obras que nos han llegado, testimonio todas ellas de una cierta mesura, tanto más humana a nuestros ojos tras la grandeza de las pirámides. La importancia de los centros provinciales debe también destacarse ya que el país por entero parece acceder a una armonía que antaño estaba reservada a una minoría sin caer por ello en un estridente afán competitivo. El Imperio Medio da una cierta imagen de equilibrio que lo aproxima al

reinado de Maat. Esto es, al menos, lo que trasluce la única fuente verdaderamente desarrollada en comparación con otras épocas, la literatura. Hemos visto que un buen número de las obras que constituyen los fundamentos de la cultura egipcia fueron compuestas en el Imperio Medio y que expresan una idea de la civilización que será adoptada por sus sucesores como un modelo del que nadie deberá apartarse. Desde este punto de vista, el imperio de los Amenemhat y los Sesostris es realmente el período clásico de Egipto.

CAPÍTULO VIII

LA INVASIÓN

EL «SEGUNDO PERÍODO INTERMEDIO»

Regresemos ahora al plano internacional. Hemos visto cómo Egipto reconquistó poco a poco Nubia y asentó su supremacía en el Próximo Oriente. La afluencia de mano de obra asiática, particularmente abundante durante el reinado de Amenemhat III, generó un movimiento continuo, pacífico pero persistente, que permitió la implantación progresiva en el norte del país de poblaciones que habían sido desplazadas por los grandes movimientos migratorios venidos del este. En un momento determinado, estas comunidades tendieron a unificarse para ocupar el territorio a su disposición. El mecanismo que provocó la caída del Imperio Antiguo se repitió una vez más, de forma que el debilitamiento del Estado condujo a la fragmentación del país mientras el poder propiamente egipcio se refugiaba en el Sur.

El «Segundo Período Intermedio» no comienza bruscamente con el final de la dinastía XII. No constituye, como tampoco el Primer Período Intermedio, un período histórico en sí mismo sino una delimitación cronológica cómoda en la medida en la que sólo contamos con dos fechas seguras, la de su comienzo, con la muerte de Nefrusobek hacia 1785 y la de su fin, con el acceso al poder de Ahmosis, hacia 1560, que abre el Imperio Nuevo. Entre estas dos fechas, un período cercano a los dos siglos, cuya primera mitad es muy mal conocida y para la que no disponemos prácticamente más que de los nombres de las listas reales. En un primer momento, la dinastía XIII gobierna el país ella sola, posteriormente entra en conflicto con los príncipes de Xois y de Avaris, en el Delta, que forman dos dinastías hiksas, la XV y la XVI coetáneas de la XVIII tebana, hasta que Ahmosis los expulsa.

Las listas recogen más de cincuenta reyes para la dinastía XIII, pero no existe acuerdo sobre el orden de sucesión. ¿El primer soberano fue Sekhemre-Khutauy (*CAH* II^3, 13, 42 sg.) o Ugaf (v. Beckerath:1984, 67)? La

pregunta podría repetirse para cada uno de los reyes que se suceden con una cadencia tal que se ha supuesto que su designación se realizaba siguiendo el modelo electivo en vigor en los primeros tiempos del linaje tebano. La hipótesis es atrayente porque la actividad de estos soberanos «de paja» se centró esencialmente en la Tebaida, mientras la capital permaneció situada en Itjitauy hasta 1674 y Egipto conservó la suficiente fuerza como para ser respetado en el exterior y poderoso en el exterior. No parece muy arriesgado suponer, en estas condiciones, que el poder efectivo lo asumió la administración y en concreto un visir, casi independiente de la corte.

1785	Sekhemre-Khutauy
	Amenemhat V
	Sehetepibre (II)
	Amenemhat VI («¿Ameny el Asiático?»)
	Hornedjheritef «el Asiático»
	Sobekhotep I
	Reniseneb
	Hor I
	Amenemhat VII
	Ugaf
	Sesostris IV
	Khedjer
	Smenkhare
	Sobekemsaf I
	Sobekhotep III
	Neferhotep I
	Sahathor
	Sobekhotep IV
	Sobekhotep V
	Neferhotep II
	Neferhotep III
	Iaib
	Iy
	Ini
	...
1674	Dedumesiu

Fig. 83. Orden posible de sucesión de los principales reyes de las dinastías XIII y XIV.

La continuidad

A la vista de la documentación que tenemos, muy escasa, la primera impresión es la de una continuidad con la dinastía XII. Sekhemre-Khutauy edificó en Deir el-Bahari y en Medamud; Amenemhat V, su sucesor, aparece en los monumentos del Alto y Bajo Egipto como Hornedjheritef «El Horus vengador de su padre» o, más exactamente, «cuidador» de los inte-

reses de su padre, (al igual que Horus en relación con los de Osiris) y también está presente en Khatana. Más avanzada ya la dinastía, Sobekemsaf I aparece nombrado en las inscripciones arquitectónicas de Medamud y construyó, igualmente, en Abidos, Karnak, Tod y Elefantina. Sobekhotep III hizo levantar una columnata y las puertas del templo de Montu en Medamud, estará presente también en Elkab y, sobre todo, poseemos de su reinado dos documentos administrativos: un papiro conservado en el Museo de Brooklyn que contiene una lista de funcionarios, y el papiro Boulaq 18 que ha conservado el registro de los ingresos y los gastos de la corte durante una estancia de un mes en Tebas. El documento nombra tres ministerios (*uaret*) de los que, uno al menos, fue creado por Sesostris III: la «Cabeza del Sur», los otros dos eran el «Tesoro» y la «Oficina de los Trabajos». Sobekhotep III presenta otra particularidad, porque sabemos que no era de origen real sino nacido de un príncipe tebano, Mentuhotep.

Todos estos reyes se hicieron enterrar siguiendo la tradición del Imperio Medio y se han descubierto algunas de sus pirámides. En Dahshur, la pirámide descubierta en 1957 perteneció a «Ameny el asiático», es decir, probablemente, Amenemhat VI. Khedjer fue enterrado en Saqqara-Sur en una pirámide de ladrillo revestida de piedra caliza y con una cámara funeraria de cuarcita. En sus proximidades, se encontró una pirámide anónima más grande. Neferhotep I fue posiblemente enterrado en Licht, a cierta distancia de Sesostris I.

Lo más extraño de la situación es sin duda el hecho de que las posiciones egipcias se mantienen en el exterior. En Nubia, contamos con indicadores de la crecida en Semna, a la altura de la Segunda Catarata, datados en los cuatro primeros años del reinado de Sekhemre-Khutauy. Estas marcas no continúan con Amenemhat V, pero el control egipcio sobre la Baja Nubia está asegurado en esta época, al menos hasta el reinado de Ugaf, del que se ha descubierto una estatua en Semna. Un grafito de Shatt er-Rigal testimonia una expedición de Sobekemsaf hacia Nubia y se sabe que la autoridad de Neferhotep I se extendía, al menos, hasta la Primera Catarata. La situación es muy semejante en el Próximo Oriente: bajo Amenemhat V y Sehetepibre II la situación no cambia. Biblos, por ejemplo rinde pleitesía a Egipto. Hornedjheritef mismo es denominado «el asiático», sin duda por haber mantenido una política exterior activa que, desgraciadamente, desconocemos a excepción del testimonio de un escarabeo con su nombre hallado en Jericó. Sin embargo, este tipo de documentos esta sujeto, por su naturaleza, a una gran dispersión por lo que no constituye una prueba fehaciente de la presencia egipcia. En compensación sabemos, a través de un relieve hallado en Biblos, que este principado era todavía vasallo de Egipto bajo Neferhotep I.

Neferhotep I y Sobekhotep IV

El reinado del primero constituye un punto de inflexión. Permaneció once años en el poder y sus títulos insisten en su acción organizadora: es

el Horus *gereg-tauy*, «Quien ha fundado el Doble País»; su nombre de las Dos Señoras se expresa como *oup-Maat* «El que separa el Bien (del Mal)». En realidad, debe de haber tenido poder, dejando aparte el Sur, sobre el conjunto del Delta, con excepción del 6º nomo del Bajo Egipto, cuya cabeza, Xois (Qedem, en las proximidades de Kafr el-Sheikh), habría sido, según Manetón, la capital de la dinastía XIV, paralela a la XIII y a la dinastía hiksa que pronto va a surgir en Avaris.

Será durante el reinado del hermano de Neferhotep I, Sobekhotep IV, que gobierna el país durante ocho años, cuando la ciudad de Avaris (*Hut-uret*, «El gran castillo») pase a manos de los hiksos quienes la convertirán en la capital desde la cual desplegarán su influencia, cada vez mayor, sobre el Delta. Gracias a las excavaciones de M. Bietak, sabemos que esta ciudad, identificada anteriormente con Tanis, es Khatana, el enclave de Tell ed-Daba, la futura Pi-Ramsés a siete kilómetros al norte de Fakus. Estos acontecimientos tuvieron lugar hacia 1730-1720 si nos fiamos de una estela, erigida durante el reinado de Ramses II, que fue hallada en Tanis por A. Mariette en 1863 (Paris: 1976, 33-38). Esta estela, que conmemora la fundación del templo de Seth en Avaris, está fechada, en efecto, en «el año 400, cuarto día del cuarto mes del verano, del rey del Alto y Bajo Egipto "Grande-es-el-poder-de-Seth", el Hijo de Re, su preferido, amado de Re-Harakhty». Si se admite que esta fecha no es la de la erección de la estela sino la del texto original, del que no sería sino una copia, probablemente realizada en el reinado de Horemheb, la fundación habría tenido lugar hacia el 1720.

Los hiksos

Los hiksos se harán con el poder en el Norte de manera progresiva. Partiendo de Avaris, van ganando terreno poco a poco hacia Menfis, siguiendo el borde oriental del Delta. Se establecen en Faracha, en Tell el-Sahaba en la salida del Uadi Tumilat, en Bubastis, Inchas y Tell el-Yahudiyeh, a unos veinte kilómetros al norte de Heliópolis. El avance se realiza durante casi medio siglo, aproximadamente hasta 1675. La dinastía XIII está en su rey número treinta y tres o treinta y cuatro, Dedumesiu I, posiblemente el Tutimaius de Manetón, bajo cuyo reinado los hiksos dominaron Egipto. La identificación entre ambos soberanos concordaría con el hecho de que Dedumesiu es el último rey de la dinastía XIII reflejado en los monumentos de Tebas, Deir el-Bahari y Gebelein. La dinastía no se extingue a continuación, pero sus sucesores no tendrían más que un poder local que desaparecerá definitivamente en 1633.

El fundador de la dinastía hiksa, la XV de Manetón, es un tal Salitis, el mismo que los sellos de Kerma atestiguan como Sheshi (lo cual nos permite suponer que Nubia se había aliado desde el principio con los hiksos) y que el Sharek conocido en Menfis. Pero, ¿quiénes eran los hiksos? Su nombre es la deformación griega del que le dieron los egipcios: *hekau-khasut*, «los jefes de los países extranjeros». Esta denominación no conlleva

	Din. XIII-XIV	Din. XV-XVI (Hiksos)	Tebas
1674	Dedumesiu I	6 reyes hasta c.1567	
		Salitis	
	Dedumesiu II		
	Senebmiu		
	Djedkare		
	Montuemsaf		
1650	...	Yakub-Har	
			Rahotep
			Antef V
			Sobekemsaf II
		Khyan	Djehuty
1633	fin de la dinastía		Mentuhotep VII
			Nebiryau I
			Antef VII
		Apofis I	
			Senakhtenre TAA I «el Antiguo»
			Sekenre TAA II «el Bravo»
1578			Kamosis
		Apofis II	
1570 (1553)			comienzo de la dinastía XVIII.

Fig. 84. Cuadro cronológico de las dinastías hiksa y tebana.

ninguna noción definida de raza o de origen ya que se aplica, desde el Imperio Antiguo hasta el Imperio Medio, a todo extranjero fuera cual fuese su procedencia, de Nubia a Palestina. Los «hiksos» equivalen más o menos, a los que, en otras ocasiones, los egipcios llamaban los «asiáticos» y con los que ya desde antes habían tenido conflictos: Aamu, Setjetiu, Mentju de Asia o Retenu. Si bien la última etapa de su acceso al poder fue violenta, su implantación parece haber sido mucho mejor aceptada por la población de lo que harían suponer los textos de comienzos del Imperio Nuevo, cuya inspiración nacionalista era proclive a numerosas exageraciones. La lista de funcionarios del Papiro de Brooklyn, antes citado, muestra que los egipcios y los «asiáticos» convivían sin problemas. Es más, los reyes hiksos han sido grandes constructores que han dejado templos, estatuas, relieves, escarabeos y se ocuparon de la difusión de la literatura egipcia. El papiro matemático Rhind, por ejemplo, fechado en el año 33 del rey Apofis I, el padre del rival de Kamosis, atestigua un claro respeto cultural, aunque se trate sólo de la copia de un original tebano.

Los hiksos inauguran un modo de gobierno que tendrá éxito también en el futuro cada vez que un nuevo invasor decida ponerlo en práctica. Se

basarán en el modelo político egipcio en vez de imponer sus propias estructuras de gobierno, lo que no les impide, sin embargo, conservar su identidad cultural tal y como se aprecia en la arquitectura (los «fuertes hiksos») o en la cerámica de Tell el-Yahudiyeh (a pesar de ciertas reservas que podrían aducirse). Adoptan la escritura jeroglífica para escribir sus nombres, así como la titulatura real egipcia, copian los modelos plásticos del Imperio Medio, etc. En materia religiosa procederán igual que en política, instituyendo una religión oficial «a la egipcia» en torno a Seth de Avaris, el adversario de Osiris, contentándose con acentuar sus rasgos semíticos. Más tarde y bajo esta forma será asimilado a Baal-Reshef o al dios hitita Teshub. Conservarán igualmente el culto de Anat-Astarté pero sin descartar a los dioses egipcios y prueba de ello es que los reyes continúan llevando en nombre de Re en su titulatura.

Su presencia, menos nefasta de lo que sugieren las fuentes egipcias posteriores, dejará huellas profundas en la civilización, cuyo aislamiento quebrará de una vez para siempre. En el plano religioso, cultural y filosófico, levantó unos cimientos sobre los que se asentarán los reyes del Imperio Nuevo. En el dominio de las técnicas los aportes son incalculables, sobre todo en materia militar entre los que cabe destacar los arreos del caballo, atestiguados por primera vez con Kamosis, aunque el animal era ya conocido y criado anteriormente en el valle. Los hiksos hicieron posible que los egipcios accedieran a la nuevas tecnologías de armamento surgidas de la industria del bronce, gracias a las cuales los faraones del Imperio Nuevo mantuvieron a raya a sus oponentes orientales.

Salitis/Sheshi/Sharek gobierna, probablemente desde Menfis y durante veinte años, un reino que comprendía el Delta y el Valle hasta Gebelein, así como las rutas caravaneras que posibilitaban la conexión con sus aliados nubios. Este estado de cosas durará hasta el reinado de Apofis I, quien delegará parte de su autoridad en una rama hiksa vasalla, impropiamente denominada por Manetón dinastía XVI.

Los tebanos

Frente a Apofis I, una nueva dinastía nace en Tebas de una rama local de la dinastía XIII. La funda Rahotep, quien adopta como nombre de Horus *Uahankh*. El papiro de Turín enumera quince reyes en esta dinastía XVII mientras que la Tabla de los Antepasados de Karnak, nueve. Diez son conocidos por los monumentos tebanos: se han hallado en Tebas las tumbas de siete y la de un octavo no mencionado en las listas. Durante unos setenta y cinco años estos reyes gobiernan sobre los ocho primeros nomos de Egipto, desde Elefantina a Abidos, aproximadamente en el mismo territorio que gobernaron durante el Primer Período Intermedio. Sus recursos económicos eran muy escasos, y no tenían, concretamente, acceso a las minas ni a las canteras, pero mantuvieron, con sus propios medios, la civilización del Imperio Medio. Rahotep, por ejemplo, dirige los trabajos de restauración de los templos de Min en Coptos y de Osiris en Abidos. Todos los sobera-

nos se hicieron enterrar en el cementerio de Dra Abu'l-Naga, bajo una pirámide de ladrillo que será el origen del piramidión que coronaba las capillas funerarias civiles en el Imperio Nuevo. La tradición egipcia se mantiene recopiando los textos literarios y técnicos y, así, de esta época datan el Papiro Prisse, que contiene una versión de las *Máximas de Ptahhotep* y las *Instrucciones para Kagemni*, los *Cantos del Arpista*, que se supone pertenecían a la decoración de la tumba de Antef VII, etc.

El contemporáneo de Rahotep, y sucesor de Salitis es Yakub-Her, también conocido bajo el nombre de Yakub-Baal. Reina, con toda seguridad, durante dieciocho años y está atestiguado en sellos desde Gaza a Kerma. Mantuvo buenas relaciones con los tres reyes de Tebas que sucedieron a Rahotep. El primero de ellos es Antef «El antiguo» que se considera a sí mismo descendiente de Neferhotep I al escoger como nombre de Horus el de *Up-Maat*. Reina durante tres años y es enterrado en Dra Abu'l-Naga, por su efímero sucesor, su hermano menor Antef VI. El Papiro Abbot, que contiene el informe de las inspecciones realizadas en las tumbas reales como consecuencia de los pillajes durante el reinado de Ramsés IX, indica que su sepultura permanecía todavía intacta en la dinastía XX. En realidad, no ha aparecido, pero, con certeza, fue saqueada en época moderna ya que poseemos el piramidión, el cofre con vasos canopes y un pequeño féretro antropoide que debía contener el Papiro Prisse. Antef I no reina más que unos meses y su sarcófago se conserva en el Louvre. Su sucesor, Sobekemsaf II, es el mejor conocido de los reyes de la dinastía XVII y su reinado, de seis años, fue próspero. Construyó en Karnak y en Abidos, y su tumba aparece mencionada en los Papiros Abbott, Ambras y Amherst-Leopoldo II, que le reconocen como un gran rey provisto de un rico ajuar funerario.

Hacia 1635/1633, durante el reinado de Sobekemsaf II, la dinastía XIII se acaba y la XIV no le sobrevivirá más que dos o tres generaciones, en Xois. En la parte de los hiksos, Khyan ha sucedido a Yakub-Her y no se puede decir que hubiera forjado un verdadero imperio, pero su nombre está atestiguado tanto en Egipto, en Gebelein mediante un elemento arquitectónico y en Bubastis, como en el exterior, ya que hallamos su nombre en una jarra del palacio de Cnossos, en los escarabeos y moldes de sellos de Palestina y en un león de granito de Bagdad. Esto prueba que las relaciones comerciales han alcanzado, al menos, el mismo nivel que en el Imperio Medio. En la parte de Nubia no existen datos que permitan suponer un vasallaje, sino al contrario pues un rey, llamado Nedjeh, toma el poder en Kush con la ayuda de oficiales egipcios. Instala su capital en Buhen y reina desde Elefantina hasta la Segunda Catarata, sin duda hasta Kerma. Este reino, que sabemos por los textos que relatan el enfrentamiento final entre Tebas y los hiksos que era aliado de estos últimos, subsistirá hasta que Kamosis se apodere de Buhen. Mientras duró mantuvo todas las apariencias de una egipcización muy completa, tanto por los títulos de los funcionarios o el tipo de construcciones, como por los cultos divinos, al igual que sucederá mas tarde en el caso del reino de Napata. Al mismo tiempo, algunas poblaciones del Grupo C, localizadas en Nubia de Toshka a Dakke, se instalarán en la zona que abarca desde Deir Rifeh, al norte, hasta

Mo'alla, al sur. Caracterizadas por sus sepulturas ovales ricas en material militar («Pan-Graves») se identifican con los Medjau, utilizados por los tebanos como tropas de elite.

Los contemporáneos tebanos de Khyan no son fáciles de precisar: un tal Djehuty, que no reinó más que durante un año y al que conocemos sólo por un cofre de canopes reutilizado más tarde, Mentuhotep VII que no reinó mucho más tiempo y del que se ha hallado, en Edfú, una pareja de esfinges en piedra caliza, Renebiryau I, que aparece en la Estela jurídica de Karnak, en la que se evoca una transacción entre el *uaret* del Norte y la oficina del visir. A continuación, aparecen dos grandes figuras: Antef VII en Tebas y Apofis I en la parte hiksa. Antef VII es el primero cuya actividad guerrera y organizadora está atestiguada. Manda edificar en Coptos, Abidos, Elkab y Karnak y promulga, en el año 3 de su reinado, un edicto relativo al templo de Min, en Coptos, que es un testimonio del carácter autocrático del poder tebano. Entre sus construcciones en el templo de Min figura un bloque que, al igual que un zócalo con su nombre hallado en Karnak, representa a los enemigos vencidos, asiáticos y nubios. Desde luego, puede tratarse, en ambos casos, simplemente de un tema tradicional de la retórica regia, pero debemos tener en cuenta que Antef VII se hace enterrar con el ajuar funerario propio de un guerrero, dos arcos y seis flechas en el interior de su sarcófago, hoy en el Museo Británico. Asimismo, la ubicación de su tumba en Dra Abu'l-Naga, al norte de la de sus predecesores, indica que él inauguró una nueva serie. Una confirmación de todo ello puede deducirse del destino póstumo de su esposa, la reina Sobekemsaf, que fue enterrada en Edfú, pues la tradición la considerará como una antepasada de la dinastía XVIII.

Durante el reinado de Antef VII, Tebas permanece en paz con los hiksos, gobernados por Apofis I, al cual el Canon de Turín le atribuye cuarenta años de gobierno. Incluso son numerosos los intercambios entre ambos reinos. Hemos evocado anteriormente el *Papiro matemático Rhind*, copia hiksa de un original tebano que se puede interpretar como una prueba de estas relaciones pacíficas o incluso de la sumisión de Tebas al reino del Norte. Esta segunda hipótesis no se debe descartar en la medida en la que Apofis I no solamente aparece atestiguado hasta Gebelein sino que también habría estado vinculado a la familia real tebana, pues en la tumba de Amenofis I apareció un vaso con el nombre de su hija Herit. Este objeto fue probablemente transmitido de generación en generación a partir de un matrimonio que haría de ella uno de los antepasados de la dinastía XVIII... Sea como fuere, estamos muy lejos del odio descrito por los textos posteriores y Apofis I es denominado «rey del Alto y Bajo Egipto» sobre una paleta de escriba procedente de El Fayum y sobre varios escarabeos.

Hacia el fin de su reinado comienza la lucha abierta con Tebas, en donde Taa I, denominado «el antiguo» había sucedido a Antef VII. La esposa de Taa I, Tetisheri, quien vivió hasta los primeros momentos de la dinastía XVIII, fue reverenciada tras su muerte como abuela del liberador Ahmosis. Taa I cederá su puesto a Sekenenre Taa II, llamado «el bravo», con quien se casará la reina Ahhotep, la madre de Ahmosis.

La momia de Sekenenre Taa II fue salvada del pillaje en la época de Ramsés IX y guardada, junto con otros despojos reales, en el escondrijo descubierto por G. Maspero en 1881. Las huellas de muerte violenta que presenta nos confirman el enfrentamiento entre el Norte y el Sur, para el que poseemos, además, otros dos testimonios de desigual valor. Uno es un relato novelado, *La disputa de Apofis y Sekenenre*, de la que sólo conocemos el comienzo por la copia que hizo el escriba Pentaur bajo el reinado de Mineptah. La otra fuente es un relato oficial, fechado en el año 3 de

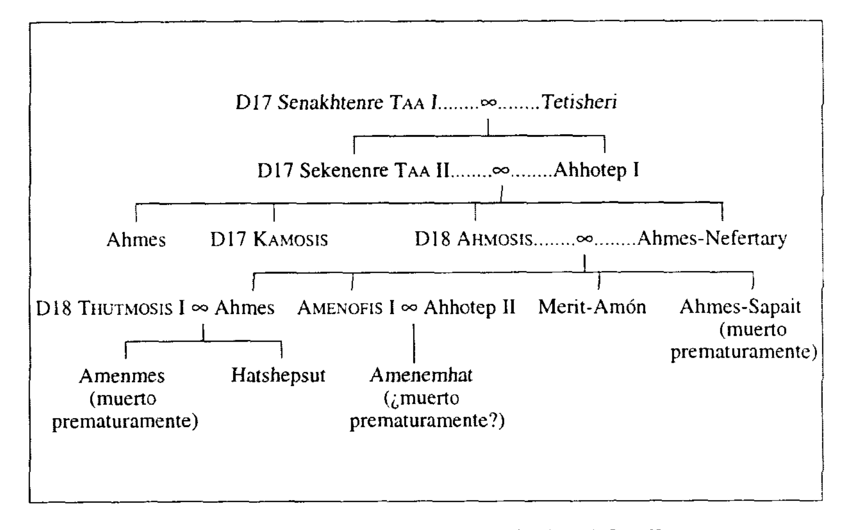


Fig. 85. La familia real y el origen de la dinastía XVIII:
genealogía somera de las generaciones 1-4.

Kamosis y conservado sobre dos soportes diferentes, dos estelas fragmentadas, que se completan, que el rey había mandado erigir en Karnak y una copia en una tablilla que formó parte de la colección reunida por Lord Carnavon. El primer texto relata el enfrentamiento bajo la forma de una especie de justa de adivinanzas entre ambos reyes:

> «Aconteció pues que la tierra de Egipto estaba en dura aflicción, y que no había un Señor, ¡vida, prosperidad, salud!, como rey de (ese) tiempo. Ocurrió que el soberano Sekenenre, v.p.s., era el gobernante, v.p.s., de la Ciudad del Sur (= Tebas). Había sin embargo dura aflicción en la ciudad de los asiáticos, estando (el príncipe) Apopi en Avaris. Todo el país le presentaba ofrendas trayéndole sus tributos, y el norte (hacía) lo mismo con todos los buenos productos del Delta. El rey Apopi, v.p.s., tomó para sí a Sutekh [Seth] como (único) señor, y no servía a ningún (otro) dios que hubiera en todo el país [excepto a] Sutekh. Construyó un templo, un trabajo bueno y de eternidad , al lado de la mansión del rey Apopi, v.p.s.. Y solía aparecer [al alba] del día para hacer sacrificios (...) a Sutekh; y los notables [del palacio],

v.p.s., iban portando guirnaldas, como se hace en el templo de Re-Harakty». (Lefebvre: 1976, 133-134. Trad. de J.M. Serrano).

Sekenenre debió de dirigir los combates hasta las proximidades de Cusas. A su muerte, su hijo Kamosis accederá al trono adoptando una titulatura que anuncia un programa menos belicoso, a juzgar por sus tres nombres de Horus (*Khay-nesetef* «El que ha sido coronado sobre su trono», *Hornefer-kha-tauy*, «El Horus perfecto que doblega el Doble País», y *sed-jefa-tauy* «El que alimenta al Doble País»), así como por el de *nebty* (*uhem-menu*, «El que renueva las fortificaciones»). El texto de las estelas y de la tablilla relatan así la reanudación de las hostilidades contra los hiksos:

> «Su majestad habló en su palacio al consejo de notables que le acompañaba: "Quisiera saber para qué sirve mi fuerza (cuando) hay un príncipe en Avaris y otro en Kush, y yo estoy (aquí) sentado unido a un asiático y a un nubio"». (*Kamosé* , 83. Trad. de J.M. Serrano).

El rey prescinde del consejo de sus cortesanos, quienes preferían mantener la calma entre Cusas y Elefantina y no arriesgarse a perder los ganados y los bienes que poseían en el Norte (lo que prueba las relaciones pacíficas entre los dos reinos) y avanza hasta Neferusy, en las proximidades de Beni Hassan, con sus tropas de medjau. Derrotó allí al ejército de un tal Teti hijo de Pepi:

> «Envié una poderosa tropa de medjau (en tanto que) yo pasaba el día... para cercar... (a) Teti, hijo de Pepi, en el interior de Neferusy (...) Pasé la noche en mi barco, estando mi corazón contento. (Cuando) amaneció, yo (ya) estaba sobre él, como está el halcón. (Cuando) llegó el tiempo de perfumar la boca, le ataqué. Arrasé sus murallas, maté a su gente». (*Kamosé*, 89-90. Trad. de J.M. Serrano).

Desgraciadamente el texto de la primera estela se interrumpe allí y el de la tablilla poco después. Cuando retomamos el relato, con la segunda estela, Kamosis está a punto de insultar a su adversario, según la tradición del «relato regio». Después, organiza una expedición naval contra las posesiones hiksas del Medio Egipto y avanza, posiblemente, hasta los confines del nomo 14 del Bajo Egipto, es decir, hasta la región de Avaris. Asegura el control de las mercancías que transitan por el río, se apodera, al menos, de Gebelein y Hermópolis e intercepta un mensaje de Apofis al rey de Kush:

> «Yo he capturado su mensaje más allá del oasis, (yendo) hacia el sur, hacia Kush, escrito en un documento. Encontré en él lo que sigue escrito. "De la mano del soberano de Avaris, Aauserra, el Hijo de Re Apofis, saluda a (su) hijo el soberano de Kush. ¿Por qué te has erigido en soberano sin dejar que yo (lo) supiese? ¿Has visto lo que Egipto ha hecho contra mí? El rey que hay allí, Kamosis, dotado de vida, me está atacando en mi (propio) suelo. (Y sin

embargo) yo no lo he atacado en la forma de todo lo que él ha hecho contra ti. Ha escogido, para dañarlas, las dos tierras, mi tierra y la tuya, y las ha devastado. ¡Ven hacia el Norte! No temas. Mira, él está aquí en mi poder. No hay nadie que se alce contra ti en este Egipto. No voy a permitirle el paso hasta que tú hayas llegado...''». (*Kamosé*, 94. Trad. de J.M. Serrano).

En este punto terminan las operaciones militares propiamente hablando y Kamosis regresa a Tebas, donde ordena grabar en piedra el relato de sus hazañas. Es claro que no ha logrado una victoria decisiva. Todo lo más, podemos suponer que obtuvo el control sobre las rutas caravaneras, cortando así las comunicaciones entre el Norte y Kush. En cuanto a Nubia, las alusiones de Apofis en su carta hacen pensar que quizá logró reconquistarla o, en todo caso, que inició, en este sentido, un proceso que concluirá Ahmosis, tal y como lo atestigua un grafito hallado en Toshka que asocia a ambos soberanos, puesto que el escarabeo de Kamosis procedente de Faras pudo muy bien haber sido llevado allí después de su muerte.

El rey de Tebas fundó, en alguna parte entre Tebas y Dendara, los dominios de *Sedjefa-tauy*, denominados así por su nombre de Horus, e hizo erigir en Karnak, además de las estelas, una naos. Su tumba de Dra Abu'l-Naga permanecía aún intacta en el momento de los pillajes de la necrópolis, bajo Ramsés IX. Su féretro fue trasladado, quizás por medidas de seguridad, al escondrijo de Deir el-Bahari, donde fue uno de los primeros violados por los saqueadores modernos. En 1857 se descubrió un sarcófago antropomorfo no regio que debía de ser el suyo y que no contenía más que una momia reducida a polvo y algunos objetos preciosos.

La reconquista

A la muerte de Kamosis, cada uno permanece en sus respectivas posiciones. La estela designa explícitamente a Apofis I Aauserra como adversario de Kamosis. Después de estos combates le sucede probablemente Apofis II Aakenenre cuyo nombre no aparece al sur de Bubastis, con excepción de una daga comprada en el comercio de antigüedades de Luxor, pero que no proviene, necesariamente, de la región. Su autoridad parece muy reducida ya que sólo hace ejecutar trabajos en el templo de Bubastis y se limita a usurpar las estatuas de sus predecesores, dos esfinges en granito de Amenemhat II, que serán más tarde trasladadas a Tanis (Louvre A 23 y Cairo *JE* 37478 bis) y dos colosos del rey Smenkhkare de la dinastía XIII. En cualquier caso, la cronología no está claramente fijada, porque la fecha más baja que conocemos para Kamosis es la de la estela (el año 3 de su reinado) y el hecho de que haya utilizado tres nombres de Horus sin que haya el menor indicio de que celebrara alguna fiesta jubilar es problemático. Y, en fin, no sabemos si la pobreza de su ataúd debe ser interpretada como un signo de una muerte accidental o, al menos, repentina.

Estas razones hacen que se dude sobre las fechas del reinado de Ahmosis que se hace comenzar o bien en el año 1570, o bien, por cálculo astro-

nómico, en 1560 ó 1551, para terminar en 1546 ó 1537/1527. Por el estado de su momia, que formaba parte del grupo preservado por Ramsés IX, se deduce que vivió treinta y cinco años, aproximadamente, para un reinado de poco más de veinticinco años, según Manetón. Debió de iniciar el combate contra los hiksos hacia el año 11 de su reinado y el conflicto, que se prolongó varios años en el Delta, condujo a la conquista de Menfis y después de Avaris. Sin embargo, la dominación hiksa no fue verdaderamente aniquilada hasta un poco más tarde, cuando las tropas egipcias se apoderaron de la plaza fuerte de Sharuhen, en el sudoeste palestino, que constituía la retaguardia de los «asiáticos». Esta última etapa de la reconquista tuvo lugar antes del año 16 del reinado de Ahmosis. El relato más detallado que se posee de estas campañas es el que realiza un oficial de Elkab, Ahmosis, hijo de Abana, en la autobiografía que figura en su tumba:

> «Después de haber fundado un hogar, fui adscrito al barco (llamado) *El norteño*, porque yo era un bravo. Y seguía al soberano, ¡vida, prosperidad, salud!, a pie, acompañando sus salidas en su carro. (Cuando) se puso sitio a la ciudad de Avaris, mostré bravura a pie delante de su majestad. (Por ello) fui adscrito al barco (llamado) *El que se alza glorioso en Menfis*. Se luchó (entonces) en el agua, cerca de Pedjku (?) de Avaris. Realicé una captura y traje una mano; cuando notificaron al heraldo real, se me concedió el 'oro del valor'. Se volvió a luchar en ese (mismo) lugar; y yo volví a realizar capturas allí: traje una mano. Se me concedió de nuevo el 'oro del valor'. (Después) se entabló combate en Egipto, al sur de esta ciudad, y yo traje un cautivo, un hombre; yo había descendido al agua (y ya que) fue capturado al lado de la ciudad, atravesé la corriente transportándolo. Notificaron al heraldo real y se me recompensó de nuevo con oro. Se produjo entonces la toma de Avaris, y traje botín de allí, (a saber): un hombre y tres mujeres, un total de cuatro personas. Su majestad me los entregó como esclavos. (Después) se sitió Sharuhen durante tres años. Su majestad la tomó y yo traje botín de allí (a saber): dos mujeres y una mano. Se me concedió (otra vez) el 'oro del valor', y me dieron mis cautivos como esclavos». (*Urk.* IV 3,2-5,2. Trad. de J.M. Serrano).

La cronología de los dos últimos reyes hiksos es un poco confusa, aunque podemos situarlos hacia los años 10 a 15 de Ahmosis. Uno de ellos, Aasehre, el último de la dinastía XV, aparece nombrado sobre un obelisco de Tanis y debe identificarse con el Asseth de Manetón y con el Khamudy del Canon de Turín. El otro, Apofis III, cierra la rama vasalla de la dinastía XVI. Su nombre aparece sobre algunos monumentos, como una daga procedente de Saqqara. Ninguna fuente suministra el menor detalle sobre los últimos tiempos de los hiksos, quienes es claro que ya no constituyen un obstáculo serio cuando Ahmosis emprende una campaña, en el año 22, que le condujo, al menos, hasta el país de Djahy, en Siria-Palestina, y posiblemente incluso hasta el Éufrates, lo cual, de ser cierto, le convertiría en el primer faraón que llegó hasta esta zona.

Tras haber expulsado a los hiksos, Ahmosis emprende la tarea de reconquistar Nubia, por donde de nuevo acompañamos a Ahmosis, hijo de Abana:

> «Después de que Su Majestad destruyera a los mentjiu de Asia, marchó hacia el sur hasta Khenet-nefer [en Nubia], para destruir a los 'Pueblos del Arco'. Su majestad hizo una gran matanza entre ellos, y yo traje botín de allí, (a saber): dos hombres vivos y tres manos. Se me recompensó de nuevo con oro y (además), mira, me dieron dos esclavas. Su majestad marchó hacia el norte, con el corazón lleno de alegría en el valor y la victoria, (pues) había sometido a los (pueblos) del sur y del norte». (*Urk.* IV 5,4-14. Trad. de J.M. Serrano).

Pero esta campaña no fue decisiva y un tal Aata, que podía ser el sucesor de Nedjeh, se rebela:

> «Entonces Aata vino del Sur. Su destino era ser destruido y los dioses del Alto Egipto lo capturaron. Su Majestad lo encuentra en Tenet-Taa y lo captura prisionero y a todas sus tropas como botín. Yo capturé a dos jóvenes guerreros como prisioneros de guerra del navío de Aata. Entonces, me concedieron cinco personas y cinco *aruras* de tierra en mi ciudad. Lo mismo fue hecho con toda la tripulación. Entonces vino aquel individuo llamado Tetian que había reagrupado en torno a él a los rebeldes. Su Majestad lo aniquiló y masacró a sus tropas. A mi me concedió tres personas y cinco *aruras* de tierra en mi ciudad». (*Urk.*IV 5.16-6,15).

Sin duda, Tetian era un egipcio opuesto al nuevo poder tebano. Sea como fuese, Ahmosis consolidó su dominio sobre Nubia, posiblemente fundando el primer templo del Imperio Nuevo en Sai, al sur de Buhen y, en todo caso, instalando en Buhen el centro administrativo egipcio. Nombra allí como comandante a Turi, un funcionario que llegará a ser, con Amenofis I, el primer virrey de Kush claramente atestiguado, aunque es posible que su padre, Satayt, hubiera ya desempeñado esta misma función, pero sin poseer aún el título exacto.

Ahmosis desaparece dejando el trono al hijo que había tenido de la reina Ahmes-Nefertary, Amenofis I. En veinticinco años de reinado, concluyó la liberación de Egipto y lo colocó, en el plano internacional, al menos al mismo nivel que tenía en el Imperio Medio. Sobre esta sólida base, aumentada y enriquecida por los aportes asiáticos, sus sucesores van a conducir al país al dominio sobre el Próximo Oriente durante casi medio milenio.

TERCERA PARTE

EL IMPERIO

CAPÍTULO IX

LOS TUTMÓSIDAS

AHMOSIS

A la reconquista del país, siguió su reorganización. En la medida en que podemos juzgarlo, las estructuras administrativas continuaron funcionando dentro del marco establecido en el Imperio Medio, mantenido en el ámbito local por los nomarcas, cuya obediencia se aseguró Ahmosis ya en un primer momento. Éste último, no reinstalará, sin embargo, en sus puestos a las antiguas familias que habían sido desposeídas de sus cargos en la dinastía XII. Los únicos enclaves sólidos sobre los que puede apoyarse son su propia provincia, Tebas, y Elkab. De hecho, nada se sabe con certeza de esta reorganización, que sólo podemos deducir a partir del estado de la administración en la dinastía XVIII. Sin duda, Ahmosis confió distintos cargos a los dignatarios locales que fueron favorables a la causa tebana, pero ignoramos si procedió también a una redistribución de tierras, aunque parece poco probable que, de haberla, haya ido más allá de la simple recompensa otorgada a un veterano en su ciudad de origen, tal y como hemos visto en el caso de Ahmosis, hijo de Abana. La nueva administración retomó, con toda certeza, el control de la irrigación y, como consecuencia, del sistema fiscal, pero cabe dentro de lo posible que se haya limitado a recoger lo que los hiksos abandonaron. El país era próspero y el arrendamiento, concedido a los «asiáticos» por parte de los tebanos, de pastos en el Delta es un testimonio de la eficacia de su organización.

En el dominio económico y artístico hay que destacar que la apertura hacia el Próximo Oriente, iniciada en la dinastía XII y proseguida después, se mantiene ahora, lo que posibilita una continuidad en la importación de materia prima, y como consecuencia en la producción artística. Tenemos un ejemplo de ello en el texto de la estela (*CGC* 34001) que Ahmosis consagra en el templo de Amón-Re en Karnak para conmemorar su obra y la de su madre, la reina Ahhotep. Los objetos preciosos que ofrecen a Amón-Re

están hechos con las materias que vuelven a afluir a Egipto: la plata y el oro de Asia y Nubia, el lapislázuli de Asia Central, la turquesa del Sinaí... Encontramos, en este momento, huellas de actividad en Serabit el-Khadim en forma de objetos votivos con el nombre de Ahmosis-Nefertary, depositados en el templo de Hathor. Ciertas joyas de Ahhotep, con el nombre de Ahmosis, incluyen turquesas, mientras que otras, en plata y lapislázuli, presentan motivos minoicos. Esto no prueba la existencia de relaciones comerciales con Creta, pero nos permite suponer, al menos, una influencia, que podría realizarse a través de Biblos con la que están documentadas las relaciones comerciales en la estela de Karnak, en la que se menciona un barco en cedro consagrado a Amón-Re. El mundo egeo forma parte, en esta misma estela, de los países sometidos a Egipto junto con Nubia y Fenicia, lo que probablemente no sea más que una cláusula de estilo.

Bajo el reinado de Ahmosis, vuelven a realizarse construcciones religiosas y funerarias, y con una gran calidad técnica. Para apreciarlas, baste recordar el mobiliario funerario de la reina Ahhotep o el fino grabado de las estelas reales de Ahmosis en Abidos y en Karnak, que nada tienen que envidiar a las del Imperio Medio. Sin embargo, no hay testimonios artísticos, en esta época, en el Delta, en donde el arte de los hiksos parece concluir con la partida de los asiáticos.

Han subsistido muy pocos vestigios de templos edificados durante el reinado de Ahmosis lo que ha llevado a plantear la hipótesis de si habrían sido construidos con ladrillo crudo. Se sabe que edificó en Buhen, donde se han hallado elementos con su nombre, también en el templo de Amón-Re en Karnak y en el de Montu en Armant. En Abidos, en la parte meridional de la necrópolis, ordenó erigir dos cenotafios en ladrillo, uno para él mismo y otro para Tetisheri. En el año 22, abre de nuevo las canteras de Tura, posiblemente con vistas a la construcción de un templo para Ptah en Menfis y de otro en Luxor, que habría sido el «harén meridional» de Amón. Estos proyectos no fueron llevados a término durante su vida, pero está claro que pretendía privilegiar al Amón tebano en detrimento de los cultos del Medio y Bajo Egipto. Por este motivo, Hatshepsut se presentará más tarde como la restauradora de los templos del Medio Egipto destruidos por los hiksos.

Enterrado en Dra Abu'l-Naga, Ahmosis será objeto, tras su muerte, de un culto funerario en su cenotafio de Abidos. Este culto será compartido con su abuela, Tetisheri, una de las tres figuras femeninas dominantes en los inicios del Imperio Nuevo. Aunque su origen no es regio, fue considerada como cabeza del linaje y recibió culto, como tal, en la dinastía XVIII. Vivió hasta la época de su nieto, con el que aparece asociada en una estela conservada hoy en el University College de Londres. Ahmosis mismo le rinde culto en la estela que le dedicó en su capilla funeraria de Abidos en donde ella posee, asimismo, un cenotafio y un dominio funerario, al igual que en Menfis.

La segunda mujer que recibió culto es Ahhotep I quien muere entre los años 16 y 22 de su hijo. En su estela de Karnak, Ahmosis dice de ella:

«La que ha cumplido los ritos y se ha preocupado de Egipto. Ha velado por sus tropas y las ha protegido. Ha recuperado a sus fugitivos y agrupado a sus desertores. Pacificó el Alto Egipto y expulsó a los rebeldes». (*Urk.* IV 21,9-16.).

Se trata de una clara alusión al papel desempeñado por la reina al lado de su hijo durante los primeros años de reinado, cuando éste era aún demasiado joven. Es una regencia aunque no se diga así explícitamente, pero de la que hallamos un recuerdo sobre la puerta de Buhen, antes mencionada, en la que el nombre de la madre se asocia al de su hijo.

La última reina que recibirá un culto tebano, hasta la época de Herihor, a fines del II milenio antes de nuestra era, será Ahmes-Nefertary, la esposa de Ahmosis. Sobrevivió a su marido porque aparece mencionada en el año primero de Thutmosis I y será la figura clave del inicio del Imperio Nuevo. Renuncia en el año 18 ó 22 de Ahmosis a la función de Segunda Profetisa de Amón y recibe, como contrapartida, una dotación destinada a sostener al colegio de los «dominios de la Divina Esposa», función ésta que será ella la primera en asumir. Sobre la estela en donde se consigna este acto se la ve en compañía del príncipe heredero, Ahmosis Sapair, que morirá sin haber accedido al trono. A la muerte de su marido, se encargó de la regencia para su hijo Amenofis I, todavía demasiado joven para reinar. Durante ese periodo, participó en los grandes acontecimientos del reinado y su nombre aparece desde Sai a Tura. A su muerte, será objeto de un culto muy popular, asociada o no a su hijo Amenofis I, en cuyo ritual aparece citada. *Es mencionada, al menos, en cincuenta tumbas civiles y sobre más* de ochenta monumentos, desde Thutmosis III hasta el fin del período ramésida (en el tránsito, pues, al I milenio) y tanto al este como al oeste de Tebas, con el núcleo principal en Deir el-Medineh.

Los comienzos de la dinastía

La falta de seguridad en la fechas que antes indicábamos a propósito de Ahmosis provoca una variación de casi un cuarto de siglo, según los autores, para el inicio del reinado de Amenofis. Se admitía antiguamente la conveniencia de colocarlo en 1557 (Drioton & Vandier: 1962). Ahora bien, resulta que la ascensión helíaca de Sirio fue observada bajo Amenofis I, con lo que tenemos una datación absoluta: el punto de partida de un período sotíaco. Al fenómeno hace referencia el Papiro Ebers, en el que se puede leer exactamente:

«Noveno año de reinado bajo la Majestad del rey del Alto y Bajo Egipto, Djeserkare –¡que él viva por siempre!–. Fiesta del Año Nuevo: tercer mes *del verano, noveno día: ascensión de Sirio». (Urk. IV 44,5-6).*

Si en verdad se trata de la ascensión helíaca de Sirio (Helck, *GM* 67 (1983) 47-49), el cálculo astronómico nos sitúa en la fecha de 1537 y el inicio de su

	Hiksos	Dinastía XVIII
1552 (1560)		Ahmosis
1542	Aasehre	
	Apofis III	
1526 (1537)		Amenofis I
1506 (1526)		Thutmosis I
1493 (1512)		Thutmosis II
1479 (1504)		Thutmosis III
1478 (1503)		Hatshepsut
1458 (1482)		Thutmosis III
1425 (1450)		Amenofis II
1401 (1425)		Thutmosis IV
1390 (1417)		Amenofis III
1352 (1378)		Amenofis IV
1348 (1374)		Akhenatón
1338 (1354)		Smenkhare(?)
1336		Tutankhatón
		Tutankhamón
1327		Ay
1323		Horemheb
(–1314)		

Fig. 86. Cuadro cronológico de la dinastía XVIII.

reinado en el 1546 (*CAH*, I^{3},1, cap. VI y II^{3}, 308), a condición de que la observación haya tenido lugar en Menfis. Si hubiera sido en Tebas, que probablemente era la capital y, por consiguiente, el punto de referencia, habría que descontar veinte años, con lo que situaríamos en 1517 el fenómeno astronómico y en 1526 la coronación de Amenofis I (*LÄ* I 969).

Amenofis I accede al trono probablemente en el verano u otoño de 1526, con un programa de gobierno centrado en los países extranjeros: es el Horus *Ka-uaf-tau*, «Toro que subyuga los países» y toma como nombre de *nebty, aa-neru*, «El que inspira un gran pavor». Más tarde, Ramsés II se acordará de estos nombres asociándolos en un nombre de Horus (Grimal: 1986, 694). Sus veintiún años de reinado serán, sin embargo, pacíficos, tanto en el interior como en el exterior. Nubia está en calma: Ahmosis, hijo de Abana, relata un campaña dirigida contra los Iuntyu que, probablemente, no fue más que una razia. Otro guerrero de la época, Ahmosis Pennekhbet, (conciudadano de Ahmosis, hijo de Abana, acabó como preceptor de la hija de Hatshepsut y dejó, también, una biografía en su tumba de Elkab) menciona una campaña contra Kush, pero ignoramos si se trata de la misma en ambos casos. Amenofis I nombra a Turi virrey y hace construir en Sai un templo que marca el límite meridional del poder egipcio. Tampoco en Asia hay indicios de guerra incluso aunque Mitanni sea nombrado entre los adversarios de Egipto. Es todavía demasiado pronto para un enfrentamiento

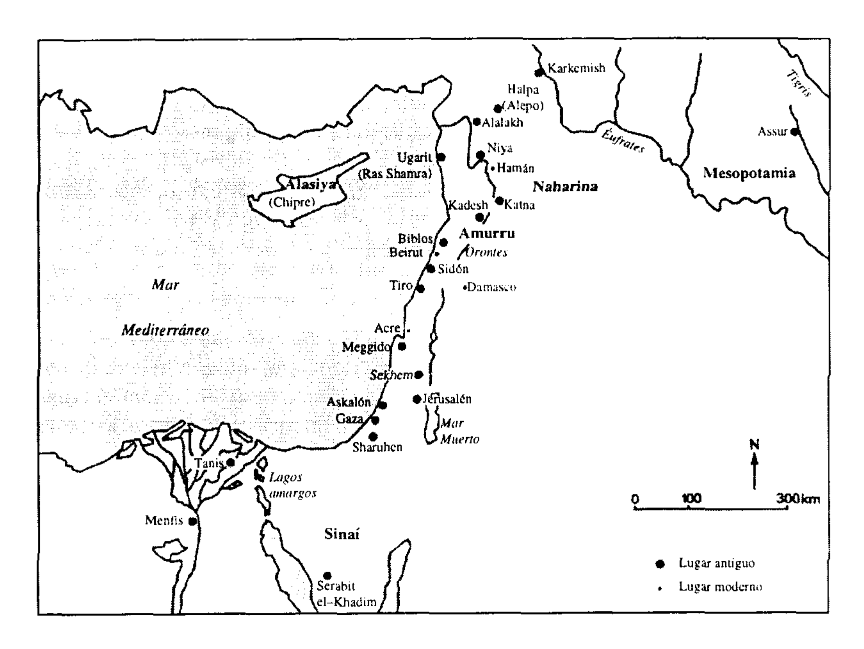


Fig. 87. Mapa de Egipto y del Próximo Oriente a comienzos del Imperio Nuevo.

entre las dos potencias lo que no impide que Mitanni empiece a cuestionar la dominación xegipcia en las proximidades del Éufrates. Más cerca del Valle, los oasis han sido completamente reconquistados, tal y como lo prueba la existencia de un «príncipe gobernador (*haty-a*) de los oasis» (Estela del Louvre C 47) y las instalaciones de Serabit el-Khadim fueron restauradas.

El país continúa progresando, tanto en el plano económico como artístico. Desgraciadamente, es difícil juzgar la producción plástica de los talleres porque, de las estatuas reales, muy pocas se pueden fechar en vida del rey sino que, al estar ligadas a su culto póstumo, son en su mayoría obra de sus sucesores. Podríamos en todo caso aproximarnos a la calidad de sus realizaciones a través de los monumentos que han sobrevivido a los retoques posteriores. En Karnak, Amenofis III reutilizó sus construcciones para el relleno del tercer pilón: un embarcadero ritual en alabastro de una gran finura, donde aparece asociado a Thutmosis I, una copia en piedra caliza de la capilla blanca de Sesostris I, y diversos fragmentos procedentes de habitaciones reconstruidas más tarde por Thutmosis III. Nada subsiste en Deir el-Bahari porque el santuario en ladrillo crudo que había erigido a Hathor fue suprimido por Hatshepsut. Algunos restos de construcciones realizadas por orden suya perduran en el Alto Egipto: en Elefantina, Kom Ombo, en el templo de Nekhbet en Elkab y en Abidos. Por el contrario, parece no haber construido nada en el Bajo Egipto, continuando así la política de su padre. Uno de sus súbditos, llamado Amenemhat, es el inventor

de la clepsidra (Helck: 1975, 111-112), cuyo primer modelo data de Amenofis III (Caire *JE* 37525). El Papiro Ebers, una de nuestras principales fuentes de conocimiento sobre la medicina egipcia, procedente de Luxor y hoy conservado en Leipzig, fue redactado durante su reinado. También en su reinado fue acabada, probablemente, la versión definitiva del principal libro funerario real, el *Libro del Amduat*, que encontramos representado, por primera vez, en la cámara funeraria de Thutmosis I y cuyo origen, actualmente, se suele situar mucho antes, en el Imperio Medio o incluso en el Antiguo.

> El *Libro del Amduat* es una designación genérica del conjunto de los libros funerarios reales. Pretende, en cierto modo, tomar el relevo de las grandes composiciones anteriores. Su fin es tanto describir, según su nombre lo indica, «aquello que está en el mundo infernal», como suministrar al muerto las claves rituales que le permitan el acceso a él. Se presenta como una composición descriptiva, dividida en doce horas, en el centro de la cual se halla el curso nocturno del sol. Estará muy de moda hasta la época amarniense y, tras un breve paréntesis, volverá a utilizarse desde Sethi I hasta el final de la dinastía XX. Después, y hasta la conquista de Alejandro, lo adoptarán también los particulares.

No se sabe con certeza dónde fue enterrado Amenofis I. Si lo fue en Dra Abu'l-Naga, se trataría del último de su línea sucesoria en hacerlo ya que su sucesor, Thutmosis I, inaugura la necrópolis del Valle de los Reyes. La tumba de Amenofis I aparece mencionada en primer lugar en el informe de la inspección del año 16 de Ramsés IX, copiado en el Papiro Abbot, pero los datos que éste ofrece para situarla no permiten determinar con exactitud su posición (*PM I 599*). Lo único seguro es que Amenofis I introdujo una modificación radical en la estructura del complejo funerario al separar la sepultura del templo funerario, algo en lo que le imitarán todos sus sucesores, pues cada uno de ellos edificará en la orilla occidental de Tebas su propia «Morada de los Millones de Años».

HATSHEPSUT

Puesto que Amenofis I había perdido a su hijo Amenemhat, le sucederá Thutmosis I, procedente de una rama colateral, quien consolida su legitimidad casándose con Ahmosis, la hermana de Amenofis I. De este matrimonio nació una niña, Hatshepsut, y un niño, Amenemes, que no reinará. Su hermana, por el contrario, se casará con su hermanastro que su padre había engendrado con una concubina, Mutnefret. El hermanastro accederá al trono con el nombre de Thutmosis II. Del matrimonio de Thutmosis y Hatshepsut no nacerán, tampoco, hijos varones sino una única hija, Neferure, a quien su madre casará, probablemente, con su hijastro, Thutmosis III, nacido de una concubina llamada Isis.

Estas fueron, a grandes rasgos, las dificultades sucesorias de los descendientes de Ahmosis. El principio del matrimonio con una hermanastra funcionó dos veces, con buenos resultados. Sin embargo, Thutmosis II murió en 1479, posiblemente de enfermedad, y tras sólo catorce años de reinado. Dejó un hijo, el futuro Thutmosis III, que era aún demasiado joven para reinar, y su esposa, la madrastra del joven Thutmosis, ejerció entonces una regencia que Ineni, administrador de los graneros de Amón desde Amenofis I hasta Thutmosis III, describió de este modo en el relato de su vida inscrito sobre una estela situada bajo el pórtico de su tumba rupestre en Sheikh Abd el-Gurna (TT 81):

> «[El rey] ascendió al cielo y se unió a los dioses. Su hijo ocupó su lugar como rey del Doble País y fue soberano sobre la silla de aquél que lo había engendrado. Su hermana, la esposa divina Hatshepsut, se encargaba de los asuntos del país: el Doble País estaba bajo su gobierno y a ella se le pagaba el impuesto». (*Urk.* IV 59, 13-60,3).

En el año 2 ó 3, Hatshepsut abandona esta forma de gobierno y se hace coronar rey con una titulatura completa: *Maatkare*, «Maat es el *ka* de Re», *Khenemet-Imen-hatshepesut*, «La que abraza a Amón, la primera de las mujeres». Oficialmente, Thutmosis III ya no es más que su corregente. Para justificar esta usurpación pone, de algún modo, entre paréntesis a Thutmosis II y se inventa una corregencia con su padre que explica en un conjunto de textos y de representaciones con los que decora el templo funerario que se hace construir en el cementerio de Deir el-Bahari, no lejos del de Mentuhotep II. Este «texto de la juventud de Hatshepsut», cuyo principio repetirá Thutmosis en Karnak, es un relato a la vez mitológico y político.

> En la primera escena, Amón anuncia a la Enéada su intención de dar a Egipto un nuevo rey. Thot le recomienda a la esposa de Thutmosis I, Ahmosis. Amón la visita y le anuncia que ella traerá al mundo una hija de él y que se llamará «La que abraza a Amón, la primera de las mujeres». Khnum, el dios alfarero, modela entonces a la niña y a su doble en su torno, según se le había pedido. Ahmosis trae el mundo a su hija y la presenta a Amón, quien vela por la educación de la pequeña con la ayuda de Thot y de su niñera divina, Hathor.
>
> A continuación, se describen las escenas de coronación. Tras la purificación de la niña, Amón la presenta a los dioses de la Enéada y la acompaña cuando se dirige hacia el Norte. Después, es entronizada por Atón y recibe las coronas y su titulatura. Porque ha sido proclamada rey por los dioses, debe serlo también por los hombres. Su padre humano, Thutmosis I la introduce ante la corte, la designa como rey y la hace aclamar. Una vez que su titulatura es proclamada, pasa por una nueva purificación. (*Urk.* IV 216, 1-265-5).

Hatshepsut asocia a su padre a su propio culto funerario consagrándole una capilla en su templo de Deir el-Bahari. Se ha hallado en su tumba

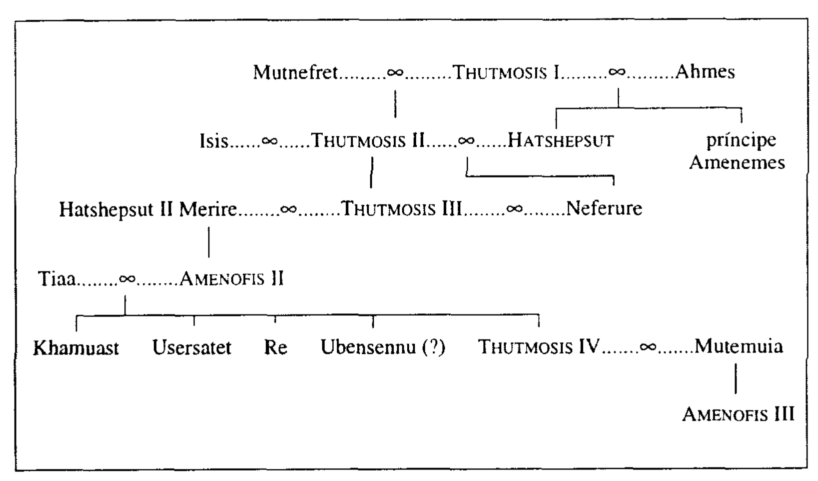


Fig. 88. La familia real en la dinastía XVIII: genealogía somera de las generaciones 4-9.

(VdR 20) un sarcófago de Thutmosis I, quien, asimismo, poseía otro en la suya (VdR 38). No se puede saber, sin embargo, si el celo legitimador de Hatshepsut le llevó a inhumar de nuevo a su predecesor en su propia tumba, puesto que la momia de Thutmosis fue descubierta en el escondrijo de Deir el-Bahari, reubicada en un tercer sarcófago (*CGC 61025*), que había sido usurpado por Pinedjem cuatro siglos más tarde.

Hatshepsut reina hasta el año 1458, es decir el año 22 del reinado de Thutmosis III, que recupera entonces su trono. En apariencia, durante su vida tuvo que afrontar mucha menos oposición que la que indicaría la rabia con la que su sucesor se ocupó en borrar su memoria. Se apoyará para gobernar sobre un cierto número de personalidades destacadas, entre los que destaca, en primer lugar, Senmut, quien, procedente de una familia modesta de Armant, realizó bajo su reinado una de las más brillantes carreras conocidas en el Antiguo Egipto. Fue «portavoz» de la reina al mismo tiempo que mayordomo de la familia real y de Amón, con autoridad sobre el conjunto de las construcciones del dios. En el ejercicio del cargo, supervisa el transporte y la erección de las obeliscos que la reina instala en el templo de Amón-Re en Karnak y la realización del templo funerario de Deir el-Bahari frente al que Senmut se hizo excavar una segunda tumba (TT 353), aparte de la que ya poseía en Sheikh Abd el-Gurna (TT 71). La malas lenguas sugirieron, ya en su época, que debía sus favores a las relaciones íntimas que mantenía con la reina. En realidad, parece que su ascendencia sobre ella procedía del papel que tenía en la educación de la única hija de Hatshepsut, Neferure, porque uno de sus hermanos, Senimen, desempeñaba las funciones de educador y mayordomo de la princesa y numerosas estatuas asocian a la princesa y a Senmut. Éste era un hombre culto, tal y como lo muestran sus obras arquitectónicas así como la pre-

sencia en su tumba de Deir el-Bahari de un techo astronómico y en la de Gurna de 150 ostraca, aproximadamente, entre los que hay un buen número de dibujos, en particular dos planos de la misma tumba, listas, cálculos y anotaciones diversas y copias de textos religiosos, funerarios y literarios como la *Sátira de los Oficios, El cuento de Sinuhé, Las enseñanzas de Amenemhat I,* etc. (Hayes: 1942). Semnut es omnipresente durante las tres cuartas partes del reinado, y después cae en desgracia sin que se sepa exactamente la causa. Se ha supuesto que tras la muerte de Neferure, posiblemente en el año 11, inició una aproximación hacia Thutmosis III, lo que le valió ser abandonado por Hatshepsut en el año 19, tres años antes de la desaparición de la reina.

En Deir el-Bahari, Senmut adopta la estructura general del templo funerario de Mentuhotep II (Fig. 75) y orienta el edificio de Hatshepsut en función del muro norte del recinto. La gran originalidad de este complejo es su disposición en terrazas sucesivas que disponen una serie de rupturas de planos en armonía con el circo natural del acantilado. Se accede a la terraza inferior por un pilón, flanqueado probablemente de árboles; una rampa axial flanqueada por sendos pórticos conduce a la segunda terraza, elevada sobre la primera a la altura de los pórticos, flanqueados a su vez, al sur y al norte, por dos colosos osiríacos. La decoración del pórtico sur muestra el transporte y la erección de los obeliscos de Karnak, la del pórtico norte, escenas de caza y de pesca.

La segunda terraza está dispuesta según el mismo principio: el pórtico norte contiene el relato de la expedición al Punt, el otro, escenas de la teogamia y desempeña el papel de un templo del nacimiento, un *mammisi*. La parte norte de la segunda terraza da acceso a un santuario de Anubis cuya capilla está tallada en la ladera. La parte sur esta limitada por un muro de contención. Entre él y el muro del recinto, un pasillo, accesible desde la terraza inferior, conduce a una capilla consagrada a Hathor. Se puede acceder directamente a la segunda sala hipóstila de esta capilla por el pórtico de la terraza superior. Esta última está bordeada por un peristilo. Al norte se sitúa un templo solar que comprende un altar, en un patio a cielo abierto, y una capilla rupestre en la que Thutmosis I le rendía culto a Anubis. En el acantilado se excavó el santuario principal que, bordeado de nichos con estatuas de la reina, consistía en tres capillas alineadas de las que la primera era el receptáculo de la barca sagrada.

En la facción de la reina, en segundo lugar, se encuentra el Gran Sacerdote de Amón, Hapuseneb, vinculado a la familia real por su madre Ahhotep y descendiente de una familia importante puesto que, aunque su padre, Hapu, no era sino sacerdote-lector de Amón, su abuelo, Imhotep, había sido el visir de Thutmosis I. Hapuseneb lleva a cabo la construcción del templo de Deir el-Bahari y tras serle confiado el cargo de Gran Sacerdote, instalará a su hermano como escriba del tesoro de Amón. Conviene mencionar también al canciller Nehesy, quien dirigió la expedición que la reina envió al Punt, continuando así la tradición del Imperio Medio. Esta expedición,

	EGIPTO	ANATOLIA			
		Occidental	Central	Meridional	Oriental
hacia 1800	Segundo Periodo	TROYA V	fin de Bogazköy IV		
	Intermedio	1900-1800		Reino	
	HIKSOS	*TROYA VI*	*Pithana de Kussar*	de Alepo	
	(dinastía 13-17)	1800-1300	Anitta de Kussar	1800-1650	
			Imperio Antiguo hitita		
			1680-1500		
			Labarna I 1680-1650		
1600			Hattusil I 1650-1620		
1580 1085	Imperio Nuevo		Mursil I 1620-1590		
(1552 1069)	Dinastía XVIII:		Telepinu *1525-1500*		
	Ahmosis				
1546 (1526)	Amenofis I				
1526 (1506)	Thutmosis I			Idrimi	
1512 (1493)	Thutmosis II		Imperio Nuevo hitita	de Alalah	
1503 (1479)	Hatshepsut		1460-1180		
1482 (1458)	Thutmosis III		Tudhaliya II 1460-1440	Apogeo	
1450 (1425)	Amenofis II		Arnuwanda I 1440-1420	de Ugarit	
1425 (1401)	Thutmosis IV		Hattusil II 1420	1400-1250	
1417 (1390)	Amenofis III		Tudhaliya III 1400		
1379 (1352)	Amenofis IV		Arnuwanda II 1385		
1361 (1336)	Tutankhamón		Suppiluliuma I 1375		
1352 (1327)	Ay		Arnuwanda III 1335		
1348 (1323)	Horemheb		Mursil II 1334		
	Dinastía XIX:	TROYA VIIa			
1320 (1295)	Ramsés I	1300-1260			
1318 (1294)	*Sethi I*		*Muwattali 1306*		
1304 (1279)	Ramsés II		Urhi-Teshub 1282	batalla de	
		TROYA VIIb	Hattusil III 1275	Kadesh	
1236 (1212)	Mineptah	1260-1100	Tudhaliya IV 1250		
1222 (1202)	Amenmes				Princi-
1216 (1202)	Sethi II		Arnuwanda IV 1220		pados
1209 (1196)	Siptah				neo-
	Tausert				hititas
	Dinastía XX:				1200-700
1200 (1188)	Sethnakht		Suppiluliuma *II 1190*		
1198 (1186)	Ramsés III				
1166 (1154)	Ramsés IV				
1160 (1148)	Ramsés V				
1156 (1144)	Ramsés VI				
1148 (1136)	Ramsés VII				
1147 (1128)	Ramsés VIII				
1140 (1125)	Ramsés IX				
1121 (1107)	Ramsés X				
1113 (1098)	Ramsés XI				
1050		comienzo			
		de la			
		colonización			
		griega			

Fig. 89. Egipto y el mundo antiguo en el Bronce

PALES-TINA	MESOPOTAMIA		IRÁN	CRETA	GRECIA
	Norte	Sur			
Cananeo medio HIKSOS	Imperio antiguo asirio Shamshi-Adad Zimri-Lim de Mari	I Dinastía de Babilonia 1894-1750 Hammurabi 1792-1750	Periodo elamita antiguo *2000-1500*	Minoico Medio II 1850-1700 Minoico Medio III 1700-1550	Heládico Medio 1850-1580
		Periodo kasita 1595-1155			Micénico I 1580-1450
Cananeo reciente Bronce reciente 1500-1100	Imperio de Mitanni 1500-1360		Periodo elamita medio 1500-1000	Minoico Reciente I 1550-1450	
	Sansatar Artatama I	Karaindash 1445-1427		Minoico Reciente II *1450-1400*	Micénico II 1450-1400
	Sutarna II Artassumara Tushratta Mattiwaza		Glyan 1A	Minoico Reciente III 1400-1180	Micénico III 1400-1100
	Imperio medio asirio: 1360-900 Assur-Uballit I 1360 Adad-Nirari I 1300 Salmanasar I 1273 Tukulti Ninnurta 1244		Tshola-Zambil		
		Melishipak II 1202-1188	Glyan 1B Bronces del Luristán 1200-750	Subminoico 1180-1060	
	Tiglath-Pileser I 1112-1074	Nabucodo-nosor 1136		Protogeo-métrico	Submicénico

Medio y Bronce Reciente: cuadro esquemático.

reproducida abundantemente sobre los muros de su templo funerario, fue el hecho más destacado de una política exterior que se limitó a la explotación de las minas del Uadi Maghara en el Sinaí y a una expedición militar en Nubia, donde la reina reemplazó al virrey Seni, colocado por Thutmosis II, por un personaje llamado Inebni. A la reina la asisten también, entre otros, el tesorero Djehuty (TT 110), el mayordomo jefe y ya veterano Amenhotep (TT 73) quien llevará a buen fin la erección de dos obeliscos en Karnak, y el visir Useramon, en su cargo desde del año 5.

Cuando Thutmosis III recupera su trono, hacia el 1458, tiene todavía treinta y tres años ante él para llevar a cabo una política que hará de Egipto el dueño incuestionable de Asia Menor y del Sur. Durante el reinado de Hatshepsut ninguna acción militar había venido a consolidar las posiciones adquiridas por Thutmosis I con ocasión de la expedición preventiva en Retenu y en Naharina que le habían permitido levantar una estela fronteriza al borde del Éufrates. En Nubia, había extendido la dominación egipcia hasta la isla de Argo sobre la Tercera Catarata, construyendo allí la fortaleza de Tombos. Por ello, en el año 2, estaba en condiciones de escribir que su imperio se extendía desde la Tercera Catarata hasta el Éufrates (*Urk.* IV 85, 13-14). Thutmosis II había conservado estos dominios mediante dos campañas: una en Nubia, en el año 1, para acallar una revuelta en Kush y otra en Palestina que, dirigida contra los beduinos Shosu del sur palestino, le había conducido hasta Niya en Naharina (la futura Apamea, hoy Qalat el-Mudik).

La gloria de Thutmosis III

A la muerte de Hatshepsut, Thutmosis III debe hacer frente, inmediatamente, a una revuelta de principados asiáticos, coaligados alrededor del príncipe de Kadesh e inspirada por Mitanni. Le harán falta no menos de diecisiete campañas para conseguir dominar la situación. Mitanni es la designación política de la civilización hurrita, contemporánea de los casitas de Babilonia. Constituyeron su imperio de los despojos del de Hammurabi y alcanzaron su apogeo en el siglo XV. Su núcleo se sitúa entre el Tigris y el Éufrates, al sur del Taurus, y se extiende sobre Siria y Kurdistán al norte, alcanzando la región palestina, que será el punto de fricción con Egipto a partir de Ahmosis. El objetivo de los egipcios era mantener lo más lejos posible a los «asiáticos», que podían llegar a amenazar sus fronteras; el de Mitanni, envolver a estos peligrosos rivales en luchas locales, siempre dentro de la propia Siria, para que no pudieran amenazar directamente a su imperio. Con tal fin, los mitanos alimentaron las rivalidades que oponían entre sí a todos estos pequeños principados, desarrollando un sutil juego de cambio de alianzas.

El enfrentamiento entre los egipcios y los mitanos se desarrolla en cinco etapas que se pueden seguir a través de los *Annales* que Thutmosis III hizo grabar en el templo de Amón-Re en Karnak, en las proximidades del santuario de la barca sagrada. El objetivo de estos textos es, a la vez, conme-

morativo y práctico. Se trata de una enumeración de hechos presentados bajo una forma dramática, propia del relato real tradicional, acompañado de una relación, campaña por campaña, del botín conseguido por los ejércitos egipcios y consagrado a Amón-Re.

En un primer momento, Thutmosis III parece tener mucha prisa: en el año 22-23 emprende una campaña que habría de permitirle reconquistar Retenu. Parte del Delta oriental y se dirige por Gaza hacia Ihem (hoy Imma, al suroeste del monte Carmelo) y alcanza, por un desfiladero, la llanura de Meggido. Pone asedio a la ciudad durante siete meses, que acaba por sucumbir. Pudo entonces dirigirse hacia Tiro y apoderarse, a su paso, de las ciudades de Yenoam, Nugés (Nuhasse, al sur de Alepo) y Meherenkaru. De esta manera, quiebra la resistencia de la coalición en su parte occidental y avanza hacia la salida marítima tradicional de Egipto hacia el Mediterráneo.

Organiza esta conquista durante las tres campañas siguientes, desde el año 22 al año 24, llevando a cabo cada año un recorrido de inspección con el fin de asegurar la recaudación de tributos entre los vencidos, entre los cuales incluye a los príncipes de Assur y de Retenu. Se apodera asimismo de la cosecha de trigo de la llanura de Megiddo, que hace transportar a Egipto, así como numerosos ejemplares de la fauna y flora de Siria. Conmemora este aspecto de la campaña del año 25 haciendo representar un verdadero «jardín botánico» sobre los muros de una de las salas que ordena preparar en Karnak, al este de la sala para los festivales, y que constituye, de algún modo, la réplica de la descripción de la fauna y flora de Punt representada en el templo de Hatshepsut en Deir el-Bahari. Probablemente ambas representaciones gráficas tienen la misma función que las «escenas de las estaciones» de Niuserra, esto es, proclamar las universalidad del culto solar al que están vinculadas.

Desde el año 29 al año 32, Thutmosis III dirige los ataques contra Djahy y Kadesh. En un principio, consolida la fachada marítima tomando Ullaza, en la desembocadura del Nahr el-Barid, de manos del príncipe de Tunip, aliado de Kadesh y de Naharina, y tomando también Ardata, algunos kilómetros al suroeste de Trípoli. Tras haber asolado la región de Ardata, destruyendo sus cosechas y huertos, las tropas egipcias ocupan el Djahy, que los textos describen como una verdadera Capua siria:

> «Su Majestad descubrió todos los árboles del país de Djahy doblándose bajo el peso de la fruta. Y también halló los vinos que hacen en sus prensas: ¡Cuán deliciosos! Y su trigo, amontonado en gavillas sobre las eras, ¡más abundante que la arena en la orilla del mar! ¡El ejército se abasteció hasta la saciedad!». (*Urk.* IV 687,9-688,1).

En la sexta campaña, al año siguiente, los egipcios llegaron por mar a Siria. Avanzaron hasta Kadesh y devastaron su región, después regresaron hacia la costa, marchando sobre Simyra, al norte de la desembocadura del Nahr el-Kebir y se dirigieron contra Ardata que, probablemente, se había sublevado entretanto. A fin de evitar nuevos alzamientos Thutmosis III

recurrió a una política que adoptaría posteriormente Roma: traslada a la corte de Egipto a treinta y seis hijos de jefes que sirvieron de rehenes y serán educados al modo egipcio antes de ser devueltos a su país para suceder a sus padres. Sin embargo, la pacificación no se había alcanzado todavía y al año siguiente, el rey dirige una séptima campaña, de nuevo contra Ullaza que los coaligados habían de nuevo atraído a su lado. La caída de Ullaza acarrea la sumisión de los puertos fenicios, a los que el rey aprovisionará desde tierra adentro, con la intención de evitar que la situación diera un nuevo vuelco en el futuro. A su regreso a Egipto, recibe la embajada de un país asiático no identificado que le rinde homenaje.

Hasta aquí los *Annales* no citan más que los combates de Siria-Palestina *y será por primera vez en el año* 31, *cuando traten de tributos aportados* por Kush y Uauat. Estas menciones continuarán hasta el año 38 y, a partir de entonces, proseguirán más espaciadas sin que esto signifique que hubiera problemas graves. Thutmosis III hacia el final de su reinado, sobre el año 50, se limita a una campaña con la que sólo pretende expandir el Imperio hasta la Cuarta Catarata, donde la influencia egipcia ya se hacía sentir por entonces, puesto que el documento más antiguo conocido de Gebel Barkal está fechado en el año 47 de Thutmosis III.

En el año 33, comienza una nueva fase de las guerras de Asia, donde se pasa ya al enfrentamiento directo con Mitanni. Para llegar hasta allí debía procurarse los medios de atravesar la barrera natural que protegía al adversario, el Éufrates. Thutmosis III hizo construir barcas fluviales que su ejército arrastró a través de Siria. Los egipcios alcanzaron Qatna, es decir, Mishrife, al este del Orontes y la ocuparon. Después se dirigieron hacia el Éufrates, que Thutmosis III cruzó, consagrando una estela conmemorativa al lado de la que había erigido antaño su abuelo. A continuación, se dirige hacia el norte, asola la región situada al sur de Karkemish, derrota a una facción enemiga y regresa al oeste para cruzar el Orontes a la altura de Niya, que marcará, a partir de entonces, el límite septentrional de la influencia egipcia, siendo Alepo la plaza fuerte más avanzada de los mitanos. Allí se dedicará a la caza del elefante, tal y como lo había hecho, sin duda y antes que él, Thutmosis I, y regresará a Egipto tras haber asegurado el abastecimiento de los puertos fenicios, algo de lo que se preocupará, a partir de entonces, en cada campaña. Este año recibe tributo de Retenu, pero también de todos aquéllos que, una vez franqueado el Éufrates, habían pasado, teóricamente, bajo su dominación: Babilonia, Assur y los hititas.

Las nueve campañas siguientes se destinaron a intentar reducir las fuerzas mitanas en Naharina. En el año 34, durante su novena campaña, Thutmosis III sofoca un levantamiento en Djahy y toma Nugés. Al año siguiente, tuvo que regresar para enfrentarse contra una nueva coalición mitana al noroeste de Alepo. Es posible que el éxito, en este caso, fuera algo más contundente que el del año anterior, puesto que los hititas se ven obligados a pagar tributo como consecuencia de esta victoria egipcia. El relato de las campañas de los dos años siguientes se ha perdido, pero, sin duda, no fueron mucho más decisivas que las anteriores y el ejército egipcio tuvo, de

nuevo, que saquear la región de Nugés. Esta vez Alalah forma parte de los pueblos que pagan tributo, con lo que el príncipe de Alepo se encuentra reducido únicamente a sus propios dominios. Al año siguiente, Thutmosis III se limita a reprimir una revuelta de beduinos Shosu. Habrá que esperar hasta el año 42 para que Thutmosis III emprenda su campaña décimosexta en *Djahy, que será la última, para hacer frente a los príncipes fenicios*, que de nuevo se inclinaban hacia el lado de Mitanni. Se apodera del puerto de Arcata, en las proximidades de Trípoli y destruye Tunip. A continuación, se dirige a la región de Kadesh, donde toma tres ciudades aniquilando al poderoso partido mitano. Esta victoria, con la que se terminan, durante los diez años siguientes, las disputas entre Egipto y Mitanni, tuvo *una cierta repercusión* porque tras ella, una ciudad de Cilicia, Adana, le pagó tributo a Egipto. El final del reinado es más tranquilo: la supremacía egipcia es reconocida provisionalmente en el Próximo Oriente y las relaciones con el Egeo son cordiales.

Thutmosis III no fue únicamente un gran guerrero sino que prosiguió también los programas de construcción iniciados anteriormente por Thutmosis I, quien había comenzado la transformación, dirigida por el arquitecto Ineni, del templo de Amón-Re de Karnak, y emprendió, igualmente, trabajos en Deir el-Bahari, sobre los que volveremos más adelante. Su actividad como constructor se desarrolla sobre todo hacia el final de su reinado y se superpone a la de Hatshepsut. Si bien hizo borrar el nombre de esta última sobre los monumentos, condenándola así a la peor muerte para un egipcio, el olvido, Hatshepsut permanecerá en Armant, en el templo de Montu, que *Thutmosis III amplió, y en la región de Beni Hassan, donde* había consagrado a la diosa Pakhet un templo rupestre que los griegos, asimilando Pakhet a la diosa guerrera Ártemis, denominaron Speos Artemidos. Thutmosis III terminará su decoración, a excepción del fondo del santuario que será llevada a cabo por Sethi I. A la entrada de este espeo, Hatshepsut enumera las construcciones que ella había consagrado a los dioses en el Medio Egipto: la restauración de los templos de Cusas, Antinoe y Hermópolis (*Urk.*IV 386,4-389). Hatshepsut hizo también construir otros templos rupestres: una capilla consagrada a Hathor en Faras, al norte del Uadi Halfa, otra en Qasr Ibrim y en Gebel el-Silsile. También en Nubia, el templo de Buhen data de los primeros momentos de su reinado, al igual que la fundación del de Satis en Elefantina y de Khnum en Kumna. Thutmosis III construyó con la misma energía que la empleada contra Mitanni: en Nubia edificó en Buhen, Sai, Faras, Dakke, Argo, Kuban y Semna y en el Gebel Barkal, y en el Valle, aparte de Tebas, en Kom Ombo, Armant, Tod, Medamud, Esna, Dendara, Heliópolis y también en otros lugares del Delta en los que no han permanecido huellas de sus trabajos.

Amenofis II y Thutmosis IV

Thutmosis III asoció al trono, dos años antes de su muerte, a Amenofis II, el hijo que tuvo de su segunda esposa, Hatshepsut II Merire. Será Ame-

nofis II quien asegure, en su condición de sucesor, su culto funerario cuando sea enterrado en el Valle de los Reyes (VdR 34). Thutmosis III dejará tras de sí el recuerdo de un gran rey, casi legendario, y el acontecimiento del paso del Éufrates, concretamente, permanecerá imborrable para los egipcios. Las campañas sirias sirvieron incluso de telón de fondo para un cuento que relataba la toma de Joppe por el célebre general Djehuty:

> Este cuento, narrado en el Papiro Harris 500, relata cómo el general tomó el puerto de Joppe, la moderna Haffa, gracias a una estratagema que pertenece a la literatura mundial, desde la captura de Babilonia por Darío a las tinajas de las Mil y Una Noches, pasando por el Caballo de Troya. Dio muerte, mediante un ardid, al príncipe de Joppe, que había venido en embajada, y después introdujo en la ciudad, con la intención de apoderarse de ella, a doscientos soldados escondidos en unas cestas.

Sus grandes hazañas y sus numerosas construcciones aseguraron su inmortalidad, pero la tradición le reconoce otras actividades que, a decir de los escribas, eran más perdurables que la de constructor de monumentos. Ya hemos indicado la pasión de Thutmosis III por la botánica, practicaba también la alfarería y no desdeñaba el coger, él mismo, el cálamo, tal y como nos lo cuenta su visir Rekhmire, que fue uno de los espíritus más cultivados de su tiempo y cuya tumba de Sheikh Abd el-Gurna (TT 100), una de las más destacables de todo el Imperio Nuevo, vincula el arte de la literatura al de la decoración. Este afán ilustrado, que se complace en la lectura de los textos del pasado, supo poner de moda la preocupación por los antepasados y así, la lista de estos últimos que Thutmosis recogió en Karnak y el cuidado con que conservó sus monumentos atestiguan, sin duda, una profunda piedad, pero también un agudo sentido de la Historia, propio de un gran rey.

Aakheperure Amenofis II, su sucesor, dejó el recuerdo de un soberano bastante menos intelectual, lo que no le impidió impulsar igualmente la prosperidad y el poderío de su país. Su principal título de gloria era una fuerza física fuera de lo común. Se contaba que, con motivo de la primera campaña que dirigió en Siria, en el año 3 de su reinado, mató a siete príncipes con sus propias manos en Kadesh. Sin duda, la fuerza física iba acompañada de una cierta crueldad, destinada a quebrar la moral de sus enemigos, puesto que hizo colgar sus cuerpos de los muros de Tebas y de Napata... por ejemplo. Hay que unir esta actitud a la práctica de deportes militares que él tenía en gran estima, tales como el tiro con arco, la caza, la equitación, actividades todas ellas ligadas a la influencia asiática, que se hacía notar también en la religión, con la crciente aceptación de los cultos de Astarté, la diosa amazona, y de Reshef. Estos influjos, venidos del corredor sirio-palestino, continúan un proceso iniciado en el Imperio Medio y acentuado por la afluencia posterior, desde estas regiones, de materias primas que se convirtieron en necesarias para la economía egipcia, dominada por la tecnología del bronce (estaño sirio, cobre de Chipre, plata de Cilicia), así como la entrada de mano de obra especializada, procedente de estas

regiones y formada por prisioneros de guerra que pasan a engrosar las filas de los artesanos extranjeros instalados en las comunidades obreras semejantes a la que comienza ya a desarrollarse en Deir el-Medineh.

El deporte también se inscribe en una tradición real largamente atestiguada desde Amenofis II. La caza del león, que él practica a pie, o la de los animales salvajes en general, se remonta a los albores de la historia de Egipto y participa, como ya hemos visto, del orden de la creación. Encontramos este gusto por la fuerza física en sus titulatura: es el Horus «Toro potente de gran fuerza» u «de los cuernos acerados» y el Horus de Oro «El que se apodera de todos los países por la fuerza».

Esta fuerza la despliega a lo largo de tres campañas en Siria. La primera, la del año 3, que acabamos de evocar, fue por causa de una revuelta en Naharina, que quiso aprovechar la ocasión del cambio de faraón. La caída de Kadesh, con la que concluyó la campaña, no dejó resuelta la situación y serán necesarias dos expediciones más, dirigidas directamente contra Mitanni. Tuvieron lugar en el año 7 y en el 9, como consecuencia de la revuelta de Siria, fomentada por Karkemish. El choque se produjo a la altura de Niya y se saldó con la pérdida, por parte egipcia, de toda la zona comprendida entre el Orontes y el Éufrates, a pesar de lo cual capturaron un importante botín, fruto del saqueo en Retenu. Entre los prisioneros, figuran unos 3600 apiru, etnia diferente de los shosu, y que es mencionada en el siglo XIX en Capadocia, después en el XVIII en Mari y, a continuación, en Alalah. Se trata de los hebreos, de los que hablan las tablillas de Amarna y que parecen, en esta época, integrarse en las sociedades a donde emigran ejerciendo las actividades marginales de mercenarios o sirvientes, tal y como los encontramos en el relato de la *Toma de Joppe*. En Egipto, aparecen, bajo Thutmosis III, en las tumbas del Segundo Profeta de Amón, Puiemre (TT 39) y en la del heraldo Antef (TT 155), como viñadores.

Estas dos campañas serán las últimas que enfrenten a Mitanni y Egipto. Con Thutmosis IV, las relaciones darán un giro completo debido al intento de aproximación de Mitanni hacia su antiguo enemigo. El nuevo imperio hitita, fundado por Tudhaliya II amenazaba las posiciones mitanas, Alepo ya había cambiado de bando y únicamente las guerras anatolias impedían a los hititas volverse aún más peligrosos. Es verosímil que los mitanos y los egipcios hayan llegado a un acuerdo aceptable por ambas partes, según el cual, los primeros, dejaban a los segundos Palestina y una parte del litoral mediterráneo a cambio del norte de Siria. El recorrido que realiza Thutmosis IV por Naharina confirma este reparto, porque vemos que Thutmosis IV ha abandonado Alalah en manos de Mitanni. El rey de Egipto llegó aún más lejos en su aproximación al solicitar la mano de una hija de Artatama I. El mero hecho de haber intentado este matrimonio muestra el nuevo cariz que habían experimentado las relaciones entre los dos antiguos enemigos.

En Nubia la herencia de Thutmosis III es fácil de asumir. La paz reina durante el reinado de Amenofis II quien nombra virrey a su compañero de armas, Usersatet, cuyas actividades de constructor podemos seguir desde Qasr Ibrim hasta Semna. Parece ser que algunos problemas estallaron

durante el cambio de reinado, que tal vez provocaron la expedición organizada por Thutmosis IV en el año 8 contra las tribus infiltradas en el país de Uauat, al menos si nos atenemos a la enumeración de estas últimas que figura en una estela erigida en Konosso (*Urk.*IV 1545). Estos acontecimientos no afectaron al comercio ni a la construcción de santuarios. Amenofis II decoró en parte Kalabsha y continuó los trabajos iniciados por Thutmosis III en Amada. Thutmosis IV construyó aquí un patio con columnas con ocasión de su segundo jubileo.

Amenofis II construyó también mucho en Tebaida, en Karnak, Medamud, Tod y Armant. También se hizo edificar un templo funerario que no ha llegado hasta nosotros. Su tumba del Valle de los Reyes (VdR 35) está muy poco decorada, tan sólo algunas escenas divinas y un ejemplar completo del *Libro del Amduat*. La tumba es interesante, sin embargo, por otro motivo ya que, en 1898, V. Loret halló aquí la momia intacta de su propietario así como las de Thutmosis III (VdR 43), Mineptah-Siptah (VdR 47), Sethi II (VdR 15), Sethnakht (VdR 14), Ramsés III (TT 11) y Ramsés IV (TT 2), que habían sido ocultadas de los saqueos por el Gran Sacerdote Pinedjem, durante la dinastía XXI.

A la muerte de Amenofis II, le sucede Thutmosis IV, probablemente por el fallecimiento prematuro de su hermano mayor, a quien hubiera debido corresponderle el poder. El rey, en efecto, hará grabar entre las patas de la esfinge de Giza una estela para conmemorar un acto suyo de piedad, un tanto particular. Al igual que hoy en día, el gran dios estaba por entonces cubierto regularmente por la arena del desierto que el viento acumulaba día tras día sobre su cuerpo. Al joven príncipe le gustaba cazar en la llanura de Giza y se acercó para dormir la siesta a la sombra de la esfinge:

> «Sucedió un día que el hijo real Thutmosis fue a pasear por allí al mediodía; se sentó a la sombra de este gran dios; el sopor y el sueño se apoderaron de él en el momento en que el sol estaba en su cénit. Encontró a la Majestad de este dios venerable que hablaba por su propia boca como un padre lo hace con su hijo: "Mírame, pon tus ojos sobre mí, oh hijo mío, Thutmosis, soy yo, tu padre Harmakis-Khepri-Re-Atón. Yo te daré mi realeza en la tierra sobre los vivos; tú llevarás la corona blanca y la corona roja sobre el trono de Geb, el heredero; el país te pertenecerá por entero, así como también todo aquello que ilumina el ojo del dueño del universo (...). Mira, mi estado es el de un hombre que sufre y todo mi cuerpo está arruinado. La arena del desierto sobre la que me alzo, avanza hacia mí (...)"». (C. Zivie: 1976, 130-131).

Thutmosis hizo limpiar de arena al dios y éste le regaló un trono que él no esperaba... y que sólo disfrutará durante nueve años, puesto que también murió prematuramente, aproximadamente a la edad de treinta años. Por detrás de esta hermosa historia alienta una orientación política ya perceptible con Amenofis II. Que el joven príncipe se hallase en Menfis no tenía nada de extraño, porque todos los príncipes herederos eran educados allí desde Thutmosis I en adelante. Lo que llama la atención es el interés que



Fig. 90. Hathor amamantando y protegiendo a Thutmosis III. Detalle. Estatua usurpada por Amenofis II. Deir el-Bahari. Arenisca policromada. L=2,25 m. Alt.=2,20 m. *CGC* 445.

muestra hacia sus dioses. Continuó trabajando en el templo consagrado por Amenofis II en las proximidades de la esfinge y se ha encontrado también un depósito de fundación con su nombre en el templo de Ptah en Menfis. Pudiera verse en esta actitud, quizá, el deseo de contrarrestar el poder de Tebas, cuya nobleza gozaba entonces de un lujo que se refleja en el esplendor de las tumbas de los grandes personajes del reino, como el visir Amenemope (TT 29), cuyo hermano Sennefer (TT 96), fue gobernador de Tebas, Kenamón, el intendente del palacio real de Menfis y su hermano, el tercer profeta de Amón, Kaemheryibsen (TT 98), los grandes sacerdotes de Amón, Meri y Amenemhat (TT 97), el jefe de los graneros Menkheperreseneb (TT 79), Userhat (TT 56), Khay, cuyo «tesoro» se conserva en Turín, etc.

Amenofis III y el apogeo de la dinastía

Si la pintura tebana encuentra su apogeo con Thutmosis IV, el reinado de Amenofis III, con su mayor apertura a las influencias orientales, alcanza un grado de refinamiento que permanecerá inigualado en épocas posteriores, ni siquiera cuando los productos preciosos de Asia y Nubia alimenten de nuevo los talleres reales. Amenofis III es hijo de una concubina de Thutmosis IV, Mutemuia, en la que se ha querido ver, sin razón, a la hija de Artatama I. Amenofis III nació en Tebas y como accediese al trono a la edad de doce años, su madre hubo de asumir la regencia. Se casa, no más tarde del año 2, con una mujer, la reina Tiy, cuyo origen no era real y que tendrá una influencia decisiva en el porvenir de la dinastía. Es la hija de un personaje destacado de Akhmim, Yuya, quien también desempeñará un importante papel político junto con su esposa Tuya, preparando el terreno a uno de sus hijos, el divino padre Ay, que sucederá a Tutankhamón en un momento particularmente difícil. Tiy le dio seis hijos a Amenofis III: quizás un Thutmosis que murió sin reinar, y además, el futuro Amenofis IV y cuatro hijas, dos de las cuales llevaron también el título de reinas: Satamón e Isis.

En la dinastía XVIII, como en la V, los lazos familiares dominan la política del país. Los principales cargos gubernamentales se distribuyen entre los miembros de la familia real o, por el contrario, el matrimonio sirve para legitimar un poder político demasiado fuerte para que pueda prescindirse de él. Este era el caso de Thutmosis I y será también el de Ay y el de Horembeb. El matrimonio de Amenofis III y de Tiy está, en ese sentido, muy lejos de la novela de amor que, en ocasiones, se ha querido ver. Yuya es un oficial de carros, jefe de las remontas. Se ha supuesto que era pariente de la reina madre Mutemuia, lo que haría de él un tío de Amenofis III. Coloca a su hijo Ay como jefe de las remontas durante el reinado de su nieto, no sin antes hacer de su otro hijo, Anen, el Segundo Profeta de Amón en Tebas y el «Grande entre los Videntes» del templo de Re en Karnak.

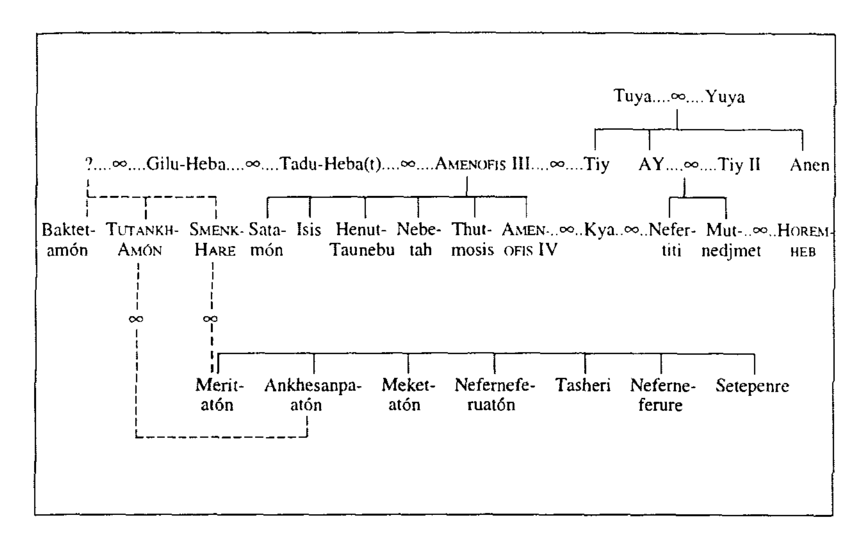


Fig. 91. La familia real a finales de la dinastía XVIII:
genealogía somera de las generaciones 9-11.

La influencia de Tiy sobre la marcha de los acontecimientos viene dada por su fuerte personalidad y también por su longevidad. Tiy sobrevive a su marido y muere en el año 8 de su hijo Amenofis IV, tras haber estado ligada a la política de dos reyes a la vez, en tanto que esposa y en tanto que madre. A ella se debe la importancia que cobra ahora, por primera vez, el papel de la esposa –la «Gran Esposa del Rey»–, por delante del de la reina madre, imagen tradicional del matriarcado. Tiy aparece asociada a su esposos como personificación de Maat y recibirá, por ello, ciertos privilegios reales: participa de los grandes festivales del culto, entre los que se encuentra la fiesta-*sed*, se hace representar en esfinge, y su marido le consagra un templo en Sedeinga, entre la Segunda y Tercera Catarata. Participa también de la política exterior y dirige el país durante los primeros años del reinado de su hijo, para el que ejerce la regencia tras haberle inculcado, en mayor o menor grado, los fundamentos del nuevo dogma que este último va a desarrollar. Tiy, en efecto, le acompañará a Amarna, donde se hará enterrar. Su momia será «repatriada» bajo Tutankhamón, con la de Smenkhkare, y depositada en la tumba 55 del Valle de los Reyes.

El reinado de Amenofis III estará marcado por la paz. El único acto de guerra será una campaña disuasoria que dirige al inicio de su reinado, en el año 5. Por lo demás, las relaciones con el Próximo Oriente atestiguan la ascendencia de Egipto sobre Asia y en la cuenca mediterránea, que podemos rastrear por los lugares donde ha aparecido el nombre de Amenofis III, en Creta, Micenas, Etolia, Anatolia, Yemen, Babilonia, Assur... Poseemos otra fuente de información sobre la política de la época, un conjunto de 379

tablillas descubiertas por un campesino al lado del palacio real de Amarna en 1887. Estos textos, redactados en cuneiforme, que era la escritura diplomática de la época, contienen la correspondencia de Amenofis III y IV con los reyes del Próximo Oriente. Las informaciones que suministran, cotejadas con los archivos de la capital de los hititas, Bogazkoy, y con las crónicas asirio-babilónicas, nos permiten conocer los intercambios entre las dos potencias e incluso las vicisitudes del reino de Mitanni, que continúa perdiendo terreno. La aproximación Egipto-Mitanni se consuma con el matrimonio, en el año 11, de Amenofis III y de Gilu-Heba, hija de Sutarna II. Sin embargo, hacia el último tercio de su reinado el príncipe de Amurru, Abdi-Ashirta, forma una coalición para sacudirse del yugo egipcio, inclinándose hacia la parte hitita. La situación se deteriora en la capital mitana. Artassumara, hijo primogénito de Sutarna II, es asesinado por la facción pro-hitita dirigida por Tuhi, que se proclama regente del reino. Sin embargo, Tushratta venga a su padre y recupera el poder, consolidando de nuevo la alianza con Egipto al concederle a Amenofis III la mano de su hija Tadu-Heba(t). Babilonia, siempre inquieta ante su vecino mitano, hace lo mismo y Amenofis III se casa con la hermana y después con la hija de Kadashman-Enlil. Estas alianzas matrimoniales no constituyen una sólida garantía contra los apetitos territoriales de unos y de otros. Asiria, en teoría vasalla de Mitanni, es codiciada por Babilonia y Assur-Ubalit I a duras penas conseguirá mantener el equilibrio. Logrará conservar una cierta independencia sólo mediante una hábil política de ostentación de su amistad con Egipto. La potencia en alza, los hititas, van a cobrar un impulso decisivo en el momento del cambio de Amenofis III a Amenofis IV. El príncipe Suppiluliuma accede al trono y dedica los diez primeros años de su reinado a pacificar Anatolia, después se ocupa de Siria del Norte donde toma Alepo y fija la frontera meridional hitita en el Líbano. En Egipto, Amenofis IV ha sucedido a su padre y Egipto no acude en ayuda de su aliado mitano, que no puede sino claudicar.

Durante el medio siglo que precedió a estos acontecimientos Egipto se encuentra en el apogeo de su esplendor y poderío. Amenofis III fue uno de los más grandes constructores que el país haya conocido. Cubrió Nubia de monumentos, hizo edificar en Elefantina un pequeño templo con una columnata atribuido a Thutmosis III; en el Uadi es-Sebua consagró un templo rupestre a Amón «Señor de los caminos»; en Aniba trabajó en el templo de Horus de Miam; fundó el templo de Kawa, el de Sesebi –sobre el que Amenofis IV hará el Gematón–, el de Soleb, consagrado a su propio culto y al de su mujer, asociado al de Amón. Inaugura con este santuario una tradición que será ampliamente continuada en la dinastía XIX. Además del templo de Sedeinga consagra obras arquitectónicas en Mirgissa, Kuban y en las islas de Sai y Argo. En el propio Egipto, construyó en el Norte, en Athribis y Bubastis. Continuó el programa heliopolitano de sus predecesores al consagrar un templo a Horus. Comenzó también los trabajos del Serapeo de Saqqara. En el Valle, edificó en Elkab, Sumenu, cerca de Gebelein, Abidos y Hermópolis, donde hizo erigir las estatuas monumentales de cinocéfalos que todavía son hoy visibles en el lugar. En Tebas, hizo cons-

truir en Luxor un templo considerado como el «harén meridional» de Amón-Re e hizo consagrar, en el templo de Mut de Akheru, al sur del recinto de Karnak, seiscientas estatuas de la diosa Sekhmet, algunas de las cuales adornan hoy el museo del Louvre (fig. 92). En la orilla occidental, hizo edificar un palacio en Malkata y un gigantesco templo funerario que Merenptah destruirá para construir el suyo y del que sólo han sobrevivido las dos estatuas monumentales colocadas a un y otro lado del pilón.

Una semejanza fonética entre el nombre de pila de Amenofis III, Nebmaatre, que debía de sonar, aproximadamente como «Mimmuria» en la boca de los guías que explicaban las antigüedades a los primeros visitantes griegos, ocasionó que el coloso del norte fuera interpretado como la estatua del héroe Memnón, hijo de la Aurora y jefe de las tropas etíopes, muerto por Aquiles durante la guerra de Troya. Se decía que su tumba estaba a los pies del coloso. En el año 27 a. J.C. se produjo un temblor de tierra que vino a reforzar la leyenda. Los bloques de la estatua se separaron creando una fisura que crujía al amanecer, cuando los rayos del sol evaporaban la humedad acumulada durante la noche. De esta manera, Memnón saludaba con un gemido la aparición de su madre cada mañana. Desgraciadamente, la piedad de Septimio Severo le llevó a hacer restaurar el monumento que, desde entonces, se volvió mudo.

Los monumentos del reinado de Amenofis III, tanto oficiales como civiles, están dotados de una gran delicadeza y finura que descansan sobre una perfección técnica indiscutible. La influencia oriental se trasluce en una mayor libertad plástica, que rompe con el rigor de los comienzos de la dinastía y anuncia la sensibilidad de las obras amarnienses. Podemos recordar, por ejemplo, la técnica de los «paños mojados» que presentan las estatuas de finales del reinado (Fig. 93). Estos rasgos precursores del arte de Amarna han sido interpretados, por lo general, como la señal de que las preocupaciones místicas del futuro Akhenatón no brotaron de la nada sino que fueron elaboradas progresivamente en una corte que se complacía en valorar el intelectualismo orientalizante. Las preocupaciones heliopolitanas de Amenofis III revelan que el avance del culto de Atón es una consecuencia lógica de la renovación de los santuarios de la antigua capital religiosa. Esto no quiere decir, sin embargo, que semejante avance sea exclusivo ya que la construcción del Serapeo, destinado a recibir los despojos de los toros Apis, indica que el rey alentaba igualmente el culto oficial de las hipóstasis animales. Ahora bien, ni en un caso ni en otro se trata de cultos tebanos. Aquí se encuentra, probablemente, uno de los motivos que llevarán a Amenofis IV a romper con Amón-Re: la preeminencia excesiva que tenía en el Estado el clero tebano, el cual reforzó aún más su posición gracias a las construcciones que Amenofis III emprende en Karnak para obtener la ayuda de los dioses contra la enfermedad que va minando sus fuerzas desde su primera fiesta-*sed*, en el año 34 de su reinado. Las representaciones de Soleb y las de la tumba del mayordomo de la Gran Esposa del rey Kheruef (TT 192) lo retratan, por este motivo, debilitado y

sufriendo de forma ostensible. Amenofis III consagró seiscientas estatuas a Sekhmet, Señora de Akheru, la sanadora por excelencia. Su suegro Tushratta le envió también una estatua sanadora de Ishtar. Pero nada puede hacerse y los dioses no pueden cambiar el destino. Amenofis III celebra en el año 37 su segunda fiesta-*sed* (si bien se respetó, en efecto el plazo de treinta años para la primera, el intervalo se redujo a la décima parte para las siguientes), justamente antes de casarse con Tadu-Heba(t) y muere en el año 39, habiendo quizá podido asociar, en los últimos años, a su hijo al trono. Su tumba (VdR 22), que estaba decorada con un ejemplar del Libro del Amduat fue saqueada en la dinastía XXI, pero su momia pudo ser salvada junto con las que fueron reagrupadas en la tumba de Amenofis II: son los restos de un hombre de unos cincuenta años que sucumbió a la enfermedad.

Con él desaparece toda una época de Egipto, la de las certezas políticas y religiosas de un Estado que había llegado a ser fuerte y respetado tanto en el interior como en el exterior. Los transtornos provocados durante el corto reinado de su hijo modificaron radicalmente el equilibrio de poder y obligaron a los faraones a plantear claramente la cuestión que constituye la base de la teocracia: la relación entre lo temporal y lo espiritual.

CAPÍTULO X

AKHENATÓN

La sucesión de Amenofis III

Amenofis IV reina en solitario a partir de 1378/1352 con el nombre de coronación de Neferkheperure, «Las transformaciones de Re son perfectas», al que asocia el epíteto de *uaenre*, «El único de Re». El resto de sus títulos lo relacionan con Tebas, incluso su nombre de Horus de Oro es «La Heliópolis del Sur». La importancia de Heliópolis está ligada, como ya vimos, a la educación de los príncipes en Menfis y no implica, forzosamente, una oposición a la doctrina de Amón.

La corregencia con Amenofis III es discutible. Si bien es cierto que tuvo lugar, lo que no se sabe con certeza es su duración y para unos comenzaría en los años 28-29 de Amenofis III y para otros en los 37-39. Tanto en un caso como en otro, lo que sí está claro es que las ideas que van a conducir a la «revolución» amarniense estaban ya lo suficientemente extendidas como para haber influido en las obras oficiales del final del reinado. Además, el hecho de que haya sido coronado en Karnak es la prueba de que, al menos en un principio, no estaba en franca oposición al clero de Amón-Re.

La continuidad es también familiar, siempre, claro está, que consigamos no perdernos en la madeja de la familia real amarniense. Amenofis IV se casa con su prima Nefertiti, hija de Ay y de Tiy II, y por lo tanto, nieta de Yuya y de Tuya. Vemos, pues, cómo la familia de Akhmim permaneció muy presente en el centro de la aventura amarniense, como lo estará también, a través de la hermana de Nefertiti, Mutnedjmet, al lado de Horemheb. Pudiera ser incluso que tuvieran algo que ver en la elección de un lugar en el Medio Egipto para la nueva capital... Sea como fuese, Amenofis IV y Nefertiti forman una pareja aún más estrechamente ligada políticamente que la de Amenofis III y Tiy. Al igual que ellos, aparecen asociados en las ceremonias, pero la novedad es que el arte oficial los representa, desde el principio, en escenas familiares, consideradas hasta

entonces demasiado íntimas como para ser mostradas. Su papel no es siempre equiparable, sin embargo, y en el gran himno a Atón, por ejemplo, sólo el rey conoce al dios.

En el año 2, Amenofis IV concede a Atón el lugar que ocupaba Amón-Re. Anteriormente, había abordado un programa de construcción tradicional. En el momento en que abre la cantera de arenisca de Gebel el-*Silsile* se hace representar en actitud de realizar una ofrenda a Amón (*Urk.* IV 1962). Completa, por otra parte, la decoración del templo de Amenofis III en Soleb, pero ya ahora, en las construcciones que inicia en Karnak para Atón, aparece una voluntad de innovar, al tiempo que una cierta precipitación. Hace extraer de las canteras bloques de arenisca, más fácil de trabajar, y de pequeño tamaño, más manejables para una mano de obra no especializada, reclutada forzosamente para la ocasión. Estos «talatates», como los denominó, siguiendo la tradición local, el egiptólogo H. Chevrier, están decorados con una técnica a menudo tosca, pero con un estilo muy realista y entusiasta, acorde con el sentido de la nueva ideología que el rey mismo enseña a los artesanos, tal y como nos lo muestra un grafito de su escultor jefe Bak, en Assuán. El pequeño formato de los bloques los salvó probablemente, de la destrucción completa cuando, tras el regreso a la ortodoxia de Amón, las construcciones realizadas por el faraón herético al este del recinto de Amón-Re fueron arrasadas. Horemheb los reutiliza, en concreto, para rellenar el noveno pilón. Los 12.000 *talatates* que de este pilón han sido extraídos, en el transcurso de estos diez últimos años, por el Centro franco-egipcio de los templos de Karnak, y que se encuentran aún en curso de estudio, constituyen una fuente inestimable para el conocimiento de la historia de los cultos de Atón.

En el año 4, el rey se encamina, en compañía de la reina, al emplazamiento, «revelado por el mismo Atón», de la nueva capital, que llamará Akhetatón, «El Horizonte del Disco». Al año siguiente, procede a la fundación allí de éste su nuevo dominio. Se trata de un amplio circo de montañas situado a unos diez kilómetros al sur de Mellaui, sobre la orilla oriental del Nilo y con una extensión de veinticinco kilómetros, desde Sheikh Said, al norte, hasta Sheikh Abd el-Hamid, al sur. Es un paraje virgen, como la colina de arena de Heliópolis a partir de la que se creó el universo. El rey lo marca con catorce estelas fronterizas, once sobre la orilla oriental y tres sobre la orilla occidental. La ciudad debía ser la contrapartida de Tebas, tanto por la naturaleza como por el número de sus monumentos. Su necrópolis real y civil así como un cementerio consagrado al toro Mnevis, harán de ella, asimismo, una nueva Heliópolis.

La reforma religiosa

Sobre las estelas de la orilla oriental aparece por primera vez la nueva titulatura del rey, que revela al país el dogma atoniano. Transforma su nombre de Horus, «Toro poderoso de las grandes plumas», que lo vinculaba demasiado a Tebas, en «Toro poderoso amado de Atón». Su nombre de

nebty, «A la gran realeza en Karnak» se convierte en «A la gran realeza en el Horizonte del Disco»; su nombre de Horus de Oro, «Quien eleva las coronas en la Heliópolis del Sur», en «Quien eleva el nombre de Atón». Conserva su nombre de coronación y cambia Amenofis en Akhenatón, «Agradable a Atón»: se trata únicamente de una simple transformación de Amón en Atón.

El cambio, en sí, no tiene nada de revolucionario y está muy lejos de ser la religión revelada que se ha querido ver, en ocasiones, para dotar al cristianismo de unas raíces que no reflejan sino un fondo común de las civilizaciones semíticas. Hemos seguido, en efecto, desde los inicios de la dinastía XVIII, la ascensión de los cultos heliopolitanos, que continúa un movimiento iniciado en la Imperio Medio y que se define como la «solarización» de los principales dioses, como sucedió con Amón mediante la forma sincrética Amón-Re. Esta tendencia concuerda con la que aparece en los libros funerarios, el *Libro de aquello que hay en el Hades*, las letanías solares o el *Libro de las Puertas* y que entre ambas concentran en torno a Re la creación y el mantenimiento de la vida. Sin duda, es exagerado hablar de monoteísmo (Assmann: 1984, 235 sg.), en la medida en que esta concentración no descarta a ningún otro dios, pero es cierto que se produce una fusión de competencias múltiples en el Creador por excelencia, que es el sol. Amenofis IV escoge para adorarlo el aspecto sensible, el Disco, cuyo papel está claramente definido en la teología heliopolitana desde el Imperio Antiguo. El resultado ofrece un tono universalista que presenta apariencias del monoteísmo y, frecuentemente, se ha comparado el gran himno a Atón, inscrito sobre el muro oeste de la tumba de Ay, en Amarna, al *Salmo* 104:

Cuando te ocultas en el horizonte occidental,
el universo se sumerge en la tinieblas y está como muerto.
Los hombre duermen en sus habitaciones, con la cabeza envuelta
y ninguno de ellos puede ver a su hermano.
¡Les robarían todos los bienes que tienen bajo su cabeza
sin que ellos se apercibiesen!
Todos los leones han salido de sus refugios,
y todos los reptiles muerden.
Son las tinieblas de un horno y el mundo duerme en el silencio.
Su creador reposa en el horizonte.
Pero al alba desde que tú te elevas en el horizonte,
y brillas, disco solar, durante la jornada,
expulsas a las tinieblas y emites tus rayos.
Entonces, el Doble País está en fiesta,
la humanidad se despierta y se alza sobre sus pies;
¡Eres tú quien les has hecho levantar!
Tan pronto como purifican sus cuerpos, cogen sus vestidos
y sus brazos rinden adoración a tu ascenso.
El universo entero se encamina a su trabajo.

Cada ganado está satisfecho de su pasto;
Arboles y hierbas reverdecen;

los pájaros que levantan el vuelo de sus nidos,
con sus alas desplegadas, rinden adoración ante tu ser.
Todos los animales se ponen a saltar sobre sus patas.
Todos los que vuelan y todos los que se posan
viven desde que tú te has alzado para ellos.
Los barcos descienden y remontan las corriente.
Todo camino se abre porque tú has aparecido.
Los peces, en la superficie del río, dan brincos hacia tu cara:
Y es que tus rayos penetran hasta el seno de la mar más verde.

Eres tú quien hace desarrollar el embrión en las hembras,
tú, quien creas la simiente en los hombres,
tú, el que das vida al hijo en el seno de la madre,
tú, quien lo consuelas con aquello que apacigua sus lágrimas
tú, la nodriza de aquel que está en el seno,
tú el que no cesa de dar aliento para dar vida a cada una de tus criaturas.
Cuando salen del seno para respirar, en el día de su nacimiento,
tú abres su boca al instante y les abasteces de lo necesario.
Mientras el polluelo está en el huevo y pía en el cascarón,
tú le das aliento en el interior para otorgarle vida,
tú has prescrito para él un tiempo fijo para romperlo desde el interior.
Y él sale del huevo en el tiempo fijado,
y camina sobre sus patas desde el momento en que sale (...)

(Daumas: *1965, 322-323)*

Este mecanismo lo recuperará en la dinastía XIX el rey en persona, quien acumulará en sí mismo todas las características del creador. La originalidad de Akhenatón consistió en cristalizar este conjunto de rasgos divinos en el Disco, la manifestación tangible del creador, al alcance de todos. Ofrece, de esta manera, una imagen fácil de alcanzar y evita verse obligado a acudir a un clero especializado, único con capacidad para servir de intermediario entre los hombres y un dios impenetrable. Atón permite, literalmente, la percepción inmediata de lo divino, en oposición a Amón, el dios «oculto»

Faltaba por establecer todavía el procedimiento a través del cual se delega en el rey la capacidad del creador. Akhenatón hace del Disco el faraón celeste e inscribe su nombre en un cartucho. La «titulatura» de Atón es muy explícita: él es «Re-Harakhty aparecido en el horizonte», «En su nombre de Shu, quien está en el Disco». El Disco es, pues, una forma del creador, al igual que el rey es su equivalente terrestre, lo que conduce, sin apenas modificaciones, al sistema tradicional de la hipóstasis. Atón se encarga también de los muertos, lo que es lógico porque asume los diversos papeles del creador solar. No por ello Osiris pierde prestigio, ni siquiera entre la familia real, tal y como lo atestiguan los colosos osiríacos que representan al rey. Sin embargo, el culto funerario tradicional tiende a desaparecer.

El impacto de esta reforma sobre la población es prácticamente nulo por dos razones. La primera es que la corte se reduce muy pronto a un círculo restingido en torno a Akhenatón y, aparte de las construcciones de Karnak, el pueblo apenas tuvo ocasión de apreciar el nuevo culto. La segunda razón, y más profunda, es que este culto no se corresponde con las estructuras de la sociedad y el pueblo continúa viviendo conforme a las bases religiosas tradicionales. ¡Se han hallado incluso invocaciones a Amón en la aldea de los obreros de Amarna! No conviene exagerar el conocimiento que las capas más sociales más humildes hayan podido tener de la religión y los entresijos del poder que, evidentemente, no salían apenas más allá de los muros del templo o de los palacios. El incremento de la piedad popular del Imperio Nuevo obedece a preocupaciones elementales y en escasa medida, a inquietudes metafísicas entre el común de los mortales. Por otro lado, la imagen que ofrece Akhenatón es mucho menos original de lo que la moderna tradición ha querido ver puesto que, para empezar, conservó toda el aparato retórico y propagandístico de sus predecesores. Pacifista, según algunos, porque no tomó parte en los combates que sacudieron el Próximo Oriente durante su reinado, se hizo representar en actitud de masacrar a los enemigos vencidos y no solamente en plasmaciones de estilo «clásico», como la fachada del tercer pilón de Karnak, sino también sobre algunos talatates, donde incluso Nefertiti agita la maza-*hedj* por encima de la cabeza de los enemigos vencidos (Hall: 1986, fig. 36-40). Su «revolución» no afectó a la administración, que permanece sin cambios y posiblemente con los mismos funcionarios. En el plano político, refuerza en gran medida el absolutismo teocrático y el rey, «el bello hijo de Atón», es el intermediario obligado entre los hombres y el Disco. Por ello, se convierte en objeto de una adoración que observamos representada a la entrada de las tumbas de los altos dignatarios. Este culto divino al rey conlleva un cierto menosprecio hacia las restantes divinidades, pero el hecho de vincular el porvenir funerario de los cortesanos al del rey no deja de ser una vuelta a los orígenes, retorno que encaja bien con la preocupación por el pasado que caracterizó tanto el reinado de Amenofis III como el de sus predecesores: búsqueda de antiguos anales, de la tumba de Osiris en Abidos, etc.

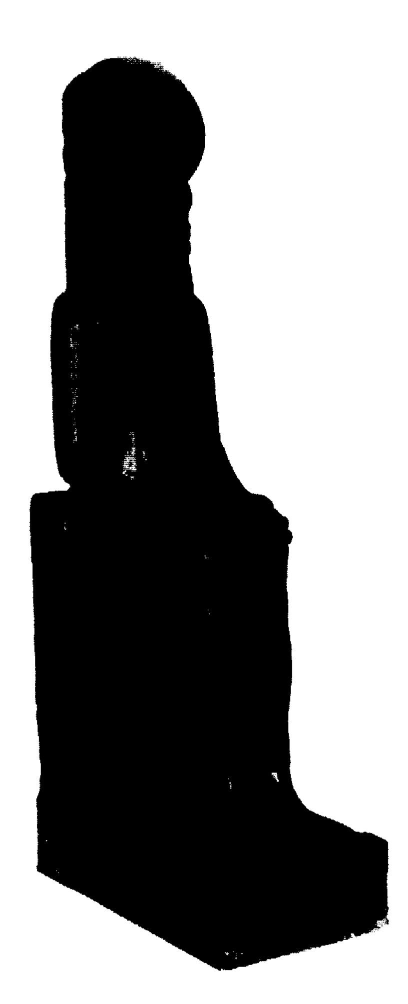
La reforma tuvo consecuencias, básicamente, en dos campos: la economía y el arte. Akhenatón cierra algunos templos o, al menos limita sus actividades, y vincula los bienes clericales a la Corona. La primera consecuencia es un crecimiento de la centralización administrativa y de su brazo ejecutivo, el ejército. Al prescindir de las instancias locales, la acción de la administración se hizo más difícil y se desarrolló todo un sistema de corrupción y arbitrariedades contra el que Horemheb habrá de enfrentarse posteriormente. La construcción de la nueva capital y de los nuevos templos se hace a costa de la economía en general y de la economía divina en particular. Si bien es cierto que desde una óptica centralizadora el sistema de dominios divinos es nefasto, su abandono arruinó todo un circuito

de producción y de redistribución que ninguna estructura nueva vino a reemplazar.

Las consecuencias del atonismo sobre las artes y las letras son más espectaculares y, en cierta medida, más duraderas. La literatura no experimentó, realmente, cambios drásticos, porque continúan enseñándose los géneros tradicionales y los escolares se aprenden todavía la historia de Sinuhé. Sin embargo, bajo la influencia de la nueva ideología, las obras contemporáneas denotan una mayor libertad. Se manifiesta esta libertad, sobre todo en las composiciones poéticas: himnos y letanías divinas y reales en las que se da curso libre a la creación. Parte de esta creatividad, de tono más espontáneo que en el pasado, volverá a aparecer en las obras históricas de época ramésida. *El rasgo más característico de esta reforma* literaria es la introducción de la lengua hablada en los textos oficiales. El conservadurismo de las escuelas del Estado había mantenido la llamada lengua «clásica», es decir, la del Imperio Medio. Akhenatón hizo entrar el lenguaje cotidiano en las grandes obras, en donde entra ahora una lengua, con sus giros y préstamos extranjeros, más próxima del copto que de los *Textos de las Pirámides.*

La apertura literaria procede del mismo espíritu que la del arte, aunque sin alcanzar sus extremos. Habíamos visto que desde el reinado de Amenemhat III el idealismo oficial tendía a ceder el paso a un realismo más sensual que no dudaba en subrayar las formas corporales mediante técnicas como las de los «paños mojados». Este tratamiento más generoso de los volúmenes aparece también en el dibujo, donde el uso de la línea es menos riguroso y el empleo de los colores, más flexible. Hay también una evolución de la moda, más «moderna», que se traduce en nuevos peinados, nuevos vestidos y también en simples detalles estilísticos, como la inclusión del ojo en la órbita y el alargamiento de las líneas hasta producir los famosos ojos «en almendra» de Akhenatón. Se indican también los pliegues del cuello, las orejas horadadas, etc. Sin embargo, estos cambios no son unánimemente *admitidos, y el visir Ramose, por ejemplo, cuya tumba (TT 55)* es una de las más bellas de Sheikh Abd el-Gurna, opta por un clasicismo de extraordinaria elegancia.

Akhenatón radicaliza la tendencia al realismo para él y para su familia ya desde el segundo año de su reinado, llegando incluso a la caricatura. La acentuación de la fisonomía y la blandura de las carnes resultan en una apariencia patológica, hasta tal punto perceptible en los colosos osiríacos que el escultor Bak realizó para su señor, que se ha querido ver, en la hinchazón de su vientre, a las linfas inflando el cadáver descompuesto de Osiris. Con el paso del tiempo los trazos se suavizan pero permanecen aún exagerados en relación a la tradición, cuya técnica y cánones, pese a todo, son conservados. Aparecen temas nuevos como la imagen de la familia, omnipresente en todas las escenas, particularmente y en las de culto (Fig. 94). El tema, en sí, no es nuevo, lo que sí resulta novedoso es la utilización de escenas «de todos los días» lo que otorga un aspecto profundamente humano a las representaciones. Se representa a los personajes en unas actitudes y con unos gestos tomados del natural, lo que confiere una



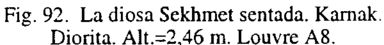


Fig. 92. La diosa Sekhmet sentada. Karnak. Diorita. Alt.=2,46 m. Louvre A8.



Fig. 93. Amenofis III acéfalo. Serpentina. Alt.=0,23 m. MMA 30.8.74.

cierta impresión de intimidad a las escenas. El mecanismo es similar al realizado en la literatura con la introducción de la lengua vernácula: una banalización de la forma que hace desaparecer la estructura. Los trazos subrayan menos los contornos, la simetría es más discreta, aparecen falsas perspectivas, se abre la vía a la expresión de los sentimientos gracias a la libertad que otorgan unos límites menos rigurosos. El arte cotidiano y los temas naturalistas se apoderan de las representaciones tradicionales que ganan en ingenuidad y en frescura lo que pierden en técnica. Hacia el final del reinado predominan los estudios del natural, en un estilo más





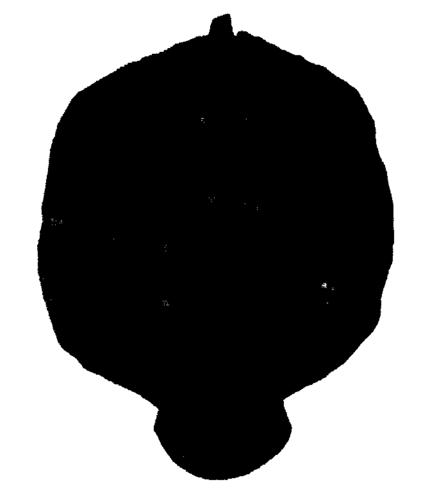


Fig. 94. *Arriba derecha*. La familia real amarniense haciendo ofrendas al Disco. Bloque de alabastro procedente de un parapeto de rampa. Amarna: sala central del gran palacio. Alt.= 1,05 m. El Cairo *JE* 30/10/26/12.

Fig. 95. *Enfrente*. La reina Tiy. Cabeza procedente del Fayum. Ébano. Alt.=0,095 m. Berlín 21834.

Fig. 96. *Arriba*. Coloso osiríaco de Akhenatón procedente de Karnak-este. Arenisca. Alt.=3,10 m. El Cairo. *JE* 49528.

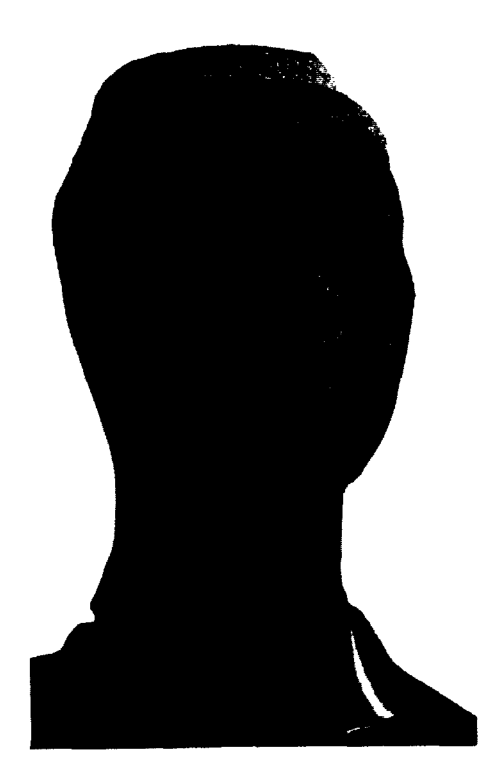


Fig.97. Cabeza inacabada de Nefertiti procedente de Amarna.
Cuarcita. Alt.=0,33 m. El Cairo *JE* 59286.

suave. Se han descubierto, en Amarna, en el taller del escultor Thutmosis, numerosos bosquejos, vaciados y retratos de la familia real, entre los que se encuentra la célebre cabeza de Nefertiti de Berlín. Estos retratos (Fig. 99) revelan una maestría y una sensibilidad totalmente liberadas de las exageraciones de los comienzos del reinado. Algunos rasgos de esta última etapa permanecerán en obras posteriores: el arte de la transición de la dinastía XVIII a la XIX conserva la sensualidad del volumen y la finura del trazo (Fig. 100) que encontramos concretamente en la producción del reinado de Sethi I.

La familia real

La construcción y la primera ocupación de la ciudad tuvieron lugar *entre los años 5 y 6 del reinado de Akhenatón, fecha en la que la familia* real conmemora el segundo aniversario de la elección del lugar consagrando, con ocasión de una visita solemne, las once estelas fronterizas de la orilla occidental. Su texto expresa las dimensiones precisas del dominio



Fig. 98. Akhenatón y Nefertiti. Caliza policromada. Alt.=0,225 m. Louvre E 15593.

y contienen un juramento: el de no traspasarlas. Esta promesa, que define únicamente los límites del dominio, ha sido, algunas veces, mal interpretado como expresión de la voluntad regia de no salir ya nunca del Horizonte de Atón. En el año 8, el rey ordena colocar las estelas fronterizas del segundo grupo. En el año 12, organiza grandes fiestas al estilo tradicional con la habitual entrega de tributos por parte de los países sometidos, que se representa en las tumbas de Merire II y Huya, en la necrópolis de Amarna. En el mismo año, la reina Tiy realiza una visita, en compañía de la princesa Baketatón, a la Corte de Amarna, en donde se instala. Estas fiestas y

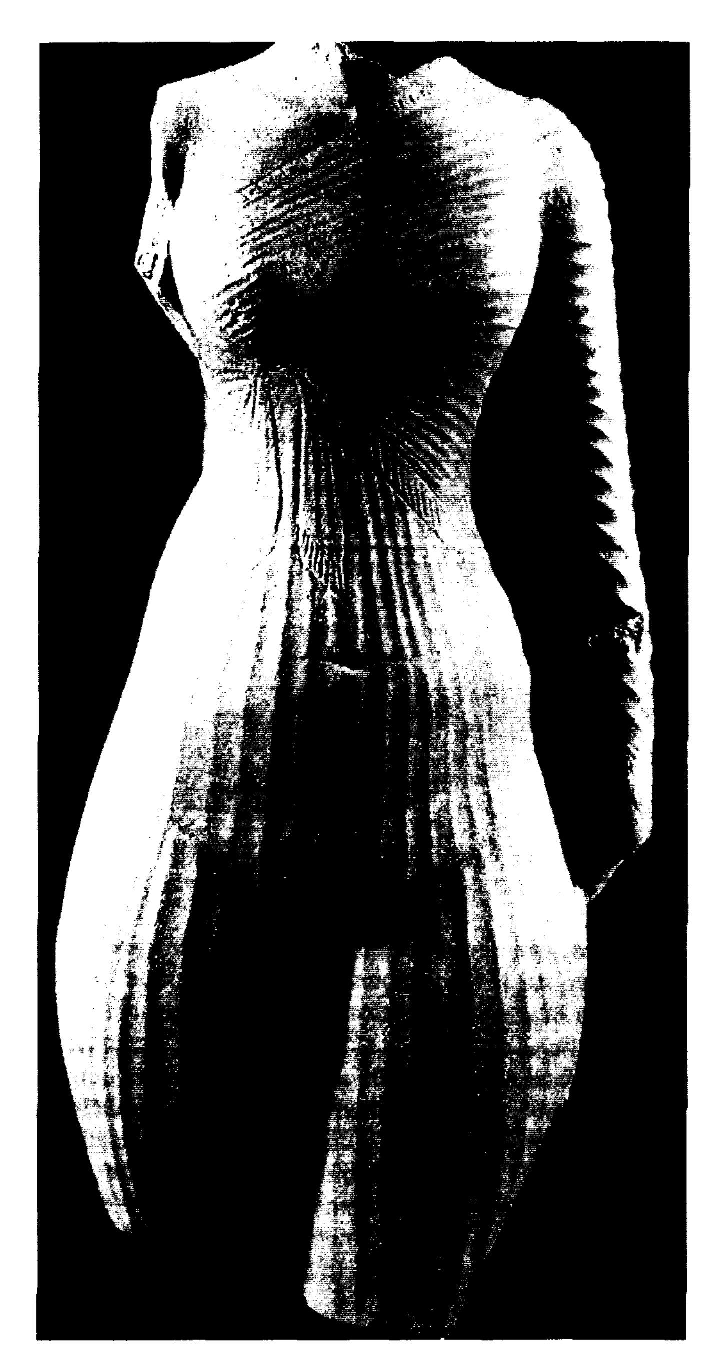


Fig. 99. Torso de una princesa amarniense. Cuarcita. Alt.=0,29 m. Louvre E 25409.



Fig. 100. La Dama Tui de pie. Madera.
Alt.=0,34 m. Comienzo de la dinastía XIX. Louvre E 10655.

el hecho de que la reina madre se trasladara a vivir junto a su hijo han sido interpretadas como la prueba de que Akhenatón no reinó en solitario hasta a partir de esa fecha, aunque el argumento no parece muy sólido. Este mismo año una de las hijas de la pareja real, Meketatón, muere y Nefertiti parece ocupar una posición menos importante a partir del año 12. Incluso podría haberse separado de su marido, dado que una de sus hijas, Meritatón la reemplaza en las ceremonias al lado del rey. Los motivos de esta aparente separación, sobre la que se ha discutido ampliamente, podrían ser políticos. Nefertiti no abandona la ciudad, en cuya necrópolis estaba prevista una tumba para ella, pero se retira y muere, sin duda, en el año 14. Los tres últimos años del reinado son convulsos porque en todo el país se producen persecuciones antiamonianas, que conducen, esencialmente, a borrar los nombres del dios sobre los monumentos (igual que Akhenatón y su dios serán, a su vez, borrados algunos años más tarde).

Por una escena de la tumba de Merire, fechada en el año 12, que muestra enfrentados a Akhenatón y a una pareja formada por Smenkhkare y Meritatón, se ha supuesto que hubo una corregencia entre los dos reyes.

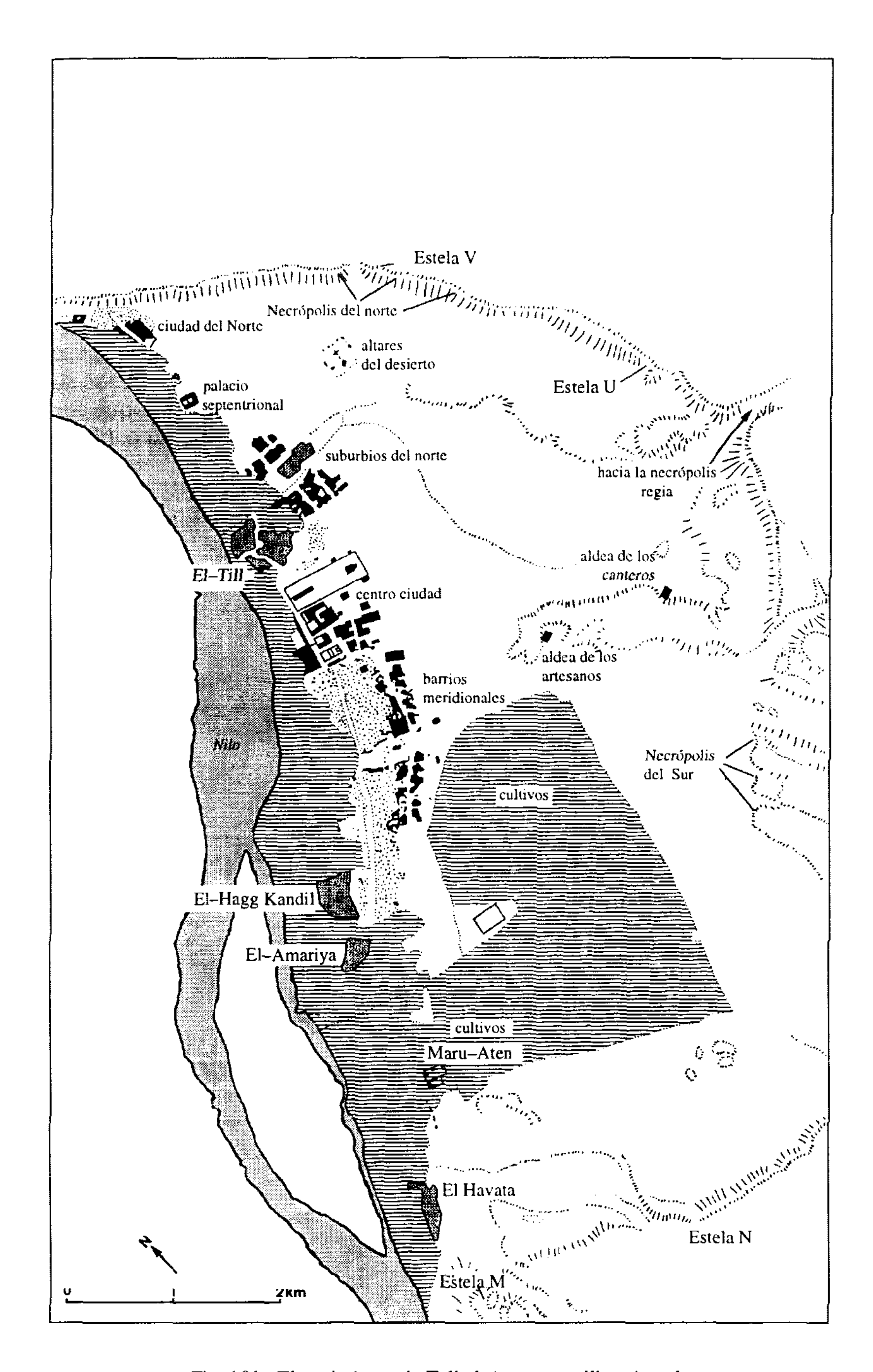


Fig. 101. El yacimiento de Tell el-Amarna, orilla oriental.

Esta asociación no está probada, pero es probable puesto que Nefernefe-ruatón Smenkhkare está, en efecto, atestiguado como rey y su mandato debe situarse entre el de Akhenatón y el de Tutankhatón, con una duración aproximada de dos años. ¿Consistió este reinado únicamente en una corregencia o bien Smekhkare gobernó el país en solitario durante algunos meses? No tenemos respuesta, de momento. El personaje es mal conocido y numerosos datos que le conciernen son contradictorios, porque el abandono de Amarna, que tuvo lugar en los primeros años de su sucesor, Tutankhatón, vino a alterar gravemente todo. Akhenatón fue probablemente enterrado, al menos de manera ficticia, en Amarna. El cuerpo de Smenkhkare, muerto con veinte años, aproximadamente, apareció en una tumba que le fue consagrada en el Valle de los Reyes (TT 55), pero todo indica, desde su mobiliario funerario hasta las vendas que envuelven su cuerpo, que fue amortajado de nuevo, y apresuradamente, como consecuencia probable de su traslado de Amarna a Tebas. Por otra parte, no está solo en esta tumba sino que allí se depositaron otros restos, probablemente los de la reina Tiy. Por lo general, se piensa que toda la familia real fue de este modo transferida bajo el reinado de Tutankhamón, y únicamente los sarcófagos de piedra permanecieron en las necrópolis de Akhetatón hasta que los canteros los destruyeron en época ramésida.

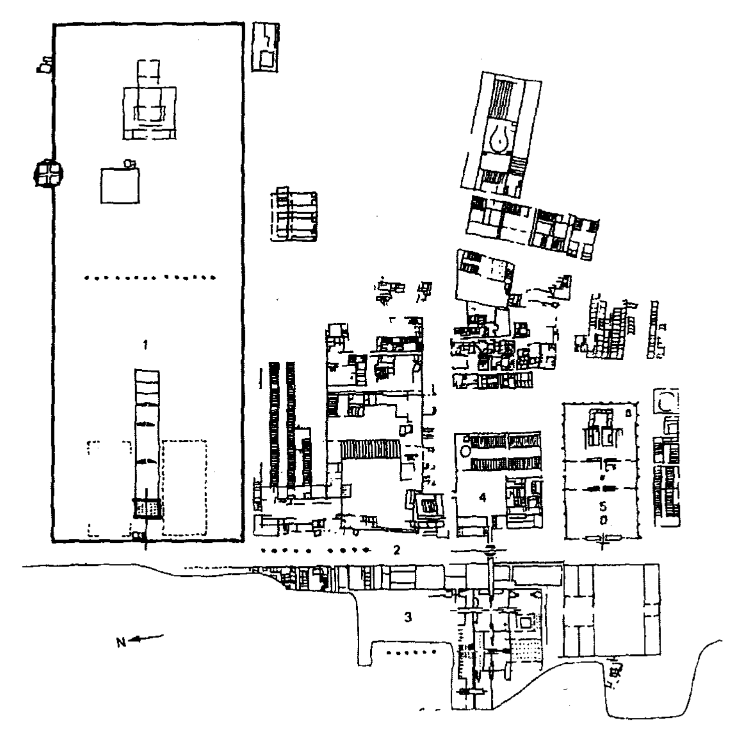


Fig. 102. Plano del centro de la ciudad.

En la sucesión de Akhenaton nada se puede afirmar con seguridad y menos que nada las relaciones que le unían a sus sucesores (Fig. 91). Es muy probable que Smenkhkare primero y después Tutankhamón, que debían ser los únicos herederos varones posibles (ya fuesen primos o sobrinos de Akhenatón) legitimasen su ascensión al trono casándose cada uno con una de las hijas del rey.

Cuando sucede a Smenkhkare, Tutankhatón tiene aproximadamente nueve años. Se casa con la princesa Ankhesenpaatón y reside, en el primer momento, en el barrio norte de Akhetatón. Muy pronto, sin que podamos

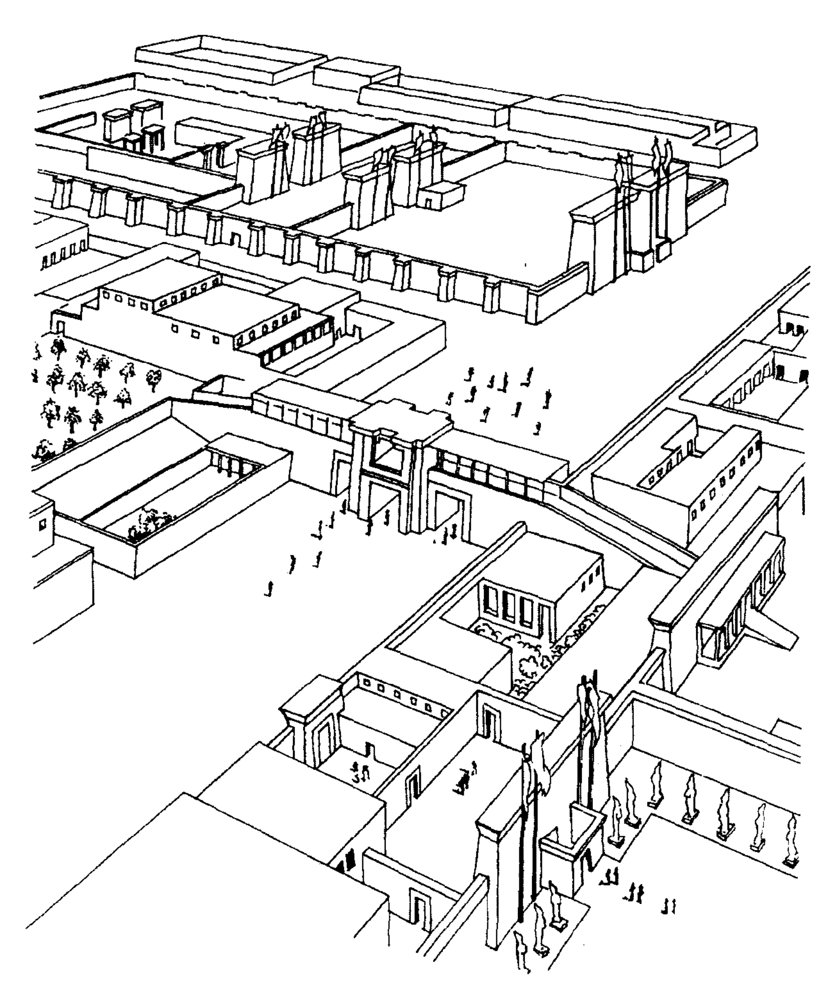


Fig. 103. Alzado del centro de la ciudad.

precisar la fecha, abandona Amarna y desplaza su residencia a Menfis, utilizando el palacio de Malgata como residencia real temporal en Tebas. La ciudad de Akhetatón no existía más que porque allí residía la Corte y poco a poco será abandonada completamente tras únicamente una treintena de años de existencia. Sólo se dejará allí lo que se considera sin valor: restos de la actividad de los artesanos (el taller de Thutmosis y sus esbozos), copias de la correspondencia diplomática (las tablillas de Amarna), etc. El lugar está completamente abandonado a principios de la época ramésida, en beneficio de Hermópolis en la orilla opuesta del río. Los canteros acabaron de desmantelarla, utilizando los *talatates* de los monumentos para las nuevas construcciones.

El lugar se hundió entonces en el desierto y en el olvido al que lo condenaron los sucesores de Akhenatón hasta la mitad del siglo XIX. Wilkinson y Lepsius exploraron algunas de sus tumbas rupestres y, posteriormente, el hallazgo de las tablillas en 1887 atrajo la atención sobre la capital olvidada. Fl. Petrie inició las primeras excavaciones en 1891: descubrió el palacio real y realizó una prospección del lugar con la ayuda de H. Carter. El balance de la campaña asciende a 132 cajas, que terminaron en el Ashmolean Museum. En 1893, Petrie procedió a una limpieza de las tumbas rupestres y, en 1902, el Egypt Exploration Fund trabajó en la zona. Desde 1904 hasta 1914 la Deutsche Orient-Gesellschaft recibe la concesión, bajo la dirección de L. Borchardt. Éste procedió a excavar el cuartel oriental de la ciudad, descubrió el taller de Thutmosis y la veintena de cabezas reales, de modelos, y de máscaras allí almacenadas. Entre ellas, la cabeza de Nefertiti, que emprende rápidamente el camino de Berlín. Después de la Primera Guerra Mundial, la Egypt Exploration Society se ocupa, de 1921 a 1926, de terminar de limpiar y excavar la ciudad: el descubrimiento de la aldea de los artesanos y el estudio de las pinturas de las tumbas se realizan en medio de una verdadera carrera contra los saqueadores. Todo el norte de la ciudad ha sido excavado. Desde 1977, la Universidad de Cambridge se ocupa del estudio sistemático del lugar realizando una nueva prospecciones, la limpieza y reconstrucción de la aldea de los artesanos y análisis de los diversos vestigios.

La zona urbana se sitúa al norte del yacimiento, donde se alzan el gran templo y la residencia real. Al norte y al sur, unos suburbios separan el centro, por un lado, del palacio septentrional, y por otro, del *Maru-Atón*, jardín de recreo y de oración. La aldea de los obreros está a mitad de camino de la necrópolis, excavada en la ladera del acantilado.

Los monumentos se extienden aproximadamente sobre unos 9 kilómetros sin sobrepasar jamás 1 km. de profundidad. El criterio urbanístico parece haber estado marcado por la proximidad al palacio real. No hay distinción entre barrios ricos y pobres y el lugar se ocupa, sencillamente, en función de las necesidades. La ciudad está cuadriculada por tres grandes arterias, orientadas norte-sur y unidas entre ellas por unas transversales este-oeste. El centro de la ciudad está atravesado por una gran avenida que separa el palacio real de los dos templos, situados a ambos lados de la residencia real. Un puente permite pasar desde esta última al palacio por encima de la avenida.

El palacio se extiende a lo largo de la avenida y comprende, de norte a sur (Fig.104), una serie de dependencias (A), el harén (B), justo frente al punto que atraviesa la avenida el palacio propiamente dicho (C), después los almacenes (D) y la sala de coronación (E). Las dependencias incluyen casas para los servidores, patios y almacenes comunicados por un pasillo con los dos harenes, situados a ambos lados de un patio, al que se accede tanto desde la calle como desde el gran patio con estatuas colosales del rey y de la reina que da acceso al palacio propiamente dicho.

El harén norte está organizado, como una casa tradicional, en torno a un jardín adornado con un estanque y treinta habitaciones con decoración nilótica que evoca la fauna y la flora de los pantanos del Delta. Un patio lo separa de los alojamientos de los servidores, situados al norte. Al sur pequeños apartamentos rodean un vestíbulo central al que se accede desde el jardín a través de una sala hipóstila. Al otro lado del corredor, el harén del sur presenta una disposición semejante, aunque orientada perpendicularmente. Cada uno de estos dos conjuntos se asemeja a la casa privada, replegada sobre sí misma y alejada de las vías de paso para preservar así la intimidad de sus ocupantes.

La parte situada más al sur del palacio está constituida de numerosas salas hipóstilas, la más grande de las cuales da acceso a la sala del trono.

Perpendicularmente a esta serie de edificios y en el eje del puente que atraviesa la avenida se levanta el palacio propiamente dicho. En realidad, es un lugar de paso entre el gran patio y la sala del trono, entre el río y la residencia del otro lado de la calle.

En el centro, un patio sirve como distribuidor mediante un pabellón de acogida al norte y rampas hacia los otros lados, que conducen a dos patios simétricos por la parte del río, y a un vestíbulo central al sur, por la parte de la residencia. El vestíbulo da acceso a dos peristilos paralelos a los patios, en el centro de los cuales debía de haber una estatua del rey o bien un altar, y asimismo comunica con la sala del trono al sur. Atravesando el puente, el rey podía acceder a su residencia pasando delante del apartamento del conserje. La disposición de esta última es un poco diferente a la del harén, pero procede de la misma idea. En el centro, un jardín da acceso, al este, a los almacenes y, al sur, a las zonas de habitación. Las de los servidores están separadas de las de los señores, con las que sólo se comunican por una puerta de servicio. Las dependencias reales (B) no se comunican con las salas de recepción (A). Aquéllas comprenden un vestíbulo y una gran sala, cuyo techo está sostenido por grandes columnas. Esta sala comunica con la capilla familiar (C) y las dependencias privadas (D). Las apartamentos de las princesas (E) están situados aparte.

Se podrían multiplicar los ejemplos de residencias semejantes, comenzando por el palacio del norte, cuya disposición alrededor de un estanque adornado con pajareras y vallas es una «transposición arquitectónica del himno a Atón» (Michalowksi:1968, 521). Todas ofrecen el mismo lujo confortable, que contrasta con la severa ordenación de la aldea de los artesanos (Fig.109).

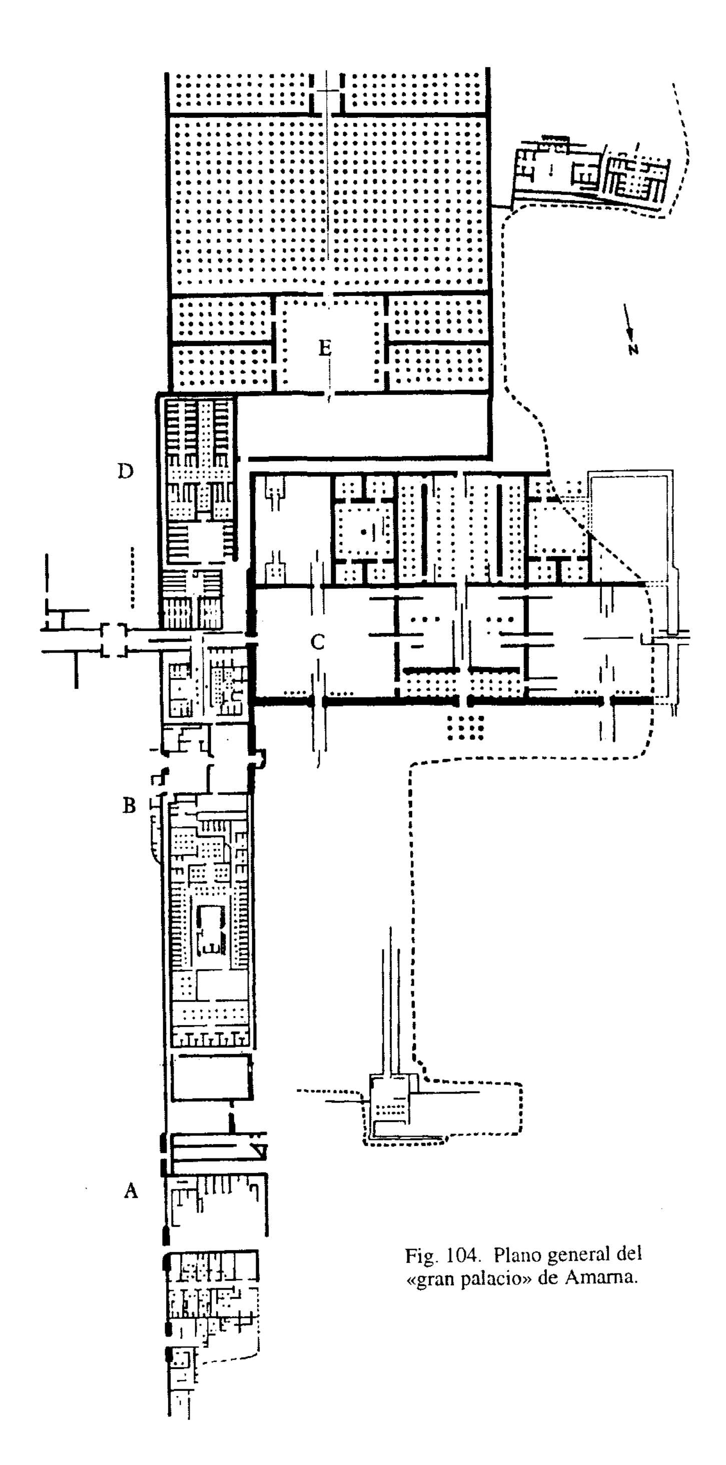


Fig. 104. Plano general del «gran palacio» de Amarna.

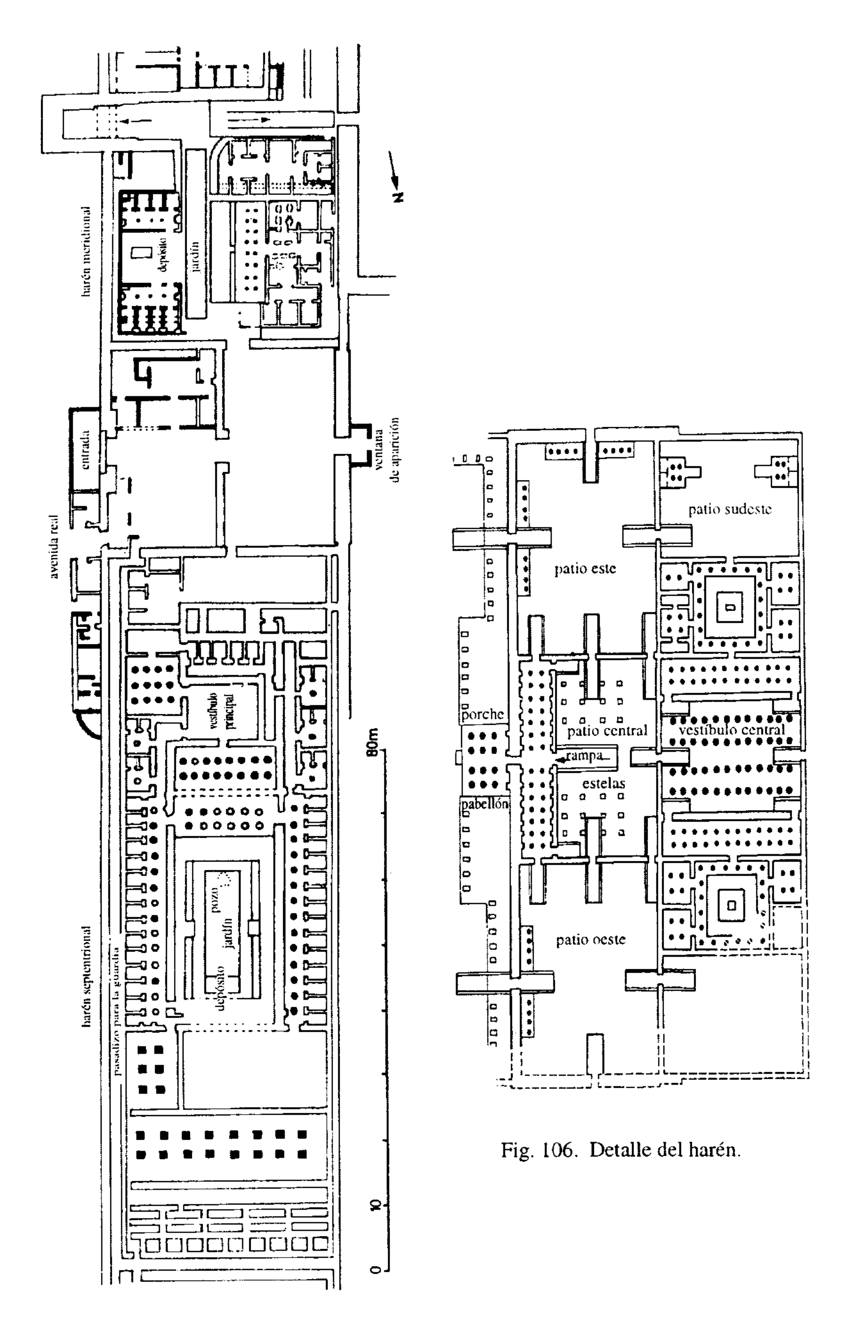


Fig. 105. Plano del palacio propiamente dicho.

Fig. 106. Detalle del harén.

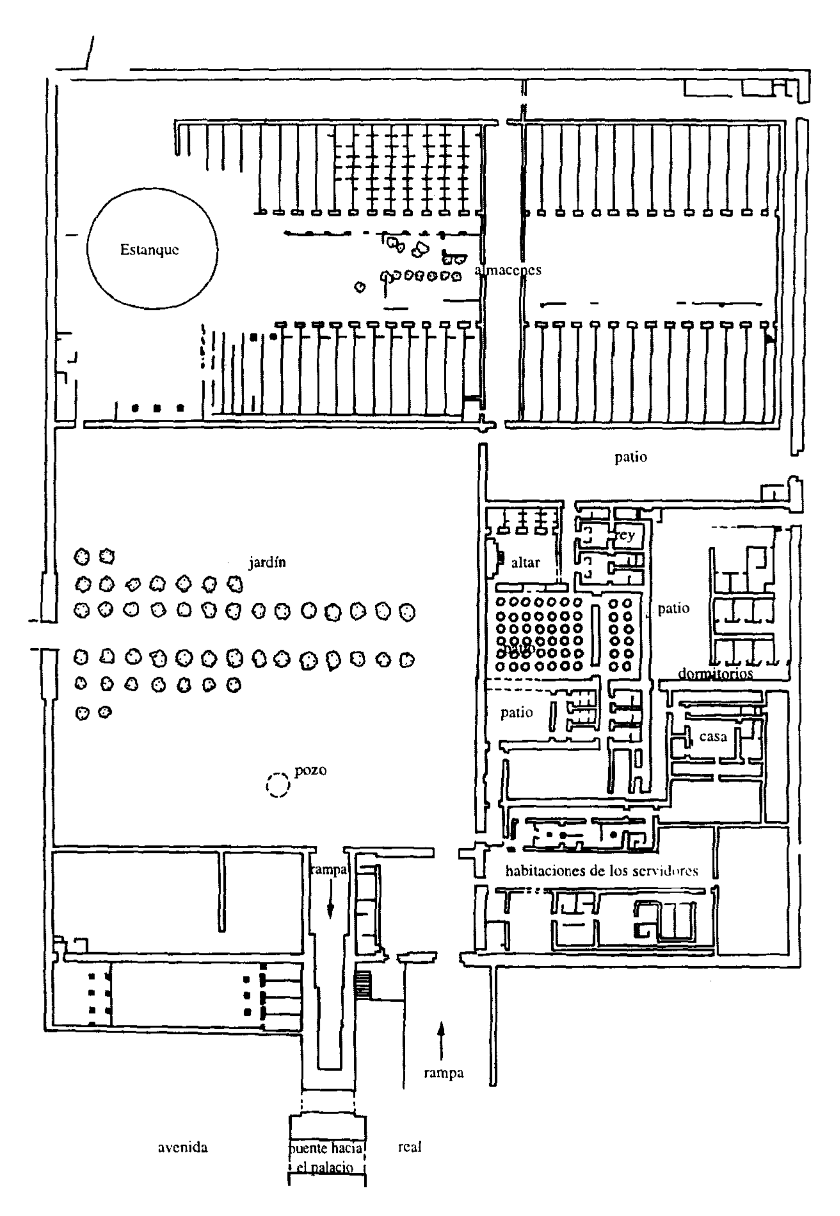
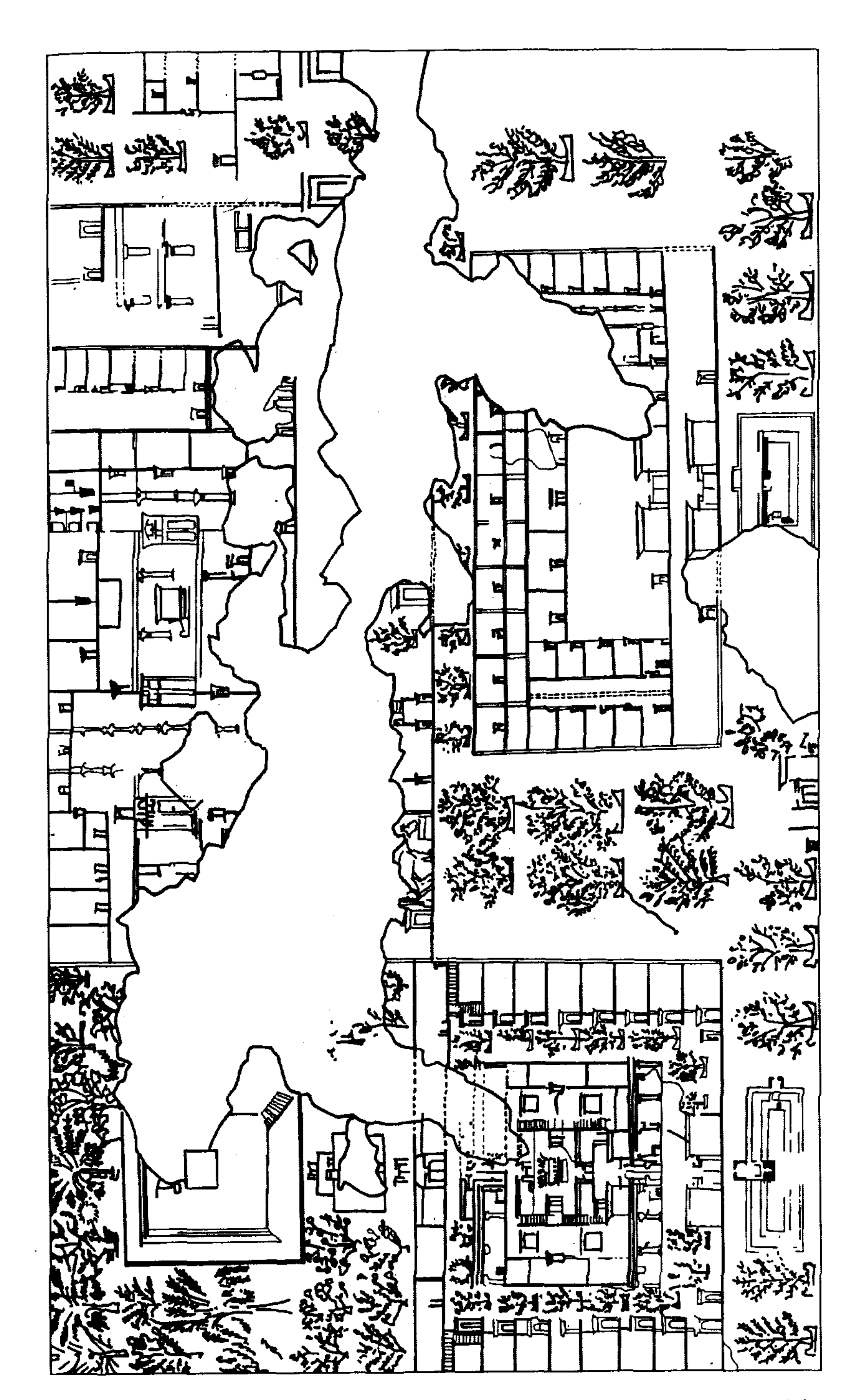


Fig. 107. Plano de la residencia.

Fig. 108. *A la derecha.* Los dominios reales tal como aparecen representados en la tumba de Merire II.



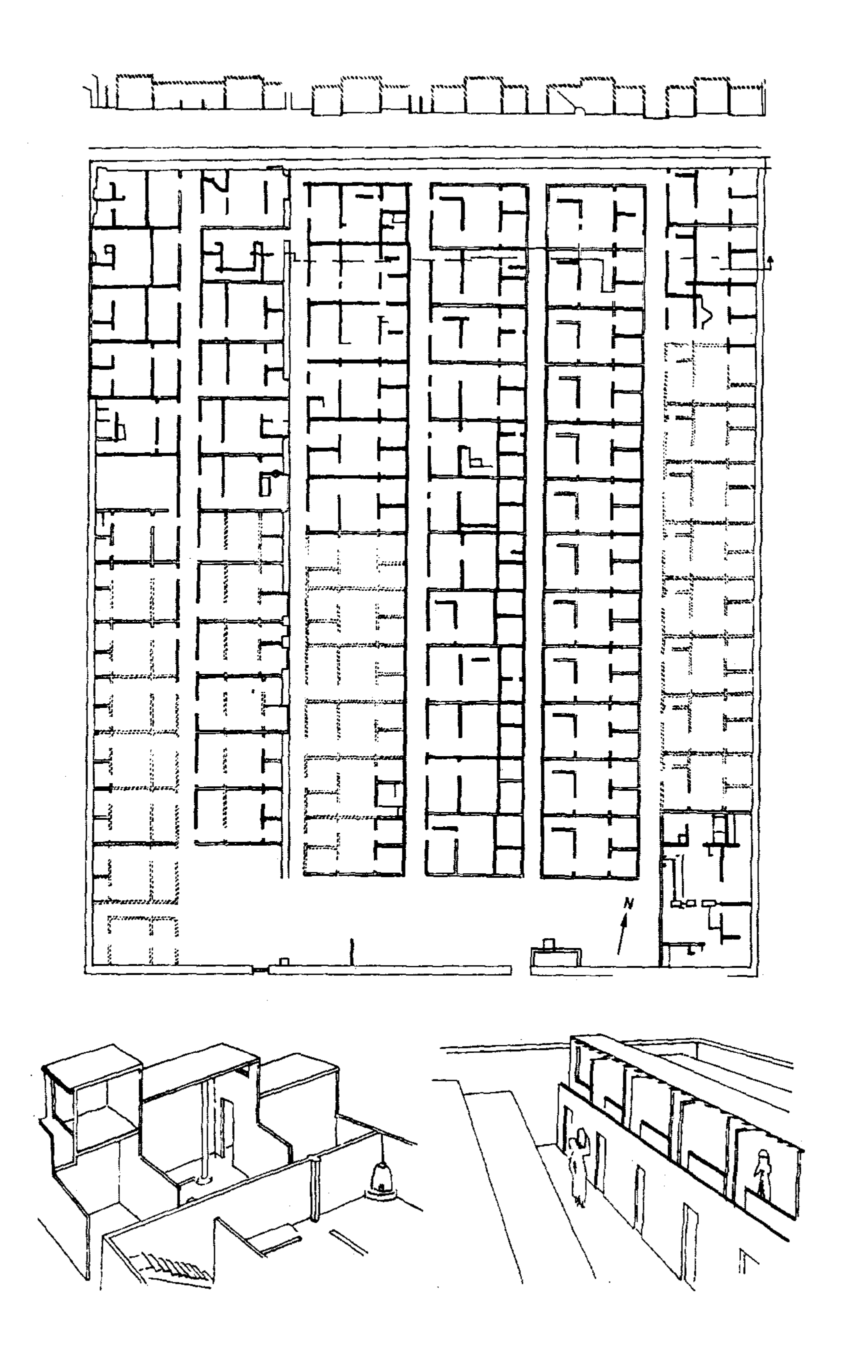
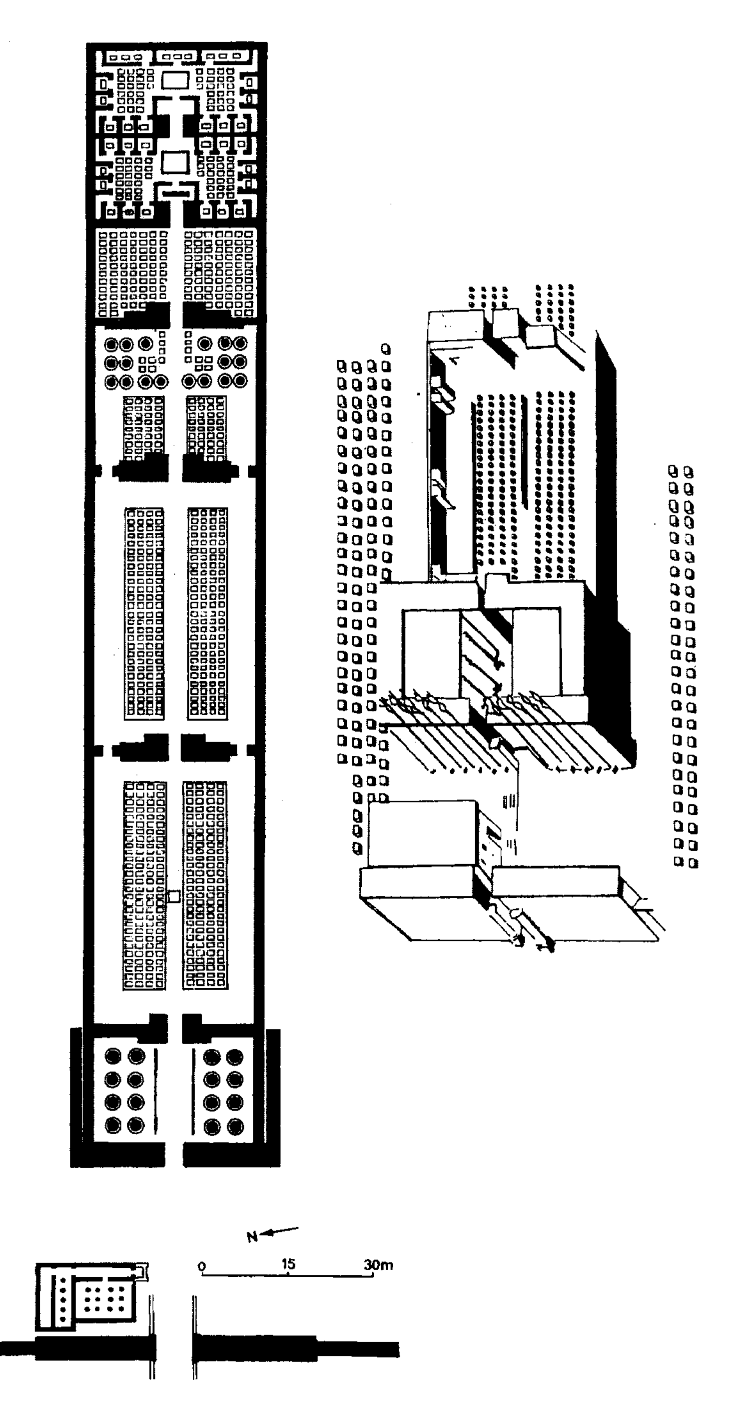


Fig. 109. *Arriba*. La aldea de los artesanos al este de la ciudad.
Fig. 110. *A la derecha*. Planta y alzado del gran templo de Amarna.


N
0
15
30m

Las casas, estrictamente ordenadas, están comunicadas por cinco calles orientadas norte-sur. La aldea está completamente cerrada de modo que su único acceso es una única puerta vigilada. Justo a la derecha de la entrada hay una casa más grande que las otras perteneciente probablemente al responsable de la comunidad. La casa tipo consiste en cuatro habitaciones: una antesala seguida de una sala de recepción, una cocina y un dormitorio. En algunas ocasiones, una escalera da acceso a una terraza.

Por último, el templo (Fig. 110) tiene más que ver con los templos solares de la dinastía V que con el templo clásico. De este último, sin embargo, ha tomado prestada la entrada en forma de pilón, constituido por dos moles de albañilería que representan el horizonte por donde aparece el sol, pero el dintel que, normalmente, une entre sí estas dos moles para formar una puerta, aquí está roto. De igual forma, el templo, en lugar de constituir un avance progresivo desde la luz del día al misterio del santuario, no es más que una sucesión de patios a cielo abierto.

El templo fue completamente destruido tras el abandono del lugar aunque se ha podido reconstruir su plano gracias a las trincheras de cimentación sobre cuyo escayolado se realizó un trazado en negro. Una vez franqueado el primer pilón, un segundo conducía al *Per-hai*, un pabellón que permitía acceder al primero de una serie de seis patios, de los cuales los dos últimos constituían al santuario propiamente dicho, el *Gematon*. Los cuatro primeros están organizados según el mismo principio: dos tramos, por debajo de una rampa axial ascendente hacia el este, están ocupados por una serie de altares en hilera. El quinto patio está rodeado por capillas radiales y albergaba probablemente el altar principal.

La venganza de Amón

El regreso a la ortodoxia amoniana se produjo, probablemente, bajo la influencia del Divino Padre Ay, quien guió los pasos del joven Tutankhatón. Éste promulga un edicto de restauración de los cultos en el que describe ampliamente el estado miserable al que ha llegado el país debido a los errores de Amenofis IV. Este edicto fue fijado en el templo de Amón-Re en Karnak, al pie del tercer pilón (*Urk.* IV 2025-2032). Las medidas que anuncia consisten en un regreso a la situación anterior al reinado de Amenofis IV. Él mismo comenzará por cambiar su nombre y de *Tutankhatón*, «Imagen viva de Atón», pasa a *Tutankhamón*, «Imagen viva de Amón». Ordena que le preparen una tumba cerca de la de Amenofis III e inicia los trabajos para la realización de un templo funerario en Medinet Habu, del que subsistirá únicamente una estatua colosal del rey... que usurpará Horemheb. Construye en el templo de Karnak y termina en Soleb la pareja del león de granito de Amenofis III. No tendrá, sin embargo, tiempo de colocarlo en su lugar ya que muere, tras nueve de reinado, a la edad de diecinueve años. El examen de su momia revela una herida en la región de la oreja izquierda que hace pensar que pudiera haber muerto de una hemorragia cerebral. Sea lo que fuere, desapareció prematuramente, sin haber

tenido descendencia de su esposa Ankhesenamón. ¿Son los dos fetos encontrados en su tumba dos niños, que habrían nacido muertos, preparados para acompañar a su padre al más allá? Las hipótesis más descabelladas se han elaborado alrededor de este joven rey, al cual algunos han querido atribuirle un destino romántico, movidos por las circunstancias trágicas de la época en que vivió y también por el estado en que se encontró su tumba. (VdR 62). El sensacional hallazgo de H.Carter excitó aún más la imaginación de todo el mundo, cuando los egiptólogos explicaron que aquello que parecía un tesoro de un lujo inaudito era en realidad un batiburrillo, en parte formado apresuradamente con los despojos de sus predecesores para amortajar a un reyezuelo sin poder situándolo en un jardín maravilloso por donde pasear en compañía de su joven esposa.

Con él se extingue la linea de Ahmosis. Su viuda suplica al rey hitita Suppiluliuma que le envíe a uno de sus hijos para hacer de él su esposo y convertirlo en faraón de Egipto. Suppiluliuma acepta y hace partir al príncipe Zannanzash... que no llegará jamás. La unión de los imperios egipcio e hitita no llegará a realizarse. Es posible que Ankhesenamón se casara con el visir de su difunto marido, Ay, a quien vemos en la tumba de Tutankhamón practicando sobre la momia del rey el rito de abrirle la boca, reservado tradicionalmente al hijo, es decir, al heredero. Este matrimonio permanece hipotético porque perdemos el rastro de Ankhesenamón tras la muerte de Tutankhamón y porque Ay se hace representar en su tumba en compañía de su esposa Tiy II. Ay mismo sólo reinará cuatro años, lo suficiente para construir en Karnak y en Luxor, consagrar un templo rupestre a Min en Akhmim y preparar un templo funerario, incluyendo un palacio, que será continuado y ampliado. Será enterrado en el Valle de los Reyes, cerca de Amenofis III, en una tumba (TT23) que sin duda no estaba destinada para él.

Aunque la *damnatio memoriae* del faraón hereje es total tras el regreso a la ortodoxia, no puede decirse que el episodio amarniense haya terminado con Ay. Si bien es cierto que este antiguo jefe de las caballerizas no pertenecía al linaje de Ahmosis, su familia estaba tan vinculada a él que su reinado no puede ser considerado como una verdadera ruptura. Hacía falta un hombre nuevo para dar el cambio definitivo. Tal y como es frecuente en este tipo de situaciones, el encargado será un militar, el comandante en jefe del ejército Horemheb. Este soldado, al que no debemos confundir con el comandante en jefe de las tropas de Amenofis IV, Paatonemheb, comienza su carrera política con Tutankhamón, a cuyo lado se hace representar en su tumba menfita. Desempeñaba entonces el papel de portavoz del rey en materia de política exterior y en condición de tal llevó a cabo una ofensiva diplomática ante los gobernadores nubios cuyo resultado fue la visita que hizo el príncipe de Miam (Aniba) a la corte de Tutankhamón, visita relatada en la tumba del virrey Huy. Asimismo, emprendió una campaña de «demostración» a Palestina al lado de Tutankhamón. Por las fuentes cuneiformes, sabemos que los hititas habían hecho una razia sobre Amqa, entre el Líbano y el Antilíbano, lo que constituía una violación del territorio bajo dominio egipcio. Como represalia, los

egipcios se apoderaron de Kadesh y sublevaron Nugés, recuperando así el control de la región durante algunos años, hasta que los hititas tomaron de nuevo Amqa en el momento del asesinato de Zannanzash. Durante este ataque, Suppiluliuma hace prisioneros a los egipcios presentes en Amqa, aunque, por desgracia para él, algunos estaban apestados y unos años después la peste se convirtió en endémica en el reino hitita..., lo que fue interpretado como una señal de la cólera de los dioses contra aquellos que habían osado romper la paz. Por este motivo, cuando Mursil II tomó el poder, tras los acontecimientos antes relatados, rindió Amqa a los egipcios como expiación del sacrilegio. Durante todo el reinado de Horemheb la frontera permanecerá estable aproximadamente a la altura del Líbano.

Horemheb es, ante todo, el restaurador del orden establecido, tal y como indica su titulatura programática. Es el Horus «Toro poderoso de decisiones prudentes». El verbo empleado, *seped*, es un término técnico que alude a reorganizar, reordenar, y que otros legisladores, como Amasis, también utilizaron. Su nombre de Horus de Oro va en el mismo sentido: «El que se satisface con Maat y hace crecer el Doble País». Aquí también el verbo *heru*, que he traducido como «satisfacer» tiene un sentido preciso ligado a la aplicación de la ley. La restauración del orden pasa por la reconstrucción y a este segundo aspecto se refiere su nombre de *nebty,* «A los numerosos milagros en Karnak». Será, en efecto, un gran constructor: en Medinet Habu, en donde amplía, para sí, el templo funerario de Ay, pero también en Gebel el-Silsile, con un espeo sobre la orilla derecha y en Gebel Adda, donde consagra otro espeo a Amón y Thot. Subraya la importancia de Menfis haciendo construir edificios en la recinto del templo de Ptah y en el de Heliópolis. Pero será en Karnak en donde se manifiesta con toda su plenitud, tal y como él mismo lo destaca en su nombre. Comienza la sala hipóstila y levante tres pilones, el segundo, que cierra la sala hipóstila al oeste y, en el eje norte-sur del templo los pilones noveno y décimo, que rellena con los *talatates* procedentes de la destrucción del templo atoniano del este. Al pie del décimo pilón, que une por una fila de crioesfinges al templo de Mut, hace levantar una estela inscrita con el texto de un decreto destinado a poner orden en el país. Contiene diversas disposiciones contra los abusos debidos a la centralización realizada por Amenofis IV y que el edicto de Tutankhamón no había bastado para reprimir, puesto que la corrupción y los defectos en la administración de justicia habían sobrevivido al régimen amarniense. Para corregirlos, crea jueces y tribunales regionales y reintroduce las instancias religiosas locales. El poder judicial está repartido entre el Alto y el Bajo Egipto, entre el visir de Tebas y el de Menfis. La dualidad del país se manifiesta igualmente en el ejército, cuyos cuadros son refundidos y repartidos en dos circunscripciones militares, una al norte y otra al sur.

Se hace enterrar, tras veintisiete años de reinado, no en la tumba que se había preparado en Menfis en la época en que la Corte de Tutankhamón residía allí, sino en Tebas, en el Valle de los Reyes. Su tumba (VdR 57) conserva el recuerdo de la época amarniense por la moda de la vestimenta y un cierto estilo. En el plano técnico su innovación consiste en el

empleo del relieve que sustituye a la pintura sobre yeso o sobre un enlucido. También aporta una temática nueva puesto que contiene el primer ejemplar del *Libro de las Puertas*, uno de los grandes «libros» funerarios reales de la época ramésida. Sin duda, la tumba fue comenzada tardíamente ya que la decoración está inacabada.

Como quiera que Horemheb no tuvo ningún heredero varón, o al menos ninguno que le sobreviviera, transmitió el poder a otro militar, un general originario del Delta, el cual va a fundar una nueva dinastía, la de los Ramsés.

CAPÍTULO XI

LOS RAMÉSIDAS

El origen de la dinastía

La familia de Ramsés I no era de sangre real sino una dinastía de militares originarios del Delta oriental, probablemente de la región de Kantir. El mismo rey era un antiguo oficial, llamado Paramessu o Ramessu que había llegado a visir y dado el poder político que tenía, podemos suponer que Horemheb optó por asociarlo al trono antes de morir. Ramsés se casó asimismo con la hija de un militar, Satre, que le dió un hijo, el futuro Sethi I.

En su nombre de Horus de Oro («El que confirma a Maat a lo largo del Doble País») afirma su voluntad de continuar la obra de Horemheb. Al mismo tiempo, indica la nueva inclinación política escogiendo un nombre de coronación que subraya su relación privilegiada con Re, ya expresada en su nombre propio, Ramessu («Re lo ha puesto en el mundo»): Menpehtyre «Estable es la potencia de Re». Va incluso más lejos y afirma la primacía de la teología heliopolitana colocandose bajo la invocación de Atón en su nombre de *nebty*: «El que ha sido coronado rey, el elegido de Atón». La consecuencia más importante de la revolución amarniense es, en efecto, que el poder no se refiere ya a Tebas sino a Menfis y ello tanto con el fin de entroncar, en esta última ciudad, con las raíces de la teocracia como por evitar darle de nuevo, al clero tebano, un peso que inevitablemente conduciría a un nuevo enfrentamiento. Esto no le impide, sin embargo, a Ramsés I, en los dos cortos años que duró su reinado, partipar en el programa decorativo de Karnak, aunque consagra todos sus esfuerzos decorativos a Abidos, con una capilla y un pequeño templo que acabará su hijo.

La brevedad de su reinado nos impide evaluar correctamente las consecuencias inmediatas de esta política pero da la impresión, al considerar la tumba que se hizo construir en el Valle de los Reyes (VdR 16), de un retorno hacia el pasado. Si bien la única decoración es el *Libro de las*

Puertas, según el modelo de Horemheb, el mobiliario funerario (BM 854 y 883) está más próximo del inicio de la dinastía XVIII que del estilo que utilizará su hijo.

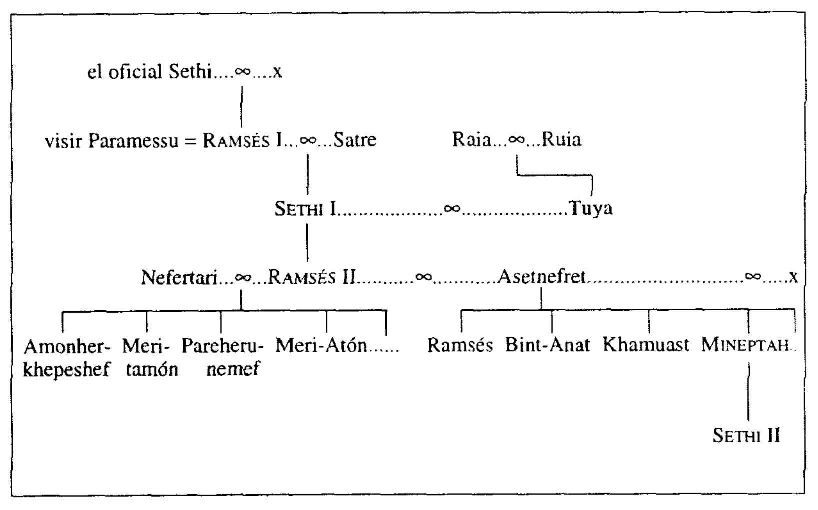


Fig. 112. Árbol genealógico simplificado de la familia de Ramsés II.

Como príncipe heredero Sethi I ya había sido asociado al trono probablemente desde los inicios del reinado de Ramsés I, quien le confió una misión semejante a la del visir y sobre todo a la de general en jefe encargado de la política exterior. Esta asociación nace probablemente del cuidado que tuvieron todos los Ramésidas por evitar los problemas sucesorios que habían conducido a la dinastía XVIII a su fin. Sethi I insiste repetidamente en esta asociación llevando a cabo los ritos de piedad filial consagrados en Abidos a su padre. (KRI I 110,11-114,15). Del mismo modo, continúa también la obra de restauración interior, situándola en un contexto histórico para legitimar su propia línea sucesoria: se hace representar en su templo funerario de Abidos en actitud de adorar, en compañía de su hijo y sucesor, Ramsés II, los cartuchos de los faraones que le precedieron. La lista, que comprende sesenta y seis nombres, comienza en Menes y termina en Sethi I y establece el orden de la historiografía oficial, para la dinastía XVIII y comienzos de la XIX, de la forma siguiente: Ahmosis, Amenofis I, Thutmosis I, Thutmosis II, Thutmosis III, Amenofis II, Thutmosis IV, Amenofis III, Horemheb y Ramsés I. Como vemos, todos los reyes de Amarna han sido suprimidos de la misma forma que sus nombres fueron borrados de los monumentos. Hay, además otra ausencia, Hatshepsut, quien, a pesar de todos sus esfuerzos siguió siendo considerada como una

usurpadora. Esta lista será repetida tal cual (añadiendo los nombres de los nuevos reyes) hasta el reinado de Ramsés III.

Sethi I mantuvo también los privilegiados lazos que unían a su familia con el Norte. Posee un palacio en Kantir y el decreto que dicta para el templo de Buhen en el año 1 de su reinado (KRI I 37,7-39,16), está fechado en Menfis. Pero él gobierna Tebas, que permanece como capital. Esta actitud se refleja en sus titulos: es el Horus «Toro potente que vivifica el Doble País tras haber sido coronado en Tebas». En todo momento concilia los dos centros religiosos haciendo que en los epítetos que acompañan a su nombre de coronación, *Menmaatre*, se alternen los dos lugares: «Soberano de Tebas», y «Soberano de Heliópolis», al igual que hace que tras su nombre propio, Sethi, vaya «amado de Amón» o «amado de Ptah».

Esta política de equilibrio se traduce en la promoción del dios Seth de Avaris y en la construcción –o reconstrucción– en Heliópolis del santuario de Re, según lo atestigua, posiblemente, un modelo votivo de este templo en nombre de Sethi I, procedente de Tell el-Yahuduyeh. Al mismo tiempo, emprende en Karnak la construcción de una parte de la sala hipóstila que será acabada por Ramsés II y de otra sala hipóstila, esta vez en Nubia, la del templo de Gebel Barkal, cuya dedicación data de su año décimoprimero.

La gran obra de su reinado, que sólo durará catorce años, es la política exterior. ¿No había escogido, por otra parte, como nombre de *nebty*, «El del brazo fuerte que renueva los nacimientos y repele los Nueve Arcos»? La herencia amarniense era difícil, a pesar del reinicio de las actividades en Asia con Horemheb y Ramsés I, de las que se han hallado huellas en Be(th-)San, cerca del Jordán, en el depósito de fundación del templo que Sethi I construyó tras su primera campaña militar. Se puede decir que, en términos generales, toda Palestina es hostil a Egipto, que no conserva más que las fortalezas de Be(th-)San, Reheb y Meggido.

En su primer año de reinado toma la ruta de Asia: parte de Tjel y avanza hasta Rafia. En ruta debe luchar contra los Shosu, que posiblemente habían bajado hasta Rafia, por la posesión de los nueve pozos que jalonan el camino. Captura Rafia y Gaza en Canaán. Desde allí, envía una columna hacia Be(th-)San y Reheb, que estaban siendo atacadas por una coalición de Hamath y de Pella, a la que las bandas de Apiru prestan apoyo en las montañas. Mientras el ejército de Re se dirige hacia Be(th-)San, el de Amón marcha sobre Hamath y el de Seth sobre Yenoam. Después, los egipcios avanzan aún más hacia el norte, toman Acre y Tiro y se internan en el Líbano. A su regreso se apoderan de Pella.

Sethi I aprovecha los logros de esta campaña para organizar otra al año siguiente en la que llega hasta Kadesh. La pacificación temporal del país de Amurru le permite organizar una tercera campaña, esta vez contra los libios, pero hará falta una cuarta expedición en Asia para que Egipto consiga, al menos, restaurar su imagen en el Próximo Oriente, aunque se conocen pocos detalles de esta expedición contra los hititas. Los egipcios se aseguran el control de Siria y su influencia se detiene al sur de Kadesh, que recobra su tradicional papel de ciudad fronteriza. El rey Muwatali firma un

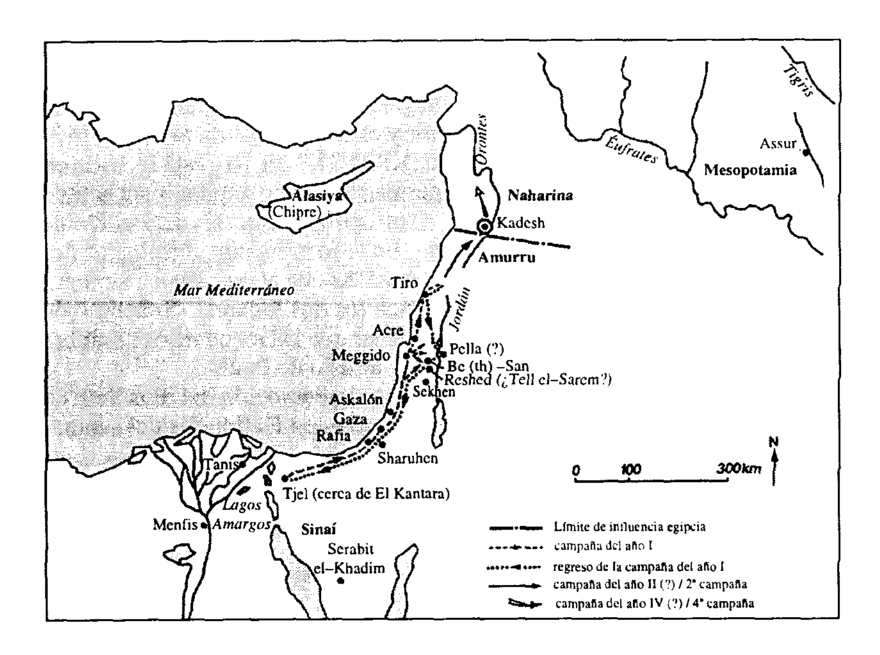


Fig. 113. Las campañas de Sethi I en el Próximo Oriente.

tratado de paz con su rival, acuerdo que no durará apenas, pero que permite a ambos recuperar fuerzas.

Más cerca de Egipto, la actividad en las minas de turquesa del Sinaí se había reiniciado ya con Ramsés I. Sethi I continúa su explotación y facilita el acceso a las minas de oro del desierto de Edfú rehabilitando, en el año 9, los pozos del Uadi Mia y del Uadi Abbad. En Nubia, sigue explotando las del Uadi Allaqi, sin encontrar oposición, si se exceptua una campaña de pacificación a Irem, testimoniada por una inscripción de Qasr Ibrim.

Su hipogeo del Valle de los Reyes (VdR 17) es uno de los más completos desde el punto de vista de los libros funerarios y de la decoración, entre la que destaca un espléndido cielo raso astronómico. Su estilo, muy característico, aún esta muy cercano del arte amarniense, por la finura y sensibilidad del modelado. Ambos rasgos los encontramos en el templo funerario que el rey se hizo construir en Gurna, pero será sobre todo en Abidos donde podremos apreciar la sutileza y la gracia del arte de Sethi I: en su otro templo funerario y en el Osireion, la tumba de Osiris, que hace edificar en las cercanías.

La ocupación del lugar se remonta al menos al período de Nagada y, hemos visto ya que Abidos es desde siempre una de las grandes ciudades santas de Egipto.

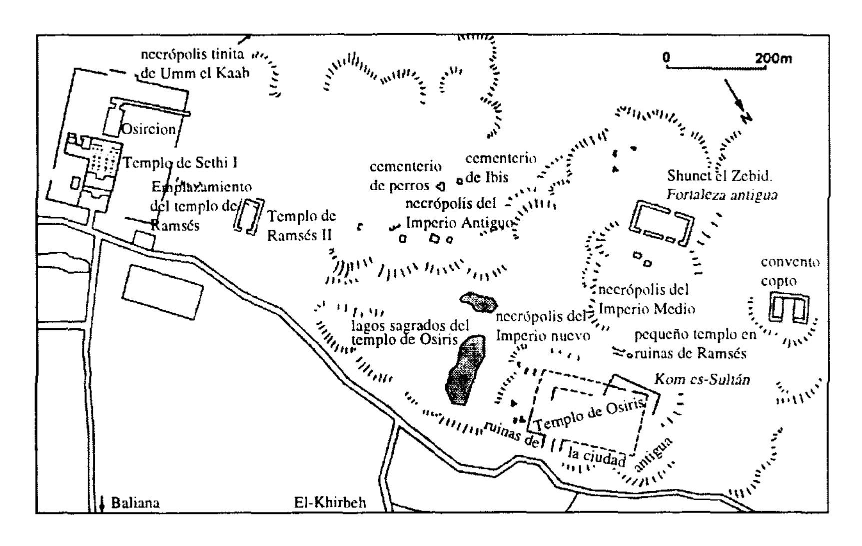


Fig. 114. Plano general de Abidos.

Sethi I reúne en un mismo recinto la supuesta tumba de Osiris y su propio templo funerario, en los límites de las tierras cultivadas al sureste de la ciudad.

El templo funerario adopta la forma de una L y el santuario propiamente dicho era perpendicular a la serie de patios y de salas hipóstilas. Fue construido en piedra caliza fina, sobre cimientos de arenisca. Un pilón en arenisca (1), hoy destruido, obra de Ramsés II, daba acceso a un primer patio (2), también destruido. Una rampa axial conducía a través de un pórtico al segundo patio (3), que constituye la entrada actual al templo. La decoración del pórtico del fondo es de Ramsés II. Se le representa en actitud de ofrecer Maat a Osiris e Isis, los dioses locales a los que está asociado Sethi I. Una larga inscripción dedicatoria (KR/II 323-336) relata cómo Ramsés II concluyó el templo de su padre y evoca el momento en el que lo asoció al trono.

Una primera sala hipóstila (4) da accso, a través de una segunda (5), por siete bovedillas paralelas, a siete santuarios iguales que representan, cada uno, una cámara funeraria, con el techo conformado por una falsa bóveda en hiladas horizontales (véase p.144). Todas, salvo la del medio (V) conducen a una falsa puerta en la que se encuentra una estela. Están asimismo divididas en dos partes iguales por pilastras encastradas y decoradas con treinta y siete paneles que muestran el culto cotidiano presumíblemente allí desarrollado, así como el mobiliario cultual utilizado, entre el que figura siempre, salvo una excepción (I), la barca del dios corrrespondiente, cuyo nombre se lee a la entrada, encima de cada puerta. El primer santuario (I) está consagrado al culto de Sethi I realizado por el sacerdote-*sem*, el segundo (II) a Ptah, el tercero (III) a Re-Harakhty, el cuarto (IV) a Amón, el sexto (VI) a Isis y el séptimo (VII) a Horus. El del medio (V) conduce a un depar-

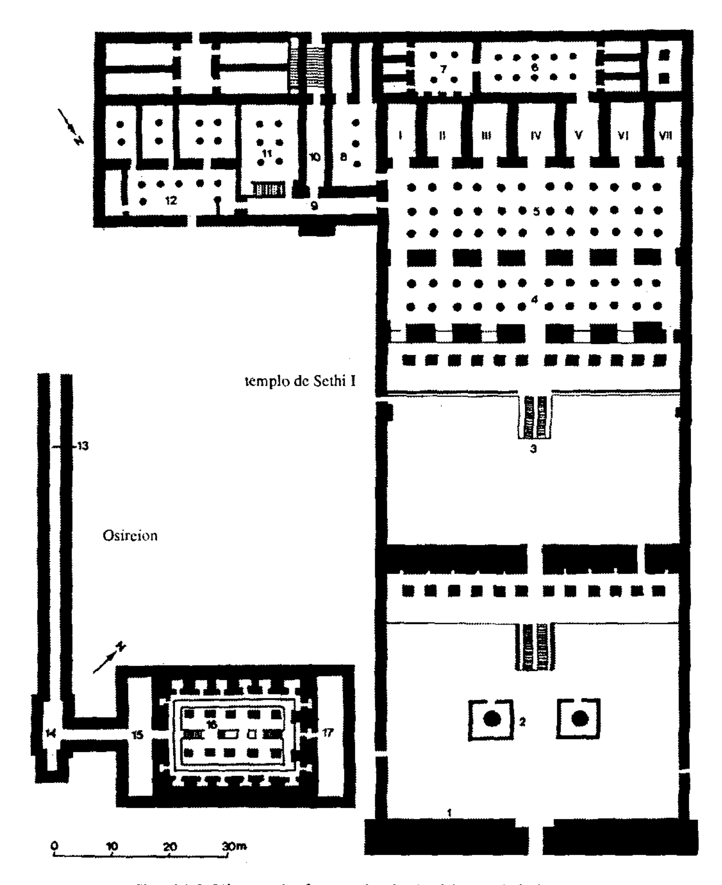


Fig. 115. El templo funerario de Sethi I y el Osireion.

tamento en el que tres capillas son consagradas a Isis, al rey bajo la forma de Osiris y a Horus.

La parte sur de la segunda sala hipóstila finaliza en dos salas consagradas a Ptah-Sokaris y a Nefertum (8), mientras que al norte se encuentra el Corredor de los *Annales* (9) donde se desarrolla la escena, antes descrita, de Sethi I y su hijo adorando los cartuchos de los reyes de Egipto. Perpendicularmente a este corredor, un pasillo (10) conduce hacia una escalera que asciende a la terraza del templo. El resto de las instalaciones consiste en una sala dedicada a las barcas solares (11) y una sala de sacrificios (12).

Aparte de la gran calidad estética de sus representaciones, este templo muestra claramente el sentido del templo funerario. La idea consiste en asimilar el culto del rey difunto al de la familia divina local de tal manera que, a través de la ofrenda, se realice una asimilación entre el soberano y el dios

de la ciudad. La elección de Abidos es muy significativa ya que el dios local es Osiris y asociándose a su culto, Sethi I se asegura la inmortalidad de su linaje, del cual él es el iniciador al igual que Osiris lo es de la descendencia de Horus. La (re)construcción, al oeste del templo, del Osireion obedece precisamente a este motivo.

Este monumento es la tumba de Osiris y constituye, por consiguiente, el arquetipo de toda sepultura. Un pozo de 10 m. de profundidad da acceso a un corredor, primero de ladrillos crudos y luego de arenisca, de 112 m. de largo, en dirección oeste-este. Las paredes está decoradas, en el oeste, con el *Libro de aquello que hay en el Hades* y con el *Libro de las puertas*, y en el este con el *Libro del Amduat.* Conduce a una antesala (14) decorada con el *Libro de las Puertas*, el *Libro de los Muertos* y el *Libro de las Cavernas*. Un pequeño pasillo, en ligera pendiente y decorado también con el *Libro de los Muertos*, da acceso a una especie de nártex, más allá del cual se encuentra la cámara funeraria, una sala rectangular cuyo techo está sostenido por diez pilares de granito rosa y en cuyo centro hay una isla rodeada de agua. Contiene dos cavidades, para el sarcófago una, y la otra, para los canopes. En una cornisa que la rodea se abren diecisiete nichos dispuestos en torno. Al este, una última sala (17), con techo en arenisca amarilla esculpida, alberga en su parte sur un texto dramático y en la noroeste una representación de Nut levantado por Shu, el curso nocturno del sol, la construcción de un cuadrante solar y... la resurreción de Sethi I.

La concepción de la tumba conmemora el destino funerario propio de Osiris cuyo cuerpo inflado por la linfa fue recuperado del agua por Isis. Este renacimiento originado por la fermentación es ahora recordado por los «Osiris vegetantes»: los granos de cereal puestos a germinar en un receptáculo que imita la forma de un cuerpo divino. La cámara funeraria, al igual que el templo, es una reproducción del universo, es la colina emergiendo del caos primordial a partir de la cual el creador ha dado vida al universo.

Ramsés II y el enfrentamiento egipcio-hitita

Ramsés II sucede a su padre hacia 1304 o 1279-1278 según se interprete la fecha sotíaca del Papiro Ebers. Este faraón es sin duda el más conocido de la historia de Egipto hasta el punto de haberse convertido en un símbolo de esta civilización, semejante a las pirámides; en cuanto a su reinado, es, con diferencia, el más glorioso, y también el mejor conocido. En los sesenta y siete años en los que ejerció el poder, cubrió el valle del Nilo de monumentos y dejó en la historia del Próximo Oriente una huella imborrable. Su personalidad excepcional se impone en una época, ya de por sí fuera de lo común por los enfrentamientos que tuvieron lugar entonces entre los grandes imperios del Próximo Oriente.

En el segundo año de su reinado, Ramsés II debe enfrentarse con una razia de los piratas Shardanas, a los que derrota en una batalla naval e incorpora a su ejército. Los combates contra los hititas se iniciaron el año 4 con

DATOS	EGIPTO	AMURRU	KARKEMISH	HITITAS	ASIRIA	BABILONIA
1279	Ramsés II	Benteshina		Muwattali	Adad-Nirari I	
1275-1274		Shapili				
1271-1270				Mursil III		
1268-1267						Kadashman-Turgu
1264-1263		Benteshina		Hattusil III		
1263-1262					Salmanasar I	
1250-1249						Kadashman-Enlil II
1240-1239			Ini-Teshub I			
1236-1235						Kudur-Enlil
1234-1233				Tudhaliya IV	Tukulti-Ninurta I	
1230-1229		Sausgamuwa				
1226-1225						Shagarkti-Shuriash
1215-1214				Arnuwanda III		
1213	Mineptah					
1202-1199	Amenmes					
1202-1199	Sethi II					
1296-1190	Siptah					
1196-1188	Tausert					

Fig. 116. Los faraones de la dinastía XIX y sus principales contemporáneos.

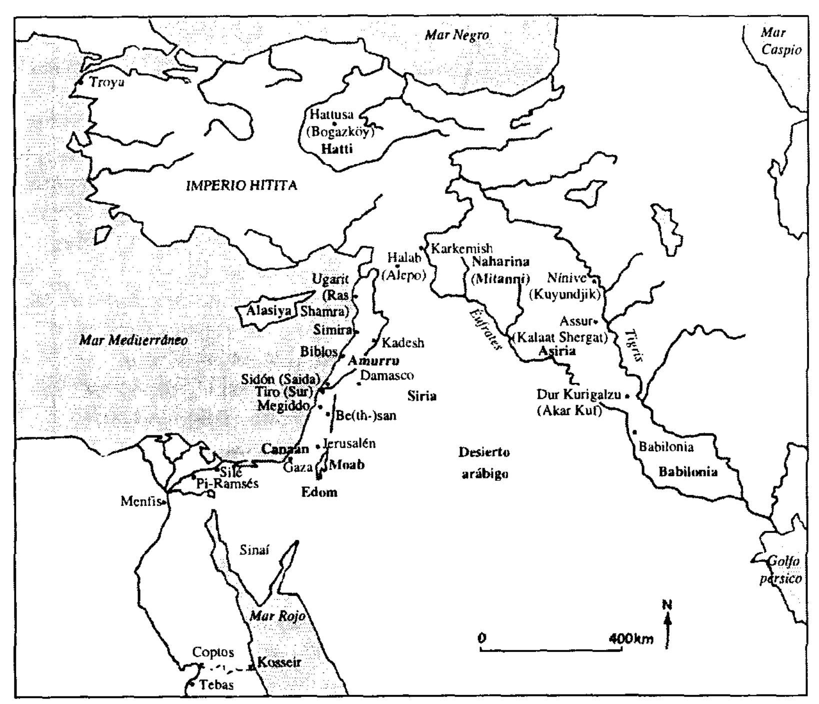


Fig. 117. El Próximo Oriente en la época de Ramsés II.

una primera campaña en Siria. Esta campaña conduce a los egipcios desde Tcharu (El-Qantara) al país de Canaán, y después a Tiro y a Biblos. Desde allí se adentran, en dirección este, por el país de Amurru, sorprendiendo al príncipe Benteshina, aliado de los hititas, quien se rinde. Finalmente, regresan a Egipto a través de Fenicia. Al año siguiente, los egipcios salen desde Pi-Ramsés, su nueva capital situada en el Delta oriental, avanzan hasta Canaán y, en Galilea, llegan a las fuentes del Jordán, más allá del Lago Huleh y ascienden por el valle de la Bekaa entre el *Líbano* y el *Antilíbano* hacia Kumidi. Seguidamente alcanzan Kadesh que, de nuevo, vuelve a ser el lugar de enfrentamiento entre los dos imperios, donde va a desarrollarse una de las batallas más célebres de la historia del Próximo Oriente antiguo.

Considerada por Ramsés II como la hazaña más importante de su reinado, el relato de la batalla se repite a menudo en los muros de sus templos: en Abidos aparece sobre el muro exterior, mientras que en el templo de Amón-Re, en Karnak, lo encontramos en tres lugares diferentes (en la esquina noroeste del patio del Escondrijo, en la cara occidental del muro oeste del patio del noveno pilón y en la versión palimpsesta del muro exterior meridional de la sala hipóstila), dos veces en Luxor (sobre la parte norte del pilón y los muros del antepatio), una vez en el Rameseum (sobre los dos pilonos) y otra, finalmente, en Abu Simbel, sobre el muro norte de la

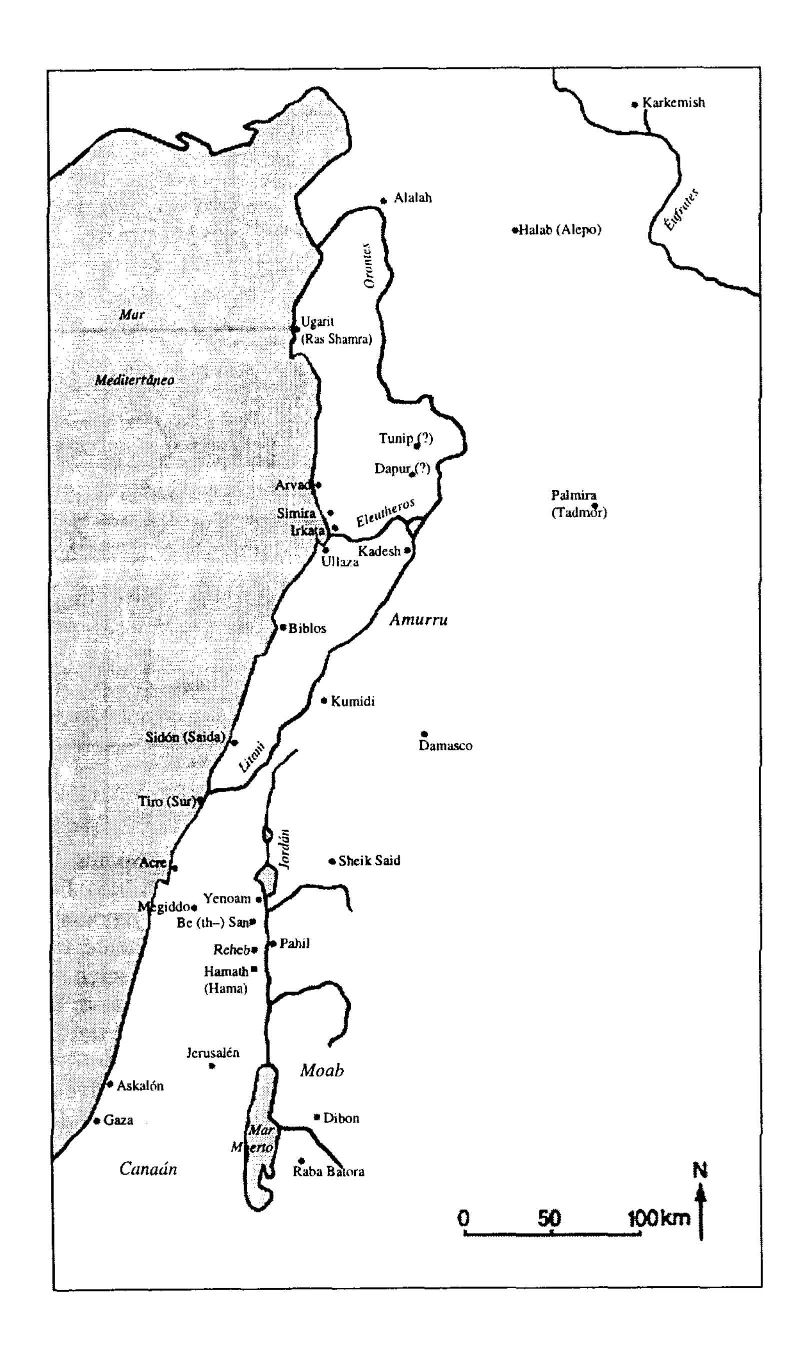


Fig. 118. Las guerras de Ramsés II en Siria.

gran sala, aparte de las versiones sobre papiros (Raifé, Sallier II, Chester Beatty III verso). Esta batalla se ha convertido en el hecho militar egipcio mejor documentado gracias a las múltiples versiones conservadas, unas trece como mínimo, que combinan tres géneros literarios (el poema, el parte militar y el relato escénico). Las representaciones y los textos se combinan para relatar esta epopeya que se convierte en el arquetipo de la victoria egipcia sobre los paises extranjeros, confirmando la dominación del faraón sobre el universo. El conjunto constituye, más allá de su retórica, que podemos mitigar gracias a una única versión acadia, un extraordinario testimonio histórico del que ofrecemos a continuación algunos fragmentos:

«Por tanto, Su Majestad había puesto en pie de guerra a su infantería, a sus carros y a los Shardanas que Su Majestad había capturado en sus victoriosas campañas. Habían ya recibido todo su equipo así como las consignas del combate.

»Su Majestad se puso en marcha hacia el norte con su infantería y sus carros y, tras una salida sin problemas, el noveno día del segundo mes del verano del año 5, Su Majestad, fuerte como Montu cuando avanza, atraviesa la fortaleza de Silé. Todos los paises tiemblan ante él y sus jefes le rinden tributo, los rebeldes inclinan el espinazo ante el temor a la autoridad de Su Majestad. Sus tropas marchan por los caminos como si estuvieran en las rutas de Egipto (...)». (*KRI* II 11,1-13,15).

Los egipcios llegan a las proximidades de Kadesh:

«El vil hitita había llegado tras haber constituido una confederación con todos los países hasta el mar. El país hitita había venido en pleno, así como el de Naharina, el de Arzawa y los Dárdanos, el de Keshkech, los de Masa, los de Pidasa, el de Iruna, el de Karkisa, Lukka, Kizzuwatna, Karkemish, Ugarit, Kedy, el país de Nugés al completo, Mushanet y Kadesh (...). Cubrieron los montes y los valles como una multitud de saltamontes. Había gastado toda la plata de su país y se había despojado de todos sus bienes para dárselos a estos países a fin de que le acompañaran a la guerra». (*KR*/II 16,1-20,10).

El ejército hitita, emboscado detrás de Kadesh, deja pasar a la primera división egipcia, después se lanza sobre la segunda mientras la tercera atravesaba el pantano de Shabtuna:

«Lanzaron entonces un ataque desde el sur de Kadesh, fustigando de pleno a la división de Re, que avanzaba confiada y desprevenida. La infantería y los carros de Su Majestad se replegaron ante ellos. Su Majestad acampaba al norte de la villa de Kadesh, en la orilla oriental del Orontes, y cuando se le notificó lo ocurrido, Su Majestad saltó como su padre Montu: tomó Sus armas de combate y se colocó su cota de malla: ¡era el mismo Baal en acción! El gran caballo que montaba Su Majestad era La Victoria-de-Tebas, de la gran caballeriza de Usirmaatre, el Elegido de Re, el Amado de Amón». (*KRI* II 26,7-29,16).

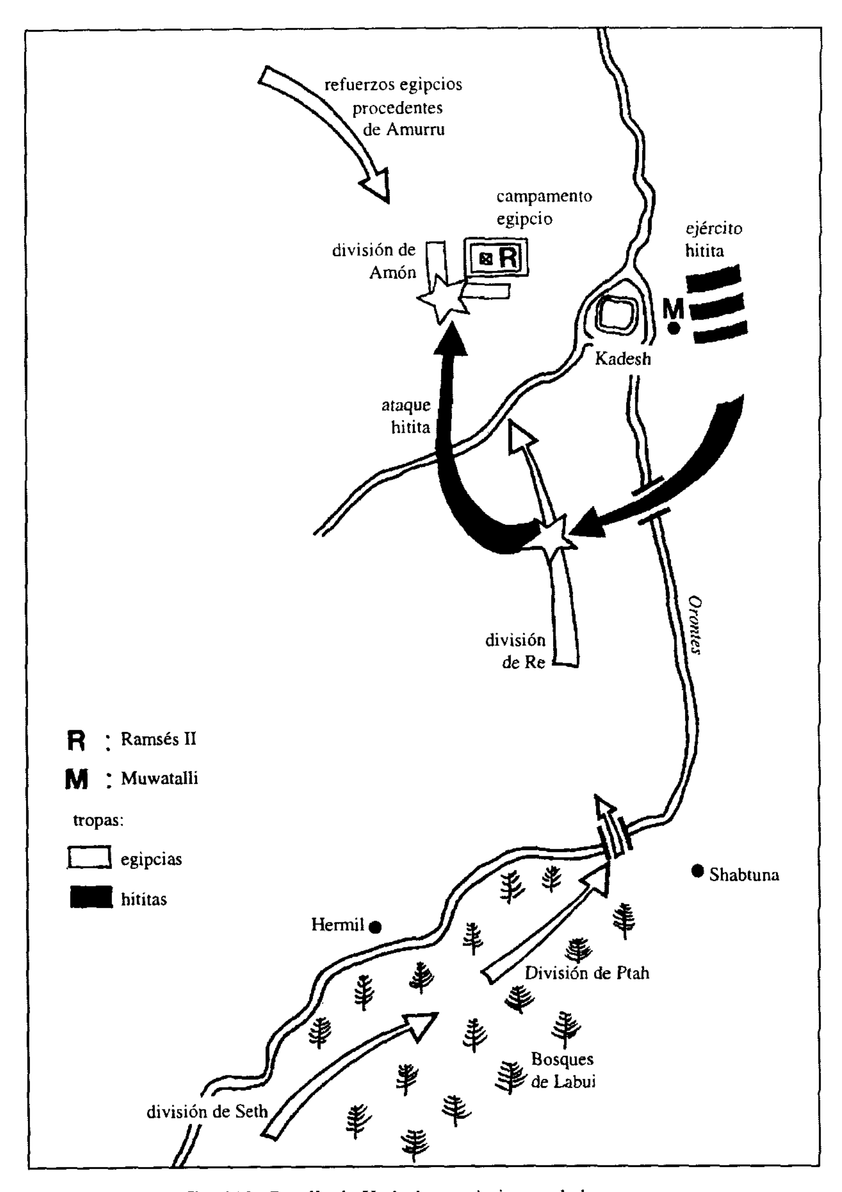


Fig. 119. Batalla de Kadesh: movimientos de las tropas.

«Su Majestad espoleó a sus caballos y se lanzó contra las huestes del vil hitita. Solo, sin compañía alguna, Su Majestad avanzó y cuando miró alrededor se vió rodeado de dos mil quinientos carros que convergían hacia Él y de todos los exploradores del vil hitita y de los numerosos países que le acompañaban». (*KRI* II 30, 1-31,15).

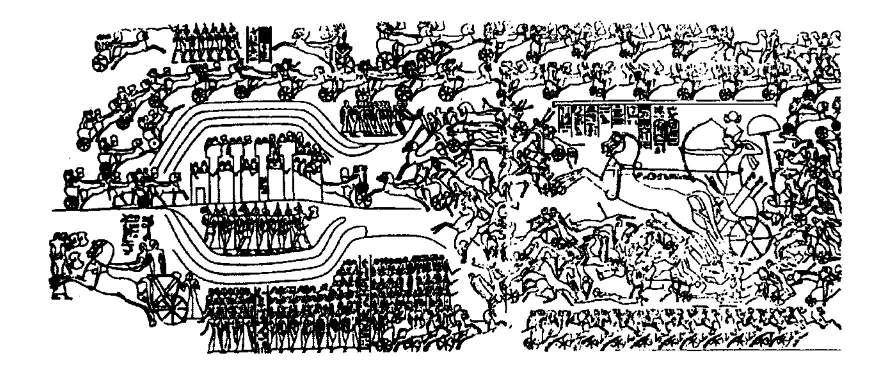


Fig.120. El ataque hitita y la respuesta de Ramsés II.

Abandonado por sus hombres, el rey se encomienda a Amón:

> «Yo te invoco mi padre Amón.
> Estoy en medio de una muchedumbre desconocida.
> Todos los países extranjeros están aliados contra mí,
> y yo me encuentro solo, sin compañía.
> Mis numerosos ejércitos me han abandonado,
> ninguno de mis carros me protege.
> Yo bien que he clamado por ellos,
> mas ninguno escucha mis llamadas.
> Yo sé que Amón me será de más ayuda
> que millones de infantes,
> que centenas de miles de carros,
> que diez mil hermanos e hijos,
> unidos en un mismo impulso (...).
> Así oraba yo en el confín de los países extranjeros;
> y mi voz fue escuchada en la Heliópolis del Sur.
> Me di cuenta de que Amón respondía a mi llamada.
> Me tendió la mano y me reconfortó.
> Me habló al oído como su estuviera muy cerca:
> "¡Valor! Yo estoy contigo.
> Yo soy tu padre y te otorgaré mano fuerte.
> Yo valgo más que cien mil hombres.
> ¡Yo soy el dueño de la victoria y admiro la valentía!"». (*KRI* II, 39,13-44,5).

Galvanizado por la presencia del dios, el rey destroza a los enemigos y castiga la flaqueza de sus tropas.

> A la mañana siguiente, Muwatalli envía una petición de armisticio a Ramsés II:

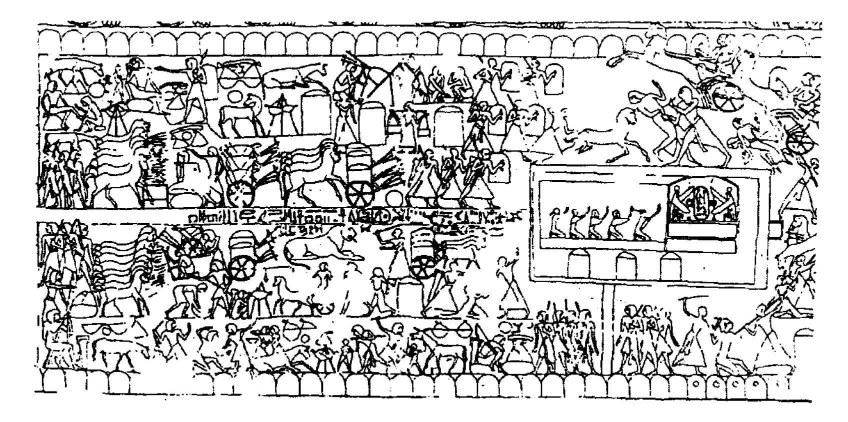


Fig. 121. La victoria.

«Tu humilde servidor proclama a grandes voces que tú eres el hijo de Re, físicamente nacido de él, y a quien él ha entregado todos los países reunidos. Quien quiera que sea, del país de Egipto o del país hitita, todos son tus servidores, están postrados a tus pies y ha sido tu padre Re quien te los ha otorgado. ¡No abuses de tu poder con nosotros!. Es cierto que es grande tu autoridad y que tu fuerza pesa gravemente sobre el país hitita, pero ¿es bueno que mates a tus servidores, que les muestres tu aspecto más terrible, sin piedad? Mira: ayer pasaste la jornada matando a cien mil hombres y hoy has vuelto y no perdonas ni a sus herederos. ¡No apures demasiado tu ventaja, rey victorioso! La paz es mejor que la guerra. ¡Concédenos la vida!». (*KRI* II 92,6-95,11).

Ramsés se retira tras una victoria que no es tal en realidad: únicamente ha logrado salvar a su ejército, y apenas ha abandonado la zona cuando Muwatalli ya ha destituido al príncipe de Amurru, Benteshina, y lo ha reemplazado por Shapili, poniendo fin, con ello, a la provincia de Upi. De este modo, consigue crear un verdadero glacis antiegipcio en Siria. Mientras tanto, la situación entre los hititas y Asiria ha cambiado radicalmente, dado que Adad-Nirari I ha lodrado someter el Hanilgalbat, es decir el pleno corazón de Mitanni, situado entre el Tigris y el Éufrates, que se había pasado a las filas de Muwatalli. Ramsés, por su parte, debe igualmente asumir otro segundo frente ya que al oeste las incursiones libias le obligan a edificar una cadena de fortalezas desde Rakotis hasta Mersa Matrukh, para así controlar los desplazamientos de los nómadas.

Cuando de nuevo, en el año 7, regrese a Siria, se encontrará con reinos nuevos, surgidos en el entorno hitita, los de Moab y Edom-Seir, pero también con las bandas de Shosu que realizan frecuentes incursiones en Canaán. Para adecuarse a la situación adopta un movimiento en tenaza, separando su ejército en dos. Un ala mandada por su hijo Amonherkhepeshef persigue a los Shosu a través del Neguev hasta el Mar Muerto, toma

Edom-Seir y después se adentra en Moab hasta Raba Batora. Simultáneamente, Ramsés II marcha sobre Jerusalén y Jericó, entra en Moab por el norte, toma Dibon y se reúne con Amonherkhepeshef. Los dos ejércitos avanzaron conjuntamente sobre Hesbón y Damasco y se apoderaron de Kumidi. Los egipcios han recuperado con ello la provincia de Upi.

En el año 8-9, los egipcios refuerzan sus posiciones mediante una nueva campaña en Siria. Cruzan los montes de Galilea y ocupan Acre. Desde allí se dirigen hacia el norte a lo largo de la costa, exigiendo, a su paso, garantías a Tiro, Sidón, Biblos, Irqata y Simira, al norte de Nahr el-Kelb. Continúan hasta Dapur, en donde será erigida una estatua de Ramsés II, y alcanzan Tunip, donde no se había visto un egipcio desde hacía ciento veinte años.

Ramsés II había de este modo logrado aislar a Kadesh y al Amurru septentrional, aprovechándose de las crecientes dificultades que hacían perder terreno a los hititas tanto en Siria, donde Benteshina recobra el poder, favorecido por el avance egipcio, como en Naharina. El imperio hitita está amenazado tanto en el interior como por el exterior. En Asiria, Salmanasar I accede al trono y somete definitivamente el Hanilgalbat, y al mismo tiempo, se produce una crisis dinástica hitita a la muerte de Muwatalli. Urhi-Teshub, un bastardo, desaloja a su tio Hattusil, a quien exilia en Hapkis, y toma la sucesión bajo el nombre de Mursil II, dejando al rey de Karkemish la tarea de enfrentarse a los egipcios; pero cuando más tarde quiere arrebatarle Hapkis a su tío, ha de batirse en retirada y finalmente, Hattusil III recupera el trono y exilia a su sobrino en la Siria del Norte, en donde éste intentará establecer contactos con Babilonia, en ese momento en abierta lucha contra Asiria y el Elam. Hattusil III aleja de nuevo a este sobrino molesto a Chipre, parece ser, y, por su parte procura una aproximación a Babilonia, intentando obtener la paz con Salmanasar.

Estamos en un punto de inflexión en las relaciones egipcio-hititas. En el año 18 del reinado de Ramsés II, Urhi-Teshub se refugia en Egipto y Hattusil III reclama su extradición, pero Ramsés II reúne a su ejército y realiza una campaña en Edom y Moab para sofocar la rebelión de los príncipes locales y regresa a Egipto por Canaán. Tres años más tarde firma con Hattusil III el primer tratado de Estado a Estado de la Historia, del que se conservó una copia en las dos capitales, transcrita a la lengua de cada imperio. El azar ha querido que estas dos versiones paralelas se hayan conservado en ambos lugares. La versión egipcia es la copia del texto original que había sido grabado sobre una tablilla de plata, y luego copiado en dos estelas, una en Karnak y la otra en el Ramesseum (*KRI* II 225-232). El tratado, que contempla cláusulas de extradición para los oponentes políticos, inauguró una paz duradera puesto que a lo largo de todo el reinado de Ramsés II los dos imperios ya no se enfrentaron más. Entre las dos familias reales se anudan relaciones personales, que podemos seguir gracias a las veintiséis cartas dirigidas a Hattusil III y trece a su esposa Puduhepa. Los miembros de ambas familias intercambian correspondencia y regalos. Ramsés II se casa, incluso, con dos princesas hititas, la primera tras su segunda fiesta-*sed*, en el año 33 de su reinado: el encuentro con su homólogo hitita se produjo en Damasco, donde

los dos ejércitos confraternizaron, y el acontecimiento fue conmemorado por una estela, de la que se colocaron copias en Abu Simbel, Elefantina, Karnak, Amara-oeste y Aksha. El príncipe heredero hitita, el futuro Tudhaliya IV, visitó Egipto en el año 36 y quizá hizo lo propio su padre Hattusil III en el año 40. Cuatro años más tarde Ramsés II se casará con una segunda princesa hitita y las relaciones pacíficas continuarán bajo los reinados de Tudhaliya IV y Arnuwanda III. La tradición, por su parte, ha conservado el recuerdo de estos intercambios amistosos entre los dos países, que serán evocados en época tolemaica en un texto apócrifo que relata el envío de una estatua con virtudes curativas del dios Khonsu a la princesa de Bakhtán, por parte del rey de Egipto. (Louvre C 284).

El Éxodo

El reinado de Ramsés II es una fecha posible para situar el Éxodo. Hemos ya mencionado antes a los apiru que aparecían en la documentación egipcia en la época de Thutmosis III. Su presencia en Egipto está bien atestiguada bajo Ramsés II, cuando son empleados en el transporte de piedras para un templo mencionado en el Papiro de Leiden 348; aparecen también en el Papiro Harris I y se sabe que algunos de ellos, ochocientos según una

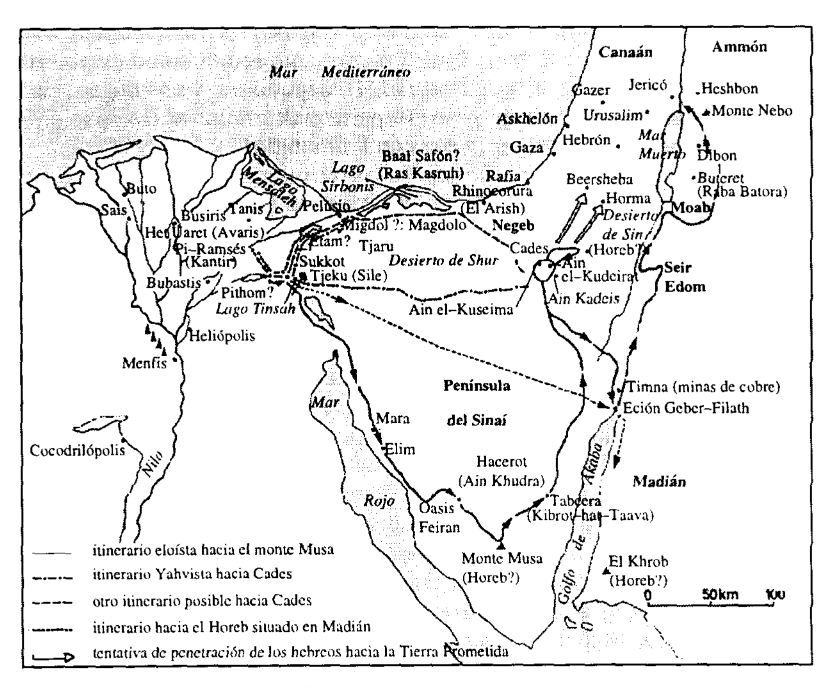


Fig. 122. Itinerario posible del Éxodo (según *Ramsès le Grand*, París, 1976, lám. XLIV).

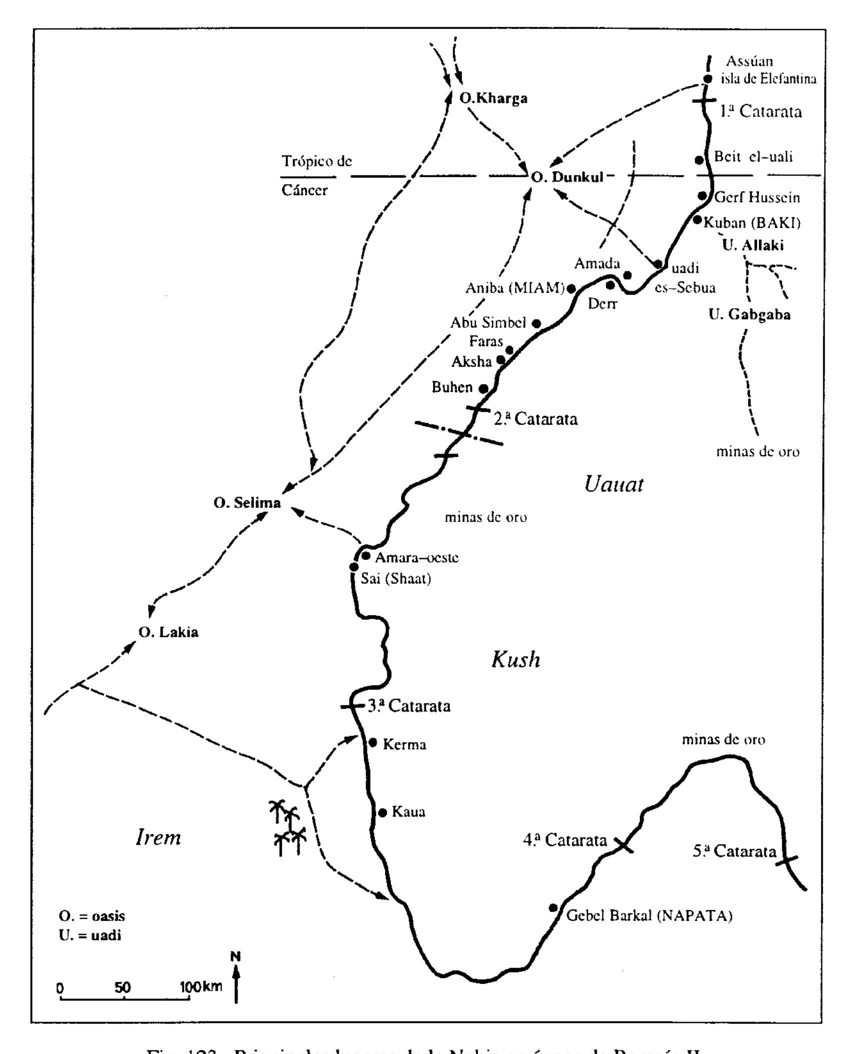


Fig. 123. Principales lugares de la Nubia en época de Ramsés II.

inscripción, trabajaban en las canteras de piedra del Uadi Hammamat, en época de Ramsés IV. Con Ramsés II se dedicaban también a la fabricación de ladrillos y algunos apiru son mencionados en las proximidades del harén real del Miur (Medinet el-Gurob) en el Fayum. Nunca se menciona rebelión alguna, sino más bien al contrario: la principal comunidad conocida, que es la de los artesanos del país de Madián (hoy Eilath), es libre y comercia con Egipto. Las excavaciones de Eilath han revelado la existencia de un templo local, consagrado a Hathor, además de cultos indígenas.

Ninguna fuente egipcia describe el Éxodo, lo que no es extraño ya que los egipcios no tenían ninguna razón para concederle la misma importancia que los hebreos. El único documento en el que nos podemos basar para hablar de un naciente reino de Israel es una estela que data del año V de Mineptah, sobre la que aparece el nombre de Israel (*KRI* IV 12,7-19,11). Ahora bien, contamos con dos puntos de referencia: la estancia del Pueblo Elegido en el desierto, que duró cuarenta años, –es decir, al menos una generación– y la conquista de Jericó, que tuvo lugar tras la muerte de Moisés. Este último acontecimiento nos sitúa el año 1250 como *terminus ante quem* y nos conduce así al inicio del siglo XIII.

La historia podría quizá ser reconstruída de la manera siguiente (Paris, 1976, XLIII, sg, quien se basa en H. Cazelles): Moisés habría recibido la educación egipcia de la que habla la Biblia (*Act.* VII,22) con la función de representar a su comunidad ante la administración. Su educación «cortesana» (*Ex.* II, 10-11) no implicaría, necesariamente, una familiaridad con el entorno del faraón –que sería Horemheb– sino que querría decir que se benefició de las enseñanzas del Estado destinadas a futuros funcionarios. El retorno entre los suyos sería con Sethi I, en el momento en que comienzan los trabajos en las fortificaciones del Delta oriental y en la futura Pi-Ramsés. La muerte del egipcio, la huída al país de Madian, el matrimonio de Moisés y los episodios de la Revelación y la Zarza Ardiente hasta su vuelta a Egipto nos llevan ya a los primeros años del reinado de Ramsés II. El rechazo del rey a dejar partir a los hebreos de regreso a través del desierto es quizá comprensible si pensamos que la zona, entre el año 2 y 8 de su reinado, era muy poco segura. Otros elementos que contribuyen a situar el Éxodo en el reinado de Ramsés II son la localización de la capital, la muerte de los herederos del rey que, en cierta medida refleja la realidad histórica, etc. Sea como fuese, prácticamente todos los autores coinciden hoy en situar el Éxodo como muy tarde bajo el reinado de Mineptah quien, en opinión de algunos, habría muerto persiguiendo a los hebreos (Bucaille: 1987, 147-151).

El Imperio

En el sur reina la paz que será brevemente alterada por dos sucesos: una revuelta en el año 20, en Irem, que será duramente reprimida ya que el rey captura a 7.000 prisioneros, y una incursión que el virrey Setau debe realizar en el año 44, contra los tjemehu, los libios de la Marmárica. La dominación egipcia se extiende por toda Nubia, cuyas minas de oro nutren el Tesoro. Ramsés II consolida su poder agrandanado las instalaciones existentes y haciendo construir más de siete templos entre la primera y la segunda cataratas (templos que, tras la segunda guerra mundial, los esfuerzos de la comunidad internacional salvaron de la subida de las aguas del lago Nasser).

En Beit el-Wali, a 50 Km. al sur de Assuán, hizo excavar un espeo que consistía en una antesala, una sala con dos columnas y un santuario consa-

grado a Amon-Re y a las divinidades locales. Este templo, hoy reconstruido al lado del de Kalabsha, contiene un buen número de escenas militares.

En el año 30, el rey levanta otro espeo en Derr, en la orilla oriental del río. Este templo llamado «La casa de Ramsés-Miamon en la casa de Re» está consagrado a Re «Señor del cielo» y a Amón-Re de Karnak. Su estructura, más compleja que la de Beit el-Wali, consistía en dos salas hipóstilas alineadas, precedidas probablemente de un patio y un pilón, que daban acceso a un triple santuario. Allí se rendía culto a las estatuas de Ramsés II asociadas a Re-Harakhty y Ptah.

Quince años más tarde consagra en Gerf Hussein, en la orilla occidental del río, un hemiespeo, la «Casa de Ptah», en la que se adoraba a Ptah, Ptah-Tatenen y Hathor asociados a Ramsés «el Gran Dios». Había sido construída por el virrey Setau. Al templo se accedía por una avenida de esfinges criocéfalas que conducían hasta un pilón que daba acceso a un patio con peristilo que albergaba a los colosos osiríacos. La fachada occidental de este patio constituye un segundo pilón esculpido en la falda de la montaña por el que se accedía al santuario propiamente dicho y que estaba precedido de un sala con colosos osiríacos. Esta es la planta de los templos que serán construídos entre los años 24 y 30 en Abu Simbel y que serán consagrados, el grande, al rey asociado a Amón-Re, Ptah y Harakhty y, el pequeño, a la reina Nefertari asociada a Hathor.

En el Uadi es-Sebua, Ramsés II restaura el templo construido por Amenofis III, que había sido dañado por las persecuciones atonianas y levanta además otro templo, consagrado a Re y a él mismo divinizado. En realidad, se trataba del culto a su «imagen viviente en Nubia», que tambien instaura en Aksha, asociandolo al de Amón y al de Re. Este culto tiene un paralelo en Egipto en el de las estatuas del rey que se disponían delante de los templos y eran objeto de adoración según un ritual propio y en emplazamientos específicos. No se trataba, en realidad, de una divinización del rey sino de su adoración en tanto que hipóstasis divina. El culto no se dirigía a un individuo concreto sino a la manifestación de la divinidad que él representaba. El princio deriva del que ya hemos mencionado en relación a la «Morada de los Millones de Años»: se crea una solidaridad mutua entre el dios y el rey que consolida su recíproco estatus.

Ramsés II construye también en Amara-oeste, que es un punto estratégico en tanto que inicio de la ruta de Selima y que permite la conexión entre Sudán y Dunkul. Termina la construcción de la ciudad fundada por Sethi I, «La Casa de Ramsés-Miamon» que será la sede del gobernador de Kush en la dinastía XX. Al noreste de la ciudad hace edificar un templo, orientado Norte-Sur y consagrado a Amón-Re y a los dioses de la Catarata, a los que se asocia. En los muros de la sala hipóstila se encuentra, entre las representaciones tradicionales de países sometidos a Egipto, una lista de naciones vencidas tomada literalmente de la del templo de Amenofis III en Soleb y que en buena medida ya no corresponde a la realidad de la época. El hecho de que el rey haya recurrido, en este templo, a un procedimiento de la misma naturaleza que los sortilegios execratorios de las figurillas de los Imperios Antiguo y Medio, consistente en establecer, de manera arquetí-

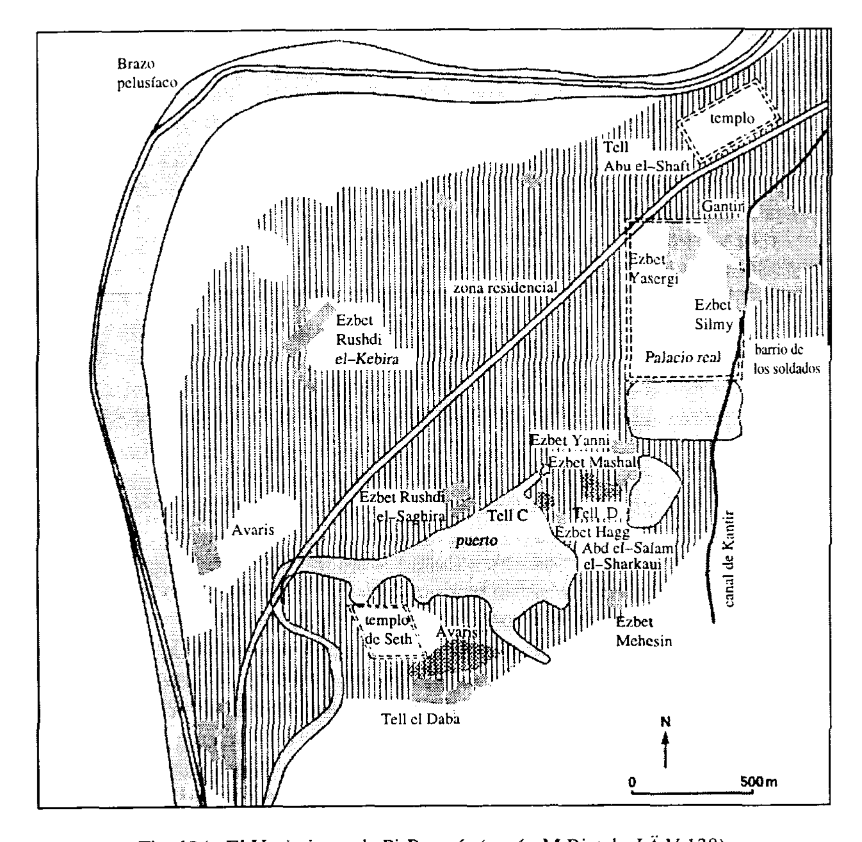


Fig. 124. El Yacimiento de Pi-Ramsés (según M.Bietak, *LÄ* V 138).

pica, un poder sin límite en el tiempo, hace pensar que Amara-Oeste constituía el límite meridional del imperio egipcio, su *limes* africano, si se nos permite tal anacronismo.

La extensión del «Imperio» egipcio desde la Quinta Catarata hasta la Siria septentrional fue una de las razones profundas para el abandono de Tebas como capital –demasiado excéntrica para las necesidades de la política exterior– a cambio de un lugar en el Delta oriental, más proximo de los vecinos asiáticos y de los orígenes de la familia real. Paradójicamente la ubicación exacta de esta capital se conoce sólo desde hace menos de veinte años. Se la buscó en Tanis, Pelusio, Silé etc., hasta que, en los años treinta, M. Hamza descubrió en Kantir un palacio ramésida que L. Habachi propuso como la posible capital de Ramsés II. Las investigaciones realizadas durante más de diez años por el Intituto Arqueológico Alemán del Cairo, bajo la dirección de M. Bietak han demostrado que Pi-Ramsés estaba situada, en realidad, en Tell ed-Daba, en las proximidades de Fakus, es decir, en el lugar de la antigua Avaris, y que la *Estela del Año 400*, antes aludi-

da, conmemoraba la recuperación del enclave, probablemente a finales del reinado de Horemheb, ya que se han hallado elementos de arquitectura con su nombre.

Sethi I construyó allí un palacio, del que se han hallado algunos vestigios, pero es Ramsés II quien decide hacerla su capital y emprende la construcción de la ciudad propiamente dicha. Su dimensión internacional se confirma porque en el año 21 es allí recibida la embajada de paz hitita. Este cambio, favorable desde el punto de vista diplomático, permite al rey establecer ciertas distancias con Tebas y reforzar los lazos que unían a la realeza con Heliópolis y Menfis. Pi-Ramsés será capital hasta el fin de la época ramésida y casi todos los faraones, siguiendo a Ramsés II, añadirán nuevos edificios. El lugar se abandonará en la dinastía XXII, tomando el relevo Tanis. La causa fue, sin duda, un desplazamiento del brazo pelusíaco del Nilo, y Pi-Ramsés servirá de cantera para la nueva capital.

Los templos de Egipto

Ramsés II borró las últimas huellas del episodio amarniense al permitir que se demoliese Akhetatón para reconstruir y agrandar la ciudad de Hermópolis, en la orilla opuesta. También se hizo construir, en la orilla oeste de Tebas, un templo funerario, la «Morada de los Millones de Años unida a Tebas», la que Diodoro llama «tumba de Osimandia», y que servirá de modelo a Ramsés III para su templo de Medinet Habu. (fig. 126).

Ramsés II dispone su templo en línea con el santuario que había hecho edificar Sethi I, cuya planta él desarrolla: un patio que daba acceso, por una rampa (2) y un pórtico, a un patio con peristilo (3), que conducía a dos salas hipóstilas (4), tras las cuales se hallaban las salas de culto (5). Un pilón (6) permite la entrada al primer patio (7) en el que se abre, hacia el sur y tras un pórtico (9), un palacio, compuesto de una sala de audiencia (10) que sirve de antesala a la del trono (11). Las habitaciones que hay detrás hacen suponer que el rey podría permanecer aquí durante breves períodos de tiempo. Desde el primer patio (7) una rampa, escoltada por dos colosos reales , de los que susbsiste uno (14), daba acceso, tras atravesar un segundo pilón, a un segundo patio con peristilo (15). Este patio está bordeado, al este y al oeste, de colosos osiríacos que representan al rey. A partir de aquí, como en el templo de Sethi I en Abidos, el eje central del templo se ve reforzado por otros dos secundarios paralelos. Los tres conducen, a través de una gran sala hipóstila y, en el centro, a través de tres pequeñas salas hipóstilas en hilera (de las cuales, la primera (20) posee un cielo raso astronómico), a los santuarios: el principal en el centro (23) el de las barcas al norte (19) y, al sur, un templo en miniatura (18) que comprendía un vestíbulo, sala hipóstila y triple santuario, consagrado a la tríada tebana y a Sethi I. Paralelo a este templo se encuentra otro dedicado a Osiris (25). Alrededor de las instalaciones cultuales, los almacenes y los edificios administrativos están rodeados por un gran recinto de ladrillo crudo.

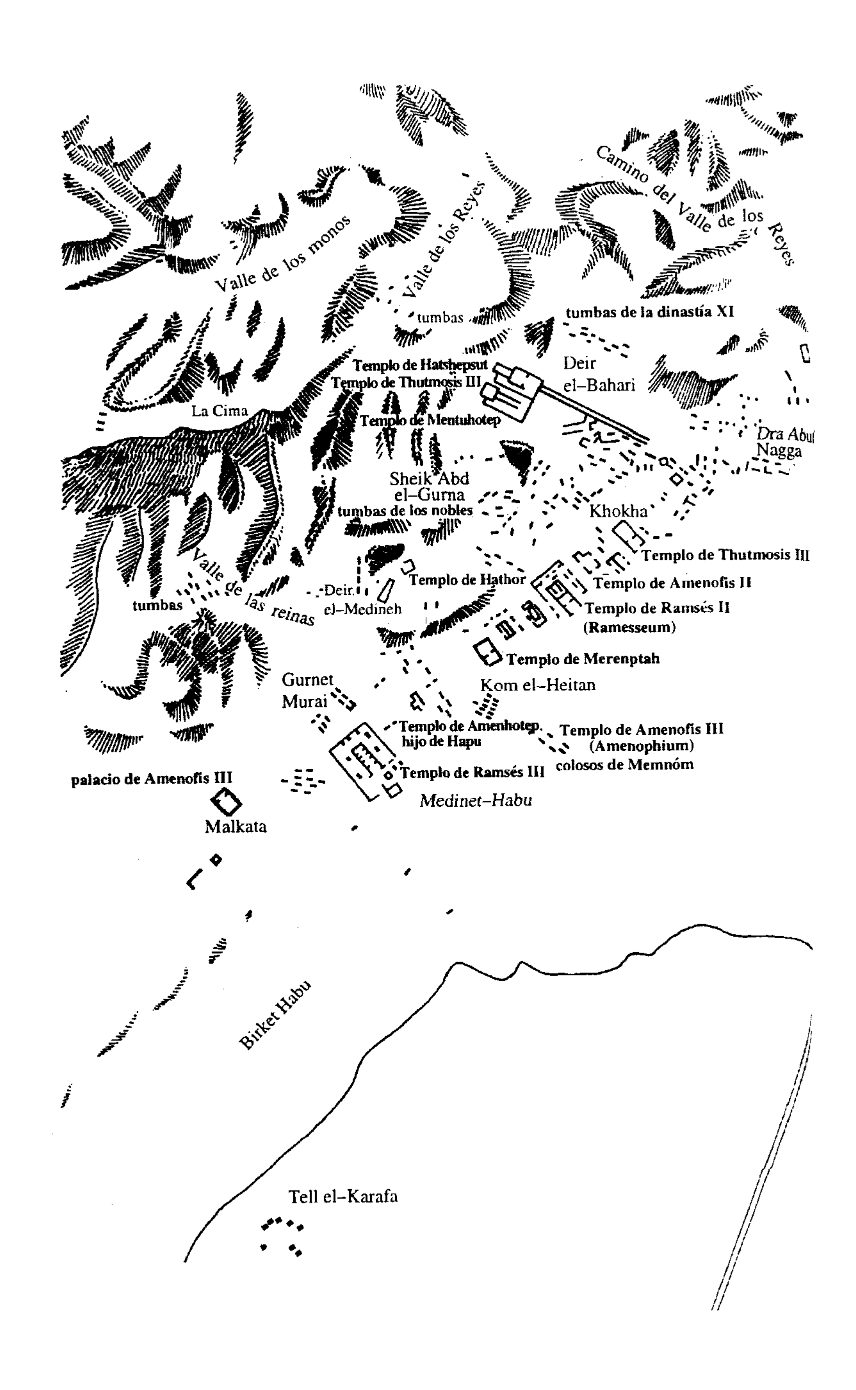
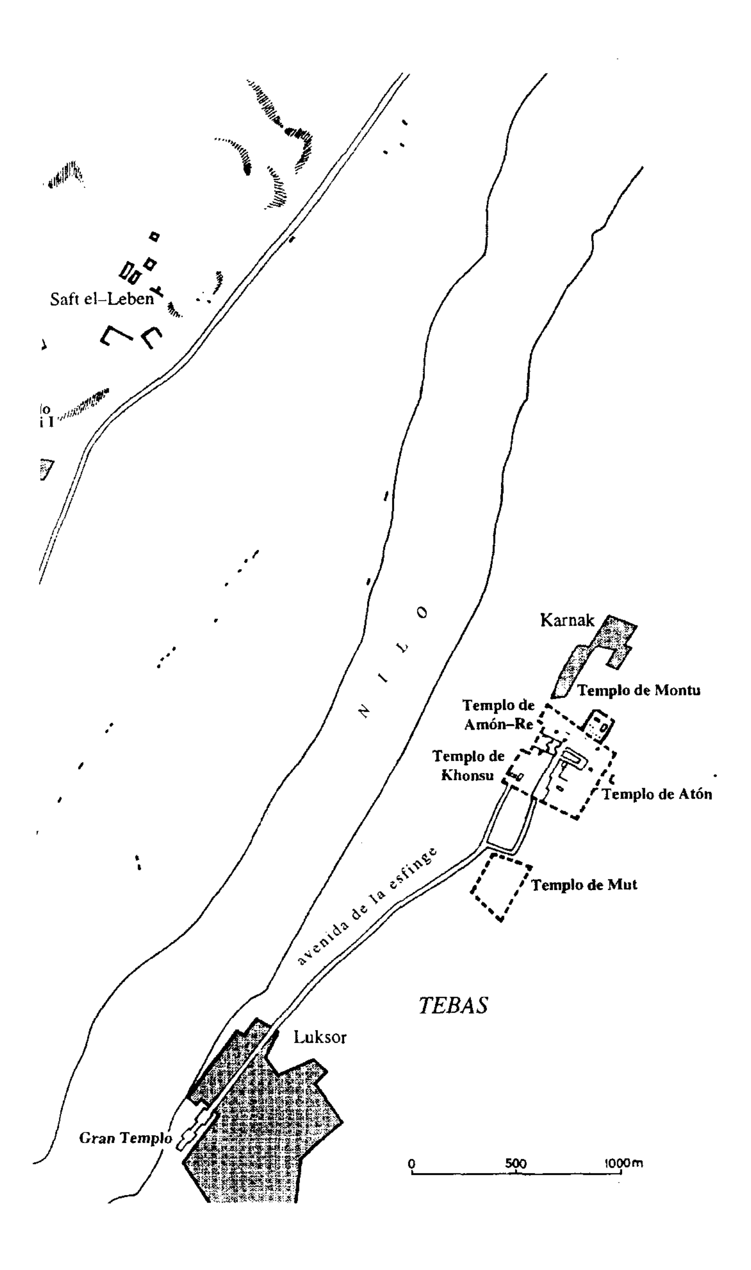
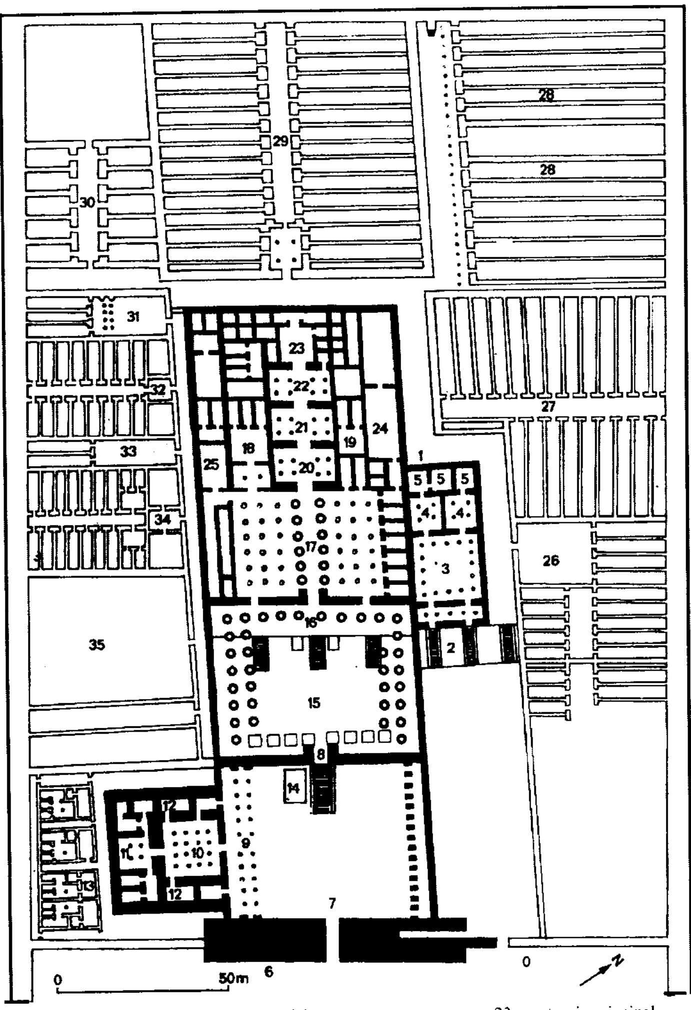


Fig. 125. Plano general de Tebas
(según Leclant: 1979 - fig.431).


Saft el-Leben
NILO
Karnak
Templo de Montu
Templo de Amón-Re
Templo de Khonsu
Templo de Atón
Templo de Mut
avenida de la esfinge
TEBAS
Luksor
Gran Templo
0
500
1000m



0. muro del recinto

Santuario de Sethi I

1. depósito de fundación con el nombre de Sethi I
2. acceso
3. patio con peristilo
4. salas hipóstilas
5. salas de culto

Templo funerario de Ramsés II

6. primer pilón
7. primer patio
8. segundo pilón
9. pórtico del palacio
10. sala de audiencia
11. sala del trono
12. dos habitaciones laterales
13. dependencias
14. coloso
15. segundo patio
16. pórtico oeste
17. sala hipóstila
18. templo en miniatura: tríada tebana y Sethi I
19. santuario para barcas
20. sala hipóstila: (techo astronómico)
21. sala hipóstila
22. sala hipóstila
23. santuario principal
24. patio cubierto y sala con pilares
25. templo de Osiris

Almacenes

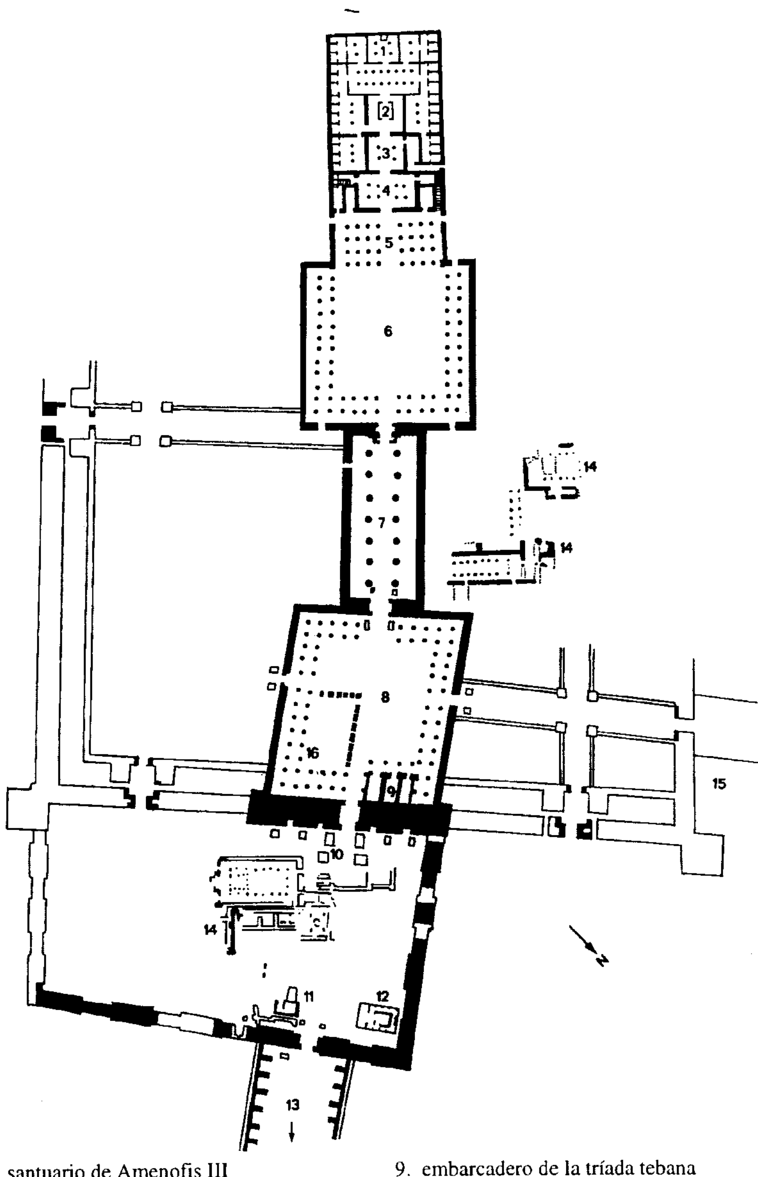
26. primer bloque
27. segundo bloque
28. tercer bloque
29. cuarto bloque
30. quinto bloque
31. edificio administrativo
32. sexto bloque
33. edificio administrativo
34. séptimo bloque
35. gran patio rectangular

Fig. 126. Planta del Ramesseum.

En este conjunto se repite el mismo principio que manifestaban los templos de Hatshepsut en Deir el-Bahari y Sethi I en Abidos: la asociación cultual entre el rey y los dioses locales. El Ramesseum ofrece, por otra parte, una idea de la planta tradicional de templo egipcio, orientado en función del recorrido del sol: la entrada se sitúa al este de modo que los rayos nacientes de Re, atravesando la doble montaña que forma el pilón, puedan iluminar la estatua cultual sita en el eje del templo, en su parte más occidental. El templo en sí no es un lugar de recogimiento para los fieles sino únicamente la morada del dios. Por este motivo, es una reproducción del universo en el momento de la creación, que la divinidad prorroga con cada salida del sol. La disposición general de los edificios se realiza según un eje que parte de la entrada del santuario. Este camino permite una aproximación gradual hacia lo divino, la disposición de las etapas corresponde a los niveles sucesivos de pureza necesarios para acercarse al dios. Esta idea se materializa en un paso progresivo de la luz hacia la oscuridad que culmina en tinieblas en el sancta sanctorum, donde reposa el dios. Al mismo tiempo, el sol se va elevando lentamente para alcanzar su punto culminante en la naos, que se encuentra así situada sobre la colina primordial que emerge del Nun. Del elemento líquido se elevan los tallos de los papiros de las columnas, cuyos arquitrabes soportan el cielo, representado en el artesonado del techo. Para relatar este recorrido, el templo debe poseer, al menos, tres elementos: un patio de acceso a cielo abierto, ya sea desnudo o bien rodeado de un peristilo, pero, necesariamente cerrado por un pilón constituido por dos moles trapezoidales que representan el horizonte. Hemos visto que en Amarna esta barrera era quebrada simbólicamente por la ruptura del dintel de la puerta de entrada que servía, en los templos tradicionales, como lugar de aparición del dios. El patio da acceso a una sala hipóstila cuyo tramo central podía sobrelevarse creándose así tres naves, cuyos techos de desigual altura se entrelazan mediante ventanas que difunden en la sala una luz atenuada. La penumbra así creada constituye el lugar de purificación del único oficiante admitido, en principio, por el dios para que le lave y asegure su manutención cotidiana, el rey, que era reemplazado en la práctica por un sumo sacerdote. Una vez purificado en la *per-duat*, el oficiante accede al *adyton*, «el lugar inaccesible», es decir, la naos, que puede estar, o no, precedida de una sala de ofrendas. Este conjunto se completa con un semi-embarcadero, situado delante del templo y destinado a albergar la barca divina en el momento de las procesiones.

Esta organización del templo es el esquema mínimo, al que responden todos los edificios de culto. No es rígido, sin embargo, y permite tantas ampliaciones como lo sugieran las necesidades o la riqueza del dios, desde la disposición de capilllas anexas o vías procesionales a los añadidos que se vayan produciendo a lo largo de los siglos. El templo de Luxor (fig. 127) nos ofrece un ejemplo de estos añadidos que pueden llegar a doblar la planta original, y dar lugar así, como veremos luego que sucedió en Karnak, a una verdadera ciudad.

El templo, que debe su nombre árabe a los campamentos militares romanos (*castra*), instalados allí durante el Imperio, fue preservado, al igual que



1. santuario de Amenofis III
2. santuario de barcas de Alejandro
3. mammisi
4. santuario romano
5. sala hipóstila
6. antepatio de Amenofis III
7. columnata procesional de Amenofis III
8. patio de Ramsés II
9. embarcadero de la tríada tebana
10. obelisco *in situ*
11. templo de Hathor
12. capilla romana de Zeus-Hélios-Serapis
13. dromos
14. iglesias
15. muelle y nilómetro
16. mezquita de Abu el-Haggag

Fig. 127. Planta del templo de Luxor.

numerosos monumentos egipcios, por la ciudad que se le superpuso y de la que la mezquita de Abu el-Haggag es un vestigio. Fue descubierto con motivo de un drenaje y excavado después de 1883.

Amenofis III había construído, a partir de elementos que se remontaban, algunos, a la dinastía XIII, un templo que respondía estrictamente a las normas clásicas. Un pilón, un patio con peristilo (6), una sala hipóstila (5) que desembocaba en otras dos, más reducidas, de las que la última lindaba con un *mammisi*, una habitación para las barcas sagradas (constituida, en principio por un dosel en madera que, posteriormente, Alejandro sustituyó por otro de piedra), y el santuario precedido de una sala de ofrendas. El conjunto constituía el harén meridional dependiente del templo de Amón-Re en Karnak.

Ya Tutankhamón habia empredido la tarea de hacer representar sobre los muros que cierran la columnata procesional (7), la procesión de la fiesta de Opet, el viaje anual de Amón, del que Luxor era el final. Esta decoración, así como la de las columnas, la continuaron Ay, Horemheb y Sethi I. Ramsés II amplió el templo desarrollando las partes sitas delante del santuario. Reutilizará la columnata procesional (7), –que Amenofis III había convertido en el punto final de la dromos de la esfinge que unía el templo de Luxor al de Karnak–, para enlazar el patio de Amenofis III con un nuevo antepatio (8), también con peristilo. Construye un pilón que rodea con dos obeliscos, –de los que el del oeste adorna hoy la Plaza de la Concordia en París– y seis estatuas colosales encaradas hacia la dromos que se dirige a Karnak.

El cambio de eje se debe a la reorientación espacial realizada en el momento en que Ramsés II ampliaba el templo. El desplazamiento entre el nuevo eje y el de Amenofis se corresponde con el desplazamiento angular entre los puntos de observación de la ascensión helíaca de Sirio, que permitía orientar correctamente el templo al este, en la época de Amenofis III y en la de Ramsés II. El templo conoce posteriormente otros trabajos hasta llegar a albergar, con Diocleciano, una sala consagrada al culto imperial (4) y para la que se habilitó la primera de las pequeñas salas hipóstilas.

Ramsés II muere tras uno de los reinados más largos que conoció Egipto, dejando al país en el culmen de su poder y su desarrollo cultural, pero dejando también una familia con dificultades sucesorias, a pesar del más de un centenar de hijos que le atribuye la tradición. En efecto, Ramsés, que conoció catorce fiestas-*sed*, hubo de ver enterrar a muchos de ellos: Sathorkhepeshef, que alcanzó el título de príncipe heredero en el año 19, Ramesses, que le sucedió en el año 25, después Khamuast, el príncipe arqueólogo, restaurador de monumentos menfitas. Este hombre, de gran cultura, había estado ligado al culto de Ptah desde el año 15, al principio como sacerdote-*sem*, después como Sumo Sacerdote y como tal celebrará los nueve primeros jubileos de su padre. Murió en el año 55, dejando su lugar de Delfín a Mineptah que subirá al trono a la muerte de su padre. La momia de Ramsés II, enterrada en el Valle de los Reyes (VdR 7) acabará en el Escondrijo de Deir el-Bahari.



Fig. 128. Ramsés II sujetando el cetro-*heka* sentado entre Amonherkhepeshef y su esposa. Estatua procedente de Karnak. Granito. Alt.=1,90 m. Turín. Museo egizio 1380.



Fig. 129. El intendente Hapy escribiendo. Estatua procedente de Karnak. Cuarcita. Alt.=0,69 m. *CGC* 42184.

LA DIFÍCIL SUCESIÓN DE RAMSÉS II

A la muerte de Ramsés II la dinastía no sobrevivirá más de una generación. El acceso al trono de Minetaph no parece haber acarreado ningún problema puesto que ya había sido designado en vida de su padre, a pesar de ser el decimotercer hijo, nacido de la reina Isisnefret, quien había tenido anteriormente otros tres niños. Mineptah reinaría algo menos de diez años y tuvo un hijo, el futuro Sethi II, con otra Isisnefret.

Mineptah conserva Pi-Ramsés como capital, pero acrecienta al papel de Menfis, en donde se hace construir un palacio, realiza trabajos en el templo de Ptah y destina un templo a mantener su culto funerario. También se han encontrado huellas de su actividad en la puerta de Heliópolis y en Hermópolis, en donde, posíblemente, acabó el pequeño templo comenzado por Ramsés II. Consagra en Es-Sirirya, al norte de Minieh, un espeo a Hathor, «Señora de los dos hogueras», y construye otro santuario rupestre en Gebel el-Silsile. Es posible que hubiera edificado un templo en Deir el-Medineh y es seguro que usurpa el Osireion de Abidos y el santuario que Mentuhotep II había consagrado a la Hathor de Dendara. Se hizo construir también un templo funerario con los materiales procedentes de la destrucción del

de Amenofis III en Tebas, antes de ser enterrado en el Valle de los Reyes (TT 8).

Lo más destacable de este gobierno es la política exterior. En Asia, Mineptah se beneficia todavía de los efectos del tratado del año 21 de Ramsés II, egipcio-hitita. Suministra además trigo a los hititas acosados por el hambre. La frontera entre los dos imperios se mantiene en los alrededores de una línea entre Damasco y Biblos, y Egipto conserva sus guarniciones en Siria-Palestina. Mineptah se ve obligado, con todo, a organizar una expedición contra Askalón, Gezer e Israel y debe sofocar, también, una rebelión en el país de Kush que parece haber sido promovida por los libios de la Marmárica. Libia en estos momentos comienza a desempeñar un importantísimo papel en el Mediterráneo. Ya Ramsés II había tenido que protegerse de las tentativas por parte de los Shardanas, estableciendo una cadena de fuertes hacia el Oeste. Estas poblaciones habían llegado hacía aproximadamente un siglo al territorio de los Tjehenu, junto con otras, venidas del Mediterráneo, que se habían visto empujadas hacia el sur por las oleadas indoeuropeas. Entre las primeras estaban los Libu, futuros epónimos del país, y los Mashauash, que se verán reforzados por ciertos grupos de indoeuropeos, llegados en busca de nuevos territorios: los Akauash, Shakalash, y Tursha, procedentes de la costa de Anatolia y las islas egeas, y que los egipcios designaban genéricamente con el nombre de «Pueblos del Mar». Estas poblaciones se asocian e intentan un asalto a Egipto a fines del año 5 de Mineptah. Su ataque sorprenderá a los egipcios de tal manera que no llegarán a reaccionar hasta después de un mes. Consiguieron, sin embargo, hacer retroceder a los invasores, causándoles 6.000 bajas y haciendo 9.000 prisioneros. Estas cifras muestran la importancia de la contienda que no será más que un primer intento. La segunda oleada vendrá veinte años más tarde, durante el reinado de Ramsés III.

Los quince ultimos años de la dinastía son muy confusos y el relato que de ellos nos ha llegado, elaborado *a posteriori* bajo Setnakht y Ramsés IV, no aclara la situación, pues dibuja un cuadro voluntariamente oscuro. A la muerte de Mineptah estalla la crisis sucesosoria que ya se veía venir debido al largo reinado de Ramsés II. La sucesiva desaparición de príncipes herederos y el acceso al poder de Mineptah, decimotercero en la línea sucesoria, propiciaron, en la generación siguiente, los conflictos entre colaterales. Será uno de ellos el que tome el poder, un tal Amenmes, que sería hijo de una hija de Ramsés II, Takhayt, por lo demás desconocida. Contrajo matrimonio con la reina Tiaa con quien tiene un hijo, el futuro Siptah. Si aceptamos lo que dice el Papiro Salt 124, este rey habría reinado cinco años, pero en la medida en que fue considerado un usurpador por los que le sucedieron, es muy difícil seguir sus huellas sobre los monumentos. Él se atribuye, es cierto, algunos edificios de sus predecesores, pero su propio sucesor se ocupará de borrar su nombre de ellos. Su tumba en el Valle de los Reyes está inacabada y deteriorada voluntariamente. Para este período poseemos, sin embargo, una fuente de información bastante fiable: los archivos, que han llegado hasta nosotros, de la comunidad de artesanos de Deir el-Medineh. Gracias a ellos sabemos que por entonces el aprovisio-

namiento de la aldea, asegurado por el gobierno, era bastante irregular y que habían estallado revueltas en la Tebaida.

Las usurpaciones

Amenmes es sustituido al cabo de cinco años por Sethi II, heredero legítimo de Mineptah, que reinará seis años y parece mantener el país en una calma relativa. Si bien no hay huellas de que hubiera desarrollado una política exterior activa, debemos destacar que las minas de Serabit el-Khadim están siendo explotadas en este momento. Emprende un programa de construcciones, menos ambicioso de lo que sus palabras permitían suponer, pero que, al menos, ha dejado huellas en Hermópolis, donde termina la decoración del templo de Ramsés II, y en Karnak, donde construye un templo-embarcadero en el primer patio del templo de Amón-Re y diversos anexos al templo de Mut.

Se casa con tres reinas, lo que no simplifica la sucesión. La primera es Takhat II que no parece haberle dado ningún heredero. La segunda, Tausert, le da un hijo llamado como su padre, Sethi-Merenptah, que, desgraciadamente muere antes que su padre. Será el hijo de la tercera reina, el príncipe Ramsés-Siptah el que acceda al trono. Como es muy joven para ejercer el poder, su madrastra Tausert, se ocupa de la regencia del país. La legitimidad del joven rey no parece haber sido puesta en duda por la administración, pues los graffiti dejados por los oficiales egipcios en Nubia lo consideran como su señor. Reinará bajo la doble tutela de su madrastra y del canciller Bay, «el que estableció al rey en el trono de su padre». Este personaje ha dejado tan mal recuerdo en la memoria de los egipcios como Tausert. Escriba real de Sethi II, sedujo, si aceptamos la tradición, a su viuda, quien lo nombró supremo Jefe del Tesoro. Su posición en la Corte era lo suficientemente elevada como para hacerse habilitar una tumba en el Valle de los Reyes (VdR 13). Por lo general, se considera que era de origen extranjero y que es de él de quien habla el Papiro Harris I en términos poco lisonjeros, cuando evoca la anarquía de la época:

> «La tierra de Egipto había sido derrumbada desde fuera, y todo hombre había sido expulsado de su derecho. Desde hacía muchos años no tenían jefe. La tierra de Egipto estaba en manos de cabecillas y gobernadores de ciudades; se mataba al vecino, grande y pequeño. Después de ello, sucedieron otros tiempos, con años vacíos, y Iarsu, un sirio, estaba entre ellos como jefe. Hizo que toda la tierra entera le rindiera tributos ante él; unió a sus compañeros y saqueó sus posesiones (de los egipcios). Tomaron a los dioses como hombres, y no fueron presentadas ofrendas en los templos ». (Pap. Harris I, 75,2-6; trad. J.M.Serrano Delgado).

El nombre de Iarsu, que en egipcio quiere decir, aproximadamente, «el que se ha hecho a sí mismo», es decir el «self-made-man», sería una forma burlesca de designar a Bay negándole la existencia póstuma que implica el

simple hecho de pronunciar el verdadero nombre de cada uno. Este procedimiento es corriente en los textos políticos, lo veremos en el momento de la conspiración urdida contra Ramsés III. Los años «vacíos» se refieren al tiempo en el que el poder era considerado como vacante al estar ocupado por una línea usurpadora.

Al cabo de tres años, Siptah cambia el nombre que llevaba cuando accedió al trono, Ramsés-Siptah, por el de Mineptah-Siptah (Drenkhahn: 1980, 15.) Muere tres años más tarde y es también enterrado en el Valle de los Reyes (VdR 47), donde su cartucho, que había sido arrancado, ha sido colocado de nuevo, pero su templo funerario, probablemente inconcluso, aún no ha podido ser localizado. Tausert reina después, probablemente durante diez años, y si bien su reinado parece menos rico de lo que pensaba Teóphile Gautier, sabemos de su presencia en el Sinaí y en Palestina, y que construye en Heliópolis y, casi seguro, en Tebas, donde se hace edificar un templo funerario al sur del Ramesseum y una tumba en el Valle de los Reyes (VdR 14).

Esta tumba la usurpará y finalizará Setnakht, después de que la excavación que él había iniciado de la tumba 11, la destinada para él originalmente, hubiera hecho desembocar a los trabajadores, accidentalmente, en la vecina tumba 10, la de Amenmes. Setnakht declara haber expulsado al usurpador (KRI V 671,10-672,14) y el Papiro Harris lo considera el reor-

1295-1188	**Dinastía XIX**
1295-1294	Ramsés I
1294-1279	Sethi I
1279-1212	Ramsés II
1212-1202	Mineptah
1202-1299	Amenmes
1202-1196	Sethi II
1196-1190	Siptah
1196-1188	Tausert
1188-1069	**Dinastía XX**
1188-1186	Sethnakht
1186-1154	Ramsés III
1154-1148	Ramsés IV
1148-1144	Ramsés V
1144-1136	Ramsés VI
1136-1128	Ramsés VII
1128-1125	Ramsés VIII
1125-1107	Ramsés IX
1107-1098	Ramsés X
1098-1069	Ramsés XI

Fig. 130. Cuadro cronológico de las dinastías XIX y XX.

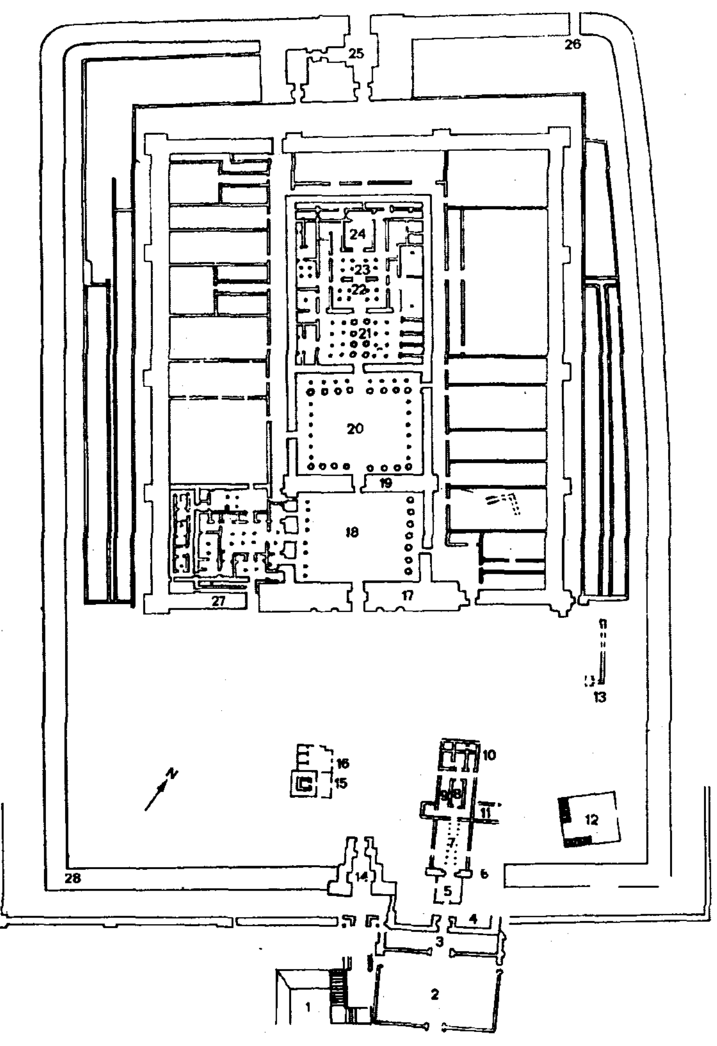
ganizador del país. El cambio de dinastía no parece haber ocurrido de manera brusca ya que Setnakht no destituye al virrey de Kush, Hori, hijo de Kama,aunque éste, bien es cierto, había sido designado por Mineptah-Siptah y no por Tausert. Sin embargo, conservará también a su homónimo, el visir Hori. Setnakht sólo reinó dos años y el hijo que tuvo de la reina Tiy-merinaset, «Tiy amada de Isis», y que será su heredero, será el último gran rey del Imperio Nuevo.

Ramsés III

Desde el inicio, Ramsés III toma por modelo a Ramsés II. Sus sucesores le imitarán en este punto, pero sin duda fue él quien empleó la mayor voluntad de imitación, en aspectos que van desde la elección de sus títulos hasta la edificación de un templo funerario construido según el modelo del Ramesseum. Si bien no consiguió equipararse a su glorioso predecesor, Egipto recobrará ahora por última vez su autoridad y un cierto poder en el Próximo Oriente. Al igual que Ramsés II, tuvo que enfrentarse igualmente a una situación exterior delicada. Los libios, rechazados por Mineptah, regresan a la carga en el Delta occidental. Ramsés III les vence e integra una parte de sus tropas en el ejército egipcio. Sin embargo, esta victoria es relativa ya que una nueva oleada cae sobre Egipto seis años más tarde, en el año 11 de su reinado. Esta será una nueva victoria para Egipto, seguida de la instalación de los prisioneros como obreros en el Fayum y el Delta. Estos hombres conservarán en sus carnes la huella imborrable de su estado servil, puesto que son marcados al rojo. Perdieron sus bienes y, en particular, sus rebaños, traspasados a los dominios de Amón, y ellos mismos fueron conducidos al cautiverio junto con sus mujeres y sus hijos. De este modo, pudieron ir agrupándose y perpetuar así el mecanismo que había favorecido las invasiones a fines del Imperio Medio. Poco a poco, fueron constituyéndose comunidades libias en el país, formadas en parte por los descendientes de los cautivos y, en parte, por colonos llegados de forma más o menos pacífica por el Delta occidental. Estas comunidades agrupadas en jefaturas egipcizadas, tomarán el poder cuando el Estado se debilite de nuevo y avance la anarquía.

En el año 8, entre las dos guerras libias, Ramsés III debe contener una nueva invasión, la de los Pueblos del Mar, a los que se unen los filisteos. Las guarniciones de Palestina los detienen en su avance por tierra, pero entran en el Delta por los brazos orientales del Nilo. Ramsés III se enfrenta con ellos en una batalla naval que él relata, junto sus otras dos campañas, en los muros de su templo funerario de Medinet Habu, en medio de escenas «de género», en las que se ve a los egipcios iniciar batallas ficticias contra los hititas, sirios y nubios..., copiadas de los muros del Ramesseum.

Ramsés III escogió para hacer edificar su templo funerario un emplazamiento situado a un kilómetro, aproximadamente, al sur del Ramesseum. El nombre actual del lugar, Medinet Habu, designa en realidad a la ciudad cris-



1. muelle

Templo de la Dinastía XVIII

2. patio de época romana
3. pórtico de época tolemaica
4. primer pilón (tolemaico)
5. primer patio (Nectanebo I)
6. segundo pilón (Shabaka usurpado por Taharka)
7. patio con columnata de época saíta
8. santuario de la barca
9. peristilo
10. salas occidentales
11. *cámara de Akhoris*
12. lago sagrado
13. nilómetro
14. pórtico

Capilla de las Adoratrices Divinas

15. capilla de Amenardis «la Antigua»
16. capilla de Nitocris, Shepenupet *y de la reina Meytenuaskhet*

Templo funerario de Ramsés III

17. primer pilón
18. primer patio
19. *segundo pilón*
20. segundo patio
21. primera sala hipóstila
22. segunda sala hipóstila
23. tercera sala hipóstila
24. santuario de la barca
25. puerta fortificada occidental
26. puerta de Ramsés III
27. *palacio*
28. muro del recinto

Fig. 131. Los templos de Medinet Habu.

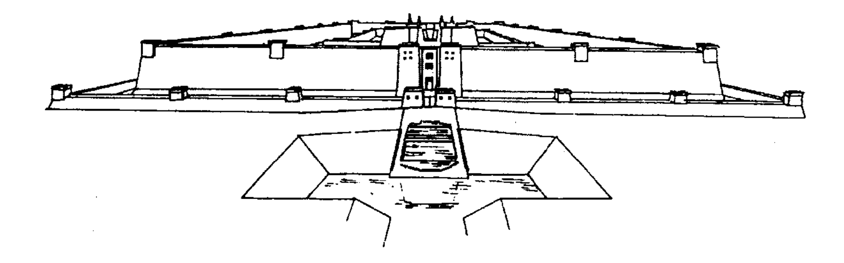


Fig. 132. Reconstrucción en perspectiva del recinto de Medinet Habu visto desde el este.

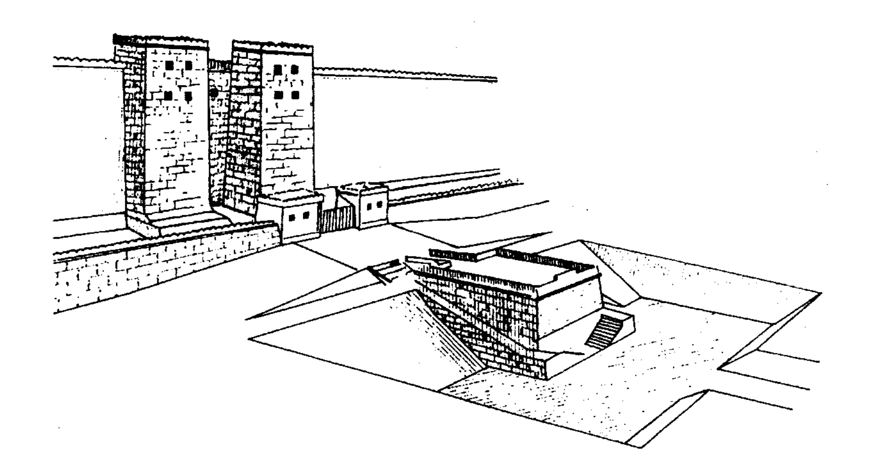


Fig. 133. Detalle del muelle y de la puerta.

tiana que se instaló en el recinto del templo y que emigró a Esna en el momento de la conquista árabe. En los tiempos de la dinastía XVIII, el lugar dependía del templo de Luxor, del que era «la colina del oeste». El recuerdo se prepetuará en la Época Baja, a través de la sepultura de Amón Kematef y la procesión de Imenemipet. En la dinastía XXI, se convirtió en el refugio de las poblaciones vecinas que habían ido constituyendo poco a poco una ciudad que, en época cristiana, se convirtió en un obispado, y cuyo nombre, *Iat-tjamet*, simplificado en *Djeme* dio, en griego, *Thebai*. Esta ciudad, que ofrece una estratigrafía sin interrupción desde la dinastía XXI hasta la conquista árabe, no ha sido, desgraciadamente, objeto del estudio que merece. Abandonada tras la conquista, permaneció casi intacta hasta que A. Mariette la descubrió hacia 1860. Mariette se limitó a realizar una primera limpieza, continuada luego por E. Grébaut y G. Daressy, que consistía simplemente en evacuar lo más rápido posible las construcciones urbanas

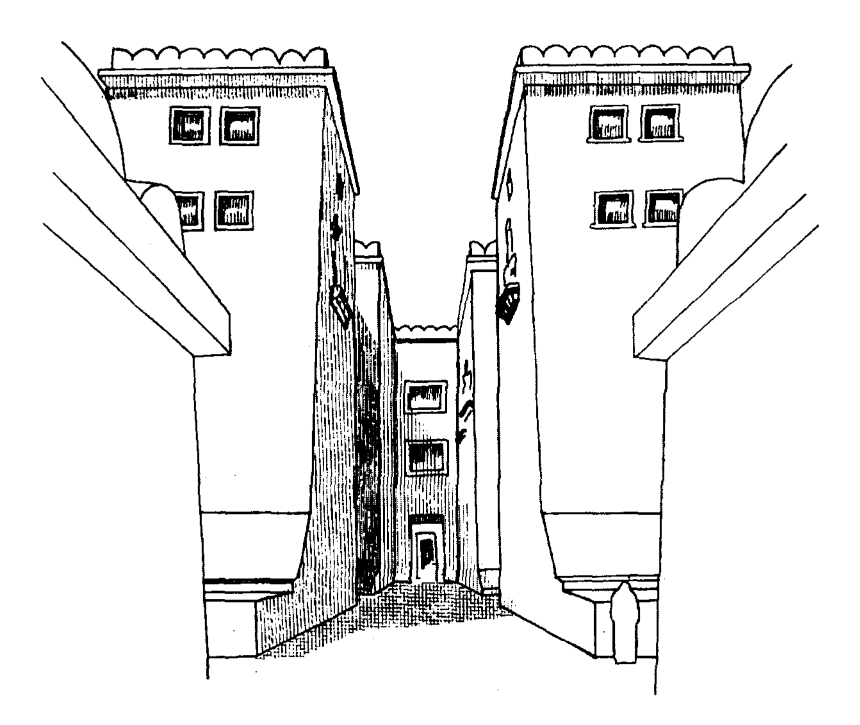


Fig. 134. Alzado del *migdol.*

realizadas en ladrillo crudo para alcanzar los niveles antiguos. En 1912, Th. Davis excavó el palacio de Ramsés III, y después, a partir de 1913, las construcciones en ladrillo son entregadas a los *sebhakin* para mejorar las tierras cultivables. El Instituto Oriental de Chicago procedió a levantar planos de los templos entre 1927 y 1933.

Cuando Ramsés III se decidió a edificar allí su templo funerario, el lugar estaba ocupado por un grupo de edificios (fig. 131, 9-11) que, habiendo sido iniciado por Amenofis I y acabado por Hatshepsut y Thutmosis III, será objeto de sucesivos añadidos hasta la época romana (7-2). Ramsés III lo integra mediante un amplio recinto, que deja sitio para una amplia explanada entre el primer pilón y la entrada monumental por donde se accede a un semi-desembarcadero(1). El conjunto ofrece, aún hoy, una idea de la apariencia externa de un templo egipcio.

El portalón de entrada, situado 80 m. por delante del templo, es un pabellón de dos pisos, realizado según el modelo del *migdol,* una fortaleza siria. Sus dos torres, coronadas de almenas, tuvieron, en origen, 22 m. de altura. Existía uno semejante en la puerta occidental del muro, (25) hoy desaparecido.

El templo propiamente dicho tiene su propio recinto, según el modelo del Ramesseum, es decir, las instalaciones cultuales al centro, las oficinas y dependencias alrededor, de forma radial. Dos pilones sucesivos (17 y 19) dan acceso a dos patios. Después se prosigue con la misma

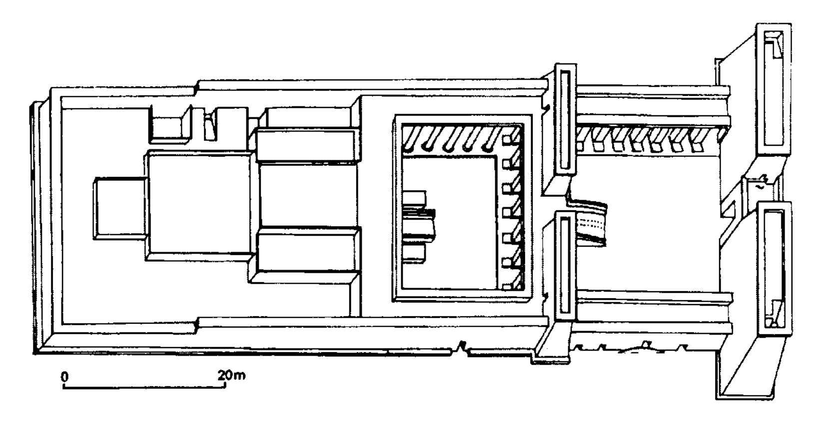


Fig. 135. Alzado del templo funerario de Ramsés III.

detalle del trono

sala de baños

Fig. 136. Reconstrucción en perspectiva del palacio. Detalle del trono y de la sala de baños.

correlación de tres salas hipóstilas que conducen progresivamente a un santuario.

El primer patio (18) da acceso al palacio (27) que comprende tanto las salas oficiales como las dependencias privadas, equipadas incluso con una sala de baños.

Los combates de Ramsés III se representan en el interior del templo y en la cara exterior del muro del recinto. La cara exterior del primer pilón (17) refleja, en su pedestal sur, la consagración de los trofeos a Amón y sobre el pedestal norte el relato de la segunda guerra libia. El muro de cierre relata, año por año, las campañas del rey y, en particular, la batalla naval contra los Pueblos del Mar.

Estas representaciones estaban destinadas a que las vieran los fieles, quienes no tenían acceso al interior y el templo servía así de lugar de difusión y propaganda. Pero, al mismo tiempo, en la medida en que el templo es una representación del universo centrado alrededor del dios al que el rey asegura el culto, es también el lugar en donde se testimonia palpablemente la acción del rey en favor del dios, en todos los ámbitos en que debe ejercerse. Los textos y las representaciones militares son, en sí mismos, un monumento cuyo valor arquetípico los sitúa fuera del tiempo. Ramsés III derrota eternamente a los confederados libios y a los Pueblos del Mar, a los que puede añadir los enemigos vencidos por Ramsés II y, sin exclusión, todos los enemigos de Egipto desde el alba de los tiempos. La Historia se une al Mito mediante una trasposición que hace de ella un elemento de culto. *Esta es la razón por la que encontramos las guerras de Ramsés III* en el interior del templo, en el primer y segundo patio, al lado de la conmemoración de acontecimientos puramente religiosos, como la procesión de Min, o de representaciones políticas, como la lista de los hijos de Ramés III, situada bajo el pórtico oeste del segundo patio, según el modelo de la lista de los hijos de Ramsés II en el Ramesseum.

El templo de Medinet Habu fue acabado probablemente en el año 12. Si bien es verdad que Ramsés III no construyó tanto como su antecesor y modelo, con todo, es innegable que su actividad en este terreno fue intensa. Hizo algunos añadidos en el templo de Luxor y, sobre todo, en Karnak donde comienza en templo de Khonsu, el dios hijo de la tríada tebana, y levanta un santuario para barcas en lo que será luego el primer patio. Según el Papiro Harris I, que contiene, en su parte histórica, una crónica de su reinado, construyó en Pi-Ramsés, Heliópolis, Menfis, Athribis, Hermópolis, Assiut, This, Abidos, Ombos, Coptos, Elkab, en Nubia, Siria... Habría también organizado expediciones a Atika (Timna) para traer cobre, y al país de Punt.

Su reinado, sin embargo, no estuvo exento de problemas. Tras el año 12 surgen dificultades, tanto en el orden político como económico. El rey destituye a su visir en Athribis y ha de velar por la regularidad de las raciones entregadas a los templos. El mismo problema se repite hacia el fin del reinado en la comunidad de Deir el-Medineh, donde los salarios llegan con dos meses de retraso, provocando la primera huelga conocida

de la historia. Los obreros abandonan el trabajo y van a quejarse ante el visir Ta, quien reside en el Ramesseum. Si bien es cierto que las causas de estas dificultades son económicas, también traducen un debilitamiento del poder del Estado frente a los clérigos y los dominios de los templos, cuyo poder se ha acrecentado demasiado. Por otra parte, las disputas dinásticas que provocaron el fin de la dinastía XIX no se han apaciguado todavía. Ramsés III se casó con una tal Isis, hija de Habadjilat, probablemente de origen sirio, lo cual no era extraño en sí mismo. Pero el azar quiso que su imitación de Ramsés II no se limitase a nombrar a sus hijos de la misma forma que los hijos del gran rey. Muchos de ellos murieron, también, antes que su padre: Pareherunemef (VdQ 42), Soutekhherkhepeshef, (VdQ 44), Khamuast (VdQ 55), Ramsés y Amonherkhepeshef (VdQ 55). Como, por otra parte no existía una Primera Esposa reconocida por el rey, el reinado llegó a su fin debido a una conspiración promovida en el harén por una segunda esposa, Tiy, con el fin de poner en el trono a su hijo Pentauret. Varios papiros, el más importante de los cuales se encuentra en Turín, detallan los pormenores del proceso contra los conspiradores, realizado bajo el reinado de Ramsés IV.

Tiy había ganado para su causa a las mujeres del harén, a un mayordomo y a un copero. Una de las mujeres incluso se había puesto en contacto con su hermano, comandante de las tropas en Kush y había también un general implicado en la subversión; en total, unos veinte conjurados, que recibirán seudónimos infamantes, destinados a señalar para toda la eternidad su crimen, del estilo de «El Mal en Tebas», «Re lo detesta», etc. El plan era tan simple como diabólico, los criminales habían decidido actuar durante la celebración de la Fiesta del Valle en Medinet Habu utilizando, entre otros procedimientos, la ayuda de sortilegios con figurillas mágicas. Fracasaron y fueron conducidos ante un tribunal compuesto de doce altos funcionarios civiles y militares. La mayor parte de los conspiradores, diecisiete en concreto, fueron ejecutados, y a siete se les permitió suicidarse, entre ellos Pentauret. La conspiración tenía tales ramificaciones que ni siquiera los mismos jueces escaparon a las acusaciones: cinco de ellos fueron detenidos por connivencia o por simple parentesco con las mujeres implicadas. Uno fue condenado al suicidio, a tres les cortaron la nariz y las orejas y el quinto se salvó con una simple reprimenda.

Así terminó, después de treinta y dos años, el reinado de Ramsés III, con menos gloria que su modelo. Incluso la excavación de su tumba (VdR 3) fue difícil y los obreros tuvieron que abandonarla a medio construir, optando por otra que había sido comenzada para Setnakht, la «tumba de los arpistas» (VdR 11). Durante los trabajos, tras haber horadado el tercer corredor, desembocaron en la tumba de Amenmes (VdR 10) y fue preciso cambiar el eje de la tumba para que fuese paralela a su vecina. La momia del rey, hallada en el Escondrijo de Deir el-Bahari, es la de un hombre de sesenta y cinco años, aproximadamente, que parece haber fallecido de muerte natural.

En poco menos de un siglo, ocho reyes le van a suceder: todos llevarán el nombre de Ramsés y se proclamarán imitadores de Ramsés II, con-

vertido así en el modelo del esplendor pasado del país. Ramsés IV, que sucederá a su padre, accede al trono con más de cuarenta años y se ocupa de perseguir a los conspiradores. Confirma las dotaciones a los templos, dejando constancia de ellas en el Papiro Harris I. Considera que ha levantado edificios lo suficientemente importantes como para pedir a los dioses un reinado más largo que el de Ramsés II, a cambio de todo lo construido en su honor durante sus cinco primeros años de reinado. Pero los dioses no escucharon sus ruegos y morirá dos años más tarde, tras llevar a cabo un programa edilicio que, sin embargo, no estuvo del todo a la altura de sus ambiciones. Tuvo que abandonar la construcción de un templo funerario, que él deseaba gigantesco, en los límites de la calzada del templo de Deir el-Bahari y contentarse con una pequeña construcción entre el consagrado a Amenhotep, hijo de Hapu, y Deir el-Medineh. Ejecutó también trabajos en Karnak, donde consagró algunas estatuas y decoró una parte del templo de Khonsu, y asimismo en Abidos y Heliópolis. Dejó su nombre en la sala hipóstila de Karnak, en Luxor, Deir el-Bahari, en el Ramesseum, en Menfis, Coptos, Medamud, Armant, Esna, Tod, Edfú, Elkab, Buhen, Gerf Hussein, Aniba. Han aparecido escarabeos con su titulatura incluso en Palestina. Dirige expediciones a las canteras del Uadi Hammamat, en el Sinaí, y la comunidad de Deir el-Medineh no fue jamás tan importante como en la Dinastía XX, puesto que el Estado dobla los equipos, haciendo subir los efectivos hasta 120 hombres.

Los artesanos de Deir el-Medineh

La comunidad de artesanos de Deir el-Medineh es una fuente de documentación de primera importancia para la época ramésida. Aunque se trata de una comunidad muy encerrada en sí misma y muy reducida, ya que comprendía, a lo sumo, 120 trabajadores con sus familias, la información que nos ha proporcionado es de capital importancia, tanto para nuestro conocimiento del urbanismo, de las costumbres sociales y funerarias, de la literatura –a través de los millares de textos sobre óstraca y de algunos cientos de papiros que allí fueron descubiertos– como de la vida del país en general, cuya evolución podemos seguir, generación tras generación, durante más de tres siglos.

La aldea ocupa el lecho de un antiguo uadi orientado norte-sur entre la colina de Gurnet Murai y el acantilado occidental de Tebas. El nombre moderno «el convento de la ciudad», tiene su origen en un monasterio que los monjes vinculados a Djeme instalaron en el templo de la antigua ciudad, en el siglo v después de Jesucristo. El mismo monasterio, puesto bajo la advocación de San Isidoro, retomaba el nombre antiguo, *Pahebimen*, que dio *Phoebamon*. El nombre de la ciudad y su necrópolis, que se extiende por la colina occidental, era en la época ramésida *Set-Maat*, «el Lugar de la Verdad».

La historia del lugar comenzó en al dinastía XI. Por entonces, era un apéndice de la necrópolis de Dra Abu'l-Naga y Deir el-Bahari. La aldea de

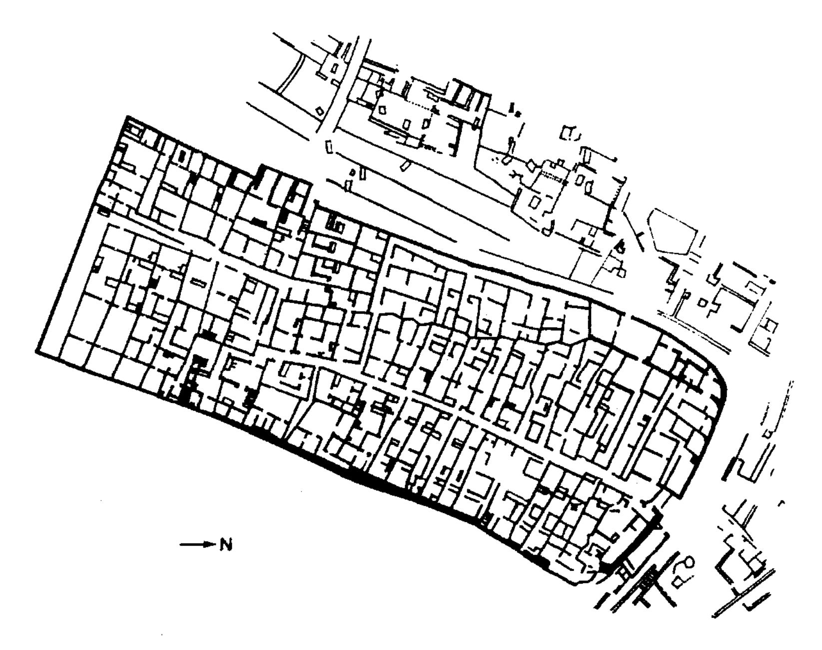


Fig. 137. Plano de Deir el-Medineh (según Michalowski: 1968, 533).

los artesanos no surgirá hasta que el Valle de los Reyes entre en uso. Será Thutmosis I quien la funde y consistirá, al principio en sesenta casas situadas en el fondo de la vaguada y rodeadas de una muralla. Algunas capillas consagradas a los cultos de la colectividad aparecieron en la ladera de la colina. No han aparecido huellas de actividad en la época amarniense. Es difícil saber si los artesanos siguieron a Amenofis IV a Akhetatón, porque, comprensiblemente, ninguno de ellos se enorgullecerá de semejante pasado, y las notícias que hay sobre los artistas de Amarna no son demasiado explícitas. Todo lo que podemos decir es que con Horemheb, la aldea experimenta un nuevo impulso, crece de tamaño siguiendo un plan urbanístico preciso. Las pequeñas tumbas individuales del principio son substituídas por panteones funerarios familiares, instalados en la colina occidental, que desde entonces quedará reservada para este fin.

El período más importante de Deir el-Medíneh se sitúa en las dinastías XIX y XX. Se alcanza la cifra de 120 obreros, lo que se traduce en una comunidad de más de 1.200 personas. Este máximo corresponde a los grandes reinados de la dinastía XIX, es decir cuando la actividad es más intensa en las necrópolis reales que emplean a los obreros. El final de la dinastía XIX contempla los problemas a los que antes aludíamos, debido tanto a razones de índole económica cuanto a la negligencia de los administradores encargados del aprovisionamiento de la aldea. A principios de la dinastía XX, la actividad recupera el buen ritmo hasta las huelgas que marcan el final de reinado de Ramsés III. Tras el fallido intento de restablecimiento por parte

de Ramsés IV, los efectivos van mermando hasta llegar a 60 hombres durante el reinado de Ramsés VI. Desde ese momento, la comunidad entra en decadencia. Los crecientes problemas que envuelven el reinado de Ramsés IX irán acompañados de pillajes que devastan la Tebaida. La comunidad se dispersa en la dinastía XXI, tras casi cinco siglos de ocupación. Muchos de sus miembros se repliegan, al igual que los campesinos de la región, al amparo de las murallas de Medinet Habu.

El lugar no está, pues, muerto de todo y en la dinastía XXV, Taharka hace construir allí una capilla consagrada a Osiris cuyos bloques serán reutilizados, inmediatamente después, por los Saítas para construir la tumba de la Adoratriz Divina Ankhnesneferibre, lo que hace que la aldea sea ocupada de nuevo por los equipos ocupados en esta tarea. En la época tolemaica, Tebas no es ya la capital de la provincia, que ha sido trasladada a Ptolemais Hermiu, en las proximidades de Sohag. Pero Djeme se desarrolla en tal forma que sus nuevas construcciones se extienden hasta Deir el-Medineh. El pequeño templo dedicado a Maat es reconstruido y embellecido. Estos trabajos duraron aproximadamente unos ciento cincuenta años y los trabajadores se alojaron en las casas cercanas. Los coachitas utilizaron la necrópolis en beneficio propio, vaciando las tumbas y vendiendo su ajuar. Este será el primer saqueo. Los anacoretas completaron la faena instalándose en las tumbas abiertas hasta que la conquista árabe provocará el abandono del lugar que no será ocupado de nuevo hasta el siglo XIX. J.-F. Champollion lo visita en primer lugar y dibuja la decoración de algunas tumbas. La extraordinaria calidad de los primeros hallazgos atrae a los buscadores como Salt y Drovetti. La tumba de Senedjem fue descubierta en 1885, pero quedó abandonada luego al pillaje durante casi medio siglo. Numerosos objetos han ido a parar así a los grandes museos como el de Turín, cuya colección pretende completar *in situ* en 1906 Schiapparelli, el de Londres, París, Berlín, al que R. Lepsius transportó paredes enteras de tumbas... A inicios del siglo XIX, el lugar está destrozado y abierto a la codicia de los coleccionistas. ¡Urgía comenzar su exploración científica! G. Maspero hará restaurar el templo tolemaico y una misión alemana llega a hacer sondeos antes de la I Guerra Mundial; después el Instituto Francés de Arqueología Oriental se hace con la concesión en 1914. Desde 1922 a 1940 y luego, de 1945 a 1951, B. Bruyère excava la aldea y la necrópolis.

El primer resultado de estas excavaciones es un mejor conocimiento de la arquitectura funeraria y de sus técnicas de construcción. Las tumbas que los artesanos se construyeron, fuera de sus horas de trabajo, revelan un gran ingenio gracias al cual, a pesar de estar realizadas con la ayuda de materiales muy modestos, ofrecen una apariencia que resiste la comparación con las tumbas de los nobles. Se impone el arte «imitativo», y así, el adobe pintado adopta la apariencia de la piedra, los pilones que marcan la entrada de la capilla a menudo están rellenos de cascotes, etc. La construcción de las casas estará igualmente basada en el arte de la recuperación y ensamblaje de materiales en el que se mezclan bloques aislados junto con ladrillos sobre una estructura de madera. Estas técnicas, muy semejantes a las utilizadas hoy en día en el hábitat rural, reflejan una imagen más real de la vida coti-

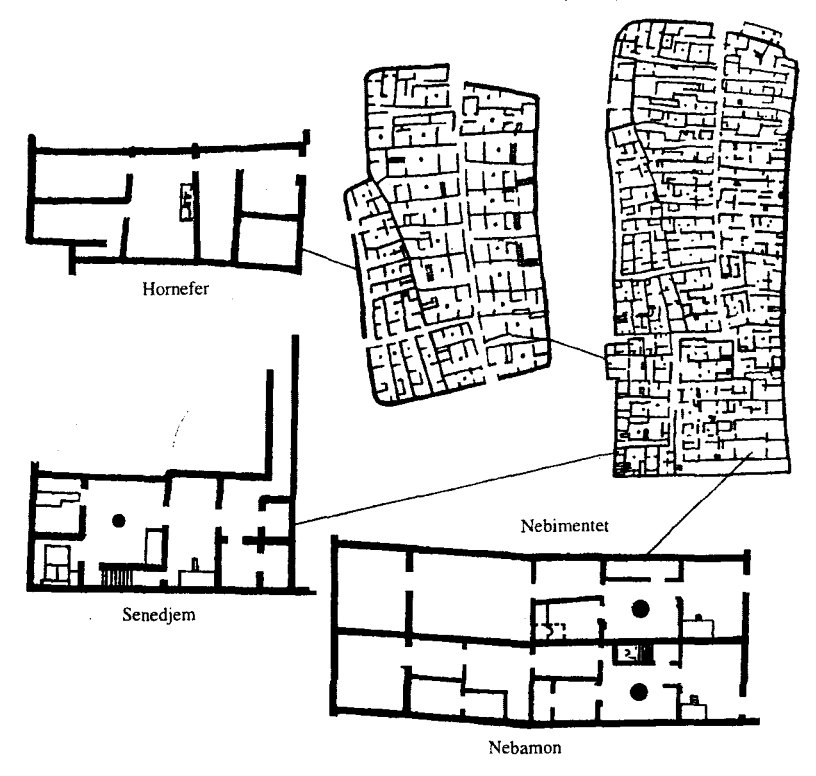


Fig. 138. Plano esquemático de la aldea y de algunas casas.

dian que las tumbas de los nobles. Al mismo tiempo, la densidad y continuidad de la comunidad, que se puede seguir a través de las tumbas familiares, permite apreciar mejor el tejido social.

La aldea de Deir el-Medineh es el mejor ejemplo conocido de urbanismo artificial en el Imperio Nuevo. Su extensión es pequeña, ya que el recinto mide 130 por 50 m. y alberga sesenta y seis casas, a las que hay que añadir otras cincuenta, construidas fuera del recinto. La comunidad está formada por obreros pagados para excavar, arreglar y decorar las tumbas reales. Esta actividad requiere un aislamiento indispensable, puesto que eran ellos quienes mejor informados estaban sobre la disposición y contenido de los hipogeos. De hecho, hay que destacar que ningún obrero de Deir el-Medineh haya estado implicado en los saqueos de la necrópolis que tuvieron lugar en época de Ramsés IX. No podemos decir lo mismo, desgraciadamente, para los que acontecieron en los últimos años de la comunidad... Los habitantes no tienen una condición servil, salvo los extranjeros reclutados para tareas específicas, pero su situación comporta, en la práctica, una espe-

cie de esclavitud. Por tanto, no se pueden deducir de esta aldea leyes de urbanismo aplicables al hábitat rural o urbano en general. Su disposición refleja una organización social muy particular, que es la de las expediciones que los reyes enviaban a las minas o a las canteras y que en sí misma, está tomada de la marina. Al igual que en un barco, la aldea está dividida en dos por un eje norte-sur que determina dos barrios, uno al este y otro al oeste (babor/estribor) albergando cada uno un equipo, «el equipo de la derecha» y «el equipo de la izquierda», que trabajan alternativamente. En cada extremo de la calle, una puerta vigilada se cierra por la noche. En el momento de la expansión de la aldea (tercera etapa) la puerta sur fue suprimida, y fue colocada una nueva al oeste, así como dos calles transversales para acceder al nuevo barrio.

Las casas eran semejantes a como debían de ser de modo general en todas partes. Se abrían hacia las callejuelas que probablemente estaban cubiertas para proteger del sol, al igual que sucede en la actualidad en las aldeas de los oasis del desierto de Libia. Los muros de las casas estaban pin-

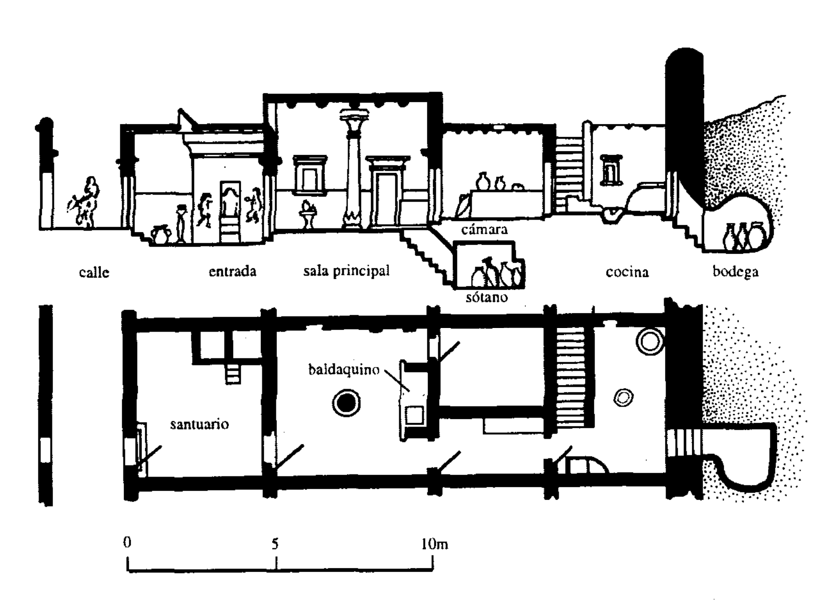


Fig. 139. Una casa típica.

tados de blanco y sobre las puertas, de color rojo, se indicaba el nombre de su ocupante. Están construídas sin cimientos, en piedra sin retocar hasta, aproximadamente, 1,50 m. del suelo y después continúan en ladrillo crudo. Las terrazas se contruyen en adobe sobre una armadura de madera. (fig. 139)

La casas no poseían ni patio ni jardín y los animales de tiro utilizados para las corveas y trabajos pequeños son estabulados en el exterior de la

aldea. Desde la calle se accede a una primera estancia en la que se halla un altar guardado en una especie de armario con baldaquino, cuyas paredes están decoradas con escenas de gineceo, representaciones del dios Bes, etc., separado del suelo por dos o tres escalones. Las mujeres rinden allí el culto doméstico a los lares y a los ancestros y la estancia está completamente repleta de todo tipo objetos relacionados con este culto: tablillas de ofrendas, lámparas, vasos, etc. Este es el lugar de acogida y de purificación familiar. Desde allí se pasa a la segunda habitación, que es la más grande y la mejor decorada. En su techo, más alto que en el resto de la casa, se abre una ventana dispuesta sobre un montante. El sostén lo proporciona una columna, a veces dos, en cuya base suele escribirse el nombre del propietario. El mueble principal es un diván que, al igual que sucede hoy, está destinado a la recepción de invitados. Una escalera conduce a un sótano utilizado para preservar los objetos preciosos de la familia. En la parte de atrás se encuentran las habitaciones destinadas a vivienda, lo que quiere decir que se mantiene la separación entre la zona de recibir y las estancias íntimas (equivalentes al harén que hemos visto en Amarna). Al fondo, una cocina da acceso a una bodega, que a veces reutiliza una antigua tumba, y a la terraza, lugar de reposo y tertulia durante el fresco del atardecer y de la noche y que sirve también, al igual que hoy en día, como trastero. La cocina posee lo necesario para cocer el pan y los alimentos: muelas, morteros, artesas, jarros de agua y hornos. Esta cubierta, en parte, de un tejadillo de ramas que la protege del sol.

En la aldea ha aparecido el material urbano habitual, como pequeños objetos cotidianos y cerámica, la mayoría usada y rota, que fueron desechados al abandonar los lugares de habitación y también material de construcción como, por ejemplo, los dinteles de madera. Lo más interesante ha sido, como es habitual, el hallazgo de las escombreras. Durante la campaña de 1934-1935 apareció un primer lote de óstraca, entre los escombros de las casas, pero el principal descubrimiento se produjo en el interior de un pozo que había sido excavado para buscar agua al norte del lugar, y que, posteriormente, en época tolemaica, fue rellenado en el transcurso de la limpieza de la zona del templo. Desde su hallazgo hasta 1948 aparecieron cinco mil óstraca y fragmentos de tiesto inscritos y decorados, cuya publicación, iniciada en 1934, aún no ha llegado a su fin. Su estudio, junto con el de unos doscientos papiros literarios y documentales que pueden relacionarse con Deir el-Medineh, nos da una idea bastante precisa de la vida intelectual de la comunidad y la manera en la que la cultura clásica se transmitía allí.

El abastecimiento de agua era uno de los grandes problemas de los artesanos. Era preciso ir a buscarla a los cigoñales del Ramesseum o de Medinet Habu lo que suponía un continuo ir y venir de caravanas de asnos que circulaban bajo el ojo atento de los vigilantes nubios encargados de vigilar la aldea. Desde ésta partía otra ruta que atravesaba la montaña en dirección al lugar donde trabajaban los obreros, es decir, el Valle de los Reyes. Durante el trayecto, una estación consistente en chozas de piedra y una capilla, ofrecía un breve reposo.

Los lugares de culto estaban agrupados al norte del lugar. Su estructura era la de pequeños oratorios provinciales con una sala cubierta o al aire libre que permitía reunirse a las cofradías. A lo largo de los muros laterales discurrían dos bancos. Su huella es aún hoy visible con los nombre de los titulares de los asientos que estaban allí construidos, cinco a la izquierda y siete a la derecha. El agua lustral se guardaba en ánforas y en los muros se colocaban estelas y exvotos. A continuación, un pronaos, separado de esta sala por pequeños muretes a ambos lados de la puerta, permitía a los espectadores seguir las ceremonias. Daba acceso a una naos, en forma de garita, que contenía la estatua divina. Una sacristía completaba el conjunto. Los mejores ejemplos se encuentran en el mismo templo y en las capillas edificadas al norte del recinto, entre las cuales, las mejor conservadas son las consagradas por Ramsés II a Amón y por Sethi I a Hathor, junto con la capilla en la que se adoraba a Amenofis I y a Ahmosis-Nefertari. De las estatuas de culto prácticamente no queda ni rastro, pero se ha conservado una, en piedra, hoy en el Museo de Turín, de Amenofis I y de Meretseger, la diosa serpiente local, así como una, en madera, de Ahmosis-Nefertari. Los obreros rendían también un culto, del que se ocupaban las cofradías por rotación, al Amón de Luxor y de Karnak, a Min, Ptah, Sobek, y Harmakhis de Armant, a la diosa hipopótamo Tueris, a Mut, Renenutet y a los reyes del Imperio Nuevo enterrados en el Valle de los Reyes. Es conveniente añadir, por mor de exhaustividad, el pequeño templo-espeo del «Ptah del Valle de las Reinas» y el de Meretseger que se halla en el camino del Valle de las Reinas, a unos cien metros de Deir el-Medineh.

El templo de Hathor es el más grande y el más venerado entre las capillas de las cofradías. En principio era un simple oratorio construido por Thutmosis I, y se mantuvo en esta situación hasta Amenofis III. Alrededor se fueron construyendo algunos santuarios más modestos. Sethi I le añade un santuario completo con atrio, escalera, enlosado, pilón, sala hipóstila y naos. Ramsés II levantará nuevas salas sobre las ruinas del templo de la dinastía XVIII. El templo se abandonará a finales de la dinastía XX. En época tolemaica, Tolomeo IV Filopator destruye el antiguo santuario de Ramsés II y lo reemplaza por una construcción en arenisca. Inicia, asimismo, su decoración, que será llevada a término por Tolomeo XII Auleta. El último que intervendrá allí será César, que hace construir el Iseo.

Al igual que la aldea, la necrópolis conoce dos etapas. En sus inicios, las tumbas son construidas sin una ordenación fija, pero a partir de la dinastía XIX se reparten sobre la colina noroeste formando barrios según afinidades y agrupaciones. Adoptan una forma arquitectónica compuesta, en la que se combinan la pirámide heliopolitana en superestructura, y el hipogeo libio importado por los trabajadores inmigrados. Experimentan tambien, como es natural, la influencia de los siringos del Valle de los Reyes. La presión demográfica hace que, muy pronto, los artesanos se vean en la necesidad de crear una cámara funeraria por familia. Las características de cada tumba varían según el rango social y la época, pero la estructura permanece constante y se compone de un patio, una capilla, un pozo y las cámaras sin dividir. La familia se agrupa en torno a un artesano importante, que puede ser, por ejem-

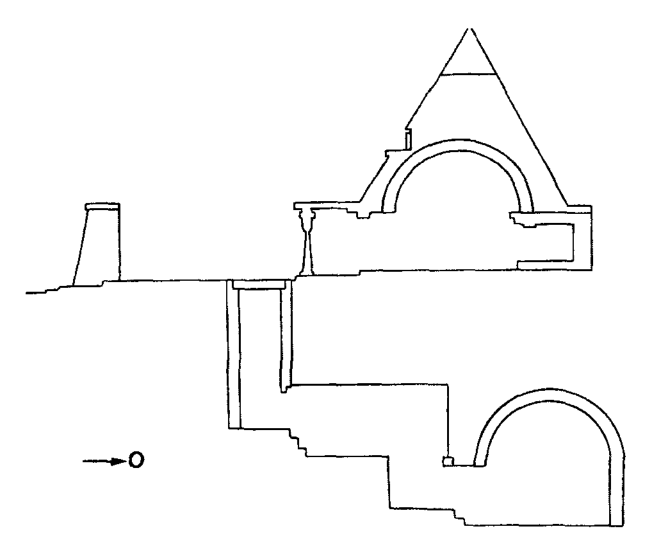


Fig. 140. Deir el-Medineh: sección de una tumba típica de la dinastía XIX.

plo, un jefe de equipo, y se intenta, en la medida de lo posible, orientar la tumba hacia el templo funerario del rey al que el jefe de la familia sirve.

En los primeros tiempos la tumba correspondía al denominado «tipo nubio», que consiste en una simple bóveda en ladrillo formada por aproximación de hiladas. Este procedimiento, el más antiguo conocido, no permite realizar una bóveda real sino que consiste en, partiendo de la parte superior de dos muros verticales y apoyándose sobre un tercero perpendicular a éstos, ir aproximando paulatinamente las hileras de ladrillos, que se mantienen en el sitio por su propio peso. Esta primera forma muy pronto fue completada con una superestructura en forma de pirámide, última etapa de un proceso de democratización que hizo descender hasta los particulares el símbolo real heliopolitano, nacido en el Imperio Antiguo. La pirámide, de modesto tamaño, se sitúa encima de la capilla o bien la incluye: en éste último caso, es hueca y está construida en ladrillo, pero cuando rebasa el saledizo de la fachada se recurre tanto al ladrillo como a la piedra y está rellena de cascotes. Orientada hacia el sol naciente, puede llegar a alcanzar de tres a ocho metros con una base de dos a cinco metros. El exterior va revocado y blanqueado y corona el conjunto un piramidión en piedra decorado con bajorelieves.

Se accede a la tumba por una escalera monumental provista de una guía central para hacer subir el sarcófago. La entrada se realiza por un pilón que da acceso a un patio rodeado de altos y blanqueados muros. Al fondo se encuentra la fachada de la capilla, precedida de un peristilo y dominada por la pirámide. Allí se celebraban las exequias y las fiestas de los muertos. En tales ocasiones, se disponían unos tenderetes, cubiertos con un toldo, un estanque y las instalaciones necesarias para la celebración de un banquete.

Se procedía a renovar los *ushebtis* o, más exactamente, dada la época, *shauabtis*, es decir las pequeñas figuritas que realizaban, en vez del muerto, los trabajos que él le debía a Osiris. Se presentaban ofrendas y se realizaban fumigaciones ante las estelas fijadas en los muros y bajo el saledizo que, al fondo del patio, protegía las grandes estelas y las estatuas del propietario. Detrás se hallaba la capilla, decorada con una galería de retratos y con escenas que representaban a la familia y a los parientes. Frente a la entrada, al fondo, hay una naos excavada en la montaña que contenía una estatua del difunto o de Hathor con forma de vaca, de Amenofis I o de otra divinidad tutelar.

El pozo se ubicaba en el patio o en la capilla. Descorriendo una losa, se descendía directamente hasta una puerta de madera que era sellada tras cada enterramiento. La cámara es una verdadera mansión subterránea que alberga corredores, escaleras y habitaciones. Las estancias son, generalmente, abovedadas, y están blanqueadas y decoradas. Un mobiliario ficticio se hacina allí, junto con los objetos que pertenecieron al muerto. Una cámara puede acoger varias decenas de sepulturas; la de Senedjem contenía, por ejemplo, veinte féretros.

La decoración de las cámaras es muy tradicional hasta la dinastía XIX. A partir de entonces, se vuelve más espiritual, por influencia de las tumbas reales, con una imaginería piadosa extraída del *Libro de los Muertos* y que se puede comparar perfectamente a los temas mitológicos que adornan los muros de las casas de la aldea. La técnica empleada es la de la pintura al temple sobre adobe o estuco. El adobe, una mezcla de arena y arcilla, a la que se le añade cal –lo que lo distingue de la *muna* tradicional– se aplica directamente, sobre el ladrillo crudo. Se realiza un primer dibujo en trazos rojos que se repasan en negro, tras haber sido corregidos en blanco, tal y como se puede ver a través del enlucido de ocre amarillo que se aplica a continuación. Las escenas se colorean después en colores planos, la carne de los hombres en ocre rojo, la de las mujeres en ocre amarillo, los paños en blanco con los bordes repasados en negro o rojo. El verde y el azul completan los detalles. Esta policromía sobre fondo amarillo es típica, sobre todo, de la dinastía XIX donde la encontramos en tumbas como la de Senedjem (TT 1) o Pashed (TT 3). Posteriormente, quizá a causa del empobrecimiento del lugar, se pasa a una decoración monocroma sobre fondo blanco, como la de Nebenmaat (TT 3) o Irynefer (TT 290). Las escenas, que reproducen viñetas del *Libro de los Muertos* rodeadas de textos, se disponen como en casetones o como sobre un papiro, siguiendo el orden de la procesión funeraria (TT 290). La cámara es así un desarrollo del sarcófago cuyo techo está decorado de motivos, por lo general, geométricos. Si bien las tumbas de la dinastía XVIII han desaparecido casi todas, las de la época ramésida están, por lo general, bien conservadas. Se pueden citar la de Senedjem (TT 1) que apareció intacta, la de Pashed (TT 3), quien fue «sevidor del Lugar de la Verdad», la del escultor Ipuy (TT 217), contemporáneo de Ramsés II, la de Amennakht (TT 218) y de su familia (TT 219-220), la de Anherkhau, jefe de los trabajadores con Ramsés III y IV, etc.

Esta pequeña comunidad reunía todos los tipos de oficios desde la construcción hasta las artes aplicadas. Han aparecido muy pocas joyas en las tumbas puesto que la materia prima sobrepasaba las posibilidades financieras de los artesanos. Para resarcirse de esta carencia, utilizan con mucha frecuencia el esmalte y las pastas de vidrio. La cerámica es tan abundante que nos suministra todo un repertorio completo de los temas egipcios y también un buen número de piezas realizadas con técnicas importadas o con temas mediterráneos. Hay que añadir al conjunto los pequeños objetos, figurillas diversas, piezas de ebanistería, de espartería, etc., elementos todos ellos que nos permiten ilustrar el modo de vida de una comunidad que congregaba a 1.200 habitantes según el censo que fue realizado en la dinastía XX. Están representadas allí todas las etnias: Nubia, Siria, Libia..., aunque, evidentemente, los egipcios son mayoritarios. La comunidad, continuamente vigilada por las fuerzas del orden, estaba bajo la autoridad inmediata del visir de Tebas-oeste. Los dos equipos que la componían comprendían, en las mejores épocas, sesenta hombres, y cada uno estaba dirigido por un arquitecto o un maestro de obras. En cada equipo había uno o varios escribas, dibujantes, pintores, grabadores, escultores, estucadores, yeseros, albañiles, canteros, mineros y obreros ayudados de aprendices diversos. Un escriba real servía de intermediario con la administración y anotaba en un *Diario* los trabajos realizados, los materiales empleados, los salarios cotidianos, las ausencias y todas las incidencias que pudiesen acontecer. Preside el tribunal particular de los talleres, asistido por once miembros del equipo. El trabajo se organiza por períodos de diez días, en el curso de los cuales los obreros permanecen en el lugar de trabajo utilizando el refugio temporal de la pista que conduce al Valle de los Reyes. Al final de su trabajo gozan de un día de asueto que dedican a arreglar sus cuestiones personales.

Del aprovisionamiento de la aldea se encarga la administración empleando para ello los almacenes de los templos vecinos, aunque ya vimos que no siempre con la regularidad deseada. Las familias viven replegadas sobre sí mismas y la poligamia, unida a la consanguinidad de las uniones, crea a lo largo de las generaciones, verdaderas dinastías en el seno de cada profesión u oficio, que son el fundamento de una jerarquía social. La vida de la comunidad no es demasiado tranquila: robos, adulterios, venganzas, crímenes, pillajes, etc. se suceden en un pequeño mundo en donde el ambiente está a veces demasiado cargado. En la época de Ramsés II, por ejemplo, un sujeto de mala reputación, llamado Paneb, había encontrado una distracción bastante desagradable dedicándose a lapidar a los transeuntes. No contento con ello, robó las piedras esculpidas en el templo de Sethi I para decorar su tumba, y aún más grave, un día asesinó a su jefe de equipo, Neferhotep (TT 216), en el trascurso de un altercado por ocupar su lugar. Las autoridades lo arrestaron, pero obtuvo su libertad por tráfico de influencias... y también el puesto de su jefe, puesto que se construyó una hermosa tumba (TT 211). El crimen resultaba rentable en Deir el-Medineh, tal y como lo demuestra también este otro ejemplo. Un tal Amenuah había sido acusado de pillaje en la tumba de Ramsés III pero, por falta de pruebas, el caso fue sobreseído. Sin embargo, sabemos que sí la había saqueado pues-

to que cuando fue excavada su tumba, los arqueólogos hallaron el objeto del robo disimulado en la cámara funeraria...

Había otras distracciones, más edificantes, en la aldea, tales como fiestas religiosas, entre las que la Fiesta del Valle ocupaba el primer lugar, vacaciones con motivo del entierro de los reyes y reuniones de cofradías. Los obreros ejercían por turno la función de sacerdote-*uab*, es decir, de sacerdote purificado para las procesiones. Cuando les tocaba el turno, se preparaban retirándose al desierto, asistidos por un joven purificador. Las mujeres participaban también en las procesiones. Y además, estaban también, naturalmente, los entierros de los habitantes de la aldea, que eran conducidos hasta su última morada, construida poco a poco, año tras año.

Paradójicamente, la imagen que se desprende de esta pequeña sociedad, totalmente volcada hacia la muerte por su mismo origen, ofrece una impresión de vida intensa, hecha de las penas y alegrías eternas de todo pueblo.

Reyes y sacerdotes

Ramsés V Amonherkhepeshef sucedió a su padre en 1148 y murió al cabo de cuatro años, probablemente de viruela, sin haber tenido tiempo de desarrollar el programa ambicioso que le había llevado a reabrir las canteras de Gebel el-Silsile y las minas del Sinaí. Además de construirse su tumba en el Valle de los Reyes (VdR 9) y un templo funerario según el modelo del de Ramsés IV, también intervino en Heliópolis y en Buhen. De su reinado datan un gran texto fiscal, el Papiro Wilbour, hoy en el Museo de Brooklyn, y el inicio de una serie de himnos reales cuyas versiones más recientes se documentan en época de Ramsés VII (Condon: 1978). Otro documento, de un género diferente, procede también de esta época: el Papiro 1887 de Turin que relata un escándalo financiero en el que estaban implicados algunos sacerdotes de Elefantina (Sauneron: 1962, 13 sg.) y que resulta un elocuente testimonio sobre la corrupción que reinaba en la administración.

Los problemas no se solucionan bajo el reinado de Ramsés VI Amonherkhepeshef, que es, contrariamente a su predecesor, hijo de Ramsés III. Debemos puntualizar que las dos líneas sucesorias, la derivada de los descendientes directos y la de los hermanos y sobrinos de Ramsés III, se disputaron el trono hasta el final de la dinastía. Durante el reinado de Ramsés VI, será el momento en que los equipos de Deir el-Medineh se reduzcan a 60 hombres y si el país no se encuentra realmente en estado de guerra civil, la debilidad del gobierno es tal que en el territorio son frecuentes los actos de bandolerismo.

Ramsés VI inscribe su cartucho en Karnak así como en otros lugares, pero hay un sitio en el se ocupó particularmente de añadirlo: en la lista de los hijos de Ramsés III, en Medinet Habu, donde originariamente sólo figuraba el de su padre. Este dato podría interpretarse como un signo de la guerra de sucesión que hacía mella en el seno de la familia real. Ramsés VI amplió la tumba comenzada por Ramsés V en el Valle de los Reyes (VdR 9) para su

uso personal, lo que le supuso a su predecesor ser enterrado dos años después de haber fallecido.

Los signos de decadencia y debilidad se manifiestan por doquier. Fuera del Valle, la autoridad egipcia se limita cada vez más y Ramsés VI será el último rey egipcio cuyo nombre aparece en el Sinaí. El poderío de los grandes sacerdotes de Amón crece en Tebas, al igual que en casi todo el reino, incluso a pesar de que la hija de Ramsés VI, Isis, mantiene los vínculos con el clero en tanto que Esposa Divina de Amón.

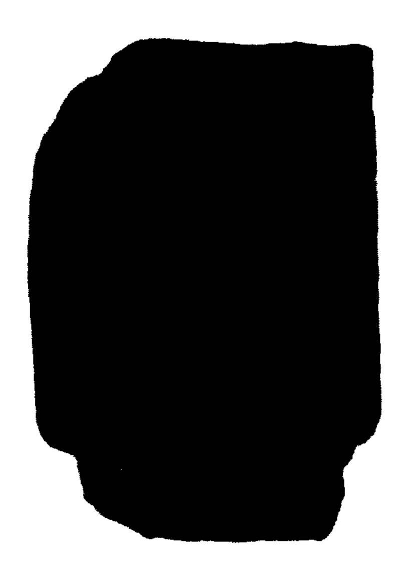


Fig. 141. Ramsés IX consagrando unos prisioneros para Amón. Boceto sobre caliza procedente del Valle de los Reyes (VdR 6). Alt.=0,295 m. *CGC* 25121.

Durante el reinado de su hijo, Ramsés VII, que le sucede en 1136, la miseria aumenta en el país. A través de las fuentes de Deir el-Medineh podemos seguir el alza de los precios; por su parte, el rey, después de siete años de reinado, no deja su nombre más que en lugares muy contados: Tell el-Yahudiyeh, Menfis, Karnak, Elkab. *Ramsés VIII Sutekhherkhepeshef*, uno de los hijos supervivientes de Ramsés III, le sucede en 1128, y no reinará más que un año.

Ramsés IX reina durante dieciocho años y desplegará una actividad mayor que la de sus sucesores. Encontramos su titulatura en Amara-Oeste en el año 6 y su nombre en Gezer, en Palestina, en el oasis de Dakhla y en Antinoe. Erige diversas construcciones en Heliópolis, en donde se encuentra la parte esencial de los trabajos que emprende, confirmando la orientación cada vez mayor de la familia real hacia el Norte. Sin embargo, esto no le impide decorar el muro norte del séptimo pilón del templo de Amón-Re

en Karnak. Aquí, en Karnak, asistimos a la sucesión, en el cargo de Gran Sacerdote, de Ramsesnakht, seguido de su hijo Nesamon y de Amenhotep en el año 10. Ramsesnakht había tejido, mediante una serie de alianzas y de pactos matrimoniales, una verdadera red en la que estaban incluidos el Segundo, Tercero y Cuarto Profetas de Amon, el alcalde de la ciudad de Tebas y diversos notables. Este control sobre los principales beneficios eclesiásticos le permitió asegurar definitivamente el poder de los Grandes Sacerdotes de Amón.

El final del reinado de Ramsés IX se vio enturbiado por un escándalo que se repetirá bajo Ramsés XI y Herihor: el saqueo de la necrópolis real, donde él mismo se hará enterrar (VdR 6), al igual que su hijo Montuherkhepeshef (VdR 19), y de ciertas necrópolis civiles. El saqueo tuvo lugar en el año 16: quedó constancia de él en el *Diario* de Deir el-Medineh (Valbelle:1985, 42) y en otras catorce fuentes, todas en papiro (Peet:1930), que nos permiten reconstruir los hechos casi con todo detalle.

Las autoridades están representadas por el visir Khamuast, gobernador de Tebas y por tanto el más alto funcionario civil, junto con Paser III, alcalde de la ciudad de Tebas-este, bajo cuyas órdenes se hallaba Pauraa, alcalde de Tebas-oeste y responsable directo de la necrópolis.

Un grupo de ladrones había entrado, en el año 9, en la tumba de Ramsés VI (¡que hacía sólo quince años que había sido enterrado!) y también en otra más. Discutieron sobre el reparto del botín y uno de ellos amenazó con revelarlo todo, pero finalmente, excavaron en grupos de cinco durante cuatro dias en la tumba y se apoderaron de objetos preciosos. Las fuentes no aclaran cuál fue su suerte, pero es de suponer que fueron castigados ya que una comisión se ocupó de inspeccionar la tumba y sellarla de nuevo.

A continuación, una banda bien organizada asalta las tumbas de los reyes de la dinastía XVII, para entonces más alejadas del tráfico cotidiano y lo suficientemente olvidadas como para haberse reducido su vigilancia, pero también opera en el Valle de las Reinas. Sin duda, estos ladrones son, al menos en parte, los mismos bandidos nubios que infestan la región. Su actuación se beneficia, en todo caso de complicidades internas, posiblemente la del propio alcalde de Tebas-oeste, quien «deja hacer», según comentan los artesanos de Deir el-Medineh. Paser, al enterarse de los saqueos así como de las sospechas que pesan sobre Pauraa, envía un informe a Khamuast, quien convoca una comisión de investigación en el año 16. Diez tumbas fueron examinadas y halladas intactas, como la de Amenofis I o víctimas únicamente de intentos de saqueo, como las de Antef V y VI, pero la de Sobekemsaf II había sido saqueada a partir de una de las distintas tumbas civiles vecinas que habían sido asaltadas. Rápidamente se realizaron arrestos. Un sospechoso confiesa haber asaltado el hipogeo de la reina Isis, esposa de Ramsés III. Los jueces se trasladan al lugar, pero el sospechoso no reconoce los lugares, se confunde... La causa se cierra ante el gran escándalo de la población de Deir el-Medineh que vociferan contra la corrupción. El visir toma cartas en el asunto y se inicia un proceso en toda regla. Los acusados comparecen ante un tribunal que celebra la

vista en la orilla oriental, en Karnak, en el templo de Maat, situado en el recinto de Montu. El cantero Amenpanefer, sospechoso de haber participado en el pillaje de la tumba de Saobekemsaf II, lo confiesa todo. Relata cómo se introdujeron en grupos de siete, tras haber practicado un túnel, cómo violaron el sarcófago y robaron las joyas incendiando la momia para ganar tiempo, y que el mismo tratamiento le aplicaron a la tumba de la reina Nubkhas... El escándalo fue aún más grande de lo habitual ya que todos los ladrones pertenecían al personal de los templos vecinos. Los artesanos de Deir el-Bahari respiraron tranquilos, no había ninguna manzana emponzoñada entre ellos. La mayoría de los diecisiete culpables fueron empalados.

Estos saqueos proseguirán posteriormente en el Valle de las Reinas y en el de los Reyes, con cómplices esta vez en Deir el-Medineh. En la época de Ramsés XI, le tocará el turno al hipogeo de Ramsés VI. Las autoridades intentaban, al menos, salvar el cuerpo procediendo a sucesivos traslados cuando era necesario. La momia de Ramsés II es un buen ejemplo, que conocemos gracias al proceso verbal transcrito en la tapa del último sarcófago que la acogió. El Gran Sacerdote Herihor la instala, en el año 6 del Renacimiento (el año 25 de Ramsés XI), en la tumba de Sethi I. Más tarde, en la dinastía XXI, bajo Siamón, el Gran Sacerdote Pinedjem la hace transportar al Escondrijo de Deir el-Bahari junto con la de Sethi I.

Este escondrijo lo preparó Pinedjem II en la tumba de la esposa de Ahmosis, Inhapy, agrandándola para tal efecto. Ordenó depositar allí alrededor de cuarenta sarcófagos de reyes y sumos sacerdotes desde la dinastía XVII a la XXI: Taa II, Amenofis I, Ahmosis, Thutmosis I, II y III, Sethi I, Ramsés I, II y IX, la madre de Pinedjem I, la hija del Sumo Sacerdote Menkheperre, etc. El propio Pinedjem II y su esposa fueron enterrados allí. G. Maspero descubrirá el escondrijo en 1881; otro similar, encontrado por V. Loret en 1898, es consecuencia del saqueo de la necrópolis tebana, ocurrido poco antes, bajo el gobierno de Pinedjem I, quien había almacenado en la cámara de Amenofis II, los cuerpos de Thutmosis IV, Amenofis III, Mineptah, Siptah, Sethi II, y los de Ramsés IV, V y VI. Otro escondrijo con 60 momias fue hallado por M. Maumier, en 1850, en el Assasif, mientras que se conocen otros dos en Deir el-Bahari: uno fue descubierto por A. Mariette en 1858, al excavar el templo, y contenía 71 sarcófagos de sacerdotes de Montu; el otro, descubierto por G. Daressy en 1891 a la entrada de Bab el-Gasus, ocultaba 153 sarcófagos y 200 estatuas de Sumos Sacerdotes de Amón posteriores al fin de la dinastía XXI.

Estos saqueos aportan un testimonio de la inseguridad que reina en el Alto Egipto desde Ramsés IX y que va en aumento con los dos últimos faraones de la dinastía. Ni siquiera estamos seguros de la duración del reinado de Ramsés X Amonherkhepeshef III, al que se le atribuyen tres o nueve años. Este rey es el último del que tenemos confirmada la soberanía egipcia sobre Nubia, al menos en Aniba. Nubia era entonces el único territorio exterior a Egipto que todavía permanecía sometido, puesto que ya hacía tiempo que la influencia egipcia en Siria-Palestina era mínima.

Después de su entierro en el Valle de los Reyes (VdR 18), Ramsés XI le sucederá con un reinado de veintisiete años de los cuales tan solo los diecinueve primeros serán más o menos efectivos. Los problemas se van acrecentando en la Tebaida, los saqueos y el clima de inseguridad que acabamos de evocar parece que hubiesen atraído al hambre que se instala en el Alto Egipto. Como contrapunto, los sacerdotes provocan enfrentamientos internos invistiéndose de prerrogativas de tal calibre que hacen de ellos personajes casi parejos al rey. El Sumo Sacerdote Amenhotep se hace representar en Karnak con una altura casi igual a la del rey demostrando, de forma palpable, el poco respeto que le merece su poder. Parece, sin embargo, que fue demasiado lejos ya que fue expulsado durante los primeros años de Ramsés XI, lo que dió lugar a una especie de guerra civil que obligará al virrey de Kush, Panehesy a intervenir en la misma Tebas y en el norte, hasta Hardai. Un segundo Ramsesnakht le sucederá, al parecer.

Un poco antes del año 19, vemos entrar en escena a otro Sumo Sacerdote de gran personalidad, Herihor, cuyo origen no se conoce con certeza aunque se supone descendía de una familia libia. El acrecentamiento progresivo de sus poderes se puede seguir a través de la decoración del templo de Khonsu, que él termina en Karnak, llegando a adoptar casi una titulatura imperial, lo que no hace de él un faraón, pero consagra su total poderío sobre el Alto Egipto. Comienza la «era del Renacimiento» que retoma el término que hemos visto empleado ya por los fundadores de nuevas dinastías, *uhem-mesut*.

El sistema establece una especie de equilibrio entre tres hombres. El primero es el rey, que permanece, en principio, como el dueño de la situación, pero que, de hecho, no tiene ya ningún poder. Un dato a tener en cuenta es que cuando Ramsés XI muere en 1069, la tumba que se le preparó en el Valle de los Reyes (VdR 4) no llega a ser terminada. El segundo personaje es un administrador llamado Smendes que, situado en principio bajo las órdenes del clero de Amón, administra el norte del reino desde la residencia real de Pi-Ramsés, residencia que conoce ahora sus últimos años antes de ser desmantelada para construir Tanis. El tercer miembro de este triunvirato tan desigual es Herihor que acumula cargos espirituales y temporales. Dirige los ejércitos del Alto Egipto y de Nubia, lo que provoca la secesión de Nehesy. A partir de entonces Egipto se reduce al valle del Nilo entre Assuán y el Mediterráneo.

Esta asociación no sobrevivirá a Ramsés XI y el poder se va a encontrar, de nuevo, dividido entre los reinos del Alto y del Bajo Egipto, que retornan siempre a sus fronteras naturales en cada crísis. En el Norte, Smendes funda una nueva dinastía que se instalará, a su vez, en una nueva capital, Tanis, y que invoca su parentesco con la familia real. En el sur, los Sumos Sacerdotes de Amón vuelven a las raíces de la teocracia haciendo coincidir, aún más que en las primeras épocas, el Mito y la Historia, a partir de los dominios de su dios, que va a ser el único beneficiario del inmenso imperio creado por los Ramsés, con más riqueza y poder que el propio faraón.

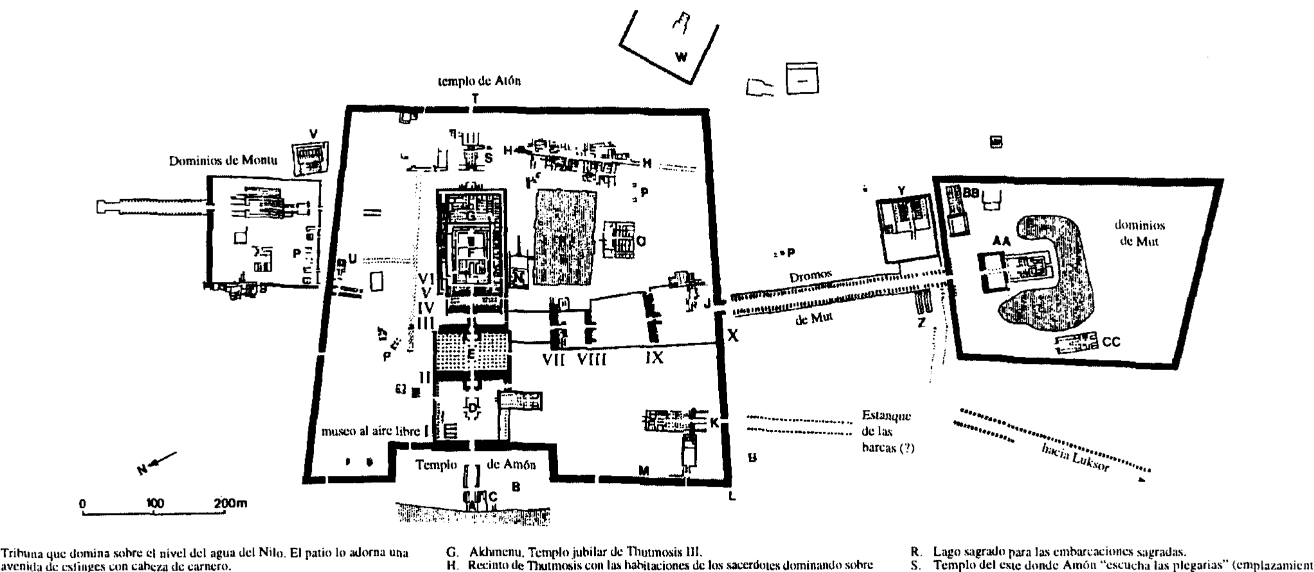
CAPÍTULO XII

LOS DOMINIOS DE AMÓN

EL TEMPLO DE KARNAK

Todos los faraones del Imperio Nuevo, sin excepción, dejaron su nombre, al menos, en el templo de Amón-Re de Karnak. El visitante moderno no resulta decepcionado por la complejidad y riqueza de este lugar que durante casi tres mil años no ha dejado de ser una gigantesca cantera.

El lugar lo redescubrieron, a principios del siglo XVIII, el capitan Norden, que realizó los primeros dibujos, y el reverendo Pococke, quien levantó un plano del sitio, pero será la expedición de Bonaparte la que puede considerarse la primera etapa de su exploración propiamente dicha con la *Descripción de Egipto*. Posteriormente la visita de J.-F.Champollion en 1828, y los hallazgos de B. Cronstrand, D. Roberts, N. L'Hôte y H. Horeau lo darán a conocer. Desgraciadamente, la apertura del Egipto de Mehemet Alí hacia Europa no atrae sólo a arqueólogos hacia el país. La modernización de la economía y concretamente, la construcción de plantas azucareras, reabren esas canteras de piedras para la construcción tan cómodas que, desde época romana, son los templos y que ya había dado lugar a la desaparición del templo de Amón del Imperio Medio. Los campesinos, por su parte, cogen el *sebakh* para abonar sus tierras, acabando, con ello de destruir monumentos y testimonios arqueológicos. Ante este saqueo, del que participan numerosos «arqueólogos» improvisados, Champollion, Rifaud y después N. L'Hôte lanzan voces de alarma. Sin embargo, la dimensión de los intereses económicos en juego torna vanos sus esfuerzos. Mehemet Alí promulga en 1835 un decreto protegiendo los monumentos antiguos, pero cinco años más tarde los pilones de la vía procesional sirven todavía de cantera... Después del obelisco de Luxor, le toca el turno a la Cámara de los Antepasados, que también viaja a Paris, transportada al Louvre en 1843 por Prisse d'Avennes. Hubo que esperar a 1858 y a la creación del Service des Antiquités para que A. Mariette comenzase las excavaciones de los templos.



A. Tribuna que domina sobre el nivel del agua del Nilo. El patio lo adorna una avenida de esfinges con cabeza de carnero.
B. Capilla para barcas de Akhoris. La barca procesional del dios se depositaba allí hasta ser trasladada a un navío más grande.
C. Rampa de acceso al nivel de las aguas.
D. Gran patio. En el centro, el kiosko de Taharka. A la izquierda, el triple santuario para barcas de Sethi II. A la derecha se inserta el templo para barcas de Ramsés III.
E. Gran sala hipóstila. En el patio entre el segundo y el tercer pilón se levantan dos pares de obeliscos, uno de los cuales aún permanece en pie (Thutmosis I).
F. Parte central del templo de Amón. La zona vacía corresponde al emplazamiento del templo del Imperio Medio destruido por los caleros. A la derecha se encuentra el santuario de granito de Filipo Arrideo que albergaba la barca procesional del dios.
G. Akhmenu. Templo jubilar de Thutmosis III.
H. Recinto de Thutmosis con las habitaciones de los sacerdotes dominando sobre el lago sagrado.
I. Amdamios romanos que sirvieron para abatir el obelisco que actualmente se halla en Estambul.
J. Patio del décimo pilón con el edificio de Amenofis II semejante a una capilla para barcas.
K. Puerta de Evergetes.
L. *Capilla de Nectanebo.*
M. Sector del templo de Khonsu, dios lunar hijo de Amón, y del templo de Oper, lugar de nacimiento mitológico de Osiris.
N. Edificios de Taharka, templo de regeneración divina.
O. Almacenes.
P. Capillas de Osiris de época tardía.
Q. Templo de Osiris.
R. Lago sagrado para las embarcaciones sagradas.
S. Templo del este donde Amón "escucha las plegarias" (emplazamiento del obelisco del Laterano).
T. Gran puerta del este.
U. Templo de Ptah, el gran dios de Menfis.
V. Tesoro de Thutmosis I.
W. Templo de Khonsu, quien cumplió sus designios en Tebas.
Y. Templo de Amón-Kamutef, forma del Amón procreador.
Z. Santuario para la barca de Amón construido por la reina Hatshepsut.
AA. Templo de Mut, esposa de Amón señora de las calamidades.
BB. Templo de Khonsu niño.
CC. Templo-santuario para barcas de Ramsés III.

I-X Pilonos.

Fig. 142. Plano general de los templos de Karnak (según Trauneker y Golvin: 1984, 20-21)

Tras una primera limpieza, realizada entre 1858 y 1860, publica en 1875 dos volúmenes, con el título de *Karnak, étude topographique et archéologique*, que ofrecen el primer bosquejo histórico de la evolución del templo. G. Legrain dirige después los trabajos desde 1895 hasta 1917, llevando a término la restauración y la anastilosis de la sala hipóstila, despeja el patio del primer pilón y los templos-embarcadero de Ramsés III y Sethi II. Descubre el escondrijo del patio del séptimo pilón y publica el informe de sus excavaciones en el órgano del Service, los *Annales du Service des Antiquités de l'Egipte,* y en una de las dos grandes revistas francesas de egiptología de la época, los *Recueils de Travaux*. En 1929 aparece el *Karnak* de Capart, en el que había trabajado hasta su muerte en 1917. M. Pillet le sucederá de 1921 a 1926; se encargará de vaciar el tercer pilón de Amenofis descubriendo los restos de dieciséis monumentos anteriores reutilizados en su relleno. Limpia la avenida procesional del sur, las capillas de Karnak-norte y el templo de Mut; asimismo, consolida el décimo pilón y descubre los primeros colosos osiríacos de Akhenatón, al este del recinto de Amón-Re. Publica el resultado de sus trabajos en un *Thébes* que aparece en 1928. El tercer arquitecto que recibe el encargo de Karnak fue H. Chevrier, quien dirigió las excavaciones desde 1926 a 1954, con una interrupción durante la Segunda Guerra Mundial. Acaba de vaciar el tercer pilón, excava y comienza a recolocar de nuevo en su sitio el segundo, explora el patio del Imperio Medio y se encarga de recolocar los monumentos reutilizados en el Imperio Nuevo, que luego publicará, es decir, la capilla-embarcadero en alabastro de Amenofis I, la «capilla blanca», y la capilla de Hatshepsut. A partir de 1931, el Institut Français d'Archéologie Orientale se instala en Karnak-norte, en el templo de Montu excavado por C. Robinson y A. Varille, y tras ellos por los arqueólogos del Institut hasta hoy. En 1936 salen a la luz el templo de Amón-Re Kamutef y la entrada del de Mut. En 1950, A. Varille limpia y publica el santuario oriental de Thutmosis III, P. Barguet dirige las operaciones para despejar el obelisco único de Thutmosis III... Tres años más tarde publica un estudio titulado *Le temple d'Amon-Rê à Karnak* que sigue siendo la obra de referencia. Finalmente, en 1967, Egipto y Francia se asocian para asegurar la preservación y exploración científica de los templos de Karnak, en un Centro franco-egipcio que, en veinte años, ha vaciado, desmontado y, en parte, reconstruido el noveno pilón, ha realizado estudios detallados sobre la degradacion de los monumentos, descubierto las casas de los sacerdotes en las riberas del lago sagrado, reconstruido la Cámara de los Antepasados y también la capilla de Akhoris delante del primer pilón, ha continuado el estudio de los bloques reutilizados de Akhenatón, etc. pero que también ha sabido conservar y proteger el lugar más visitado de Egipto. Entre tanto, una misión canadiense inició el estudio de las construcciones amarnienses al este del templo y una misión americana, la exploración del templo de Mut.

Según la lista de la Cámara de los Antepasados, el templo se remonta a la dinastía III, pero hay pocas probabilidades de que podamos comprobar este dato debido al grado de destrucción de la parte más antigua. Aco-

gía un culto a Montu, el dios local, posiblemente desde el Imperio Antiguo, y su existencia está atestiguada en época de Antef II, cuando se le denomina «la morada de Amón». Su nombre clásico, *Ipet-sut* «el que dispone los lugares», que designa en origen la parte del templo comprendida entre el cuarto pilón y la sala de fiestas de Thutmosis III, aparece ya atestiguado en la «capilla blanca» de Sesostris I.

El periodo cronológico cubierto por el conjunto de los templos de Karnak abarca por tanto desde la dinastía XI hasta la época romana y podría escribirse la historia del país a partir de la suya. En el yacimiento se distinguen tres conjuntos: el templo de Amón-Re Montu (Karnak norte), el de Amón-Re, y el de Mut (Karnak-sur). A estos tres hay que añadir también Luxor, que es su «harén meridional».

El recinto de Montu, realizado en ladrillos en la dinastía XXX, al igual que el del templo de Amón-Re, comprende, primero, un santuario consagrado a Montu-Re, con un desembarcadero propio al norte, al que se accede por una dromos, y un lago sagrado. Es obra de Amenofis III quien utilizó una construcción anterior de Amenofis II y que, como la mayoría de los monumentos de Karnak, fue modificado y ampliado en la época ramésida. Posteriormente, Taharka le añade unos propíleos, cuya columnata fue rehecha en época tolemaica. Frente a él se hallan, al sur, un templo consagrado a Maat que se remonta, al menos, a la dinastía XVIII y, al este, un templo de Harpre de época etíope. En las proximidades del recinto sur se encuentran seis capillas osiríacas levantadas por las Adoratrices Divinas (P).

Si continuamos recorriendo el recinto de Amón-Re encontramos, hacia el este, en la prolongación del eje principal, el emplazamiento del *Gempaaton* de Akhenatón, totalmente destruido, y cuyo «templo del *benben* en el *Gempaaton*» conserva todavía huellas de cremación y, un poco más al sur, el templo de Khonsu, «quien gobierna en Tebas», cuya fecha de fundación no ha sido posible determinarla con certeza. El Museo de Berlín tiene unos bloques de Thutmosis III procedentes de allí, aunque hay que tener en cuenta que el monumento fue restaurado en época tolemaica. Champollion encontró allí la *Estela de Bakhtan* (Louvre C 284), a la que hemos aludido anteriormente. Este hallazgo podría confirmar la atribución del templo a Thutmosis III, en la medida en que este rey es, al menos tanto como Ramsés II que aparece como el héroe de la estela, el prototipo de las relaciones que unían a Egipto con los soberanos de Asia Menor.

Al sur, unido al de Amón-Re por una dromos que desemboca en el décimo pilón, se ubica el recinto de Mut, reconstruido en época de Tiberio, con una extensión de 10 hectáreas. El edificio principal es el templo consagrado a Mut, el segundo elemento de la tríada tebana. El lago de Akheru lo rodea por tres lados dándole una forma un tanto peculiar. De su antepatio proceden las estatuas dedicadas a Sekhmet por Amenofis III quien, sin duda, levantó el templo sobre una construcción anterior de Hatshepsut, de la que se conserva una capilla de Amón-Re Kamutef, «Amón-Re toro de su madre» y un santuario para las barcas sagradas. Este templo fue ampliado y decorado por Sethi II, por Taharka, que fue uno de los grandes (re)constructores de Karnak, y

luego en época tolemaica. Mut recibía allí un culto propio, en tanto que madre de Khonsu, que poseía también un templo en el recinto de Amón-Re. En el recinto de Mut, Thutmosis IV funda otro templo que sirve de contrapunto a éste último y que no fue acabado hasta la época etíope: el santuario de Khonsu Niño, cuya función es muy semejante a la de un *mammisi*, tal y como lo muestran las escenas de nacimiento real representadas en su patio.

Finalmente, al oeste, únicamente se encuentran los santuarios para las barcas sagradas: uno es de época grecorromana y otro, comenzado por Neferites I, lo terminó Akhoris.

Esta rápido vistazo a los distintos recintos nos ofrece una idea de la forma en la que el templo se fue desarrollando a lo largo de los siglos. Todos o casi todos los reyes aportaron una modificación o algún añadido a las construcciones de su predecesores, hasta el punto de provocar la apariencia de un hacinamiento anárquico. El visitante moderno que entra por el desembarcadero y el primer pilón, va, de hecho, viajando hacia atrás en el tiempo, pues parte de las construcciones más tardías para ir accediendo a las más antiguas, siguiendo en su trayectoria la designación tradicional de los monumentos, del primer pilón al sexto en sentido oeste-este, del séptimo al décimo en sentido norte-sur. El templo fue ampliado partiendo del santuario, situado al nivel del «patio del Imperio Medio» (fig. 142:F), hacia el oeste, es decir, hacia la salida y también hacia el este, por la fundación y desarrollo de un «contra-templo» solar, orientado hacia el sol naciente. Al mismo tiempo, el pasillo procesional norte-sur, que unía los recintos de Montu, Amón-Re y Mut se extiende llegando a separar, a partir de Amenofis III, el santuario propiamente dicho, al que este pasillo limitaba por el oeste, de las nuevas construcciones que no son más que extensiones de la vía de acceso de la barca sagrada.

En sus orígenes el templo estaba comprendido en un espacio situado entre la futura sala de las fiestas de Thutmosis III y el santuario de la barca sagrada. Debía incluir el santuario propiamente dicho así como dos salas contiguas, lo que constituía los elementos mínimos del templo. Esta disposición no parece haber evolucionado prácticamente hasta el reinado de Thutmosis I, quien comenzó a transformarla con la ayuda de su arquitecto, Ineni. No podemos, sin embargo, estar seguros del aspecto que tenía lo construido hasta ese momento. Las capillas para las barcas sagradas que reutilizaron sus sucesores hacen suponer una larga vía de acceso hasta un desembarcadero, con una serie de paradas para la barca sagrada.

El arquitecto Ineni hizo representar en su tumba de Sheikh Abd el-Gurna, (TT 81) las construcciones que había realizado para su rey. Rodeó el santuario de un recinto cerrado por un pilón (el V). El patio así delimitado lo bordeaba un peristilo en donde quizá había colosos osiríacos. El pilón, en arenisca adornada de piedra caliza, daba acceso, por una puerta flanqueada por dos mástiles con oriflamas, a una «magnífica sala hipóstila con columnas papiriformes» (pues éste era su nombre), con techo de madera y a lo

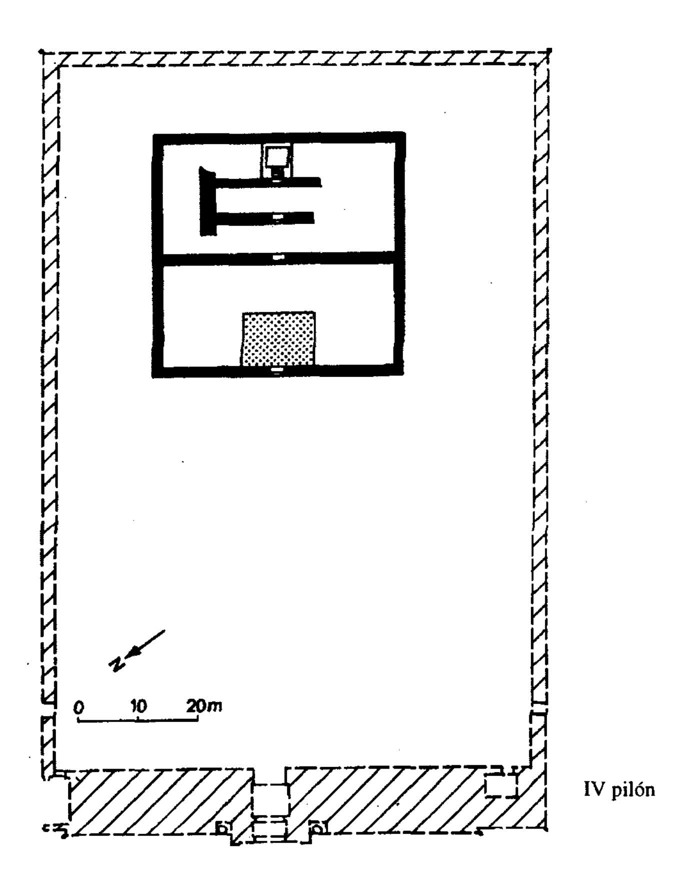


Fig. 143. El santuario primitivo.

largo de cuyos muros los colosos reales portaban alternativamente la corona del Alto y del Bajo Egipto. El conjunto estaba encerrado en un segundo recinto en el que se abría un segundo pilón (el IV), del que, al menos el basamento, era en arenisca. Delante de la fachada occidental, que entonces constituía la entrada del templo y estaba adornada con cuatro mástiles, Thutmosis I dispuso dos obeliscos de los que hoy sólo permanece uno, el meridional. El conjunto constituye «*Ipet-sut*» propiamente dicho y se puede considerar como el prototipo en el que se inspirará Amenofis IV para el templo de Atón en Amarna.

La siguiente etapa importante corresponde al reinado de Hatshepsut y de Thutmosis III, deshaciendo o modificando el segundo lo realizado por la primera.

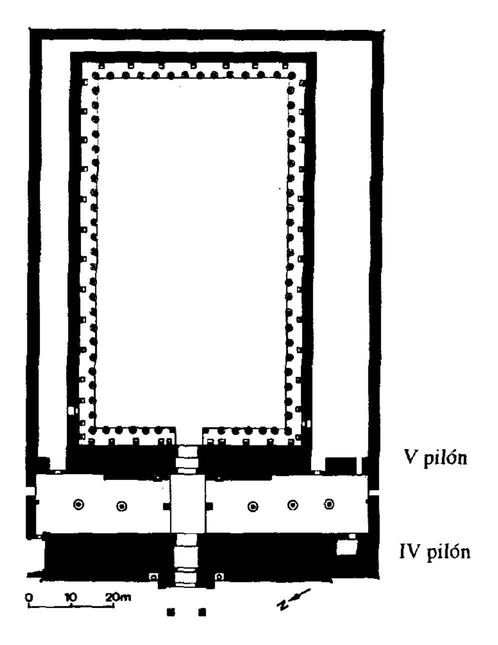


Fig. 144. Las construcciones de Thutmosis I.

Hatshepsut instala, contra la fachada occidental del santuario, las cámaras de ofrendas que hará preceder de un embarcadero sagrado «la capilla roja». En el año 16, hace erigir dos obeliscos de granito rosa de Assuán chapados de electro, delante del quinto pilón, justo en el medio, por tanto, de la sala hipóstila de Thutmosis I, de los que sólo se conserva el del norte. Une al recinto oriental de Thutmosis I un santuario consagrado al sol naciente, provisto de dos obeliscos y que será más tarde reemplazado por la sala de fiestas de Thutmosis III. Inicia probablemente, como hemos visto antes, la contrucción del templo de Mut Señora de Akheru, y reemplaza, en la avenida procesional, el octavo pilón, originariamente en ladrillo, por una construcción en piedra.

Thutmosis III modifica profundamente *Ipet-sut*. Encierra los dos obeliscos de Hatshepsut con un recubrimiento de arenisca, de tal modo que sólo permanecían al aire las puntas y une esta construcción al quinto pilón, con la intención de crear una antecámara. Triplica la columnata de Thutmosis I y reemplaza el techo de madera de esta sala hipóstila por un techo de piedra.

Al este del quinto, divide en dos, con un nuevo pilón, el sexto (sobre el que hace representar su triunfo en Megiddo), el patio que separaba el quinto pilón de las capillas de Hatshepsut y, entre ellas levanta un embarcadero sagrado en granito rosa. El embarcadero fue después destruido, pero Filipo

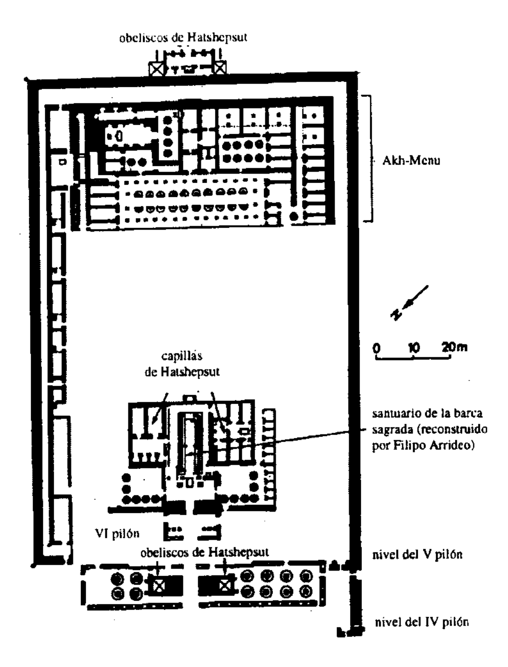


Fig. 145. Las construcciones de Hatshepsut y Thutmosis III.

Arrideo construyó una copia exacta en el mismo lugar. El muro exterior meridional de este embarcadero está decorado con escenas de fundación y de procesion de la barca sagrada.

Thutmosis III dividió de nuevo el patio al este del sexto pilón en tres partes: una sala central con el techo sostenido por dos pilares de granito rosa decorados con plantas heráldicas del Alto Egipto, al sur y del Bajo Egipto al norte, y dos patios laterales delante de las capillas de Hatshepsut. En esta parte del templo, estratégica por ser el lugar en el que el rey, tras una última purificación, va a hallarse en presencia del dios, hace grabar el texto denominado «de la juventud» y sus *Anales.*

En el lugar donde se alzaba el santuario de Hatshepsut al sol naciente, Thutmosis III construye un templo de regeneración, es decir, un lugar en el que el rey recibe durante la fiesta-*sed,* el poder divino. Este templo, llamado *Akh-menu,* incluye cuatro partes esenciales: la primera es una larga vía de acceso, que pasa entre los dos recintos de Thutmosis I y desemboca en un vestíbulo que contiene, mediante un pasillo orientado en dirección este-oeste, nueve almacenes destinados a recibir los ornamentos y objetos rituales utilizados en las ceremonias. Sobre el friso de los seis primeros discurre un largo texto de dedicación en el que Thot anuncia a la asamblea de los dioses el decreto de Amón-Re instituyendo a Thutmosis III como faraón. El muro septentrional de este pasillo muestra diversos momentos de la fiesta-*sed.* La puerta oeste del vestíbulo da acceso a la sala de fiesta propiamente

dicha que consiste en una sala hipóstila rodeada por treinta pilares cuadrados, mientras que los arquitrabes del techo de la nave central, pintado en azul y sembrado de estrellas en oro, están sostenidos por dos hileras de columnas con capiteles denominados de «fiesta-*sed*». Los arquitrabes incluyen el protocolo de Thutmosis III, que está representado sobre los pilares con la corona del Norte o con la del Sur según la orientación respectiva de éstos. La pared sur del muro occidental describe la entronización del rey. A la entrada de la sala de fiestas, Thutmosis III realiza ofrendas a sus predecesores difuntos, al igual que Sethi I en su templo de Abidos: es la «Cámara de los Antepasados», hoy en el Louvre aunque se ha colocado una copia en el lugar. Al sudeste, la tercera parte de *Akh-menu* está consagrada al culto de Sokaris: un santuario, una capilla de la barca, otra de la caza de su hipóstasis en foma de halcón momificado, otra para la estatua cultal y almacenes. Finalmente, al nordeste se encuentran dos santuarios, uno de los cuales será posteriormente reconstruido por Alejandro, y las salas particulares de Amón, una de las cuales es el «jardín botánico», cuya función ya hemos descruto anteriormente.

Thutmosis III encierra estas construciones en un recinto que, al este, prolonga el de Thutmosis I y al norte, lo acompaña hasta el nivel del quinto pilón. Cierra todo el conjunto mediante un segundo recinto que parte del cuarto pilón al sur para unirse al quinto al norte, dejando un pasillo de circulación. Al este de este último recinto, erige un contra-templo períptero, en cuya naos se ve a Amón sentado a su lado y sosteniéndolo por el hombro. Este contra-templo fue igualmente erigido con ocasión del jubileo del rey.

Además, ordenó acondicionar el lago sagrado y construir el séptimo pilón en dirección norte-sur, también vinculado a su jubileo. Las dos caras están decoradas con escenas tradicionales de masacre de enemigos del Sur y del Este y precedidas por colosos instalados a ambos lados de la puerta. Los dos colosos delante de la cara meridional del pilón estaban precedidos por dos obelisos de los que únicamente permanece la base del obelisco oriental. El obelisco occidental fue transportado en época de Teodosio I a Constantinopla, en cuyo hipódromo lo coloca Proclo en el 390.

Amenofis II trabaja igualmente en Karnak, pero sólo Thutmosis IV y, sobre todo, Amenofis III introducirán modificaciones importantes, aunque sin alterar radicalmente el aspecto general del *Ipet-sut*. A partir de ahora lo esencial de los trabajos afectará al espacio situado delante del templo, es decir hacia el oeste, en la vía procesional o en las construcciones exteriores al santuario propiamente dicho.

Thutmosis IV lleva a cabo la erección del obelisco del contra-templo oriental de Thutmosis III, el *tekhen vaty*, «el obelisco único» que sólo con Tolomeo VIII Evergetes, esto es, mucho después de la ampliación realizada por Ramsés II, se convertirá en el centro del templo. Es el obelisco más grande que se conoce, más de 33 metros de altura, motivo por el que será transportado a Roma por Constancio II en el 357 para decorar el Circo Máximo, bajo cuyas ruinas apareció roto. Hoy se alza en la plaza de San Juan de Letrán.

Thutmosis IV fue el primero que construyó al oeste del cuarto pilón, añadiéndole un edificio con pilares, parte del cual será reutilizado por Amenofis III para la construcción del tercer pilón junto con los materiales de otra docena de monumentos. Este pilón, precedido de un vestíbulo, constituía la entrada del templo, como lo indican las escenas de procesión de la barca divina que lo decoran, y seguirá siéndolo hasta la etapa amarniense. Amenofis III cierra la avenida procesional que discurrría en dirección al templo de Mut haciendo edificar, por Amenhotep hijo de Hapu, un pilón de ladrillo, que Horemheb sustituirá por el décimo pilón, realizado en piedra.

Durante la revolución amarniense, los únicos trabajos que aquí se realizan afectan al templo de Atón que Amenofis IV ordena construir al este. La actividad se retoma, tímidamente, con Tutankhamón que consagra las dos estatuas de Amón y Amonet del patio del sexto pilón y quizás algunas de las crioesfinges –las esfinges con cabeza de cordero– a lo largo de la vía de acceso. Horemheb introduce cambios importantes porque construye tres de los diez pilones del templo y decora con crioesfinges el corredor que unía el décimo pilón con el templo de Mut.

En el eje Norte-Sur, Horemheb cierra el patio al sur del octavo pilón con dos muros de arenisca y un nuevo pilón, el noveno. Sustituye el pilón de ladrillo del sur por el décimo pilón, a cuyo pie figura la estela con el decreto promulgado por él para restaurar el orden en el país.

El segundo pilón, comenzado por Horemheb lo terminará Ramsés II y la decoración de su puerta no será concluida hasta Tolemeo Evergetes II. Horemheb lo sitúa en el extremo de una doble hilada de siete columnas campaniformes de más de 22 m. de altura, de las cuales, las doce primeras formarán el tramo central de la futura sala hipóstila. De este modo, incluye las dos columnas restantes, las situadas más al oeste, en el segundo pilón.

Estos pilones otorgan al templo un aspecto que se aproxima bastante al actual. Hacen desaparecer la mayoría de los monumentos de Amenofis IV, cuyos *talatates* serán empleadas para rellenar los pilones segundo y noveno. Si bien las construcciones del faraón herético desaparecen de Karnak, no fueron, sin embargo, completamente destruidas. Al igual que sucede con otros monumentos que fueron reutilizados como materiales de construcción, los relieves y las decoraciones de los bloques de piedra fueron preservados, aunque ya nadie pudiera verlos. La *damnatio memoriae* atañe a los edificios construidos por el soberano considerado culpable contra Amón y contra el orden establecido, pero no al dios mismo.

Sethi I proporciona al templo uno de sus elementos más espectaculares, la sala hipóstila (A), denominada «el templo de Sethi-Merenptah es luminoso en la Morada de Amón», cuya decoración concluirá Ramsés II.

Con una forma que es el doble de ancha que de larga, consiste en dos tramos de 66 columnas monóstilas repartidas en siete hileras a una y otra parte de la columnata central campaniforme. La importante diferencia de

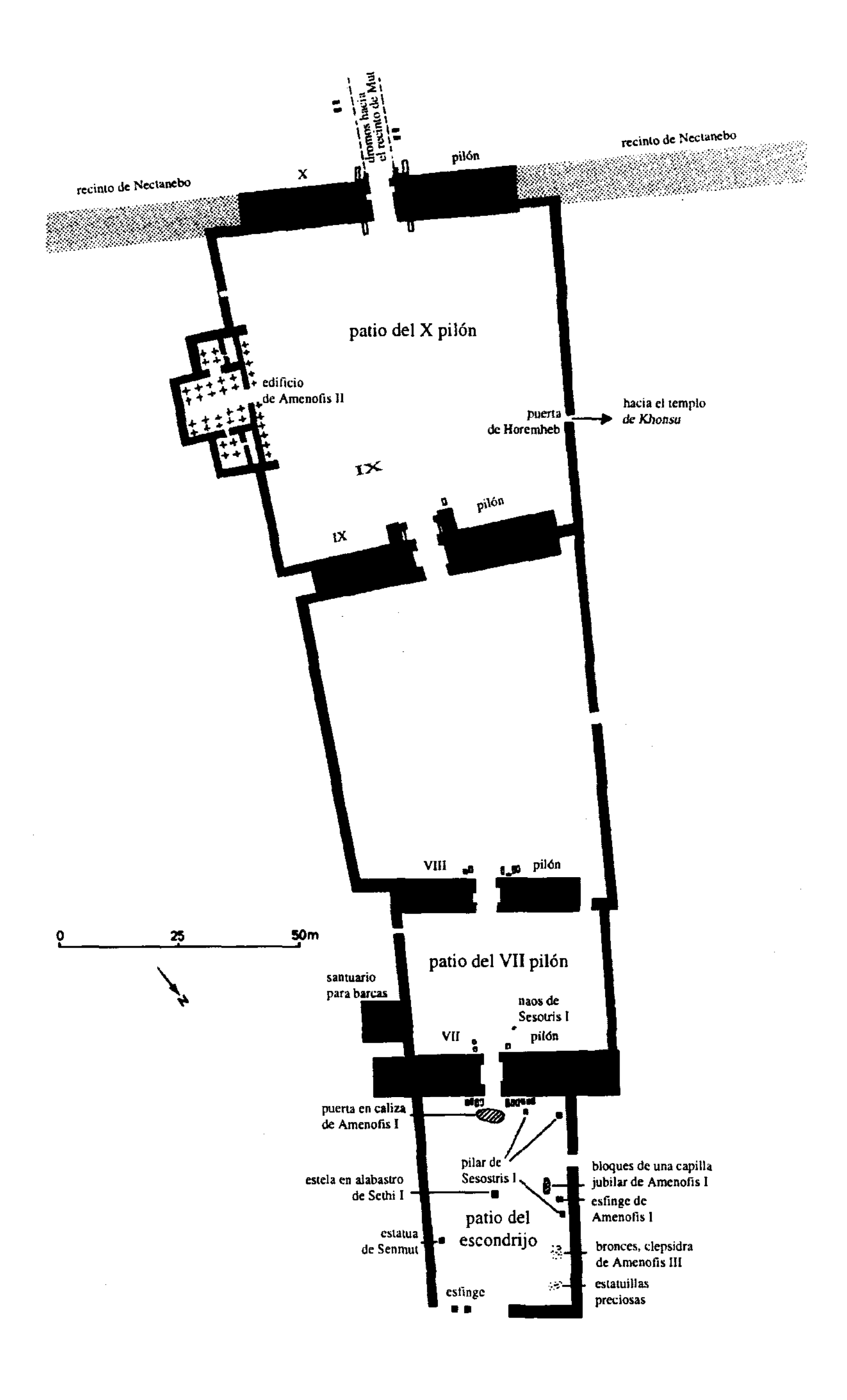


Fig. 146. Detalle del eje norte-sur.

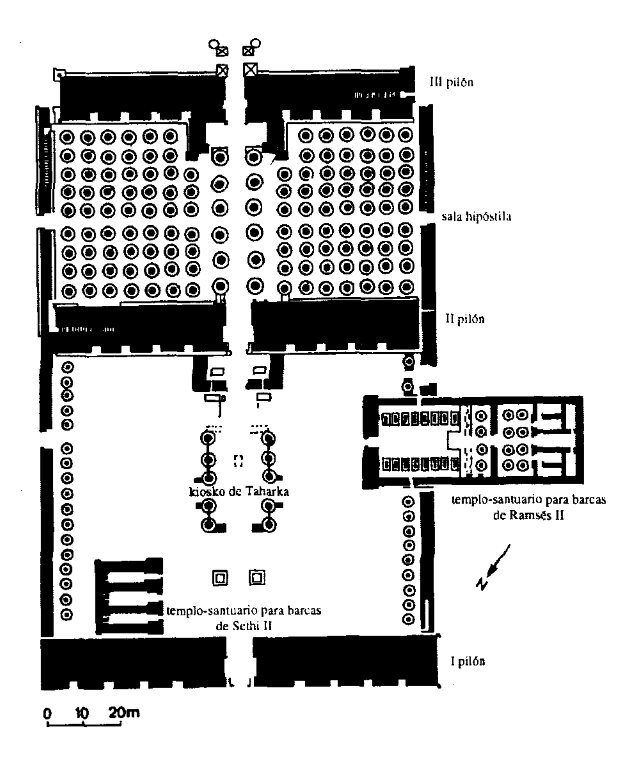


Fig. 147. I-III pilones.

altura entre ambos tramos permitió instalar ventanas que difunden una luz tamizada a una y otra parte de la hilera central. La sala se organiza según dos ejes, el del templo y un segundo, perpendicular al anterior, que desemboca en las dos puertas, una al norte y otra al sur. Fue construida sobre un terraplén de Amenofis III; las columnas de los tramos laterales se alzan sobre pilotes dispuestos encima de un enlosado de poco espesor y están hechas con una pila de unos dos metros de alto de *talatates*, separadas éstas últimas por un relleno de tierra batida y cascajo.

La parte sur de la sala, decorada con relieves en los huecos por Ramsés II, sirve como patio para introducir al rey hacia el lugar de purificación, mientras que la parte norte, la *per-duat*, es donde el rey se reviste con los ornamentos sacerdotales y recibe la última purificación, antes de penetrar en el templo propiamente dicho. La decoración interior de la sala refleja este tránsito: escenas de fundación, de procesiones, y de introducción real, en la primera parte, y de ofrendas, en la segunda. Los muros exteriores, visibles para los fieles, están decorados, como en Medinet Habu, con las campañas militares de Sethi I al norte (campañas de Siria y Palestina al este, contra los libios y los hititas al oeste) y de Ramsés II al sur (Palestina al oeste, Kadesh

al este). Cada campaña termina con la consagración de trofeos a la tríada tebana en las cercanías de unas puertas que funcionan como pilonos.

La construcción de la sala hipóstila supone un cambio en la disposición del templo. El punto de contacto con el exterior se desplaza hacia el oeste, de forma que domina todo el conjunto delimitado por el recinto de Thutmosis III, el *Ipet-sut* «ampliado», por así decir, pero que también domina sobre todo lo que hay más allá del tercer pilón, tanto la avenida procesional como los santuarios orientales. La etapa siguiente consistirá en distintas mejoras de la vía de acceso situada delante del segundo pilón, que era, bajo Ramsés II, una dromos de crioesfinges, el «camino de los corderos»: por ella se accedía al semidesembarcadero al que llegaba la barca divina por un canal de derivación del Nilo. Sethi II sitúa a ambos lados del desembarcadero (fig.142: A) sendos obeliscos y hace construir un santuario para barcas delante del segundo pilón (fig. 147) para las barcas de los integrantes de la tríada tebana. Ramsés III, por su parte, construye otro, en el otro lado del eje y más al este (Fig. 147): se trata de un modelo reducido de templo con su propio pilón precedido de colosos reales, un patio con peristilo, una sala hipóstila y un santuario. Los muros exteriores están decorados con escenas de la procesión de las barcas divinas hacia Luxor durante la fiesta de Opet.

Sheshonk I rodea el espacio del futuro patio del primer pilón con dos pórticos y lo cierra con un portal que será sustituido luego por el primer pilón; traslada entonces las crioesfinges de la avenida central a los flancos norte y sur de este nuevo patio. Después, Taharka, en la dinastía XXV, construye un kiosko delante del vestíbulo del segundo pilón que prolonga el principio de la columnata de Amenofis II y que Tolomeo IV Filopator cerrará más tarde con muros en los intercolumnios.

Los muros del recinto fueron restaurados por Montuemhat durante el reinado de Taharka, pero el recinto tal y como hoy lo conocemos y, probablemente también el primer pilón que quedó inacabado, proceden de la dinastía XXX. El recinto abarca un perímetro de 480 por 550 m. y sus muros miden unos 12 m. de espesor por 25 m. de alto. Fueron realizados con camadas de ladrillos crudos, alternativamente cóncavos y convexos, con la intención de reproducir las olas del Nun que limitan el universo, representado por el templo, el lugar de la creación. Las cinco puertas practicadas en el recinto marcan cada una un punto de convergencia de estas olas que se detienen para dejar pasar, en el este, al sol levantándose sobre su templo, al norte, Montu, al sur, Mut hacia el suyo y Amón-Re hacia el de Luxor.

La evolución del templo está lejos de limitarse a las directrices que marca el eje este-oeste, a las que acabamos de aludir. Debemos contar, además, al norte y apoyado en el muro, con el templo construido para Ptah, «al sur de su muro», por Thutmosis III, quien lo edifica sobre un antiguo santuario de ladrillos y que fue restaurado durante los Tolemeos; al este se hallan los santuarios orientales de Amón-Re Harakhty, a los que Ramsés II otorga su aspecto definitivo; también la zona del lago sagrado, en el cruce

de ambos ejes, en donde Taharka hizo edificar un monumento al lado de la estatua colosal consagrada a Khepri por Amenofis III; el templo de Khonsu, que hemos evocado anteriormente, y que fue reconstruido por Ramsés III sobre una edificación de Amenofis III, se hicieron diversos añadidos desde Ramsés VI a Ramsés XI y finalmente lo decoró, parcialmente, Herihor. Todavía hubo otras modificaciones durante el primer milenio, ya que se edificó otro kiosko de Taharka delante del pilón decorado por Pinedjem, y luego una puerta monumental, Bab el-Amara, decorada por Tolomeo I Evergetes, por la que se accedía a una avenida de crioesfinges de Amenofis III. Una capilla dedicada a Opet se añade al templo de Khonsu por el oeste: fue transformada en templo en la época etíope aunque no pudo acabarse su decoración hasta la época de Augusto. Su cambio de advocación (ligada en origen al culto de Opet exclusivamente fue modificando progresivamente su carácter hasta convertirse en el palacio de Osiris) es característico del ascenso del culto osiríaco a partir de la dinastía XXII: numerosas capillas osiríacas pueblan el sector norte del recinto de Amón desde los Sumos Sacerdotes hasta el reinado de Tiberio...

Los grandes trabajos se detienen prácticamente con los soberanos de la dinastía XXX, aunque no hubo ningún rey que no haya contribuido al embellecimiento o a la conservación de uno u otro monumento. Esta actividad no se limitaba a la construcción o decoración. Con todas estas sucesivas acumulaciones, el templo, en algunos lugares, debía de ser prácticamente impracticable, sobre todo en las vías de acceso y se decide, en época tolemaica, enterrar en el patio del octavo pilón una parte de aquello que era tanto un incómodo desorden como una presa para los ladrones. G. Legrain tuvo la fortuna de hallar este escondrijo y sacó a la luz. desde 1903 a 1905, más de 800 estatuas, monumentos y estelas y 17.000 bronces diseminados por casi todo el patio. Entre estos objetos preciosos podemos destacar las esfinges, una de ellas de Amenofis I, una clepsidra de Amenofis III, pilares de Sesostris I, bloques procedentes de una capilla jubilar de Amenofis I, así como una puerta de piedra caliza con su nombre y bloques de capillas, estatuas de Senmut, etc. Partiendo del lugar donde fueron enterrados estos objetos, se puede deducir, más o menos, la zona de donde procedían (Barguet: 1962, 277 sg).

Su presencia, que nos permite suponer que haya habido otras «limpiezas» y, por tanto, abre la posibilidad de futuros hallazgos, nos ofrece una idea de la riqueza de los dominios de Amón y de la influencia de los sacerdotes que toman el poder bajo Ramsés XI. Éstos últimos construyeron relativamente poco en comparación con los faraones, pero su presencia es muy visible aunque no sea más que por las casas que ocupaban, localizadas al este del lago sagrado (fig. 142: H) y cuya excavación permitirá algún día comprender mejor un periodo que aún permanece oscuro.

CUARTA PARTE

LOS ÚLTIMOS TIEMPOS

CAPÍTULO XIII

EL TERCER PERÍODO INTERMEDIO

Smendes y Pinedjem

A la muerte de Ramsés XI, Smendes se proclama rey y, por la titulatura que adopta, reivindica la línea sucesoria de Ramsés XI. Es el Horus «Toro poderoso amado de Re, a quien Amón ha dado un brazo fuerte para que exalte a Maat». Nada se sabe de su origen y los lazos de parentesco con Herihor que se le han atribuido son poco probables. Es más verosímil, por el contrario, que haya legitimado su poder casándose con una hija de Ramsés XI.

Su coronación marca el final de la «era del Ranacimiento» y, por curioso que pueda parecer, puesto que carece manifiestamente de sangre real, su autoridad es reconocida en Tebas. Será él quien restaure una parte del recinto del templo de Karnak que había sido arrastrado por una crecida del río. Traslada la capital de Pi-Ramsés a Tanis, donde hallazgos recientes nos permiten suponer que hubo una primera ocupación ramésida, vinculada probablemente al desplazamiento del brazo pelusíaco del Nilo (Yoyotte:1987, 56). Reside en Menfis, desde donde ordena ejecutar distintos trabajos en el templo de Luxor, lo cual supone, o bien que la antigua capital del reino había recuperado provisionalmente su función politica de residencia real o bien, lo que parece más probable, que la preparación de Tanis estaba aún en curso. Cuando muera, tras un reinado de algo más de veinticinco años, se hará enterrar, efectivamente, en Tanis.

En el momento en que Smendes se proclama rey, el cargo de Sumo Sacerdote de Amón en Karnak acababa de cambiar de mano por segunda vez, pues ya Piankh había sucedido a Herihor a finales del reinado de Ramses XI, hacia el 1074. De origen completamente desconocido, había recibido del Sumo Sacerdote, que quizá fuese su suegro (Kitchen: 1986, 536), la dirección militar del Alto Egipto e intentó controlar Nubia, aparentemente en vano puesto que combatía aún en el año 28 de Ramsés XI contra los «rebeldes» de Panehesy. Piankh, al contrario que Herihor, formó una

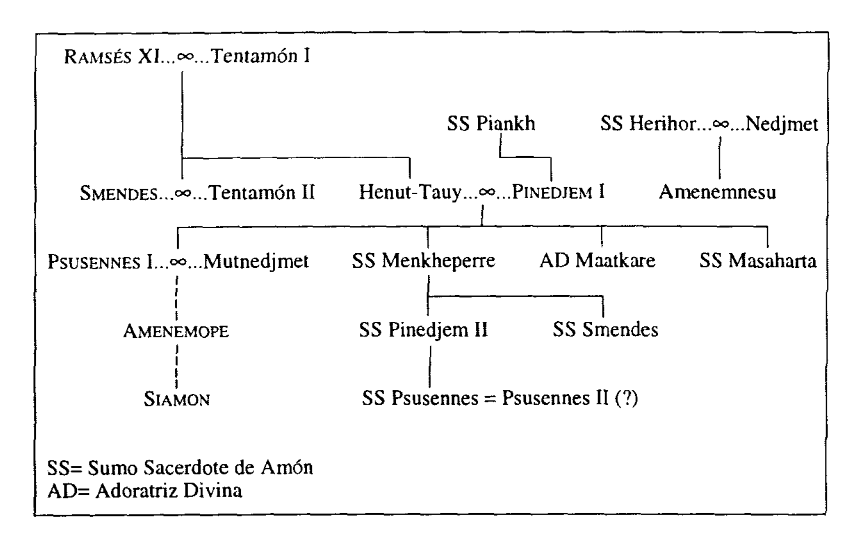


Fig. 148. Genealogía de la dinastía XXI.

línea sucesoria, pues su hijo Pinedjem le sucedió como Sumo Sacerdote y comandante en jefe de los ejércitos del Alto Egipto en 1070. Permanecerá como titular de estas funciones a lo largo del reinado de Smendes, cuyo poder reconoce, porque, a diferencia de Herihor, no se atribuyó la prerrogativa real de la eponimia. El asunto de las momias reales, al que ya hemos aludido, por ejemplo, y que resuelve él mismo, está fechado entre los años 6 y 15 de Smendes. Durante este período, en tanto que Sumo Sacerdote interviene en Medinet Habu, Karnak, Luxor y hasta El-Hibeh o Assuán que constituyen los límites de su autoridad.

En el año 16 de Smendes, Pinedjem adopta una titulatura real que afirma claramente el origen de su poder. Es el Horus «Toro poderoso coronado en Tebas, amado de Amón». En adelante, su nombre va encerrado en el cartucho y así aparece en Tebas, Coptos, Abidos ...y Tanis. Sin embargo, no se arrogará el privilegio de la eponimia, ni siquiera cuando delega el cargo de Sumo Sacerdote, que no ocupará más, en su hijo Masaharte, al que sucede, en 1045, su otro hijo Menkheperre. ¿Cuál es, pues, la naturaleza de este poder que se inviste con las competencias del faraón aún reconociendo su primacía? La razón más elemental de esta usurpación de las prerrogativas reales se encuentra en la historia de las relaciones entre el poder temporal y el espiritual: hemos visto ya cómo, a lo largo de la dinastía XVIII, el poderío del clero tebano había ido ascendiendo como primer beneficiario, en términos materiales, de las conquistas del Imperio y soporte indispensable de su política. Tanto Hatshepsut como Thutmosis III o Thutmosis IV obtienen su legitimidad del dios mismo, que se manifiesta mediante apariciones u oráculos para confirmar su derecho al trono. Con-

	Dinastía XX	Grandes sacerdotes tebanos
1098-1069	Ramsés XI	Amenhotep
1080	comienzo de la era	Herihor
1074-1070	del Renacimiento	Piankh
	Dinastía XXI	
1070-1055		Pinedjem I Sumo Sacerdote
1069-1043	Smendes	
1054-1032		Pinedjem I rey
1054-1046		Masaharta Sumo Sacerdote
1045-992		Menkheperre
1043-1039	Amenemnesu	
1040-993	Psusennes I	
993-984	Amenemope	
992-990		Smendes
990-969		Pinedjem II
984-978	Osorkón el Antiguo	
978-959	Siamón	
969-945		Psusennes
959-945	Psusennes II	

Fig. 149. Cuadro cronológico de la dinastía XXI.

tra esta dominante influencia quiso luchar Amenofis IV, sin pretender por ello modificar el fundamento teocrático del poder. Se contentaba tan sólo con soslayar a Amón, pero su forma de proceder dio pie a toda una reflexión teológica, que se desarrolló a lo largo de la época ramésida. Produjo, en concreto, la institución de la Esposa Divina de Amón, cargo que recayó desde Ahmosis Nefertari en adelante, en una princesa real, que servía de algún modo, de refuerzo al nexo que unía al soberano con el dios, su señor. Esposa morganática de éste último y que podía serlo también del primero, la Esposa Divina era la pareja del rey durante la práctica del culto. Hemos seguido esta asociación en el seno de la pareja real desde Amenofis III y con Akhenatón que establecerá una estricta correspondencia entre familia divina y familia real. Ramsés II sistematiza el procedimiento hasta el punto de asegurar a su esposa un culto similar al suyo en Abu Simbel.

En el momento en el que Herihor inicia la «era del Renacimiento», el problema central residía en determinar quién iba a ser el contrapunto terreno de la familia divina. Evidentemente, no podía ser otro que la familia real, la única heredera legítima del dios; era preciso, por tanto, separar el poder temporal de Amón, que el Sumo Sacerdote reivindicaba para sí mismo, del poder del faraón, otorgado por Amón, pero diferente del de su Sumo Sacerdote. Esta escisión encierra la clave de la autoridad del clero del Alto Egipto, que el

faraón ya no es capaz de controlar. La política de los Sumos Sacerdotes de Amón va a consistir en sostener el poder del faraón, pero sometiéndolo a la voluntad de Amón, expresada a través de oráculos. Por eso mismo, Tanis se construye según el modelo de Tebas, para establecer una exacta correspondencia entre el Amón de Tanis y el Amón de Tebas. Este paralelismo volverá a establecerse en época etíope entre este último y el Amón de Napata. Es, por lo tanto, lógico que el cartucho de Pinedjem haya aparecido también en Tanis. Por otra parte, y a fin de reforzar su poder Pinedjem se casa con Henut-Tauy, que era de sangre real (cfr.fig. 148). De este matrimonio nacen cuatro hijos: Psusennes I, el faraón, Masaharta y Menkheperre, los futuros Sumos Sacerdotes y una hija, Maatkare, que aúna los cargos de Esposa Divina y de *jefe de los recintos de Amón en una sola función, la de Divina Adoratriz,* esposa exclusiva del dios. Escogerá, ella misma, por adopción a quien le sucederá, solventando así definitivamente las dificultades inherentes a la transmisión de su cargo (Gitton: 1984, 113-114). De esta forma, la madre divina se encarna doblemente: por una parte, en la persona de la Divina Adoratriz, madre morganática del dios-niño y, por otra en la de la esposa del rey, madre carnal de su sucesor.

El sistema no entrará en funcionamiento hasta la muerte de Smendes, cuando Psusennes sea coronado. Mientras tanto, el país está divido entre el Sumo Sacerdote y el Faraón y el primero expresa la voluntad de Amón, quien domina sobre el segundo. Esta es, al menos, la situación que cabe deducir de un texto, conservado hoy en el museo Pushkin de Moscú, que relata el *Viaje de Unamón,* un embajador enviado a Fenicia para transportar madera destinada a la barca sagrada del Amón tebano, problemente hacia fines del reinado de Ramsés XI, ya que Smendes es mencionado sólo como regente. Están lejanas las épocas en que Egipto era respetado en el Próximo Oriente y Unamón no sólo debe pagar la madera que necesita sino que durante la ruta es robado y el príncipe de Biblos sólo tras sórdidas negociaciones y contra un fuerte suma, acepta suministrar la encomienda *(Leclant: 1987, 77 sg). Hasta el reinado de Siamón, Egipto no parece* desempeñar ningún papel en las regiones en donde ejercía tradicionalmente su influencia. La primacía política le corresponde ahora al Estado de Israel, sometido por primera vez a un monarca, Saúl, y después, de 1010 a 970, David, quien hace de Jerusalén su capital. Se puede suponer que Egipto mantenía a duras penas la vigilancia de su frontera oriental durante el reinado de Psusennes I (Kitchen: 1986, 267).

Cuando muere Smendes, el poder se reparte entre los dos corregentes, Neferkare Amenemnesu, «Amón es el rey», probablemente hijo de Herihor (Kitchen: 1986, 540) y Psusennes I, que le sobrevive y reina hasta el año 993. Amenemnesu es contemporáneo de los primeros momentos del pontificado de Menkheperre. Éste último debe hacer frente a las últimas secuelas de la guerra civil que había sublevado Tebas debido al creciente poder de los Sumos Sacerdotes. Exilia a los oponentes a los oasis del desierto occidental, que debían estar más o menos bajo control de los jefes libios, para después promulgar un decreto amnistiándoles en virtud de un oráculo de Amón. (Estela Louvre C 256). Esta amnistía marcará el inicio de con-

cesiones realizadas por el poder real a las grandes familias tebanas del clero, heridas por verse despojadas de sus prerrogativas por la línea sucesoria de Herihor, que después de todo, no eran más que inmigrantes libios. Encontramos una confirmación de esta voluntad de apaciguamieto en el hecho de que, bajo el pontificado de Pinedjem II, la familia del Sumo Sacerdote ya no acapara los cargos clericales, como se hacía en la época de Pinedjem I, aunque las mujeres de la tribu acumulaban tal cantidad de beneficios eclesiásticos que, unidos a los de sus parientes, debían de representar un tercio de las tierras del Alto Egipto (Kitchen: 1986, 275-277). Las medidas de apaciguamiento adoptadas por Menkheperre parecen haber calmado un tanto el país, como lo confirma el envío a Tanis de objetos funerarios salvados de la rapiña de las tumbas reales en la Tebaida, para servir a los soberanos de la dinastía XXI.

Tebas y Tanis

En el año 1040-1039 Psusennes I, «La Estrella aparecida en la ciudad», realiza, mediante su persona, la síntesis religiosa y política del país. Afirma tajantemente su pertenencia tebana ya que es el Horus «Toro Poderoso coronado en Tebas» y su nombre de *nebty* lo califica como el «Gran constructor de Karnak», lo que es exacto: en el año 40 de su reinado, el Sumo Sacerdote Menkheperre realiza una inspección de los templos de Karnak que tiene como consecuecia la construcción, ocho años más tarde, de un muro de cierre al norte del templo de Amón para protegerlo (¡ya entonces!) de la invasión de las casas demasiado próximas. Probablemente, esta misma medida se aplicó, al mismo tiempo, también en Luxor. Psusennes I consolida asimismo los lazos con el clero de Amón casando a su hija Asetemkheb con el Sumo Sacerdote Menkheperre. Tanto él como sus sucesores ejercieron el pontificado de Amón en Tanis. Reivindica su parentesco con Ramsés XI haciéndose denominar «Ramsés-Psusennes».

Será uno de los grandes constructores del templo consagrado en Tanis a la tríada formada por Amón, Mut y Khonsu, cuyo muro levanta. Es muy posible que su labor no se redujese únicamente a este muro, a juzgar por algunos indicios de que monumentos anteriores fueron entonces reutilizados, pero el estado actual del yacimiento no nos permite estar seguros. No se sabe tampoco dónde se alzaba la ciudad, todavía no excavada.

El yacimiento de Tanis fue descubierto a finales del siglo XIX por Fl. Petrie. Desde su hallazgo, se relacionó con la capital de los hiksos, debido a los numerosos monumentos allí encontrados que podían pertenecer a esta época, pero también con Pi-Ramsés ya que Ramsés II está representado de forma más que abundante. P. Montet, el principal excavador del lugar, que trabajó allí desde 1929 hasta 1940, y después, de 1946 a 1951, defendió durante mucho tiempo esta doble equivalencia entre Avaris, Tanis y Pi-Ramsés, a pesar de que lo descubierto correspondía esencialmente a épocas posteriores. Las investigaciones actuales, dirigidas durante veinte años

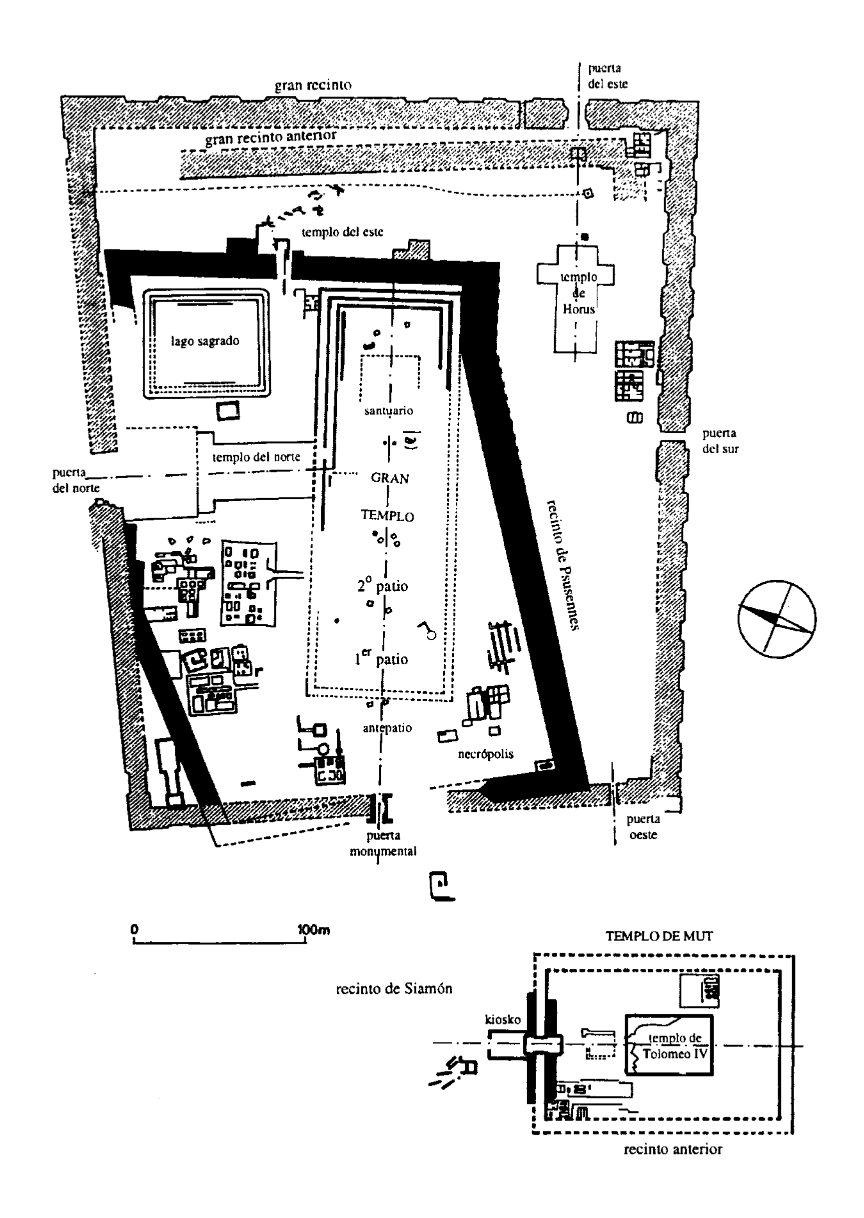


Fig. 150. Plano general de Tanis
(según el plano establecido por A.Lezine, 1951).

por J. Yoyotte y después por Ph. Brissaud, han aportado como dato esencial el análisis estratigráfico del *tell* sobre el que estaba asentado el lugar, lo que ha permitido mostrar que hubo una ocupación efectiva en época ramésida (Yoyotte: 1987, 25-49)

La interpretación histórica de Tanis no es fácil. A la presencia de monumentos de época de los hiksos y ramésida, se añade la destrucción de casi todos los materiales de piedra caliza por los caleros. Con todo, los depósitos de fundación permiten atribuir a Psusennes I el muro del recinto y la parte principal del gran templo. La puerta monumental oriental y lo esencial de las construcciones de Amón datan de la dinastía XXII y lo mismo sucede con el templo de Khonsu, situado al norte del de Amón y perpendicular a él. Nada subsiste de las construcciones de Psusennes I salvo los bloques utilizados por Sheshonk en la decoración del edificio que fueron reutilizados más tarde en la mampostería del vecino lago sagrado. El templo de Mut que fue ubicado al sur posiblemente por Psusennes I, con la intención de completar el paralelismo con Karnak, no ha conservado ni rastro de su aspecto inicial sino que únicamente quedan huellas de modificaciones posteriores. La labor de los reyes de la dinastía XXX, que fueron tan grandes constructores en Tanis como en Karnak, así como la de los lágidas contribuyó a hacer desaparecer la de los fundadores del templo: las diversas alteraciones que se introdujeron entonces en los tres templos, así como también en el de Horus de Mesen, en el que había trabajado Siamón, remodelaron completamente el lugar.

Psusennes I se hizo construir una tumba al suroeste del recinto, en donde P. Montet halló su momia y su ajuar así como los de su esposa Mutnedjmet. Se había preparado también una cámara funeraria para el príncipe heredero Ankhefenmut y para un alto personaje, Undebaunded, que acumulaba altos cargos religiosos y la función de general en jefe de los ejércitos. Por alguna oscura razón, el sucesor de Psusennes I, Amenemope, no se hizo enterrar en la cámara funeraria que había sido preparada para él, sino en la de Mutnedjmet. Osorkón I entierra en esta misma tumba a Hekakheperre Sheshonk II. En las proximidades, P.Montet halló la tumba de Osorkón II y la de su hijo Hornakht, así como la de Sheshonk III, que también contenía los restos de Sheshonk I. Estas sepulturas, saqueadas en parte, han aportado valiosos datos sobre la historia de los reyes tanitas.

El cambio de poder tuvo lugar casi al mismo tiempo en Tebas y en Tanis. Smendes II sucede a su padre Menkheperre antes de la muerte de Psusennes I, puesto que por este motivó envió unos brazaletes que P. Montet ha hallado en el ajuar funerario del rey. Cuando asume el cargo de Sumo Sacerdote, es posiblemente ya un anciano, pues al cabo de sólo dos años le sucede su joven hermano Pinedjem II. En Tanis, Amenemope sucede a Psusennes I, que posiblemente era su padre. Reina apenas diez años y su tumba, menos rica que la de su predecesor, nos refleja un menor poder, aunque ciertamente indiscutido por parte de Tebas. Su sucesor, Aakheperre Setepenre, probablemente el primer Osorkón (Osochor) es poco conocido. No sucede lo mismo con Siamón, que es una de las figuras ilustres

	EGIPTO	PALESTINA		FENICIA
1098-1069	Ramsés XI	Gedeón		
1069-1043	Smendes	Jefté		
		Sansón		
1043-1039	Amenemnesu			
1039-993	Psusennes I	Samuel		
		Saúl		
		David		
				Ahiram
993-984	Amenemope			
984-978	Osorkón el Antiguo			Itobaal
978-959	Siamón	*Salomón*		
959-945	Psusennes II			
945-924	Sheshonk I	JUDÁ	ISRAEL	Abibaal
		Roboam	Jeroboam I	
924-889	Osorkón I	Abiam	Nadab	Yehimilk
		Asa	Basa	
	Sheshonk II			Elibaal
889-874	Takelot I		Ela	Shipitbaal
			Zimri Omri	
874-850	Osorkón II	Josafat	Ajab	
			Acozías	*batalla de Qarqar*
850-825	Takelot II	Joram	Joram	
		Ocozías	Jehu	
		Atalía		
		Joás		
825-773	Sheshonk III			
	Petubastis I		Joacaz	
	Osorkón III			
		Amasías	Joás	
773-767	Pimay	Osías	Jeroboam II	
	Takelot III			
767-730	Sheshonk V			
	Rudamón			

Fig. 151. Cuadro cronológico de las principales

SIRIA	ASIRIA	BABILONIA	ANATOLIA
	Tiglat-Pileser I	Enlil-nadin-apli	Comienzo de la
		Marduk-nadin-ahhe	colonización
		Marduk-shapik-zeri	jonia, doria
Reinos	Asharid-apal-Ekur	Adad-apla-iddina	y eolia
neo-hititas	Assur-bel-kala		
	Shamshi-Adad IV		
Arameos	Asurnasirpal I	Marduk-zer-X	
	Salmanasar II	Nabu-shumu-libur	
	Assur-Nirari IV	Simbar-shipak	
	Assur-Rabi II		
Hadadezer		Eulmash-shakin-shumi	
		Mar-biti-apla-usur	
Hiram	Assur-Resh-isi II	Nabu-mukin-aplu	
	Tiglat-Pileser II		
		Ninurta-kudarri-usur	
		Mar-biti-ahhe-iddina	
	Assur-dan II		
	Adad-Nirari II	Shamash-mudammiq	
	Tukulti-Ninurta II	*Nabu-shuma-ukin*	
	Asurnasirpal II	Nabu-apla-iddina	
Ben-Hadad I			
	Salmanasar III	Marduk-zakir-Shumi I	URARTU
			Arame
Hazael			
			Sardur I
	Shamshi Adad V	Marduk-balassu-ikbi	Ishpuini
		Baba-aha-iddina	
Ben-Hadad II	Adad-Nirari III	Ninurta-apla-X	Menua
			Argishti I
	Salmanasar IV	Marduk-apla-usur	
	Assur-dan III	Eriba-Marduk	Sardur II
	Assur-Nirari V	Nabu-shuma-ishkun	

potencias del Próximo Oriente hasta la conquista etíope.

de la dinastía XXI, a pesar de que durante su reinado será cuando se produzca el último gran saqueo de la necrópolis tebana que llevará al Sumo Sacerdote de Amón a preservar las momias reales en la tumba de Inhapy. Osorkón construyó en Tanis el doble templo de Amón, realizó distintos trabajos en el de Horus de Mesen y trasladó los restos de Amenemope a la cámara de Mutnedjmet. Levanta también construcciones en Heliópolis y quizás en Pi-Ramsés (Khatana), en donde su nombre aparece sobre un bloque. Lo más destacable es que hizo erigir en Menfis un templo a una forma secundaria de Amón. Este templo es de una factura clásica semejante a la que encontramos también en la pequeña esfinge de bronce nielada de oro del Louvre, con la efigie del rey (E 3914= Paris: 1987, 164-165). Favorece de la misma manera al clero menfita de Ptah, pero su actividad se limita al Bajo Egipto, pues en algunos monumentos tebanos tan sólo aparece como epónimo.

Durante su reinado, Egipto mantiene una política exterior más dinámica. No en vano carecemos de testimonios egipcios relativos a la politica exterior de los reyes anteriores de la dinastía XXI. No había ninguna razón para que mejorase la situación descrita en el *Viaje de Unamón*. La principal fuente, no egipcia, de la que se dispone es la Biblia. El período que va desde el final del reinado de Psusennes I hasta la mitad del reinado de Siamón correponde a la conferación de tribus reunidas en torno a Jerusalén por el rey David y al consiguiente enfrentamiento contra los filisteos. Egipto no interviene al principio en estas luchas más que de una forma muy indirecta, acogiendo al príncipe heredero de Edom, Adad, cuando David conquista su reino. Adad casó con una princesa egipcia y su hijo Genubat fue criado en la corte de Egipto. A la muerte de David, Adad regresa a su reino. De todo ello cabe inferir, todo lo más, que Egipto había conservado ciertas relaciones históricas con sus antiguos vasallos.

En el momento en que Salomón sucede a David, Egipto interviene por su cuenta contra los filisteos, tomando y destruyendo Guezer. Esta campaña se relata en el *Libro de los Reyes* (1R. 9,16) y es muy posible que a ella aluda un relieve de Tanis en el que se representa una escena masacre ritual de enemigos (Kitchen: 1986, 281). La razón de esta intervención es, probablemente, de orden comercial ya que los filisteos amenazaban el tráfico con Fenicia. Siamón, aprovechándose del debilitamiento de éstos producido por las guerras llevadas a cabo por David y del momento de incertidumbre producido en Israel por la sucesión, se adelantó a los acontecimientos sin dar tiempo a que las poderosas tropas de David venciesen a los filisteos e impusieran sus condiciones a los mercaderes egipcios. Esta nueva alianza, en la que ambas partes se beneficiaban, obteniendo la una, un mercado seguro para sus productos comerciales y la otra, una frontera meridional segura, se sella con un matrimonio que, por primera vez se realizará en sentido inverso para Egipto, pues será Salomón quien se case con una egipcia, iniciando así una tradición de matrimonios no reales para las princesas del valle.

No están claras las relaciones familiares que unían a Siamón con Amenemope y Osorkón el Antiguo, como tampoco las que le vinculaban con su

sucesor Psusennes II, hasta el extremo de que no sabemos si Psusennes II es el Sumo Sacerdote Psusennes que sucedió a Pinedjem II. En este último caso, habría que pensar que Siamón murió sin descendencia. Psusennes II, vinculado probablemente a la familia real por matrimonio, es el último representante de la dinastía XXI, que se extingue en una relativa indigencia en Tanis (Yoyotte: *1987*, 64, puesto en duda por A. Dodson, *RdE* 38(1988), 54). A su muerte, el poder corresponderá al linaje de los grandes jefes de los Mashauash, cuyo ascenso había ya anunciado el reinado de Sheshonk el Antiguo. La dominiación libia había comenzado.

Los libios

Cuando Sheshonk I accedió al trono, era ya el hombre fuerte del país. General en jefe de los ejércitos y consejero del rey, era también su yerno ya que se había casado con su hija Maatkare. Con él comenzará una nueva era, la de los jefes libios que van a devolver al país, durante algunas generaciones, un poder ya olvidado desde Ramsés III, antes de extinguirse envueltos en las nuevas luchas intestinas que asolan el país a partir del reinado de Sheshonk III. De entrada, Sheshonk I se acoge a la dinastía precedente siguiendo siempre el mismo esquema, adoptar una titulatura calcada de la de Smendes I. Él mismo era originario de una jefatura libia instalada en Bubastis, hecho que no dejan de subrayar los anales tebanos de los pontífices de Amón que lo designan como «Gran Jefe de los Ma(shauash)», demostrando con ello una evidente repulsa a reconocer su autoridad. Sheshonk empleará la misma política que había utilizado Pinedjem I, haciendo de su hijo Iuput el Sumo Sacerdote de Amón al mismo tiempo que general en jefe de los ejércitos y el gobernador del Alto Egipto. De esta forma, la unión de los tres cargos aseguraba el nexo entre el poder temporal y el espiritual. Vincula al poder, por lo menos, a otro de sus hijos (?), Djedptahiuefankh, como tercer profeta de Amón, y a Nesy, el jefe de una tribu aliada, como cuarto profeta. Construye también una política de alianzas por matrimonios dando a una de sus hijas al sucesor de Djedptahiuefankh, Djeddjehutyiuefankh. Este matrimonio, junto con otros, refuerza las relaciones entre los dos poderes lo que no le impide, al prudente Sheshonk I, situar un contra-poder en el Egipto Medio, colocando a su otro hijo Nimlot, como comandante militar de Heracleópolis que, ahora más que nunca, es el lugar estratégico que controla los intercambios entre los dos reinos.

Al regreso de su campaña victoriosa en Palestina del 925, el rey inicia un programa ambicioso de construcción en el templo de Amón-Re en Karnak, cuyo detalle nos ha conservado una estela erigida con motivo de la reapertura de las canteras de Gebel el-Silsile en 924. Su hijo, el Sumo Sacerdote Iuput, dirige los trabajos encargándose de abrir el patio anterior al segundo pilón dándole el aspecto que hoy conocemos. Sobre el muro exterior del portal sur del patio recién creado, ordena representar el triunfo de Egipto sobre los dos reinos judíos de Judá e Isarael, también relatado en una estela triunfal fijada en el *Ipet-sut*, en las proximidades de los

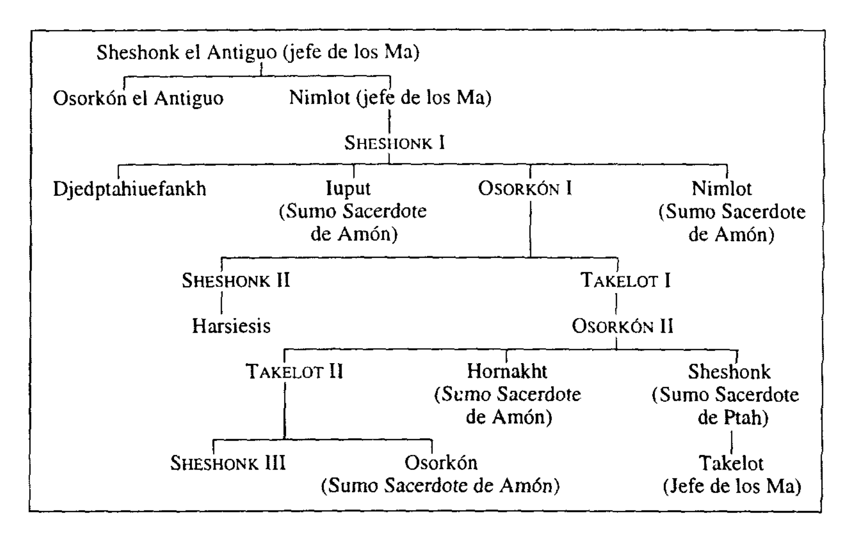


Fig. 152. Genealogía de la dinastía XXII.

Annales de Thutmosis III. El paralelismo así sugerido entre ambos no es una fanfarronería: la «sala de fiestas» edificada por Sheshonk I para Amón es el testimonio de un renacimiento espectacular en el contexto del Próximo Oriente de la época.

Sheshonk I había sacado provecho de la política exterior de Siamón reanudando lazos con Biblos, mercado tradicional para los productos egipcios. Una estatua suya, consagrada por el rey Abibaal en el santuario de Baalat-Gebal, es, quizá, la señal de un tratado más económico que militar. Las relaciones con el reino de Jerusalén, por el contrario, se deterioran y los dos Estados entran en conflicto en el momento en que el poder de Salomón se ve amenazado por la revuelta de Jeroboam al que el profeta Ajías prometió la realeza de Israel. Sheshonk acogerá a Jeroboam hasta la muerte de Salomón (lRe. 14,25), hacia el 930, momento en el que Jeroboam reune a sus partidarios y funda el reino de Israel, que se separa del de Judá, gobernado por el sucesor de Salomón, Roboam. Como las fuerzas de los hebreos se encuentran divididas entre Samaria y Jerusalén, Sheshonk I utiliza la disculpa de unas incursiones de beduinos en la zona de los Lagos Amargos, para marchar en el 925 sobre Jerusalén. Partiendo de Gaza, se interna profundamente en el Neguev, toma las plazas fuertes de Judá y se instala frente a Jerusalén que decidirá rendirse y entregar el tesoro de Salomón (pero no el Arca: Yoyotte: 1987, 66). Desde allí entra en Israel, donde Jeroboam comprende demasiado tarde el verdadero objetivo de la política de su protector y se refugia al otro lado del Jordán. Un destacamento lo alcanza y continúa después hasta Beth-San. El avance egipcio se detiene en Megiddo donde Sheshonk I levanta una estela conmemorativa. Cruza después el Monte Carmelo hacia el sur y vuelve por Askalón y Gaza. Egipto

	DINASTÍA XXII	DINASTÍA XXIII	SUMOS SACERDOTES DE AMÓN
945-924	Sheshonk I		Iuput I
924-889	Osorkón I		Sheshonk
890-889	Sheshonk II		Smendes
889-874	Takelot I		Iuvelot
			Harsiesis
870-860	Harsiesis		
874-850	Osorkón II		Nimlot
850-825	Takelot II		Osorkón
825-773	*Sheshonk III*		
818-793		Petubastis I	
787-757		Osorkón III	
773-767	Pimay		
764-757		Takelot III	
767-730	Sheshonk V		
757-754		Rudamón	

Fig. 153. Cuadro cronólogico simplificado de las dinastías XXII y XXIII.

ha vuelto a ser, por un tiempo, el soberano de Siria-Palestina. En el año 28 de Osorkón, en efecto, un general kushita, Zerah, dirige una expedición contra el reino de Judá (2Par. 14,8-15). La fecha del año 28 de Osorkón I (897) se deduce por correspondencia con la del año 14 del rey Asa, que derrota y persigue al invasor. Si se admite que Zerah era un general, desconocido por otra parte, enviado por Osorkón I (Kitchen: 1986, 309), esta expedición desgraciada supondría el canto del cisne de una política exterior que no recuperará su antiguo vigor hasta Osorkón II. El retroceso, con todo, no fue más allá probablemente, de la pérdida de soberanía sobre el reino de Judá, pues por su parte el príncipe de Biblos, Elibaal consagró una estatua de Osorkón I en Baalet-Gebal. (Paris: 1987, 166).

En los primeros años de su reinado, Osorkón I prosigue la política de su padre en relación con los dominios divinos, favoreciendo al poderoso clero del reino en Menfis, *Heliópolis, Hermópolis, Karnak y Bubastis, su* villa natal, donde construyó o reconstruyó el templo de Atón y el de Bastet, la diosa epónima. Refuerza también la posición, establecida por su padre, alrededor de Heracleópolis continuando los trabajos iniciados en el templo de El-Hibeh y en el del Isis en Atfih. Establece un campamento militar para vigilar el paso hacia el Fayum y también está presente en Coptos y Abidos.

En Karnak, sustituye en el cargo de Sumo Sacerdote de Amón a su hermano Iuput por uno de sus propios hijos, Sheshonk, al que nombrará corregente hacia el 890. Con esta medida refuerza la legitimidad de la nueva

línea sucesoria puesto que el futuro Sheshonk II es un nieto de Psusennes II por su madre, Maatkare. Desgraciadamente para él, si Sheshonk realizó una brillante carrera como Sumo Sacerdote, casi no tuvo tiempo de reinar, pues murió antes que su padre, aproximadamente a los cincuenta años, cuando no era aún sino corregente. Su padre lo entierra en Tanis y no le sobrevivirá más que algunos meses, dejando el trono al hijo de una esposa secundaria, Takelot I. Éste reinará desde 889 hasta 874, sin que hasta la actualidad se le pueda atribuir con certeza el menor monumento. Su autoridad no parece haber sido respetada siquiera por su propio hermano Iuvelot, que ocupa el cargo de Sumo Sacerdote en Tebas. Curiosamente, su nombre no aparece en los documentos tebanos y parece que sólo la presencia de la guarnición militar instalada por Osorkón I en las proximidades de Heracleópolis le impidió a Iuvelot extender su autoridad hacia el norte. Poco a poco, el relativo equilibrio conseguido por los primeros reyes tanitas y continuado por los bubastitas se degrada. El sistema de herencias y alianzas matrimoniales que intentaba mantener coordinados el poder del norte y el del sur se fragmenta y las prebendas sólo sirven para constituir feudos cada vez más autónomos que reavivan las antiguas tendencias separatistas. El reinado paralelo de los dos nietos de Osorkón I, los primos Osorkón II y Harsiesis, muestra que la situación es cada vez menos manejable.

El error de Osorkón II fue aceptar que Harsiesis sucediera, siquiera fuese indirectamente, a su padre Sheshonk II en el cargo de Sumo Sacerdote de Amón. Esto creaba un precedente peligroso de transmisión hereditaria, el mayor riesgo que podía correr la política de equilibrios que hasta ahora había sido respetada. Harsisis, por este privilegio, pudo pensar en seguir una carrera comparable a la de su padre, con la diferencia de que él se autoproclama rey en el cuarto año del reinado de su primo. Adopta una titulatura que hace de él un nuevo Pinedjem I, como el Horus «Toro poderoso coronado en Tebas». Osorkón II, por su parte, había establecido una titulatura que se remontaba a Sheshonk I retomando un epíteto de Ramsés II para construir su nombre de Horus: el Horus «que Re ha coronado para hacerlo rey del Doble País» (Grimal: 1986, 600-601)... Esta guerra de títulos no otorga a Harsiesis más poder del que ya tenía como pontífice, pero sí limitaba el de Osorkón II que hará cambiar de manos el pontificado de Amón a la muerte de Harsiesis, colocando en su puesto a uno de sus hijos, Nimlot, que hasta entonces mandaba la guarnición de Heracleópolis y tenía el pontificado de Arsafes. En Menfis emplea la misma política imponiendo a uno de sus hijos, el príncipe Sheshonk, como Sumo Sacerdote de Ptah en detrimento de la rama local. En Tanis nombra Sumo Sacerdote de Amón a su joven hijo Hornakht, que murió antes de haber cumplido los diez años. Tan escasa edad muestra claramente la naturaleza estrictamente politica de este nombramiento: su único objetivo era reagrupar alrededor de la familia real los feudos que existían a lo largo del país.

Durante su reinado, la dinastía emite su último fulgor. El rey embellece el templo de Bastet en su ciudad de Bubastis, decorando la sala hipóstila y añadiendo un patio para fiestas en cuyo pórtico hizo representar el jubileo que celebró en el año 22 (835). La celebración de esta ceremonia es

tanto más destacable cuanto que no es frecuente en este período turbulento. El estudio del texto revela que reproduce un modelo de la dinastía XVIII, utilizado por Amenofis en Soleb, y la imitación llega al extremo de evocar exactamente, una exención fiscal otorgada entonces a los templos del país. Ya se corresponda o no con la realidad, lo cierto es que esta medida nos indica que el rey recurrió a un modelo clásico para la celebración de su fiesta-*sed* (Kitchen: 1986, 320-322). Esto atestigua, bien es cierto, la existencia de lazos entre Tebas y Tanis, pero, sobre todo, una continuidad en las instituciones más grande de lo que cabría suponer tras los enfrentamientos politicos que sacudían Egipto desde hacía dos siglos.

Osorkón II está también presente, al menos, en Leontópolis, Menfis y Tanis, donde construye un patio delante del templo de Amón en el cual se ha descubierto una estatua que lo representa portando una estela. Sobre la estela está escrito el texto de una oración que él dirige a Amón rogándole le confirme mediante un oráculo la política que está llevando a cabo (Paris: 1987, 108). En Tebas, construye una capilla y confirma los priviliegios del clero de Amón.

En el exterior, el equilibrio de poderes está a punto de trastocarse. Osorkón II procura mantener la politica de alianzas de sus predecesores con Biblos, pero debe tener en cuenta el creciente poderío de Asiria. Asurnasirpal II, «el dios Assur es el guardián del hijo primogénito», asciende al trono en el 883. Será un rey prototipo del conquistador y se dedicará a extender sin cesar su imperio y a conducir a su palacio de Nimrud, en las proximidades de la actual Mosul, los trofeos conquistados a sus enemigos y a sus rivales, haciendo gala de una crueldad sin límites:

> «Construí un pilar ante la puerta de la ciudad y desollé a todos los jefes que se habían levantado contra mí, colgando su piel sobre el pilar. A algunos los sepulté en el pilar, a otros los empalé sobre las estacas del pilar y a otros los empalé sobre las estacas alrededor del pilar. Desollé a muchos a lo largo de todo el país y colgué su piel sobre los muros (...). Quemé a muchos prisioneros. Capturé a muchísimos soldados vivos, a algunos les corté los brazos o las manos, a otros les corté la naríz, las orejas y las extremidades. Le saqué los ojos a muchos soldados. Hice un montón de seres vivientes y otro de cabezas. Colgué sus cabezas en los árboles alrededor de la ciudad...» (Roux: 1985, 257).

Asurnasirpal conquistó de este modo el norte de Mesopotamia, el Éufrates Medio y después Siria, el Orontes y la costa de Amurru. Su hijo Salamasar III, «el dios Sulmanu es preeminente», le sucedió en el año 858 y reinará hasta el 824, siendo contemporáneo de Osorkón II y Takelot II. Durante treinta y un años continúa las guerras exteriores de su padre, intentando, en vano, conquistar definitivamente Siria del Norte. En efecto, su política agresiva logró lo que la diplomacia egipcia no había podido obtener. Los reinos de Hama, Damasco e Israel se aliaron en el año 853 para hacer un frente común contra el invasor. Biblos y Egipto enviarán cada uno un contingente humano según sus posibilidades: 500 y 1.000 hombres res-

pectivamente. La batalla tuvo lugar en Qarqar, sobre el Orontes y, posíblemente el vencedor fue Salmanasar III, pero su avance había quedado interrumpido. Había comenzado una nueva fase en la politica exterior egipcia que se orientaba hacia un apoyo a los reinos de Siria-Palestina, último bastión para proteger al Valle de los crecientes apetitos de Asiria. Esta situación durará menos de veinte años, lapso de tiempo durante el cual los distintos reinos van sometiéndose a Salmanasar III. En el año 841, sube al trono de Israel, Jehú, y, partir de esta fecha pagará tributo a Asiria que se jacta de recibir pleitesía también de Egipto. En la práctica, Salmanasar III no logró materializar su avance y los problemas que estallan al final de su reinado, que llegan a provocar una verdadera guerra civil, alejarán a Asiria durante casi un siglo de Siria-Palestina.

«La anarquía libia»

La sucesión de Osorkón II tampoco fue fácil. El príncipe heredero Sheshonk murió antes que su padre y fue su hermano pequeño, Takelot II quien subió al trono de Tanis a la muerte de Osorkón II. Su reinado, que duró más o menos lo mismo que el de su padre, apenas dejó huellas a lo largo del país, todo lo contrario de lo que sucede con los pontífices de Amón. El medio hermano de Takelot II, Nimlot, había hecho carrera desde su nombramiento por Osorkón II, consiguiendo reunir bajo su única autoridad a Heracleópolis, cuyo gobierno confió a su hijo Ptahudjankhef, y a Tebas, además de casar a su hija Karoaama Merytmut con... Takelot II. Se convirtió así en suegro de su medio hermano y, sobre todo, abuelo del príncipe heredero llamado Osorkon en recuerdo de su otro abuelo. Una relativa paz se establecerá entre Tebas y Tanis, durante los diez primeros años del reinado de Takelot II. El mismo faraón concertará varios matrimonios entre princesas reales y nobles tebanos de vieja alcurnia, cada vez menos dispuestos a aceptar el control de la familia tanita sobre las prebendas de Amón.

Las hostilidades estallan a la muerte del Sumo Sacerdote de Amón en el año 11 de Takelot II. El problema era determinar quién habría de sucederle en el cargo, o bien uno de los dos hijos de Nimlot, es decir, Ptahuadjankhef de Heracleópolis o el otro, también llamado Takelot, o bien el pretendiente local, denominado Harsiesis, nieto del Sumo Sacerdote y «rey», Harsiesis. Takelot II optó por el príncipe heredero, Osorkón, una elección que no podía satisfacer a los tebanos, ya decepcionados algún tiempo antes por el nombramiento de un hijo del rey, Djedptahiuefankh, para ocupar el cargo de Segundo Profeta de Amón. Harsiesis sublevó a Tebas mientras que Ptahudjankhef acató las órdenes de Tanis y el príncipe Osorkón lo confirmó en el mando sobre Heracleópolis. Después Osorkón abandonará su fortaleza de El-Hibeh para remontar el río hacia Tebas asegurándose a su paso el control sobre la región de Hermópolis. Llegó a Tebas en donde acogió favorablemente las «quejas» del clero contra los sublevados: no solo ejecutó a los insumisos sino que hizo quemar sus cuer-

pos, privándoles, con ello, de la vida eterna. La revuelta fue aplastada por la fuerza y durante los cuatro años siguientes intentará atraerse al clero tebano mediante favores y confirmándoles sus beneficios, con lo que las cosas parecen volver a su cauce. Sin embargo, en el año 15, la guerra civil estalla violentamente y Osorkón emplea para describirla, en los *Annales* que inscribió en Karnak (Caminos: 1958), términos que recuerdan a los peores tiempos del Primer Período Intemedio y plantean asimismo problemas de datación que están lejos de haber sido resueltos. (Kitchen: 1986, 542 sg.). Sea como fuese, el conflicto durará una decena de años y concluye con una reconciliación general en Tebas en el año 24. En realidad, es tan sólo una tregua pues en poco menos de dos años los tebanos reemprenderán la lucha y Osorkón verá disminuir su poder en el Alto Egipto. Había llegado para él el momento de volver a Tanis, pues Takelot II había muerto (fue enterrado en un sarcófago reutilizado en la antecámara de la tumba de Osorkón II) y su hermano menor, Sheshonk III había ocupado el trono.

Esta toma del poder, que alteró los mecanismos sucesorios, provocó una nueva querella dinástica. Durante los primeros años de su reinado, Sheshonk III parece ser aceptado por los tebanos tanto porque había desplazado a Osorkón del trono que le correspondía, y que habría aumentado peligrosamente su autoridad, como porque Sheshonk permite claramente al clero de Karnak decidir por sí mismo la elección de Sumo Sacerdote de Amón: en el año 6 de Sheshonk III Hersiesis reaparece como pontífice. Se producirá, sin embargo, una escisión que no procede de Tebas sino del seno mismo de la familia real. En el año 8, el príncipe Petubastis se proclama rey y funda una nueva dinastía en Leontópolis, en el Delta (la XXIII de Manetón) intentando vincularse, a través de su titulatura, con los reyes de la dinastía XXII. Dos faraones van a reinar al mismo tiempo, cada uno con su propia eponimia; la ruptura ya no es entre el Norte y el Sur sino en el Delta mismo. El clero de Amón reconoce rápidamente al nuevo faraón, al menos desde el año 12 de Sheshonk y acoge en su seno a dos de sus hijos. El príncipe Osorkón, aunque había sido desalojado del trono por su hermano, es el único en mencionar todavía su nombre. Osorkón no ha dicho aún su última palabra: aparentemente reconciliado con Sheshonk III, recupera el pontificado de Amón en el año en que Petubastis se lo otorga a su hijo (?) y corregente Iuput I, corregencia que no durará probablemente más de dos años, puesto que Iuput desaparece de escena, junto con su padre, en el año 22 de Sheshonk III (15 de Petubastis), es decir, en el 804 antes de nuestra era. Harsiesis lo sucederá en el año 25 de Sheshonk III, antes de desaparecer definitivamente en el año 29. Osorkón quedará como dueño absoluto de la situación durante unos diez años. Las mismas dificultades se sucedían, entre tanto, en Heracleópolis donde el poder había ido cambiando de manos a la muerte de Ptahudjankhef, quizás hasta el año 39 de Sheshonk III. Heracleópolis estaba entonces gobernada por un hermano menor del incombustible príncipe Osorkón, el general Bakenptah. En el Delta, Sheshonk III, apoyado por su linaje menfita, tiene un poder mayor que el de su rival de Leontópolis, tal y como lo demuestran sus intervenciones en Tanis, donde construye la puerta monumental del templo de Amón que quizás conme-

more su fiesta-*sed*, aunque ningún texto lo confirme, y también la tumba que se prepara en la necrópolis real. Construye asimismo en Mendes, Mostai e incluso en Menfis.

Su autoridad apenas parece traspasar el brazo de Damiette, aunque incluye el feudo de Athribis. En el Delta central, el de Busiris le rinde homenaje, al igual que el de Sais y Buto. Más allá del brazo de Rosette, todo el Oeste está en poder de los libios. A su muerte, en el año 773 y tras cincuenta y tres años de reinado, la situación en el Delta era muy confusa. En Leontópolis, Sheshonk IV sucedió en el 793 a Petubastis I, pero su reinado fue efímero. Osorkón III le sucede en el 787 y será contemporáneo de los trece últimos años de Sheshonk III, reinando hasta el 759. Su autoridad es reconocida por la jefatura Ma, en Mendes, es decir por su vecino inmediato.

Osorkón III aparece también en Menfis y está más presente que Sheshonk III en el Egipto Medio. En Heracleópolis, la rama aliada de la dinastía tanita está todavía en el poder en los primeros años de Sheshonk IV, es decir, hacia el 766 a. J.C. Sin embargo, Osorkón III la interrumpe, colocando en su lugar a su hijo Takelot. Al parecer, también colocó un «rey» en Hermópolis, que sería el Nimlot al que, treinta años más tarde, someterá Pi(ankh)y.

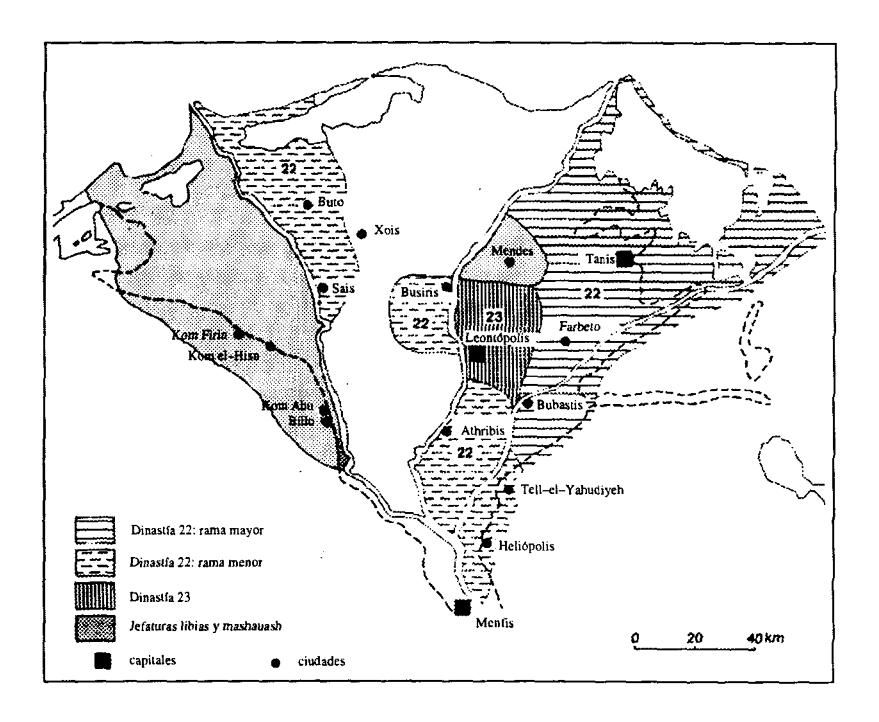


Fig. 154. Mapa político del Delta hacia el año 800 (según Kitchen: 1986, 346).

La dinastía XXII desempeñará un papel cada vez más reducido en la tebaida donde Osorkon III consigue que su hijo Takelot acumule el cargo de Sumo Sacerdote y el de gobernador de Heracleópolis. De este modo, la dinastía XXIII reconstruirá, al menos en parte, la alianza entre Tebas y la capital política. De hecho, el clero de Amón, dejando aparte al Sumo Sacerdote, parece sólidamente controlado por los tebanos.

En el año 765/764, Osorkón III vincula al trono a su hijo, el Sumo Sacerdote Takelot. Muere seis años más tarde y Takelot III reinará en solitario muy poco tiempo, uno o dos años, situándose su última fecha, el año 8, en el 757. Su rival en Tanis es en estos momentos Sheshonk V que sucedió a su padre, el efímero Pimay, en el año 767. Reinará hasta el 730 y su autoridad apenas va más allá de Tell el-Yahudiyeh. En Tanis construye un templo a la tríada de Amón al noreste del recinto de Amón, el futuro emplazamiento, sin duda, del lago sagrado. Prepara también allí un edificio jubilar que se puede fechar en su trigésimo año.

Durante su reinado, la situación va cambiando en el Delta occidental. Hacia el año 767, se constituye en Sais una jefatura Ma dirigida por un Osorkón que extiende su poder hacia el oeste a costa de los jefes libios, hacia el norte absorbiendo Buto y hacia el sur en dirección a Menfis. A finales de su reinado y durante los inicios del de su sucesor, Osorkón IV, en torno al año 730, Sais está gobernada por Tefnakht que se proclama «Gran Jefe de los Libu y Gran Príncipe del Oeste» y cuya autoridad abarca todo el Oeste y la mitad del Delta central. A la muerte de Sheshonk V, su hijo Osorkón IV, el último representante de la dinastía XXII no gobierna más que su propia ciudad, Tanis, junto con Bubastis, y aún así, su «reino» está partido en dos por la jefatura Ma de Farbeto, que, en teoría, le rinde homenaje...

Volvamos ahora a la dinastía XXIII. Takelot ha ocupado el trono y su hermana Shepenupet es Adoratiz Divina de Amón, compartiendo con él los privilegios reales en la Tebaida. Parece incluso desempeñar la función de Sumo Sacerdote que Takelot III abandona para dedicarse a las tareas de gobierno. Esto es, al menos, lo que podemos deducir de la asociación de ambos (junto con Osorkón III) para la construcción y decoración de la capilla de Osiris *heka-djet*, «Señor de la eternidad», en Karnak. Shepenupet será la última Adoratriz Divina de origen libio, pues la siguiente será ya etíope. En el Medio Egipto, Takelot es sustituido en Herakleópolis por un tal Peftjauauibastet, quien casa con una hija de Rudamón, el hermano de Takelot III, que sucederá a éste último en el trono, con un reinado muy breve. Bajo el sucesor de Rudamón, Iuput II, Peftauauibastet adopta una titulatura regia, al igual que su colega de Hermópolis, Nimlot. Estos tres «reyes» serán adversarios del conquistador etíope Pi(ankh)y, quien pondrá fin a «la anarquía libia». Entre 757 y 729, primero Rudamón y luego Iuput van perdiendo terreno hasta conservar el control sólo sobre su propio reino, Leontópolis, y sobre Tebas. Rudamón llevó a cabo algunos añadidos en la capilla de Osiris *heka-djet* en Karnak, y en el templo de Medinet Habu.

Cuando el rey de Napata inicie la conquista del Valle, la situación política será más o menos la siguiente: lo esencial de las fuerzas del Delta está

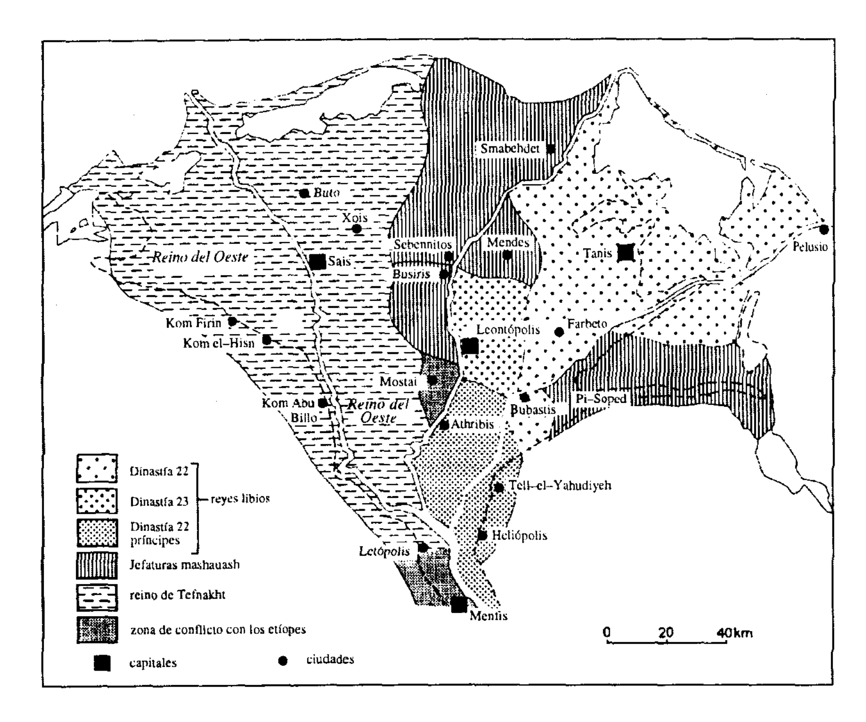


Fig. 155. Mapa político del Delta hacia el año 730 (según Kitchen: 1986, 367).

en manos de Tefnakht de Sais, que ha reunido en torno suyo a las cuatro grandes jefaturas Ma: las dos situadas al oeste del brazo de Damiette (Sebennitos y Busiris), la de Mendes, al este del mismo brazo, y la de Pi-Soped, al sureste del brazo pelusíaco. Los reinos de Athribis y de Tanis, dirigidos por Osorkón IV, se le unen, al igual que el de Leontópolis, bajo la autoridad de Iuput II, que aportaba también Tebas, Heracleópolis y Hermópolis. Esta aparente unidad política se debe tan sólo al peligro procedente del lejano Sur, pero reforzará el poder creciente de los Saítas, que en adelante serán los únicos rivales de los etíopes.

La tradición artistica

La conquista de Pi(ankh)y pondrá fin a uno de los períodos más confusos de la historia egipcia, para la cual los historiadores aún no han logrado superar el atolladero formado por una masa documental muy fragmentaria y dispersa, como consecuencia de la propia fragmentación política del país. Las disputas de eponimia entre los distintos soberanos vuelven muy difícil obtener una datación precisa, sólo asequible mediante una prosopografía minuciosa de los dignatarios del Estado, que aún falta mucho para

completar, a través de la documentación funeraria y jurídica. Estos tres siglos dan así la impresión de un indescriptible desorden que no es más que el reflejo del desorden político en Egipto. Al tiempo, la cultura y el arte mantienen, en todos los terrenos, un nivel que tal vez ya no posee la grandeza que había alcanzado bajo los Ramsés, pero que conserva aún una calidad muy elevada. Durante el I Milenio antes de nuestra era las artes del metal llegan a su plenitud de desarrollo en todo el Próximo Oriente y muy especialmente en Egipto. La estatua de la Adoratriz Divina Karomama,



Fig. 156. La Adoratriz Divina Karomama. Bronce, oro, plata, electro, cobre. Alt.=0,595 m. Louvre N 500.

nieta de Osorkón I, o la joya de Osorkón II que le representa como Osiris, protegido por Isis y Horus, forman parte de las obras cumbre del arte egipcio. Sin embargo, la distancia que separa a los reyes, por muy grandes constructores que fuesen (al menos, cuando su autoridad y los medios de que disponían se lo permitían), de los particulares se ha reducido en todos los terrenos. Hemos visto a algunos particulares usurpar privilegios reales, y sucede lo mismo en el arte porque el estilo adoptado por los Sumos Sacerdotes de Amón procede del molde ramésida.

Los monarcas, por el contrario, van a separarse del modelo de la dinastía XIX. Sólo los Tanitas permanecerán fieles a él, en principio, para legitimar su poder, como hemos visto al detenernos en algunas de sus titulaturas, pero también por necesidad, a medida que los medios con que

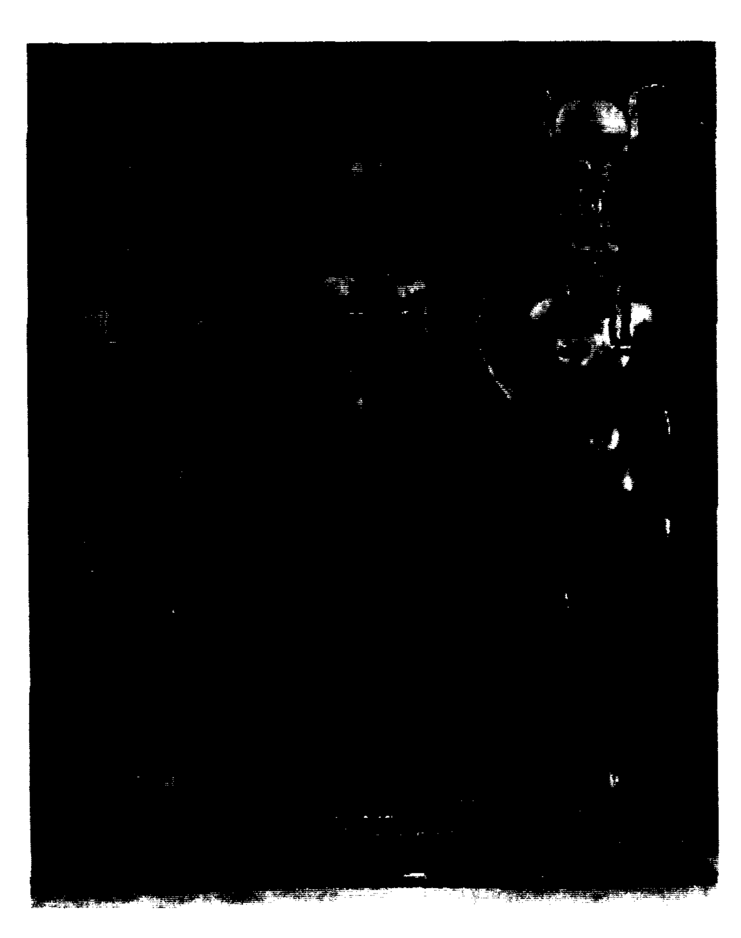


Fig. 157. Tríada de Osorkón II. Oro, lapislázuli, pasta de vidrio. Alt.=0.09 m. Louvre E 6204.

contaban iban disminuyendo. Era para ellos más sencillo explotar Pi-Ramsés como si fuese una simple cantera que llegar a ser verdaderos creadores. Esta referencia a los ramésidas la abandonarán tanto Saítas como Etíopes. Los primeros no podrán invocar vínculos con sus «predecesores» de Tanis y Leontópolis, sino que, al igual que lo habían hecho los fundadores de la dinastía XIX, deberán buscar una legitimidad en los orígenes del poder, en la tradición heliopolitana, cuyo estilo retoman, más sobrio, menos «retórico» que el de los Ramsés. Los etíopes, por su parte, se consideran depositarios de esta misma tradición, cuyo sentido, consideran, ha sido deformado.

Este «retorno al pasado» que señala el final del Tercer Periodo Intermedio incorpora también un fenómeno nuevo, el ascenso de la piedad popular, ya perceptible en época ramésida una vez redefinida, tras el periodo amarniense, la relación entre el dios y el rey, y sistematizada en el transcurso de casi tres siglos de gobierno oracular. Esta piedad se manifiesta en numerosos exvotos que representan al fiel, y tanto al rey como al simple particular, en las mismas actitudes de adoración. Los textos autobiográficos adoptan un tono más cercano que los himnos de antaño y los propios reyes relatan las glorias de sus reinados en un estilo que a menudo se aproxima a la autobiografía.

CAPÍTULO XIV

ETÍOPES Y SAÍTAS

La conquista etíope

Cuando Nubia se separó de Egipto, en el momento del reparto de los despojos de los Ramsés, un reino independiente nació en las proximidades de la Cuarta Catarata. Su existencia no está atestiguada fehacientemente hasta comienzos del siglo VIII antes de nuestra era, pues carecemos de datos sobre el estado de Nubia en la época inmediatamente anterior, pero es probable que la expedición dirigida por Sheshonk I al sur de Assuán, casi un siglo después del alzamiento del virrey Panehesy (Kitchen: 1986, 293), fuese la última manifestación de autoridad de los egipcios en la Baja Nubia o, quizás, un último intento de reconquista. Sea como fuese, Nubia, que había sido fuertemente egipcizada por los faraones del Imperio Nuevo, siguió su propio camino, ya alejada de su antiguo soberano. El templo de Amón de Gebel Barkal se convierte en un centro religioso importante, alrededor del cual se fragua un linaje local cuyos jefes se hacen enterrar en la necrópolis vecina de El-Kurru. Con el paso del tiempo, el clero local de Amón ejerce cada vez mayor influencia sobre ellos, que conduce a su egipcización progresiva. Cuando finalmente se constituyan en dinastía, adoptarán todos los aspectos del poder faraónico, incluida una estricta ortodoxia amoniana que hunde sus raíces en los principios establecidos por Thutmosis III.

El primer soberano cuyo nombre conocemos es Alara, que sería el séptimo de la dinastía, y el primero que tenemos directamente atestiguado es su hermano Kashta. Si atribuimos a Alara una veintena de años de reinado y situamos su inicio hacia el 780, esto implica que la línea sucesoria se formó alrededor del cambio entre los siglos X y IX antes de nuestra era, y por tanto, tras la expedición de Sheshonk I. Nada sabemos de Alara, pero Katsha, «el Kushita», es mejor conocido. Accedió al trono hacia el 760 culminando, probablemente, la conquista de la Baja Nubia, si es que Alara no lo había hecho ya. Su autoridad se extendía, cuando menos, hasta Assuán

ya que dedicó allí una estela al Khnum de Elefantina en la que se otorga una titulatura faraónica y como nombre de coronación, el de Maatre. Es posible que prosiguiera su avance hasta la Tebaida (Kendall: 1982,9) aunque quizá el contacto directo con los egipcios no se estableciese hasta la generación siguiente.

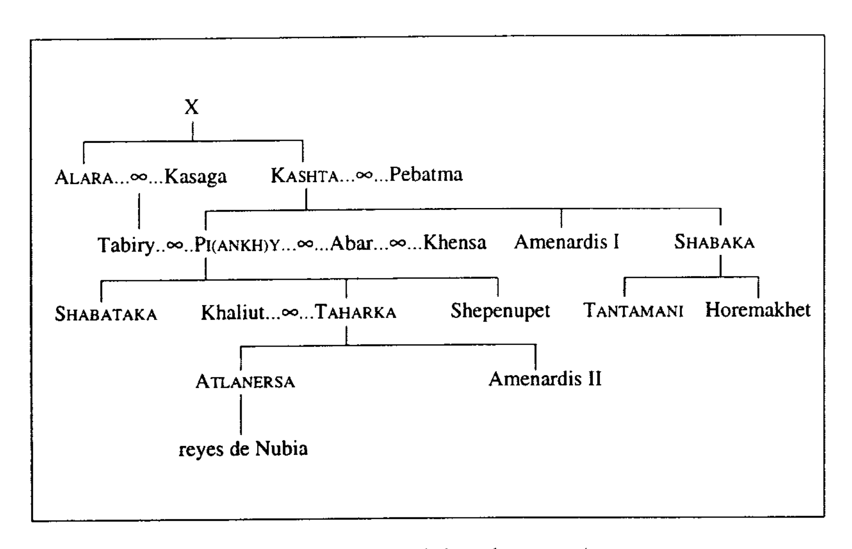


Fig. 158. Genealogía de los soberanos etíopes.

Kashta tuvo numerosos hijos, de los cuales reinaron dos, Shabaka y, antes de él, Pi(ankh)y, que se casa con la hija de Alara, facilitando así el traspaso de poder de una generación a otra. Este último, toma el poder en el 747 y continúa la expansión hacia el Norte durante los diez primeros años de su reinado. Acoge a Tebas bajo su protección y consigue que su hermana Amenardis sea adoptada por Shepenupet I como Adoratriz Divina. Con ella comienza el control de los etíopes en Karnak recogiendo la herencia de Osorkón III. Una inscripción del Uadi Gasus indica que la sucesión es ya efectiva «en el año 19» del rey que es epónimo en Tebas, correspondiente al «año 12» probablemente de Pi(ankh)y. La correspondencia debe establecerse con el año 19 de Iuput II, es decir, el 736 a.C. En esta fecha, se puede considerar que los etíopes dominaban todo el Alto Egipto, al menos hasta Tebas e incluso algo más al sur puesto que, tras la conquista, Pi(ankh) reprochará a los reyes de Hermópolis y de Heracleópolis haberle traicionado.

Frente a la progresiva ascensión del poder etíope, Tefnakht, el emprendedor rey de Sais, reúne a los reinos del Norte y suma a la causa a Heracleópolis y a Hermópolis. Fortalecido por estos apoyos, se lanza a la conquista del Sur, pero Pi(ankh)y entra en acción y derrota a los coaligados. Estos combates los relata Pi(ankh)y en una estela monumental que ordena

	DINASTÍA XXIV	DINASTÍA XXV
747-716		*Pi(ankh)y*
727-720	Tefnakht	
720-715	Bocchoris	
716-702		Shabaka
	DINASTÍA XXVI	
702-690		Shabataka
690-664		Taharka
672-664	Nekao I	
664-	Psamético I	*Tantamani*
-656		fin de la dominación etíope
610-595	Nekao II	
595-589	Psamético II	
589-570	Apríes	
570-526	Amasis	
526-525	Psamético III	

Fig. 159. Cuadro cronológico de las dinastías XXIV, XXV y XXVI.

colocar en el templo de Amón de Gebel Barkal, donde la halló un oficial de Said Pacha en 1862. El texto no es un relato militar, propiamente dicho, sino un decreto que confirma el poder de Pi(ankh)y sobre el Alto y Bajo Egipto tras la conquista, que es presentada como una cruzada dirigida por un faraón que tenía ya autoridad en el país y contra los rebeldes al orden establecido por Amón. No se trata, pues, de un testimonio histórico sino de una obra emparentada con la tradición clásica del «relato regio», imbuida de una fraseología directamente inspirada en las fuentes literarias de la biblioteca del templo de Gebel Barkal. Pi(ankh)y hizo fijar una copia en los santuarios importantes de Egipto, en el de Karnak y probablemente también en el de Menfis, que desgraciadamente no han llegado a nosotros.

Pi(ankh)y toma conocimiento, en el año 21, de las maniobras de Tefnakht. Sus tropas, estacionadas en Egipto probablemente desde el año 736, le ponen al corriente de las alianzas de los reyes y príncipes del Norte bajo la autoridad de Tefnakht. En un principio, no actúa y les deja penetrar hacia el Sur hasta que se apoderan de Heracleópolis. Ordena entonces a los contingentes etíopes de la Tebaida que bloqueen su avance en el nomo 15 y envía a un cuerpo expedicionario como refuerzo:

> «Entonces Su Majestad ordenó a los condes y generales que estaban en Egipto, al capitan Puarma, al capitan Lamerskeny y a todos los capitanes de Su Majestad que se hallaban en Egipto: "¡Avanzad en línea de batalla, iniciad el combate, rodeadles, asediadles! ¡Capturad sus gentes, su ganado, sus naves que estén en el río! ¡Impedid a sus agricultores el acceso a los cam-

pos, impedid a los obreros que trabajen! ¡Asediad el nomo de la Liebre y combatid contra él cada día!"

»Así lo hicieron ellos. Entonces Su Majestad envió un ejército a Egipto recomendándoles encarecidamente: "No ataquéis en la noche, arriesgándoos, sino combatid mientras vosotros veáis e iniciad contra él el combate desde lejos". Si él dice: "¡Aguardad a la infantería y los carros de otra ciudad!", esperad entonces a que llegue su ejército y combatid cuando él lo diga. Si los aliados se encuentran en otra ciudad, esperad por ellos: esos condes que hayan podido venir como aliados y sus guardias de corps libios, haced que el combate se inicie contra ellos. Dí: "¡Tú –pues no sabemos a quién dirigirnos al pasar revista al ejército–, ponle los arneses al mejor corcel *de tu caballeriza y ponte en línea de batalla! ¡Sabrás así que es Amón el* dios que nos envía!".

»Cuando lleguéis a Tebas, ante el *Ipet-sut*, entrad en el agua, purificaos en el río, vestíos de lino puro; abandonad el arco y deponed las flechas, no pretendáis hacer alarde de poderío delante de aquél sin cuyo consentimiento el valiente no tiene potencia: ¡él hace fuerte al débil, de tal forma que la multitud huye ante un pequeño número y un solo hombre triunfa contra mil! ¡Aspergíos con el agua de sus altares!. Inclinaos ante él diciéndole: "¡Muéstranos el camino, que nosotros combatiremos a la sombra de tu poder! ¡Los reclutas que tú has enviado, que sean victoriosos sus combates y ante ellos las multitudes tiemblen de pavor!"». (*Estela de la Victoria*, 8-14).

Las tropas etíopes bloquean a los aliados en Heracleópolis y les obligan a combatir. Derrotados, los hombres de Tefnakht se refugian en Hermópolis, a la cual los etíopes ponen asedio. Pi(ankh)y decide que ha llegado el momento de personarse en el campo de batalla. En su camino, aprovecha para celebrar la fiesta del Año Nuevo y la fiesta de Opet en Karnak, tanto por cumplir el mandato de Amón como por debilitar a los asediados prolongando el sitio. Durante este tiempo, sus tropas asolan el Medio Egipto. *Llega a las puertas de Hermópolis, cuyo rey Nimlot se somete, entre*gándole su ciudad al conquistador. Peftjauauibastet de Heracleópolis se someterá también sin aguardar a que Pi(ankh)y tome su ciudad, reconociendo la soberanía del rey en un discurso plagado de citas literarias:

«¡Salud a tí, Horus, rey poderoso, toro que combate a los toros! Dat se ha apoderado de mi y me he sumergido en las tinieblas. ¡Ojalá el brillo de tu cara me fuese dado! Yo no encontré aliados en el día crítico que fue el día del combate: tú solo, ¡oh rey poderoso!, has expulsado las tinieblas que me atenazaban. Yo seré tu servidor con mis bienes, pagando Nennesut impuestos a tu administración. Sin duda tú eres Harakhty que está a la cabeza de los Imperecederos: en tanto que él lo sea, tu serás rey, y de la misma forma que él no perecerá, tu no perecerás, ¡oh rey del Alto y Bajo Egipto Pi(ankh) y que viva por siempre!». (*Estela de la Victoria*, 71-76).

Pi(ankh)y avanza luego hacia el norte. Se apodera sin combatir de la fortaleza construida en otro tiempo por Osorkón I para controlar el acceso

al Fayum, recibe la sumisión de Meidum y de Licht y llega ante Menfis en donde se habían atrincherado los aliados. Asediará la ciudad y se apodera de ella con la ayuda de máquinas de guerra. Al conocer la caída de Menfis, el resto de los aliados se somete. Pi(ankh)y regresa a Heliópolis, donde celebra el culto de Re según el rito tradicional, renovando así su propia coronación:

«Su Majestad se dirigió hacia el pabellón situado al oeste de Ity. Se realiza Su purificación, se purifica en el lago de Kebeh, se lava la cara en el río de Nun donde Re lavó su cara.

»Su Majestad se dirigió hacia la Colina de Arena de Heliópolis para ofrecer un gran sacrificio sobre la Colina de Arena de Heliópolis frenta a Re cuando se levanta consistente en bueyes blancos, leche, mirra, incienso y todas las esencias de dulces perfumes.

»Su Majestad se dirigió solemnemente hacia los Dominios de Re. Entra en el templo en medio de grandes aclamaciones, el sacerdote lector, adorando al dios: rechazar a los enemigos del rey, cumplir los ritos de la *per-duat*, anudar la diadema real. Su Majestad es purificada con incienso y agua: se le ofrecen las guirnaldas del Castillo del Benben y los ungüentos-*ankhu*. El rey sube la escalera que conduce al Gran Balcón para ver a Re-en-el-Castillo-del-Benben.

»El rey en persona se queda solo -romper el sello del cerrojo, abrir las dos hojas de la puerta y ver a su padre Re en el santo Castillo del Benben, la barca de la mañana de Re y la del atardecer de Atón- Cerrar las dos hojas de la puerta, aplicar arcilla y sellarla con su propio sello y hacer a los sacerdotes esta recomendación: ¡"Yo mismo he colocado en su lugar el sello, que nadie más entre todos los reyes que se puedan proclamar, tenga acceso"!.

»Se arrojan al suelo ante su Majestad y dicen: "¡Estable y perdurable, que Horus amado de Heliópolis no perezca!". Entrar en la morada de Atón y presentar la mirra a Su padre Atón-Khepri, Jefe de Heliópolis ». (*Estela de la Victoria*, 101-106).

Con la intención de que el aspecto jubilar de la ceremonia resulte completo, Osorkón IV de Tanis viene a adorar al rey. El príncipe Patisis de Athribis le entrega todos sus bienes a Pi(ankh)y, imitado en esto por los principales aliados, de los que el texto nos ofrece una lista exhaustiva. Sólo falta uno, Tefnakht que huyó de Menfis antes de la toma de la ciudad para refugiarse en las marcas del norte intentando rehacer sus fuerzas. Envía al conquistador una embajada con un hábil discurso, tomado de la retórica tradicional, y que tiene como resultado el establecimiento de un *statu quo* entre ambos reyes:

«¿El corazón de Tu Majestad no se ha apaciguado con todo lo que me has hecho? Yo soy, en verdad, un miserable, pero no me castigues en la medida de mi crimen, pesando con la balanza, juzgando según las pesas. Puedes triplicarme el castigo, pero ahorra la semilla y lo recogerás a su debido tiempo: ¡no arranques el árbol hasta la raíz! Por tu *ka*, el temor a tí ha ani-

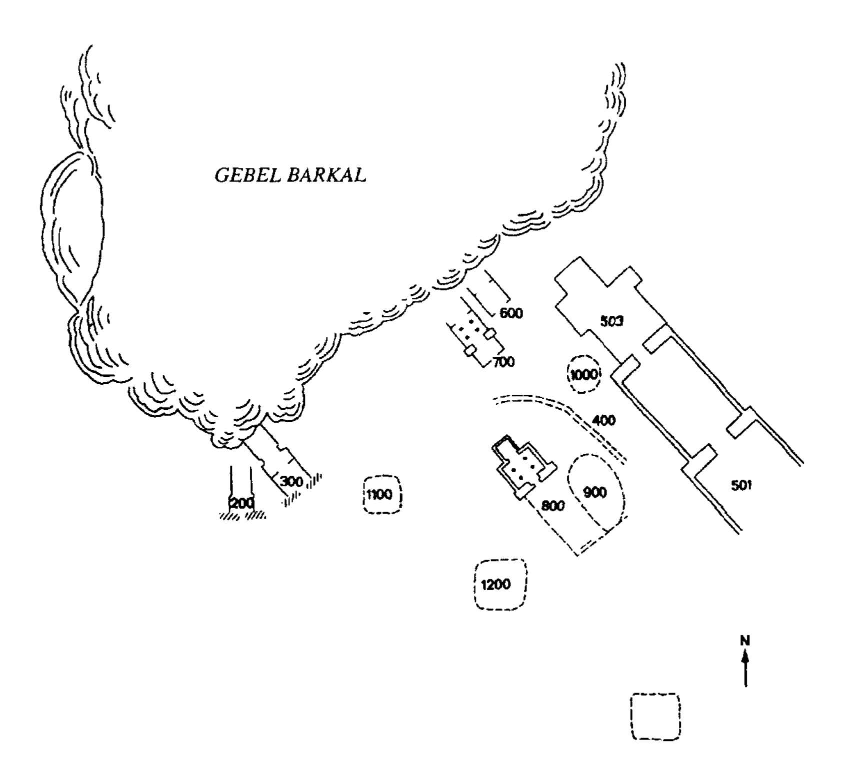


Fig. 160. El yacimiento del Gebel Barkal (según Dunham: 1970, plano 1).

dado en mi vientre, el terror hacia tí ha penetrado hasta mis huesos. No me he sentado en la casa de la cerveza ni escuchado el sonido del arpa sino que he comido el pan del hambre y he bebido el agua de la sed desde el momento en que tú escuchaste por primera vez mi nombre. El dolor me llega hasta los huesos, estoy con la cabeza descubierta, mis vestidos serán harapos hasta que Neith me perdone. Larga es la caza que has decidido contra mí, persiguiéndome a diario, ¿seré algún día liberado? Lava a tu servidor de su falta. Que mis bienes vayan al Tesoro: oro y todas las piedras preciosas y también lo mejor de mis caballos con todos sus arneses. Envíame un embajador rápidamente para que libere el dolor de mi corazón y que yo me pueda presentar ante él en el templo para purificarme con un juramento sagrado».

«Su Majestad envió al sacerdote-lector en jefe Peteamonnebnesutauy y al general Puarma: él entrega a Su Majestad como regalo, plata, oro, tejidos y piedras preciosas. Se dirigió entonces al templo, adoró al dios y se purificó con un juramento sagrado: "No transgrediré los decretos reales, no desobedeceré las órdenes de Su Majestad. No realizaré acciones reprobables contra, un conde, a sus espaldas. Actuaré según las órdenes del rey sin transgredir lo que él decrete". Entonces, Su Majestad se mostró conforme». (*Estela de la Victoria*, 130-140).

Fortalecido con esta sumisión de principio, Pi(ankh)y confirma a los cuatro reyes en sus ciudades: Iuput II en Leontópolis, Peftjauauibastet en Heracleópolis, Osorkón IV en Tanis y Nimlot en Hermópolis, pero no queriendo dar alas a los descendientes libios de los antiguos faraones sólo considerará a este último como interlocutor válido:

«Cuando la tierra se ilumina por un nuevo día, los dos soberanos del Sur y los dos soberanos del Norte, llevando el uraeus, vienen a postrarse ante el poderío de Su Majestad. Estos reyes y condes vinieron a contemplar el esplendor de Su Majestad y, ante él, sus piernas temblaban como piernas de mujeres. No entraron, sin embargo, en la casa del rey pues eran incircuncisos y comían pescado, lo que es una abominación en la casa real. El rey Nimlot sí entra en la morada real, pues estaba en estado de pureza y no comía pescado; tres permanecieron fuera mientras entraba sólo uno.

»Se cargan entonces las naves de plata, oro, cobre, lienzos, de todas las riquezas del Norte, de todos los tesoros de Siria y de todas las esencias de Arabia. Su Majestad navegó con rumbo Sur con el corazón ensanchado, el río a ambos lados estaba jubiloso. El Este y el Oeste, al conocer la buena nueva entonan al paso de Su Majestad este canto de alegría: "¡Oh príncipe poderoso, príncipe poderoso, Pi(ankh)y, oh príncipe poderoso! ¡Avanzas tras haber dominado el Norte, tú transformas a los toros en hembras! ¡Dichoso el corazón de la madre que te dio a luz y el del hombre que te dio su simiente! Los que están en el Valle la aclaman a ella, la vaca que dio a luz un toro. ¡Ojalá existas eternamente, que tu poder sea permanente, oh príncipe amado de Tebas!"». (*Estela de la Victoria*, 147-159).

De vuelta a Napata, se dedica a embellecer la capital y ampliar el templo consagrado por Thutmosis III a Amón «de la Montaña Pura», el Gebel Barkal, cuya última reforma databa de la época de Ramsés II (B 500).

Pi(ankh)y restauró el santuario reconstruyendo el muro de cierre y levantando delante de él una sala hipóstila que cerró con un segundo pilón. Finalmente añadirá a este conjunto un nuevo patio, con peristilo, cerrado por un nuevo pilón y precedido de crioesfinges que irá a buscar al templo de Amenofis III en Soleb.

El templo de Gebel Barkal se convierte así en una réplica del de Karnak y los soberanos kushitas pondrán gran empeño en ampliar y embellecer tanto uno como otro. Pi(ankh)y se hace construir una pirámide en la necrópolis de El-Kurru, en cuyas inmediaciones serán enterrados cinco de sus reinas y dos de sus hijos. La vuelta a la pirámide como forma de sepultura real deriva de la ideología ortodoxa imperante, a pesar de que las pirámides napateas distan bastante de sus modelos menfitas.

Nos podemos preguntar sobre las razones de la vuelta de Pi(ankh)y a Napata, puesto que, si creemos a la *Estela de la Victoria*, su dominio sobre el país era total y definitivo. Parece como si hubiera preferido no gobernar personalmente Egipto, bien porque considerase a Napata como su verda-

dera capital o bien, quizá más probablemente, porque, siendo consciente de la utilidad de un fraccionamiento político que preservará cuidadosamente, haya preferido dividir para gobernar, contentándose con controlar eficazmente la Tebaida y las rutas occidentales, al menos hasta al oasis de Dakhla donde su nombre está atestiguado en el año 24. Esta estrategia parece haber sido efectiva en el Medio Egipto, tanto en Hermópolis como en Herakleópolis. El propio Pi(ankh)y indicó las directrices de su política en una estela, descubierta asimismo en el templo de Gebel Barkal:

> «Amón de Napata me ha dado a todos los países para gobernarlos de tal manera que aquél a quien yo diga, "¡Seas tú rey!", lo sea y aquél a quien yo diga, "¡Tú no serás rey!", no lo sea. Amón de Tebas me ha dado Egipto para gobernarlo de manera que, a quien yo diga, "¡Seas tú coronado!", se haga coronar y aquél a quien yo diga, "¡No seas coronado!", no se hará coronar. A quienquiera que otorgue mi protección, que no tema ver su ciudad apresada, al menos no por mi causa. Los dioses pueden hacer un rey, los hombres pueden hacer un rey, a mí ha sido Amon quien me ha hecho». (Grimal: 1986, 217-218).

Esta retórica no le impedirá, sin embargo, destacar su papel de unificador de Egipto en los monumentos que hizo edificar o decorar. Él es el Horus *Sematauy*, «El que ha unificado el Doble País», o «Quien ha pacificado su Doble País», «Toro de su Doble País», «Coronado en Tebas». Se considera heredero de los dos grandes modelos que le sugieren los monumentos de Nubia, de Thutmosis III, del que adopta el nombre de coronación, Menkheperre, y de Ramsés II, Usirmaatre. Su poder parece reconocerse en Tebas, en donde Shepenupet I y Amenardis I ejercen el pontificado de forma conjunta.

Por el contrario, en el Norte, los límites de semejante política son claramente visibles. Tefnakht no ha perdido prácticamente nada de su poder, que se extiende, nuevamente, por todo el oeste del Delta hasta Menfis. Hacia el 720/719 se proclama rey, inaugurando así la dinastía XXIV de Manetón, cuya sede será Sais. Su reinado no dura más que ocho años, en los que consolida su posición frente a sus vecinos de Leontópolis y de Tanis. Su hijo Bakenrenef, el Bocchoris de Manetón, le sucede y proclama su autoridad en todo el Norte. No poseemos elementos de valor para enjuiciar en su justa medida este reinado efímero que sucumbirá frente a Shabaka en 1715, pero da la impresión de que los reyes de Tanis-Bubastis, al igual que los de Leontópolis y las jefaturas Ma aceptaron esta soberanía que, por otra parte no debía obligarlos en demasía. Bakenrenef está atestiguado en Menfis desde donde, posiblemente, gobernaría su reino.

El ascenso asirio

Osorkón IV, el último representante de la dinastía XXII, que había perdido todo su poder en el país desde hacía tiempo, será, paradójicamente, el

que asuma la pesada tarea de representar a Egipto en Siria-Palestina, en donde están teniendo lugar graves acontecimientos. Asiria había salido de un largo período de luchas intestinas con Tiglat Pileser III que había tomado el poder de manos de Assur-Nirari V en el 745. Rivalizaba con un vecino molesto y activo, el reino de Urartu, que ocupaba más o menos el territorio de la futura Armenia, amenazando directamente a Asiria. Una carrera se inició entonces entre las dos potencias por la posesión del norte sirio. Utilizando el mismo método que usó para reorganizar su país, Tiglat-Pileser III se anexiona el noroeste sirio y somete Fenicia en el año 742, prohibiéndole, en concreto, todo comercio con los filisteos y con Egipto. Esta situación decide a los reyezuelos del Creciente Fértil a pactar con él: Karkemish, Damasco e Israel reconocen su soberanía y le pagan tributo, así como otros pueblos, entre los cuales aparecen por primera vez, los árabes.

Considerando segura su retaguardia hacia el Mediterráneo, Tiglat-Pileser III se vuelve contra Urartu tras llevar a cabo una dura incursión en Irán. Sin embargo, Tiro y Sidón, privados de su relaciones comerciales con Egipto, se muestran descontentas y Gaza y Askalón organizan, quizá por las mismas razones, una coalición de Palestina y Transjordania que los aisirios aplastan en el 734. En el 732, estos últimos toman como pretexto la disputa que continúa enfrentando entre sí a Judá y a Israel, aliado de Damasco, para intervenir de nuevo. Tiglat-Pileser se apodera de Damasco y recorre Israel; Oseas, que acaba de acceder al trono de Samaria, se somete, al menos aparentemente. Oseas establece contacto con «So, el rey de Egipto» (2Re. 17,4). Esta breve frase se ha interpretado de dos formas diferentes. Unos han querido ver un error en el texto hebreo y lo corrigen como «Sais», lo que implica que Oseas habría acudido a Tefnakht, designado así por metonimia. Las fechas concuerdan: el levantamiento de Oseas contra Asiria debe situarse hacia el año 727/726, tras el cual, el rey de Asiria lo captura poniendo fin a su reinado de nueve años y tomando Samaria después de tres años de asedio. La captura de Oseas sería como muy tarde en el 724 y la toma de Samaria en 722/721. El rey de Asiria es entonces Salamanasar V, que sucedió a su padre en el 726. Si bien los datos cronológicos encajan, hay pocas posibilidades de que el faraón al cual Oseas solicitó apoyo fuese Tefnakht. Nada indica que él pudiese ser el representante de Egipto ante la Corte de Israel, cuyo interlocutor tradicional, mencionado en los otros Libros bíblicos, era Tanis, que, por su posición geográfica, se halla de manera natural en relación con Siria-Palestina. Además, esta interpretación descansa sobre una correción innecesaria del texto «So» que pudiera comprenderse como una abreviación del nombre de Osorkón IV (Kitchen: 1986, 551).

Como consecuencia de la caída de Samaria, en Transjordania se sucede un nuevo juego de alianzas. En los años sucesivos, los egipcios pactarán con los filisteos, sus antiguos enemigos, que parecen los mejor dispuestos a hacer frente a la amenaza asiria, cada día más cercana a Egipto. Asiria se encuentra en estos momentos envuelta en problemas internos ya que Salamanasar V es arrojado del trono por el representante de otra rama de la familia real que tomará el nombre de Sargón, «el rey legítimo». Sargón II

DATOS	EGIPTO	JUDÁ	ISRAEL	FENICIA	SIRIA	ASIRIA
714-716	Pi(ankh)y	Jotam	Menajen		Razin	Tiglat-Pileser III
		Ajaz	Pecaj			
			Oseas		toma de	
	Tefnakht		toma de		Damasco	Salmanasar V
	Bocchoris	Ezequías	Samaria		(732)	Sargón II
			(722)			
716-702	Shabaka					
						Senaquerib
702-690	Shabataka			Lulle		
690-664	Taharka	Manasés				
				Abdi-Milkuti		Assarhaddón
	Nekao I					Asurbanipal
664-656	Psamético I					
	Tantamani					
		Amón				
		Josías				Assur-etil-ilani
						Sin-shumu-lishir
610-595	Nekao II	Joacaz				Nabucodonosor II
		Joaquim		batalla de		
		Joaquín		Karkemish		
595-589	Psamético II	Sedecías		(605)		
		toma de				
		Jerusalén				
		(587)				
589-570	Apríes					
				toma de Tiro		
570-526	Amasis					
						Evil-Merodach
						Neriglissar
						Nabónido
						toma de
						Babilonia (539)
526-525	Psamético III					

Fig. 161. Cuadro sumario de las fuerzas presentes en el

Babilonia	**Media**	**Persia**	**Elam**	**Urartu**	**Frigia**
Nabu-nasir			Humbash-tahrah	Sardur II	
Nabu-mukin-zeri			Humban-nikash i		Midas
	Deioces			Rusa I	
Merodac-Baladan II				Argishti	
			Shutruk-nakhunte II		
Assur-nadin-shumi			Hallutush-Inshushinak		
			Humban-nimena		
			Humban-haltash I		Giges
	Fraorte	Tesipes	Urtaki	Rusa II	
Shamash-shum-ukin			Tempt-Humban-Inshushinak		
	Ciaxares		Tamaritu I		
			Humban-Haltash III		Ardis
		Ciro I		Sardur III	
			toma de Susa		
Nabopolasar					Sadiates
					Aliates
	Astiages				
		Ciro II			Creso

Próximo Oriente de la conquista etíope al final de la época saíta.

tendrá que enfrentarse a una coalición que agrupa frente a su frontera meridional a dos enemigos cuya hostilidad recíproca, casi atávica, se basa en tres milenios de odio mutuo, el Elam y Babilonia: ambos conseguirán sacudirse el yugo asirio en el 729, año que no fue especialmente afortunado para Sargón II. El soberano de Hama incita a Damasco a rebelarse y Hanuna, rey de Gaza, se subleva con la ayuda de un cuerpo expedicionario egipcio dirigido por un tal general Raia. En esta zona, sin embargo, los asirios logran controlar la situación, Hama es integrado definitivamente en su imperio, Gaza y Rahia son asoladas y Hanuna será desollado vivo.

Hacia el 716, se produce una nueva intervención asiria en Transjordania. Los asirios esta vez alcanzan El-Arich y ya sólo Silé los separa de la frontera oriental de Egipto. Osorkón IV escoge la vía diplomática y envía a Sargón I «doce grandes caballos de Egipto que no tienen igual en el país».

El año 716 será también un año clave para la política interior de Egipto. Pi(ankh)y muere tras un largo reinado de treinta y un años y es enterrado en Napata en compañía de dos de los famosos corceles de Egipto a los que tanto estimaba y que provocaron la admiración de Sargón II. Su hermano Shabaka sube al trono y decide asumir en persona el gobierno del Valle. Desde el 715, es decir desde su segundo año de reinado, está en Menfis donde restaura la tumba de los Apis. Pone fin al reinado de Bakenrenef, refuerza su dominio sobre los oasis y el desierto occidental, instala posiblemente un gobernador etíope en Sais y toma el control de todo el Norte. Poseemos una confirmación directa a través de un nuevo episodio de los sucesos en Transjordania. Iamani toma el poder en el ciudad filistea de Ashdod, al norte de Askalón, y se revuelve contra Asiria. Sargón II enviará tropas que reconquistan Ashdod y Iamani huye refugiándose entre sus aliados egipcios, o al menos él así los considera. Las fuentes asirias nos indican que «el faraón de Egipto, país que pertenece en lo sucesivo a Kush» extraditó al rebelde, «lo carga de cadenas y pesas de hierro». Este faraón no puede ser sino Shabaka que no se arriesga a un enfrentamiento con Sargón II, aunque ello suponga acabar con el último reducto que lo protegía de él. Posiblemente Shabaka firmó un acuerdo diplomático, un tratado con Asiria (Kitchen: 1986, 380).

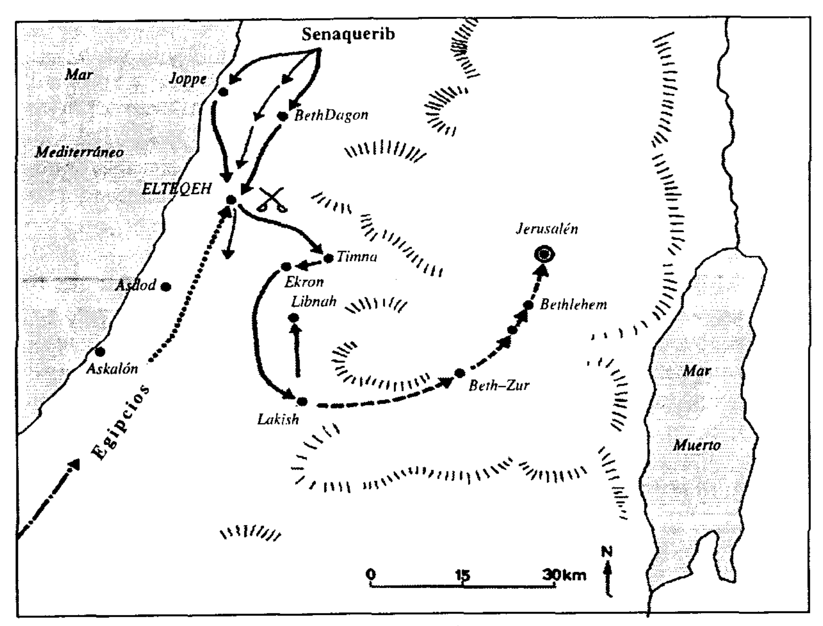
Shabaka prosigue con la línea política inaugurada por Pi(ankh)y de retorno a los valores tradicionales. No se contentará con adoptar como nombre de coronación el de Neferkare sino que va a beber directamente en las fuentes teológicas del Imperio Antiguo. Durante su reinado se fecha la redacción del *Drama menfita* o *Documento de teología menfita*, copia sobre piedra de un papiro «comido por los gusanos», al que hemos aludido anteriormente. Este texto, así como todos los que emanaron, a lo largo del período etíope, de los templos de Gebel Barkal y de Kava, muestra la profundidad de la reflexión iniciada por los intelectuales al servicio de estos reyes, que no dudarán, a la hora de buscar temas decorativos con que adornar los muros de los templos, en remontarse hasta las época de Unas, con el fin de hallar las bases de un poder del que se consideran los defensores. Una vez más, serán los monumentos erigidos para la eternidad los que conserven las huellas de esta política y, en ellos, Shabaka refleja su profunda preocu-

pación por los dioses, tal y como se ve en Athribis, Menfis, Abidos, Dendara, Esna, Edfú y, sobre todo en Tebas. Construirá sobre las dos orillas, lo que no se hacía desde hacía largo tiempo. En Medinet Habu amplía el templo de la dinastía XVIII, mientras que su hermana, la Adoratriz Divina Amenardis I se hace construir una capilla y una tumba en el recinto del templo. En la orilla derecha, trabaja en Luxor y, sobre todo, en Karnak, donde edifica lo que se ha llamado el «tesoro de Shabaka», situado entre el *Akhmenu* y el muro norte del recinto del *Ipet-sut* (fig. 142), amplía el acceso al templo de Ptah-al-sur-de-su-muro, trabaja, probablemente en las proximidades del futuro edificio de Taharka en el lago y en el recinto de Montu. El soberano etíope no se contenta con estar presente en Tebas mediante sus monumentos sino que, además, restaura la función de Sumo Sacerdote de Amón, que había caído en desuso, para instalar en ella a su hijo Horemakhet quien no conservará más que el poder espiritual mientras que el temporal permanece en manos de la Adoratriz Divina.

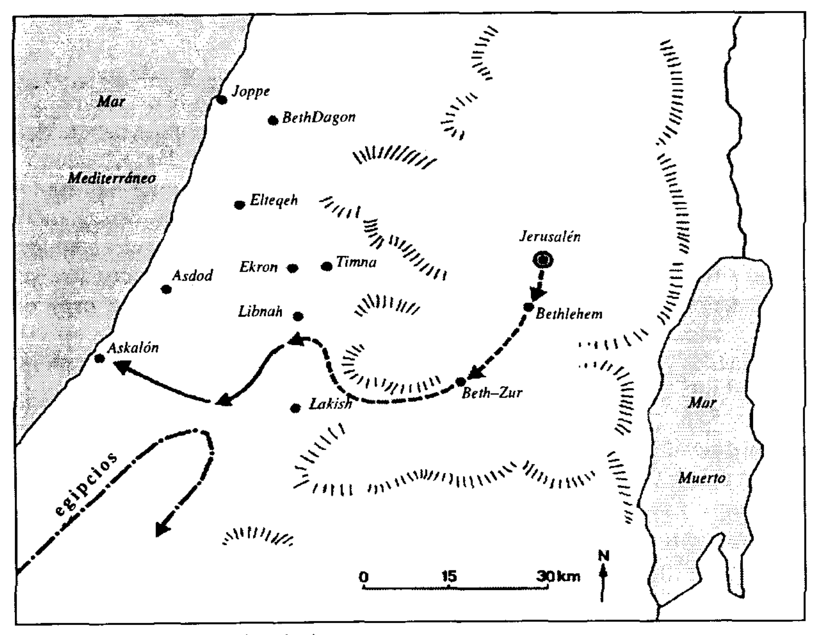
Shabaka muere en el año 702, tras quince años de reinado y se hace enterrar, al igual que su hermano, en El-Kurru, también acompañado de caballos. El poder recae entonces en los hijos de Pi(ankh)y, primero Shabataka y después Taharka. Djedkaure Shabataka sube primero al trono, posiblemente después de una corregencia de dos años con Shabaka (Kitchen: 1986, 554-557) lo que supone un total de doce años de reinado. Continúa los trabajos iniciados por su tio en Menfis, Luxor y Karnak, donde construye una capilla al sureste del lago sagrado, hoy conservada en Berlín, y amplía la capilla de Osiris *heka-djet* junto con su esposa la Adoratriz Divina Amenardis I. Fue, sin duda, durante su reinado, tras la muerte de Shepenupet I, cuando su hija, Shepenupet II será adoptada por Amenardis I.

El programa político que Shabataka expresa en su titulatura difiere del de su tio. Se trasluce una vuelta a los grandes temas ramésidas: Khamuast, «Coronado en Tebas», en su nombre de Horus; «Con gran autoridad sobre todos los países» en su nombre de *nebty*, o «Del brazo poderoso cuando tensa los Nueve Arcos» en su nombre de Horus de Oro. Este retorno a los valores imperiales ramésidas, en apariencia sorprendente, encuentra su explicación en una clara voluntad de afirmación del poder real tanto en el interior como en el exterior del país. En Sais, en efecto, la situación estaba cambiando. Ammeris, el «gobernador» colocado por los etíopes muere hacia el 695 y Estefinates, el llamado Tefnakht II, le sucede desde el 695 hasta el 688, continuando la tradición de Bakenrenef y prefigurando ya la futura dinastía saíta.

En política exterior, Shabataka manifiesta una actitud mucho más agresiva que sus predecesores. Las concesiones hechas por Shabaka a Sargón II le habían reportado a Egipto unos quince años de tregua, también debida a que Palestina ya no era capaz de sublevarse y a que el rey de Asiria estaba enzarzado en otras luchas, concretamente contra Urartu en el corazón de los Zagros. En el año 704, Senaquerib sucede a Sargón II, ocasión que aprovechan los reyes de Fenicia y Palestina para sublevarse: Sidón dirigido por el rey Lule, Askalón por Sidka y Judá gobernada por Ezequías.



1. Victoria asiria de Elteqeh y avance sobre Jerusalén.



2. Contraofensiva y retirada egipcia

Fig. 162. Movimientos de las tropas de Senaquerib en 701 (según Kitchen: 1986, 384).

Shabataka responde favorablemente a la petición de ayuda que le dirige Ezequías y envía un cuerpo expedicionario mandado por su hermano Taharka en el momento en que Senaquerib marcha sobre Askalón tras haber expulsado a Lule de Sidón.

Askalón cae y Sidka es enviado a Asiria. Los aliados se enfrentan con las tropas asirias al norte de Ashdod, en *Elteqeh*, pero sufren una seria derrota. Senaquerib se dirige entonces hacia Lakish y envía al grueso de su tropas a poner asedio a Jerusalén. Ezequías se rinde, salvando así la ciudad y Senaquerib, en el discurso que dirige a Ezequías para exigir su sumisión, realiza un retrato de Egipto poco favorecedor, pero posiblemente bastante realista, en relación al poder que tenía en el momento.

> «¿Qué confianza es esa que manifiestas? ¿Crees tú que las meras palabras son prudencia y fuerza para la guerra? ¿En quién realmente confías para querer rebelarte contra mí? ¿Confías en Egipto, en esa caña rota que pincha y hiere la mano de quienquiera que en ella se apoya? Así les sucede con el Faraón, el rey de Egipto, a cuantos confían en él». (2Re. 18, 19-21, trad. de E.Nácar y A.Colunga).

Durante estas operaciones, la «caña rota» intenta un movimiento en dirección a Lakish, pero los asirios avanzan contra las tropas egipcias y Taharka prefiere retirarse a Egipto. Senaquerib, por su parte, también se retira preocupado por la situación en Babilonia, sin intentar invadir Egipto. Durante los últimos años de su reinado se preocupará más del espinoso problema elamita que de Siria-Palestina. En el año 689, irritado por las sublevaciones conjuntas del Elam y de Babilonia, inunda Babilonia bajo las aguas del Éufrates y se decide a regresar a la zona del Mediterráneo, pero es asesinado en Nínive en el 861 y Asarhadón deberá conquistar el poder frente a sus hermanos antes de acometer la reconstrucción de Babilonia. Las hostilidades no se reiniciarán entre Asiria y Egipto hasta el 677/676.

Taharka reina por entonces en Egipto tras la muerte de Shabataka en el 690. Contrariamente a la práctica adoptada por su predecesor, no había sido asociado al trono mientras vivía Shabataka. Sus veintiséis años de gobierno son, sin duda alguna, el momento más brillante del periodo etíope. Los anales de su reinado recogen, en particular el recuerdo de una crecida del Nilo en el año 6 y que, pudiendo haberse convertido en una catástrofe, la ayuda divina la tornó favorable. El rey conmemorará el acontecimiento en inscripciones paralelas depositadas en Coptos, Matana, Tanis y en el templo de Kava en Nubia:

> «Mi padre Amón, señor de los Tronos del Doble País ha hecho cuatro maravillas para mí en el plazo de un solo año, el sexto de mi coronación como Rey (...), cuando sobrevino una inundación que arrastró a los animales y sumergió al país por completo (...), pero él me dio una hermosa campiña en toda su extensión y destruyó a los roedores y reptiles que la

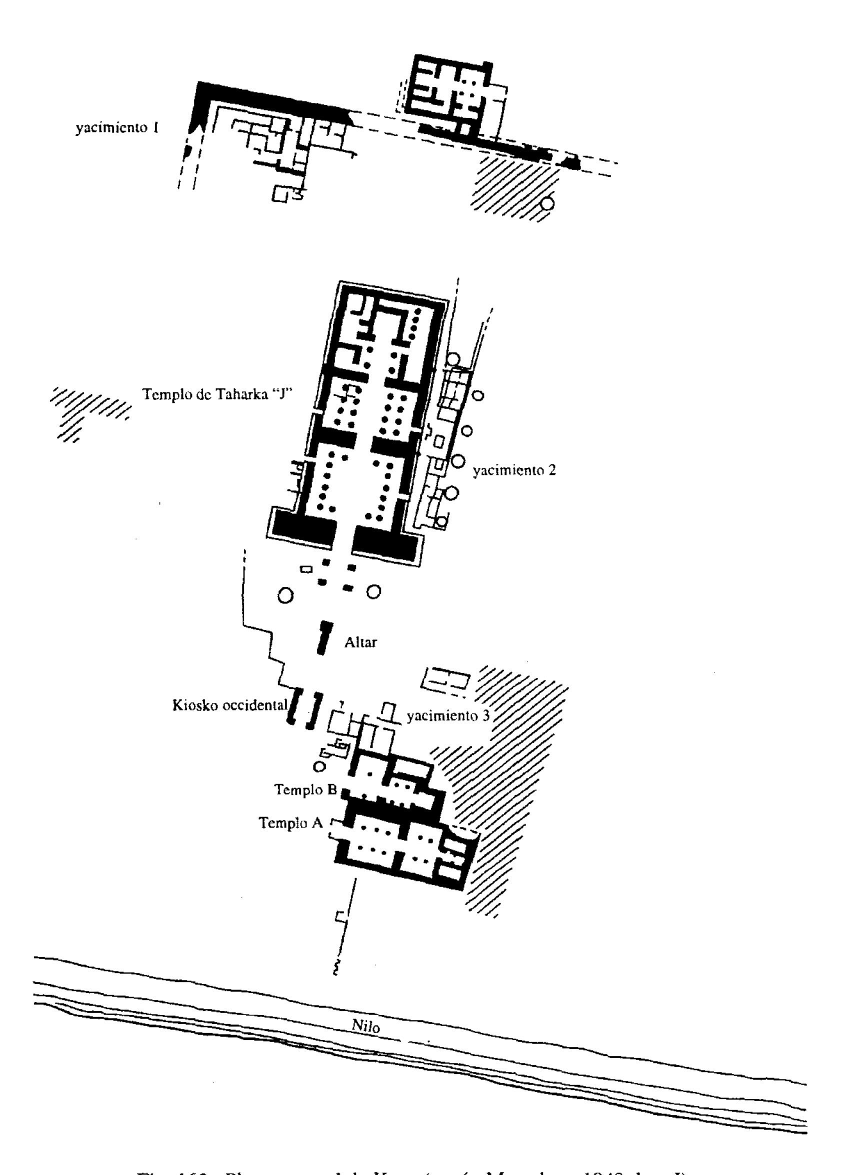


Fig. 163. Plano general de Kaua (según Macadam: 1949, lam.I).

poblaban, alejó las depredaciones de las langostas y no permitió a los vientos del Sur que la segaran. Pude recoger así una cosecha de una cantidad incalculable para el Doble Granero». (Yoyotte & Leclant, *BIFAO* 51, 1952, 22-23).

El mismo año comenzó las obras en el templo de Kaua, otro santuario nubio fundado en la dinastía XVIII por Amenofis III, frente a Dongola, en pleno país Kerma. Shabaka y Shabataka habían ya vuelto al lugar, abandonado a partir de Ramsés VII, pero es Taharka quien le devuelve el esplendor perdido. Pudiera ser que aprovechase la ocasión para realizar un traslado, disfrazado, de oponentes del Norte que habían llegado a ser mucho más peligrosos desde que Nekauba (Nechepsos) había sucedido a Tefnakht II de Sais. La realidad es que traslada a artesanos menfitas para que reproduzcan en el templo de Amón de Gematón los relieves de los grandes templos funerarios del Imperio Antiguo –los de Sahure, de Niuserra y de Pepi II, sobre todo–, movido por el afán de arcaísmo al que ya hemos aludido.

La reconstrucción, conmemorada *in situ* por una estela fechada también en el año 6, convertirá al templo de Kaua en el segundo gran santuario de los reyes napateos que, a partir de entonces lo considerarán como uno de los principales lugares de afirmación de su poder. Taharka constuyó monumentos en la mayoría de los enclaves nubios: en primer lugar en Napata, en donde edificó un templo nuevo (B-300) y amplió el de Amón-Re (B-500), en Sanam Abu Dom, cerca de Napata, construyó un templo completo con el mismo modelo que el de Kava, en Meroe, Semna, Qasr Ibrim, Buhen... Una actividad semejante desplegará también en Tebas, realizando obras en Medinet Habu y, sobre todo, en Karnak, del que será uno de los más grandes reconstructores. Hemos ya mencionado el edificio del lago sagrado y el kiosko que hizo levantar en el primer patio. Concluye los accesos al templo haciendo edificar unas columnatas, semejantes a la del primer patio, delante de la puerta de Montu al norte, de la puerta oriental y de la del templo de Khonsu. Consagra también, con Shepenupet una capilla osiríaca... Estas obras las dirige un personaje particularmente atrayente, Montuemhat, «Príncipe de la Ciudad» y cuarto profeta de Amón. Él y sus hermanos, situados por Taharka en los principales cargos pontificales comparten el poder sobre la Tebaida con la nobleza local a la que los etíopes han sabido congraciarse.

Los acontecimientos en Palestina vendrán, sin embargo, a alterar toda la situación. Sidón se subleva contra los asirios tras de lo cual, Asarhadón interviene en el año 677/676 y captura al rey de Sidón, Abdi-Milkuti, deporta a la población a Asiria y convierte al reino en una provincia asiria a la que dota de una nueva capital con el nombre de Kar-Asarhadón. Entre los años 676 y 674 es retenido en el sur del Tauro debido a las invasiones de los escitas y cimerios, y debe protegerse también de los medos y de sus vecinos meridionales que, de una manera o de otra intentan liberarse de su yugo. Una vez logrado un cierto equilibrio en estos frentes, tendrá las manos libres para centrar sus esfuerzos contra Egipto que está suscitando subrepticiamente la hostilidad de los puertos de la costa, frustrados por el bloqueo comercial con Egipto al que los somete el poder asirio. Tras un primer intento, hacia el año 677, en el Uadi El-Arich, consigue la neutralidad de las tribus árabes del mar Muerto. El enfrentamiento tuvo lugar hacia el año 674, el año 17 de Taharka. Asarhadón avanza sobre la sublevada Askalón, pero los asirios deben batirse en retirada ante los egipcios. Tres

años más tarde, en el 671, un nuevo choque resulta favorable a Asarhadón, que derrota a Taharka y toma Menfis donde captura al príncipe heredero y a diversos miembros de la familia real:

> «Yo asedié Menfis, su residencia real, y la tomé en medio día por medio de zapas, brechas y escaleras de asalto. Conduje a Asiria, como botín, a su reina, a las mujeres de palacio, a Urshanahuru, su "heredero aparente", a sus otros hijos, sus posesiones, sus numerosísimos caballos, su ganado mayor y menor. Deporté fuera de Egipto a todos los kushitas, no dejando ni uno para que me rindiera pleitesía. Por todo Egipto nombré otros reyes, otros gobernadores, oficiales, inspectores de franquicias, funcionarios, personal administrativo...». *(ANET, 293).*

Taharka se repliega hacia el sur, donde todavía matiene el control, mientras los asirios favorecen a sus rivales del norte,principalmente a los saítas. Tras la marcha de los conquistadores, el rey etíope fomenta los disturbios en el Norte y Asarhadón tendrá que intervenir de nuevo en el año 669. Fallece de camino a Egipto, dejando el trono de Nínive a su hijo Asurbanipal «el dios Assur es el creador del hijo», y el de Babilonia a su otro hijo Shamash-shum-ukin, «el dios Shamash ha establecido una dinastía legítima». A pesar de la entente cordial entre los dos reinos, Asurbanipal no toma personalmente el camino de Egipto para terminar la obra de su padre. Prefiere permanecer en la capital y envía un cuerpo expedicionario que vence a Taharka delante de Menfis. El faraón huye a Tebas, pero Asurbanipal decide entonces emprender su persecución. Añade a sus ejércitos, tropas auxiliares de Fenicia, Chipre, Siria así como contingentes procedentes de los reinos del Delta que decidieron cooperar contra el kushita. Los asirios prenetran profundamente hacia el sur de la Tebaida sin conseguir capturar a Taharka que ha retornado a su lejano reino de Napata. Recibirán la sumisión del Alto Egipto, incluso de los funcionarios etíopes como Montuemhat y consolidan su autoridad, probablemente, hasta Assuán.

Los asirios no permanecen mucho tiempo en un país cuya administración no pueden controlar directamente, obligados como están a depender de sus colaboradores indígenas. Apenas han vuelto la espalda cuando la actitud de los reyes del Norte cambia y establecen relaciones con Taharka. La respuesta de Asurbanipal es inmediata: hace arrestar y ejecutar a los principales jefes en Sais, Mendes y Pelusio, y deportar a los otros a Nínive, en donde les aguarda la misma suerte. Sólo perdonará a uno, a Nekao I, el rey de Saïs que había sucedido en el año 672 a Nekauba. Lo confirma en su reino e instala a su hijo Psamético, el futuro Psamético I, a la cabeza del antiguo reino de Athribis. De esta manera los saítas tomarán el poder apoyados y reconocidos por el invasor.

Nos encontramos en el año 665. Al año siguiente, Taharka muere en Napata no sin antes haber vinculado al trono a su primo Tantamani. Éste decidirá reconquistar Egipto depués de consolidar su realeza en Napata. Relata esta conquista en una estela que deposita en el templo de Gebel Barkal, al igual que lo había hecho su abuelo Pi(ankh)y, al que tomará clara-

mente como modelo. El texto recupera la tradición del sueño profético que hemos evocado anteriormente a propósito de Thutmosis IV:

> «El año en que fue coronado rey, Su Majestad vió en sueños a dos serpientes, una a Su derecha y otra a Su izquierda. Su Majestad se despierta y las busca en vano. Su Majestad dice: "¿Por qué me ha ocurrido esto?" Entonces se le ofrece esta explicación: "El país del Sur te pertenece ya, ¡conquista el país del Norte! Son sus dos Dueñas las que han aparecido sobre tu cabeza para darte el país a lo largo y a lo ancho, sin división"». (*Estela del Sueño*, 3-6).

El sueño se realiza, Tantamani es coronado en Napata y reconocido por Amón. Comienza desde entonces una cruzada que reproduce la de Pi(ankh)y. Desciende hasta Elefantina en donde sacrifica a Khnum, después se dirige a Tebas, en donde sacrifica a Amón-Re. Navega, finalmente, hacia Menfis a la que toma por asalto, aplastando a los «rebeldes» del Norte. Rinde culto a Ptah, Ptah-Sokaris y Sekhmet y hará consagrar su victoria en Napata mediante una serie de ornamentos y dones concedidos al templo de Gebel Barkal (*Estela del Sueño*, 18-24). A continuación, «vuelve a combatir contra los jefes del Norte». Su campaña se vio sin duda coronada por el éxito, en la medida en que el mismo Nekao I ha perecido en los combates. El príncipe Pekerur de Pi-Soped (Saft el-Henneh), en representación de los príncipes del Delta, acude a ofrecer su sumisión:

> «El príncipe y conde de la Morada-de-Soped, Pekerur se levantó para hablar y dice: "Tú puedes matar a quien quieras y dejar con vida a quien quieras sin que se te pueda hacer ningún reproche en lo tocante a la justicia de la acción". Todos a coro suplicaron entonces: "¡Concédenos la vida, oh señor de la vida, pues no existe vida sin ti. Nosotros nos someteremos como los humildes, tal y como decidiste la primera vez, el día en que te coronaron rey!"». (*Estela del Sueño*, 36-38).

Asurbanipal enviará de nuevo sus ejércitos contra Egipto en el 664/773, por lo que el triunfo de Tantamani será de muy corta duración. Menfis será conquistada y Tantamani ha de refugiarse en Tebas desde donde, perseguido por los asirios, huirá a Napata cuando éstos ocupen la capital de Amón. Sucedió en este momento lo que más de mil quinientos años sin conocer una invasión extranjera habían vuelto inconcebible: Tebas fue saqueada, quemada, arrasada y todos los tesoros, acumulados durante siglos de piedad en sus templos, robados. El saqueo de Tebas marca el fin de la dominación etíope que desde entonces no será más que teórica. La anterior incursión asiria ya había mostrado que Montuemhat y Shepenupet II gobernaban por su propia cuenta la Tebaida y que apenas se sentían solidarios con Napata. Es también el canto del cisne de toda una civilización: el mito de la inviolabilidad de los santuarios del faraón se rompe hecho pedazos por el azote de un Oriente bárbaro que hacía temblar a todos los pueblos, desde Asia Menor hasta las orillas del Nilo.

Tras el saqueo de Tebas y hasta el final del reinado de Tantamani, es decir, entre 664 y 656, la situación es muy indecisa, reflejando la profunda desorganización política enmascarada por el poder ficticio de los etíopes, que sólo se apoyaba, en realidad, en tres centros, Napata, Tebas y Menfis. Tantamani se retira a Napata donde su poder no es cuestionado. Los asirios no se atreven a adentrarse al sur de Assuán, en regiones que les son todavía más extrañas que el resto de Egipto, del que no conocen ni las costumbres ni la lengua. Las huellas que deja Tantamani en Nubia son mínimas, pero los documentos, privados y públicos, de Tebas continuán fechandose a partir de su reinado. En la misma Tebas, el poder continúa en manos de Montuemhat, cuya autoridad se extiende, como mucho, desde Assuán, al sur, hasta el reino de Hermópolis en el norte, en donde reina Nimlot, descendiente de aquél cuyo poder había confirmado Pi(ankh)y. En resumen, los asirios reprodujeron la misma ruptura política anterior a la conquista etíope, cambiando, en caso de necesidad, a los gobernadores en algunos lugares. Así sucederá en Heracleópolis, donde las fuentes asirias reconocen a un rey que no es Petisis, descendiente «legítimo» de Peftauauibastet.

Tras la sublevación del año 666/665, Asurbanipal confió el reino de Athribis al futuro Psamético I, añadiéndoselo así al dominio constituido antaño por Tefnahkt en Sais, que pasará a ser el reino dominante en el Delta. Las antiguas jefaturas libias, desde Sebennitos a Pi-Soped, permanecen en las manos de los descendientes de los antiguos adversarios de Pi(ankh)y. El reino tanita continúa existiendo, con una figura que llegará a ser legendaria, Petubastis II, quien probablemente formó parte del grupo de reyes ejecutados por Asurbanipal. En época grecorromana se convierte en el protagonista de un ciclo épico conocido por numerosos papiros demóticos con el nombre de *La gesta de Petubastis*. El conjunto está formado por una curiosa mezcla de géneros, que combina junto a un tema próximo al de la *Ilíada*, el del combate por los despojos del héroe, los hechos históricos de la época de la anarquía libia y de la dominación persa. Se reconoce perfectamente a los actores y, en su transposición mítica se mezclan temas tradicionales de la novela griega.

> En el origen del ciclo está Inaro, el oponente legendario a la dominación de Artajerjes I, que logró degollar al sátrapa Aquemenes antes de ser ejecutado en el 454. Un primer cuento lo presenta luchando contra un grifo viniendo del Mar Rojo. El segundo relata la lucha que enfrenta a los hijos de Petubastis y al Sumo Sacerdote de Amón, por la posesión del beneficio de Amón.
>
> El tercer cuento es el más próximo a las luchas políticas de finales de la época etíope. Inaro muere y su hijo Pemu de Heliópolis se enfrenta con un rival de Mendes por la posesión de la coraza de su padre. El combate sucede durante el reinado de Petubastis y hace entrar en escena a las grandes figuras de la época como Pekerur de Pi-Soped. Otros cuentos concluyen el ciclo; el más célebre es la lucha que lleva a cabo otro hijo de Inaro, Padikhonsu, contra la reina de las amazonas en Asiria, con la que acaba por aliarse para conquistar la India antes de regresar a Egipto...

Tras la muerte de Nekao I, los asirios reconocen como único rey de Egipto a Psamético I con la misión de evitar cualquier sublevación. La tarea no es demasiado fácil. Aunque domina todo el Delta occidental y los reinos de Athribis y Heliópolis, durante los primeros años de su reinado, que él hace comenzar en el año 664, su poder sólo es reconocido por dos de las antiguas jefaturas Ma del Este, las de Sebennitos y Busiris, demasiado próximas como para ser capaces de resistirse. La sumisión definitiva de los restantes soberanos del Norte no se produce hasta el 657, el año 8 de Psamético I, quien para entonces, ya había logrado atraerse al príncipe de Heracleópolis, Samtutefnakht, que había sucedido en el año 4 a Petisis. Este apoyo será de vital importancia pues le asegura al rey de Sais el control sobre el tráfico fluvial del valle así como sobre el tránsito de caravanas con los oasis del desierto occidental y con Nubia y Libia. Samtutefnakht le permitirá asimismo apoderarse de la Tebaida sin derramamiento de sangre. En marzo de 656, éste acompaña, a bordo de una poderosa escuadra, a Nitocris, la hija que Psamético I tuvo de Mehytemusekhet, hija a su vez del Sumo Sacerdote de Heliópolis. Psamético I consigue que la adopten las Adoratrices Divinas de ese momento, Shepenupet II y Amenardis II y que la doten con beneficios en el Alto Egipto, aceptando con ello *de iure* la dominación *de facto* del Norte. Montuemhat que, aunque oficialmente no ocupa más que el cargo de Cuarto Profeta de Amón, es quien ejerce la más alta autoridad en Tebas, acepta la soberanía de Psamético I con lo que la dominación de los etíopes, que se habían mostrado incapaces de resistir a los invasores asirios, es erradicada definitivamente. Por muy paradójico que pueda parecer, Psamético I, que le debía el puesto a los asirios y cuyo poder se apoyaba, mayoritariamente, en mercenarios griegos con los que había formado tropas de elite, pasa por ser el héroe nacional de la reunificación del país.

Aunque la adopción de Nitocris, celebrada con grandes fiestas en Tebas, consagra la unión del país, esto no implica que Psamético I hubiera terminado con toda oposición. Ciertos reyezuelos y príncipes del Delta se niegan a someterse y toman el mismo camino que siguieron todos los rebeldes del Norte desde el Imperio Medio, el camino de Libia. Psamético I recluta sus tropas por conscripción, lo que es sorprendente, entre todas las provincias reunificadas, y se encamina hacia el oeste. Los mojones sobre la ruta de Dahshur guardan el recuerdo de esta expedición victoriosa, a continuación de la cual el nuevo faráon instaló guarniciones en las fronteras occidental y oriental y también al sur, en Elefantina, que separará, en lo sucesivo, a Egipto del reino de Napata. Las composición de las tropas que moviliza Psamético I revela uno de los apoyos de su poder así como la transformación de las relaciones internacionales en un Mediterráneo surcado en fecha reciente por grandes movimientos de población. Sus tropas incluyen griegos y carios, que venden sus conocimientos militares en un Próximo Oriente cuyas luchas intestinas ofrecen grandes oportunidades, pero también nubios y libios, los mercenarios tradicionales y todos aque-

llos a los que las conquistas asirias han movilizado, fenicios, sirios o judíos que constituirán una importante colonia en Elefantina. Los puestos de mando permanecen en manos de los oficiales Ma de la confianza del rey, pero estas nuevas tropas permitirán descartar al viejo núcleo libio que ya sólo aspirará a compartir el poder. Psamético añadirá otro freno a las jefaturas del Norte albergando en el Delta a colonias de estos griegos y carios que le habían ayudado a dominar Egipto.

Se iniciará así la apertura de Egipto hacia el mundo exterior, que irá en aumento durante los cincuenta y cuatro años de su reinado. Los comerciantes vendrán, en efecto, tras las huellas de los militares, y las relaciones que Egipto mantiene con Grecia tienen una base esencialmente económica. Egipto exporta cereales, papiros, etc. y acoge a las primeras factorías milesias que se instalan en la desembocadura del brazo bolbitino del Nilo. Es el momento en que aparecen los grupos de intérpretes egipcios, que conducirán a los intelectuales griegos a visitar los grandes santuarios, sobre todo los del Delta y, especialmente, el de Neith de Sais, proporcionándoles al tiempo los elementos, más o menos deformados, que les permitirán elaborar la historia de esta vieja potencia casi mítica que tanto les fascina... Egipto entra poco a poco en la red de intercambios, cada vez más intensos, desde Asia Menor al mundo egeo, de la que, en cualquier caso, no hubiera podido mantenerse al margen.

Egipto se abre a las influencias exteriores, tanto en materia de artes como de técnicas, aunque sin renunciar a sus valores nacionales. Muy al contrario, Psamético I continúa el camino iniciado por los etíopes de retorno a las fuentes del Imperio Antiguo y Medio, acentuando el «nacionalismo», con la intención de contrastarlo con la invasión asiria y, posiblemente, también con la presencia de los extranjeros, que son cada vez más numerosos en el país y con los cuales las relaciones no estarán desprovistas de roces durante el período saíta. Radicaliza el pensamiento religioso estableciendo una búsqueda constante de la pureza original o, al menos, anterior al momento de las influencias asiáticas. Esto es, al menos, lo que se deduce de las proscripciones que afectaron, durante su reinado, a los cultos no egipcios, entre los que se incluyó el de Seth, que ya no es visto como el patrono de los reyes conquistadores de la dinastía XIX sino únicamente como el patrono de los hiksos. Las proscripciones van acompañadas de un ritualismo a veces muy estrecho, del que incluso la Biblia se hace eco (Gn. 42, 32).

Durante su reinado, como durante todo el periodo saíta y persa, el culto de las hipostásis animales conoció un gran desarrollo y él personalmente hará ampliar en el año 52 el Serapeo de Menfis. A menudo se piensa que esta necrópolis de los toros Apis, en quienes se decía que Re se había encarnado, había sido fundada por Amenofis III. En realidad, esta datación es puramente aporética: simplemente no se ha encontrado ninguna sepultura anterior a Amenofis III, pero las galerías subterráneas de Saqqara no han revelado aún todos sus secretos, tal y como lo ha demostrado el hallazgo reciente de los «pequeños subterráneos» excavados en la época de Ramsés II por el príncipe Khamuast... Psamético I, por su parte, amplió esta necró-

polis añadiéndole los llamados «grandes subterráneos», convirtiéndola así en uno de los monumentos más imponentes de Egipto.

> Cada toro estaba allí enterrado en una cámara propia a la que se accedía por una galería de 3 m. de ancho por 5,5 de alto durante 350 m. Las cámaras, realizadas perpendicularmente a la galería consistían en una excavación de 8 m. bajo techo, en el centro de la cual se asentaba un enorme sarcófago de sienita de las dimensiones del Apis y que pesaba una media de 60 toneladas. En el momento del entierro la cámara era sellada y se colocaba allí una estela para recordar la existencia del dios vivo. Este culto de Apis no era el único ejemplo de adoración de animales, por el contrario, las necrópolis vecinas de gatos o ibis testimonian el desarrollo que esta corriente religiosa tuvo en la Época Baja.

El culto del Apis aporta un interesante testimonio de esta evolución religiosa que llamó poderosamente la atención de los viajeros griegos contemporáneos y suministra, además una preciosa ayuda para el establecimiento de una cronología precisa. En tanto que hipóstasis divina, el Apis poseía su eponimia propia, paralela a la del faraón en ejercicio. Las estelas que acabamos de mencionar ofrecen, para el coronamiento y la muerte del Apis, una correspondencia de fechas con las del faraón. Confirman, de esta manera las duraciones de los reinados y sirven de punto de apoyo a la documentación ofrecida por la prosopografía local, fechada tanto en función del Apis como en función del rey. Sólo la necrópolis de los Apis ha escapado a la destrucción, pues las instalaciones cultuales, que debían ocupar una gran plaza encima de las galerías y en donde el príncipe Khamuast se hizo enterrar, no han sido conservadas, como tampoco las del Anubiseo o del Ibiseo vecinos. Sólo a través de las fuentes documentales contemporáneas alcanzamos a percibir la importancia y las riquezas que reunía el clero encargado del mantenimiento del culto.

La fuerte influencia saíta se nota en que ya no será Tebas quien marque la pauta en materia de teología o de arte sino que, por el contrario, se acudirá a la tradición menfita. Esto traerá como consecuencia un nuevo arcaísmo, que alcanzará su apogeo en las tumbas de algunos personajes destacados como Ibi (TT 36), el primero de los mayordomos conocidos de la Adoratriz Divina Nitocris. Esta tendencia se refleja también en la literatura, mediante la sistematización del relato regio siguiendo el estilo de la *Estela de la Victoria* de Pi(ankh)y, y la conservación de la lengua clásica en los textos oficiales. El demótico se convierte en este momento en la escritura vernácula, en detrimento del hierático «anormal» que, acantonado en el Alto Egipto, se reserva para los escritos no literarios. Habrá que aguardar a la época persa para que el demótico y, sobre todo, la lengua que éste transcribe reciban definitívamente carta de naturaleza en la literatura.

La ordenación política y económica del país se logra mediante una reorganización administrativa. En los primeros momentos Psamético I no interviene prácticamente en el gobierno del Alto Egipto. Posteriormente, va adoptando progresivamente medidas que le van a permitir instalar perso-



Fig. 164. Supuesto retrato de Montuemhat, Príncipe de la Ciudad. Granito gris. Alt.=1,35 m. Final de la dinastía XXV. El Cairo, museo egipcio.

nal vinculado a los intereses de Sais. Acabamos de evocar a Ibi que Nitocris toma como mayordomo, es decir como administrador de sus dominios en Tebas. Sus sucesores vendrán igualmente del Norte. Del Norte vendrá también el nuevo gobernador de Edfú y Elkab. Los reyes saítas dejan subsistir los viejos feudos, como el de Herakleópolis, que perdurará hasta la época griega, y se apoyarán sobre ellos para mantener el orden establecido. Aún conservando Sais como residencia y necrópolis real, Psamético I traslada la capital a Menfis, que recobra su papel de metrópolis política y administrativa. De todas maneras Menfis había sabido guardar a lo largo de los siglos, una cierta preeminencia teológica.

Egipto conoce bajo los saítas un brillo y una properidad indiscutibles y de los que dan cuenta perfectamente las ricas tumbas que los nobles se hicieron construir en Tebas o en las antiguas necrópolis menfitas. De cara a los países del Mediterráneo, todavía es un estado poderoso con el que es preciso contar. Sin embargo, este poderío y esta prosperidad no son debi-

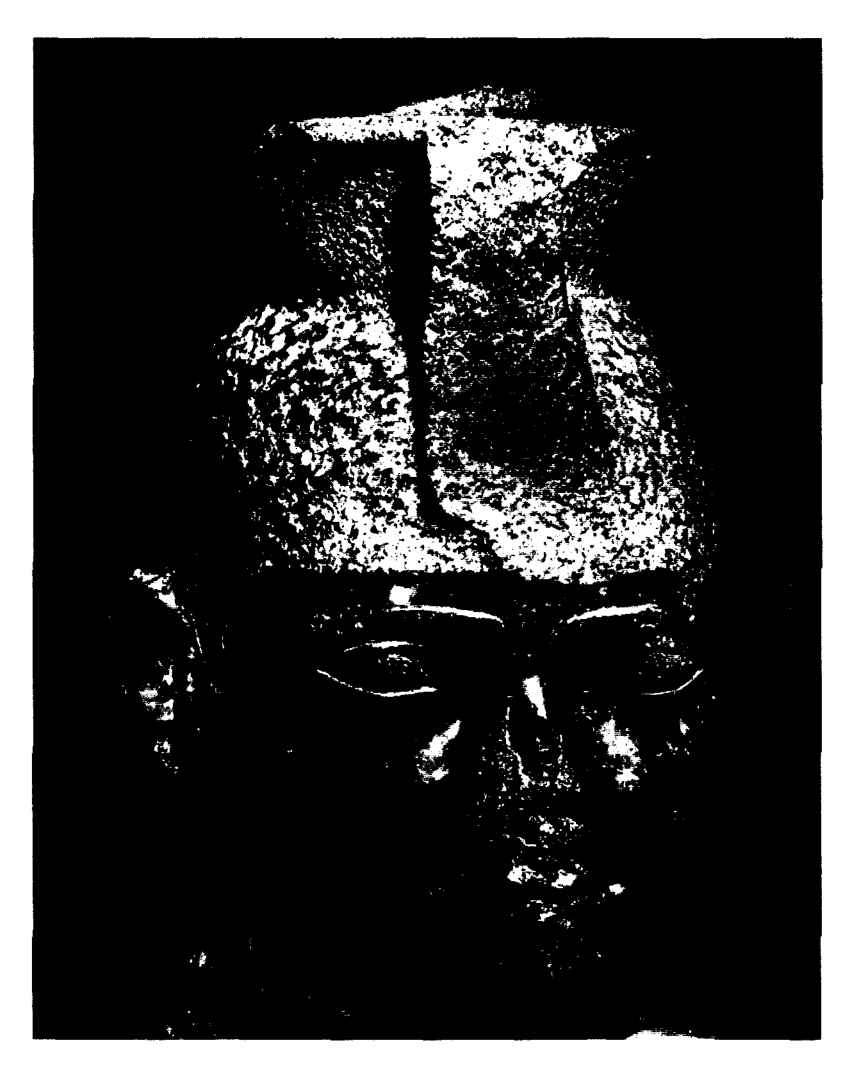


Fig. 165. Cabeza de una estatua de Taharka.
Granito. Alt.=0,35 m. El Cairo. Museo eipcio.

das tanto a sus propios recursos cuanto al declinar de Asiria, circunstancia de la que se beneficia para hacerse fuerte en el Próximo Oriente hasta que una nueva potencia acabe con sus ambiciones recién recuperadas. Cuando los ejércitos de Asurbanipal regresaron a su país tras haber sometido Egipto, graves dificultades se abatieron sobre Asiria. Las fronteras orientales estaban amenazadas por los elamitas y los manneos, las del norte por los cimerios, contra los cuales Giges, rey de Lidia y aliado de Psamético I, libraba un desesperado combate. Psamético I se aprovechará del enfrenta-

miento entre Elam y Asiria en el año 653 para sacudirse el yugo de Asurbanipal y perseguir a las guarniciones asirias hasta Ashdod en Palestina. Asurbanipal, además, debía enfrentarse a las consecuencias de la política sucesoria de Asarhadón. En Susa, un rey, Te-Ummán había tomado el poder, expulsando a los herederos del trono, los cuales se habían refugiado entre los asirios. Te-Ummán ataca Akkad, pero Asurbanipal le derrota y entrega sus posesiones a los príncipes exiliados. Éstos intentarán traicionar a Asurbanipal a favor de su hermano Shamash-shum-ukin, a quien no le convencía la división realizada en su momento por Asarhadón entre él y Asurbanipal. Había ganado para su causa a buena parte de los sirios y de los árabes. Asurbanipal bloqueó a su hermano en Babilonia y repartió sus fuerzas entre el frente elamita, donde se aprovechó de la división de los príncipes que no conseguían repartirse el poder de su padre, y las sublevaciones, más o menos larvadas del Oeste. Esta estrategie dio buenos resultados: en el 648 Shamash-sum-ukin muere en el incendio de Babilonia y, dos años más tarde, Susa sucumbe. Asurbanipal que, mientras tanto, ha sometido a los nabateos y reducido a la esclavitud a Fenicia, está a la cumbre de su poder. Sin embargo, una generación más tarde, Nínive estará en llamas y no quedará nada de un imperio mucho menos sólido de lo que parecía. Egipto recobrará su independencia, mientras que Fenicia, despojada del comercio marítimo por los griegos, ya no era la rica salida de antaño hacia el Mediterraneo, y los nabateos estaban tan intranquilos como su desierto. El Elam, devastado, no era una zona segura y se comprende que Ciro I se complaciera de la caída de Susa. Babilonia sólo piensa en la venganza y, más allá de los Zagros, los escitas y los medos no aguardan más que el menor signo de debilidad para caer sobre Nínive.

La muerte de Asurbanipal en el 627 será el comienzo del desplome asirio. En primer lugar, y hasta el año 612, sus hijos se disputarán el poder. El rey de Caldea, Nabopolasar se beneficia de estas luchas intestinas que extenúan a Asiria para apoderarse de Uruk en el año 626, y después de Sippar y Babilonia. Nabopolasar se hace proclamar rey de Babilonia, que controla por completo en el año 616. Mientras tanto, a lo largo de los años 629-627, los escitas caen sobre Asiria y avanzan por Asia Menor hasta el sur de Palestina donde Psamético I les detiene, a la altura de Ashdod, si hemos de creer a Heródoto. Es probable que no se tratase de una verdadera invasión sino únicamente de algunas avanzadillas, pero serán suficientes para que Psamético I tome conciencia del peligro que supondría el hundimiento total de Asiria, a la que ve fuertemente amenazada tanto por los caldeos como por los medos. Por consiguiente, decide intervenir contra Nabopolasar en apoyo de Asiria, por primera vez, en el año 616. La ayuda de Egipto no impedirá la derrota asiria, que se produce en dos etapas. En el año 625, Ciaxares logra reunir bajo su mando a las tribus escitas y persas y se lanza a la conquista de Asiria, en la que penetra en el año 615. Al año siguiente, intentará en vano tomar Nínive pero Assur sí caerá en sus manos. Nabopolasar se une a la rebatiña y los dos reyes se alían a espaldas del vencido. Fortalecidos con este nuevo pacto, volverán en el año 612 y asediarán Nínive durante tres meses. La ciudad fue toma-

da y destruida y el heredero del trono, asesinado. Un oficial logra huir y asume el poder con el nombre de Asur-Ubalit II refugiándose en el lejano oeste, en los límites del reino. En Harran, en las proximidades de la actual frontera siro-turca, las tropas egipcias acudirán en su ayuda.

El Próximo Oriente y el Mediterráneo

Nos encontramos en el año 610, cuando Psamético I muere dejando a su hijo Nekao II el encargo de continuar su obra. Egipto tenía obligaciones contraídas con lo que restaba del reino legítimo de Asiria. Los medos y los babilonios toman Harran y al año siguiente, en el 609, los egipcios consiguen rebasar el Éufrates tras el cual se habían refugiado, pero no podrán recuperar Harran. La ciudad permanecerá en manos de los medos que proyectaban quizá convertirla en la base de operaciones de cara a nuevas conquistas en el Oeste. Nekao II obtendrá partido del vacío dejado por los asirios en Siria-Palestina y aprovechará la expedición del año 609/608, contra Harran, para actuar en Palestina. Derrota a Josías, quien intentaba cerrarle el camino de la ruta hacia Megiddo. Interviene después en el reino de Israel y destituye a Joacaz, el hijo de Josías, que había accedido al trono a la muerte de su padre. Lo substituye por su hijo Eliaquín, que reinará con el nombre de Joaquim (2 Re. 23, 29-35). Jerusalén pagará tributo a Egipto y Nekao II mantendrá el control sobre Siria, al menos hasta Karkemish, durante casi cuatro años, el tiempo que necesitaron los caldeos para reorganizarse. Tras la caída de Nínive, serán los dueños del territorio, junto con los medos. Éstos últimos se conforman con las montañas del Elam, como botín, dejando a los babilonios Susiana y Asiria. Nabopolasar no se intalará en la devastada Asiria sino que pasará el final de su reinado reorganizando sus fuerzas. Al tiempo, envía a su hijo Nabucodonosor a encargarse de los asuntos de Siria, donde Nekao II no consigue implantar su autoridad con una victoria verdaderamente decisiva. Consigue, sin embargo, algunos éxitos, suficientes como para obligar a los caldeos a refugiarse al este del Éufrates y extender su influencia hasta Sidón. Pero el dominio egipcio sobre Siria es muy frágil, pues descansa tan sólo sobre alianzas impuestas a la fuerza,, como la establecida con Jerusalén. En la primavera del 605 Nabucodonosor se apodera de Karkemish, donde los ejércitos egipcios habían pasando el invierno y perseguirá a los fugitivos hasta Hama, en donde los aniquila.

La muerte de Nabopolasar ofrece un respiro a los egipcios puesto que Nabucodonosor debe regresar a Babilonia para tomar el poder. Sube al trono en la primavera del año 605 y regresa, al año siguiente, a recibir en persona el tributo que Damasco, Tiro, Sidón y Jerusalén pagan a regañadientes. El rey de Askalón se subleva, pero sus demandas al faraón en busca de auxilio resultan vanas. Este último, todo lo más, logra rechazar un ataque de los babilonios contra su frontera oriental en el año 601, y consigue recuperar Gaza. Los egipcios no traspasarán este límite hasta finales del reinado de Nekao II que volcará, en lo sucesivo sus ambiciones hacia otros derroteros.

Nekao II emprende una política de apertura hacia el mundo griego, promoviendo la instalación en el país de colonos llegados junto con los mercenarios jonios e intentando crear, como novedad, una flota egipcia capaz de rivalizar con sus enemigos, tanto en el Mediterráneo como en el Mar Rojo. Con este fin emprende importantes obras en el Uadi Tumilat, en los que emplearía unos 120.000 obreros, con la intención de construir un canal que uniese el Mediterráneo al Mar Rojo. La creación de esta nueva vía comercial necesitaba de un centro para el tránsito de caravanas y Nekao funda una ciudad, «la morada de Atón de *Tjeku*», siendo *Tjeku* el nombre de la región del Uadi Tumilat, en egipcio *Per-Temu* (*Tjeku*), hoy Tell el-Maskuta, a quince kilómetros del oeste de Ismaelia.

La fonetización de la palabra ha hecho que la tradición haya identificado esta ciudad con la Pithom bíblica, pero erróneamente tal y como se ha podido demostrar por las recientes excavaciones. La fundación del lugar es cierto que remonta a Nekao II, pero su historia posterior es confusa. La ciudad refleja los avatares del canal, al que está vinculada. Será restaurada y remodelada cada vez que el canal sea reparado y entre en servicio; así, Darío I, después los Nectanebo, Tolomeo II y, finalmente Adriano trabajarán allí. Los Nectanebo, sobre todo, embellecerán la ciudad con ayuda de los monumentos de Ramsés II, procedentes de Pi-Ramsés, lo que contribuyó, durante mucho tiempo a sostener la identificación de Tell el-Maskuta con Pithom.

Uahibre Nekao II hizo construir una flota que quizá no estaba realmente a la altura de la de sus rivales, pero que, entre otras felices consecuencias, supuso abrir la ruta de un periplo africano que recorrerán los marineros fenicios, a los que acudió, y que permanecerá como como uno de las grandes logros de su reinado, y tal vez incluso el único, porque no dejó un buen recuerdo ni entre sus contemporáneos ni en las siguientes generaciones, a pesar de una clara prosperidad de la que sus sucesores sacarán provecho. Cuando muere en el año 595, deja un hijo y tres hijas. Su hijo reina con el nombre de Neferibre Psamético II, durante poco tiempo ya que muere en el año 589. Desplegará, sin embargo, en tan poco tiempo, una energía digna del paralelismo que él buscaba con su abuelo. La brevedad de su reinado no nos permite saber si sus acciones en política interior habrían sido semejantes a las de Psamético I. Hace adoptar a la hija que tuvo con la reina Takhut, *Ankhnesneferibre*, «Neferibre vive por ella», por la Adoratriz Divina Nitocris, a la que substituirá en el año 584, permaneciendo en su puesto hasta la conquista persa en el 525 y manteniendo en Tebas una administración saíta cuyo lujo conocemos a través de las magníficas tumbas que los Mayordomos de Amón, Sheshonk, hijo de Harsiesis (TT 27) y Padineith (TT 197) se hicieron construir en el Assasif.

Las ansias de grandeza de Psamético II se manifiestan, sobre todo, en el exterior del país. Parece haberse esforzado sobre todo en compensar los efectos negativos de la política exterior de su padre. Si bien no utilizó apenas la flota construida por su padre, intentará reanudar los lazos con Judea. La semiderrota de los caldeos a manos egipcias en el año 601 motivó a Joaquim a

romper con Babilonia al año siguiente. En el año 598, su hijo Joaquín le sucederá, pero no por mucho tiempo pues, en marzo de 597, Nabucodonosor II conquista Jerusalén, saquea el Templo, deporta al rey a Babilonia con la mayoría de su corte y corona, en su lugar, a su tío Sedecías. Joaquín permanecerá más de treinta y siete años en la corte de Babilonia y esta ausencia alimentará la división, en ambas capitales, entre sus partidarios y los de Sedecías. Desde los primeros años del reinado de Sedecías, Egipto incitará a Jerusalén a la rebelión y su influencia no es probablemente ajena a la conferencia antibabilónica celebrada allí en el 594. En el 591 Psamético II realiza un viaje pacífico hasta Biblos que celebrará a su regreso como si de una campaña tradicional se tratase. Este alarde de fuerza incita a Sedecías a una sublevación cuyas consecuencias serán catastróficas para Jerusalén.

El año anterior, Psamético II había iniciado las hostilidades con el país de Kush, donde Anlamani había fundado el segundo reino de Napata. Se rompía así la situación de paz mantenida desde Tantamani. El ejército egipcio alcanza Pnubs, en la Tercera Catarata, y posiblemente también Napata. Curiosamente, Psamético II no se aprovechó de su victoria y sus tropas, entre las que se encontraban numerosos mercenarios carios que dejaron su nombre a su paso por Abu Simbel, se replegaron hasta la Primera Catarata. Elefantina seguirá siendo la frontera meridional de Egipto mientras que la zona entre Elefantina y Takompso, el Dodecasqueno, se convierte en una especie de *no man's land* entre Nubia y Egipto. Las razones de esta campaña son bastante oscuras, los textos oficiales la presentan como una pacificación motivada por una sublevación kushita de la que no hay ningún rastro más allá de la propaganda con la retórica tradicional. Vendrá seguida de una ola de repicado de los monumentos de los soberanos etíopes en Egipto, un poco como si Psamético II quisiera borrar con esta *damnatio memoriae* la existencia de los antiguos adversarios de su linaje. Atacará también la memoria de Nekao II, por razones posiblemente más profundas que las derrotas militares, siempre relativas, sufridas por los egipcios frente a los caldeos, pero que desconocemos.

LA PRESENCIA GRIEGA

Psamético II muere en febrero del 598, antes de que su política en Próximo Oriente hubiera dado fruto. Su hijo Khaaibre Apries debe afrontar inmediatamente la situación provocada por la sublevación de Sedecías, en la que él mismo participa junto con Fenicia. Nabucodonosor II avanza sobre Jerusalén a la que asedia durante dos años. Se asegura también del control de Fenicia conquistando Sidón, pero fracasará, en cambio, ante Tiro a la que Apries abastece por mar demostrando así la eficacia de su nueva flota que permitirá a Tiro resistir nada menos que hasta el 573. Por tierra, sin embargo, los egipcios tienen menos éxito pues se baten en retirada al intentar llevar auxilios a Sedecías: Jerusalén cae en el 587 y Sedecías, que logra huir, es capturado en Jericó. Nabucodonosor le inflinge un terrible escarmiento, haciéndole presenciar la muerte de su hijo, y conduciéndole des-

pués, tras arrancarle los ojos, al cautiverio. Sin embargo, la facción favorable a la guerra no se da por vencida, y los partidarios de Jeremías asesinan al gobernador babilonio, nombrado por el vencedor, y después huyen con su jefe a Egipto, antes de que se produzca la represión en el 582.

La guerra no ha terminado aún para Apríes. La guarnición de Elefantina se subleva aprovechando la derrota egipcia frente a Nabucodonosor II. El general Neshor logró reprimir los motines, pero éstos no son más que la señal de los problemas que marcarán el final del reinado. En el 570 solicita su ayuda su aliado libio, el príncipe Adikran de Cirene, que se halla en apuros por los invasores dorios. Apríes envía algunos mercenarios, los makimoi, que van a ser derrotados y, al regreso de esta desastrosa expedición, estallará el enfrentamiento entre los makimoi y los griegos de Egipto que degenerará en una guerra civil entre las fuerzas nacionales y los mercenarios griegos y carios. Los egipcios proclaman rey al general Amasis que se había cubierto de gloria con la expedición contra los kushitas. Apríes, que sólo cuenta con sus tropas de mercenarios, se enfrenta a Amasis en Momemphis a fines del 570. Allí muere y Amasis transportará su cadaver a Sais en donde le rendirá honras fúnebres. Nabucodonosor II aprovecha estos conflictos para intentar una invasión a Egipto en el 568, pero Amasis consigue detenerle.

Aunque había sido llevado al poder por las fuerzas nacionalistas, Amasis no podía, sin embargo, mantenerse al margen de los problemas de los griegos, tanto dentro como fuera del país. En el interior, encuentra una solución al problema griego y cario adoptando una política que le permite suprimir los diversos núcleos extranjeros diseminados por el Norte. Heródoto relata que concentró a los extranjeros en la ciudad de Naucratis, al sureste de la futura Alejandría y las recientes excavaciones del yacimiento han confirmado esta concentración en Naucratis, donde había colonos instalados desde el reinado de Psamético I. Amasis les concederá importantes privilegios económicos y comerciales. Otorga a la ciudad el estatuto de factoría autónoma, con sus propios lugares de culto. Esta economía de «factorías» que conocerá ramificaciones hasta el Egipto moderno, será la base de la prosperidad de toda la región y contribuirá, en gran medida, al desarrollo de todo el país, que alcanzará uno de sus momentos culminantes en este reinado. Por lo general, se estima que la población de Egipto en aquel entonces era de unos siete millones y medio de habitantes, una cifra enorme en relación al mundo mediterráneo si se piensa, sobre todo, que el Egipto contemporáneo no rebasará la cifra de los ocho millones hasta el siglo XIX. La tradición conserva de Amasis el recuerdo de un soberano bondadoso y *bon vivant*, a la vez que legislador inteligente. Desgraciadamente, los conquistadores persas borraron el recuerdo de su obra en casi todos los monumentos que edificó. Hizo gala de sus buenas cualidades permaneciendo en buenas relaciones con el mundo griego. Algunos éxitos militares conseguidos sobre ciertas ciudades de Chipre le permitieron tener a su servicio a la poderosa flota de la isla. La utilizará para comerciar en el Mediterráneo y conseguir así aliados contra la creciente potencia de los persas, que le inquieta tanto como a sus partidarios griegos. Firmará un tratado de alianza con

Creso, el legendario rey de Lidia, y con Polícrates, el tirano de Samos. Conseguirá también entenderse con su tradicional enemigo, Babilonia quien apoya también a Creso. Sin embargo, en el año 546 Lidia caerá ante Ciro II y, siete años más tarde, le tocará el turno a Babilonia. Los aliados más seguros parecen, equivocadamente, las ciudades griegas, cuya amistad Amasis había cultivado con tales medidas que harán de él el más filoheleno de los faraones. Llegó incluso al extremo de financiar la reconstrucción del templo de Apolo en Delfos, tras el incendio que lo destruyó en el 548.

Todas estas precauciones no conseguirán impedir lo que cada vez parecía más inevitable, la creación por los persas, que en lo sucesivo serán los dueños de Asia Menor, de un imperio aún más poderoso que el que habían edificado los asirios. Los únicos que podían oponerse a ellos eran los griegos, amparados por el mar y por técnicas militares cuya eficacia había quedado demostrada en las batallas de los últimos años. Egipto no podrá hacer otra cosa que sufrir las consecuencias de los acontecimientos que, en breve, se precipitarán. La muerte de Ciro II en el 529 retrasa por un momento la invasión de Egipto. A la muerte de Amasis en el 526, Psamético III sube a un trono ya vacilante. En Susa, Cambises II ha sucedido a Ciro II y marcha sobre Egipto en la primavera del 525 aniquilando el ejército de Psamético III en Pelusio. El rey se refugia en Menfis que se convierte, una vez más, en el último bastión de resistencia. La ciudad es tomada y Psamético se escapa logrando reunir sus últimas fuerzas antes de ser capturado y conducido, cargado de cadenas, a Susa. Egipto se transforma en una provincia del imperio aqueménida. Habrá aún algunos brotes de independencia en los casi dos siglos siguientes, pero siempre aprovechando algún breve vacío de poder entre dos conquistadores.

La apertura hacia el mundo exterior

Etíopes y saítas sólo gobernaron el país unos dos siglos, divididos de forma desigual entre unos y otros. Bajo el reinado de los primeros, se logró una cierta unidad nacional, frágil, hablando con propiedad, y adaptada al nuevo reparto de poder entre los rivales que tenían, ambos, el derecho de reclamar una cierta legitimidad. Los libios eran, hasta cierto punto, los herederos de un trono que los descedientes de Ramsés habían dejado escapar. Los etíopes tenían también razones para buscar en un pasado más lejano los orígenes de su monarquía: ¿acaso no habían nacido ellos de este imperio querido por Amón?. Entre ambos, Tebas perdió definitivamente la iniciativa, tanto desde el punto de vista político como religioso. Saítas y etíopes estuvieron de acuerdo en el mantenimiento de la institución de la Adoratriz Divina, única capaz de calmar un conflicto siempre latente.

La que más se beneficiará de estos conflictos, acentuados aún más por los asirios al instalar el poder saíta (prueba de ello serán las últimas proscripciones de Psamético II contra los etíopes, casi un siglo después del enfrentamiento con la monarquía kushita) será Menfis, que vuelve a convertirse en la capital política, al igual que en los albores de la Historia. Este

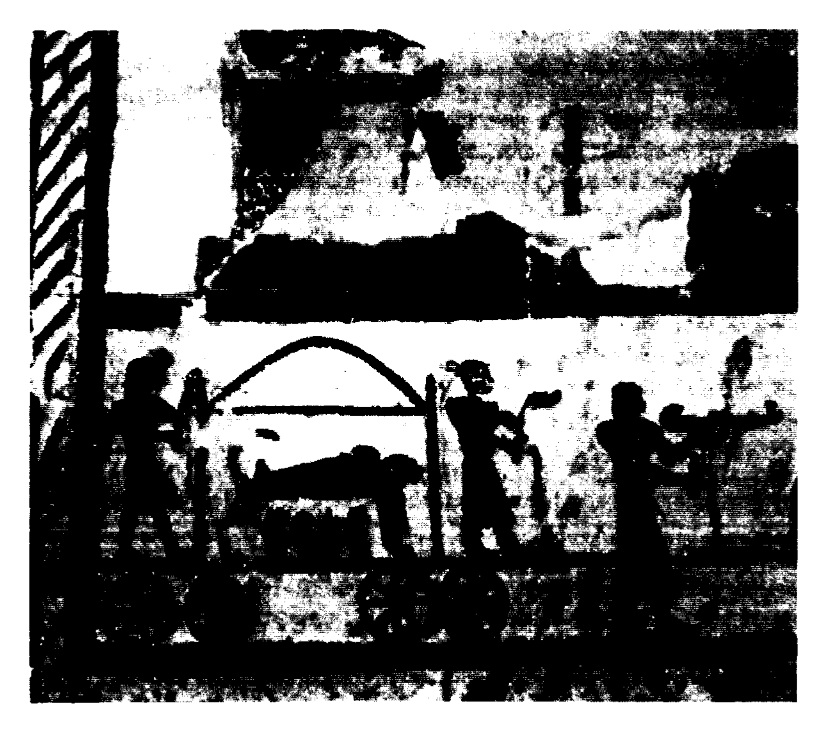


Fig. 166. Tumba de Petubastis en Mussavaga (oasis de Dakhla), detalle del muro septentrional. Pintura sobre enlucido.

retorno tiene valor de arquetipo, pues sirve para cimentar de nuevo la monarquía sobre los antiguos valores y viene acompañado de una búsqueda religiosa, literaria y artística que rompe con los nuevos horizontes a los que se abre el país acogiendo en su suelo a los recientes dueños del Mediterráneo. Hemos visto que los egipcios, en un primer movimiento que permanecerá de manera natural hasta hoy, han aceptado las aportaciones venidas del exterior e intentado asimilar los nuevos valores, tal y como lo habían hecho anteriormente con los procedentes de Asia. Sentaron así las bases de una sociedad que combinará, en los siglos venideros, lo que hay de compatible en ambas culturas. Podemos pensar, a modo de ejemplo en la extraña tumba de Petorisis en Tuna el-Gebel, en las pinturas de Mussavaga, en el lejano oasis de Dakhla, o en las sorprendentes microculturas que se establecieron en el *limes* romano y que dieron lugar, como en Dush, en el oasis de Kharga, a una extraña mezcla de temas egipcios, griegos, judíos y orientales. Al mismo tiempo, supieron hallar en los valores nacionales redescubiertos la forma de oponerse a la voluntad de quienes recordaban la humillante memoria de la invasión asiria. Ésta será sin duda una de las razones que hicieron de la época saíta un modelo de la grandeza pasada de Egipto, un refugio de los valores tradicionales hacia los que volverse cuando el yugo del nuevo invasor se vuelva demasiado pesado.

CAPÍTULO XV

PERSAS Y GRIEGOS

LOS PERSAS EN EGIPTO

La derrota de Psamético III marca el fin de una política y viene a consumar el aislamiento de Egipto dado que los aliados griegos desertan justo en el momento de la contienda: Fanes de Halicarnaso cambió de bando en Gaza y ya antes Polícrates de Samos había traicionado al faráon. Los beduinos, «habitantes del desierto» y enemigos tradicionales de los egipcios, sirven de guía a las tropas persas para atravesar el Sinaí. Más allá de los apoyos militares, Cambises II será bien acogido por ciertas minorías como la comunidad judía de Elefantina y por ciertos miembros de la aristocracia egipcia. Es muy probabable, incluso, que los saqueos de ciudades egipcias, y en particular el de Tebas, que relatan las fuentes griegas, no hayan tenido lugar jamás, o en todo caso, que no fueran tan crueles como pretenden los textos, fuertemente influenciados por la propaganda antipersa. Por el contrario, los intereses de los nuevos dueños de Egipto parecen coincidir con una cierta tradición nacional que se mantiene entre las clases más favorecidas, un fenómeno que se repetirá también en otras ocasiones: dos siglos más tarde Dario III Codomano y, tras él, Alejandro y sus herederos encontrarán a una elite dispuesta a prestar su apoyo para gobernar el país manteniendose así la ficción de una administración indígena en una sociedad aparentemente inmutable. Uno de estos funcionarios que se pasó al servicio de los persas, Udjahorresne, era el arquetipo mismo de alto dignatario ilustrado. Sacerdote de Sais y médico, fue oficial de la marina con Psamético III y Amasis. Su autobiografía, escrita en una estatua que le representa como naóforo y conservada hoy en el Museo Vaticano, relata cómo inició a Cambises en la cultura egipcia con la intención de que pudiese adoptar, al igual que habían hecho los anteriores dueños de Egipto, el aspecto de un faraón:

> «El Gran Jefe de Todos los Países Extranjeros, Cambises, vino a Egipto, y los pueblos extranjeros de todo país extranjero estaban con él. Cuando

	DINASTÍA XXVII
525-522	Cambises II
522-486	Darío I
486-465	Jerjes
465-424	Artajerjes
424-405	Darío II
405-359	Artajerjes II
	DINASTÍA XXVIII
404-399	Amirteo
	DINASTÍA XXIX
399-393	Neferites I
393	Psamutis
393-380	Akhoris
380	Neferites II
	DINASTÍA XXX
380-362	Nectanebo I
363-360	Takhos
360-343	Nectanebo II

Fig. 167. Cuadro cronológico de las dinastías XXVII-XXX.

hubo conquistado todo este país, ellos se establecieron ahí, y fue el gran Gobernante de Egipto y de todos los países extranjeros. Su Majestad me asignó el cargo de Médico Jefe. Él hizo que yo viviera a su lado como Compañero y Administrador del Palacio. Yo compuse su titulatura, a saber, su nombre de rey del Alto y del Bajo Egipto, Mestyu-Re». (Posener, 1936, 7. Trad. de J.M. Serrano Delgado).

Los persas no impondrán en Egipto la administración de su país. El Valle, bien es cierto, se convierte en una satrapía que Cambises II confía a Ariandes en el año 522, antes de ir a sofocar la revuelta provocada por el aspirante al trono Gaumata, pero los reyes de Susa reinarán en Egipto como faraones, adoptando, al igual que lo había hecho Cambises II, una titulatura completa y continuando la obra de sus «predecesores» egipcios.

Udjahorresne abogará, de forma clara, por su ciudad, Sais, con la que los recién llegados no habían tenido todas las consideraciones dignas de su venerable santuario.

«Hice que su majestad conociera la grandeza de Sais, que es el lugar de Neith la Grande, la madre que dio a luz a Re y que inauguró los nacimientos, cuando los nacimientos aún no existían (...) Hice una petición a la majestad del rey del Alto y del Bajo Egipto Cambises acerca de todos los extranjeros que habitaban en el templo de Neith para que fueran expulsados de él,

de forma que el templo de Neith estuviera en todo su esplendor, como era anteriormente. Su majestad ordenó expulsar a todos los extranjeros [que] habitaban en el templo de Neith, y derribar todas sus casas y todos sus impuros bienes que estaban en este templo. Cuando ellos se llevaron [todas sus pertenencias] personales fuera del muro del templo, su majestad mandó limpiar el templo de Neith y que todo su personal regresara a él,... y los sacerdotes horarios del templo. Su majestad mandó proporcionar ofrendas divinas de los bienes *vakef* a Neith la Grande, la madre de dios, y a los grandes dioses de Sais, como era anteriormente. Su majestad mandó [realizar] todos sus festivales y todas sus procesiones, como se hacía anteriormemte. Su majestad hizo esto, porque hice que su majestad conociera la grandeza de Sais, que es la ciudad de todos los dioses que residen allí en sus tronos para siempre». (Posener: 1936, 7-16. Trad. de J.M. Serrano Delgado).

Los trabajos realizados en el Uadi Hammamat por Cambises II así como en otros templos de Egipto, confirman esta política en relación a los santuarios y a los cultos nacionales. El enterramiento solemne de un Apis, en el año 6 del reinado de Cambises, contradice la tradición de impiedad que las fuentes posteriores ofrecen del soberano aqueménida. Si seguimos a Heródoto, Ctesias y, sobre todo la *Novela de Cambises* o la Crónica de Jean de Nikiu (Schwartz: 1948) que son nuestras principales fuentes, Cambises habría actuado como el peor de los salvajes, asesinando al Apis en Menfis y también habría realizado deportaciones masivas de sus oponentes, etc. Estos textos no hacen sino transcribir un fondo de propaganda nacionalista que se desarrolla no tanto durante la dominación persa cuanto algo más tarde, en el momento en el que los griegos, vencedores de los persas y nuevos dueños del país, practican cuidadosamente esta otra forma de *damnantio memoriae* sobre sus antiguos rivales.

Cambises II intentó, en vano, conquistar Nubia y los oasis. La expedición hacia Siwa, quizá a la búsqueda de la confirmación del oráculo de Amón, ante el que se presentará más tarde Alejandro, fue una catástrofe. Según se dice, perdió un ejército entero cuyo rastro creen descubrir en ocasiones los arqueólogos bajo las arenas del desierto... Quizá la causa de la mala reputación de la administración persa sea debida a la gestión del sátrapa Ariandes, que gobierna desde el 522 al 517. Dario I, que había subido al trono en el 522, tuvo que presentarse en Egipto y destituirle para evitar que todo el país se sublevase. Parece ser que Ariandes, que tenía su propia política, que acuñó moneda con su propia efigie y tomó la iniciativa de conquitar Cirene cuando los libios se sublevaron contra sus jefes dorios, no mantuvo hacia las costumbres egipcias el mismo respeto que hacia ellas había tenido su rey.

Darío I condenó a muerte de Ariandes y lo reemplazó por Ferendares, quien tomó medidas para apaciguar los ánimos. Hizo completar la apertura del canal de Nekao II entre el Mar Rojo y el Mediterráneo para poder explotar mejor Egipto, la más rica de las satrapías, e impulsar las escuelas de pensamiento egipcio, tal y como nos lo indica Udjahorresne, que debió de seguir al rey a Susa:

«La majestad del rey del Alto y Bajo Egipto, Darío, que vive para siempre, me ordenó volver a Egipto, cuando su majestad estaba en el Elam y era Gran Jefe de Todos los Países Extranjeros y Gran Gobernante de Egipto, para restaurar la institución de la Casa de la Vida... después de que decayera. Los extranjeros me llevaron de país en país y me dejaron en Egipto como fue ordenado por el Señor de las Dos Tierras. Actué según me había ordenado su majestad. Los doté con todo el personal, consistente en bien nacidos; no había gente de baja extracción entre ellos. Los puse bajo la tutela de todo hombre sabio [de forma que les enseñaran] todas sus artes. Su majestad había mandado proporcionarles toda cosa buena, para que pudieran llevar a término sus obras. Los proveí con toda cosa útil para ellos, con todo el equipamiento que estaba registrado, como ellos fueron anteriormente. Su majestad hizo esto porque conocía el valor de este gremio en cuanto a hacer vivir todo lo que está enfermo, haciendo perdurar para siempre los renombres de todos los dioses, sus templos, sus ofrendas de bienes *vakef* y la organización de sus festivales». (Posener: 1936,22. Trad. de J.M. Serrano Delgado).

Darío I restablece las prerrogativas de los dominios de los dioses y hace contruir el templo de Hibis, en el oasis de Kharga. Dirige trabajos de restauración en Busiris y Elkab y hace reabrir las canteras del Uadi Hammamat; una de sus estatuas, tallada en estas canteras, ha sido encontrada en Susa. Emprende asimismo una reforma administrativa y jurídica, redactando un Código y acuñando moneda local... Dejará tras de sí el recuerdo del rey extranjero más próximo a las inquietudes del país y cabe suponer que Egipto se encaminase, bajo su mandato, hacia un período de prosperidad. Sin embargo, una vez más, la política exterior, transformará el destino del Valle. En el año 490, los griegos derrotan a los persas en Maratón, obligando a Darío a concentrar su atención en otro frente. El Delta aprovechará la situación para sublevarse en el 486, Darío I muere antes de poder intervenir y le sucederá Jerjes en el trono de Egipto. Éste sofoca la rebelión y pone a la cabeza de la satrapía de Egipto a su propio hermano, Aquemenes, quien endurece la administración del país hasta tal punto que mucho tiempo después, en la época tolemaica, el nombre de Jerjes será designado con un determinantivo reservado únicamente a los enemigos vencidos. Los acontecimientos, sin embargo, se precipitan. Por orden de su hermano, Aquemenes se pone al frente de las doscientas naves egipcias que refuerzan la flota persa en su lucha contra los griegos. La derrota de Jerjes en Salamina y su posterior asesinato incitan a los egipcios a la sublevación, que estallará durante el reinado de su sucesor, Artajerjes, quien sube al trono de Persia en el año 465.

Inaro, un dinasta libio, hijo del último Psamético, inicia la lucha reagrupando a las fuerzas nacionalistas dispersas en el Delta y se declara rey. El príncipe Amirteo, descendiente de los reyes saítas, se suma a la causa y entre ambos se apoderan de todo el Bajo Egipto hasta Menfis. Atenas les envía una escuadra como apoyo contra los persas. La batalla tuvo lugar en Papremis: Aquemenes muere en ella y los insurrectos se dirigen a Menfis

junto con sus aliados griegos. Tras varios combates inciertos, los persas consiguen ventaja, los griegos huyen e Inaro es hecho prisionero en la isla de Prosopis. Será condenado a muerte en Persia en al 454. Arsames sustituye a Aquemenes a la cabeza de la satrapía. Grecia y Persia firman la paz y durante una generación el país permanece en calma. Este es el Egipto, en apariencia tranquilo y próspero, que visita Heródoto. Arsames confirma en sus puestos a los hijos de Inaro y se abstiene de llevar a cabo cualquier medida que haga revivir la sublevación. Los funcionarios persas instalados en Egipto adoptan progresivamente el estilo de vida del país, incluso egipcizando sus nombres.

Esta calma aparente ocultaba en realidad los problemas que aflorarán con la sucesión de Artajerjes en Susa. Cuando Darío II sube al trono en el 424 intenta enlazar con la política de conciliación de Darío I, continuando, entre otras cosas, la decoración del templo de Hibis. Cuenta, dentro del país, con el apoyo de la comunidad judía de Elefantina lo que contribuye a la exasperación de las corrientes «nacionalistas» que destruirán el templo de esta última en el año 17 del reinado. Los griegos y, sobre todo, Esparta, instigan al foco más importante de la rebelión que se encuentra en Sais. El nieto de Amirteo, que lleva el mismo nombre que su abuelo, se subleva abiertamente en el 404 tras más de seis años de oposición en la semiclandestinidad. Se hace coronar faraón el mismo año de la muerte de Darío II, dando origen a la dinastía XXVIII, de la que será el único representante. En menos de cuatro años, su poder es reconocido hasta Assuán, siendo los últimos en admitirlo los miembros de la comunidad judía de Elefantina. Ningún monumento suyo ha llegado a nosotros y no se sabe prácticamente nada de su reinado, que dura hasta el 398. La facilidad con la que triunfó la revuelta y la ausencia casi total de reacción por parte de Susa tiene su explicación en la querella sucesoria que se desata entre los persas a la muerte de Darío II, una lucha fratricida entre Artejerjes y Ciro II que relata Jenofonte. Este autor refiere que, cuando Ciro fue vencido, el jefe de sus mercenarios griegos, Tamos, se refugia en Egipto en donde el faraón (al que por error denomina Psamético) le condena a muerte. Este acto, en principio incomprensible puesto que los egipcios y los griegos eran aliados naturales contra los persas, ¿sería un acto de buena voluntad hacia al nuevo rey de Susa quien, por otra parte, no tenía medios de intentar una reconquista de Egipto y estaba obligado a aceptar una prudente neutralidad?

La vuelta a la independencia

Sea como fuese, lo cierto es que Amirteo II inaugura el último período de independencia nacional. Su duración será inferior a un siglo, desde el 404 al 343 y durante este tiempo dos dinastías sucederán a la XXVIII: la XXIX que no dura más que veinte años y la XXX que dura exactamente el doble. No se sabe con exactitud la forma en la que Neferites sucedió a Amirteo, en el otoño del 399. Su carrera anterior es totalmente desconocida. Era sin duda un militar originario de Mendes, y por este motivo gene-

ralmente se le atribuyen antepasados libios. No se conocen las condiciones exactas del cambio de dinastía, aunque nada indica que hubiera habido violencia a lo largo del país salvo un único documento, un papiro arameo conservado en el Museo de Brooklyn, que trasluce la idea de enfrentamiento abierto entre el fundador de la dinastía XXIX y su predecesor. Neferites habría capturado a Amirteo y lo habría condenado a muerte en Menfis antes de establecer su capital en su ciudad natal. La elección de Mendes parece confirmarse a través de las recientes excavaciones que, dirigidas conjuntamente por el Museo de Brooklyn y la Universidad de Nueva York, certifican la actividad de constructor de Neferites en este lugar. No ha sido hallada todavía la necrópolis real que, evidentemente, ha de estar allí.

Su coronación tuvo lugar quizá en Menfis o en Sais, como más tarde hizo Nectanebo I (Traunecker: 1979, 420), por razones puramente políticas. En su protocolo, demuestra la misma voluntad que Amirteo de llevar a cabo una política semejante a la de los reyes de la dinastía XXVI y adopta el mismo nombre de Horus que Psamético I. Su reinado es más corto y menos glorioso que el de su modelo. Manetón le otorga seis años, pero no se conoce ningún documento que vaya más allá de su cuarto año. Su actividad, sin embargo, fue intensa. El nombre del faraón está atestiguado en el Norte, en Tell Tmai, Tell Roba, Tell el-Farain, Saqqara y Menfis, donde un Apis es enterrado en el año 2 de su reinado. Ha aparecido el rastro del culto de una de sus estatuas en Akhmim, y se supone que este faraón inició, en el templo de Amón-Re de Karnak, la construcción del almacén de ofrendas situado al sur del Lago Sagrado y de la capilla-embarcadero, delante del primer pilón, que concluirá Akhoris (Traunecker: 1979, 423).

Tras su muerte, acaecida durante el invierno del 394/393, dos facciones rivales se disputarán el poder. En un primer momento, el partido legitimista parece triunfar, si creemos a la *Crónica demótica,* y el hijo de Neferites, el Muthis de la lista manetoniana, reina durante algunos meses. Su autoridad, sin embargo, es puesta en entredicho por Psammuthis, *Pasheri-en-Mut,* «El hijo de Mut», que lo destrona y se hace coronar con el nombre de *Userre,* «Re es poderoso», «El elegido de Ptah». El usurpador, a quien la crónica critica por impío, no reina más que un año, dejándole el puesto a Akhoris que hará «desaparecer» su reinado incluyéndol en el suyo propio, que finge iniciar tras la muerte de Neferites I. Sin embargo, y pesar de lo breve del reinado de Psammutis, ha dejado huellas, sobre todo en Karnak, donde prosigue la obra de Neferites, en contra de lo que cabría esperar. Está también presente en Akhmim, pero aquí su persona no es objeto de culto, bien porque la tradición lo consideraba efectivamente como un usurpador o bien porque su sucesor logró borrar completamente las huellas de su reinado.

Akhoris, desde el momento en que accede al poder, pone gran empeño en afirmar su legitimidad, subrayando sus relaciones con Neferites, tanto sobre los monumentos como escogiendo una titulatura que lo sitúa como heredero directo de la política dinástica. Sus intenciones se ven sobradamente confirmadas por sus actos. El nombre de su hijo, que le sucederá algunos meses durante el verano del 380, antes de ser destrona-

do por Nectanebo I, Neferites II, lo supone nieto del fundador de la dinastía... Sin embargo, este celo excesivo traiciona quizás una procedencia mucho menos segura que la que trata de demostrar el faraón atribuyéndose, como antaño Amenemhat I y Sethi I, el nombre de *uhem-mesut*, «El que renueva los nacimientos». Nectanebo I, por su parte lo califica de usurpador, vinculándose a sí mismo con Neferites I. Carecemos de documentos precisos para establecer con detalle el hilo sucesorio y lo más prudente sea, quizá, considerar a Ahhoris y a Nectanebo como parientes colaterales que rivalizan por el poder (Traunecker: 1979, 432, sg).

Sea como fuese, durante los catorce años en los que reina Akhoris se produce un cierto florecimiento que se manifiesta en la continuación de los grandes trabajos en los templos: en Luxor y Karnak, donde termina el programa iniciado por Neferites I, en Medinet Habu, Elkab, Tod, Medamud, Elefantina, en el Medio Egipto, en el Serapeo y también en el templo de Hibis en Kharga, etc. Un cierto número de estatuas y objetos con su nombre, mucho más numerosos, comparativamente hablando, que los dejados por sus predecesores, confirman esta impresión. Asimismo, el hecho de que hayan aparecido hasta en Fenicia indica un regreso al plano político internacional.

Es cierto que estamos muy lejos del «renacimiento» saíta, pero las canteras del país se ponen de nuevo en funcionamiento, el comercio florece y Egipto está otra vez presente en el Próximo Oriente. Carente de medios, en este momento, para desempeñar un papel importante debe contentarse con participar, siquiera indirectamente, al lado de las grandes ciudades griegas en pugna con los persas que continúan aterrorizando al Mediterráneo. Éstos por su parte se niegan a considerar a Egipto como una potencia autónoma y no ven en ella sino una satrapía rebelde. Neferites ofreció a Esparta víveres y material de guerra como colaboración en el esfuerzo contra el enemigo común, pero desgraciadamente, el envío cayó en manos rodias, aliados de los persas, y tras este intento fallido, Egipto no participará más en la lucha, ni siquiera indirectamente.

El alejamiento progresivo de Esparta en relación con Asia Menor tras la batalla naval de Cnido en el 394 y, sobre todo, la derrota del 391 así como la entrada en liza de Atenas al lado de Chipre en el 390/389, modificarán, en adelante, la relación de fuerzas en el Mediterráneo. Para Egipto no suponía más que un cambio de alianzas incluso más favorable que el anterior en la medida en la que la revuelta de Evágoras en Chipre contra el Gran Rey, situaba a las tropas de éste suficientemte alejadas de las orillas del Nilo. Akhoris firma un tratado con Atenas en el 389 que le deja las manos libres para reorganizar sus fuerzas. Esta tregua dura hasta la paz de Antálcidas, en virtud de la cual, las ciudades griegas renuncian a combatir a Artajerjes que se libera así del frente europeo. El sátrapa Farnabazo puede así dirigirse hacia Egipto que constituía, junto con Chipre, el último obstáculo para la hegemonía persa.

Akhoris deberá entonces resistir el empuje de los ejércitos persas durante tres años, desde el 385 al 383, quienes se enfrentan con un Egipto mucho mejor organizado que en la generación anterior. Las fuerzas egipcias se han

reagrupado bajo las órdenes de una autoridad única en vez de estar divididas; la flota es una de las más poderosas de su tiempo y el ejército se ve reforzado por las tropas de elite griegas, alentadas por el partido antipersa y dirigidas por el general ateniense Cabrias quien fortifica de forma permanente los accesos del brazo pelusíaco del Nilo. No solamente las intenciones persas acabaron en un claro fracaso sino que los egipcios consiguieron recuperarse en el Próximo Oriente mientras que Evágoras, aprovechando la derrota persa ante Egipto, se hace con el control del mar y extiende su influencia hasta Tiro.

Los persas deciden entonces reagrupar sus esfuerzos contra Chipre. En el año 381, Tiribazo y Orontes se enfrentarán a Evágoras con gran superioridad numérica, pero sin mucho éxito. En tierra, Evágoras consigue interceptar su aprovisionamiento reduciendo al hambre al ejército persa y provocando, con ello su rebelión. En el mar, tendrá en cambio menor fortuna: se enfrenta a la armada persa en Kition donde, tras un primer triunfo, debe batirse en retirada hasta Salamina habiendo perdido la mayoría de sus tropas. Orontes le persigue y sitia la ciudad, de donde escapa Evágoras a Egipto en demanda de ayuda. Akhoris que ya había contribuido con un importante contingente de navíos, tropas y aprovisonamiento, considera perdida la causa de Evágoras, quien debe regresar a Salamina sin más ayuda que una ridícula suma de dinero. No le queda otra salida, pues, que la de negociar con el vencedor. Aprovechará las disputas entre Orontes y Tiribazo para obtener una paz sin sumisión que pondrá fin a diez años de guerra.

En el verano del 380, los persas se encuentran en disposición real de encarar de nuevo el dominio sobre Egipto. Han obtenido de las ciudades griegas y del frente del oeste lo que deseaban y la muerte de Akhoris parece el momento propicio. Tal y como hemos visto, su sucesión era difícil, su hijo Neferites II es destronado rápidamente por Nectanebo, hijo de Takhos, el dinasta de Sebennitos, la actual Samannud, que se había proclamado rey algunos meses antes. Esta crísis, por breve que haya sido realmente, y aunque Nectanebo haya logrado obtener el control entero del país en el mes de noviembre del 380, podía provocar una grieta en la defensa egipcia, que se añadía al aislamiento político del faraón. Aún había otra amenaza más: el general Cabrias, en lo sucesivo al lado de Nectanebo al que le había ayudado a consolidar su poder. En el invierno del 380/379, Susa no solamente consigue que Atenas ordene el regreso de Cabrias sino que el gobierno ateniense enviará al Gran Rey a uno de sus estrategas más brillantes, Ifícrates, para dirigir a las tropas auxiliares griegas que pone al servicio del Gran Rey contra Egipto. Los preparativos, retrasados de nuevo por disensiones en el alto mando entre griegos y persas y entre los persas mismos, durarán seis años y no será hasta la primavera del 373 que los ejércitos del Gran Rey salgan del norte de Palestina por tierra, a lo largo de la costa, y por mar.

La flota, es decir, básicamente el contingente griego, llega la primera y renuncia a entrar por el brazo pelusíaco del Nilo puesto que Nectanebo había tenido tiempo de reforzar las defensas naturales y artificiales mediante una serie de fortificaciones y trampas. Ifícrates y Farnabazo intentarán

probar suerte por el brazo de Mendes, menos defendido. La idea era buena y tras breves combates, la ruta de Menfis queda abierta ante ellos, pero la mutua desconfianza entre griegos y persas salvará a los egipcios de un derrota que parecía segura. Ifícrates quería aprovechar la ventaja y dirigirse sin dilación hacia Menfis que sabía mal defendida. Farnabazo temía que los griegos quisieran apoderarse por su propia cuenta de Egipto y ordena esperar al grueso del ejército persa. Esta demora permitirá al faraón reunir sus fuerzas y acudir contra el invasor. El mejor conocimiento del terreno y la oportuna ayuda del río cuya crecida –nos encontramos a finales del mes de julio– transforma el Delta en pantano, propician la derrota de los ejércitos del Gran Rey.

La última dinastía indígena

Egipto consiguió librarse de una nueva invasión y alcanzar una paz relativamente duradera puesto que los persas no regresarán hasta treinta años más tarde, en el 343. A su vez, la derrota de Farnabazo motiva la ruptura con Ifícrates quien, temiendo represalias, vuelve a Atenas donde es nombrado estratega de la flota en el 373, para mayor perjuicio de sus antiguos aliados. Hasta el 366, Egipto se encontrará solo ante la amenaza persa puesto que las ciudades griegas tienen las manos atadas por el Gran Rey. Todo hacía suponer que se produciría un nuevo intento de invasión del Valle del Nilo. Sin embargo, el imperio aqueménida adolece de un tamaño excesivo y el sistema de satrapías fomenta las tendencias centrífugas. Un Artajerjes II ya viejo deja que los lazos que unían a Susa con las provincias se vayan aflojando. Primero Capadocia y después Caria y las regiones fronterizas del imperio tenderán a una semi-autonomía en torno al año 370. En el año 368, Capadocia se rebela abiertamente, a la que seguirán primero Frigia y después Esparta y Atenas. Rápidamente toda la parte occidental del Imperio, desde Armenia a Fenicia, está a punto de desmembrarse y en menos de cinco años la Gran Revuelta de los Sátrapas alcanza su apogeo. Sin embargo, aún es demasiado pronto para que el imperio se hunda y, mal que bien, la unidad será restaurada. Egipto se aprovecha de esta debilidad y entra en conversaciones con las satrapías sublevadas, financiando a algunas de ellas tras haberse reconciliado desde el 366 con Esparta y Atenas.

A partir del año 365, Nectanebo I asocia al trono a su hijo Takhos (Teos), quien, encargado de la política exterior, tomará parte activa en la revolución contra el Gran Rey, en principio en nombre de su padre y después en el suyo propio, cuando gobierna él solo del 363/362 al 362/361. Intentará, incluso, la conquista de Siria-Palestina con la ayuda de dos veteranos de las guerras médicas, Agesilao, el viejo rey de Esparta que, a pesar de sus ochenta años, viaja a Egipto a finales del 362, a la cabeza de un contingente de mil hoplitas y el incombustible Cabrias, que dirige la flota. Semejante esfuerzo militar, impensable una generación antes, fue posible merced a la buena administración de Nectanebo I quien logró devolverle

al país un esplendor fabricado, una vez más, a imagen de la época saíta. Esta intención se puede rastrear por la producción artística y literaria de la época, abundante y de calidad. El mismo faraón manda realizar nuevas construcciones, restauraciones o embellecimientos en casi todos los templos de Egipto. En particular, inicia la restauración de los muros de los templos de Karnak y la edificación del primer pilón del templo de Amón. Levanta también la primera planta del templo de Isis en Filas, manda ejecutar trabajos en Elkab, Hermópolis, Menfis, y, en el Delta, en Saft el-Henneh y Tanis. No limita su política religiosa a las construcciones sino que también decreta exenciones fiscales y beneficios a, entre otros, el templos de Edfu y el de Neith de Sais.

Takhos comienza los preparativos de la guerra a principios del 361. Reúne a sus tropas de makimoi y adopta severas medidas fiscales para acuñar moneda a fin de pagar a los mercenarios griegos. Esta medida le granjeará una impopularidad que será rápidamente aprovechada por sus adversarios. En el 360, el ejército egipcio se dirige por tierra y por mar a lo largo de la costa hacia Fenicia. Takhos ha tomado el mando, confiando la regencia del país a su hermano Tjahepimu, cuyo hijo, el futuro Nectanebo II, le acompaña al frente de los makimoi. La campaña se sucede con éxito hasta que el regente, aprovechándose del descontento general, hace proclamar rey a su hijo Nectanebo. Todo el ejército se pasa rápidamente a las filas de su joven jefe, al que Agesilao, tras haber consultado con Esparta, le presta total apoyo. Takhos huye y se refugia junto al Gran Rey y Cabrias regresa a Atenas. Únicamente el príncipe de Mendes se opone al usurpador, posiblemente en nombre de los intereses de la dinastía XXIX, de la que debía de ser un descendiente. En todo caso, Nectanebo deberá abandonar la que sería la última tentativa de conquista de un farón egipcio en el Próximo Oriente, para regresar a Egipto y sofocar esta rebelión, que ponía en peligro su autoridad. Gracias al talento militar de Agesilao vencerá a su enemigo en el otoño del 360. Tras ello, el anciano rey de Esparta, *habiendo reunido para su ciudad los fondos necesarios, abandonará el* país, dejando a Nectanebo como único señor de Egipto. Su reinado durará dieciocho años en los que se prodigará, aún más que Nectanebo I, en construcciones y restauraciones de templos con el afán de superar a sus predecesores ante el clero nacional que es, aún más que en el pasado, el verdadero beneficiario de un sistema en el que representa los únicos valores nacionales frente a los extranjeros, cada vez más numerosos en la vida política. Inaugura su reinado sepultando a un Apis en Menfis y también bajo su patronazgo se populariza otra hipóstasis animal, el toro Buchis cuyo culto se propagará también fuera de la ciudad de Armant. Favorece, al igual que había hecho Nectanebo I, todos los cultos y, poseemos algo más de cien testimonios de su actividad que alcanzó, practicamente, a todos los templos de Egipto.

A partir del momento en que Nectanebo II toma el poder, la situación interna del imperio persa evoluciona rápidamente. En los primeros meses del 359, poco tiempo antes de la muerte de Artajerjes II, Okhos, el futuro Artajerjes III, organiza una expedición para someter Siria-Palestina,

siguiendo las huellas, aún recientes, de los egipcios. ¿Podría tener la intención de proseguir la campaña hacia Egipto? En todo caso, la muerte del Gran Rey se lo impidió, reclamándolo a la capital donde ha de enfrentarse, de nuevo, a la reorganización del Imperio y a los disturbios en la provincias de Asia Menor. Estos acontecimientos lo retienen hasta el 352, *cuando ya se puede decir que había logrado reconstituir el antiguo poderío* del imperio persa. A pesar de la creciente influencia de Macedonia, ha recuperado el control sobre Asia Menor y no le falta al imperio más que la conquista de Egipto, desprovisto en este momento de cualquier alianza. Se ocupará del asunto durante el invierno del 351/530, tomando personalmente el mando de un ejército de invasión.

La campaña fue un fracaso y la derrota del ejército persa tendrá unas consecuencias que irán más allá del plano estrictamente militar. Las ciudades griegas y sobre todo, Macedonia, la aprovechan para impulsar una unión sagrada contra el Gran Rey, que acaba de mostrar que está lejos de ser invencible. La primera ruptura tiene lugar en Fenicia donde Sidón se subleva, se arma y se alía a Egipto. La rebelión alcanza a Chipre, Cilicia vacila, los judíos sueñan con la revolución... Sin duda Egipto podría haber asumido la capitanía de una federación de las provincias sublevadas mas Nectanebo se contenta con enviar 4.000 mercenarios griegos a Sidón cuando Artajerjes III lanza a sus tropas de Siria y Cilicia contra la ciudad, en el 346. Será ésta la única victoria de los rebeldes. Chipre se somete en el año 344, con excepción de Salamina donde Pnitágoras es asediado. A partir de este momento, Artajerjes III reclutará mercenarios para luchar contra Egipto, *en las mismas ciudades griegas. Avanzará sin combatir sobre Sidón*, cuya población bien armada y dispuesta al combate, es traicionada por su propio rey, Tennes, quien entregó a Artajerjes a los principales mandatarios de la ciudad, antes de ser, a su vez, ejecutado. Los ciudadanos, preparados como estaban para una resistencia heroica, hasta el extremo de haber incendiado su flota para impedir cualquier huida, deciden morir en el incendio de sus propias casas. La destrucción y saqueo de Sidón, que se saldó con más de cuarenta mil muertos, provocaron la rendición de las otras ciudades fenicias. Incluso Pnitágoras se rindió en el 343. Artajerjes puede ya dirigirse hacia Egipto y lo hace en el otoño, a la cabeza de un ejército cuya dirección está encomendada a los mejores estrategas del momento, entre los que se hallaban Bagoas y Méntor de Rhodas.

Nectanebo II, mientras tanto, se había preparado para resistir, amparándose en las instalaciones defensivas del brazo pelusíaco, con unas fuerzas relativamente modestas, aproximadamente unos 100.000 hombres de los que 40.000 eran mercenarios, griegos y libios a partes iguales. Pero los persas, gracias a los veteranos griegos del 350, conocían perfectamente las fortificaciones y se escogió una estación del año más adecuada que en el 373. En esta ocasión, el Nilo no acudiría en ayuda de los egipcios. El ejército persa, *dividido en varios batallones toma Pelusio y al mismo tiempo*, se adentra en el Delta utilizando de guías a los mismos campesinos a los que hacen prisioneros. Nectanebo II, que estaba muy lejos de poseer el talento militar de los generales griegos a los que más le habría valido haber-

les confiado el mando de las operaciones, debe replegarse hasta Menfis. Los persas, aprovechándose de los disturbios que la derrota provocó entre las guarniciones griegas y egipcias, se apoderan de Bubastis. Esta capitulación traerá como consecuencia el rendimiento de otras plazas fuertes. Nectanebo, en Menfis, viendo su causa perdida, decide huir hacia el sur, fuera del alcance del vencedor. Esta decisión fue correcta, pues conserva, al menos durante dos años, una cierta autoridad, tal y como se puede deducir de un documento fechado en el año 18 de su reinado en Edfú. La opinión general es que encontró refugio con uno de los príncipes de la Baja Nubia contemporáneo de Nastesen, soberano de Napata. En una estela de este rey se ha creído leer el nombre de Khababash, faraón efímero que habría sucedido a Nectanebo del 339 al 336. No se sabe gran cosa de este faraón cuyo poder, posiblemente, estuvo limitado a la eponimia, al menos para el entierro de un Apis en Menfis en el segundo año de su reinado, y quizá para algunos actos jurídicos. Si debemos identificarlo con Kambasuten, con el que Nastesen estuvo en permanente disputa, se trataría entonces de un príncipe de la Baja Nubia que habría asumido la defensa de los intereses de Nectanebo II, quizá tras la muerte de éste, ya que se autoproclama faraón a su vez. La tradición tolemaica le atribuye una actuación contra los persas en el Delta, que habría durado hasta el invierno del 336/335.

No contamos con información fiable suficiente para obtener conclusiones seguras. Lo único que se puede indicar es que la derrota y la huida de Nectanebo II marcarán el final de la independencia de Egipto. El hecho de que una oposición nacional se hubiese podido mantener hasta los años 336/335 no altera los acontecimientos. El vencedor hizo arrasar las fortificaciones de las principales ciudades y saqueó los templos, obligando a los sacerdotes a pagar un elevado rescate por los objetos de culto... Es muy posible que no cometiera los abusos que le atribuye la tradición griega y que parecen fabricados sobre el modelo de los que se le achacaban a Cambises: muerte de los toros Apis y Mnevis, del macho cabrío de Mendes, etc. Artejerjes se limita a instalar como sátrapa a Ferendates, homónimo del nombrado por Darío I, y regresar luego a su capital, desde donde brillará de nuevo el poderío incuestionable de los aqueménidas. En adelante, Egipto no tendrá ya voluntad propia y su destino estará vinculado al del imperio.

El nuevo Señor del Universo

La hegemonía persa, a la que se auguraba un largo futuro, no durará ni diez años. Bagoas hace envenar a Artajerjes y a casi toda su familia en el verano del 338 y proclamar en su lugar al joven Arses. Algunas semanas más tarde, Filipo II de Macedonia obtiene la victoria en Queronea, agrupando en torno a sí a todas las fuerzas griegas. El imperio vacila entonces hasta el 336/335, cuando se produce la revuelta de Khababash. En el el verano del 336, Arses sufre la misma suerte que su predecesor y Darío III

Codomano toma el poder. Reina como faraón en Egipto durante los dos años que le restan de vida al imperio aqueménida. En la primavera del 334, Alejandro cruza el Helesponto, en el mes de mayo vence a los sátrapas y en el otoño a Darío mismo en Iso. En el otoño del año siguiente, el sátrapa Mazakes, que había conseguido librar al país de las acciones de Amintas, entrega Egipto a Alejandro, sin combatir. *El oráculo de Amón reconocerá* en él al nuevo Señor del Universo.

CONCLUSIÓN

Decidí poner el limite de esta evocación del Egipto faraónico en la conquista de Alejandro porque la llegada de los macedonios marcará el final de la autonomía política de Egipto. Incluso aunque continúe desempeñando un papel en el marco de la política internacional, es un Próximo Oriente y un Mediterráneo que ya no se pertenecen a sí mismos. Los nuevos dueños, Alejandro y los Diadocos, y, después, los Césares, harán bascular hacia occidente el centro de gravedad del mundo. No son sino los nuevos invasores de un país abierto al exterior desde los inicios del I milenio: libios, etíopes y persas se fueron sucediendo y la pérdida de la iniciativa política no es una novedad en las orillas del Nilo. Sin embargo, únicamente los persas arrebataron a los faraones su independencia ya que los demás se conformaron con asumir, en su beneficio, la identidad nacional. Lo mismo harán, aunque sólo en apariencia, los lágidas y los romanos: conservarán la estructura de la sociedad, pero las reglas del juego ahora son las de su propia cultura. Actúan como si fueran siempre a mantener la creación de Re y multiplican la edificación de templos y fundaciones piadosas, ocultándose durante ocho siglos detrás de la máscara faraónica.

La pérdida de la autonomía, ¿constituye una ruptura histórica suficiente? Se podría defender la opinión contraria, porque una cosa es que la historia de Egipto se convierta, tras la muerte de Alejandro, en la del mundo griego y otra muy distinta que el país pierda por ello su identidad. ¿La perdió en realidad? Cuando Alejandro conquista Egipto se encuentra con el mismo problema que sus predecesores persas, reinar en un imperio demasiado extenso donde no es posible unificar las leyes. Debe infiltrar su poder a través de las estructuras indígenas, es decir, en el caso de Egipto, adoptar una forma de gobierno teocrático. Evidentemente acude al único resorte capaz de apoyar su autoridad al igual que había sustentado la de los faraones, el clero.

A lo largo del libro, hemos tenido ocasión de calibrar el ascenso del poder de los sacerdotes a lo largo todo el primer milenio. Este poderío va

acompañado del reforzamiento de la organización nacional de los cleros locales de tal manera que el invasor se encuentra, a su llegada, con una verdadera administración jerarquizada. No sólo entrarán en tratos con ella sino que la refuerzan organizando un concilio anual durante el cual el rey y los altos funcionarios negocian con los sacerdotes las principales directrices políticas del país. Este concilio, con repercusión en los sínodos regionales, asegura al rey, de una forma sencilla, el control sobre la población, habituada, desde siempre, a someterse a la autoridad religiosa. Como prueba indirecta del buen funcionamiento de esta alianza, los sacerdotes conseguirán, no sólo mantener su influencia, sino recuperar, en el 118 a.C., los beneficios de los dominios sagrados perdidos durante la conquista. Mantendrán sus prebendas hasta que los romanos les arrebaten de nuevo la autonomía al situarlos bajo la autoridad de un magistrado, el ideólogo, a quien confían la supervisión sobre todos los cultos del Valle. Esto quiere decir que, durante casi un siglo, los sacerdotes recuperaron prácticamente su antiguo poder y el programa de construcciones sagradas de los lágidas así lo atestigua. Los templos mayores son reconstruidos o ampliados durante este periodo, desde Filas al Delta. El visitante puede obtener la misma impresión de abundancia que en períodos anteriores, recorriendo los edificios o bien las gigantescas ciudades, casi siempre apenas excavadas, a través del valle o de las zonas subdesérticas.

En la medida en que los templos son el lugar de conservación y de difusión de la cultura, el período grecorromano constituye una continuación de los períodos anteriores. Prueba de ello es el templo consagrado a Hathor en Dendara. El origen del santuario se remonta al de la civilización egipcia, pero el templo, en su estado actual, es una construcción iniciada por Tolemeo Auletes y terminada con Antonino Pío. Tanto su organización como su decoración, conforme a los cánones, pueden considerarse como el modelo del templo egipcio, al igual que sucede con otros templos de época grecorromana. La cultura difundida en estos recintos sagrados se desviaba tan poco del modelo clásico como la arquitectura: la lengua en la que se escriben los textos litúrgicos está más cercana del egipcio del Imperio Medio que de la lengua hablada en la época. Sin embargo, esta voluntad de mantener la pureza de los orígenes, tiende al inmovilismo. Los sacerdotes se limitan a una insistencia estéril en el ritual que desemboca en una preocupación por el detalle y la complejidad que raya en el bizantinismo. La producción artística revela esta ruptura entre la ficción faraónica y la vida cotidiana y así, el arte religioso permanece anclado en los modismos del pasado mientras que las representaciones oficiales filtran la influencia de los modelos griegos. El arte popular, por su parte, acentúa aún más la mezcla desarrollando una iconografía mixta de los cultos de mayor difusión, y que acabarán por alcanzar a todo al mundo romano, como el de Isis y Serapis. Se crea, de esta manera, una civilización que se aleja cada vez más de los faraones para aproximarse a las raíces mediterráneas y que se irá imponiendo lentamente desde Babilonia a Roma con el paso del tiempo.

Esta sociedad cosmopolita se había ido ya desarrollando en los grandes centros griegos de Egipto que surgen desde el siglo VI. La fundación de Ale-

jandría, a quien el conquistador quería convertir en el segundo punto neurálgico de su imperio, acelera este proceso. La nueva capital se beneficia de su papel político y comercial para convertirse en uno de los principales focos intelectuales de un Mediterráneo en el que se encuentran Oriente y Occidente. Alejandría recibe a las caravanas venidas desde la lejana Gerrha y que, pasando por Petra, traen los productos llegados de la India por el Golfo Pérsico y también las que, viniendo por Dura Europos y la costa fenicia, ponen a Egipto en contacto con Asia Menor y la ruta de la seda. El Valle del Nilo es ahora más que nunca una vía de paso: hacia Africa por Siene y los oasis, y hacia el Mar Rojo por las rutas tradicionales mediante el nuevo enlace del puerto de Berenice en Coptos y Ptolemais en el Medio Egipto, fundaciones éstas más griegas que egipcias, por otra parte. Alejandría se convierte en el crisol en el que se amalgaman las influencias procedentes de Oriente junto con las llegadas de Rodas, Cartago o Roma. Por este motivo, la civilización que allí surge posee una originalidad propia que se refleja en obras como las *Siracusanas* de Teócrito, donde las Grandes Adonías y el gran movimiento de la población son contempladas con humor. Esta civilización «en el límite de Egipto», en palabras de los Antiguos, reaparecerá otra vez en la Alejandría de Durell...

Aunque el Egipto propiamente dicho no se reduzca al papel exótico que le corresponderá desempeñar en época romana, su cultura forma ya parte del pasado. Desde luego, se mantienen las apariencias y se podría escribir una Historia de Egipto limitada a la construcción de los templos y la sucesión de unos faraones que sólo sabían hablar griego. Esta historia no sería ya la del pueblo, pues ésta se escribe con otras fuentes, que mezclan el derecho de los conquistadores con el del los indígenas... Además, ¿quién es en realidad el pueblo? ¿Es esa masa indistinta de campesinos y clerucos, colonos casados con indígenas, tan pobres como para ser incapaces de superar las técnicas ancestrales y reducidos al silencio entre el clero tradicional y la administración griega, o bien son los griegos que se reservan para ellos el comercio y las nuevas técnicas de cambio como la banca y las finanzas? Es decir, ¿los campesinos iletrados o los ciudadanos helenísticos?

La forma de vida del campesinado no evolucionó prácticamente nada y se podría repetir ahora, en lo esencial, lo bosquejado para el Imperio Nuevo, o para todo el I Milenio, e incluso sería válido hasta después de la revolución industrial de nuestro siglo XIX, ya que la vida de los campesinos a inicios del siglo XX continuará marcada por los mismos ritmos y sometida a idénticas limitaciones que en la antigüedad. Sólo la regularización del curso del Nilo y el final de las crecidas han sido capaces de modificar un ciclo que parecía inamovible. Aún más, la cerámica prosigue con las mismas formas que el arqueólogo se encuentra en las excavaciones... al menos hasta que el plástico logre imponer una cultura completamente diferente.

La otra cultura, la que se denomina helenística, no es propia de Egipto y sólo es posible entenderla y describirla en su propio contexto. Al igual que la dominación romana, la helenística genera fuentes históricas y perspectivas más amplias, que afectan a diversas civilizaciones y que, para su

comprensión, necesitan tratamientos separados. A estas dificultades hay que añadir una, propia de la egiptología, la recopilación de las fuentes documentales. Las fuentes tardías (considero tardías las procedentes del primer milenio antes de nuestra era) están todavía poco estudiadas. Los *corpora* está aún en vías de realización, por lo que aún es pronto para extraer síntesis sociales o económicas. Hasta que no se haya concluido esta labor de recopilación, la historia de estos períodos deberá limitarse, esencialmente, a los hechos políticos y militares que suministran los documentos oficiales o los textos de los historiadores griegos. Las investigaciones sobre el terreno han aportado relativamente pocos documentos, debido a la gran abundancia de la documentación obtenida de períodos anteriores, considerados, hasta la actualidad, como más «nobles» por los egiptólogos. A este problema inicial hay que añadir el de la localización de los emplazamientos tardíos, situados en lugares poco accesibles, por tradición arqueológica o por necesidad económica: el Medio y el Bajo Egipto. Las excavaciones de rescate iniciadas en estos últimos años han aportado, ciertamente, elementos preciosos para nuestro conocimiento.

El Egipto alejandrino y romano no fue el único lugar en donde sobrevivió la civilización faraónica. El lejano reino de Napata continuó su existencia durante mucho tiempo después de la derrota sufrida en Pnubs ante las tropas de Psamético II. Se replegará más al sur, a Meroe, un centro ya floreciente en al siglo VIII antes de nuestra era y que se convierte definitivamente, en el siglo III, en la capital que aquello que los griegos denominaron Etiopía. Hay numerosas lagunas en nuestro conocimiento sobre la civilización y la historia meroíticas, pero es indudable que el reinado de Meroe desempeñó un importante papel, al menos en la Baja Núbia hasta Assuán, en los primeros momentos de la dominación de los lágidas. Diodoro de Sicilia evoca a un tal Ergamenes que se ha interpretado como Arnekhamani, el constructor del templo consagrada al león Apedemak en Mussawarat es-Sofra. Fue, sin duda, este soberano filoheleno el que introdujo en Meroe el arte alejandrino, del que encontramos huellas en las excavaciones. Es probable, asimismo, que Meroe interviniese en las sublevaciones del Alto Egipto contra Tolomeo V.

La «isla de Meroe» se convierte en leyenda en la literatura clásica, que la concibe como un lugar inaccesible en donde la civilización de los faraones habría conservado su pureza original. La arqueología revela, sin embargo, que a partir del siglo II antes de nuestra era, los rasgos indígenas predominan. Los meroítas abandonan la lengua egipcia para utilizar la del país, que ha permanecido transcrita con ayuda de los signos jeroglíficos derivados del demótico. Adoptan, también, un régimen político matriarcal de tipo africano y sitúan a la cabeza a una reina, la Candace. Una de estas reinas se enfrentará al prefecto Petronio, durante el reinado de Augusto, logrando así preservar su reino contra el invasor romano. A pesar de haberse realizado una expedición en época de Nerón, los datos que tenemos sobre este reino, que en este momento está en su apogeo, son muy vagos. Las relaciones con Roma, aunque esporádicas, se mantendrán hasta el siglo IV de nuestra era, pero no serán suficientes para deshacer la confusión entre

Etiopía y la India, fomentada por la novela griega que no dudará en vincular a ambas civilizaciones de cara a un público ávido de exotismo.

El reino de Meroe tuvo una duración semejante al de Egipto ya que no se hundirá hasta el 350 después de Jesucristo, ante los ataques de los axumitas que extenderán la religión cristiana hasta el vecino país de los nubas. *La civilización que se instala entonces en el antiguo reino es mal conocida.* Retorna a las raíces de la cultura de los bedjas, los temibles blemios que fueron los últimos fieles del templo de Isis en Filas hasta la época de Justiniano. Esta civilización asociará reminiscencias egipcias y meroíticas y este extraño ensamblaje resistirá mucho más tiempo contra el cristianismo que la civilización egipcia puesto que no cederá definitivamente hasta mediados del siglo VI antes de Jesucristo.

Los meroítas estaban tan convencidos como los lágidas de ser los herederos de los faraones. Sin embargo, hasta la más pequeña obra de arte producida por ambas culturas revela que, si por una parte ambas son herederas de la cultura egipcia, por otra, cada una aportó elementos propios que las diferencian del modelo original. Cuando Pi(ankh)y conquistó Egipto, se sentía, y no sin razón, egipcio y no nubio, puesto que la civilización que él representaba no fue sino *el fruto de una aculturación llevada hasta su último* extremo. Los sucesores de Alejandro y, con más motivos, sus herederos romanos, integrarán Egipto en su sistema, contentándose, en un primer momento, con adoptar los rasgos culturales más útiles para los fines perseguidos. No interpretarán el fondo sobre el que se asientan puesto que lo que pretenden es su propia proyección y la realizan mediante distorsiones cada vez mayores a medida que se alejan del modelo. Cuando Adriano mandó edificar en la villa que se construyó en Tívoli, una reproducción del Serapeo de Canope, era, él mismo, faraón de Egipto y esta obra era mucho más que un capricho estético. Su realización le permitió integrar su poder en una visión universalista del mundo que combinaba las dos fuentes: la de Oriente y la de Occidente. Posteriormente, cuando ya se haya perdido el sentido de la civilización egipcia, sólo permanecerán estos símbolos reinterpretados en las culturas que darán lugar a las europeas. Desde los obeliscos cristianizados hasta la *Flauta Mágica* de Mozart, el camino de la sabiduría pasa por Egipto.

BIBLIOGRAFÍA

Esta bibliografía no pretende ser exhaustiva: en concreto, no se han incluido informes o publicaciones de excavaciones, ni tampoco *corpora* documentales. Pretende únicamente presentar al lector algunas lecturas egiptológicas generales y, al mismo tiempo, presentarle una selección de los principales estudios especializados que constituyen el soporte de esta obra, con el fin de que pueda profundizar por sí mismo en cualquier aspecto que haya suscitado especialmente su interés. En esta selección se ha insistido sobre todo en los trabajos publicados en los últimos treinta años.

AAWLM = Abhandlungen der Akademie der Wissenschaften in Leiden, Leiden.

Mahmoud Abd El-Razik

1974, «The Dedicatory and Building Texts of Ramesses II in Luxor Temple, I: the Texts», *JEA* 60, 142-160.

Abitz Friedrich

1984, *Konig und Gott. Die Götterszenen in den ägyptischen Königsgräbern von Thutmosis IV. bis Ramses III., ÄA 40.*

1986, *Ramses III. in den Grabern seiner Sohne, OBO* 72.

Dia Abou-Ghazi

1968, «Bewailing the King in the Pyramid Texts», *BIFAO* 66, 157-164.

A. El-M. Y. Aboubakr

1980, «L'Egypte pharaonique», en *Histoire Générale de l'Afrique,* II, UNESCO, 73-106.

AcOr = Acta Orientalia, Leiden, después Copenhague.

ADAIK=Abhandlungen des Deutschen Archäologischen Instituts Kairo, Ägyptologische Reihe, Gluckstadt.

Shehata Adam & Jean Vercoutter

1980, «La Nubie: trait d'union entre l'Afrique cntrale et la Méditerranée, facteur géographique de civilisation», en *Histoire Générale de l'Afrique,* II, UNESCO, 239-258.

Barbara Adams

1974, *Ancient Hierakonpolis,* with an introduction by H.S. Smith (and) *Supplement,* Warminster.

1984, *Egyptian Mummies,* Pr. Risborough.

William Y. Adams
1968, «Invasion, Diffusion, Evolution?», *Antiquily* 42, 194-215.
1980, «Du royaume de Kouch à l'avènement de l'Islam», *Courrier UNESCO*, 25-29.
1983, «Primis and the "Aethiopian" Frontier», *JARCE* 20, 93-104.
1984, *Nubia. Corridor to Africa.* Reprinted with a new preface, Londres.
1985, «Doubts About the "Lost Pharaohs" », *JNES* 44, 185-192.
ÄA = Ägyptologische Abhandlungen, Wiesbaden.
ÄAT = Agypten und Altes Testament, Wiesbaden.
ADAW–Abhandlungen der Deutschen Akademie der Wissenschaften zu Berlin, Berlín.
Admonitions = Lamentattons d'Ipouer, citées d'après l'édition de A. H. Gardiner, *The Admonitions of an Egyptian Sage (from Pap. Leiden 344),* Leipzig, 1909.
ÄF = Agyptologische Forschungen, Glückstadt, Hamburgo, Nueva York.
Aegyptiaca Treverensia, Tréveris.
Aegyptus = Aegyptus. Rivista Italiana di Egittologia e di Papirologia, Milán.
ÄMA = Ägyptologische Microfiche Archive, Wiesbaden.
AH = Ægyptiaca Helvetica, Bâle-Ginebra.
AHAW=Abhandlungen der Heidelberger Akade7nie der Wissenschaften, Phil.-hist. Klasse, Heidelberg.
G. W. Ahlstrom & D. Edelmann
1985, «Merneptah's Israel», *JNES* 44, 59-62.
AHS Alexandrie = Archaeogical & Historical Studies, Diamond Jubilee Publications of the Archaeological Society of Alexandria, Alejandría.
AJA = American gournal of Archaeology, Baltimore, después Norwood.
AKAW= Abhandlungen der koniglichen Akademie der Wissenschaften, Berlín.
S. Akhavi
1982, «Socialization of Egyptian Workers», *NARCE 119*, 42-46.
W. Albright
1952, «The Smaller Beth Shan Stela of Sethos I (1309-1280) B.C.», *BASOR* 125, 24-32.
Cyril Aldred
1968, *Akhenaton,* Londres, traducido por L. Frederic con el título *Akhenaton. Le pharaon mystique,* París, 1973.
1969, «The "New Year" Gifts to the Pharaoh», *JEA 55, 73-81.*
1970, «The Foreign Gifts Offered to the Pharaoh», *JEA* 56, 105-116.
1979a, *Le trésor des pharaons. La joaillerie égyptienne de la période dynastique,* París.
1979b, «More Light on the Ramesside Tomb Robberies», in *Glimpses of Ancient Egypt,* 92-99.
1980, *Egyptian Art in the Days of the Pharaohs, 3100-320 B.C.,* Londres.
1984, *The Egyptians,* revised and enlarged edition, Londres.
M. Alex
1985, *Klimadaten ausgewahlter Stationen des vorderen Orients,* TAVO A/14.
Shafik Allam
1963, *Beitrage zum Hathorkult (bis zum Ende des Mittleren Reiches), MÄS* 4.
1973a, *Das Verfahrensrecht in der altägyptischen Arbeitersiedlung von Deir el-Medinah,* Tübingen.
1973b, Hieratische Ostraka und Papyri aus der Ramessidenzeit, Tübingen.
1973c, «De la divinité dans le droit pharaonique», *BSFE* 68, 17-30.
1978, «Un droit pénal existait-il stricto sensu en Egypte pharaonique?» *JEA* 64, 65-68.
1981, « Quelques aspects du mariage dans l'Égypte ancienne», *JEA* 67, 116-135.

1983, *«Quelques pages de la vie quotidienne en Egypte ancienne,* collection o Prisme», Série Archéologique, 1, El Cairo.
1984, «La problématique des quarante rouleaux de lois», dans *Studien zu Sprache und Religion Agyptens,* I, Göttingen, 447-452.
1986, «Réflexions sur le " Code légal" d'Hermopolis dans l'Egypte ancienne», *CdE* 61, 50-75.
Léone Allard-Huard & Paul Huard
1985, *Le cheval, le fer et le chameau sur le Nil et au Sahara,* El Cairo.
Prosper Alpin
1581-1584, *Histoire Naturelle de l'Egypte, La médecine des Egyptiens, Plantes d'Egypte,* trad. et comm. par R. de Fenoyl et S. Sauneron, 5 vol., El Cairo, IFAO, 1979-1980.
Hartwig Altenmüller
1976, *Grad und Totenreich der alten Agypter,* Hamburgo.
1981, «Amenophis I. als Mittler », *MDAIK* 37, 1-7.
1982, «Tausret und Sethnacht», *JEA* 68, 107-115.
1983a, «Bemerkungen zu den Königsgräbern des Neuen Reiches», *SAK* 10, 25-62.
1983b, «Rolle und Bedeutung des Grabes des Königin Tausret im Königsgräbertal von Theben», *BSEG* 8, 3-11.
1984, «Der Begrabnistag Sethos'II», *SAK* 11, 37-47.
1985, « Das Grab der Königin Tausret (KV 14). Bericht uber eine archäologische Unternehmung », *GM* 84, 7-18.
Hartwig Altenmüller & Hellmut Brunner
1970, *Agyptologie: Literatur,* 2.ª éd., *HdO* I/1.2.
1972, «Die Texte zum Begräbnisritual in den Pyramiden des Alten Reiches», *ÄA* 24.
Hartwig Altenmüller & Ahmed M. Moussa
1982, « Die Inschriften der Taharkastele von der Dahschurstrasse », *SAK 9,* 57-84.
H. Amborn
1976, *Die Bedeutung der Kulturen des Niltals für die Eisenproduktion im subsaharischen Afrika,* Wiesbaden.
E. Amelineau
1899, *Le tombeau d'Osiris. Monographie de la découverte faite en 1887-1898,* París.
Amin A. A. Amer
1985, «Reflexions on the Reign of Ramesses VI», *JEA* 71, 66-70.
M. A. Amin
1970, «Ancient Trade Routes Beween Egypt and the Sudan, 4000 to 700 BC», *SNR* 51, *23-30.*
AnAe = Analecta Ægyptiaca, Copenhague.
Ancient World, Chicago.
J. Andreau & Roland Étienne
1984, «Vingt ans de recherches sur l'archaïsme et la modernité des sociétés antiques», *REA* 86, 55-69.
Carol Andrews
1987, *Egyptian Mummies,* Londres.
ANET v. **Pritchard**
Ann. IPHOS = Annuaire de l'Institut de Philologie et d'Histoire Orientales et Slaves, Bruselas.
Annales d'Éthiopie, Jartum.
AnOr = Analecta Orientalia, Roma.
Rudoph Anthes
1968, *Die Büste der Königin Nofretete,* 4.ª éd., Berlín.

Pierre ANUS, & Ramadan SAAD
1971, «Habitations de prêtres dans le temple d'Amon de Karnak», *Kêmi* 21, 217-238.
AoF = *Altorientalische Forschungen*, Berlín.
APAW = *Abhandlungen der Preussischen Akademie der Wissenschaften*, Berlín [*ADAW* desde 1945].
H. APEL
1982, *Verwandschaft, Gott und Geld. Zur Organisation archaischer, ägyptischer und antiker Gesellschaft*, Frankfurt.
ARCE = American Research Center in Egypt, El Cairo.
A. J. ARKELL
1975, *The Prehistory of the Nile Valley*, *HdO* VII/1.2.
O. K. ARMAYOR
1985, *Herodotus' Autopsy of the Fayoum. Lac Moeris and the Labyrinth of Egypt*, Amsterdam.
Dieter ARNOLD
1974a-b, *Der Tempel des Konigs Mentuhotep von Deir el-Bahari*, I *A V* 8 (a) et II, *A V* 11 (b).
1981, «Überlegungen zum Problem des Pyramidenbaues», *MDAIK* 37, 15-28.
1987, *Der Pyramidenbezirk des Königs Amenemhet III. in Dahschur, I, Die Pyramide*, *A V* 53, Maguncia.
Y. ARTIN Pacha
1909, *Contes populaires du Soudan égyptien recueillis en 1908 sur le Nil Blanc et le Nil Bleu*, Leroux.
Jan ASSMANN
1970, *Der König als Sonnenpriester. Ein kosmographischer Begleittext zur kultischen Sonnenhymnik in thebanischen Tempeln und Grabern*, *ADAIK*, *Äg.Reihe* 7.
1975, *Ägyptische Hymnen und Gebete. Eingeleitet, ubersetzt und erläutert*, Zurich.
1975, *Zeit und Ewigkeit im alten Agypten*, *AHAW* 1.
1977, «Die Verborgenheit des Mythos in Agypten», *GM* 25, 7-44.
1979, «Weisheit, Loyalismus und Frömmgkeit», in *Studien zu altägyptischen Lebenslehren*, *OBO* 28, 11-72.
1980, «Die "loyalistische Lehre" Echnatons», *SAK* 8, 1-32.
1983a, «Das Dekorationsprogramm der königlichen Sonnenheiligtümer des Neuen Reiches nach einer Fassung der Spätzeit», *ZÄS* 110, 91-98.
1983b, *Re und Amun. Die Krise des polytheistischen Weltbilds im Agypten der 18.-20. Dynastie*, *OBO* 51.
1983c, *Sonnenhymnen in thebanischen Gräbern*, *Theben 1*, Maguncia.
1984, *Ägypten. Theologie und Frömmigkeit einer frühen Hochkultur*, Stuttgart.
Michael ATZLER
1981, *Untersuchungen zur Herausbildung von Herrschaftsformen in Ägypten*, *HÄB* 16.
Pierre AUFFRET
1981, *Hymnes d'Égypte et d'Israël. Études de structures littéraires*, *OBO* 34.
Sydney AUFRERE
1982, «Contribution à l'étude de la morphologie du protocole "classique"», *BIFAO* 82, 19-74.
M. M. AUSTIN
1970, *Greece and Egypt in the Archaic Age*, Cambridge.
AV = *Archäologische Veröffentlichungen des Deutschen Archaologischen Instituts, Abteilung Kairo*.

Michel Azim
1978-1980a, «Découverte de dépôts de fondation d'Horemheb au IXe pylône de Karnak», *Karnak* 7, 93-120.
1978-1980b, «La structure des pylônes d'Horemheb à Karnak», *Karnak* 7, 127-166.
1985, «Le grand pylône de Louqsor: un essai d'analyse architecturale et technique», *Mélanges offerts à Jean Vercoutter*, París, 19-42.
Alexandre Badawi
1948, *Le dessin architectural chez les anciens Égyptiens, Étude comparative des représentations égyptiennes de construction*, El Cairo.
1954, *A History of Egyptian Architecture, 1, From the Eearliest Times to the End of the Old Kingdom*, Giza.
1958, «Politique et architecture dans l'Égypte pharaonique», *CdE* 33, 171-181.
1966, *A History of Egyptian Architecture, 2, The First Intermediate Period, the Middle Kingdom and the Second Intermediate Period*, Berkeley.
1968, *A History of Egyptian Architecture, 3, The Empire (lhe New Kingdom)*, Berkeley.
BAE = *Bibliotheca Ægyptiaca*, Bruselas.
K. Baedecker
1929, *Egypt and the Sudan. Handbook for Travellers*, 8.ª edición, reimpresión, Leipzig, 1974.
Klaus Baer
1960, *Rank and Title in the Old Kingdom, the Structure of the Egyptian Administration in the Fifth and Sixth Dynasties*, reedición, Chicago, 1974.
1973, «The Libyan and Nubian Kings of Egypt: Notes on the Chronology of Dynasties XXI to XXVI», *JNES* 32, 4-25.
J. Baikie
1929, A *History of Egypt from the Earliest Times to the End of the XVIIIth Dynasty*, reedición, Londres, 1971.
J. Baillet
1912, *Le régime pharaonique dans ses rapports avec l'évolution de la morale en Égypte*, Blois.
John Baines
1974, «The Inundation Stela of Sebekhotpe VIII», *AcOr* 36, 39-58.
1976, «The Sebekhotpe VIII Inundation Stela: an Additional Fragment», *AcOr* 37, 39-58.
1984, «Interpretation of Religion: Logic, Discourse, Rationality», GM 76, 25-54.
1986, *Fecundity Figures. Egyptian Personification and the Iconology of a Genre*, Warminster.
John Baines & Jaromir Malek
1981, *Atlas de l'Egypte ancienne*, traducido del inglés por M. Vergnies y J.-L. Parmentier, F. Nathan.
Abd El-Monem Bakir
1952, *Slavery in Pharaonic Egypt*, *CASAE* 18, reedición, 1978.
John Ball
1942, *Egypt in the Classical Geographers*, El Cairo.
BAR = **Breasted:** 1906.

Paul Barguet
1953a, *La Stèle de la Famine à Séhel, BdE* 24.
1953b, «La structure du temple Ipet-sout d'Amon à Karnak, du Moyen Empire à Aménophis II», *BIFAO* 52, 145-155.
1962, *Le temple d'Amon-Rê à Karnak. Essai d'exégèse, RAPH* 21.
1967, *Le Livre des Morts des anciens Égyptiens, LAPO.*
1975, «Le *Livre des Portes* et la transmission du pouvoir royal», *RdE* 27, 30-36.
1976, «Note sur le grand temple d'Aton à el-Amarna», *RdE* 28, 148-151.
1986a, «Note sur la sortie du roi hors du palais», *Hommages à François Daumas, 1,* Montpellier, 51-54.
1986b, *Textes des sarcophages égyptiens du Moyen Empire, LAPO.*
Wolfgang Barta
1969a, Das Gesprach eines Mannes mir seinem BA (Papyrus Berlin 3024), MÄS 18.
1969b, «Falke des Palastes» als ältester Königstitel», *MDAIK* 24, 51-57.
1973, *Untersuchungen zum Götterkreis der Neunheit, MÄS* 28.
1975, *Untersuchungen zur Göttlichkeit des regierenden Königs. Ritus und Sakralkonigtum in Altagypten nach Zeugnissen der Frühzeit und des Alten Reiches, MÄS* 32.
1978, «Die Sedfest-Darstellung Osorkons II. im Tempel von Bubastis», *SAK* 6, 25-42.
1980a, «Die Mondfinsternis im 15. Regierungsjahr Takelots II.», *RdE* 32, 3-17.
1980b, «Thronbesteigung und Krönungsfeier als unterschiedliche Zeugnisse königlicher Herrschaftsubername», *SAK* 8, 33-53.
1981a, «Bemerkungen zur Chronologie der 6. bis 11. Dynastie», *ZAS* 108, 23-33.
1981b, «Bemerkungen zur Chronologie der 21. Dynastie», *MDAIK* 37, 35-40.
1981c, «Die Chronologie der 1. bis 5. Dynastie nach den Angaben des rekonstruirten Annalensteins», *ZÄS* 108,11-23.
1983a, «Bemerkungen zur Rekonstruktion der Vorlage des Turiner Konigspapyrus», *GM* 64, 11-13.
1983b, «Zur Entwicklung des agyptischen Kalenderwesens», *ZÄS* 110, 16-26.
1984, «Anmerkungen zur Chronologie der Dritten Zwischenzeit», *GM* 70, 7-12.
1987a, Zur Konstruktion der ägyptischen Königsnamen», *ZÄS* 114, 3-10.
1987b, «Zur Konstruktion der ägyptischen Königsnamen, II, Die Horus-, Herrinnen-und Goldnamen von der Frühzeit bis zum Ende des Alten Reiches», *ZÄS* 114, 105-113.
André Barucq
1962, *L'expression de la louange divine et de la prière dans la Bible et en Égypte, BdE* 33.
André Barucq & François Daumas
1980, Hymnes et prières de l'Égypte ancienne, LAPO.
BASOR = Bulletin of the American School of Oriental Research, New Haven.
G. Bastianini
1975, *Lisla dei prefetti d'Egitto dal 30a al 299p,* Bonn.
E. Batta
1986, *Obelisken und ihre Geschichte in Rom,* Franckfurt.
Marcelle Baud
1978, *Le caractère du dessin en Égypte ancienne,* París.
E. J. Baumgartel
1955, *The Cultures of Prehistoric Egypt,* reedición, 1981, Londres.
BdE = Bibliothèque d'Etudes, IFAO, El Cairo.

Jurgen von Beckerath
1964, *Untersuchungen zur politischen Geschichte der zweiten Zwischenzeit in Ägypten, ÄF* 23.
1968, «Die "Stele der Verbannten" im Museum des Louvre», *RdE* 20, 7-36.
1971a, *Abriss der Geschichte des alten Agyptens*, Munich.
1971b, «Ein Denkmal zur Genealogie der XX. Dynastie», *ZÄS* 97, 7-12.
1984a, *Handbuch der agyptischen Konigsnamen, MÄS* 20.
1984b, «Bemerkungen zum Turiner Konigspapyrus und zu den Dynastien der agyptischen Geschichte», *SAK* 11, 49-57.
1984c, «Bemerkungen zum Problem der Thronfolge in der Mitte der XX. Dynastie», *MDAIK* 40, 1-6.
1984d, «Drei Thronbesteigungsdaten der XX. Dynastie», *GM* 79, 7-10.
Armenag K. Bedevian
1936, *Illustrated Polyglottic Dictionary of Plant Names*, El Cairo.
B. L. Begesbacher-Fischer
1981, *Untersuchungen zur Gotterwelt des Alten Reiches im Spiegel der Privatgraber der IV. und V. Dynastie, OBO* 37.
1985, *Agypten*, Zurich.
H. Behrens
1963, «Neolitisch-frühmetallzeitliche Tierskelettfunde aus dem Nilgebiet und ihre religionsgeschichtliche Bedeutung», *ZÄS* 88, 75-83.
Horst Beinlich
1976, *Studien zu den «geographischen Inschriften» (10-14. o.äg.Gau), TÄB* 2.
1979, «Die Nilquellen nach Herodot», *ZÄS* 106, 11-14.
1984, *Die «Osirisreliquien». Zum Motiv der Körpergliederung in der altägyptischen Religion, ÄA* 42.
1987, «Der Moeris-See nach Herodot», *GM* 100, 15-18.
Barbara Bell
1971, «The Dark Ages in Ancient History, I, The First Dark Age in Egypt», *AJA* 75, 1-26.
Lanny Bell
1985, «Luxor Temple and the Cult of the Royal Ka», *JNES* 44, 251-294.
Lanny Bell, Janet Johnson & alii
1984, «The Eastern Desert of Upper Egypt: Routes and Inscriptions», *JNES* 43, 27-46.
Martha Bell
1985 «Gurob Tomb 605 and Mycenaean Chronology», *BdE* 97/1, 61-86.
Alain Bellod, Jean-Claude Golvin & Claude Traunecker
1983, *Du ciel de Thèbes*, París.
Madeleine Bellion
1987, *Égypte ancienne. Catalogue des manuscrits hiéroglyphiques et hiératiques et des dessins, sur papyrus, cuir ou tissu, publiés ou signalés*, París.
P. Belon du Mans
1547, *Le voyage en Égypte de P. Belon du Mans*, presentación y notas de S. Sauneron IFAO, El Cairo, 1970.
Jocelyne Berlandini
1976, «Le protocole de Toutankhamon sur les socles du dromos du Xe pylône à Karnak», *GM* 22, 13-20.
1978, «Une stèle de donation du dynaste libyen Roudamon», *BIFAO* 78, 147-164.
1979, «La pyramide "ruinée" de Sakkara-Nord et le roi Ikaouhor-Menkaouhor», *RdE* 31, 3-28.

1982, «Les tombes amarniennes et d'époque Toutankhamon à Sakkara. Critères stylistiques», in *l'Égyptologie en 1979*, 2, CNRS, 195-212.
BES = Bulletin of the Egyptological Seminar, Nueva York.
La Sainte Bible, traducida al francés bajo la dirección de l'École Biblique de Jérusalem, Le Cerf, 1974.
BIE = Bulletin de l'Institut d'Égypte, El Cairo.
Morris L. Bierbrier
1972, «The Length of the Reign of Sethos I», *JEA* 58, 303
1975a, «The Length of the Reign of Ramesses X », *JEA* 61, 251.
1975b, *The Late New Kingdom in Egypt (c. 1300-664 B.C.). A Genealogical and Chronological Investigation*, Warminster.
1982, *The Tomb-Builders of the Pharaohs*, British Museum, Londres. Traducida al francés con el título *Les batisseurs de pharaon. La confrérie de Deir el-Médineh*, París, 1986.
Manfred Bietak
1968, *Studien zur Chronologie der nubischen C-Gruppe. Ein Beitrag zur Fruhgeschichte Unternubiens, DÖAW* 97.
1975, *Der Fundort im Rahmen der archäologischen-geographischen Untersuchungen über das ägyptische Ostdelta, Tell el-Dab'a, 2, DÖAW* I.
1979, «Urban Archaeology and the "Town Problem" in Ancient Egypt», en **K. Weeks,** *Egyptology and the Social Sciences*, El Cairo, 97-144.
1981, *Avaris and Piramesse, Archaeological Exploration in the Eastern Nile Delta*, Londres.
1984a, *Eine Palastanlage aus der Zeit der späten Mittleren Reiches und andere Forschungsergebnisse aus dem östlichen Nildelta*, Viena.
1984b, «Zum Königsreich des "*3-zh-R'*" Nehesi», *SAK* 11, 59-75.
M. Bietak & R. Engelmayer
1963, *Eine frühdynastische Abri-Siedlung mit Felsbildern aus Sayala-Nubien, DÖAW* 82.
M. Bietak & C. Mlinar
1987, *Ein Friedhof der syrisch-pälastinischen mittleren Bronzezeit -Kultur mit einem Totentempel, Tell el-Dab'a, 5, DÖAW* 8.
BIFAO = Bulletin de l'IFAO, El Cairo.
BiOr = Bibliotheca Orientalis, Leiden.
F. Bisson de La Roque
1950, *Trésor de Tôd, CGC* 70501-70754.
F. Bisson De La Roque, G. Contenau & F. Chapouthier
1953, *Le trésor de Tôd, Doc FIFAO* 11.
G. Björkmann
1971, *Kings at Karnak*, Uppsala.
C. Blacker & M. Loewe
1975, *Ancient Cosmologies*, Londres.
Nicole Blanc,
1978, «Peuplement de la vallée du Nil au sud du 23e parallèle», in *Histoire Générale de l'Afrique*, UNESCO, *Études & Documents* 1,37-64.
C. Blankenberg-Van Delden
1969, *The Large Commemorative Scarabs of Amenhotep III*, Leiden.
1976, «More Large Commemorative Scarabs of Amenhotep III», *JEA* 62, 74-80.
1982a, «A Genealogical Reconstruction of the Kings and Queens of the Late 17th and early 18th Dynasties», *GM* 54, 31-46.

1982b, «Kamosis», *GM* 60, 7-8.
1982c, «Queen Ahmes Merytamon», *GM* 61,13-16.
C. J. Bleeker
1967, *Egyptian Festivals, Enactements of Religious Renewal, Studies in the History of Religions, Supplement to Numen,* 13, Leiden.
Edward Bleiberg
1985-1986, «Historical Texts as Political Propaganda During the New Kingdom», *BES* 7, 5-14.
Elke Blumenthal
1970, *Untersuchungen zum ägyptischen Königtum des Mittleren Reiches,* I, *Die Phraseologie,* Berlín.
1980, «Die Lehre für Konig Merikare», *ZÄS* 107, 5-41.
1982, «Die Prophezeiung des Neferti», *ZÄS* 109, 1-27.
1983, «Die erste Koregenz der 12. Dynastie», *ZÄS* 110, 104-121.
1984, «Die Lehre des Königs Amenemhets I.», I, *ZÄS* 111, 85-107.
1985, «Die Lehre des Königs Amenemhets I.», II, *ZÄS* 112, 104-115.
E. Blumenthal, I. Müller & alii
1984, *Urkunden der 18. Dynastie. Übersetzung zu den Heften* 5-16, Berlín.
H. Blunt, J. Albert, S. Seguezzi & G. von Neitzschitz
1634-1636, *Voyages en Égypte des années 1634-1635 et 1636, Henry Blunt, Jacques Albert, Santo Seguezzi, George von Neitzschitz,* Voyageurs IFAO 13, 1974.
J. Boardman & N. Hammond
1982, «The Expansion of the Greek World, 8th to 6th Century BC», *CAH* 3/3.
Joachim Boessneck
1981, *Gemeinsame Anliegen von Ägyptologie und Zoologie aus der Sicht des Zooarchäologen, SBAW* 1981.5.
J. Boessneck & A. von den Driesch
1982, *Studien an subfossilien Tierknochen aus Ägypten, MÄS* 40.
Eugeni S. Bogoslowski
1983, «J. J. Perepelkin, *Die Revolution Amen-hotep IV,* I. Band, Moskau, 1967», *GM* 61, 53-64.
S. von Bolla-Kotek
1969, *Untersuchungen zur Tiermiete und Viehpacht im Altertum,* 2.ª edición. Múnich.
L. Bongrani-Fanfoni
1987, «Un nuovo documento di Scepenupet Ia e Amenardis Ia», *OrAnt* 26, 65-71.
Marie-Ange Bonheme
1978, «Les désignations de la "titulature" royale au Nouvel Empire», *BIFAO* 78, 347-388.
1979, «Hérihor fut-il effectivement roi?», *BIFAO* 79, 267-284.
1987a, *Le Livre des Rois de la troisième période intermédiaire, I, Hérihor. XXI^e^ dynastie,* El Cairo.
1987b, *Les noms royaux dans l'Égypte de la troisième période intermédiaire. BdE* 98, El Cairo.
Marie-Ange Bonheme & Annie Forgeau
1988, *Pharaon. Les secrets du pouvoir,* A. Colin.
Danielle Bonneau
1971a, *Le fisc et le Nil. Incidences des irrégularités de la crue du Nil sur la fiscalité foncière...,* París.
1971b, «Les fêtes de la crue du Nil. Problèmes de lieux, de dates et d'organisation», *RdE* 23, 49-65.

R. G. Bonnel & V. A. Tobin
1985, «Christ and Osiris. A Comparative Study», in S. Groll, *Pharaonic Egypt,* Jerusalén, 1-29.
Hans Bonnet
1971, *Reallexikon der ägyptischen Religionsgeschichte,* 2.ª edición, Berlín.
BOREAS = *BOREAS, Uppsala Studies in Ancient Mediterranean and Near Eastern Civilizations,* Uppsala.
Charles Boreaux
1924-1925, *Études de nautique égyptienne, l'art de la navigation en Égypte jusqu'à la fin de l'Ancien Empire, MIFAO* 50.
1926, *L'art égyptien,* Bruselas.
1932, *Musée du Louvre: antiquités égyptiennes, Catalogue-guide,* París.
J. F. Borghouts
1978, *Ancient Egyptian Magical Texts. Translated,* Leiden.
1986, *Nieuwjaar in het oude Egypte,* Leiden.
Giuseppe Botti
1967, *L'archivio demotico da Deir el-Medineh, Catalogo Museo Egizio di Torino,* I, 1, Florencia.
Pierre du Bourget
1964, *L'art copte, Petit Palais, París, 17 juin-15 septembre 1964,* París.
1968a, *Histoires et Légendes de l'Egypte mystérieuse,* Tchou.
1968b, *L'art copte,* A. Michel.
1973, *L'art égyptien,* Desclée de Brouwer.
R. P. Bovier-Lapierre H. Gauthier & P. Jouguet
1932, *Précis de l'histoire d'Égypte, 1, Égypte préhistorique pharaonique et gréco-romaine,* IFAO.
Louise Bradbury
1985, «Nefer's Inscription: On the Death Date of Queen Ahmose-Nefertary and the Deed Found Pleasing to the King», *JARCE* 22, 73-95.
Bruce Brander
1977, *Le Nil,* traducido por H. Seyrès, National Geographic Society.
Fred Gladstone Bratton
1972, *A History of Egyptian Archaeology,* Nueva York.
BM= British Museum, Londres.
James Henry Breasted
1906, *Ancient Records of Egypt,* Chicago.
I, *The First to Seventeenth Dynasties.*
II, *The Eighteenth Dynasty.*
III, *The Nineteenth Dynasty.*
IV, *The Twentieth to the Twenty-Sixth Dynasties.*
Gabriel Brémond
1643-1646, *Voyage en Égypte de Gabriel Brémond, texte établi, présenté et annoté par G. Sanguin,* Voyageurs IFAO 12, 1974.
Edda Bresciani
1969, *Letteratura e poesia dell'antico Egitto. Introduzione, traduzione originali e note,* Turín.
1978, *J.-F. Champollion, Lettres à Zelmire, Champollion et son temps 1.*
1981, «La morte di Cambise ovvero dell'empietà punita: a proposito della "Cronica Demotica", verso, col. C, 7-8», *EVO* 4, 217-222.
1985, «Ugiahorresnet a Menfi», *EVO* 8, 1-6.

D. J. Brewer
1985, «The Fayum Zooarcheological Survey: A Preliminary Report», *NARCE* 128, 5-15.
Jurgen Brinks
1979, *Die Entwicklung der königlichen Grabanlagen des Alten Reiches. Eine strukturelle und historische Analyse altägyptischen Architektur, HAB* 10.
1980, *Mastaba und Pyramidentempel – ein struktureller Vergleich.*
1981, «Die Sedfestanlagen der Pyramidentempel» *CdE* 56, 5-14.
1984, «Einiges zum Bau der Pyramiden des Alten Reiches», *GM* 78, 33-48.
Philippe Brissaud
1982, *Les ateliers de potiers de la région de Louqsor, BdE* 78.
Edward J. Brovarski
1985, «Akhmim in the Old Kingdom and First Intermediate Period», *BdE* 97/1, 117-153.
Hellmut Brunner
1957, *Altagyptische Erziehung,* Wiesbaden.
1964, *Die Geburt des Gottkönigs. Studien zur Überlieferung eines altägyptischen Mythos, ÄA* 10.
1974, «Djedefhor in der römischen Kaiserzeit», *Stud. Aeg.* 1, 55-64.
1983, *Grundzüge der altagyptischen Religion,* Darmstadt.
1986, *Grundzuge einer Geschichte der altagyptischen Literatur,* 4.ª ed., Darmstadt.
Emma Brunner Traut
1977, *Altägyptische Tiergeschichte und Fabel, Gestalt und Strahlkraft,* Darmstadt.
1982, *Ägypten. Ein Kunst-und Reiseführer mit Landeskunde,* Stuttgart.
1985, *Lebensweisheit der alten Ägypter,* Friburgo.
1986, *Altägyptische Märchen,* 7.ª ed., Colonia.
Bruxelles
1975, *Le règne du soleil. Akhnaton et Néfertiti. Exposition organisée par le Ministère de la Culture aux Musées Royaux d'Art et d'Histoire.*
1986, *La femme aux temps des pharaons. Catalogue de l'exposition aux Musées Royaux d'Art et d'Histoire.*
BSEA = British School of Egyptian Archaeology, Londres.
BSEG = Bulletin de la Société d'Égyptologie de Genève, Ginebra.
BSFE = Bulletin de la Société Française d'Egyptologie, París.
BSGE = Bulletin de la Société Géographique d'Égypte, El Cairo.
Maurice Bucaille
1987, *Les momies des pharaons et la médecine. Ramsès II à París. Le pharaon et Moise,* Seguier.
E. A. Wallis Budge
1912, *Annals of Nubian Kings with a Sketch of the History of the Nubian Kingdom of Napata,* Londres.
P. Bureth
1964, *Les titulatures impériales dans les papyrus, les ostraca et les inscriptions d'Égypte,* Bruselas.
Adelheid Burkhardt
1985, *Agypter und Meroiten im Dodekaschœnos. Untersuchungen zur Typologie und Bedeutung der demotischen Graffiti, Meroitica* 8.
J. Bury, S. Cook & alii
1969, *The Persian Empire and the West, CAH* 4.
A. Buttery
1974, *Armies and Ennemies of Ancient Egypt and Assyria, 3200 BC to 612 BC,* Goring by Sea.

Karl W. Butzer
1976, *Early Hydraulic Civilization in Egypt: A Study in Cultural Ecology,* Chicago.
K. W. Butzer & C. Hansen
1968, *Desert and River in Nubia. Geomorphologic and Prehistoric Environment at the Aswan Reservoir,* Madison.
BIFAO = Bulletin de l'IFAO.
CAH = The Cambridge Ancient History, Cambridge.
Cahiers d'Histoire Égyptienne, El Cairo.
Cahiers de la Société Asiatique, París.
Frédéric Caillaud
1827, *Voyage à Méroé, au fleuve blanc au delta de Fazoql dans le midi du royaume de Sennar, à Syouah et dans cinq autres oasis,* París.
Ricardo A. Caminos
1958, *The Chronicle of Prince Osorkon, AnOr* 37.
1977, *A Tale of Woe. From a Hieratic Papyrus in the A. S. Pushkin Museum of Fine Arts in Moscow (P. Pushkin 127),* Oxford.
R. A. Caminos & H. G. Fischer
1976, *Ancient Egyptian Epigraphy and Paleography. The Recording of Inscriptions and Scenes in Tombs and Temples,* Nueva York.
Christian Cannuyer
1985, «Notules à propos de la stèle du sphinx», *VA* 1, 83-90.
L. Cantarelli
1968, *La serie dei prefetti di Egitto,* Roma.
Jean Capart
1931, *Propos sur l'art égyptien,* Bruselas.
E. Carlton
1977, *Ideology and Social Order,* Londres.
D. K. et J. T. Carmody
1985, *Shamans, Prophets and Sages,* Belmont, California.
Jean-Marie Carré
1956, *Voyageurs et écrivains français en Egypte,* segunda edición, El Cairo, IFAO.
Howard Carter
1952, *La tombe de Toutankhamon,* trad. francesa de M. Wiznitzer, Pygmalion, París, 1978
CASAE = Cahiers Supplémentaires des Annales du Service des Antiquités de l'Égypte, El Cairo.
E. Cassin, J. Bottéro & J. Vercoutter
1967, *Die altorientalischen Reiche, III, Die erste Hälfte des 1. Jahrtausends, Fischer Weltgeschichte,* 4, Fráncfort
Lionel Casson
1984, *Ancient Trade and Society,* Detroit.
1986, *Ships and Seamanship in the Ancient World,* Detroit.
1988, *Die Pharaonen,* Múnich.
U. Castel, N. y S. Sauneron
1587-1588, *Voyages en Égypte pendant les années 1587-1588, Lichtenstein, Kiechel, Teufel, Fernberger, Lunebau, Miloïti,* Voyageurs IFAO 6, 1972.
G. Rosati Castelluci
1980, «L'onomastica del Medio Regno come mezzo di datazione», *Aegyptus* 70, 3-72.
Juan J. Castillos
1982, *A Reappraisal of the Published Evidence on Egyptian Predynastic and Early Dynastic Cemeteries,* Toronto.

Sylvie Cauville
1983, *La théologie d'Osiris à Edfou, BdE* 91.
1984, *Edfou*, IFAO, El Cairo.
CdE = Chronique d'Égypte, Bruselas.
Françoise de Cenival
1972, *Les associations religieuses en Égypte d'après les documents démotiques, BdE* 46.
Jean-Louis de Cenival
1964, *Architecture universelle: Égypte, époque pharaonique*, Friburgo.
1965, «Un nouveau fragment de la Pierre de Palerme», *BSFE* 44, 13-17.
Jaroslav Černý
1952, *Ancient Egyptian Religion*, reedición, Londres, 1979.
1958a, «Stela of Ramesses II from Beisan», *Eretz Israel* 5, 75*-81*.
1958b, «Name of the King of the Unfinished Pyramid at Zawiyet el-Aryân», *MDAIK* 16, 25-29.
1961, «Note on the Supposed Beginning of a Sothic Period under Sethos I», *JEA* 47, 150-152.
1973a, *A Community of Workmen at Thebes in the Ramesside Period, BdE* 50.
1973b, *The Valley of the Kings. Fragments d'un manuscrit inachevé, BdE* 61.
J. Černý, J.-J., Cèlre & B. Bruyère
1949, *Répertoire onomastique de Deir el-Médineh*, 1, *DocFIFAO* 12.
P. Červiček
1975, «Notes on the Chronology of the Nubian Rock Art to the End of the Bronze Age (mid 11th cent. B. C.), *Etudes Nubiennes. Colloque de Chantilly, BdE* 77, 35-56.
CGC = Catalogue Général du Caire, El Cairo.
Jean-François Champollion
1835-1845, *Monuments de l'Égypte et de la Nubie*, 4 vol., París.
1972, *Textes et langages de l'Egypte pharaonique. Cent cinquante années de recherches, 1822-1972*, I-III, *BdE* 64, El Cairo.
Jean-Luc Chappaz
1983, «Le premier édifice d'Aménophis IV à Karnak», *BSEG* 8, 13-45.
Nial Charlton
1974, «Some Reflections on the History of Pharaonic Egypt», *JEA* 60, 200-205.
G. Charpentier
1986, *Recueil de matériaux épigraphiques relatifs à la botanique de l'Égypte antique*, París.
Nadine Cherpion
1987, «Quelques jalons pour une histoire de la peinture thébaine», *BSFE* 110, 27-47.
J. Chesneau, A. Thevet
1549-1552, *Voyages des années 1549-1552*, Voyageurs IFAO 14, 1984.
Pierre-Marie Chevereau
1985, *Prosopographie des cadres militaires égyptiens de la Basse Époque. Carrières militaires et carrières sacerdotales en Égypte du XI[e] au II[e] siècle avant J.-C.*, Antony.
1987, «Contribution à la prosopographie des cadres militaires de l'Ancien Empire et de la Première Période Intermédiaire», *RdE* 38, 13-48.
Henri Chevrier
1956, «Chronologie des constructions de la salle hypostyle», *ASAE* 54, 35-38.
1964, «Technique de la construction dans l'ancienne Egypte, I, Murs en briques crues», *RdE* 16, 11-17.

1970, «Technique de la construction dans l'ancienne Égypte, II, Problèmes posés par les obélisques», *RdE* 22, 15-39.
1971, «Technique de la construction dans l'ancienne Égypte, III, Gros-œuvre et maçonnerie», *RdE* 23, 67-111.
Chonsou
1979, *The Temple of Khonsu, 1,* Plates 1-110. *Scenes of King Herihor in the Court, with Translations of Texts, OIP* 100.
1981, *The Temple of Khonsu,* 2, Plates 111-207. *Scenes and Inscriptions in the Court and the First Hypostyle Hall..., OIP* 103.
Agatha Christie
1973, *Akhnaton. A Play in Three Acts,* Collins.
Louis-A. Christophe
1950, «Ramsès IV et le Musée du Caire», *Cahiers d'Histoire Égyptienne* 3, 47-67.
1951a, «La carrière du prince Mérenptah et les trois régences ramessides», *ASAE* 51, 335-372.
1951b, «Notes géographiques. Á propos des campagnes de Thoutmosis III», *RdE* 6, 89-114.
1953, «Les fondations de Ramsès III entre Memphis et Thèbes», *Cahiers d'Histoire Égyptienne* 5, 227-249.
1955, «Les quatre plus illustres fils de Chéops», *Cahiers d'Histoire Égyptienne* 7, 213-222.
1956a, «Trois monuments inédits mentionnant le grand majordome de Nitocris, Padihorresnet», *BIFAO* 55, 65-84.
1956b, «Les trois derniers grands majordomes de la XXVI[e] dynastie», *ASAE* 54, 83-100.
1956c, «Gérard de Nerval au Caire», *La Revue du Caire* 189, 171-197.
1956d, «Les reliques égyptiennes de Gérard de Nerval», *La Revue du Caire* 191 y 192 (31 p.).
1956-1957, «Les temples d'Abou Simbel et la famille de Ramsès II», *BIE* 37, 107-129.
1957a, «Deux voyageurs suisses dans l'Egypte d'il y a cent ans», *La Revue du Caire* 199, 231-252.
1957b, «L'organisation de l'armée égyptienne à l'époque ramesside», *La Revue du Caire* 207, 387-405.
1957c, «Les divinités du papyrus Harris I et leurs épithètes», *ASAE* 54, 345-389.
1958, «Le pylône "ramesside" d'Edfou», *ASAE* 55, 1-23.
1960-1961, «Les monuments de Nubie», *La Revue du Caire* 244, 397-415 (« le temple de Debod»); 246, 87-108 (« De Dehmit à Kalabcha»); 348, 257-275 (« Kalabcha»); 250, 429-448 (« De Kalabcha à Gerf-Hussein»); 252, 125-142 (« Forteresses de Basse-Nubie»).
1961a, «Le vocabulaire d'architecture monumentale d'après le papyrus Harris I», *MIFAO* 66, *Mélanges Maspero,* I, 6, 17-29.
1961b, «L'Institut d'Egypte et l'archéologie», *La Revue du Caire* 249, 345-354.
1964, «L'alun égyptien. Introduction historique», *BSGE* 37, 75-91.
1965-1966, «Qui, le premier, entra dans le grand temple d'Abou Simbel?», *BIE* 47, 37-46.
1967a, «Le voyage nubien du colonel Straton (fin octobre-début novembre 1817)», *BIFAO* 65, 169-176.
1967b, «Le ravitaillement en poissons des artisans de la nécropole thébaine à la fin du règne de Ramsès III», *BIFAO* 65, 177-200.
1977, *Campagne internationale de l'UNESCO pour la sauvegarde des sites et monuments de la Nubie, Bibliographie,* París.

C. S. **Churchier**
1972, *Late Pleistocene Vertebrates from Archaeological Sites in the Plain of Kom Ombo, Upper Egypt,* Toronto.
R. Clément
1960, *Les Français d'Égypte aux XVIe et XVIIe siècles, RAPH* 15.
Jacques-Jean Clère
1951, «Une statuette du fils aîné du roi Nectanebô», *RdE* 6, 135-156
1957, «Notes sur la chapelle funéraire de Ramsès I à Abydos et sur son inscription dédicatoire», *RdE* 11, 1-38.
1958, «Fragments d'une nouvelle représentation égyptienne du mond», *MDAIK* 16, 30-46.
1968, «Nouveaux fragments de scènes du jubilé d'Aménophis IV», *RdE* 20, 51-54.
1970, «Notes sur l'inscription biographique de Sarenpout Ier à Assouan», *RdE* 22, 41-49.
1975, «Un monument de la religion populaire de l'époque ramesside», *RdE* 27, 70-77.
1977, «Sur l'existence d'un temple du Nouvel Empire à Dêbôd en Basse-Nubie», *Agypten und Kusch, Schr. Or.* 13, 10-14.
1985, «Un dépôt de fondation du temple memphite de Sethos Ier», *MélJlnges offerts à Jean Vercoutter,* París, 51-57.
J.-J. Clère & J. Vandier
1948, *Textes de la première période intermédiaire et de la 11e dynastie,* 1, *BAE,* 10.
E. Cline
1987, «Amenhotep III and the Aegean: A Reassessment of Egipto-Aegean Relations in the 14th Century B.C.», *Or* 56, 1-35.
J. Clutton-Brock
1981, *Domesticated Animals from Early Times,* Londres.
A. & E. Cockburn
1980, *Mummies, Diseases, and Ancient Cultures,* Cambridge.
Lydia Collins
1976, «The Private Tombs of Thebes: Excavations by Sir Robert Mond 1905 and 1906», *JEA* 62, 18-40.
E. Combe, J. Bainville & E. Driault
1933, *Précis de l'histoire d'Égypte, 3, l'Égypte ottomane, l'expédition française en Égypte et le règne de Mohamed-Aly (1517-1849),* IFAO.
Virginia Condon
1978, *Seven Royal Hymns. Papyrus Turin CG 54031, MÄS* 37.
R. C. Connoly, R. G. Harrison & S. Ahmed
1976, «Serological Evidences for the Parentage of Tut'ankhamun and Smenkhkare», *JEA* 62, 184-186.
Conte du Paysan, citado según Suys: 1933, texte, p. 1*-31*.
John D. Cooney
1965, *Amarna Reliefs from Hermopolis in American Collections,* Nueva York.
Jean Coopin
1638-1646, *Les voyages en Égypte de Jean Coppin,* présentation et notes de S. Sauneron, Voyageurs IFAO 4, 1971.
René-Georges Coquin
1972, «La christianisation des temples de Karnak», *BIFAO* 72, 169-178.
CT= Coffin Texts, citados en traducción según Barguet: 1986.
Jean-Pierre Corteggiani
1979a, *L'Égypte des pharaons au musée du Caire,* A. Somogy, París.

1979b, «Une stèle héliopolitaine d'époque saïte», dans *Hommages Sauneron, I, BdE* 81, 115-154.

Pedro Costa

1978, «The Frontal Sinuses of the Remains Purported to be Akhenaton», *JEA* 64, 76-79.

CRAIBL = Comptes Rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres, París.

CRIPEL = Cahiers de Recherches de l'Institut de Papyrologie et Égyptologie de Lille, Lille.

Eugene Cruz-Uribe

1977, «On the Wife of Merneptah», *GM* 24, 23-32.

1978, «The Father of Ramses I: OI 11456», *JNES* 37, 237-244.

1980, «On the Existence of Psammetichus IV», *Serapis* 5, 35-39.

Barbara Cumming

1982-1984, *Egyptian Historical Records of the Later Eighteenth Dynasty,* Warminster.

J. S. Curl

1982, *The Egyptian Revival. An Introductory Study of a Recurring Theme in the History of Taste,* Londres.

Silvio Curto

1970, *Medicina e medici nell'antico Egitto,* Turín.

1979, *Storia delle Museo Egizio di Torino,* 2.ª ed., Turín.

1981, *L'antico Egitto,* Turín.

1984, «Some Notes Concerning the Religion and Statues of Divinities of Ancient Egypt», dans *Studien zu Sprache und Religion Agyptens, Festschrift W. Westendorf,* 717-734.

Wilhelm Czermak

1948, «Akten in Keilschrift und das auswärtige Amt des Pharaos», *WZKM* 51, 1-13.

B. A. Da Gallipoli, A. Rocchetta, H. Castela

1597-1601, *Voyages en Égypte des années 1597-1601. Traduit de l'italien par C. Burri et N. Sauneron,* Voyageurs IFAO 11, 1974.

Eva Danelius & Heinz Steinitz

1967, «The Fishes and Other Aquatic Animals on the Punt-Reliefs at Deir el-Bahri», *JEA* 53, 15-24.

W. Darby & P. Ghalioungui

1977, *Food. The Gift of Osiris,* Londres.

Georges Daressy

1888, « Les carrières de Gebelein et le roi Smendès», *RT* 10, 133-138.

1895, «Inscriptions du tombeau de Psametik à Saqqarah », *RT* 17, 17-25.

1896a, «Inscriptions inédites de la XXII^e^ dynastie», *RT* 18, 46-53.

1896b, «Une inondation à Thèbes sous le règne d'Osorkon II *(sic)*», *RT* 18, 181-186.

1899, «Les rois Psusennès», *RT* 21, 9-12.

1900, «Stèle de l'an III d'Amasis», *RT* 22, 1-9.

1901, «Inscriptions de la chapelle d'Amenirtis à Médinet-Habou», *RT* 23, 4-18.

1908, «Le roi Auput et son domaine», *RT* 30, 202-208.

1910, «Le décret d'Amon en faveur du grand prêtre Pinozem», *RT* 32, 175-186.

1912, «Ramsès-Si-Ptah», *RT* 34, 39-52.

1913a, «Inscriptions historiques mendésiennes», *RT* 35, 124-129.

1913b, «Notes sur les XXIIe, XXIII^e^ et XXIV^e^ dynasties», *RT* 35, 129-150.

1916, «Le classement des rois de la famille des Bubastites», *RT* 38, 9-20.

1923, «La crue du Nil de l'an XXIX d'Amasis», *ASAE* 23, 47-48.

François Daumas
1953, « Le trône d'une statuette de Pépi Ier trouvé à Dendera», *BIFAO* 52, 163-172, repetido con idéntico título en *BSFE* 12, 36-39.
1958, *Les mammisis des temples égyptiens,* París.
1960, «La scène de la résurrection au tombeau de Pétosiris», *BIFAO* 59, 63-80.
1965a, *La civilisation de l'Égypte pharaonique,* Arthaud.
1965b, *Les dieux de l'Égypte,* col. «Que sais-je?» n.° 1194, P.U.F.
1967, «L'origine d'Amon de Karnak», *BIFAO* 65, 201-214.
1968, *La vie dans l'Égypte ancienne,* col. «Que sais-je?» n.° 1302, P.U.F.
1969, «Une table d'offrandes de Montouhotep Nebhepetre à Dendara», *MDAIK* 24, 96-99.
1972, «Les textes bilingues ou trilingues», dans *Textes et langages de l'Égypte pharaonique,* III, *BdE* 64/3, 41-45.
1973, «Derechef Pépi Ier à Dendara», *RdE* 25, 7-20.
1980, «L'interprétation des temples égyptiens anciens à la lumière des temples gréco-romains», en *Karnak* 6, 261-284.
Sue d'Auria
1983, «The Princess Baketamun», *JEA* 69, 161-162.
N. Dautzenberg
1983, «Zum Konig Ityi der 1. Dynastie», *GM* 69, 33-36.
1984, «Menes im Sothisbuch», *GM* 76, 11-16.
1986a, «Zu den Regierungszeiten in Manethos 1. Dynastie», *GM* 92, 23-28.
1986b, «Zu den Königen Chaires und Cheneres bei Manetho», *GM* 94, 25-29.
1987a, «Die Darstellung der 23. Dynastie bei Manetho», *GM* 96, 22-44.
1987b, «Iun-Re: der erste Kronprinz des Chephren?», *GM* 99, 13-17.
1988, «Ägyptologische Bemerkungen zu Platons Atlantis-Erzählung», *GM* 102, 19-29.
Christopher J. Davey
1976, «The Structural Failure of the Meidum Pyramid», *JEA* 62, 178-179.
Ann Rosalie David
1981, *A Guide to Religious Ritual at Abydos,* Warminster.
1982, *Ancient Egyptian. Religious Beliefs and Practices,* Londres.
1987, *The Pyramid Builders of Ancient Egypt,* Londres.
Whitney M. Davis
1979a, «Sources for the Study of Rock Art in the Nile Valley», *GM* 32, 59-74.
1979b, «Plato on Egyptian Art», *JEA* 65, 121-127.
1979c, «Ancient Naukratis and the Cypriotes in Egypt», *GM* 35, 13-24.
1980, «The Cypriotes at Naukratis», *GM* 41, 7-20.
1981, «Egypt, Samos, and the Archaic Style in Greek Sculpture», *JEA* 67, 61-81.
DE = Discussion in Egyptology, Oxford.
Fernand Debono & Bodil Mortensen
1978-1980, «Rapport préliminaire sur les résultats de l'étude des objets de la fouille des installations du Moyen Empire et "Hyksôs" à l'est du lac sacré de Karnak», *Karnak* 7, 377-384.
1980, «Préhistoire de la vallée du Nil», en *Histoire Générale de l'Afrique* I, UNESCO, 669-692.
1988, *The Predynastic Cemetery at Heliopolis, AV* 63.
Wolfgang Decker
1971, *Die physische Leistung Pharaos, Untersuchungen zu Heldentum, Jagd und Leibesübungen der ägyptischen Konige,* Colonia.
1975, *Quellentexte zum Sport und Körperkultur im alten Ägypten,* St. Augustin.

1978, *Annotierte Bibliographie zum Sport im alten Ägypten,* St. Augustin.
Élisabeth Delange
1987, *Catalogue des statues égyptiennes du Moyen Empire,* Museo del Louvre.
L. Delaporte, E. Drioton et alii
1948, *Atlas historique,* I, *L'Antiquité,* col. «Clio», P.U.F.
Robert D. Delia
1979, «A New Look at Some Old Dates: A Reexamination of Twelfth Dynasty Double Dated Inscriptions», *BES* 1, 15-28.
1982, «Doubts about Double Dates and Coregencies», *BES* 4, 55-70.
A. Deman
1985, «Présence des Égyptiens dans la seconde guerre médique (480-479 av. J.C.)», *CdE* 60, 56-75.
Herman De Meulenaere
1958a, *Herodotos over de 26ste dynastie,* Lovaina.
1958b, «Le vizir Harsiêsis de la 30e dynastie», *MDAIK* 16, 230-236.
1985, «Les grands prêtres de Ptah à l'époque saïto-perse», *Mélanges offerts à Jean Vercoutter,* París, 263-266.
1986, «Un général du Delta, gouverneur de la Haute Égypte», *CdE* 61, 203-210.
Vivant Denon
1801, *Voyage dans la Basse et la Haute Égypte,* París.
Philippe Derchain
1953, «La visite de Vespasien au Sérapeum d'Alexandrie», *CdE* 56, 261-279.
1959, «Le papyrus Salt 825 (BM 10051) et la cosmologie égyptienne», *BIFAO* 58, 73-80.
1962, «Le rôle du roi d'Égypte dans le maintien de l'ordre cosmique», en *Le pouvoir et le Sacré,* Univ. Libre de Bruselas, 61-73.
1965, *Le papyrus Sall 825 (BM 10051), rituel pour la conservation de la vie en Égypte,* Academia Real de Bélgica, Cl. Lettres, *Mémoires* 58/1a.
1966, «Ménès, le roi "Quelqu'un"», *RdE* 18, 31-36.
1970, «La réception de Sinouhé à la Cour de Sésostris Ier», *RdE* 22, 79-83.
1977, «Geburt und Tod eines Gottes», *GM* 24, 33-34.
1979a, «En l'an 363 de Sa Majesté le Roi de Haute et Basse Égypte Râ-Harakhty vivant par-delà le temps et l'espace», *CdE* 53, 48-56.
1979b, «Der ägyptische Gott als Person und Funktion», en W. Westendorf, *Aspekte der spätägyptischen Religion,* Wiesbaden, 43-45.
1980, «Comment les Égyptiens écrivaient un traité de la royauté», *BSFE* 87-88, 14-17.
1987, «Magie et politique. A propos de l'hymne à Sésostris III», *CdE* 62, 21-29.
Peter der Manuelian
1983, «Prolegomena zur Untersuchung saïtischer "Kopien"», *SAK* 10, 221-246.
1987, *Studies in the Reign of Amenophis II, HÄB* 26.
Jehan E. Desanges
1968, «Vues grecques sur quelques aspects de la monarchie méroïtique» *BIFAO* 66, 89-104.
Jean Deshayes
1969, *Les civilisations de l'Orient ancien,* «Les grandes civilisations», Arthaud.
J. Desmond Clark (ed.)
1982, *The Cambridge History of Africa,* I, *From the Earliest Times to c. 500 BC.*
Christiane Desroches-Noblecourt
1946, *Le style égyptien,* col. «Arts, styles et techniques», Larousse.
1962, *L'art égyptien.* Con la colaboración de P. du Bourguet, París.

1964, *Peintures des tombeaux et des temples égyptiens,* UNESCO, Milán.
1965, *Toutankhamon. Vie et mort d'un pharaon,* París.
1972, «Un buste monumental d'Amenophis IV, don prestigieux de l'Egypte à la France», *Revue du Louvre* 1972/4-5, 239-250.
1979, «Touy, mère de Ramsès II, la reine Tanadjmy et les reliques de l'expérience amarnienne», en *l'égyptologie en 1979,* II, 227-244.
1984, «Le "bestiaire" symbolique du libérateur Ahmosis», en *Studien zu Sprache und Religion Agyptens, Festschrift W. Westendorf,* 883-892.
C. Desroches-Noblecourt & G. Gerster
1968, *The World Saves Abu Simbel,* Viena.
Didier Devauchelle & M. I. Aly
1986, «Présentation des stèles nouvellement découvertes au Sérapéum», *BSFE* 106, 31-44.
Michel Dewachter
1971a, «Graffiti des voyageurs du XIXe siècle relevés dans le temps d'Amada en Basse-Nubie», *BIFAO* 69, 131-170.
1971b, «Le voyage nubien du comte Carlo Vidua (fin février-fin avril 1820)», *BIFAO* 69, 171-190.
1975, «Contribution à l'histoire de la cachette royale de Deir el-Bahari», *BSFE* 74, 19-32.
1976, «Le roi Sahathor et la famille de Néferhotep Ier», *RdE* 28, 66-73.
1979, «Le percement de l'isthme de Suez et l'exploration archéologique», en *L'égyptologie en 1979,* I, 221-228.
1984, «Le roi Sahathor, compléments», *RdE* 35, 195-199
1986, «Le scarabée funéraire de Néchao II et deux amulettes inédites du Musée Jacquemart-André» *RdE* 37, 53-62.
Igor M. Diakonoff
1982, «The Structure of Near Eastern Society Before the Middle of the 2nd Millenium B.C.», *Oikumene* 3, 7-100.
Bernd J. Diebner
1984, «Erwägungen zum Thema "Exodus"», *SAK* 11, 595-630.
D. M. Dixon
1964, «The Origin of the Kingdom of Kush (Napata-Meroë)», *JEA* 50, 121-132.
Doc FIFAO = Documents de Fouilles de l'Institut Francais d'Archéologie Orientale, El Cairo.
DÖAW = Denkschrift der Österreichischen Akademie der Wissenschaften, Viena.
Aidan Dodson
1981, «Nefertiti's Regality: a Comment», *JEA* 67, 179-180.
1985, «On the Date of the Unfinished Pyramid of Zawyet El-Aryan», *DE* 3, 21-24.
1986, «Was the Sarcophagus of Ramesses III Begun for Sethos II?», *JEA* 72, 196-198.
1987a, «The Tombs of the Kings of the Thirteenth Dynasty in the Memphite Necropolis», *ZÄS* 114, 36-45.
1987b, «Two Thirteens Dynasty Pyramids at Abusir?», *VA* 3, 231-232.
1987c, «The Takhats and Some Other Royal Ladies of the Ramesside Period», *JEA* 73, 224-229.
1987d, «Psusennes II», *RdE* 38, 49-54.
Sergio Donadoni
1957, «Per la data della "Stele di Bentresh"», *MDAIK* 15, 47-50.
1963, *Fonti indirette della storia egiziana* (ed.), *Stud. Semitici* 7.
1977, «Sulla situazione giuridica della Nubia nell'impero egiziano», en *Ägypten und Kush, Schr. Or.* 13, 133-138 .
1981, *L'Egitto,* Turín.

Herbert DONNER
1969, «Elemente ägyptischen Totenglauben bei den Aramäern Ägyptens», en *Religions en Égypte hellénistique et romaine,* CESS Univ. de Estrasburgo, P.U.F., 35-44.
Jean DORESSE
1960, Des hiéroglyphes à la croix. Christianisme et religion pharaonique, PIHAN Estambul 7.
Marianne DORESSE
1971-1979, «Le dieu voilé dans sa châsse et la fête du début de la décade», *RdE* 23 (1971), 113-136; 25 (1973), 92-135; 31 (1979), 36-65.
1981, «Observations sur la publication des blocs des temples atoniens de Karnak: The Akhenaten Temple Project», *GM* 46, 45-79.
G. DORMION & J.-P. GOIDIN
1986, *Khéops. Nouvelle enquête. Propositions préliminaires,* París.
Rosemarie DRENKHAHN
1976, *Die Handwerker und ihre Tätigkeit im alten Ägypten, AA* 31.
1980, *Die Elephantine-Stele des Sethnacht und ihr historischer Hintergrund, ÄA* 36.
1981, «Ein Nachtrag zu Tausret», *GM* 43, 19-22.
M. DREW-BEAR
1979, *Le nome hermopolite. Toponymes et sites,* Missoula.
Étienne DRIOTON
1939, «Une statue prophylactique de Ramsès III», *ASAE* 39, 57-89.
1953, «Un document sur la vie chère à Thèbes au début de la XVIII^{e} dynastie», *BSFE* 12, 11-25.
1954, «Une liste de rois de la IV^{e} dynastie dans l'ouâdi Hammâmât», *BSFE 16,* 41-49.
1957, «Le nationalisme au temps des pharaons», *La Revue du Caire* 198, 81-92.
1958, «Amon avant la fondation de Thèbes», *BSFE* 26, 33-41
1969, *L'Égypte pharaonique,* Col. «U 2», A. Colin, París.
E. DRIOTON & P. DU BOURGET
1965, *Les pharaons à la conquête de l'art,* París.
E. DRIOTON & J. VANDIER
1962, *L'Égypte. Des origines à la conquête d'Alexandre,* 4.ª ed., col. «Clio», P.U.F., París.
Bernardino DROVETTI
1800-1851, *Bernardino Drovetti epistolario 1800-1851.* Publicación de S. Curto en colaboración con L. Donatelli, Milán, 1985.
Margaret S. DROWER
1982, «Gaston Maspero and the Birth of the Egypt Exploration Fund (1881-3)», *JEA* 68, 299-317.
1985, *Flinders Petrie. A Life in Archaeology,* Londres.
Comte DU MESNIL DU BUISSON
1969, «Le décor asiatique du couteau de Gebel el-Arak», *BIEAO* 68, 63-84.
Françoise DUNAND
1980, «Fête, tradition, propagande: les cérémonies en l'honneur de Bérénice, fille de Ptolémée III, en 238 a.C.», en *Livre du Centenaire, MIFAO* 104, 287-301.
1983, «Culte royal et culte impérial en Égypte. Continuités et ruptures», *Aegyptiaca Treverensia* 2, 47-56.

Dows Dunham
1970, *The Barkal Temples,* Boston.
André Dupont-Sommer
1978, «Les dieux et les hommes en l'île d'Éléphantine, près d'Assouan, au temps de l'Empire des Perses», *CRAIBL 1978,* 756-772.
D. P. Dymond
1974, *Archaelogy and History, a Plea for Reconciliation,* Londres.
Marianne Eaton-Krauss
1981a, «Seti-Merenptah als Kronprinz Merenptahs» *GM* 50, 15-22.
1981b, «The Dating of the "Hierakonpolis-Falcon"», *GM* 42, 15-18.
1981c, «Miscellanea Amarniensia», *CdE* 56, 245-264.
1987, «The Titulary of Tutankhamun», en *Form und Mass, ÄAT* 12, 110-123.
J. Ebach & M. Gorg
1987, *Beziehung zwischen Israel und Ägypten,* Darmstadt.
Elmar Edel
1944, «Untersuchungen zur Phraseologie der agyptischen Inschriften des Alten Reiches», *MDAIK* 13, 1-90.
1961-1963, *Zu den Inschriften aus den Jahreszeitenreliefs der «Weltkammer» aus dem Sonnenheiligtum des Niuserre, NAWG.*
1972, *«Nj-rmtw-nswt "ein Besitzer von Menschen ist der Konig"», GM* 2, 15-18.
1974, «Neue Identifikationen topographischer Namen in den konventionellen Namenzusammenstellungen des Neuen Reiches», *GM* 11, 19-22.
1978, «Amasis und Nabukadrezar II», *GM* 29, 13-20.
1981, *Hieroglyphische Inschriften des alten Reiches,* Wiesbaden.
1984, «Zur Stele Sesostris' I. aus dem Wadi el-Hudi *(ASAE* 39, 197 ff.)», *GM* 78, 51-54.
1985, «Der Seevölkerbericht aus dem 8. Jahre Ramses' III. *(MH* II, pl. 46,15-18). Ubersetzung und Struktur», *BdE 97/1, 223-237.*
William F. Edgerton
1947, «The Nauri Decree of Seti I, a Translation and Analysis of the Legal Portion», *JNES* 6, 219-230.
W. F. Edgerton & J. A. Wilson
1936, *Historical Records of Ramses III. The Texts in MEDINET HABU Volumes I and II, Translated with Explanatory Notes, SAOC* 12.
Iorweth E. S. Edwards
1960, *Oracular Amuletic Decrees of the Late New Kingdon,* 2 vol., *HPBM* 4.
1967, *Les pyramides d'Égypte,* trad. D. Meunier, Livre de Poche, París.
1974, «The Collapse of the Meidum Pyramid», *JEA* 60, 251-252.
1975, «Something Which Herodotus May Have Seen», *RdE* 27, 117-124.
I. E. S. Edwards, C. J. Gadd, N. G. L. Hammond
1971, *Cambridge Ancient History,* I, 2, *The Early History of the Middle East. 3.ª* ed., Cambridge University Press.
1973a, *Cambridge Ancient History,* II, 1, *History of the Middle East and the Aegean Region c.1800-1380,* 3.ª ed., Cambridge University Press.
1973b, *Cambridge Ancient History,* II, 2, *History of the Middle East and the Aegean Region c.1380-1000,* 3.ª ed., Cambridge University Press.
1974, *Cambridge Ancient History,* I, 1, *Prolegomena and Prehistory,* 3.ª ed., Cambridge University Press.
1977, *Plates to Volumes* I *and 2,* Cambridge University Press.
Arne Eggebrecht
1980, *Geschichte der Arbeit, 1, Die frühen Hochkulturen: das alte Ägypten,* Colonia.
1982, *Ägypten: Faszination und Abenteuer,* Maguncia.

L'égyptologie en 1979 = *L'égyptologie en 1979. Axes prioritaires de recherche,* Colloques internationaux du CNRS, París, 1982.
Egyptology Today, Londres.
Josef Eiwanger
1984, *Merimde-Benisalame,* 1, *Die Funde der Uhrschicht, AV* 47.
1988, *Merimde-Benisalame,* 2, *Die Funde der mittleren Merimdekultur, AV* 51.
Mustafa el-Amir
1964, «Monogamy, Polygamy, Endogamy and Consanguinity in Ancient Egyptian Marriage», *BIFAO* 62, 103-108.
F. el-Baz
1984, *The Geology of Egypt. An Annotated Bibliography,* Leiden.
F. A. el-Bedewi
1968-1969, «Search for Presently Unknown Chambers in Chefren Pyramid», *BIE* 50, 65-74.
Zeinab el-Dawakhly
1966-1968, «New Lights on the Role of Women in Ancient Egypt», *BIE* 48-49, 79-86.
K. T. el-Dissoury
1969, *Elephantine in the Old Kingdom,* Chicago.
R. A. el-Farag
1980, «A Stela of Khasekhemui from Abydos», *MDAIK* 36, 77-80.
Rashid el-Nadoury
1968a, «Human Sacrifices in the Ancient Near East», *AHS Alexandrie* 2, 1-10.
1968b, «The Origin of the Fortified Enclosures of the Early Egyptian Dynastic Period», *AHS Alexandrie* 2, 11-19.
R. el-Nadoury & J. Vercoutter
1980, «Le leg de l'Égypte pharaonique», en *Histoire Générale de l'Afrique,* II, UNESCO, 153-190.
W. el-Sadeek
1984, «Twenty-sixth Dynasty Necropolis at Gizeh», *VIAA Wien* 29.
Ahmed el-Sawi
1983, «Ramesses II Completing a Shrine in the Temple of Sety I at Abydos», *SAK* 10, 307-310.
Ramadan el-Sayed
1974, «Quelques éclaircissements sur l'histoire de la XXVI^{e} dynastie, d'après la statue du Caire *CG* 658», *BIFAO* 74, 29-44.
1978, «Piankhi, fils de Hérihor. Documents sur sa vie et sur son rôle», *BIFAO* 78, 197-218.
1979a, «Stèles de particuliers relatives au culte rendu aux statues royales de la XVIII^{e} à la XX^{e} dynastie», *BIFAO* 79, 155-166.
1979b, «Quelques précisions sur l'histoire de la province d'Edfou à la Deuxième Période Intermédiaire (Étude des stèles *JE* 38917 et 46988 du Musée du Caire), *BIFAO* 79, 167-208.
E. M. el-Shazly
1987, «The Ostracinic Branch, A Proposed Old Branch of the River Nile», *DE* 7, 69-78.
Farid el-Yahky
1984, «The Origin and Development of Sanctuaries in Predynastic Egypt», *JSSEA* 14, 70-73.
1985a, «The Sahara and Predynastic Egypt: an Overview», *JSSEA* 15, 81-85.
1985b, «Clarifications on the Gerzean Boat Scenes», *BIFAO* 85, 187-195.
Enchoria, Zeitschrift fur Demotistik und Koptologie, Wiesbaden.

Erika Endesfelder
1977, «Über die ökonomischen und sozialen Verhältnisse der Reiche von Napata und Meroe», en *Agypten und Kush, Schr. Or.* 13, 143-164.
1979, «Zur Frage der Bewässerung im pharaonischen Ägypten», *ZAS* 106, 37-51.
H. Engel
1979, *Die Vorfahren Israels in Agypten,* Fráncfort.
R. Engelbach
1940, «Material for a Revision of the History of the Heresy Period of the XVIIIth Dynasty», *ASAE* 40, 133-165.
Enseignement d'Amenemhat Ier, citada según la edición de Helck: 1969.
Eranos Rudbergianus, Uppsala.
Eretz Israel, Tel Aviv.
W. Erichsen
1933, *Papyrus Harris I. Hieroglyphische Transkripgtion, BAE* 5.
Adolphe Erman
1900, «Die Naukratisstele», *ZÄS* 38, 127-133.
1952a, *La religion des Égyptiens,* traducción francesa de Henri Wild, Payot.
1952b, *L'Égypte des pharaons,* traducción francesa de Henri Wild, Payot.
Earl L. Ertman
1979, «Some Probable Representations of Ay», en *L'égyptologie en 1979,* II, 245-248, –repetido con idéntico título en *GM* 51 (1981), 51-56.
ET = Études et Travaux, Varsovia.
EVO = Egitto e Vicino Oriente, Rivista della sezione orientalistica dell'Istituto di Storia Antica, Universita degli Studi di Pisa, Pisa.
Christopher J. Eyre
1980, «The Reign-length of Ramesses VII», *JEA* 66, 168-170.
1984, «Crime and Adultery in Ancient Egypt», *JEA* 70, 92-105.
1987, «The Use of Data from Deir el-Medina», *BiOr* 44, 21-36.
Félix Fabri
1483, *Le voyage en Égypte de Félix Fabri,* traducido, prologado y anotado por el R. P. J. **Masson**, s. j ., IFAO, El Cairo, 1975 .
Brian M. Fagan
1977, *The Rape of the Nile. Tomb Robbers, Tourists, and Archaeologists in Egypt,* Macdonald & Jane's, Londres. Traducido al francés con el título *L'aventure archéologique en Égypte,* París, 1981.
H. W. Fairman
1958, «The Kingship Rituals of Egypt», dans **S. H. Hooke**, *Myth, Ritual and Kingship,* 74-104.
W. A. Fairservis Jr.
1983, *Hierakonpolis – The Graffti and the Origins of Egyptian Hieroglyphic Writing,* Poughkeepsie NY.
Ahmed Fakhry
1973, *The Oases of Egypt,* I, *Siwa Oasis,* El Cairo.
1974, *The Oases of Egypt,* II, *Bahriya and Farafra Oases,* El Cairo.
1975, *The Pyramids,* 4.ª ed., Chicago.
M. von Falck, S. Klie & A. Schulz
1985, «Neufunde erganzen Konigsnamen eines Herrschers der 2. Zwischenzeit», *GM* 87, 15-24.

Raymond O. Faulkner
1958, «The Battle of Kadesh», *MDAIK* 16, 93-111.
1959, «*Wpwtyw* "Bystanders"», *JEA* 45, 102.
1969, *The Ancient Egyptian Pyramid Texts,* 2 vol., Oxford.
1985, *The Ancient Egyptian Book of the Dead,* Londres.
Richard A. Fazzini
1988, *Egypt, Dynasty XXII-XXV,* Leiden.
H. Fechheimer
1922, *Die Plastik der Ägypter,* Berlín.
Gerhard Fecht
1958, «Zu den Namen ägyptischer Fürsten und Städte in den *Annalen* des Assurbanipal und der *Chronik* des Asarhaddon», *MDAIK* 16, 112-119.
1979, «Die Berichte des Hrw = ḫwi.f über seine drei Reisen nach J3m», *ÄAT* 1, 105-134.
1983, «Die Israelstele, Gestalt und Aussage», *ÄAT* 5, 106-138.
1984a, «Das "Poème" über die Qadesh-Schlacht», *SAK* 11, 281-333.
1984b, «Nachträge zu meinem "Das 'Poème' über die Qadesch-Schlacht», *GM* 80, 55-58.
1984c, «Ramses II. und die Schlacht bei Qadesh (Qidsha)», *GM* 80, 23-54.
Walter Federn
1935, «Zur Familiengeschichte der IV. Dynastie Ägyptens», *WZKM* 42, 165-192.
Erika Feucht
1978, «Zwei Reliefs Scheschonqs I. aus El Hibeh», *SAK* 6, 69-77.
1981, «Relief Scheschonq I. beim Erschlagen der Feinde aus El-Hibe», *SAK* 9, 105-118.
Elizabeth Finkenstaedt
1976, «The Chronology of Egyptian Predynastic Black-Topped Ware», *ZAS* 103, 5-8.
1981, «Regional Painting Style in Prehistoric Egypt», *ZÄS* 107, 116-120.
1984, «Violence and Kingship: the Evidence of the Palettes», *ZÄS* 111, 107-110.
1985, «Cognitive vs. Ecological Niches in Prehistoric Egypt», *JARCE* 32, 143-147.
Otto Firchow
1957, «Königsschiff und Sonnenbarke», *WZKM* 54, 34-42.
Henry G. Fischer
1964, *Inscriptions from the Coptite Nome. Dynasties VI-XI, AnOr* 40.
1968, *Dendera in the Third Millenium B.C. Down to the Theban Domination of Upper Egypt,* Nueva York.
1974, «*Nbty* in Old-Kingdom Titles and Names», *JEA* 60, 94-99.
1975, «Two Tantalizing Biographical Fragments of Historical Interest», *JEA* 61, 33-37.
Hans-Werner Fischer-Elfert
1983a, «The Sufferings of an Army Officer», *GM* 63, 43-46.
1983b, «Morphologie, Rhetorik und Genese der Soldatencharakteristik», *GM* 66, 45-66.
1986, *Literarische Ostraka der Ramessidenzeit in Übersetzung, KÄT.*
1987a, *Die satirische Streitschrift des Papyrus Anastasi I, 2, Übersetzung und Kommentiering, ÄA* 44.
1987b, «Der Pharao, die Magier und der General – Die Erzählung des Papyrus Vandier», *BiOr* 44, 5-21.
Gustave Flaubert
1849-1850, *Voyage en Égypte,* París, 1986.

Marie-Pierre Foissy-Aufrère
1985, *Egipte & Provence. Civilisation, survivances et «cabinetz de curiositez»*, Avignon, Museo Calvet.
Annie Forgeau
1984, «Prêtres isiaques: essai d'anthropologie religieuse», *BIFAO* 84, 155-187.
L. Foti
1978, «Menes in Diodorus I. 89», *Oikumene* 2, 113-126.
Michael V. Fox
1988, *The Song of Songs and the Ancient Egyptian Love Songs*, Madison, Wi. *Fragen an die altägyptische Literatur, Studien zum Gedenken an Eberhard Otto*, Wiesbaden.
P. J. Frandsen
1976, «Heqareshu and the Family of Tuthmosis IV», *AcOr* 37, 5-10.
1979, «Egyptian Imperialism», en *Power and Propaganda, Mesopotamia* 7, 167-192.
Detlef Franke
1973, «Ein Beitrag zur Diskussion über die asiatische Produktionsweise», *GM* 5, 63-72.
Henri Frankfort
1951, *La royauté et les dieux*, traducción francesa de J. Marty et P. Kriéger, Payot. Trad. española, *Reyes y dioses*, Madrid, 1976.
Sigmund Freud
1986, *L'homme Moïse et la religion monothéiste. Trois essais*. Traducción C. Heim, Gallimard.
E. Friedell
1982, *Kulturgeschichte Äqyptens und des Alten Orients*, Múnich.
Florence Friedman
1975, «On the Meaning of W3d-wr in Selected Literary Texts», *GM* 17, 15-22.
Christian Froidefond
1971, *Le mirage égyptien dans la littérature grecque, d'Homère à Aristote*, Ophrys. *FuB = Forschungen und Berichte*, Berlín.
P. Fuscaldo
1982, «La medicina en el antiguo Egipto», *RIHAO* 6, 35-60.
Gaballa Aly Gaballa
1969, «Minor War Scenes of Ramesses II at Karnak», *JEA* 55, 82-88.
Marc Gabolde
1987, «Ay, Toutankhamon et les martelages de la stèle de la restauration de Karnak (CG 34183)», *BSEG* 11, 37-62.
Gawdat Gabra
1981, «A Lifesize Statue of Nepherites I from Buto», *SAK* 9, 119-124.
N. H. Gale & Z. A. Stos-Gale
1981, «Ancient Egyptian Silver», *JEA* 67, 103-115.
Sir Alan H. Gardiner
1904, «The Installation of a Vizier», *RT* 26, 1-19.
1916, «The Defeat of the Hyksos by Kamose: the Carnarvon Tablet, N.° I», *JEA* 3, 95-110.
1938, «The House of Life», *JEA* 24, 157-179.
1948, *Ramesside Administrative Documents*, Oxford.
1952, «Some Reflections on the Nauri Decree», *JEA* 38, 24-33.
1955, «The Problem of the Month-names», *RdE* 10, 9-31.
1956, «The First King Menthotpe of the Eleventh dynasty», *MDAIK* 14, 42-51.
1959, *The Royal Canon of Turin*, Oxford.

1960, *The Kadesh Inscriptions of Ramesses II*, Oxford.
1961, *Egypt of the Pharaohs. An Introduction*, Oxford University Press.
1974, *Egypt of the Pharaohs*, réédition, Oxford.
Paul GARELLI
1969, *Le Proche-Orient asiatique. Des origines aux invasions des Peuples de la Mer*, «Nouvele Clio», P.U.F., París, 2.ª edición, 1982. Trad. española, *El Próximo Oriente asiático*, Barcelona, 1970.
P. GARELLI & V. NIKIPROWETZSKY
1974, *Le Proche-Orient asiatique. Les empires mésopotamiens. Israël*, «Nouvelle Clio», P.U.F., París. Trad. española, El Próximo Oriente asiático, Barcelona, 1977
Jean Sainte Fare GARNOT
1942, *«L'imakh* et les *imakhous* d'après les *Textes des Pyramides», Annuaire de l'École Pratique des Hautes Études*, *V*ᵉ Section, 1-32.
1948, *La vie religieuse dans l'ancienne Égypte*, col. «Mythes et Religions», P.U.F.
1952, «Études sur la nécropole de Gîza sous la IVᵉ dynastie», *RdE* 9, 69-79.
1958, «Sur le nom de "l'Horus cobra"» *MDAIK* 16, 138-146.
A. A. GASM EL-SEED
1985, «La tombe de Tanoutamon à El Kurru (Ku. 16)», *RdE* 36, 67-72.
Henri GAUTHIER
1906, «Quelques remarques sur la XIᵉ dynastie», *BIFAO* 5, 23-40.
1907-1917, *Le Livre des Rois d'Égypte. Recueil de titres et protocoles royaux, noms propres des rois, reines et princesses..., MIFAO* 17-21.
1921, «Les "fils royaux de Kouch" et le personnel administratif de l'Éthiopie», *RT* 39, 179-238.
1923, «Quelques additions au *Livre des Rois d'Égypte* (Ancien et Moyen Empire)», *RT* 40, 177-204.
1925-1931, *Dictionnaire des noms géographiques contenus dans les textes hiéroglyphiques*, 7 vol., IFAO.
1932, «Les deux rois Kamose (XVIIᵉ dynastie)», dans *Studies Griffith*, Oxford, 3-8.
1934, «Un monument nouveau du roi Psamtik II», *ASAE* 34, 129-134.
J.-E. GAUTIER & G. JEQUIER
1902, *Mémoire sur les fouilles de Licht, MIFAO* 6.
Marguerite GAVILLET
1981, «L'évocation du roi dans la littérature royale égyptienne comparée à celle des *Psaumes* royaux et le rapport roi-Dieu», *BSEG* 5, 3-14 et 6, 3-17.
Beate GEORGE & B. PETERSON
1979, *Die Karnak-Zeichnungen von Baltzar Cronstrand 1836-1837*, Estocolmo.
H. GERICKE
1984, *Mathematik in Antike und Orient*, Berlín.
Renate GERMER
1979, *Untersuchungen über Arzneipflanzen im alten Ägypten*, Hamburgo.
1981, «Einige Bemerkungen zum angeblichen Opiumexport von Zypern nach Ägypten», *SAK* 9, 125-130.
Philippe GERMOND
1979, «Le roi et le retour de l'inondation», *BSEG* 1, 5-12.
Louise GESTERMANN
1984, «Hathor, Harsomtus und Mntw-htp.w II.», dans *Studien zu Sprache und Religion Ägyptens, Festschrift W. Westendorf*, 763-776.
1987, *Kontinuität und Wandel in Politik und Verwaltung des frühen mittleren Reiches in Ägypten, GOF* IV/18.

Francis Geus
1982, «Du V^e^ millénaire av. J.-C. à l'époque méroïtique: les dernières fouilles au Soudan nilotique», *BSFE* 94, 20-30.
I. A. Ghali
1969, *L'Égypte et les Juifs dans l'antiquité,* París.
Paul Ghalioungui
1973, *The House of Life. Magic and Medical Science in Ancient Egypt,* ed. revisada, Amsterdam.
1983, *The Physicians of Pharaonic Egypt, Sond. DAIK* 10.
Monir G. Ghobrial
1967, *The Structural Geology of the Kharga Oasis, Geological Survey Papers* 43, El Cairo.
W. Ghoneim
1977, *Die ökonomische Bedeutung des Rindes im alten Ägypten,* Bonn.
Antonio Giammarusti & Alessandro Roccati
1980, *File. Storia e vita di un santuario egizio,* Novara.
Lisa L. Giddy
1980, «Some Exports From the Oases of the Libyan Desert Into the Nile Valley – Tomb 131 at Thebes», en el *Livre du Centenaire, MIFAO* 104, 119-125.
1987, *Egyptian Oases. Bahariya, Dakhla, Farafra and Kharga During Pharaonic Times,* Warminster.
S. Giedion
1966, *La naissance de l'architecture,* «L'éternel présent», traduction par E. Bille-de-Mot, Bruselas.
André Gil-Artagnan
1975, «Projet *Pount.* Essai de reconstitution d'un navire et d'une navigation antiques», *BSFE 73, 28-43.*
Pierre Gilbert
1949a, *La poésie égyptienne,* 2.ª ed., Bruselas.
1949b, *Esquisse d'une histoire de l'Égypte ancienne et de sa culture,* Bruselas.
Boleslav Ginter & J. K. Koslowski
1979, *Silexindustrien in el-Tarif. AV* 26.
1986, «Kulturelle und Paläoklimatische Sequenz in der Fayum-Depression–eine zusammenfassende Darstellung der Forschungsarbeit... 1979-1981», *MDAIK* 42, 9-24.
B. Ginter, J. K. Kozlowski, M. Pawlikowski
1985, «Field Report from the Survey Conducted in Upper Egypt in 1983», *MDAIK* 41 (1985), 15-42.
Michel Gitton
1967, «Un monument de la reine Keñsa à Karnak», *RdE* 19, 161-163.
1974, «Le palais de Karnak», *BIFAO 74, 63-74.*
1975a, «Les premiers obélisques monolithes, à propos d'un texte de Pline l'Ancien», *BIFAO* 75, 97-102.
1975b, *L'épouse du dieu Ahmès Néfertary,* Les Belles-Lettres, París.
1976, «Le rôle des femmes dans le clergé d'Amon à la 18^e^ dynastie», *BSFE* 75, 31-46.
1978, «Variation sur le thème de la titulature des reines», *BIFAO* 78, 389-404.
1984, *Les divines épouses de la 18^e^ dynastie,* Les Belles-Lettres, París.
Raphael Giveon
1965, «A Sealing of Khyan From the Shephela of Southern Palestine», *JEA* 51, 202-204.

1967, «Royal Seals of the XIIth Dynasty From Western Asia», *RdE* 19, 29-37.
1971, *Les bédouins Shosou des documents égyptiens*, Leiden.
1974, «Amenophis III in Athribis», *GM* 9, 25-26.
1977, «Remarks on the Transmission of Egyptian Lists of Asiatic Toponyms», en *Fragen an die altägyptische Literatur, Studien Otto,* Wiesbaden, 171-184.
1978, *The Impact of Egypt in Canaan. Iconographical and Related Studies, OBO* 20.
1979a, «The XIIIth Dynasty in Asia», *RdE* 30, 163-167.
1979b, «Remarks on Some Egyptian Toponym Lists Concerning Canaan», *ÄAT* 1, 135-141.
1979c, «Western Asiatic Aspects of the Amarna-period: the Monotheism-problem», en *L'égyptologie en 1979,* II, 249-252.
1980, «Resheph in Egypt», *JEA* 66, 144-150.
1981, «Ya'qob-har», *GM* 44, 17-20.
1983, «A Date Corrected: if it is Hebrew to you», *GM* 69, 95.
1984, «Amenmesse in Canaan?», *GM* 83, 27-30.
1986, «Cattle – Administration in Middle Kingdom Egypt and Canaan», *Hommages à François Daumas,* 1, Montpellier, 279-284.
Glimpses of Ancient Egypt, Studies in Honour of H. W. Fairman, Warminster.
Gérard Godron
1958, «Études sur l'époque archaïque», *BIFAO* 57, 143-156.
Gleanings from Deir el-Medîna, éd. **R. J. Demarée** & **J. J. Janssen**, Leiden.
Hans Goedicke
1957, «Das Verhältnis zwischen königlichen und privaten Darstellungen im Alten Reich», *MDAIK* 15, 57-67.
1960, *Die Stellung des Königs im Alten Reich, ÄA* 2.
1961, «Die Siegelzylinder von Pepi I.», *MDAIK* 17, 69-90.
1962, «Psammetik I. (und) die Libyer», *MDAIK* 18, 26-49.
1966a, «Some Remarks on the 400-Year Stela», *CdE* 41, 23-39.
1966b, «An Additional Note on "'3 'Foreigner'"» *JEA* 52, 172-174.
1967, *Königliche Dokumente aus dem Alten Reich, ÄA* 14.
1969a, «Probleme der Herakleopolitenzeit», *MDAIK* 24, 136-143.
1969b, «Ägäische Namen in ägyptischen Inschriften», *WZKM* 62, 7-10.
1974, «The Inverted Water», *GM* 10, 13-18.
1977, «727 vor Christus», *WZKM* 69, 1-19.
1979a, «"Irsu the Kharu" in Papyrus Harris», *WZKM* 71, 1-17.
1979b, «The Origin of the Royal Administration», en *L'égyptologie en 1979,* II, 123-130.
1981a, «Harkhuf's Travels», *JNES* 40, 1-20.
1981b, «The "400-Year Stela" Reconsidered », *BES* 3, 25-43.
1981c, «The Campaign of Psammetik II Against Nubia», *MDAIK* 37, 187-198.
1981d, Reseña de **Patrick F. O'Mara**, *The Chronology of the Palermo and the Turin Canons, JARCE* 18, 89-90.
1981e, Reseña de **Patrick F. O'Mara**, *The Palermo Stone and the Archaic Kings of Egypt, JARCE* 18, 88-89.
1984, *Studies in the Hekanakhte Papers,* Baltimore.
1985a, *Perspectives on the Battle of Kadesh,* Baltimore.
1985b, «Rudjedet's Delivery», *VA* 1, 19-26.
1987, «Ramesses II and the Wadi Tumilat», *VA* 3, 13-24.
1988, «Yam – More», *CM* 101, 35-42.

O. GOELET Jr.
1986, «The Therm *Stp-s3* in the Old Kingdom and Its Later Development», *JARCE* 23, 85-98.
MANFRED GÖRG
1975, «Ninive in Ägypten», *GM* 17, 31-34.
1976, «Die Phryger in Hieroglyphen», *GM* 22, 37-38.
1977a, «*Zimiu* und *lamassu*», *GM* 23, 35-36.
1977b, «Komparatistische Untersuchungen an ägyptischer und israelitischer Literatur», dans *Fragen and die altägyptische Literatur, Stud. Otto,* 197-216.
1978, «Eine Variante von Mitanni», *GM* 29, 25-26.
1979a, «Mitanni in Gruppenschreibung», *GM* 32, 17-20.
1979b, «Das Ratespiel um *M w-qd*», *GM* 32, 21-22.
1979c, «Identifikation von Fremdnamen», *ÄAT* 1, 152-173.
1979d, «Tuthmosis III. und die Shasou-region», *JNES* 38, 199-202.
1982a, «Weitere Belege für Ibirta», *GM* 59, 13-14.
1982b, «Ein Siegelamulett Amenophis III. aus Palästine», *GM* 60, 41-42.
1983, «Die afrikanischen Namen der Kaimauer von Elephantine», *GM* 67, 39-42.
1984, «Weitere Bermerkungen zur Geschenkliste Amenophis III. (EA 14)», *GM* 71, 15-16.
GOF = *Göttinger Orientsforschungen,* Wiesbaden.
B. L. GOFF
1979, *Symbols of Ancient Egypt in the Late Period. Twenty-first Dynasty,* La Haya.
J.O. GOHARY
1979, «Nefertiti at Karnak», dans *Glimpses of Ancient Egypt, Studies in Honour of H. W. Fairman,* 30-31.
Jean-Clude GOLVIN et Jean LARRONDE
1982, «Étude des procédés de construction dans l'Égypte ancienne, 1, L'édification des murs de grès en grand appareil à l'époque romaine», *ASAE* 68, 165-190.
Jean-Claude GOLVIN & Robert VERGNIEUX
1986, «Étude des procédés de construction dans l'Égypte ancienne, 4, Le ravalement des parois, la taille des volumes et des moulures», *Hommages à François Daumas,* 1, Montpellier, 299-321.
Farouk GOMAA
1973, *Chaemwese. Sohn Ramses II. und Hoherpriester von Memphis, ÄA* 27.
1975, *Die libyschen Fürstentümer des Deltas vom Tode Osorkons II. bis zur Wiedervereinigung Ägyptens durch Psammetik I.,* Wiesbaden.
1980, *Ägypten während der Ersten Zwischenzeit TAVO* B/27.
1986-1987, *Die Besiedlung Ägyptens während des mittleren Reiches,* 1, *Oberägypten,* 2, *Unterägypten und die angrenzenden Gebiete, TAVO* B 66/1-2.
Zakaria GONEIM
1957, *Excavations at Saqqara: Horus Sekhem-Khet. The Unfinished Step Pyramid at Saqqara,* I, IFAO, El Cairo.
1959, «La pyramide ensevelie», *La Revue du Caire* 232, 450-471.
Antonius GONZALES
1665-1666, *Le voyage en Égypte du Père Antonius Gonzales, 1665-1666. Traduit du néerlandais, présenté et annoté par Ch. Libois s.j.,* Voyageurs IFAO 19/1-2, 1977.
G. GOTTSCHALK
1979, *Die grossen Pharaonen. Ihr Leben, ihre Zeit, ihre Kunstwerke...,* Múnich.
Jean-Claude GOYON
1972, *Rituels funéraires de l'ancienne Égypte..., LAPO* 4.

1978-1980, «Une dalle aux noms de Menkheperrê, fils de Pinedjem I[er], d'Isetemkheb et de Smendès (CSX 1305)», *Karnak 7*, 275-280.
1983, «Inscriptions tardives du temple de Mout à Karnak», *JARCE* 20, 47-64.

Georges Goyon

1970, «Nouvelles observations relatives à l'orientation de la pyramide de Khéops», *RdE* 22, 85-98.
1971a, «Les navires de transport de la chaussée monumentale d'Ounas», *BIFAO* 69, 11-42.
1971b, «Les ports des pyramides et le grand canal de Memphis», *RdE* 23, 137-153.
1974, «Kerkasôre et l'ancien observatoire d'Eudoxe», *BIFAO* 74, 135-148.
1976, «Un procédé de travail du granit par l'action thermique chez les anciens Égyptiens», *RdE* 28, 74-86.
1979, «Est-ce enfin Sakhebou?», en *Hommages Sauneron, I, BdE* 81, 43-50.

Erhart Graefe

1979a, «Zu Pjj, der angeblichen Nebenfrau des Achanjati», *GM* 33, 17-18.
1979b, «La structure administrative de l'institution de l'Épouse Divine d'Amon», en *L'égyptologie en 1979*, II, 131-134.
1981, *Untersuchungen zur Verwaltung und Geschichte der Institution der Gottesgemahlin des Amun vom Begin des Neuen Reiches bis zur Spätzeit, ÄA* 37.
1984, «Der Pyramidenbesuch des Guilielmus de Boldensele im Jahre 1335», *SAK* 11, 569-584.

Hermann Grapow

1949, *Studien zu den Annalen Thutmosis des Dritten und zu ihnen verwandten historischen Berichten des Neuen Reiches, ADAW*, 1947/2.

Brigitte Gratien

1978, *Les cultures Kerma. Essai de classification*, Publication de l'Université de Lille.

Bernhard Grdseloff

1942, *Les débuts du culte de Rechef en Égypte*, El Cairo.

Michael Green

1983, «The Syrian and Lebanese Topographical Data in the *Story of Sinuhe», CdE* 58, 38-59.
1987, «Reseña de **A. Nibbi**, *Wenamun and Alashiya Reconsidered*, Cowley, 1985, *BiOr* 44, 99-103.

P. Grelot

1972, *Documents araméens d'Égypte, Introduction, présentation*, LAPO 5.

Jean-Claude Grenier

1979, «Djédem dans les textes du temple de Tôd», en *Hommages Sauneron*, I, *BdE* 81, 381-390.
1983, «La stèle funéraire du dernier taureau Bouchis», *BIFAO* 83, 197-208.
1987, «Le protocole pharaonique des Empereurs romains (Analyse formelle et signification historique)», *RdE* 38, 81-104.

L. Greven

1985, *Der Ka in Theologie und Königskult der Ägypter des Alten Reiches, ÄF* 17.

Marcel Griaule

1966, *Dieu d'eau*, París, Fayard.

Reinhard Grieshammer

1979, «Gott und dans Negative nach Quellen der ägyptischen Spätze», en **W. Westendorf**, *Aspekte der spätägyptischen Religion*, Wiesbaden, 79-92.
1982, «Maat und Sädäq. Zum Kulturzusammenhang zwischen Ägypten und Kanaan», *GM* 55, 35-42.

F. Ll. GRIFFITH
1900, *Stories of the High Priest of Memphis. The Seton of Herodotus and the Demotic Tales of Khamuas,* Oxford, reedición, 1985.
1927, «The Abydos Decree of Seti I at Nauri», *JEA* 13, 193-208.
John Gwyn GRIFFITHS
1960, *The Conflict of Horus and Seth, from Egyptian and Classical Sources. A Study in Ancient Mythology,* Liverpool.
1980, *The Origins of Osiris and His Cult,* Leiden.
Nicolas GRIMAL
1980, «Bibliothèques et propagande royale à l'époque éthiopienne», en el *Livre du Centenaire, MIFAO* 104, 37-48.
1981a, *La stèle triomphale de Pi('ankh)y au Musée du Caire. JE 48862 et 47086-47089, MIFAO* 105.
1981b, *Quatre stèles napatéennes au Musée du Caire. JE 48863-48866, Textes et Indices, MIFAO* 106.
1985, «Les "noyés" de Balat», en *Mélanges offerts à Jean Vercoutter,* 111-121, ed. «Recherche sur les civilisations», París.
1986, *Les termes de la propagande royale égyptienne. De la XIX^e dynastie à la conquête d'Alexandre,* Institut de France, Mémoires de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres, NS, t. VI, París.
Alfred GRIMM
1983a, «Ein Porträt der Hatschepsut als Gottesfrau und Königin», *GM* 65, 33-38.
1983b, «Zu einer getilgten Darstellung der Hatschepsut im Tempel von Deir el-Bahari», *GM* 68, 93-94.
1984, «Ein Statuentorso des Hakoris aus Ahnas el-Medineh im ägyptischen Museum zu Kairo», *GM* 77, 14-18.
1984-1985, «König Hakoris als Sonnenpriester. Ein Porträt aus El-Tôd im ägyptischen Museum zu Kairo», *BSEG* 9-10, 109-112.
1985a, «Das Fragment einer Liste fremdländischer Tiere, Pflanzen und Städte aus dem Totentempel des Königs Djedkare-Asosi», *SAK* 12, 29-42.
1985b, «Ein zweites Sedfest des Königs Adjib», *VA* 1, 91-98.
William GROFF
1899, «Moïse et les magiciens à la Cour du pharaon d'après la tradition chrétienne et les textes démotiques», *RT* 21, 219-222.
1902, «Études sur certains rapports entre l'Égypte et la Bible», *RT* 24, 121-134.
K.A. GRZYMSKI
1982, «*Medewi*/Bedewi and *Mḏs*/Bedja», *GM* 58, 27-30.
Rolf GUNDLACH
1977, «Der Denkstein des Königs Ahmose. Zur Inhaltsstruktur der Königsnovelle», en *Fragen an die altägyptische Literatur, Stud. Otto,* Wiesbaden, 217-240.
1979, «Der Obelisk Thutmosis'I.», *ÄAT* 1, 192-226.
1981, «Mentuhotep IV. und Min – Analyse der Inschriften *M 110, M 191* und M 192a aus dem Wâdi Hammâmât», *SAK* 8, 89-114.
1982, «Zur Relevanz geschichtswissenschaftlicher Theorien für die Ägyptologie», *GM* 55, 43-58.
1987, «Die Felsstelen Amenophis'III. am 1. Katarakt (Zur Aussagenstruktur königlicher historischer Texte), in *Form und Mass, ÄAT* 12, 180-217.
Battiscombe GUNN
1943, «Notes on the Naucratis Stela», *JEA* 29, 55-59.
B. GUNN & A. H. GARDINER
1918, «New Renderings of Egyptian Texts, II, The Expulsion of the Hyksos», *JEA* 5, 36-56.

Manfred GUTGESELL
1982, «Die Struktur der pharaonischen Wirtschaft–Eine Erwiderung», *GM* 56, 95-109.
1983, «Die Entstehung des Pirvateigentums an Produktionsmitteln im alten Ägypten», *GM* 66, 67-80.
M. HAAG
1984, *Guide to Cairo Including the Pyramids and Saqqara,* Londres.
Labib HABACHI
1954a, «Khatâ'na-Qantîr: importance», *ASAE* 52, 443-562.
1954b, «La libération de l'Égypte de l'occupation hyksôs. À propos de la découverte de la stèle de Kamosé à Karnak», *La Revue du Caire, Les grandes découvertes archéologiques de 1954,* 52-58.
1957a, «The Graffiti and Work of the Viceroys of Kush in the Region of Aswan», *Kush* 5, 13-36 [ahora en *Sixteen Studies on Lower Nubia, CASAE* 23, 1981, 29-63].
1957b, «A Statue of Bakennifi, Nomarch of Athribis During the Invasion of Egypt by Assurbanipal», *MDAIK* 15, 68-77.
1959, «The First Two Viceroys of Kush and Their Family», *Kush* 7, 45-63 [ahora en *Sixteen Studies on Lower Nubia, CASAE* 23, 1981, 65-89].
1963, «King Nebhepetre Menthuhotp: his Monuments, Place in History, Deification and Unusual Representations in the Form of Gods», *MDAIK* 19, 16-52.
1966, «The Qantir Stela of the Vizier Rahotep and the Statue Ruler-of-Rulers», en *Festgabe für Dr. Walter Will, Ehrensenator der Universitat München, zum 70. Geburtstag am 12. November 1966,* 67-77.
1967, «Setau, the Famous Viceroy of Ramesses II and his Career», *Cahiers d'Histoire Égyptienne* 10, 51-68 [ahora en *Sixteen Studies on Lower Nubia, CASAE* 23, 1981, 121-138].
1969a, *Features of the Deification of Ramesses II, ADAIK* 5 [ahora en *Sixteen Studies on Lower Nubia, CASAE* 23, 1981, 219-246].
1969b, «La reine Touy, femme de Séthi I, et ses proches parents inconnus», *RdE* 21, 27-47.
1969c, «The Administration of Nubia During the New Kingdom with Special Reference to Discoveries Made During the Last Few Years», *MIE* 59, 65-78 [ahora en *Sixteen Studies on Lower Nubia, CASAE* 23, 1981, 169-183].
1971, «The Jubilee of Ramesses'II and Amenophis'III with Reference to Certain Aspects of Their Celebration», *ZÄS* 97, 64-72.
1972, *The Second Stela of Kamose and his Struggle Against the Hyksos Ruler and his Capital, ADAIK* 8.
1974a, «Sethos I's Devotion to Seth and Avaris», *ZÄS* 100, 95-102.
1974b, «Aménophis III et Amenhotep, fils de Hapou, à Athribis», *RdE* 26, 21-33.
1974c, «Psammétique II dans la région de la Première Cataracte» *OrAnt* 13, 317-326 [ahora en *Sixteen Studies on Lower Nubia, CASAE* 23, 1981, 259-269].
1977, «Mentuhotp, the Vizier and Son-in-law of Taharqa», dans *Ägypten und Kush, Schr. Or.* 13, 165-170 [ahora en *Sixteen Studies on Lower Nubia, CASAE* 23, 1981, 247-257].
1979, «Unknown or Little-known Monuments of Tutankhamun and of His Viziers», en *Glimpses of ancient Egypt, Studies in Honour of H.W. Fairman,* 32-41.
1980, «The Military Posts of Ramesses II on the Coastal Road and the Western Part of the Delta», *BIFAO* 80, 13-30.
1981a, «Identification of Heqaib and Sabni With Owners of Tombs in Qubbet el-Hawa and Their Relationship with Nubia», en *Sixteen Studies on Lower Nubia,CASAE* 23, 1981, 11-27.

1981b, «Viceroys of Kush During the Reigns of Sethos I and Ramesses II and the Order in which They Assumed Their Function», en *Sixteen Studies on Lower Nubia, CASAE* 23, 1981, 139-154.
1981c, «Viceroys of Kush during the New Kingdom», en *Sixteen Studies on Lower Nubia, CASAE* 23, 1981, 155-168.
1982a, *Die unsterblichen Obelisken Ägyplen.*
1982b, «Athribis in the XXVIth Dynasty», *BIFAO* 82, 213-235.
1985, *The Sanctuary of Heqaib,* AV 33.
HÄB = Hisldesheimer ägyptologische Beiträge, Hildesheim.
Gerhardt Haeny
1979a, «New Kingdom Architecture» en **Kent Weeks**, *Egyptology and the Social Sciences,* The American University in Cairo Press, 85-94.
1979b, «La fonction religieuse des "Châteaux de millions d'années"», en *L'égyptologie en 1979,* I, 111-116.
1985, «A Short Architectural History of Philae», *BIFAO* 85, 197-233.
I. Hahn
1978, «Representation of Society in the Old Testament and the Asiatic Mode of Production», *Oikumene* 2, 27-41.
P.W. Haider
1984, «Die hethitische Stadt Arushna in ägyptischen Ortsnamenlisten des Neuen Reiches», *GM* 72, 9-14.
A.M. Ali Hakem, I. Hrbek & J. Vercoutter
1980, «La civilisation de Napata et de Meroé», en *Histoire Générale de l'Afrique,* II, UNESCO, 315-346.
E. S. Hall
1986, *The Pharaoh Smites his Enemies, MÄS.*
Mahmoud Hamza
1937, «The Statue of Meneptah I Found at Athar en-Nabi and the Route of Pi'ankhy from Memphis to Heliopolis», *ASAE* 37, 233-242.
Jean Hani
1972, *La religion égyptienne dans la pensée de Plutarque,* Lille.
R. Hanke
1978, *Amarna-Reliefs aus Hermopolis. Neue Veröffentlichungen und Studien, HÄB* 2.
Christopher Harant
1598, *Le voyage en Égypte de Christopher Harant,* trad. et comm. de C. et A. Brejnik, El Cairo, IFAO, 1972.
Ibram Harari
1974, «Le principe juridique de l'organisation sociale dans le décret de Séti I[er] à Nauri», en *Le Droit égyptien ancien,* Institut des Hautes Études de Belgique, Bruselas, 57-73.
1979, «Les administrateurs itinérants en Égypte ancienne», en *L'égyptologie en 1979,* II, 135-140.
Robert Hari
1976a, «La reine d'Horemheb était-elle la sœur de Néfertiti?», *CdE* 51, 39-46.
1976b, «Un nouvel élément de la corégence Aménophis III-Akhenaton», *CdE* 51, 252-260.
1978, «La succession de Toutankhamon», *BSFE* 82, 8-21.
1979, «La persécution des hérétiques», en *L'égyptologie en 1979,* II, 259-262.
1981, «Sésostris et les historiens antiques», *BSEG* 5, 15-21.
1984-1985, «Quelques remarques sur l'abandon d'Akhetaton», *BSEG* 9-10, 113-117.

1984a, «La "Damnatio memoriae" amarnienne», *Mélanges Adolphe Gutbub*, Montpellier, 95-102.
1984b, «La religion amarnienne et la tradition polythéiste», en *Studien zu Sprache und Religion Agyptens, Festschrift W. Westendorf*, 1039-1055.

J. R. Harris

1971, *The Legacy of Egypt*, 2.ª ed., Londres.
1973a, «Nefernefruaten», *GM* 4, 15-18.
1973b, «The Date of the "Restauration" Stela of Tutankhamun», *GM* 5, 9-12.
1974, «Nefernefruaten Regnans», *AcOr* 36, 11-21.
1977, «Akhenaten or Nefertiti?», *AcOr* 38, 5-10.

J.R. Harris & E. F. Wente

1980, *An X-ray Atlas of the Royal Mummies*, Chicago-Londres.

H. Hartleben

1983, *Champollion. Sa vie et son œuvre*, trad. D. Meunier, Pygmalion, París.

François Hartog

1980, *Le miroir d'Hérodote. Essai sur la représentation de l'autre*, NRF, Gallimard.

M. Hasitzka & H. Satzinger

1988, *Urkunden der 18. Dynastie, Indices zu den Heften 1-22. Corrigenda zu den Heften* 5-16, Berlín.

Fekri A. Hassan

1980, «Radiocarbon Chronology of Archaic Egypt», *JNES* 39, 203-208.

Sélim Hassan

s. d., *Le sphinx, son histoire à la lumière des fouilles récentes, s.l.*

B. Haycock

1965, «The Kingship of Kush in the Sudan», *en Comparative Studies in Society and History* 7, 461-480.
1968, «Towards a Better Understanding of the Kingdom of Kush (Napata Meroe)», *SNR* 49, 1-16.

H. Hayen

1986, «Die Sahara–Eine vergessene Wagenprovinz», in **W. Treue**, *Achse, Rad und Wagen Fünftausend Jahre Kultur-und Technikgeschichte*, Gotinga.

W. C. Hayes

1942, *Ostraka and Name Stones from the Tomb of Sen-Mut (N° 71) at Thebes, MMA*, Nueva York.

HdO = *Handbuch der Orientalistik*, Leiden.

M. Heerma van Voss

1982, *Agypten, die 21. Dynastie*, Iconography of Religions 16/9.

D. Hegyi

1983, «Athen und die Achaemeniden in der zweiten Hälfte des 5. Jahrhunderts v.u.Z.», *Oikumene* 4, 53-59.

Wolfgang Helck

1939, *Der Einfluss der Militärführer in der 18. ägyptischen Dynastie, Untersuchungen* 14.
1955-1958, *Urkunden des ägyptischen Altertums, IV, Urkunden der 18. Dynastie*, Berlín [continuación de Sethe: 1930].
1956a, «Wirtschaftliche Bemerkungen zum privaten Grabbesitz im Alten Reich», *MDAIK* 14, 63-75.
1956b, *Untersuchungen zu Manetho und den ägyptischen Königslisten, UGAÄ*, 18.
1957, «Bemerkungen zu den Pyramidenstädten im Alten Reich», *MDAIK* 15, 91-111.
1961, *Übersetzung zu den Heften 17-22 der Urk. IV*, reedición, 1984, Berlín.

1966, «Zum Kult an Königsstatuen», *JNES* 25, 32-41.
1969, *Der Text der «Lehre Amenemhets I. fur seinen Sohn», KÄT.*
1970, *Die Prophezeiung des* Nfr.tj, *KÄT.*
1971, *Die Beziehung Ägyptens zu Vorderasien im 3. und 2. Jahrtausend v.* Chr., 2.ª ed. augmentée, *ÄA* 5.
1975a, *Wirtschaftsgeschichte des alten Ägypten im 3. und 2. Jahrtausend vor Chr., HdO,* I/1.5.
1975b, *Historisch-biographische Texte der 2. Zwischenzeit und neue Texte der 18. Dynastie, KÄT.*
1975c, «Abgeschlagene Hande als Siegeszeichen», *GM 18,* 23-24.
1976a, «Die Seevölker in der ägyptischen Quellen», *Jahrbericht des Instituts für Vorgeschichte der Universität Frankfurt am Main,* Múnich, 7-21.
1976b, «Zum Datum der Eroberung von Auaris», *GM* 19, 33-34.
1977a, *Die Lehre fur König Merikare, KÄT.*
1977b, «Das Verfassen einer Königsinschrift», en *Fragen an die altägyptische Literatur, Studien E. Otto,* 241-256.
1979a, «Die Datierung der Gefässaufschriften aus der Djoserpyramide», *ZÄS* 106, 120-132.
1979b, «Die Vorgänger König Suppiluliumas I.», *ÄAT* 1, 238-246.
1980, «Ein "Feldzug" unter Amenophis IV. gegen Nubien», *SAK 8,* 117-126.
1981a, *Geschichte des alten Ägypten,* 2.ª edición, *HdO* I/1.3.
1981b, «Probleme der Königsfolge in der Übergangszeit von 18. zu 19. Dynastie», *MDAIK* 37, 207-216.
1981c, «Wo errichtete Thutmosis III. seine Siegesstele am Euphrat?», *CdE* 56, 241-244.
1981-1982, «Zu den Königinnen Amenophis' II.», *GM* 53, 23-26.
1983a, «Zur Verfolgung einer Prinzessin unter Amenophis III.», *GM* 62, 23-24.
1983b, «Schwachstellen der Chronologie-Diskussion», *GM* 67, 43-50.
1983c «Chronologische Swachstellen II», *GM* 69, 37-42.
1983d, *Ägypten. Die Mythologie der alten Ägypter, Wörterbuch der Mytologien* I.1.
1984a, «Chronologische Schwastellen III», *GM* 70, 31-32.
1984b, «Der "König von Ober – und Unterägypten"», en *Studien zu Sprache und Religion Ägyptens, Festschrift W. Westendorf,* 251-256.
1986a, «Der Aufstand des Tetian», *SAK* 13, 125-134.
1986b, *Politische Gegensätze im alten Ägypten. Ein Versuch, HÄB* 23.
1987, *Untersuchungen zur Thinitenzeit, AA* 45.

Wolfgang HELCK & Eberhardt OTTO

1956, *Kleines Wörterbuch der Ägyptologie,* Wiesbaden.

Wolfgang HELCK, Eberhardt OTTO & Wolfhardt WESTENDORF

1972-1986, *Lexikon der Ägyptologie,* Wiesbaden, 6 vol.

Edwin HENFLING

1984, «Das Eine und das Viele», en *Studien zu Sprache und Religion Ägyptens, Festschrift W. Westendorf,* 735-740.

David HENIGE

1981, «Generation-counting and Late New Kingdom Chronology» *JEA* 67, 182.

Don E. G. DE HERREROS

1923, *Quatre voyageurs espagnols à Alexandrie,* Alejandría.

Hans **Hickmann**
1961, *Ägypten,* en H. **Besseler** & M. **Schneider**, *Musikgeschichte in Bildern,* II, *Musik des Altertums,* Lieferung 1, Leipzig.
Friedrich W. Hinkel
1977, *The Archaeological Map of the Sudan, I, A Guide to Its Use and Explanation of Its Principles,* Berlín.
1984, «Die meroitischen Pyramiden: Formen, Kriterien und Bauweisen», *Meroitica* 7, 310-331.
Fritz Hintze
1974, «Zur statistischen Untersuchung afrikanischer Orts – und Völkernamen aus ägyptischen Texten», *MNL* 14, 4-19.
Fritz & Ursula Hintze
1967, *Les civilisations du Soudan antique,* Leipzig.
Histoire Générale de l'Afrique
1978, *Études et documents, I, Le peuplement de l'Égypte ancienne et le déchiffrement de l'écriture méroïtique,* Actos del coloquio celebrado en El Cairo del 28 de enero al 3 de febrero 1974.
1980a, I, *Méthodologie et préhistoire africaine,* dir. del volumen J. Ki-Zerbo, Jeune Afrique, Stock, UNESCO.
1980b, II, *Afrique ancienne,* dir. del volumen G. Mokhtar, Jeune Afrique, Stock, UNESCO.
A. Hobbs & J. Adzigian
1981, *A Complete Guide to Egypt and the Archaeological Sites,* Nueva York.
Svetlana Hodjash & O. D. Berlev
1982, *The Egyptian Reliefs and Stelae in the Pushkin Museum of Fine Arts, Moscow,* Leningrado.
Günther Hölbl
1981, «Die Ausbreitung ägyptischen Kulturgutes in den ägäischen Raum vom 8 . bis zum 6. JH. v. Chr.», *Or* 50, 186-192.
Michael A. Hoffman
1979, *Egypt Before the Pharaohs,* Routledge & Kegan Paul, Londres.
Michael M. A. Hoffman, H. A. Hamroush & R. O. Allen
1986, «A Model of Urban Development for the Hierakonpolis Region from Predynastic through Old Kingdom Times», *JARCE* 23, 175-187.
James K. Hoffmeier
1983, «Some Egyptian Motifs Related to Warfare and Enemies and their Old Testament Counterparts», *Ancient World* 6, 53-70.
1985, *«Sacred» in the Vocabulary of Ancient Egypt. The Term Dsr With Special References to Dynasties I-XX, OBO* 59.
Inge Hofmann
1979, *Der Sudan als ägyptische Kolonie im Altertum, VIAÄWien* 5.
1981a, «Kambyses in Agypten», *SAK* 9, 179-200.
1981b, «Kuschiten in Palästina», *GM* 46, 9-10.
1984, «Meroitische Herrscher», *Meroitica* 7, 242-244.
I. Hofmann, H. Tomandl & M. Zach
1984a, «Bewohner Kordofans auf ägyptischen Darstellungen?», *GM* 75, 15-18.
1984b, «Eduard Freiherr von Callots Bericht über Meroe», *GM* 79, 85-90.
I. Hofmann, & A. Vorblicher
1979, *Der Athiopenlogos bei Herodot, VIAÄWien* 4.
T. Holm-Rasmussen
1977, «Nectanebos II and Temple M at Karnak (North)», *GM* 26, 37-42.
1979, «On the Statue Cult of Nektanebos II», *AcOr* 40, 21-25.

D. Holmes
1985, «Inter-regional Variability in Egyptian Predynastic Lithic Assemblages», *Wepwawet* 1, 16.
Th. Hopfner
1922-1925, *Fontes Historiae Religionis Ægyptiacae,* 5 vol., Bonn.
Erik Hornung
1956, «Chaotische Bereiche in der geordneten Welt», *ZÄS* 81, 28-32.
1957, «Zur geschichtlichen Rolle des Königs in der 18. Dynastie», *MDAIK* 15, 120-133.
1964, *Untersuchungen zur Chronologie und Geschichte des Neuen Reiches, ÄA* 11.
1966, *Geschichte als Fest. Zwei Vortrage zum Geschichtsbilde der frühen Menschheit* Darmstadt.
1967, «Der Mensch als "Bild Gottes" in Ägypten», en **Oswald Loretz**, *Die Gottebenbildlichkeit des Menschen,* Múnich, 123-156.
1971, «Politische Planung und Realitat irn alten Ägypten», *Saeculum* 22, 48-58.
1973, *Der Eine und die vielen. Ägyptische Gottesvorstellungen,* 2.ª ed.
1979, «Chronologie in Bewegung», *ÄAT* 1, 247-252.
1983, «Die Israelstele des Merenptah», *ÄAT* 5, 224-233.
1984, *Götterwort und Götterbild im alten Ägypten,* en **H.-J. Klimkeit**, *Götterbild in Kunst und Schrift, Studium Universale* 2.
E. Hornung & E. Staehelin
1974, *Studien zum Sedfest, AH* 1.
HPBM = Hieratic Papyri in the British Museum, Londres.
Paul Huard
1965, «Recherches sur les traits culturels des chasseurs anciens du Sahara centre-oriental et du Nil», *RdE* 17, 21-80.
1966, «Contribution saharienne à l'étude de questions intéressant l'Égypte ancienne», *BSFE* 45, 5-18.
P. Huard & J. Leclant
1973, «Figurations de pièges des chasseurs anciens du Nil et du Sahara», *RdE* 25, 136-177.
1980, *La culture des chasseurs du Nil et du Sahara,* Mémoires du Centre de recherches anthropologiques, préhistoriques et ethnographiques 29, Argel.
H.-J. Hugot
1974, *Le Sahara avant le désert,* Toulouse.
Jean Humbert
1987, «Panorama de quatre siècles d'égyptomanie», *BSFE* 110, 48-77.
R. Huntington & P. Metcalf
1979, *Celebration of Death. The Anthropology of Mortuary Ritual,* Cambridge.
IFAO = Institut Français d'Archéologie Orientale, El Cairo.
C. Irby & J. Mangles
1817-1818, *Travels in Egypt and Nubia, Syria and Asia Minor During the Years 1817 and 1818,* Londres, 1823, reedición 1985.
J. Irmscher
1968-1969, «Winckelmann and Egypt», *BIE* 50, 5-10.
M. Isler
1985, «On Pyramid Building», *JARCE* 22, 129-142.
Erik Iversen
1968-1972, *Obelisks in Exile,* I, *Rome,* II, *Istanbul and England.*
1975, *Canon and Proportions in Egyptian Art,* Warminster.
1979, «Remarks on Some Passages from the Shabaka Stone», *ÄAT* 1, 253-262.

1985, *Egyptian and Hermetic Doctrine,* Copenhague.
JA = Journal Asiatique, París.
H. Jacobsohn
1939, *Die dogmatische Stellung des Königs in der Theologie der alten Ägypten, ÄF* 8.
Christian Jacq
1986, *Le voyage dans l'autre monde selon l'Égypte ancienne. Épreuves et métamorphoses du mort d'après les Textes des Pyramides et les Textes des Sarcophages,* Le Rocher.
Helen Jacquet-Gordon
1960, «The Inscription on the Philadelphia-Cairo Statue of Osorkon II», *JEA* 46, 12-23.
1967, «The Illusory Year 36 of Osorkon I», *JEA* 53, 63-68.
1981, «Fragments of a Topographical List Dating to the Reign of Thutmosis I, *BIFAO du Centenaire,* 41-46.
Bertrand Jaeger
1982, *Essai de classification et datation des scarabées Menkheperre, OBO,* Arch. 2.
St. James
1986, *Missing Pharaohs: Missing Tombs,* Horam.
Thomas G. H. James
1966, *Sculptures égyptiennes,* Collection d'art UNESCO 10/18, Milán.
1982, *Excavating in Egypt. The Egypt Exploration Society 1882-1982,* Londres.
1984a, *Pharaoh's People. Scenes from Life in Imperial Egypt,* Londres. Traducido al francés con el título *Le peuple de Pharaon. Gulture, société, vie quotidienne,* París, 1988.
1984b, *The British Museum and Ancient Egypt,* Londres.
T. G. H. James & W. Davies
1982, *Egyptian Sculpture.*
H. L. Jansen
1971, *Agyptische Religion, Handbuch der Religionen* 1.
Jac J. Janssen
1975, *Commodity Prices from the Ramessid Period. An Economic Study of the Village of Necropolis Workmen at Thebes,* Leiden.
1978, «Year 8 of Ramesses VI Attested», *GM* 29, 45-46.
1981, «Die Struktur der pharaonischen Wirtschaft», *GM* 48, 59-77.
1982, «Gift-Giving in Ancient Egypt as an Economic Feature», *JEA* 68, 253-258.
1986, «Agrarian Administration in Egypt During the Twentieth Dynasty», *BiOr* 43, 351-366.
Karl Jansen-Winkeln
1987a, «Thronname und Begräbnis Takeloths I.», *VA* 3, 253-258.
1987b, «Zum militärischen Befehlsbereich der Hohenpriester des Amun», *GM* 99, 19-22.
1988, «Weiteres zum Grab Osorkons II.», *GM* 102, 31-39.
JAOS = Journal of the American Oriental Society, New Haven.
JARCE = Journal of the American Research Center in Egypt, El Cairo.
Richard Jasnow
1983, «Evidence for the Deification of Thutmosis III in the Ptolemaic Period», *GM* 64, 33-34.
JE= Journal d'Entrées del museo de El Cairo.
JEA = Journal of Egyptian Archaeology, Londres.
David G. Jeffreys
1981, «The Threat to Ancient Memphis During this Century», en **N. Grimal,** *Prospection et sauvegarde des antiquités de l'Égypte, BdE* 88, 187-188.

1985, Survey of Memphis, 1, *The Archaeological Report,* Londres.
H. C. JELGERSMA
1981-1982, «The Influence of Negro Culture on Egyptian Art», *JEOL* 27, 43-46.
Nancy JENKINS
1980, *The Boat Beneath the Pyramid. King Cheops' Royal Ship,* Thames & Hudson, Londres. Traducido al francés con el título *La barque royale de Chéops,* París, 1983.
H. JENNI
1986, *Das Dekorationsprogramm des Sarkophages Nektanebos 'II., AH* 12.
JEOL = Jaarbericht van het Vooraziatisch-Egyptisch Genootschap «Ex Oriente Lux», Leiden.
Gustave JEQUIER
1922, *Les temples ramessides et saïtes, de la XIX^e à la XX^e dynastie,* coll. «l'architecture et la décoration dans l'ancienne Égypte», A. Morancé.
1925, *Histoire de la civilisation égyptienne, des origines à la conquete d'Alexandre,* París.
1932, «Les femmes de Pépi II», en *Studies Griffith,* Oxford, 9-12.
Anton JIRKU
1941, «Der Name der palästinischen Stadt Betš'an und seine ägyptische Wiedergabe», *WZKM* 48, 49-51.
JNES = Journal of Near Eastern Studies, Chicago.
JANET H. JOHNSON
1983, «The Demotic Chronicle as a Statement of a Theory of Kingship», *JSSEA* 13, 61-72.
1984, «Is the Demotic Chronicle an Anti-Greek Tract?», en *Grammata Demotika Festschrift E. Lüddeckens,* 107-124.
M. JOMARD
1823, *Voyage à l'oasis de Syouah,* reedición, 1981.
Frans JONCKHEERE
1958, *Les médecins de l'Égypte pharaonique. Essai de prosopographie,* Bruselas.
C. de la JONQUIÉRE
L'expédition d'Égypte, París.
Pierre JOUGUET
1926-1961, *L'impérialisme macédonien et l'hellénisation de l'Orient,* col. l'Évolution de l'Humanité», 15ª ed. revisada, A. Michel.
JSSEA =Journal de la SSEA.
H. JÜNGST
1982, «Zur Interpretation einiger Metallarbeiterszenen auf Wandbilder alt-ägyptischer Gräber», *GM* 59, 15-28.
Hermann JUNKER
1941, *Die politische Lehre von Memphis, APAW* 1941. 6.
A. KACZMARCZYK & R. E. M. HEDGES
1983, *Ancient Egyptian Faience. An Analytical Survey of Egyptian Faience From Predynastic to Roman Times,* Warminster.
Ahmed KADRY
1980, «Remains of a Kiosk of Psammetikhos II on Philae Island», *MDAIK* 36, 293-298.
1981, «Some Comments on the Qadesh Battle», *BIFAO du Centenaire,* 47-55.
1982, «Semenkhkare, the Ephemeral King», *ASAE* 68, 191-194.
1983, «The Theocratic Symtoms at the End of the New Kingdom in Ancient Egypt», *JSSEA* 13, 35-43.

1986, «The Social Status and Education of Military Scribes in Egypt During the 18th Dynasty», *Oikumene* 5, 155-162.
KÄT= Kleine Ägyptische Texte, Wiesbaden.
Werner Kaiser
1956, «Zu den Sonnenheiligtumer der 5. Dynastie», *MDAIK* 14, 104-116.
1958, «Zur vorgeschichtlichen Bedeutung von Hierakonpolis», *MDAIK* 16, 183-192.
1969, «Zu den königlichen Tabelzirken der 1. und 2. Dynastie in Abydos und zur Baugeschichte des Djoser-Grabmals», *MDAIK* 25, 1-21.
1981, «Zu den Königsgräbern der 1. Dynastie in Umm el-Qaab», *MDAIK* 37, 247-254.
1985a, «Ein Kultbezirk des Königs Den in Sakkara», *MDAIK* 41, 47-60.
1985b, «Zur Südausdehnung der vorgeschichtlichen Deltakulturen und zur frühen Entwicklung Oberägyptens», *MDAIK* 41, 61-87.
1987, «Zum Friedhof der Naqadakultur von Minshat Abu Omar», *ASAE* 71, 119-125.
Laszlo Kakosy
1964, *Urzeitmythen und Historiographie im alten Ägypten, Neue Beiträge zur Geschichte der alten Welt,* I, *Alter Orient und Griechenland,* ed. E. Ch. Weslkopf, Berlín.
1977a, «The Primordial Birth of the King», *Stud. Aeg.* 3, 67-71.
1977b, «Osiris als Gott des Kampfes», en *Fragen an die altägyptische Literatur, Stud. E. Otto,* 285-288.
1981, «Die weltanschauliche Krise des Neuen Reiches [*ZÄS* 100 (1973), 35-40]», *Stud. Aeg.* 7, 263-268.
1986, *The Battle Reliefs of King Sety I, RIK* 4, *OIP* 107.
Ibrahim Kamel
1979, «Studies for Discussion About King Ahmose's Tomb», *ASAE* 68, 115-130.
Jill Kamil
1976, *Luxor. A Guide to Ancient Thebes,* 2ª ed., Longman.
1978, *A Guide to the Necropolis of Sakkara and the Site of Memphis,* Longman.
1983, *Upper Egypt. Historical Outline and Descriptive Guide to the Ancient Sites,* Nueva York.
M. Kamish
1985, «Foreigners at Memphis in the Middle of the Eighteenth Dynasty», *Wepwawet* 1, 12-13.
Kamosé = textos de Kamosis citados por las páginas de la edición de Helck: 1975.
Naguib Kanawati
1974a, «The Financial Resources of the Viziers of the Old Kingdom and the Historical Implications», *AHS Alexandrie* 5, 1-20.
1974b, «Notes on the Genealogy of the Late Sixth Dynasty», *AHS Alexandrie* 5, 52-58.
1977, *The Egyptian Administration in the Old Kingdom. Evidence on its Economic Decline,* Warminster.
1979, «The Overseer of Commissions in the Nine Provinces», en *L'égyptologie en* 1979, II, 141-142.
1980, *Governmental Reforms in the Old Kingdom Egypt,* Warminster.
1981, «Deux conspirations contre Pépy Ier», *CdE* 56, 203-217.
1984, «New Evidence on the Reign of Userkaf?», *GM* 83, 31-38.
Peter Kaplony
1963a, *Die Inschriften der ägyptischen Frühzeit, ÄA* 8.
1963b, «Gottespalast und Götterfestungen in den ägyptischen Frühzeit», *ZÄS* 88, 5-16

1964, *Die Inschriften der ägyptischen Frühzeit, Supplement, ÄA* 9.
1965, «Bemerkungen zu einigen Steingefässe mit archaischen Königsnamen», *MDAIK* 20, 1-46.
1967, *Kleine Beiträge zu den Inschriften der ägyptischen Frühzeit, ÄA* 15.
1968, *Steingefässe mit Inschriften der Frühzeit und des Alten Reiches, Mon Aeg* 1.
1971, «Ägyptisches Königtum in der Spätzeit», *CdE* 46, 250-274.
1977, *Die Rollsiegel des Alten Reiches,* 1, *Allgemeiner Teil mit Studien zum Königtum des Alten Reiches, Mon. Aeg* 2.
1981, *Die Rollsiegel im Alten Reich,* 2, *Text und Tafeln, Mon. Aeg* 3.

Ursula KAPLONY-HECKEL
1963, *Die demotischen Tempeleide, ÄA* 6.

Karnak = Publications du Centre Franco-Égyptien des Temples de Karnak: primero en la revista *Kêmi,* luego en forma de *Cahiers* publicados en Beirut, El Cairo y luego París.

Hans KAYSER
1969, *Ägyptisches Kunsthandwerk, Bibliothek für Kunst und Antiquitäten-freunde,* Bd. 26, Brunswick.

Herman KEES
1954, «Zu den Annaleninschrift des Hohenpriesters Osorkon vom 11. Jahre Takeloths II.», *MIO* 2, 353-362.
1958, «Die weisse Kapelle Sesostris'I. in Karnak und das Sedfest», *MDAIK* 16, 194-213.
1964, *Die Hohenpriester des Amun von Karnak von Herihor bis zum Ende der Athiopenzeit,* «Probleme der Ägyptologie», Leiden, Brill.

Kêmi, París, Geuthner.

Barry J. KEMP
1976, «The Window of Appearance at El-Amarna and the Basic Structure of this City», *JEA* 62, 81-99.
1978a, «A Further Note on the Palace of Apries at Memphis», *GM* 29, 61-62.
1978b, «Imperialism and Empire in New Kingdom Egypt», in **P.D.A. GARNSEY & C. R. WHITTAKER**, *Imperialism in the Ancient World,* Cambridge, 7-57, 284 sq.
1982, «Automatic Analysis of Predinastic Cemeteries: A New Method for an Old Problem», *JEA 68, 5-15.*
1985, « The Location of the Early Town at Dendera», *MDAIK* 41, 89-98.
1987, «The Amarna Workmen's Village in Retrospect», *JEA* 73, 21-50.

B. KEMP & R. MERRILLEES
1980, *Minoan Pottery in Second Millenium Egypt. With a Chapter by E. Edel, Sond. DAIK* 7.

Timothy KENDALL
1982, Kush. Lost Kingdom of the Nile, Brockton Mass.

Dieter KESSLER
1981, *Historische Topographie der Region zwischen Mallawi und Samalut, TAVO* B /30.
1982, «Zu den Feldzügen des Tefnachte, Namlot und Pije», *SAK* 9, 227-252.
1984, «Nachtrag zur archäologischen und historischen Karte der Region zwischen Mallawi und Samalut», *SAK* 11, 509-520.
1987, «Zur Bedeutung der Szenen des täglichen Lebens in den Privatgräbern (I): Die Szenen des Schiffsbaues und der Schiffahrt», *ZÄS* 114, 59-88.

T. KHALIDI
1984, *Land Tenure and Social Transformation in the Middle East,* Beirut.

René Khoury
1977, «Quelques notes additionnelles au *Voyage en Égypte* de Pierre Belon (1547)», *BIFAO* 77, 261-270.
Friedrich Kienitz
1953, *Die politische Geschichte Ägyptens vom 7. bis zum 4. Jahrhundert vor der Zeitwende,* Berlín.
1967, «Die saïtische Renaissance», en *Die altorientalischen Reiche,* III, *Die erste Halfte des 1. Jahrhunderts,* «Fischer Weltgeschichte», Bd. 4, Fráncfort.
G. S. Kirk
1970, *Myth. Its Meaning and Functions in Ancient and Other Cultures,* Cambridge University Press.
Hannelore Kischkewitz
1977, «Zur temporären Einwohnung des Gottes im König», en *Ägypten und Kush, Schr. Or.* 13, 207-212.
Kenneth A. Kitchen
1972, «Ramesses VII and the Twentieth Dynasty». *JEA* 58, 182-194.
1975-1976, «The Great Biographical Stela of Setau, Viceroy of Nubia», *OLP* 6/7, 295-302.
1977a, «Historical Observations on Ramesside Nubia», en *Ägypten und Kush, Schr. Or.* 13, 213-226.
1977b, «On the Princedoms of Late-Libyan Egypt», *CdE* 52, 40-48.
1982a, *Pharaoh Triumphant. The Life and Times of Ramesses II King of Egypt,* Warminster. Traducido al francés con el título *Ramsès II pharaon triomphant,* Mónaco, 1985.
1982b, «The Twentieth Dynasty Revisited», *JEA* 68, 116-125.
1982-1983, «Further Thoughts on Egyptian Chronology in the Third Intermediate Period», *RdE* 34, 59-69.
1983, «Egypt, the Levant and Assyria in 701 BC», *ÄAT* 5, 243-253.
1984, «Family Relationship of Ramses IX and the Late Twentieth Dynasty», *SAK* 11, 127-134.
1985, «Les suites des guerres libyennes de Ramses III», *RdE* 36, 177-179.
1986, *The Third Intermediate Period in Egypt (1100-650 B.C.),* segunda edición aumentada, Warminster.
1987a, «The Titularies of the Ramesside Kings as Expression of their Ideal Kingship», *ASAE* 71, 131-141.
1987b, «Amenmesses in Northern Egypt», *GM* 99, 23-25.
K *RI* = K. A. Kitchen, *Ramesside Inscriptions. Historical and Biographical,* 7 vol., Oxford, 1968-1988: citado por volúmenes.
M. R. Kleindienst
1985, «Dakhleh Oasis Project. The Palaeolithic: a Report on the 1986 Season», *JSSEA* 15, 136-137.
Rosemarie & Dietrich Klemm
1981, *Die Steine der Pharaonen,* Múnich.
Horst Klengel
1977, «Das Land Kusch in den Keilschrifttexten von Amarna», en *Ägypten und Kusch, Schr. Or.* 13, 227-232.
C. B. Klunzinger
1878, *Bilder aus Oberägypten, der Wüste und dem Roten Meere. Mit einem Vorwort von G. Schweinfurth,* reedición, 1980.
E. A. Knauf & C. J. Lenzen
1987, «Notes on Syrian Toponyms in Egyptian Sources II», *GM* 98, 49-54.

U. KÖHLER
1974, «Die Anfänge der deutschen Ägyptologie: Heinrich Brugsch. Eine Einschätzung», *GM* 12, 29-42.
Yvan KOENIG
1983, «Livraison d'or et de galène au trésor du temple d'Amon sous la XX[e] dynastie:document A, partie inférieure», *BIFAO* 83, 249-255.
1985, «Égypte et Israël: quelques points de contact», *JA* 273, 1-10.
Walter KORNFELD
1967, «Aramäische Sarkophage in Assuan», *WZKM* 61, 9-16.
Michail A. KOROSTOVTSEV
1977, «A propos du genre "historique" dans la littérature de l'ancienne Égypte», en *Fragen an die altägyptische Literatur, Stud. E. Otto,* 315-324.
Rolf KRAUSS
1981a, «Necho II. alias Nechepso», *GM* 42, 49-60.
1981b, «Sothis, Elephantine und die altägyptische Chronologie», *GM* 50, 71-80.
1981c, «Zur historischen Einordnung Amenmesses und zur Chronologie der 19./20. Dynastie», *GM* 45, 27-34.
1981d, *Das Ende der Amarnazeit. Beiträge zur Geschichte und Chronologie des Neuen Reiches,* 2.[a] edición, *HÄB* 7.
1981e, «Sothis, Elephantine und die altägyptische Chronologie», *GM* 50, 71-80
1982, «Talfestdaten – eine Korrektur», *GM* 54, 53-54.
1983, «Zu den Familienbeziehungen der Königin Tachat», *GM* 61, 51-52.
1984, «Korrekturen und Ergänzungen zur Chronologie des Mittleren Reiches und Neuen Reiches – ein Zwischenbericht», *GM* 70, 37-44.
1985, *Sothis-und Monddaten. Studien zur astronomischen und technischen Chronologie Altägyptens, HÄB* 20.
1986, «Kija – ursprungliche Besitzerin der Kanopen aus KV 55», *MDAIK* 42, 67-80.
Walter KREBS
1976, «Unterägypten und die Reichseinigung», *ZÄS* 103, 76-78.
1977, «Die neolitischen Rinderhirten der Sahara und die Masai», en *Ägypten und Kusch, Schr. Or.* 13, 265-278.
Jean-Marie KRUCHTEN
1979, «Rétribution de l'armée d'après le décret d'Horemheb», en *L'égyptologie en 1979,* II, 143-148.
1981a, *Le décret d'Horemheb. Traduction, commentaire épigraphique, philologique et institutionnel,* Ediciones de la Univ. Libre de Bruselas.
1981b, «Comment on écrit l'histoire égyptienne: la fin de la XIX[e] dynastie vue d'après la section "historique" du papyrus Harris I», *Ann. IPHOS* 25, 51-64.
1982, «Convention et innovation dans un texte royal du début de l'époque ramesside: la stèle de l'an 1 de Séthi I[er] découverte à Beith-San», *Ann. IPHOS* 26, 21-62.
1986, *Le grand texte oraculaire de Djehoutymose, intendant du domaine d'Amon sous le pontificat de Pindejem II, MRE* 5.
Lech KRZYZANIAK
1977, *Early Farming Cultures on the Lower Nile,* Varsovia.
1983, «Les débuts de la domestication des animaux et des plantes dans les pays du Nil», *BSFE* 96, 4-13.
L. KRZYZANIAK & M. KOBUSIEWICZ
1984, *Origin and Early Development of Food-Producing Cultures in North-Eastern Africa,* Posnan.
Lisa KUCHMAN SABBAHY
1981, «The Titulary of Queens *nbt* and *ḥnwt*», *GM* 52, 37-42.

1984, «*'nḫ-n.s-Ppy, 'nḫ-n.s.-Mry-R'* I and II, and the Title *w3ds dti*», *GM* 72, 33-36.
E. KÜHNERT-EGGEBRECHT
1969, *Die Axt als Waffe und Werkzeug im alten Ägypten, MÄS* 15.
Klaus P. KUHLMANN
1981a, «Ptolemais – Queen of Nectanebo I. Notes on the Inscription of an Unknown Princess of the XXXth Dynasty», *MDAIK* 37, 267-280.
1981b, «Zur *srḫ*-Symbolik bei Thronen», *GM* 50, 39-46.
1982, «Archäologische Forschungen im Raum von Achmim», *MDAIK* 38, 347-354.
K. P. KUHLMANN & W. SCHENKEL
1983, *Das Grab des Ibi, Obergutsverwalters der Gottesgemahlin des Amun (Thebanisches Grab Nr. 36)*, Bd. 1 in 2 Teilen, *AV* 15.
Dieter KURTH
1987, «Zu den Darstellungen Pepi I. im Hathortempel von Dendera, in *Tempel und Kult, ÄA* 46, 1-23.
Mahfouz LABIB
1961, *Pèlerins et voyageurs au mont Sinaï., RAPH* 25.
Pahor LABIB
1936, *Die Herrschaft der Hyksos,* Glückstadt.
Audran LABROUSSE, J.-Ph. LAUER & J. LECLANT
1977, *Le temple haut du complexe funéraire du roi Ounas, Mission archéologique de Saqqarah,* II, *BdE* 73, El Cairo.
Ginette LACAZE, O. MASSON & J. YOYOTTE
1984, «Deux documents memphites copiés par J.-M. Vansleb au XVII^{e} siècle», *RdE* 35, 127-137.
Peter LACOVARA
1985, «Archeology an the Decay of Mudbrick Structures in Egypt», *NARCE* 128, 20-28.
P. LACOVARA & C. N. REEVES
1987, «The Colossal Statue of Mycerinus Reconsidered», *RdE* 38, 111-115.
LÄ = Lexikon der Ägyptologie, Wiesbaden, 1975-1987.
LÄS = Leipziger Ägyptologische Studien, Glückstadt, Hamburgo, Nueva York.
Claire LALOUETTE
1981a, *L'art égyptien,* col. «Que sais-je?» n.° 1909, P.U.F.
1981b, *La littérature égyptienne,* col. «Que sais-je?» n.° 1934, P.U.F.
1984, *Textes sacrés et textes profanes de l'ancienne Égypte,* I, París.
1985, *L'empire des Ramsès,* Fayard.
1986, *Thèbes ou la naissance d'un empire,* Fayard.
1987, *Textes sacrés et textes profanes de l'ancienne Égypte,* II, París.
Mary-Ellen LANE
1985, *A Guide to the Antiquities of the Fayyum,* El Cairo.
Edward William LANE
1833-1835, *An Account of the Manners and Customs of the Modern Egyptians, Written in Egypt During the Years 1833-1835,* reedición, El Cairo, 1978.
Kurt LANGE & Max HIRMER
1978, *Ägypten. Architektur, Plastik, Malerei in drei Jahrtausenden,* reedición, Múnich, traducido del alemán por G. Blumberg y R. Antelme con el título **K. LANGE, M. HIRMER, E. OTTO & C. DESROCHES-NOBLECOURT**, *L Égypte,* Flammarion, 1967/1980.
LAPO = Littératures Anciennes du Proche-Orient, le Cerf.

John A. Larson
1975-1976, «The Date of the Regnal Year Change in the Reign of Ramesses II», *Serapis* 3, 17-22.
Jean-Philippe Lauer
1929, «Études sur quelques monuments de la III^e^ dynastie (pyramide à degrés de Saqqarah), *ASAE* 29, 99-129.
1948, *Études complémentaires sur les monuments du roi Zoser à Saqqarah*, 1, *CASAE*.
1956, «Sur le dualisme de la monarchie égyptienne et son expression architecturale sous les premières dynasties», *BIFAO* 55, 153-172.
1957, «Évolution de la tombe royale égyptienne jusqu'à la pyramide à degrés», *MDAIK* 15, 148-165.
1960a, *Observations sur les pyramides, BdE* 30, El Cairo.
1960b, «Žbynek Žaba: l'orientation astronomique dans l'ancienne Égypte et la précession de l'axe du monde», *BIFAO* 60, 171-184.
1961, «Au sujet du nom gravé sur la plaquette d'ivoire de la pyramide de l'Horus Sekhemkhet», *BIFAO* 61, 25-28.
1962a, «Sur l'âge et l'attribution possible de l'excavation monumentale de Zaouiêt el-Aryan», *RdE* 14, 21-36.
1962b, *Histoire monumentale des pyramides d'Égypte*, I, *Les pyramides à degrés (III^e dynastie), BdE*, 39, El Cairo.
1966a, «Quelques remarques sur la I^re^ dynastie», *BIFAO* 64, 169-184.
1966b, «Nouvelles remarques sur les pyramides à degrés de la III^e^ dynastie», *Or* 35, 440-448.
1966-1968, «Recherche et découverte du tombeau sud de l'Horus Sekhem-khet à Saqqarah», *BIE* 48-49, 121-136, – repetido con el mismo título en *RdE* 20, 97-107.
1967, «Sur la pyramide de Meïdoum et les deux pyramides du roi Snefrou à Dahchour», *Or* 36, 239-254.
1969a, «Remarques sur les complexes funéraires royaux de la fin de la IV^e^ dynastie», *Or* 38, 560-578.
1969b, «À propos des vestiges des murs à redans encadrés par les "Tombs of the Courtiers" et des "forts" d'Abydos», *MDAIK* 25, 79-84.
1972, *Les pyramides de Sakkarah, IFAO.*
1973, «Remarques sur la planification de la construction de la grande pyramide», *BIFAO* 73, 127-142.
1976, «À propos du prétendu désastre de la pyramide de Meïdoum», *CdE* 51, 72-89.
1977, *Saqqarah. La nécropole royale de Memphis. Quarante siècles d'histoire, cent vingtcinq ans de recherches*, París.
1979, «Le développement des complexes funéraires royaux en Égypte depuis les temps prédynastiques jusqu'à la fin de l'Ancien Empire», *BIFAO* 79, 355-394.
1980, «Le premier temple de culte funéraire en Égypte», *BIFAO* 80, 45-68.
1981, «La signification et le rôle des fausses-portes de palais dans les tombeaux du type de Négadah», *MDAIK* 37, 281-288.
1984-1985, «Considérations sur l'évolution de la tombe royale sous la I^re^ dynastie», *BSEG* 9-10, 141-152.
1988a, *Saqqarah, une vie. Entretiens avec Philippe Fandrin*, Rivages.
1988b, *Le Mystère des pyramides*, nueva edición revisada y aumentada, París, Presses de la Cité.
J.Ph. Lauer & J. Leclant
1969, «Découverte de statues de prisonniers au temple de la pyramide de Pépi I^er^», *RdE* 21, 55-62.

1972, *Le temple haut du complexe funéraire du roi Téti, Mission archéologique de Saqqarah,* I, *BdE* 51, El Cairo.
Jean LAUFFRAY
1973, *Karnak d'Égypte, domaine du divin,* París.
1979, «Urbanisme et architecture du domaine d'Aton à Karnak d'après les "talatat" du IX^e^ pylône», en *L'égyptologie en 1979,* II, 265-270.
LdM = Livre des Morts, citado en traducción según Barguet: *1967.*
Anthony LEAHY
1979, «Nespamedu, "King" of Thinis», *GM* 35, 31-40.
1984a, «Saite Royal Sculpture: A Review», *GM* 80, 59-76.
1984b, «Tanutamon, Son of Shabako?», *GM* 83, 43-46.
Lebensmüder = Dialogue d'un désespéré avec son Ba, citado según Barta: 1969, láminas.
Christian LEBLANC
1979, «Les piliers dits "osiriaques" dans le contexte des temples de culte royal», en *L'égyptologie en 1979,* I, 133-134.
1980, «Piliers et colosses de type "osiriaque" dans le contexte des temples de culte royal», *BIFAO* 80, 69-90.
1982, «Le culte rendu aux colosses "osiriaques" durant le Nouvel Empire», *BIFAO* 82, 295-311.
1986, «Henout-taouy et la tombe N.° 73 de la Vallée des Reines», *BIFAO* 86, 203-226.
Ange-Pierre LECA
1977, *Les momies,* Hachette.
Jean LECLANT
1949, «Nouveaux documents relatifs à l'an VI de Taharqa», *Kemi* 10, 28-42.
1954, *Enquête sur les sacerdoces et les sanctuaires égyptiens à l'époque dite «éthiopienne» (XXV^e^ dynastie), BdE* 17.
1956, «La "mascarade" des bœufs gras et le triomphe de l'Égypte», *MDAIK* 14, 129-145.
1957, «Tefnout et les Divines Adoratrices thébaines», *MDAIK* 15, 166-171.
1961a, *Montouemhat, quatrième prophète d'Amon, prince de la ville, BdE* 35.
1961b, «Le voyage de Jean-Nicolas Huyot en Egypte (1818-1819) et les manuscrits de Nestor Lhôte», *BSFE* 32, 35-42.
1961c, «Sur un contrepoids de *menat* au nom de Taharqa: allaitement et "apparition" royale», *BdE* 32, 251-284.
1965, *Recherches sur les monuments thébains de la XXV^e^ dynastie dite éthiopienne, BdE* 36.
1969, «Espace et temps, ordre et chaos dans l'Égypte pharaonique», *Revue de Synthèse,* III^e^ serie, 55-56, 217-239.
1978a, *Le temps des pyramides. De la Préhistoire aux Hyksos (1560 av. J.-C.),* «Univers des Formes», Gallimard.
1978b, «L'exploration des côtes de la mer Rouge. À la quête de Pount et des secrets de la mer Érythrée», *Annales d'Éthiopie* 11, 69-75.
1978c, «Le nom de Chypre dans les textes hiéroglyphiques», *Colloques internationaux du CNRS* n.° 578, *Salamine de Chypre. Histoire et archéologie,* 131-135.
1979, *L'Empire des Conquérants. L'Égypte au Nouvel Empire (1560-1070),* «Univers des Formes», Gallimard.
1980a, *L'Égypte du crépuscule. De Tanis à Méroë (1070 av. J.-C.*-IV^c^ siècle ap. J.-C.), «Univers des Formes», Gallimard.

1980b, *Égypte pharaonique et Afrique,* sesión anual de las Cinco Academias, Institut de France n.° 10, París.
1980c, «L'empire de Koush: Napata et Méroé», en *Histoire Générale de l'Afrique,* II, UNESCO, 295-314.
1980d, «Les "empires" et l'impérialisme de l'Égypte pharaonique», en **Maurice Duverger,** *Le concept d'Empire,* P.U.F., París, 49-68.
1981a, «La "famille libyenne" au temple haut de Pépi Ier», en *Livre du Centenaire, MIFAO* 104, 49-54.
1981b, «Recherches récentes sur l'histoire de l'Égypte pharaonique», *REA* 83, 5-15.
1984a, «Textes de la Pyramide de Pépi Ier, VII: une nouvelle mention des *Fnhw* dans les *Textes des Pyramides», SAK* 11, 455-460.
1984b, «Taharqa à Sedeinga», en *Studien zu Sprache und Religion Ägyptens, Festschrift W. Westendorf,* 1113-1117
1985, «Recherches récentes sur les textes des Pyramides et les pyramides à textes de Saqqarah», *Bulletin de la Classe des Lettres et Sciences Morales et Politiques de l'Academie Royale de Belgique,* 5e Série, 71, 295-305.
1987, «Le rayonnement de l'Égypte au temps des rois tanites et libyens», en París: 1987, 77-84.
Jean Leclant & Gisèle Clerc
1967-1988, «Fouilles et travaux en Égypte et au Soudan», crónica anual publicada en la revista *Or.*
France Lecorsu
1966, «Une description inédite d'Abou Simbel: le manuscrit du colonel Straton», *BSFE,* 45, 19-32.
Gustave Lefebvre
1927, «Stèle de l'an V de Méneptah», *ASAE* 27, 19-30.
1929a, *Histoire des grands prêtres d'Amon de Karnak jusqu'à la XXIe dynastie,* París, Geuthner.
1929b, *Inscriptions concernant les grands prêres d'Amon Romé-Roy et Amenhotep,* París
1940, «Deux mots de la Ire dynastie, aux inscriptions du tombeau "de Hemaka" à Saqqarah», *RdE* 4, 222-223.
1951, «Inscription dédicatoire de la chapelle funéraire de Ramsès I à Abydos», *ASAE* 51, 167-200.
1976, *Romans et contes égyptiens de l'époque pharaonique. Traduction avec introduction, notices et commentaires* (reproducción sin cambios de la edición de 1949), Maisonneuve, París.
Georges Legrain
1914, *Louqsor sans les pharaons. Légendes et chansons populaires de la Haute Égypte,* Vromant, Bruselas-París.
1929, *Les temples de Karnak. Fragment du dernier ouvrage de G. Legrain, Directeur des travaux du Service des Antiquités de l'Égypte,* Vromant.
L'égyptologie en 1979 = Actes du Deuxième Congrès International des Égyptologues, *Colloques internationaux du CNRS,* n.° 595, París, 1982.
Mark Lehner
1983, «Some Observations on the Layout of the Khufu and Khafre Pyramids», *JARCE,* 20, 7-26.
1985, «The Pyramid Tomb of Hetep-heres and the Satellite Pyramid of Khufu», *Sond. DAIK* 19.
1986, «The Giza Plateau Mapping Project», *NARCE* 131, 23-57.

G. Lello
1978, «Thutmose III's First Lunar Date», *JNES* 37, 327-330.
C.J. Lenzen & E.A. Knauf
1987, «Notes on Syrian Toponyms in Egyptian Sources I», *GM* 96, 59-64.
Ronald J. Leprohon
1983, «Intef III and Amenemhat III at Elephantine», *Ancient World* 6, 103-107.
C. R. Lepsius
1849-1856, *Denkmäler aus Ägypten und Äthiopien...*, 12 vol., Leipzig.
Christian Leroy
1975, «Voyageurs et marins dans l'antiquité», *REG* 88, 178-181.
A. Leroy-Molinghen
1985, «Homère et Thèbes aux cent portes», *CdE* 60, 131-137.
Françoise Le Saout
1978-1980a, «Reconstitution des murs de la Cour de la Cachette», *Karnak* 7, 213-258.
1978-1980b, «Nouveaux fragments au nom d'Horemheb», *Karnak* 7, 259-264.
1978-1980c, «À propos d'un colosse de Ramsès II à Karnak», *Karnak* 7, 267-274.
F. Le Saout & Cl. Traunecker
1978-1980, «Les travaux au IX^e pylône de Karnak: annexe épigraphique», *Karnak* 7, 67-74.
F. Le Saout, F. A.-el-H. Ma'Arouf & Th. Zimmer
1987, «Le Moyen Empire à Karnak: Varia 1», *Karnak* 8, 293-323.
Leonard H. Lesko
1980, «The Wars of Ramses III», *Serapis* 6, 83-86.
Bernadette Letellier
1979, «La cour à péristyle de Thoutmosis IV à Karnak (et la "cour des fêtes" de Thoutmosis II)», en *Hommages Sauneron*, I, *BdE* 81, 51-72.
Pierre Lévêque
1987, (ed.) *Les premières civilisations*, I, *Des despotismes orientaux à la cité grecque*, col. «Peuples et civilisations», París, P.U.F. Trad. española en edit. Akal.
Frantisek Lexa
1925, *La magie dans l'Égypte ancienne, de l'Ancien Empire jusqu'à l'époque copte*, 3 vol., París.
1926, *Papyrus Insinger. Les enseignements moraux d'un scribe égyptien du premier siècle après J.-C...*, París.
Liber Anuus, Jerusalén.
Miriam Lichtheim
1973, *Ancient Egyptian Literature. A Book of Readings*, Berkeley, I, *The Old and Middle Kingdoms.*
1976, II, *The New Kingdom.*
1980a, III, *The Late Period.*
1980b, «Some Corrections to my *Ancient Egyptian Literature*, I-III», *GM* 41, 67-74.
1983, *Late Egyptian Wisdom Literature in the International Context. A Study of Demotic Instructions*, *OBO* 52.
Luc Limme
1972, «Les oasis de Khargeh et Dakhleh d'après les documents égyptiens de l'époque pharaonique», *CRIPEL* 1, 41-58.
B. Lincoln
1981, *Priests, Warriors and Cattle. A Study in the Ecology of Religions*, Berkeley. Trad. española, *Sacerdotes, guerreros y ganado*, Madrid, 1991, Akal.

Iingegerd Lindbald
1984, *Royal Sculpture of the Early Eighteenth Dynasty in Egypt, Medelhavsmuseet Memoir,* Estocolmo, 5.
Jaswiga Lipinska
1967, «Names and History of the Sanctuaries Built by Tuthmosis III at Deir el Bahri», *JEA* 53, 25-33.
P. Lipke
1984, *The Royal Ship of Cheops. A Retrospectival Account of the Discovery Restoration and Reconstruction...,* Oxford.
M. A. Littauer & J. H. Crouwel
1979, *Wheeled Vehicles and Ridden Animals in the Ancient Near East, HdO* 7/I, 2B: 1.
Alan B. Lloyd
1975-1976, *Herodotus, Book II, 1, Introduction, 2, Commentary 1-98,* Leiden.
1982, «The Inscription of Udjahorresnet, A Collaborator's Testament», *JEA* 68, 166-180.
Christian E. Loeben
1986, «Eine Bestattung der grossen königlichen Gemahlin Nofrete in Amarna? Die Totenfigur der Nofrete», *MDAIK* 42, 99-108.
B. Löhr
1974, «Ahanjati in Heliopolis», *GM* 11, 33-38.
R. D. Long
1976, «Ancient Egyptian Chronology, Radiocarbon Dating and Calibration», *ZÄS* 103, 30-48.
Jesús López
1973, «L'auteur de *l'Enseignement pour Mérikarê», RdE* 25, 178-191.
Antonio Loprieno
1981-1982, «Methodologische Anmerkungen zur Rolle der Dialekte in der ägyptischen Sprachentwicklung», *GM* 53, 75-95.
J. A. Lorent
1861, *Égypten. Alhambra. Tlemsen. Algier. Reisebilder aus den Anfängen der Photographite,* Mannheim, 1985.
David Lorton
1974a, *The Juridical Terminology of International Relations in Egyptian Texts Through Dyn. XVIII,* Baltimore.
1974b, «Terminology Related to the Laws of Warfare in Dynasty XVIII», *JARCE* 11, 53-68.
1979, «Towards a Constitutional Approach to Ancient Egyptian Kingship», *JAOS* 99, 460-465.
1986a, «Compte rendu de **A. Nibbi,** *Ancient Egypt and Some Eastern Neighbours Ancient Byblos Reconsidered, Wenamun and Alashiya Reconsidered», DE* 6, 89-100.
1986b, «Terms of Coregency in the Middle Kingdom», *VA* 2, 113-120
1986c, «The King and the Law», *VA* 2, 53-62
1987a, «The Internal History of the Heakleopolitan Period», *DE* 8, 21-28.
1987b, «Egypt's Eastermost Delta Before the New Kingdom», *DE* 7, 9-12
1987c, «Why "Menes"?», *VA* 3, 33-38.
Louxor
1978, *Guide du Musée d'art égyptien ancien de Louxor,* Organisation des Antiquités de l'Égypte, El Cairo.

Ulricht Luft
1978, *Beiträge zur Historisierung der Götterwelt und der Mythenschreibung, Stud. Aeg.* 4.
1982, «Illahunstudien, I: zu der Chronologie und den Beamten in den Briefen aus Illahun», *Oikumene* 3, 101-156
1986a, «Illahunstudien, III: Zur sozialen Stellung des Totenpriesters im Mittleren Reiches», Oikumene 5, 117-153.
1986b, «Noch einmal zum Ebers-Kalender», *GM* 92, 69-77
1987, «Der Tagesbeginn in Ägypten», *AoF* 14, 3-11.
I. Lurie
1971, *Studien zum altägyptischen Recht,* Weimar.
M. F. L. Macadam
1949, The Temples of Kawa, I, The Inscriptions, Oxford.
1955, *The Temples of Kawa, II, History and Archaeology of the Site,* Oxford
MÄS = Münchner Ägyptologische Studien, Deutscher Kunstverlag, Múnich-Berlín
Michel Malaise
1981, «Aton, le sceptre Ouas et la fête Sed», *GM* 50, 47-64.
Jaromir Málek
1982, «The Original Version of the Royal Canon of Turin» *JEA* 68, 93-106.
Michel Malinine
1953, *Choix de textes juridiques en hiératique «anormal» et en démotique (25e-27e dynasties),* 1, *Traduction et commentaire philologique,* Bibliothèque de l'École Pratique des Hautes Études 300.
1983, *Choix de textes juridiques en hiératique anormal et en démotique,* 2, *Transcriptions, RAPH* 18.
Lise Manniche
1988, *Lost Tombs,* Londres.
Geoffrey T. Martin
1976, «La découverte du tombeau d'Horemheb à Saqqarah», *BSFE* 77-78, 11-25.
1979, «Queen Mutnodjmet at Memphis and El-'Amarna», en *L'égyptologie en 1979,* II, 275-278.
1984, *Corpus of Reliefs ot the New Kingdom From the Memphite Necropolis and Lower Egypt,* Londres.
Maurice Martin
1979, «Souvenirs d'un compagnon de voyage de Paul Lucas en Égypte (1707)», en *Hommages Sauneron,* II, *BdE* 82, 471-476.
Eva Martin-Pardey
1988, *Untersuchungen zur ägyptischen Provinzialverwaltung bis zum Ende des Alten Reiches,* 2e ed., *HÄB* 1.
Sherry I. Mary
1979, «Kia, the Second Pharaoh», en *L'égyptologie en 1979,* II, 279-280.
Gaston Maspero
1895, *Histoire ancienne des peuples de l'Orient Classique,* I, *Les origines. Égypte & Chaldée,* París, Hachette.
1897, II, *Les premières mêlées des peuples,* París, Hachette.
1899, III, *Les Empires,* París, Hachette.
1914, «Chansons populaires recueillies en la Haute Égypte de 1900 à 1914 pendant les inspections du Service des Antiquités», *ASAE* 14, 97-290.
1915, *Guide du visiteur au Musée du Caire,* 4.ª edición, El Cairo, *IFAO.*
Olivier Masson
1969, «Les Cariens en Égypte», *BSFE* 56, 25-36.

1971, «Les Chypriotes en Egypte», *BSFE* 60, 28-46.
Bernard MATHIEU
1987, «Le voyage de Platon en Égypte», *ASAE* 71, 153-167.
I. MATZKER
1986, *Die letzten Könige der 12. Dynastie,* Fráncfort.
Bernard MAURY
1979, «Toponymie traditionnelle de l'ancienne piste joignant Kharga à Dakhla», en *Hommages Sauneron,* II, *BdE* 82, 365-376.
L. MAYER
1802, *Vues en Égypte, d'après les dessins originaux en la possession de Sir R. Ainslee, pris durant son ambassade à Constantinople...,* Londres.
Charles MAYSTRE
1950, «Le compte des épagomènes dans les chronologies individuelles», *RdE* 7, 85-88.
A. MCFARLANE
1987, «The First Nomarch at Akhmim: The Identification of a Sixth Dynasty Biographical Inscription», *GM* 100, 63-72.
W. MCQUITTY
1976, *Island of Isis. Philae Temple of the Nile,* Londres.
G. MATTHA
1975, *The Demotic Legal Code of Hermopolis West, BdE* 45.
MDAIK = *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts,* Abteilung Kairo.
Dimitri MEEKS
1963, «Les "quatre *ka*" du démiurge memphite», *RdE* 15, 35-47.
1971, «Génies, anges et démons en Égypte», en *Génies, anges et démons,* «Sources Orientales» 8, Seuil, París, 18-84.
s.d. «Pureté et purification en Égypte», en *Dictionnaire de la Bible, Supplément 9,* col. 430-452.
Mounir MEGALLY
1977, *Recherches sur l'économie, l'administration et la comptabilité égyptienne à la XVIIIe dyn. d'après le pap. E 3226 du Louvre, BdE* 71.
Arpag MEKHITARIAN
1954, *La peinture égyptienne,* «Les grands siècles de la peinture», Skira, Ginebra.
James MELLAART
1965/1978, *Earliest Civilizations of the Near East,* en *The Library of the Early Civilizations,* ed. by Prof. Stuart Pigott, Thames & Hudson.
Edmund S. MELTZER
1970, «Archaic Sovereign as Primeval God?», *ZÄS* 98, 84.
1978, «The Parentage of Tut'ankhamun and Smenkhare'». *JEA* 64, 134-135.
Leïla MENASSA & Pierre LAFERRIÈRE
1974, *La Sâqia. Technique et vocabulaire de la roue à eau égyptienne, BdE* 67.
K. MENDELSSOHN
1973, «A Building Disaster at the Meidum Pyramid» *JEA* 59, 60-71.
1976, «Reply to Mr. C. J. Davey's Comments (*JEA* 62, 178-179)», *JEA* 62, 179-181.
Bernadette MENU
1970, *Le régime juridique des terres et du personnel attaché à la terre dans le Papyrus Wilbour,* Publications de la Faculté des Lettres et Sciences Humaines de Lille.
1981, «Considérations sur le droit pénal au Moyen Empire égyptien dans le P. Brooklyn 35. 1446 (texte principal du recto)», *BIFAO du Centenaire,* 57-76.

1982, *Recherches sur l'histoire juridique, économique et sociale de l'ancienne Égypte,* Versailles.
1984, *Droit – économie – société de l'Égypte ancienne (Chronique bibliographique 1967-1982),* Versailles.
1986, «Les récits de créations en Égypte ancienne», *Foi et Vie,* LXXXV/5, *Cah. Bibl.* 25, 67-77.
1987a, *L'obélisque de la Concorde,* Versailles.
1987b, «Les cosmogonies de l'ancienne Égypte», en *La création dans l'Orient ancien,* ed. du Cerf, París.
Mérikarê = Enseignement de Khéty pour Mérikarê, citado según la edición de Helck: 1977a.
Reinholdt Merkelbach
1962, *Roman und Mysterium in der Antike,* Múnich.
Meroitica, Humboldt-Universität zu Berlin, Bereich Ägyptologie und Sudanarchäologie, Berlin-Est.
Mesopotamia, Copenhagen Studies in Assyriology, Copenhague.
C. Meyer
1982, *Senenmut Eine prosopographische Untersuchung,* Hamburgo.
Eduard Meyer
1912-1913, *Fremdvölkerdarstellungen altägyptischer Denkmäler. Sammlung photographischer Aufnahmen aus den Jahren 1912-1913, ÄMA* 2, 1973.
Kazimierz Michalowski
1968, *L'art de l'ancienne Égypte,* París, Mazenod.
1980, «Les contacts culturels dans le monde méditerranéen», en el *Livre du Centenaire, MIFAO* 104, 303-306.
Béatrice Midant-Reynes
1986, «L'industrie lithique en Égypte: à propos des fouilles de Balat (Oasis de Dakhla)», *BSFE* 102, 27-39.
1987, «Contribution à l'étude de la société prédynastique: le cas du couteau "Ripple-flake"», *SAK* 14, 185-224.
MIFAO = Mémoires publiés par les membres de l'Institut Français d'Archéologie Orientale, El Cairo.
A. R. Millard
1979, «The Scythian Problem», en *Glimpses of ancient Egypt, Studies in Honour of H. W. Fairman,* 119-122.
Nicholas B. Millet
1981, «Social and Political Organisation in Meroe», *ZÄS* 108, 124-141.
Anthony J. Mills
1975, «Approach to Third Millenium Nubia», en *Études Nubiennes, colloque de Chantilly, BdE* 77, 199-204.
A. T. Minai
1984, *Architecture as Environmental Communication, Approach to Semiotics,* 69, Berlín.
H. von Minutoli
1824, *Reise zum Tempel des Jupiter Ammon in der Libyschen Wüste und nach Ober-Ägypten in den Jahren 1820-1821,* Berlín, 1982.
MIO = Mitteilungen des Instituts für Orientforschung, Berlín.
MMA = Metropolitan Museum of Art, Nueva York.
MNL = *Meroitic Newsletter,* París.
M. Abd el-Qader Mohammed
1966, «The Hittite Provincial Administration of Conquered Territories», *ASAE* 59, 109-142.

Mohamed Gamal el-Din Mokhtar
1983, *Ihnâsya el-Medina (Herakleopolis Magna). Its Importance and Its Role in Pharaonic Egypt, IFAO, BdE* 40.
Mon. Aeg. = *Monumenta Ægyptiaca,* Bruselas.
Balthasar de Monconys
1646, *Le voyage en Égypte de Balthasar de Monconys,* presentación y notas de H. Amer, Voyageurs *IFAO,* 1973.
Janine Monnet Saleh
1955, «Un monument de la corégence des Divines Adoratrices Nitocris et Ankhenesneferibrê», *RdE* 10, 37-47.
1965, «Remarques sur la famille et les successeurs de Ramsès III», *BIFAO* 63, 209-236.
1969, «Forteresses ou villages protégés thinites?», BIFAO 67, 173-188.
1980, «Egypte et Nubie antique: approche d'une colonisation», *BSEG* 3, 39-49.
1983, «Les représentations de temples sur plates-formes à pieux de la poterie gerzéenne d'Egypte», *BIFAO* 83, 263-296.
1986, «Interprétation globale des documents concernant l'unification de l'Égypte», *BIFAO* 86, 227-238.
1987, «Remarques sur les représentations de la peinture d'Hiérakonpolis (Tombe N.° 100)», *JEA* 73, 51-58.
C. Montenat
1986, «Un aperçu des industries préhistoriques du golfe de Suez et du littoral égyptien de la Mer Rouge», *BIFAO* 86, 239-256.
Pierre Montet
1925, *Les scènes de la vie privée dans les tombeaux égyptiens de l'Ancien Empire,* Publicación de la Facultad de Letras de la Univ. de Estrasburgo, París.
1946, *La vie quotidienne en Égypte au temps des Ramsès* (XIII^e^-XII^e^ siècles), París.
1947, *La nécropole royale de Tanis,* I, *Les constructions et le tombeau d'Osorkon II à Tanis,* París.
1951a, *La nécropole royale de Tanis,* II, *Les constructions et le tombeau de Psousennès à Tanis,* París.
1951b, «Le roi Ougaf à Médamoud», *RdE* 8, 163-170.
1952, *Les énigmes de Tanis. Douze années de fouilles en une capitale oubliée du delta égyptien,* París.
1956, *Isis. Ou à la recherche de l'Égypte ensevelie,* París.
1957, «Le tombeau d'Ousirmare Chechanq fils de Bastit (Chechanq III) à Tanis», *BSFE* 23, 7-13.
1960, *La nécropole royale de Tanis,* III, *Les constructions et le tombeau de Chéchanq III à Tanis,* París.
1962, «la date du sphinx A 23 du Louvre», *BSFE* 33, 6-8.
1984, *Vies des pharaons illustres,* París.
Siegfried Morenz
1962, *La religion égyptienne, essai d'interprétation.* Traducción francesa de L. Jospin, Payot.
1971, «Traditionen um Cheops. Beiträge, zur überlieferungsgeschichtlichen Methode in der Ägyptologie, I», *ZÄS* 97, 111-118.
1972, «Traditionen um Menes Beiträge zur überlieferungsgeschichtlichen Methode in der Ägyptologie, II», *ZÄS* 99, X-XVI.

Alexandre Moret
1901, «Le titre "Horus d'Or" dans le protocole pharaonique», *RT* 23, 23-32.
1903, *Du caractère religieux la royauté pharaonique*, París.
1923, *Des clans aux empires*, París.
1925, «La campagne de Séti I[er] au nord du Carmel d'après les fouilles de M. Fischer». *Revue de l'Égypte Ancienne* 1, 18-30.
1926, *Le Nil et la civilisation égyptienne*, París.
1927, *La mise à mort du dieu en Egypte*, Fondation Frazer, Conférence 1, Geuthner.
Anthoine Morisson
1697, *Le voyage en Égypte d'Anthoine Morisson, 1697*. Presentación y notas de G. Goyon, Voyageurs *IFAO* 17, 1976.
R. G. Morkot
1986, «Violent Images of Queenship and the Royal Cult», *Wepwavet* 1, 1-9.
1987, «Studies in New Kingdom Nubia, 1, Politics, Economics and Ideology: Egyptian Imperialism in Nubia», *Wepwavet* 3, 29-49.
S. Moscati
1963, *Historical Art in the Ancient Near East, Stud. Semitici* 8.
Mohamed I. Moursi
1972, *Die Hohenpriester des Sonnengottes von der Frühzeit Ägyptens bis zum Ende des Neuen Reiches, MÄS* 26.
1983, «Corpus der Mnevis-Stelen und Untersuchungen zum Kult der Mnevis-Stiere in Heliopolis», *SAK* 10, 247-268.
Ahmed Mahmoud Moussa
1981, «A Stela of Taharqa from the Desert Road at Dahshur», *MDAIK* 37, 331-338.
A. M. Moussa & H. Altenmüller
1975, «Ein Denkmal zum Kult des Königs Unas am Ende der 12. Dynastie», *MDAIK* 31, 93-97.
MRE = *Monographies Reine Elisabeth*, Bruselas.
T. Mrsich
1968, *Untersuchungen zur Hausurkunde des Alten Reiches. Ein Beitrag zum ägyptischen Stiftungsrecht, MÄS* 13.
Ingeborg Müller
1977, «Der Vizekönig Merimose», en *Ägypten und Kusch, Schr. Or.* 13, 325-330.
Maya Müller
1979, «Die Darstellung der Königfamilie in Amarna», en *L'égyptologie en 1979*, II, 281-284.
1986, «Zum Werkverfahren an thebanischen Grabwänden des Neuen Reiches», *SAK* 13, 149-164.
Renate Müller-Wollermann
1983, «Bemerkungen zu den sogenannten Tributen», *GM* 66, 81-93.
Henri Munier & Gaston Wiet
1932, *Précis de l'histoire d'Egypte*, II, *L'Egypte byzantine et musulmane, IFAO*.
Irmtraut Munro
1986, «Zusammenstellung von Datierungskriterien für Inschriften der Amarna-Zeit nach J. J. Perepelkin *Die Revolution Amenophis'IV.*», *GM* 94, 81-87.
1988, «Zum Kult des Ahmose in Abydos: ein weiterer Beleg aus der Ramessidenzeit», *GM* 101, 57-62.
Peter Munro
1978, «Der König als Kind», *SAK* 6, 131-137.

1984, «Die Nacht vor der Thronbesteigung. Zum ältesten Teil des Mundöffnungsrituals», en *Studien zu Sprache und Religion Ägyptens, Festschrift W. Westendorf*, 907-928.
1987, «Reseña de **Y. Y. Perepelkin**, *The Revolution of Amenhotep IV.*, Moscú, 1984», *BiOr* 44, 137-143.
S. C. Munro-Hay
1982-1983, Kings and Kingdoms of Nubia», *RSO* 29, 87-138.
M. Münster
1968, *Untersuchungen zur Göttin Isis vom Alten Reich bis zum Ende des Neuen Reiches, MÄS* 11.
William J. Murnane
1970, «The Hypothetical Coregency Between Amenhotep III and Akhenaten: Two Observations», *Serapis* 2, 17-21.
1975-1976, «The Accession Date of Sethos I», *Serapis* 3, 23-34.
1976, «The Earlier Reign of Ramesses II: Two Addenda», *GM* 19, 41-44.
1977, *Ancient Egyptian Coregencies, SAOC* 40.
1980a, *United with Eternity: A Concise Guide to the Monuments of Medinet Habu*, Chicago-El Cairo.
1980b, «Unpublished Fragments of Hatshepsut's Historical Inscription From Her Sanctuary at Karnak», *Serapis* 6, 91-102.
1981a, «In Defense of the Middle Kingdom Double Dates», *BES* 3, 73-81.
1981b, «The Sed Festival: a Problem in Historical Method», *MDAIK* 37, 369-376.
1985a, *The Road to Kadesh. Historical Interpretation of the Battle Reliefs of King Sety I at Karnak, SAOC* 42.
1985b, «Tutankhamun on the Eights Pylon at Karnak», *VA* 1, 59-68.
Michel Muszynski
1977, «Les "associations religieuses" en Égypte, d'après les sources hiéroglyphiques, démotiques et grecques», *OLP* 8, 145-174.
Carol Mysliwiec
1978, «Le naos de Pithom», *BIFAO* 78, 171-196.
1979, «Amon, Atum and Aton: the Evolution of Heliopolitan Influences in Thebes», en *L'égyptologie en 1979*, II, 285-290.
1985, *XVIIIth Dynasty Before the Amarna Period, Iconography of Religions*, 16/5, Leiden.
Nadav Na'Aman
1982, «The Town of Ibirta and the Relations of the "Apiru and the Shosou"», *GM* 57, 27-34.
1983, «The Town of Malahu», *GM* 63, 46-52.
NARCE = Newsletter of the American Research Center in Egypt, Princeton-El Cairo.
Édouard Naville
1903, «La pierre de Palerme», *RT* 25, 64-81.
1930, *Détails relevés dans les ruines de quelques temples égyptiens*, 2 partes en 1, París.
NAWG = Nachrichten von der Akademie der Wissenschaften zu Göttingen, Gotinga.
Néferti = Prophétie de Néferti, citada según la edición de Helck: 1970.
A. Neher
1956, *Moïse et la vocation juive*, Seuil, París.
Alessandra Nibbi
1974, «Further Remarks on *w3d-wr*, Sea Peoples and Keftiu», *GM* 10, 35-40.
1975a, «*Ym* and the Wadi Tumilat», *GM* 15, 35-38.

1975b, «The Wadi Tumilat, Atika and *mw-qd»*, *GM* 16, 33-38.
1975c, «Henu of the Eleventh Dynasty and *w3d-wr»*, *GM* 17, 39-44.
1976a, «Remarks on the Two Stelae From the Wadi Gasus», *JEA*, 62, 45-56.
1976b, «*ḫbsd* From the Sinai», *GM* 19, 45-48.
1976c, «A Further Note on *ḫbsd»*, *GM* 20, 37-39.
1976d, «*ḫbsd* Again», *GM* 22, 51-52.
1979a, «Somme Rapidly Disappearing and Unrecorded Sites in the Eastern Delta», *GM* 35, 41-46.
1979b, «Some Evidence From Scientists Indicating the Vegetation of Lower and Middle Egypt During the Pharaonic Period», en *L'égyptologie en 1979*, I, 247-254.
1979b, «The "Trees and Towns" Palette», *ASAE* 63, 143-154
1981, «The Hieroglyph Signs *gs* and *km* and Their Relationship», *GM* 52, 43-54.
1981-1982, «The *nhsy.w* of the Dahsur Decret of Pepi I», *GM* 53, 27-32.
1982a, «A Note on the *Lexikon* entry: Meer», *GM* 58, 53-58.
1982b, «The Chief Obstacle to Understanding the Wars of Ramesses III», *GM* 59, 51-60.
1982c, «Egitto e Bibbia sulla base della stele di Piankhi», *Liber Annuus* 39, 7-58.
1983, «A Further Note on the *km* Hieroglyph», *GM* 63, 77-80.
1984, «The Sea Peoples: Some Problems Concerning Historical Method», en *Terra Antiqua Balcanica, II, Annales de l'Université de Sofia* 77l2, 310-319.
1985, «The Lebanon (sic) and Djahy in the Egyptian Texts», *DE* 1, 17-26.
1986a, «Hatiba of Alashiya and a Correction to My Proposed Area for That Country», *DE* 5, 47-54.
1986b, *Lapwings and Libyans in Ancient Egypt*, Oxford.
1988, «Byblos (sic) and Wenamun: A Reply to some Recent Unrealistic Criticism», *DE* 11, 31-42.

Alviero Niccacci
1977, «Il messagio di Tefnakht», *LiberAnnuus* 27, 213-228.

Charles F. Nims
1973, «The Transition From the Traditional to the New Style of Wall Relief under Amenhotep IV», *JNES* 32, 181-187.

Andrzej Niwinski
1984a, «Three More Remarks in the Discussion of the History of the Twenty-First Dynasty», *BES* 6, 81-88.
1984b, «The Bab El-Gusus Tomb and the Royal Cache in Deir el-Bahri», *JEA* 70, 73-81.
1985, «Zur Datierung und Herkunft der altägyptischen Särge», *BiOr* 42, 508-525.

M. Noth
1938, «Die Wege des Pharaonenheeres in Palastina und Syrien», *ZDPV* 61, 26-65.
1943, «Die Annalen Thutmose III. als Geschichtsquelle», *ZDPV* 66, 156-174.
NYAME AKUMA, Khartoum.
OBO = Orbis Biblicus et Orientalis, Friburgo.

Boyo Ockinga
1983, «Zum Fortleben des "Amarna-Loyalismus" in der Ramessidenzeit», *WdO* 14, 207-215.
1987, «On the Interpretation of the Kadesh Record», *CdE* 62, 38-48.

David O'Connor
1984, «Kerma and Egypt: The Significance of the Monumental Buildings, Kerma I, II, and XI», *JARCE* 31, 65-108.
1985, «The Chronology of Scarabs of the Middle Kingdom and the Second Intermediate Period», *JSSEA* 15, 1-41.

1986, «The Locations of Yam and Kush and Their Historical Implications», *JARCE* 23, 27-50.
1987, «The Location of Irem», *JEA* 73, 99-136.
Oikumene = Oikumene, Studia ad historiam antiquam classicam et orientalem spectantia, Budapest.
OIP = Oriental Institute Publications, Chicago.
OLA = Orientalia Lovaniensia Analecta, Lovaina.
OLP = Orientalia Lovaniensia Periodica, Lovaina.
Patrick F. O'Mara
1985a, *Some Indirect Sothic and Lunar Dates from the Late Middle Kingdom in Egypt,* Paulette Pub. California.
1985b, *Additional Unlabeled Lunar Dates from the Old Kingdom in Egypt,* Paulette Pub. California.
1986a, «Is the Cairo Stone a Fake? An Example of Proof by Default», *DE* 4, 33-40.
1986b, «Historiographies (Ancient and Modern) of the Archaic Period. Part I: Should we Examine the Foundations? A Revisionist Approach», *DE* 6, 33-46.
1987, «Historiographies (Ancient and Modern) of the Archaic Period. Part II: Resolving the Palermo Stone as a Rational Structure», *DE* 7, 37-50.
1988, «Was the Sed Festival Periodic in Early Egyptian History? (I)», *DE* 11, 21-30.
OMRO = Oudheidkundige Mededelingen uit het Rijksmuseum van Oudheden te Leiden, Leiden.
Christian Onasch
1977, «Kusch in der Sicht von Ägyptern und Griechen», en *Ägypten und Kusch, Schr. Or.* 13, 331-336.
Or= Orientalia, Institut Biblique Pontifical, Roma.
OrAnt= Oriens Antiquus, Roma.
Jürgen Osing
1977, «Zur Korregenz Amenophis III.-Amenophis IV.», *GM* 26, 53-54.
1978, «Zu einigen ägyptischen Namen in keilschriftlicher Umschreibung», *GM* 27, 37-42.
1979, «Zu einer Fremdvölkerliste Ramses' II. in Karnak», *GM* 36, 37-39.
1980, «Zum ägyptischen Namen für Zypern», *GM* 40, 45-52.
1981, «Zu einer Fremdvölker-Kachel aus Medinet Habu», *MDAIK* 37, 389-392.
1982, «Strukturen in Fremdländerlisten», *JEA* 68, 77-80.
1986, «Notizen zu den Oasen Charga und Dachla», *GM* 92, 79-85.
Eberhard Otto
1954, *Die biographischen Inschriften der ägyptischen Spätzeit. Ihre geistgeschichtliche und litterarische Bedeutung,* Leiden, Brill.
1956, «Prolegomena zur Frage der Gesetzgebung und Rechtssprechung in Ägypten», *MDAIK* 14, 150-159.
1957, «Zwei Bemerkungen zum Königskult der Spätzeit», *MDAIK* 15, 193-207.
1958, *Das Verhältnis von Rite und Mythus im ägyptischen, SHAW* 1958/1.
1960, «Der Gebrauch des Königstitel *bitj», ZÄS* 85, 143-152.
1964, *Gott und Mensch, nach den ägyptischen Tempelinschriften der griechischenrömischen Zeit. Eine Untersuchung zur Phraseologie..., ADAW* 1964/1.
1966, «Geschichtsbild und Geschichtsschreibung in Agypten», *WdO* 3, 161-176.
1969a, *Wesen und Wandel der altägyptischen Kultur,* Berlín-Heidelberg.
1969b, «Legitimation des Herrschers im pharaonischen Ägypten», *Saeculum* 20, 385-411.

1969c, «Das "goldene Zeitalter" in einem ägyptischen Text», en *Religions en Égipte hellénistique et romaine,* CESS Strasbourg, P.U.F., París, 93-108.
1970, «Weltanschauliche und politische Tendenzschriften», *HdO* I, 1, 2, 2ª ed., 139-147.
1971, «Gott als Retter Ägyptens», en *Tradition und Glaube. Das frühe Christentum in seiner Umwelt,* Gotinga, 9-22.
1979, «Israel under the Assyrians», en *Power and Propaganda. A Symposium on Ancient Empires, Mesopotamia* 7, 251-262.

J. Padro i Parcerisa
1987, «Le rôle de l'Égypte dans les relations commerciales d'Orient et d'Occident au Premier Millénaire», *ASAE* 71, 213-222.

J. Padro i Parcerisa & F. Molina
1986, «Un vase de l'époque des Hyksos trouvé à Almunecar (province de Grenade, Espagne)», *Hommages à François Daumas,* 2, Montpellier, 517-524.

Ch. Palanque
1903, *Le Nil à l'époque pharaonique. Son rôle et son culte en Égypte,* París.

Jean Palerne
1581, *Le voyage en Égypte de Jean Palerne, Forésien,* presentación y notas de S. Sauneron, Voyageurs *IFAO,* 1971.

Laure Pantalacci
1985, «Un décret de Pépi II en faveur des gouverneurs de l'oasis de Dakhla», *BIFAO* 85, 245-254.

Robert Parant
1974, «Recherches sur le droit pénal égyptien. Intention coupable et responsabilité pénale», en *Le Droit égyptien ancien,* Institut des Hautes Études de Belgique, Bruselas, 25-55.
1982, *L'affaire Sinouhé. Tentative d'approche de la justice répressive égyptienne au début du IIe millénaire avant J.-C.*, Aurillac.

Paris
1967, *Toutantkhamon et son temps,* Petit Palais.
1976, *Ramsès le Grand,* Galeries Nationales du Grand Palais.
1982, *Naissance de l'Ecriture. Cunéiformes et hiéroglyphes,* Galeries Nationales du Grand Palais.
1987, *Tanis, l'or des pharaons,* Galeries Nationales du Grand Palais.
1988, *Les premiers hommes au pays de la Bible. Préhistoire en Israël,* CNRS-DGRCST.

Richard A. Parker
1952, «Sothic Dates and Calendar "Adjustment"», *RdE* 9, 101-108.
1957a, «The Length of Reign of Ramesses X», *RdE* 11, 163-164.
1957b, «The Length of Reign of Amasis and the Beginning of the Twenty-sixth Dynasty», *MDAIK* 15, 208-212.
1970, «The Beginning of the Lunar Month in Ancient Egypt», *JNES* 29, 217-220.

R. A. Parker, J. Leclant & J.-C. Goyon
1979, *The Edifice of Taharqa by the Sacred Lac of Karnak, with Translations from the French by Cl. Crozier-Brelot, BES* 8.

G. Parthey
1858, *Ägypten beim Geographen von Ravenna, AKAW.*

E. Paulissen, P. van Vermeersch & W. Neer
1985, «Late Palaeolithic Sites at Qena», *NYAME AKUMA* 26, 7-13.

T. E. Peet
1930, *The Great Tomb-Robberies of the Twentieth Egyptian Dynasty,* Oxford.

P. Harris I: citado según Erichsen: 1933.

Olivier PERDU
1977, «Khenemet-nefer-hedjet: une princesse et deux reines du Moyen Empire», *RdE* 29, 68-85.
1985, «Le monument de Samtoutefnakht à Naples (première partie)», *RdE* 36, 89-113.
1986, «Stèles royales de la XXVI[e] dynastie», *BSFE* 105, 23-38.
W. PEREMANS & E.VAN'T DACK
1986, «À propos d'une prosopographie de l'Égypte basée sur les sources démotiques», *Enchoria* 14, 79-86.
J. J. PEREPELKIN
1983, *Privateigentum in der Vorstellung des ägyptischen Alten Reiches,* trad. R. Müller Wollermann, Tubinga.
P. W. PESTMAN
1974, «Le démotique comme langue juridique», en *Le Droit égyptien ancien,* Institut des Hautes Études de Belgique, Bruselas, 75-85.
1977, *Recueil de textes démotiques et bilingues,* Leiden.
1982, «The "Last Will of Naunakhte" and the Accession Date of Ramesses V», en *Gleanings from Deir el-Medîna,* 173-182.
1984, «Remarks on the Legal Manual of Hermopolis: A Review Article», *Enchoria* 12, 33-42.
W. M. F. PETRIE
1891, *Illahun, Kahun and Gurob,* Londres, reedición, 1974.
1953, *Ceremonial Slate Palettes,* seguido del *Corpus of Proto-dynastic Pottery, BSEA* 66.
Alexandre PIANKOFF
1948, «Le nom du roi Sethos en égyptien», *BIFAO* 47, 175-177.
1959, «Les tombeaux de la Vallée des Rois avant et après l'hérésie amarnienne», *BSFE* 28-29, 7-14.
1964, «Les grandes compositions religieuses du Nouvel Empire et la réforme d'Amarna», *BIFAO* 62, 207-218.
Kathleen M. PICKAVANCE
1981, «The Pyramids of Snofru at Dahshûr. Three Seventeenth-Century Traveller», *JEA* 67, 136-142.
PIHAN Stamboul = Publications de l'Institut Historique et Archéologique Néerlandais de Stamboul.
Jacques PIRENNE
1962, «La théorie des trois cycles de l'histoire égyptienne antique», *BSFE* 34-35, 11-22.
1972, «La population égyptienne a-t-elle participé à l'administration locale?», *RdE* 24, 136-141.
Jacques PIRENNE & Aristide THÉODORIDES
1966, *Droit égyptien, introduction bibliographique à l'histoire du Droit et à l'ethnologie juridique,* Universidad Libre de Bruselas.
R. POCOCKE
1743-1745, A *Description of the East and Some Other Countries,* I-II, Londres.
A. POHL
1957, «Einige Gedanken zur *habiru*-Frage», *WZKM* 54, 157-160.
Adalbert POLACEK
1974, «Le décret d'Horemheb à Karnak: essai d'analyse socio-juridique», en *Le Droit égyptien ancien,* Institut des Hautes Études de Belgique, Bruselas, 87-111.

PM = B. PORTER & R. L. B. MOSS, *Topographical Bibliography of Ancient Egyptian Hieroglyphic Texts, Reliefs and Paintings,* 8 vol., en curso de reedición, Oxford-Warminster, 1939-1988.

Georges POSENER

1934a, «À propos de la stèle de Bentresh», *BIFAO* 34, 75-81.

1934b, «Notes sur la stèle de Naucratis», *ASAE* 34, 143-148.

1936, *La première domination perse en Égypte, recueil d'inscriptions hiéroglyphiques, BdE* 11, reimpresión sin cambios 1980.

1940, *Princes et pays d'Asie et de Nubie,* Bruselas.

1947, «Les douanes de la Méditerranée dans l'Égypte saïte», *Revue de Philologie* 21, 117-131 .

1957, «Les Asiatiques en Égypte sous les XII^{e} et XIII^{e} dynasties», *Syria* 34, 145-163.

1960, *De la divinité du pharaon, Cahiers de la Société Asiatique* 15.

1969a, *Littérature et politique en l'Égypte de la XII^{e} dynastie, Bibliothèque de l'École Pratique des Hautes Etudes* 307.

1969b, «Achoris», *RdE* 21, 148-150.

1974, «*Mwkd V*», *GM* 11, 39-40.

1976, *L'enseignement loyaliste. Sagesse égyptienne du Moyen Empire, Bibliothèque de l'Ecole Pratique des Hautes Études, IV^{e} Section,* II 5.

1977, «L'or de Pount», en *Ägypten und Kusch, Schr. Or.* 13, 337-342.

1986, «Du nouveau sur Kombabos», *RdE* 37, 91-96.

Georges POSENER, Serge SAUNERON & Jean YOYOTTE

1959, *Dictionnaire de la civilisation égyptienne,* París.

Paule POSENER-KIÉGER

1976, *Les archives du temple funéraire de Néferirkarê-Kakaï (les papyrus d'Abousir), BdE* 65, El Cairo.

Claire PRÉAUX

1978, *Le monde hellénistique, la Grèce et l'Orient (323-146 av. J.-C.),* «Nouvelle Clio», 6-6 bis, P.U.F., París.

Karl-Heinz PRIESE

1970a, «Der Beginn der kuschitischen Herrschaft in Ägypten», *ZÄS* 98, 16-32.

1970b, «Zur Sprache der ägyptischen Inschriften der Könige von Kusch», *ZÄS* 98, 99-124.

1973, «Zur Entstehung der meroitischen Schrift», *Meroitica* 1, 273-306.

James B. PRITCHARD

1950, *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament,* Princeton, 2^{a} ed., 1955.

Jan QUAEGEBEUR

1975, *Le dieu égyptien Shaï dans la religion et l'onomastique, OLA* 2.

1986, «Aménophis, nom royal et nom divin: questions méthodologiques», *RdE* 37, 97-106.

P. QUEZEL & M. BABERO

1988, *Carte de la végétation potentielle de la région méditerranéenne,* 1, *Méditerranée orientale,* París.

S. QUIRKE

1986, «The Regular Titles of the Late Middle Kingdom», *RdE* 37, 107-130.

Ali RADWAN

1975, «Der Königsname», *SAK* 2, 213-234.

1981, «Zwei Stelen aus dem 47. Jahre Thutmosis' III», *MDAIK* 37, 403-408.

1983, *Die Kupfer- und Bronzegefässe Ägyptens. Von den Anfängen bis zum Beginn der Spätzeit,* Múnich.

H. Ragab
1980, *Le papyrus,* El Cairo.
Anson F. Rainey
1976, «Taharqa and Syntax», *Tel Aviv* 3, 38-41.
Hermann Ranke
1932, «Istar als Heilgöttin in Ägypten», en *Studies Griffith,* Oxford, 412-418.
1936, *The Art of Ancient Egypt, Architecture, Sculpture, Painting, Applied Art,* Viena.
RAPH =Recherches d'Archéologie, de Philologie et d'Histoire, IFAO, El Cairo.
Suzanne Ratié
1979, *La reine Hatchepsout. Sources et problèmes,* Leiden.
1980, «Attributs et destinée de la princesse Neferuré», *BSEG* 4, 77-82.
1986, «Quelques problèmes soulevés par la persécution de Toutankhamon», *Hommages à François Daumas,* 2, Montpellier, 545-550.
Maarten J. Raven
1982, «The 30th Dynasty Nespamedu Family», *OMRO* 61, 19-32.
1983, «Wax in Egyptian Magic and Symbolism», *OMRO* 64, 7-47.
John D. Ray
1974, «Pharaoh Nechepso», *JEA* 60, 255-256.
1982, «The Carian Inscriptions from Egypt», *JEA* 68, 181-198.
1986, «Psammuthis and Hakoris», *JEA* 72, 149-158.
RdE = Revue d'Égyptologie, París.
REA = Revue des Etudes Anciennes, París.
Donald B. Redford
1967a, *History and Chronology of the Eighteenth Dynasty of Egypt. Seven Studies,* Toronto.
1967b, «The Father of Khnumhotpe II of Beni Hasan», *JEA* 53, 158-159.
1971, «The Earliest Years of Ramesses II, and the Building of the Ramesside Court at Luxor», *JEA* 57, 110-119.
1972, «Studies in Relations Between Palestine and Egypt During the First Millenium B.C.: I, The Taxation System of Solomon», en *Story of the Ancient Palestinian World,* 141-156.
1979a, «The Historical Retrospective at the Beginning of Thutmose III's Annals», *ÄAT* 1, 338-342.
1979b, «The Historiography of Ancient Egypt», en **Kent Weeks**, *Egyptology and the Social Sciences,* The American University in Cairo Press, 3-20.
1983, «Notes on the History of Ancient Buto», *BES* 5, 67-94.
1984a, *Akhenaten. The Heretic King,* Princeton.
1984b, «The Meaning and Use of the Term *gnwt* "Annals"», en *Studien zu Sprache und Religion Ägyptens, Festschrift W. Westendorf,* 327-341.
1985, «Saïs and the Kushite Invasions of the Eight Century B.C.», *JARCE* 22, 5-15.
1986a, «Egypt and Western Asia in the Old Kingdom», *JARCE* 23, 125-143.
1986b, «New Light on Temple J at Karnak», *Or* 55, 1-15.
1986c, *Pharaonic King-lists, Annals and Day-books. A Contribution to the Study of Egyptian Sense of History, SSEA Publications* 4.
Charles N. Reeves
1978, «A Further Occurrence of Nefertiti as *hmt nsw '3t», GM* 30, 61-70.
1979, «A Fragment of Fifth Dynasty Annals at University College, London», *GM* 32, 47-52.
1981a, «The Tomb of Tuthmosis IV: Two Questionable Attributions», *GM* 44, 49-56.

1981b, «A Reappraisal of Tomb 55 in the Valley of the Kings», *JEA* 67, 48-55.

1982a, «Akhenaten After All?», *GM* 54, 61-72.

1982b, «Tuthmosis IV as " Great-Grandfather" of Tut' ankhamun», *GM* 56, 65-70.

1981b, «A Reappraisal of Tomb 55 in the Valley of the Kings», *JEA* 67, 48-55.

REG = Revue des Etudes Grecques, París.

Walter Friedrich Reinecke

1977, «Ein Nubienfeldzug unter Königin Hatschepsut», en *Ägypten und Kusch, Schr. Or.* 13, 369-376.

1979, «Die mathematischen Kenntnisse der ägyptischen Verwaltungsbeamten», en *L'égyptologie en 1979,* II, 159-166.

E. Reiser

1972, *Der königliche Harim im alten Ägypten und seine Verwaltung,* Diss. Viena 77.

La Revue du Caire, El Cairo.

Revue de l'Égypte Ancienne, París.

Revue du Louvre, París.

Revue de Philologie, París.

Revue de Synthèse, París.

E. A. E. Reymond

1986, «The King's Effigy», *Hommages à François Daumas,* 2, Montpellier, 551-557.

J. Richards & N. Ryan

1985, *Data Processing in Archaeology,* Cambridge.

RIDA = Revue Internationale du Droit de l'Antiquité, París.

R. T. Ridley

1983, «The Discovery of the Pyramid Texts», *ZÄS* 110, 74-80.

Oskar M. Riedel

1981, «Das Transportproblem beim Bau der grossen Pyramiden», *GM* 52, 67-74.

1981-1982, «Nachtrag zu: "Das Transportproblem beim Bau der grossen Pyramiden" aus Heft 52», *GM* 53, 47-50.

1985, *Der Pyramidenbau und seine Transportprobleme. Die Maschinen des Herodots,* Viena.

Josef Riederer

1987, «Die chemische Analyse in der archäologischen Forschung», *GM* 100, 91-95.

Julien Ries

1986, *Théologies royales en Égypte et au Proche-Orient ancien et hellénisation des cultes orientaux,* Lovaina.

RIHAO = Revista del Instituto de Historia Antigua Oriental, Buenos Aires.

RIK = Ramesside Inscriptions in Karnak, publiées par l'Oriental Institute, Chicago.

C. Rinaldi

1983, *Le piramidi. Un'indagine sulle tecniche costrottive,* Milán.

Rites égyptiens, Fondation Egyptologique Reine Élisabeth, Bruselas.

Robert K. Ritner

1980, «Khababash and the Satrap Stela – A Grammatical Rejoinder», *ZÄS* 107, 135-137.

Ibrahim Rizkana & Jürgen Seeher

1984, «New Light on the Relation of Maadi to the Upper Egyptian Cultural Sequence», *MDAIK* 40, 237-252.

1985, «The Chipped Stones at Maadi: Preliminary Reassessment of a Predynastic Industry and its Long-Distance Relations», *MDAIK* 41, 235-255.
1988, *Maadi*, II, *The Lithic Industries of the Predynastic Settlement*, *AV* 65.
F. y K. Rizqallah
1978, *La préparation du pain dans un village du Delta égyptien (province de Charqia)*, *BdE* 76.
David Roberts
1846-1849, *Egypt and Nubia.*
Gay Robins
1978, «Amenhotep I and the Child Amenemhat», *GM* 30, 71-76.
1981a, «The Value of the Estimated Ages of the Royal Mummies at Death as Historical Evidence», *GM* 45, 63-68.
1981b, «*hmt nsw wrt* Meritaton», *GM* 52, 75-82.
1982a, «Ahhotpe I, II and III», *GM* 56, 71-78.
1982b, «Meritamun, Daughter of Ahmose, and Meritamun, Daughter of Thutmose III», *GM* 56, 79-88.
1982c, «*S3t nsw nt ht.f Tj'3*», *GM* 57, 55-56.
1983, «A Critical Examination of the Theory that the Right to the Throne of Ancient Egypt Passed Through the Female Line in the 18th Dynasty», *GM* 62, 67-78.
1987, «The Role of the Royal Family in the 18th Dynasty up to the Reign of Amenhotpe III: 2. Royal Children», *Wepwawet* 3, 15-17.
1988, «Ancient Egyptian Sexuality», *DE* 11, 61-72.
G. Robins & C. C. D. Shute
1985, «Wisdom from Egypt and Greece», *DE* 1, 35-42.
1987, *The Rhind Mathematical Papyrus. An Ancient Egyptian Text*, British Museum Publications.
Alessandro Roccati
1982, *La littérature historique sous l'Ancien Empire égyptien*, *LAPO*, París.
1984, «Les papyrus de Turin», *BSFE* 99, 9-27.
s.d . *Il Museo Egizio di Torino*, Roma.
1987, (ed.) *La Magia in Egitto*, Milán.
A. Rocchetta
1598, *Voyages en Égypte des années 1597-1601*, trad. y com. de C. Burri, N. y S. Sauneron, Voyageurs *IFAO*, 1974.
D. Rocco
1982, «Los Habiru. Nuevos enfoques para un viejo problema», *RIHAO* 6, 113-124.
Günther Roeder
1926, «Ramses II. als Gott. Nach den Hildesheimer Denkstein aus Horbêt», *ZÄS* 61, 57-67.
1956, «Amarna-Blöcke aus Hermopolis», *MDAIK* 14, 160-174.
1959, *Die ägyptische Götterwelt*, Zúrich y Stuttgart.
1960a, *Mythen und Legenden um ägyptische Gottheiten und Pharaonen*, Zúrich y Stuttgart.
1960b, *Kulte, Orakel und Naturverehrung im alten Ägypten*, Zúrich y Stuttgart.
James F. Romano
1983, «A Relief of King Ahmose and Early Eighteenth Century Archaism», *BES* 5, 103-111.
1985, Reseña de **I. Lindbad**, *Royal Sculpture of the Early 18th Dynasty*, *BiOr* 42, 614-619.
J. F. Romano & B. von Bothmer
1979, *The Luxor Museum of Ancient Egyptian Art, Catalogue, ARCE.*

John ROMER
1974, «Tuthmosis I and the Bîban el-Molûk: Some Problems of Attribution», *JEA* 60, 119-133.
1984, *Ancient Lives. The Story of the Pharaohs Tombmakers,* Londres.
M. RÖMER
1975, «Bemerkungen zum Argumentationsgang von Erik Hornung "Der Eine und die Vielen"», *GM* 17, 47-66.
J. ROSE
1985, *"The songs of Re". Cartouches of the kings of Egypt,* Warrington.
Abraham ROSENVASSER
1972, «The Stele Aksha 505 and the Cult of Ramesses II as a God in the Army», *RIHAO* 1, 99-114.
1978, «La estela del año 400», *RIHAO* 4, 63-85.
Ursula RÖSSLER-KÖHLER
1984, «Der König als Kind, Königsname und Maat-Opfer. Einige Überlegungen zu unterschiedlichen Materialen», en *Studien zu Sprache und Religion Ägyptens, Festschrift W. Westendorf,* 929-945.
U. RÖSSLER-KÖHLER & D. KURTH
1988, *Zur Archäologie des 12. oberägyptischen Gaues. Bericht über zwei Surveys der Jahre 1980 und 1981, GOF* IV/16.
Ann Macy ROTH
1977-1978, «Ahhotep I and Ahhotep II», *Serapis* 4, 31-40.
Jean ROUSSEAU
1988, «Les calendriers de Djoser», *DE* 11, 73-86.
Georges ROUX
1985, *La Mésopotamie. Essai d'histoire politique, économique et culturelle,* París, Seuil. Trad. española: *Mesopotamia. Historia política, económica y cultural,* Madrid, 1987, edit. Akal.
RSO = Rivista degli Studi Orientali, Roma.
Gerhard RÜHLMANN
1971, «Deine Feinde fallen unter deinen Sohlen: Bemerkungen zu einem altorientalischen Machtsymbol», *WZU Halle* 20, 61-84.
Edna R. RUSSMANN
1974, *The Representation of the King, XXVth Dynasty,* Bruselas.
1979, «Some Reflections on the Regalia of the Kushite Kings of Egypt», *Meroitica* 5, 49-54.
Barbara RUSZCZYC
1977, «Taharqa à Tell Atrib», en *Ägypten und Kusch, Schr. Or.* 13, 391-396.
Ramadan M. SA'AD
1975, «Fragments d'un monument de Toutânkhamon retrouvés dans le IX[e] pylône de Karnak», *Karnak* 5, 93-109.
Ramadan M. SA'AD & Lise MANNICHE
1971, «A Unique Offering List of Amenophis IV Recently Found at Karnak», *JEA* 57, 70-72.
Ashraf I. SADEK
1979, «Glimpses of Popular Religion in the New Kingdom Egypt, I, Mourning for Amenophis I at Deir el-Medina», *GM* 36, 51-56.
Saeculum = Saeculum, Jahrbuch für Universalgeschichte, Friburgo, Múnich.
Torgny SÄVE-SÖDERBERGH
1946, «Zu den äthiopischen Episoden bei Herodot», *Eranos Rudbergianus* 44, 68-80.

L. SAFFIRIO
1981-1982, «Popoli dell' antica età della pietra in Egitto e Nubia», *Aegyptus* 71, 3-64 y 72, 3-42.
Sagesses antérieures aux PROVERBES, Faculté de Théologie, Institut Catholique, París, s.d.
Edward SAID
1980, *L'Orientalisme. L'Orient créé par l'Occident*, trad. C. Malamoud, Seuil, París.
Rushdi SAID & H. FAURE
1980, «Le cadre chronologique des phases pluviales et glaciaires de l'Afrique», en *Histoire Générale de l'Afrique*, I, UNESCO, 395-434.
Rushdi SAID & Fouad YOUSRI
1963-1964, «Origin and Pleistocene History of River Nile Near Cairo, Egypt», *BIE* 45, 1-30.
Jean SAINTE FARE GARNOT
1948, La vie religieuse en l'ancienne Egypte, col. «Mythes et religions», P.U.F.
SAK = Studien zur Altägyptischen Kultur, Hamburgo.
Abd el-Aziz SALEH
1972, «The *gnbtyw* of Thutmosis III's *Annals* and the South Arabian *Geb(b)anitae* of the Classical Writers», *BIFAO* 72, 245-262.
1981, «Notes on the Ancient Egyptian *t3-nṯr*, ' God's-land'», *BIFAO du Centenaire*, 107-118.
A. B. SALMAN
1984, *Bibliography of Geology and Related Sciences Concerning Western Desert Egypt (1732-1984)*, El Cairo.
Georges SALMON
1905-1923, *Silvestre de Sacy (1758-1838)*, I-II, *Bibliothèque des arabisants français*, 1-2, *IFAO*.
Pierre SALMON
1965, *La politique égyptienne d'Athènes*, Bruselas.
A. SAMMARCO
1935, *Précis de l'histoire d'Égypte*, IV, *Les règnes de 'Abbas, de Sa'id et d'Isma'il (1848-1879)*, Roma.
Julia Ellen SAMSON
1976, «Royal Names in Amarna History», *CdE* 51, 30-38.
1978, *Amarna, City of Akhenaton and Nefertiti*, Warminster.
1979a, «Akhenaten's Successor», *GM* 32, 53-58.
1979b, «The History of the Mystery of Akhenaten's Successor», en *L'égyptologie en 1979*, II, 291-298.
1981-1982, «Akhenaten's Coregent Ankhheperure-Nefernefruaten», *GM* 53, 51-54.
1982a, «Akhenaten's Coregent and Successor», *GM* 57, 57-60.
1982b, «Nefernefruaten-Nefertiti «Beloved of Akhenaten». Ankhkheperure Nefernefruaten «Beloved of Akhenaten». Ankhkheperure Smenkhkare», *GM* 57, 61-68.
1985, *Nefertiti and Cleopatra. Queen-monarchs of Ancient Egypt*, Londres.
Maj SANDMAN
1938, *Texts from the Time of Akhenaten*, *BAE* 8.
G. SANDYS, W. LITHGOW
1611-1612, *Voyages en Égypte des années 1611 et 1612, Georges Sandys et William Lithgow*, traducidos, prologados y anotados por O. Volkoff, Voyageurs *IFAO* 7, 1973.
SAOC = Studies in Ancient Oriental Civilization, Oriental Institute, Chicago.

Helmut SATZINGER
1984, «Zu den neubabylonischen Transkriptionen ägyptischer Personnennamen», *GM* 73, 89-90.
Serge SAUNERON
1950, «Trois personnages du scandale d'Éléphantine», *RdE* 7, 53-62.
1952, «La forme égyptienne du nom Teshub», *BIFAO* 51, 57-59.
1954, «La justice à la porte des temples (à propos du nom égyptien des propylées)», *BIFAO* 54, 117-128.
1955, «Quelques sanctuaires égyptiens des oasis de Dakhleh et de Khargeh», *Cahiers d'Histoire Égyptienne* 7, 279-299.
1959, «Les songes et leur interprétation en l'Égypte ancienne», *Sources Orientales* 2, Seuil, 18-61.
1962, *Les prêtres de l'ancienne Égypte,* Seuil, París. Reedición, París, 1988.
1966, «Une visite à Soleb en 1850», *BIFAO* 64, 193-196.
1968a, *L'égyptologie,* col. «Que sais-je?», n.° 1312, P.U.F., París.
1968b, «Les désillusions de la guerre asiatique (Papyrus Deir el-Médineh 35)», *Kêmi* 18, 17-27.
1971, «Deux épisodes de l'exploration des pyramides», *Beiträge zur ägyptischen Bauforschung und Altertumskunde* 12, 113-119.
1974, *Villes et Légendes d'Égypte (1-45),* recopilación de los artículos aparecidos en el *BIFAO, IFAO.*
S. SAUNERON & H. STIERLIN
1975, *Derniers temples d'Égypte: Edfou et Philae,* París.
S. SAUNERON & J. YOYOTTE
1950, «Traces d'établissements asiatiques en Moyenne Égypte sous Ramsès II», *RdE* 7, 67-70.
1952, «La campagne nubienne de Psamétique II et sa signification historique», *BIFAO* 50, 157-207.
Abd el-Monem A. H. SAYED
1977, «Discovery of the Site of the 12th Dynasty Port at Wâdi Gawâsîs on the Red Sea Shore», *RdE* 29, 138-178.
1983, «New Light on the Recently Discovered Port on the Red Sea Shore», *CdE* 58, 23-37.
SBAW = Sitzungsberichte der Bayerischen Akademie der Wissenschaften, Múnich.
Ernesto SCAMUZZI
1966, *L'art égyptien au Musée de Turin,* Hachette.
H. SCHAEDEL
1936, *Die Listen des grossen Papyrus Harris. Ihre wissenschaftliche und politische Ausdeutung, LÄS* 6.
A. SCHÄFER
1986, «Zur Entstehung der Mitregenschaft als Legitimationsprinzip von Herrschaft», *ZÄS* 113, 44-55.
Heinrich SCHÄFER
1901, *Die äthiopische Königsinschrift der Berliner Museums,* Leipzig.
1963, *Von ägyptischer Kunst,* 4ª edición revisada por E. Brunner-Traut, Wiesbaden.
H. SCHÄFER & W. ANDRAE
1925, *Die Kunst des alten Orients,* Berlín.
Alexander SCHARFF
1936, *Der historische Abschnitt der Lehre für König Merikarê,* Múnich.

Bernd Scheel
1985, «Studien zum Metallhandwerk im Alten Ägypten. I. Handlungen und Beischriften in den Bildprogrammen des Gräber des Alten Reiches», *SAK* 12, 117-178.
1986, «Studien zur Metallhandwerk im Alten Ägypten. II. Handlungen und Beischriften in den Bildprogrammen der Gräber des Mittleren Reiches», *SAK* 13, 181-206.
1988, «Anmerkungen zur Kupferverhüttung und Kupferraffination im Alten Ägypten», *DE* 11, 87-97.
Wolfgang Schenkel
1974, «Die Einführung der künstlichen Felderbewässerung im alten Ägypten», *GM*, 11, 41-46.
1977, «Zur Frage der Vorlagen spätzeitlicher "Kopien"», en *Fragen an die altägyptische Literatur, Stud. E. Otto,* Wiesbaden, 417-442.
1978, *Die Bewässerungsrevolution im alten Ägypten, Sond. DAIK* 6.
1979, «Atlantis: die "namenlose" Insel», *GM* 36, 57-60.
1986, «Das Wort für "König (von Oberägypten)"», *GM* 94, 57-73.
Romuald Schild & Fred Wendorf
1977, *The Prehistory of Dakhla Oasis and Adjacent Desert,* Polska Akademia Nauk Instytut Historii Kultury Materialnej, Varsovia.
Hermann A. Schlögl
1985, *Echnaton-Tutanchamun. Fakte und Texte,* 2.ª ed., Wiesbaden.
1986, *Amenophis IV. Echnaton. Mit Selbstzeugnissen und Bilddokumenten dargestellt,* Reinbek.
A. Schlott-Schwab
1981, *Die Ausmasse Ägyptens nach altägyptischen Texten, ÄAT* 3.
1983, «Weitere Gedanken zur Entstehung des altägyptischen Staates», *GM* 67, 69-80.
Klaus Schmidt
1984, «Zur Frage der ökonomischen Grundlagen frühbronzezeitlicher Siedlungen im Südsinai», *MDAIK* 40, 261-264.
Bettina Schmitz
1978, «Untersuchungen zu zwei Königinen der frühen 18. Dynastie, Ahhotep und Ahmose», *CdE* 53, 207-221.
Piotr Scholtz
1984, «Fürstin Iti – "Schönheit aus Punt"», *SAK* 11, 529-556.
Erika Schott
1972-1977, «Bücher und Bibliotheken im alten Ägypten», *GM* 1, 24-27; 25, 73-80.
Siegfried Schott
1945, *Mythe und Mythenbildung im alten Ägypten, UGAÄ* 15.
1950, *Altägyptische Fesdaten, AAWLM* 1950. 10.
1956a, *Zum Krönungstag der Königin Hatschepsût, NAWG* 1956/4.
1956b, *Les chants d'amour de l'Égypte ancienne,* traducido del alemán por P. Kriéger, col. «l'Orient illustré», París.
1957, *Die Reinigung Pharaohs in einen memphitischen Tempel,* Gotinga.
1959, «altägyptische Vorstellungen vom Weltende», *Analecta Biblica* 12, 319-330
1964, *Der Denkstein Sethos I. für die Kapelle Ramses'I. in Abydos,* Gottingen.
1965, «Aufnahmen vom Hungersnotrelief aus dem Aufweg der Unaspyramide», *RdE* 17, 7-13.
1969, «Le temple du sphinx à Giza et les deux axes du monde égyptien», *BSFE* 53-54, 31-41.
Schr. Or. = Schriften zur Geschichte und Kultur des Alten Orients, Berlín-Est.

Th. V. Schuller-Götzburg
1986, «Zur Familiengeschichte der 11. Dynastie», *GM* 90, 67-70.
Alan R. Schulman
1964, *Military Rank, Title and Organization in the Egyptian New Kingdom, MÄS* 6.
1966, «A Problem of Pedubasts», *JARCE* 5, 33-41.
1979a, «Diplomatic Marriage in the Egyptian New Kingdom», *JNES* 38, 177-194.
1979b, «The Nubian War of Akhenaton», en *L'égyptologie en 1979,* II, 299-316.
1980, «Chariots, Chariotry and the Hyksos», *JSSEA* 10, 105-153.
1984, «Reshep at Zagazig: a New Document», en *Studien zu Sprache und Religion Ägyptens, Festschrift W. Westendorf,* 855-863.
Peter H. Schulze
1976, *Herrin beider Länder Hatschepsut (Frau, Gott und Pharao),* Bergisch-Gladbach.
1980, *Auf den Schwingen des Horusfalken. Die Geburt der ägyptischen Hochkultur,* Bergisch Gladbach.
1983, *Der Sturz des göttlichen Falken. Revolution im alten Ägypten,* Bergisch Gladbach.
R. A. Schwaller de Lubicz
1949, *Le temple dans l'Homme,* El Cairo.
1982, *Les temples de Karnak. Contribution à l'étude de la pensée pharaonique. Photographies de G. et V. de Miré, notices de L. Lamy,* París.
Jacques Schwartz
1949a, «Les conquérants perses et la littérature égyptienne», *BIFAO* 48, 65-80.
1949b, «Le "Cycle de Pétoubastis" et les commentaires égyptiens de *l'Exode»,* *BIFAO* 49, 67-83.
1951, «Hérodote et l'Égypte», *Revue Archéologique,* 6ª serie, 37, 143-150.
J.-C. Schwarz
1979, «La médecine dentaire dans l'Égypte ancienne», *BSEG* 2, 37-43.
Ursula Schweitzer
1948, *Löwe und Sphinx im alten Ägypten, ÄF* 15.
Geneviève Sée
1973, *Naissance de l'urbanisme dans la vallée du Nil,* éd. Serg.
1974, *Grandes villes de l'Égypte antique,* éd. Serg.
K. C. Seele
1940, *The Coregency of Ramses II with Seti I and the Date of the Great Hypostyle Hall at Karnak,* Chicago.
Erwin Seidl
1964, *Altägyptisches Recht, HdO* I/E.3.
Serapis, Chicago.
Kurt Sethe
1896, *Die Thronwirren unter den Nachfolgern Königs Thutmosis' I. Die Prinzenliste von Medinet Habu, Untersuchungen* 1.
1912, *Die Einsetzung des Veziers unter der 18. Dynastie, UGAÄ* 5.
1914, *Übersetzung zu den Heften 1-4 der* Urk. IV, reedición 1984, Leipzig.
1930, *Urkunden der ägyptischen Altertums,* IV, *Urkunden der 18. Dynastie,* Leipzig.
1935, *Urkunden der ägyptischen Altertums,* VII, *Urkunden des Mittleren Reiches,* Leipzig.
Jürgen Settgast
1963, «Materialen zur Ersten Zwischenzeit, I», *MDAIK* 19, 7-15.
1969, «Zu ungewöhnlichen Darstellungen von Bogenschützen», *MDAIK* 25, 136-138.

A. SEVERYNS
1960, *Grèce et Proche-Orient avant Homère,* Bruselas.
Karl Joachim SEYFRIED
1976, «Nachträge zu Yoyotte 'Les Sementiou...», *BSFE* 73, 44-55.
1981, *Beiträge zu den Expeditionen des Mittleren Reiches in der Ostwüste, HÄB* 15.
1987, «Bemerkungen zur Erweiterung der unterirdischen Anlagen einiger Gräber des Neuen Reiches in Thebes – Versuch einer Deutung», *ASAE* 71, 229-249.
SHAW= Sitzungsberichte der Heidelberger Akademie der Wissenschaften.
IAN M. E. SHAW
1984, «The Egyptian Archaic Period: a Reappraisal of the c-14 Dates (I)», *GM* 78, 79-86.
1985, «Egyptian Chronology and the Irish Oak Calibration», *JNES* 44, 295-318.
Negm el-Din Mohamed SHERIF
1980, «La Nubie avant Napata (3100 à 750 avant notre ère)», en *Histoire Générale de l'Afrique,* II, UNESCO, 259-294.
E. J. SHERMAN
1982, «Ancient Egyptian Biographies of the Late Period (380 BCE through 246 BCE)», *NARCE* 119, 38-41.
A. SILIOTTI
1985, *Viaggiatori veneti alla scoperta dell-Egitto. Itinerari di storia e arte,* Venecia.
David Silverman
1969, «Pygmies and Dwarves in the Old Kingdom», *Serapis* 1, 53-62.
Joachim SLIWA
1974, «Some Remarks Concerning Victorious Ruler Representations in Egyptian Art», *FuB* 16, 97-117.
William Kelly SIMPSON
1965, «The Stela of Amun-wosre, Governor of Upper Egypt in the Reign of Ammenemes I or II», *JEA* 51, 63-68.
1974, «Polygamy in Egypt in the Middle Kingdom», *JEA* 60, 100-105.
1980, «Mariette and Verdi's Aïda», *BES* 2, 111-120.
1981, «Textual Notes on the Elephantine Building Text of Sesostris I and the Zizina Fragment From the Tomb of Horemheb», *GM* 45, 69-70.
1982a, «Egyptian Sculpture and Two-dimensional Representation as Propaganda», *JEA* 68, 266-271.
1982b, «A Relief of a Divine Votaress in Boston», *CdE* 57, 231-235.
B. SLEDZIANOWSKI
1973, «Alessandra Nibbi, *The Sea Peoples:* a Reexamination of the Egvptian Sources», *GM* 5, 59-62.
Harry S. SMITH
1972, «Dates of the Obsequies of the Mother of Apis», *RdE* 24, 176-187.
1979, «The Excavation of the Anubieion at Saqqara: a Contribution to Memphite Topography and Stratigraphy (from 400 BC-641 AD)», en *L'égyptologie en 1979,* I, 279-282.
H. S. & A. SMITH
1976, «A Reconsideration of the Kamose Texts», *ZÄS* 103, 48-76.
H. S. SMITH & R. M. HALL
1983, *Ancient Centres of Egyptian Civilization,* Londres.
Mark J. SMITH
1980, «A Second Dynasty King in a Demotic Papyrus of the Roman Period», *JEA* 66, 173.

R. W. SMITH & D. REDFORD
1976, *The Akhenaten Temple Project,* 1, *Initial Discoveries,* Warminster.
1988, *The Akhenaten Temple Project,* 2, *The Temple Rwd-Mnw and the Inscriptions,* Warminster.
W. S. SMITH
1978, *A History of Egyptian Sculpture and Painting in the Old Kingdom.*
SNR = Sudan Notes and Records, Jartún.
Sond. DAIK=Sonderdrücke des Deutschen Archäologischen Instituts in Kairo, El Cairo.
Georges SOUKIASSIAN
1981, «Une étape de la proscription de Seth», *GM* 44, 59-68.
Hourig SOUROUZIAN
1981, «L'apparition du pylône», *BIFAO du Centenaire,* 141-152.
1983, «Henout-mi-Rê, fille de Ramses II et grande épouse du roi», *ASAE* 69, 365-371.
Anthony J. SPALINGER
1973, «The Year 712 BC and its Implications for Egyptian History», *JARCE* 10, 95-101.
1974a, «Assurbanipal and Egypt: a Source Study», *JAOS* 94, 316-328.
1974b, «Some Notes on the Battle of Megiddo and Reflections on Egyptian Military Writing», *MDAIK* 30, 221-229.
1974c, «Esarhaddon and Egypt: an Analysis of the First Invasion of Egypt», *Or* 43, 295-326.
1977a, «A Critical Analysis of the "Annals" of Thutmose III *(Stücke* V-VII)», *JARCE* 14, 41-54.
1977b, «Egypt and Babylonia: a Survey (c. 620 BC-550 BC)», *SAK* 5, 221-244.
1978a, «A New Reference to an Egyptian Campaign of Thutmose III in Asia», *JNES* 37, 35-41.
1978b, «The Date of the Death of Gyges and its Historical Implications», *JAOS* 98, 400-409.
1978c, «A Canaanite Ritual Found in Egyptian Reliefs», *JSSEA* 8, 47-60.
1978d, «The Foreign Policy of Egypt Preceding the Assyrian Conquest», *CdE* 53, 22-47.
1978e, «The Concept of the Monarchy During the Saite Epoch–an Essay of Synthesis», *Or* 47, 12-36.
1978f, «The Reign of King Chabbash: an Interpretation», *ZÄS* 105, 142-154.
1979a, «Egyptian-Hittite Relations at the Close of the Amarna Period and Some Notes on Hittite Military Strategy in North Syria», *BES* 1, 55-90.
1979b, «Some Additional Remarks on the Battle of Megiddo», *GM* 33, 47-54.
1979c, «The Northern Wars of Seti I: an Integrative Study», *JARCE* 16, 29-47.
1979d, «Traces of the Early Career of Ramesses II», *JNES* 38, 271-286.
1979e, «Some Notes on the Libyans of the Old Kingdom and Later Historical Reflexes», *JSSEA* 9, 125-162.
1979f, «Traces of the Early Career of Seti I», *JSSEA* 9, 227-240.
1980a, «Addenda to "The Reign of King Chabbas: An Interpretation" *(ZÄS* 105, 1978, pp. 142-154)», *ZÄS* 107, 87.
1980b, «Remarks on the Family of Queen *h'.s.nbw* and the Problem of Kin ship in Dynasty XIII», *RdE* 32, 95-116.
1980c, «Historical Observations on the Military Reliefs of Abu Simbel and Other Ramesside Temples in Nubia», *JEA* 66, 83-99.
1981a, «Considerations on the Hittite Treaty Between Egypt and Hatti», *SAK* 9, 299-358.

1981b, «Notes on the Military in Egypt During the XXVth dynasty», *JSSEA* 11, 37-58.
1983, «The Historical Implications of the Year 9 Campaign of Amenophis II», *JSSEA* 13, 89-101.
1986a, «Baking During the Reign of Seti I», *BIFAO* 86, 307-352.
1986b, «Foods in P. Bulaq 18», *SAK* 13, 207-248.
1987, «The Grain System of Dynasty 18», *SAK* 14, 283-311.
D. Spanel
1984, «The Date of Ankhtifi of Mo'alla», *GM* 78, 87-94.
J. H. Speke
1865, *Les sources du Nil. Journal de voyage du capitaine J. H. Speke...*, París.
P. A. & A. J. Spencer
1986, «Notes on Late Libyan Egypt», *JEA* 72, 198-201.
Joachim Spiegel
1957a, «Der "Ruf" des Königs», *WZKM* 54, 191-203.
1957b, «Zur Kunstentwicklung der zweiten Hälfte des Alten Reiches», *MDAIK* 15, 225-261.
SSEA = *Society of the Studies of Egyptian Antiquities*, Toronto.
Rainer Stadelmann
1965, «Ein Beitrag zum Brief des Hyksos Apophis», *MDAIK* 20, 62-69.
1980, «Snofru und die Pyramiden von Meidum und Dahschur», *MDAIK* 36, 437-449.
1981a, «Die lange Regierung Ramses' II.», *MDAIK* 37, 457-464.
1981b, «La ville de pyramide à l'Ancien Empire», *RdE* 33, 67-77.
1983, «Das vermeintliche Sonnenheiligtum im Norden des Djoserbezirkes», *ASAE* 69, 373-378.
1984, o Khaefkhufu = Chephren. Beiträge zur Geschichte der 4. Dynastie», *SAK* 11, 165-172.
1985, *Die ägyptischen Pyramiden. Vom Ziegelbau zum Weltwunder*, «Kulturgeschichte der antiken Welt», 30, Maguncia.
1987, «Königinnengrab und Pyramidenbezirk im Alten Reich», *ASAE* 71, 251-260.
Elisabeth Staehelin
1966, *Untersuchungen zur ägyptischen Tracht im Alten Reich, MÄS* 8.
Georg Steindorff
1932, «Nubien, die Nubier und die sogenannten Troglodyten», en *Studies Griffith*, Oxford, 358-368.
Frank Steinmann
1980-1984, «Untersuchungen zu den in der handwerklich-künstlerichen Produktion beschäftigten Personen und Berufsgruppen des Neuen Reichs», *ZÄS* 107, 137-157; 109, 66-72 y 149-156; 111, 30-40.
Stèle de la Victoire= Estela triunfal de Pi(ânkh) y, citada según Grimal: 1981a.
Stèle du Songe= Estela de Tantamani, citada según Grimal: 1981b.
H. M. Stewart
1960, «Some pre-'Amarnah Sun-hymns», *JEA* 46, 83-90.
Henri Stierlin
1984, *Égypte. Des origines à l'Islam*, París.
Lothar Störk
1973, «Gab es in Ägypten einen rituellen Königsmord?», *GM* 5, 31-32.
1979, «Beginn und Ende einer Reise nach Punt: das Wadi Tumilat», *GM* 35, 93-98.
1981a, «Zur Etymologie von *ḫ3b* "Flusspferd"», *GM* 43, 61-62.

1981b, «Er ist ein Gott, während ich ein Herrscher bin». Die Anfechtung der Hyksossuzeränitat unter Kamose», *GM* 43, 63-66.
1981c, «Was störte der Hyksos Apophis am Gebrüll der thebanischen Nilpferde?», *GM* 43, 67-68.
John STRANGE
1973, «A "New" Proposal for the Identity of Keftiu/Caphtor. A Preliminary Account», *GM* 8, 47-52.
Cornelia STRAUSS-SEEBER
1987, «Zum Statuenprogramm Ramses' II. im Luxortempel», en *Tempel und Kult, ÄA* 46, 24-42.
Eugen STROUHAL
1979, «Queen Mutnodjmet at Memphis – Anthropological and Paleopathological Evidence», en *L'égyptologie en 1979,* II, 317-322.
Nigel STRUDWICK
1985, *The Administration of Egypt in the Old Kingdom,* Londres.
Stud. Aeg = Studia Aegyptiaca, Budapest.
Stud. Semitici = Studi Semitici, Roma.
Émile SUYS
1933, *Étude sur le conte du fellah plaideur, récit égyptien du Moyen Empire, AnOr* 5.
Nabil M. A. SWELIM
1971, «The Funerary Complex of Horus Neter-khet at Sakkara», *AHS Alexandrie* 4, 30-38.
1974, «Horus Senerka, an Essay on the Fall of the First Dynasty», *AHS Alexandrie,* 5, 67-78.
1983, *Some Problems on the History of the Third Dynasty, AHS Alexandrie, 7.*
S. SYMEONOGLOU
1985, *The Topography of Thebes. From the Bronze Age to Modern Times,* Princeton.
Syria, París.
Zbigniew SZAFRANSKY
1979, «Problem of Power-concentration in Hands of One Family in Edfu at the Time of Sebekhetep IV. Genealogical Tree-preliminary Study», en *L'égyptologie en 1979,* II, 173-176.
1983, «Some Remarks About the Process of Democratization of the Egyptian Religion in the Second Intermediate Period», *ET* 12, 53-66.
1985, «Buried Statues of Mentuhotep II Nebhepetre and Amenophis I at Deir el-Bahari», *MDAIK* 41, 257-264.
TÄB = Tubinger Ägyptologische Beitrage, Tubinga.
Jacques TAGHER
1950, «Fouilleurs et antiquaires en Égypte au XIX[e] siècle», *Cahiers d'Histoire Égyptienne* 3, 72-86.
TAVO = Tübinger Atlas des Vorderen Orients, Wiesbaden.
Sayed TAWFIK
1981, «Aton Studies 6. Was Nefernefruaten the Immediate Successor of Akhenaten?», *MDAIK* 37, 469-474.
Emily TEETER
1986, «The Search for Truth: A Preliminary Report on the Presentation of Maat», *NARCE* 134, 3-13.
Roland TEFNIN
1979a, *La statuaire d'Hatschespout,* Bruselas.
1979b, «Image et histoire. Réflexions sur l'usage documentaire de l'image égyptienne», *CdE* 54, 218-244.

1981, «Image, écriture, récit. À propos des représentations de la bataille de Qadech», *GM* 47, 55-78.
1986, «Réflexions sur l'esthétique amarnienne, à propos d'une nouvelle tête de princesse», *SAK* 13, 255-262.
Gertrud THAUSING
1948, «Zur Frage der "juristischen Person" im ägyptischen Recht», *WZKM* 51, 14-20.
Aristide THÉODORIDÈS
1967, «À propos de la loi dans l'Égypte pharaonique», *RIDA*, 3ª serie, 14, 107-152.
1973, «Les Égyptiens anciens, "citoyens" ou "sujets" de Pharaon?», *RIDA*, 3ª serie, 20, 51-112.
1974, «Le problème du droit égyptien ancien», en *Le Droit égyptien ancien*, Institut des Hautes Études de Belgique, 3-24.
Heinz-J. THISSEN
1984a, «Ziegelfabrikation nach demotischen Texten», *Enchoria* 12, 51-56
1984b, *Die Lehre des Anchscheschonqi (P. BM 10508). Einleitung, Übersetzung, Indices*, Bonn.
Elisabeth THOMAS
1959, «Ramesses III: Notes and Queries», *JEA* 45, 101-102.
1967, «Was Queen Mutnedjmet the Owner of Tomb 33 in the Valley of the Queens?», *JEA 53, 161-163*.
1980, «The Tomb of Queen Ahmose (?) Merytamen, Theban Tomb 320», *Serapis* 6, 171-181.
1981a, *Gurob*, I-II, Warminster.
1981b, *Gurob. A New Kingdom town, Egyptology Today* 5.
C. TIETZE
1985, «Amarna. Analyse der Wohnhauser und soziale Struktur der Stadtbewohner», *ZÄS 112, 48-84*.
1986, «Amarna, II», *ZÄS* 113, 55-78.
Herbert TOMANDL
1984, «Der Gefangenfries am Thronuntersatz aus dem Amuntempel von Napata», *GM* 82, 65-72.
1986, «Die Thronuntersätze vom Amuntempel in Meroe und Jebel Barkal. Ein ikonographischer Vergleigh», *VA* 2, 63-72.
Laszlo TÖRÖK
1979, «The Art of the Ballana Culture and its Relation to Late Antique Art», *Meroitica* 5, 85-100.
1984a, «Economy in the Empire of Kush: A Review of the Written Evidence», *ZÄS* 111, 45-69.
1984b, «Meroitic Architecture: Contributions to Problems of Chronology and Style», *Meroitica* 7, 351-366.
1987, «The Royal Crowns of Kush. A Study in Middle Nile Valley Regalia and Iconography in the 1st Millenia B. C. and A. D.», Cambridge BARIS 338.
A. D. TOUNY & ST. WENIG
1969, *Der Sport im alten Ägypten*, Leipzig.
Claude TRAUNECKER
1975, «Une stèle commémorant la construction de l'enceinte d'un temple de Montou», *Karnak* 5, 141-158.
1979, «Essai sur l'histoire de la XXIXᵉ dynastie», *BIFAO* 79, 395-436.
1980, «Un nouveau document sur Darius Iᵉʳ à Karnak», *Karnak* 6, 209-213.
1984, «Données nouvelles sur le début du règne d'Amenophis IV et son œuvre à Karnak», *JSSEA* 14, 60-69.

1986, «Aménophis IV et Nefertiti: Le couple royal d'après les talatates du IXe pylône de Karnak», *BSFE* 107, 17-44.
1987, «Les "temples hauts" de Basse Époque: un aspect du fonctionnement économique des temples, *RdE* 38, 147-162.
Claude et Françoise TRAUNECKER
1984-1985, «Sur la salle dite "du couronnement" à Tell el-Amarna», *BSEG* 9-10, 285-307.
Cl. TRAUNECKER & J.-C. GOLVIN
1984, *Karnak. Résurrection d'un site,* Payot, París.
Cl. TRAUNECKER, F. LE SAOUT & O. MASSON
1981, *La chapelle d'Achôris à Karnak,* II, Centre Franco-Égyptien des Temples de Karnak, *Mémoires* 2.
Jorge A. TRENCH
1988, «Geometrical Model for the Ascending and Descending Corridors of the Great Pyramid», *GM* 102, 85-94.
Bruce G. TRIGGER
1979a, «The Narmer Palette in Cross-cultural Perspective», *ÄAT* 1, 409-419.
1979b, «Egypt and the Comparative Study of Early Civilizations», en **Kent WEEKS,** *Egyptology and the Social Sciences,* The American University in Cairo Press, 23-56.
1981, «Akhenaten and Durkheim», *BIFAO du Centenaire,* 165-184.
B. G. TRIGGER, B. KEMP, D. O'CONNOR
1983, *Ancient Egypt. A Social History,* Cambridge.
Lana TROY
1979, «Ahhotep – A Source Evaluation», *GM* 35, 81-92.
1981, «One Merytamun Too Many. An Exercise in Critical Method», GM 50, 81-96.
TT = Tombe thébaine, citado según *PM.*
A. TULHOFF
«1984, *Tutmosis III. 1490-1436 v. Chr. Das ägyptische Weltreich auf dem Höhepunkt der Macht,* Múnich.
UGAÄ = Untersuchungen zur Geschichte und Altertumskunde Ägyptens, Berlín.
ERIC P. UPHILL
1965, «The Egyptian Sed-festival Rites», *JNES 24, 365-383.*
1965-1966, «the Nine Bows», *JEOL* 19, 393-420.
1975, «The Office *sḏ3wty bity», JEA* 61, 250.
1984a, *The Temples of Per Ramesses,* Warminster.
1984b, «The Sequence of Kings for the First dynasty», en *Studien zu Sprache und Religion Ägyptens, Festschrift W. Westendorf,* 653-667.
Urk. IV, 1-1226 = Sethe: 1930.
Urk. IV, 1227-2179 = Helck: 1955.
Urk. VII = Sethe: 1935.
VA = Varia Aegyptiaca, San Antonio, Cal.
Frantisek VAHALA
1970, «Der Elephant in Ägypten und Nubien» *ZÄS* 98, 81-83.
P. VAILLANT
1984, *J.-F. Champollion, lettres à son frère 1804-1818,* «Champollion et son temps» 2.
Dominique VALBELLE
1979, «Modalités d'une enquête ponctuelle sur la vie quotidienne», en *L'égyptologie en 1979,* II, 177-178.

1985a, *«Les ouvriers de la tombe». Deir el-Médineh à l'époque ramesside, BdE* 96.
1985b, «Éléments sur la démographie et le paysage urbains, d'après les papyrus documentaires d'époque pharaonique», *CRIPEL* 7, 75-90.
1987, «Les recensements en l'Égypte pharaonique des troisième et deuxième millénaires», *CRIPEL* 9, 33-52.
Michel Valloggia
1964, «Remarques sur les noms de la reine Sebek-Ka-Re Neferou-Sebek», *RdE* 16, 45-53.
1969, «Amenemhat IV et sa corégence avec Amenemhat III», *RdE* 21, 107-133.
1974, «Les vizirs des XI^{e} et XII^{e} dynasties», *BIFAO* 74, 123-134.
1976, *Recherche sur les «messages»* (wpwtjw) *dans les sources égyptiennes profanes,* EPHE N, II/9, Ginebra.
1981, «This sur la route des oasis», *BIFAO du Centenaire,* 185-190.
1986, *Balat I, Le mastaba de Medou-nefer,* IFAO, El Cairo.
G. P. F. Van der Boorn
1982, «On the Date of The Duties of the Vizier», *Or* 51, 369-381.
Dirk Van der Plas
1986, *L'Hymne à la crue du Nil, Egyptologische Uitgaven IV,* Leiden.
Claude Vandersleyen
1967, «Une tempête sous le règne d'Amosis», *RdE* 19, 123-159.
1971a, *Les guerres d'Amosis, fondateur de la XVIII^{e} dynastie, MRE* 1.
1971b, «Des obstacles que constituent les cataractes du Nil», *BIFAO* 69, 253-266.
1975-1976, «Aménophis III incarnant le dieu Neferhotep», *OLP* 6/7, 535-542.
1980, «Les deux Ahhotep», *SAK* 8, 233-242.
1981, «Sources égyptiennes pour l'Éthiopie des Grecs», *BIFAO du Centenaire,* 191-196.
1983a, «Un seul roi Taa sous la 17^{e} Dynastie», *GM* 63, 67-70.
1983b, «L'identité d'Ahmès Sapaïr», *SAK* 10, 311-324.
1985, *Das alte Ägypten,* Propyläen Kunstgeschichte 18.
1987, «Une tête de Chéfren en granit rose», *RdE* 38, 194-197.
Baudouin Van de Walle
1976, «La découverte d'Amarna et d'Akhenaton», *RdE* 28, 7-24.
1979, «Les textes d'Amarna se réfèrent-ils à une doctrine morale?», *OBO* 28, 353-362.
Jacques Vandier
1936, *la famine en l'Égypte ancienne,* IFAO, *RAPH* 7.
1949, *La religion égyptienne,* col. «Mana», P.U.F.
1950, *Mo'alla. La tombe d'Ankhtifi et la tombe de Sébekhotep,* IFAO, *BdE* 18.
1952, *Manuel d'archéologie égyptienne,* I, *Les époques de formation, La préhistoire – les trois premières dynasties,* París, Picard.
1954, *Manuel d'archéologie égyptienne,* II, *Les grandes époques, L'architecture funéraire,* París, Picard.
1955a, *Manuel d'archéologie égyptienne,* II, *Les grandes époques, L'architecture religieuse et civile,* París, Picard.
1955b, «Hémen et Taharqa», *RdE* 10, 73-79.
1958, *Manuel d'archéologie égyptienne,* III, *Les grandes époques, La statuaire,* París, Picard.
1964, *Manuel d'archéologie égyptienne,* IV, *Bas-reliefs et peintures, scènes de la vie quotidienne,* 1, París, Picard.
1969, *Manuel d'archéologie égyptienne,* V, *Bas-reliefs et peintures, scènes de la vie quotidienne,* 2, París, Picard.

1971, «Ramsès-Siptah», *RdE* 23, 165-191.
1978, *Manuel d'archéologie égyptienne,* VI, *Bas-reliefs et peintures, scènes de la vie agricole à l'Ancien et au Moyen Empire,* París, Picard.
Jacobus VAN DIJK
1979, «The Luxor Building Inscription of Ramesses III», *GM* 33, 19-30.
J. VAN DIJK & M. EATON-KRAUSS
1986, «Tutankhamun at Memphis», *MDAIK* 42, 35-44.
Joos VAN GHISTELE
1482-1483, *Le voyage en Égypte de Joos van Ghistele, 1482-1483.* Traducción, introducción y notas de R. Bauwens-Préaux, Voyageurs IFAO 16, 1976.
John VAN SETERS
1954, «A Date for the *Admonitions* in the Second Intermediate Period», *JEA* 50, 13-23.
1967, *The Hyksos. A New Investigation,* reedición, New Haven.
1983, *In Search of History. Historiography in the Ancient World and the Origins of Biblical History,* Londres.
Charles Cornell VAN SICLEN III
1973, «The Accession Date of Amenhotep III and the Jubilee», *JNES* 32, 290-300.
1984, «The Date of the Granite Bark Shrine of Tuthmosis III», *GM* 79, 53-54.
1985, «Amenhotep II at Dendera (lunet)», *VA* 1, 69-73.
1987a, «Amenhotep II and the Mut Temple Complex at Karnak», *VA* 3, 281-282
1987b, «Amenhotep II, Shabako, and the Roman Camp at Luxor», *VA* 3, 157-165.
Alexandre VARILLE
1947, *À propos des pyramides de Snefrou,* El Cairo.
VdQ = Valle de las Reinas + número de la tumba citada según *PM* I^2.
VdR = Valle de los Reyes + número de la tumba, citada según *PM* I^2.
M. VENIET
1982, «Greek Pottery in Egypt», *NARCE* 117, 30-31.
VENISE
1988, *I Fenici,* ed. **Sabatino MOSCATI**, Bompiani.
Marjorie Susan VENIT
1984, «Early Attic Black Figure Vases in Egypt», *JARCE* 31, 141-154.
1985a, «Laconian Black Figure in Egypt», *AJA* 89, 391-398.
1985b, «Two Early Corinthian Alabastra in Alexandria», *JEA* 71, 183-189.
Raphael VENTURA
1983, «More Chronological Evidence from Turin Papyrus Cat. 1907 + 1908», *JNES* 42, 271-278.
Jean VERCOUTTER
1947-1949, «Les Haou-nebout», *BIFAO* 46 (1947), 125-158; 48 (1949), 107-209.
1963-1964, «Journal du voyage en Basse Nubie de Linant de Bellefonds (1821-1822)», *BSFE* 37-38, 39-64; 41, 23-32.
1964, «La stèle de Mirgissa IM 209 et la localisation d'Iken (Kor ou Mirgissa?)», *RdE* 16, 179-191.
1972a, «La XVIIIe dynastie à Saï et en Haute Nubie», *CRIPEL* 1, 9-38.
1972b, «Une campagne militaire de Séti Ier en Haute Nubie. Stèle de Saï S 579», *RdE* 24, 201-208.
1975, «Le roi Ougaf et la XIIIe dynastie sur la IIe Cataracte (stèle de Mirgissa IM 375)», *RdE* 27, 222-234.
1976, «Egyptologie et climatologie. Les crues du Nil à Semneh», *CRIPEL* 4, 141-172.
1979a, «L'image du noir en l'Égypte ancienne (des origines à la XXVe dynastie)», *Meroitica* 5, 19-22.

1979b, «Balat sur la route de l'Oasis», en *L'égyptologie en 1979,* I, 283-288.
1980a, «Le pays Irem et la pénétration égyptienne en Afrique (Stèle de Saï S. 579)», *Livre du Centenaire, MIFAO* 104, 157-178.
1980b, «Invention et diffusion des métaux et développement des systèmes sociaux jusqu'au vᵉ siècle avant notre ère», en *Histoire Générale de l'Afrique,* I, UNESCO, 746-770.
1980c, «Le peuplement de l'Egypte ancienne», en *Histoire Générale de l'Afrique, Études et Documents,* 1, 15-36.
1984, «L'Égypte et le Soudan nilotique, problèmes historiques et archéologiques», *BOREAS* 13, 115-124.
1987, «L'Égypte jusqu'à la fin du Nouvel Empire», en P. Lévêque: 1987.
Joseph VERGOTE
1961, *Toutankhamon dans les archives hittites, PIHAN Stamboul* 12.
1980, «À propos du nom de Moïse», *BSEG* 4, 89-95.
U. VERHOEVEN
1984, *Grillen, Kochen, Backen im Alltag und im Ritual Altägyptens. Ein lexicographischer Beitrag, Rites Égyptiens* 4.
Miroslav VERNER
1979, «Neue Schriftliche Quelle aus Abusir», en *L'égyptologie en 1979,* II, 179-182.
1980, «Die Konigsmutter Chentkaus von Abusir und einige Bemerkungen zur Geschichte der 5. Dynastie», *SAK* 8, 243-268.
1982, «Eine zweite unvollendete Pyramide in Abusir», *ZÄS* 109, 75-78.
1985a, «Les sculptures de Reneferef découvertes à Abousir», *BIFAO 85, 267-280.*
1985b, «Les statuettes de prisonniers en bois d'Abousir», *RdE* 36, 145-152.
1985c, «Un roi de la vᵉ dynastie: Reneferef ou Renefer?», *BIFAO* 85, 281-284.
1986, «Supplément aux sculptures de Reneferef découvertes à Abousir», *BIFAO* 86, 361-366.
M. VERNER & V. HASEK
1981, «Die Anwendung geophysikalischer Methoden bei der archäologischen Forschung in Abusir», *ZÄS* 108, 68-84.
Pascal VERNUS
1970, «Quelques exemples du type du "parvenu" en l'Égyte ancienne», *BSFE* 59, 31-47.
1975-1976, «Inscriptions de la Troisième Période Intermédiaire, I-III», *BIFAO* 75, 1-72; 76, 1-15.
1977, «Le dieu personnel en l'Égypte pharaonique», «Colloques de la Société Ernest Renan», 143-157.
1978, «Un témoignage culturel du conflit avec les Éthiopiens», *GM* 29, 145-148.
1980, «Inscriptions de la Troisième Période Intermédiaire. Le texte oraculaire remployé dans le passage axial du IIIᵉ pylône de Karnak», *Karnak* 6, 215-233.
1982, «La stèle du roi Sekhemsankhtaouyré Neferhotep Iykhernofert et la domination Hyksôs (Stèle Caire JE 59635)», *ASAE* 68, 129-135.
1985, «Le concept de monarchie en l'Égypte ancienne», en **E. LE ROY LADURIE,** *Les monarchies.*
VIAÄWien = Veröffentlichungen des Instituts für Archäologie und Ägyptologie, Viena.
Vladimir VIKENTIEV
1930, *La Haute crue du Nil et l'averse de l'an 6 de Taharqa, El Cairo, IFAO.*
VILLAMONT (Seigneur de)
1590, *Voyages en Égypte des années 1589,* 1590 & 1591, trad. de C. Burri, N. Sauneron y P. Bleser, Voyageurs *IFAO,* 1971.

Günther VITTMANN
1974, «Was There a Coregency of Ahmose with Amenophis I?», *JEA* 60, 250-251.
1984, «Zu einigen keilschriftlichen Umschreibungen ägyptischer Personnennamen», *GM* 70, 65-66.
1983, «Zur Familie der Fürsten von Athribis in der Spätzeit», *SAK* 10, 333-340.
Sven P. VLEEMINGS
1980, «The Sale of a Slave in the Time of Pharaoh Py», *OMRO* 61, 1-18.
Oleg V. VOLKOFF
1967, *Comment on visitait la vallée du Nil: les «guides» de l'Égypte, RAPH* 28.
1970, À *la recherche de manuscrits en Égypte, RAPH* 30.
1971, *Le Caire 969-1969. Histoire de la ville des «Mille et Une Nuits», IFAO,* Bibliothèque Générale, 2, El Cairo.
1972, *Voyageurs russes en Égypte, RAPH* 32.
1981, «Notes additionnelles au Voyage en Égypte de Jean Coppin (1638-1646) (Édition de l'IFAO, 1971)», *BIFAO du Centenaire,* 471-504.
C. F. VOLNEY
1807, *Voyage en Syrie et en Égypte pendant les années 1783, 84 et 85,* 4.ª ed., París.
Axel VOLTEN
1945, *Zwei altägyptische politische Schriften. Die Lehre für König Merikarê (Pap. Carlsberg VI) und die Lehre des Königs Amenemhet, AnAe* 4.
Michael VON BRETTEN
1585-1586, *Voyages en Égypte de Michael Von Bretten, 1585-1586,* traducido del alemán, presentados y anotados por O. V. Volkoff, Voyageurs IFAO 18, 1976.
Frédérique VON KÄNEL
1979, «Akhmîm et le IXᵉ nome de Haute Égypte», en *L'égyptologie en 1979,* I, 235-238.
1984a, *Les prêtres-ouab de Sekhmet et les conjurateurs de Serket,* Bibliothèque de l'École Pratique des Hautes Études, Vᵉ Section, 87.
1984b, «Les courtisans de Psousennès et leurs tombes à Tanis», *BSFE* 100, 31-43.
1987, *«La nèpe et le scorpion». Une monographie sur la déesse Serket,* Ginebra.
Werner VICYCHL
1972, «Die ägyptische Bezeichnung für den "Kriegsgefangenen" *(sqr 'nḫ)», GM* 2, 43-46.
1977, «Heliodors *Aithiopika* und die Volkesstämme des Reiches Meroë», en *Agypten und Kusch, Schr. Or.* 13, 447-458.
1982a, «Eine weitere Bezeichnung für den "Kriegsgefangenen"», *GM* 54, 75-76.
1982b, «Le nom des Hyksos», *BSEG* 6, 103-111.
GUY WAGNER
1977, «Nouvelles inscriptions d'Akôris», en *Hommages Sauneron,* II, *BdE* 82, 51-56.
1979, «Nouveaux toponymes des oasis transcrits en grec, grécisés ou arabisés», en *L'égyptologie en 1979,* I, 293-296.
G. A. WAINWRIGHT
1952, «Asiatic Keftiu», *AJA* 56, 196-212.
F. W. WALBANK
1979, «Egypt in Polybius», en *Glimpses of Ancient Egypt, Studies in Honour of H. W. Fairman,* 180-189.
Christiane WALLET-LEBRUN
1982, «Notes sur le temple d'Amon-Rê à Karnak, 1, L'emplacement insolite des obélisques d'Hatshepsout», *BIFAO* 82, 355-362.
1984, «Notes sur le temple d'Amon-Rê à Karnak, 2, Les *w3dyt* thoutmosides entre les IVᵉ et Vᵉ pylônes», *BIFAO* 84, 317-333.

William A. Ward
1981, «Middle Egyptian *sm3yt,* "Archive" *JEA* 67, 171-173.
1982, *Index of Egyptian Administrative and Religious Titles of Middle Kingdom,* Beirut.
P. Warren
1985, «The Aegean and Egypt: Matters for Research», *DE* 2, 61-64.
Barbara Watterson
1984, *The Gods of Ancient Egypt,* Londres.
T. von der Way
1984, *Die Textüberliefrung Ramses II. Zur Qades-Schlacht. Analyse und Struktur, HÄB* 22.
WdO = Die Welt des Orients, Wissenschaftliche Beiträge zur Kunde des Morgenlandes, Wuppertal, Stuttgart, luego Gotinga.
Kent Weeks
1979, *Egyptology and the Social Sciences,* The American University in Cairo, El Cairo.
1985, *An Historical Bibliography of Egyptian Prehistory, ARCE Catalogue, 6.*
Josef W. & Gary Wegner
1986, «Reexamining the Bent Pyramid», *VA* 2, 209-218.
Raymond Weill
1900, «L'art de la fortification dans la haute antiquité égyptienne», *JA* 15, 80-142 y 200-253.
1904, *Recueil des inscriptions égyptiennes du Sinaï. Bibliographie, texte, traduction et commentaire...,* París.
1907, «Notes sur les monuments de la période thinite», *RT* 29, 26-53.
1912, *Les décrets royaux de l'Ancien Empire égyptien. Étude sur les décrets royaux trouvés à Koptos (campagne de 1910 et 1911)...,* París.
1926-1928, *Bases, méthodes et résultats de la chronologie égyptienne,* París.
1928, «le roi Neterkhet-Zeser et l'officier Imhotep à la pyramide à degrés de Saqqarah», *Revue de l'Egypte Ancienne* 2/1-2, 99-120.
1929, «Les successeurs de la XIIe dynastie à Médamoud», *Revue de l'Égypte Ancienne* 2/3-4, 144-171.
1938a, «Notes sur les monuments de la pyramide à degrés de Saqqarah d'après les publications d'ensemble», *RdE* 3, 115-127.
1938b, «Le problème du site d'Avaris», *RdE* 3, 166.
1938c, «Sharouhen dans les textes de Ras-Shamra», *RdE* 3, 167.
1938d, «Le dieu cananéen Hwrwn sous les traits de Horus-faucon chez les Ramessides», *RdE* 3, 167-168.
1938e, «Un nouvel Antef de la XIe dynastie», *RdE* 3, 169-170.
1940, «Sekhemre-Souaztaoui Sebekhotep à El Kab. Un nouveau roi, Sekhemre-Sankhtaoui Neferhotep, à El Kab et à Karnak», *RdE* 4, 218-220.
1946a, «Les ports antiques submergés de la Méditerranée orientale et le déplacement du niveau marin», *RdE* 5, 137-187.
1946b, «Les *'pr-w* du Nouvel Empire sont les *ḫabiri* des textes accadiens; ces *ḫabiri* (exactement *ḫapiri*) ne sont pas des "Hébreux"», *RdE* 5, 251-252.
1948, «Notes sur l'histoire primitive des grandes religions égyptiennes», *BIFAO* 47, 59-150.
1949, «Un nouveau pharaon de l'époque tardive en Moyenne Égypte et l'Horus de Deir el-Gebrâwi, XIIe nome», *BIFAO* 49, 57-65.
1950a, «Les nouvelles propositions de reconstruction historique et chronologique du Moyen Empire», *RdE* 7, 89-105.

1950b, «Le roi Hotepibre Amou-se-Hornezherit», *RdE* 7, 194.
1951, «Une question inattendue: comment les rois de l'Ancien Empire ont-ils été conduits à faire les Grandes Pyramides?», *RdE* 6, 232-234.
1961, *Recherches sur la I^re dynastie et les temps prépharaoniques, BdE* 38.
James M. WEINSTEIN
1981, «The Egyptian Empire in Palestine: a Reassessment», *BASOR* 241, 1-28.
Fred WENDORF
1982, «Food Production in the Paleolithic. Excavations at Wadi Kubbaniya: 1981», *NARCE* 116, 13-21.
F. WENDORF & R. SCHILD
1984, *Cattle-keepers of the Eastern Sahara, The Neolithic of Bir Kiseiba,* Department of Anthropology, Southern Methodist University, Dallas.
Stefen WENIG
1973, «Nochmals zur 1. und 2. Nebendynastie von Napata», *Meroitica* 1, 147-160.
1978, *Africa in Antiquity. The Arts of Ancient Nubia and the Sudan,* 1-2, Brooklyn. *Wepwawet,* Cambridge.
Marcelle WERBROUCK
1938, *Les pleureuses en l'Égypte ancienne,* Bruselas.
E. K. WERNER
1982, «The Amarna Period of the Eighteenth Dynasty Egypt Bibliography Supplement 1980-1981», *NARCE* 120, 3-21.
1984, «The Amarna Period of the Eighteenth Dynasty Egypt Bibliography Supplement 1982-1983», *NARCE* 126, 21-39.
Vilmos WESSETZKY
1973, «Die ägyptische Tempelbibliothek», *ZÄS* 100, 54-59.
1977, «An der Grenze von Literatur und Geschichte», en *Fragen an die altägyptische Literatur, Studien E. Otto,* Wiesbaden, 499-502.
1984, «Die Bücherliste des Tempels von Edfu und Imhotep», *GM* 83, 85-90.
Wolfhart WESTENDORF
1974, «Das Eine und die Vielen. Zur Schematisierung der altägyptischen Religion trotz ihrer Komplexitat», *GM* 13, 59-61.
1976, «Achenatens angebliche Selbstverbannung nach Amarna», *GM* 20, 55-58.
1979, *Aspekte der spätägyptischen Religion, GOF* IV/9.
1983a, «Raum und Zeit als Entsprechungen der beiden Ewigkeiten», *ÄAT* 5, 422-435.
1983b, «Die Geburt der Zeit aus dem Raum», *GM* 63, 71-76.
J. WIESNER
s.d. *L'art égyptien,* Payot.
Walter WIFALL
1981, «The Foreign Nations: Israel's Nine Bows'», *BES* 3, 113-124.
Henri WILD
1972, «Une statue de la XII^e dynastie utilisée par le roi hermopolitain Thot-em-hat de la XXIII^e», *RdE* 24, 209-215.
J. WILD
1606-1610, *Voyages en Égypte de J. Wild,* trad. y com. de O.V. Volkoff, Voyageurs *IFAO,* 1973.
Dietrich WILDUNG
1969a, *Die Rolle ägyptischer Könige im Bewusstsein ihrer Nachwelt,* I, *MÄS* 17.
1969b, «Zur Deutung der Pyramide von Medûm», *RdE* 21, 133-145.
1969c, «Zur Frühgeschichte des Amun-tempels von Karnak», *MDAIK* 25, 212-219.
1972, «Ramses, die grosse Sonne Ägyptens», *ZÄS* 99, 33-41.
1974, «Aufbau und Zweckbestimmung der Königsliste von Karnak», *GM* 9, 41-48.

1977a, *Imhotep und Amenhotep. Gottwerdung in alten Ägypten*, *MÄS* 36.
1977b, *Egyptian Saints. Deification in Pharaonic Egypt*, Hagop Kevorkian Series on Near Eastern Art and Civilization, Nueva York.
1984a, *L'Age d'Or de l'Égypte, le Moyen Empire*, P.U.F., París.
1984b, «Zur Formgeschichte der Landeskronen», en *Studien zu Sprache und Religion Ägyptens, Festschrift W. Westendorf*, 967-980.
1985, *Ni-user-re Sonnenkönig-Sonnegott*, *SAS* 1.
R. H. Wilkinson
1985, «The Horus Name and the Form and Significance of the Serekh in the Royal Egyptian Titulary», *JSSEA* 15, 98-104.
H. O. Willems
1983-1984, «The Nomarchs of the Hare Nome and Early Middle Kingdom History», *JEOL* 28, 80-102.
Bruce Williams
1985, «A Chronology of Meroitic Occupation below the Fourth Cataract», *JARCE* 22, 149-195.
R. J. Williams
1964, «Literature as a Medium of Political Propaganda in Ancient Egypt», en **W. S. McCullough**, *The Seed of Wisdom*, Toronto, 14-30.
John A. Wilson
1930, «The Language of the Historical Texts Commemorating Ramses III, in Medinet Habu Studies 1928/1929», *OIC* 7, 24-33.
1973, «Akh-en-Aton and Nefert-iti», *JNES* 32, 235-241.
S. Wilson
1983, *Saints and Their Cults. Studies in Religious Sociology, Folklore and History*, Cambridge.
Erich Winter
1957, «Zur Deutung der Sonnenheiligtümer der 5. Dynastie», *WZKM* 54, 222-233.
K. A. Wittfogel
1976, *Oriental Despotism. A Comparative Study of Total Power*, reedición, New Haven.
W. Wolf
1986, *Die Welt der Ägypter*, Essen.
G. R. Wright
1979, «The Passage on the Sea», *GM* 33, 55-68.
WZKM = Wiener Zeitschrift für die Kunde des Morgenlandes, Viena.
WZU Halle = Wissenschaftliche Zeitschrift der Universitat Halle, Halle.
Sh. Yeivin
1965, «Who Were the *Mntyw?*», *JEA* 51, 204-206.
1976, «Canaanite Ritual Vessels in Egyptian Cultic Practices», *JEA* 62, 110-114.
Ahmed Abd el-Hamid Youssef
1964, «Merenptahs Fourth Year Text at Amada», *ASAE* 58, 273-280.
Jean Yoyotte
1950a, «Les filles de Téti et la reine Seshé du papyrus Ebers», *RdE* 7, 184-185.
1950b, «Les grands dieux et la religion officielle sous Séti Ier et Ramsès II», *BSFE* 3, 17-22.
1951a, «Le martelage des noms royaux éthiopiens par Psammétique II», *RdE* 8, 215-239.
1951b, «Un document relatif aux rapports de la Libye et de la Nubie», *BSFE* 6, 9-14.
1952, «Un corps de police de l'Égypte pharaonique», *RdE* 9, 139-151.
1953, «Pour une localisation du pays de *Iam*», *BIFAO* 52, 173-178.

1958, «À propos de la parenté féminine du roi Téti (IV[e] dynastie)», *BIFAO* 57, 91-98.
1960a, art. «Néchao», in *Supplément au Dictionnaire de la Bible,* VI, 363-394.
1960b, «Le talisman de la victoire d'Osorkon», *BSFE* 31, 13-22.
1961, «Les principautés du Delta au temps de l'anarchie libyenne, études d'histoire politique», *MIFAO* 66, 121-181.
1962, «Processions géographiques mentionnant le Fayoum et ses localités», *BIFAO* 61, 79-138.
1972a, «Petoubastis III», *RdE* 24, 216-223.
1972b, «Les Adoratrices de la III[e] Période Intermédiaire, à propos d'un chef-d'œuvre rapporté par Champollion», *BSFE* 64, 31-52.
1972c, «Une statue de Darius découverte à Suse», *JA* 1972, 235-266.
1975, «Les *Sementiou* et l'exploitation des régions minières de l'Ancien Empire», *BSFE* 73, 44-55.
1976-1977, «" Osorkon fils de Mehytouskhe", un pharaon oublié?», *BSFE* 77-78, 39-54.
1977, «Une notice biographique du roi Osiris», *BIFAO* 77, 145-150.
1980a, «Une monumentale litanie de granit: les Sekhmet d'Aménophis III et la conjuration permanente de la déesse dangereuse», *BSFE* 87-88, 46-75.
1980b, «L'Égypte pharaonique: société, économie et culture», en *Histoire Générale de l'Afrique,* UNESCO, II, 107-132.
1980-1981, «Héra d'Héliopolis et le sacrifice humain», *Annuaire de L'École Pratique des Hautes Études,* V[e] Section, 89, 31-102.
1981, «Le général Thouti et la perception des tributs syriens», *BSFE* 91, 33-51.
1982-1983, «Le dieu Horemheb», *RdE* 34, 148-149.
1987, «Tanis», seguido de «Pharaons, guerriers libyens et grands prêtres» La Troisième Période Intermédiaire», en París: 1987, 25-75.

Jean Yoyotte & Jesús López

1969, «L'organisation de l'armée et les titulatures de soldat au Nouvel Empire égyptien», *BiOr* 26, 3-19.

Jean Yoyotte & Serge Sauneron

1949, «Le martelage des noms royaux éthiopiens et la campagne nubienne de Psammetik II», *BSFE* 2, 45-49.

Frank J. Yurco

1977-1978, «Meryet-Amun: Wife of Ramesses II or Amenhotep I? A Review», *Serapis* 4, 57-64.
1980, «Sennacherib's Third Campaign and the Coregency of Shabaka and Shebitku», *Serapis* 6, 221-240.
1986, «Merenptah's Canaanite Campaign», *JARCE* 23, 189-215.

Louis V. Žabkar

1972, «The Egyptian Name of the Fortress of Semna South», *JEA* 58, 83-90.
1975, «Semna South: the Southern Fortress», *JEA* 61, 42-44.

Ran Zadoc

1977, «On Some Egyptians in First-millenium Mesopotamia», *GM* 26, 63-68.
1983, «On Some Egyptians in Babylonian Documents», *GM* 64, 73-75.

ZÄS = Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde, Leipzig, luego Berlín.

Karl-Theodor Zauzich

1978, «Neue Namen für die Könige Harmachis und Anchmachis», *GM* 29, 157-158.

Abd el-Hamid Zayed

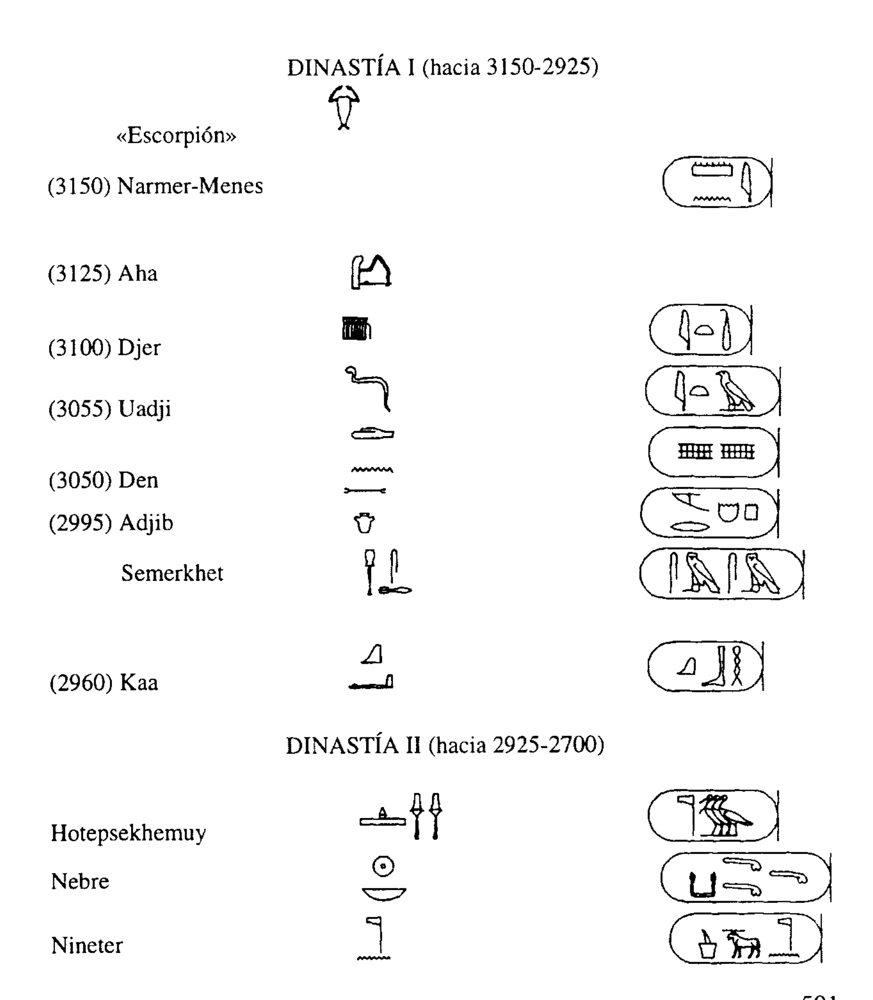
1980, «Relations de l'Égypte avec le reste de l'Afrique», en *Histoire Générale de l'Afrique,* II, UNESCO, 133-152.

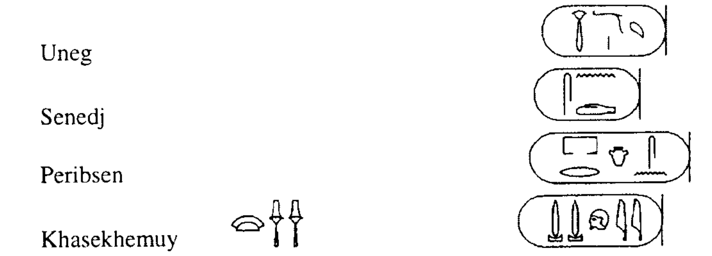
ZDPV = Zeitschrift des Deutschen Palästina-Vereins, Leipzig, Wiesbaden.

Karola Zibelius
1979, «Zu Form und Inhalt der Ortsnamen des alten Reiches», *ÄAT* 1, 456-477.
1981-1982, «Zur Entstehung des altägyptischen Staates», *GM* 53, 63-74.
Christiane Ziegler
1987, «Les arts du métal à la Troisième Période Intermédiaire», en París: 1987, 85-101.
K. Ziegler, W. Sontheimer & G. Gärtner
1979, *Der Kleine Pauly. Lexikon der Antike, auf der Gundlage von Pauly's Realencyclopädie der klassischen Altertumwissenschaft,* DTV 1-5.
Thierry Zimmer
1988, *«Les voyageurs modernes à Karnak: rapport préliminaire», Karnak* 8, 391-406.
J. R. Ziskind
1973, «The International Legal Status of the Sea in Antiquity», *AcOr* 35, 35-49.
Alain-Pierre Zivie
1972, «Un monument associant les noms de Ramsès I[er] et de Séthi I[er]», *BIFAO* 72, 99-114.
1975, «Quelques remarques sur un monument nouveau de Mérenptah» *GM* 18, 45-50.
1979, «Du bon usage des traditions littéraires et des légendes populaires: à propos du Caire et de sa région», en *L'égyptologie en 1979,* I, 303-304.
1981, «Du côté de Babylone. Traditions littéraires et légendes au secours de l'archéologie», dans le *Livre du Centenaire, MIFAO* 104, 511-517.
Christiane M. Zivie
1972, «Nitocris, Rhodopis et la troisième pyramide de Giza», *BIFAO* 72, 115-138.
1974a, «Princes et rois du Nouvel Empire à Gîza», *Stud. Aeg.* 1, 421-433.
1974b, «Les colonnes du "Temple de l'Est" à Tanis – épithètes royales et noms divins», *BIFAO* 74, 93-122.
1976, *Giza au deuxième millénaire,* IFAO, *BdE* 70.
1980, «La Stèle d'Aménophis II à Giza – A propos d'une interprétation récente», *SAK* 8, 269-284.
1981, «Bousiris du Létopolite», dans le *Livre du Centenaire, MIFAO* 104, 91-107.

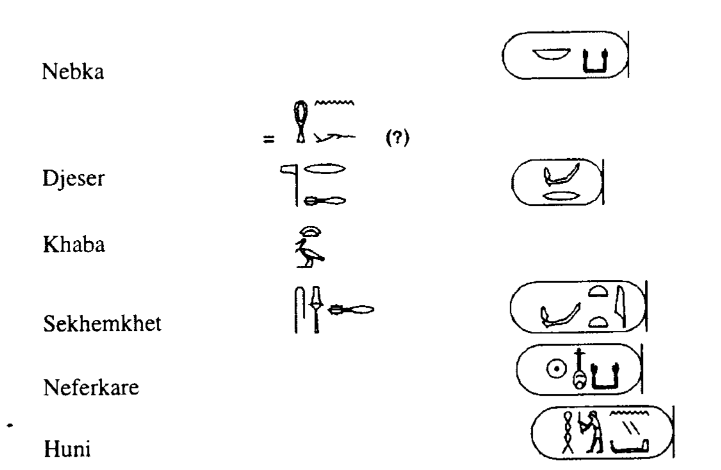
ANEXO

PRINCIPALES SOBERANOS QUE GOBERNARON EN EGIPTO Y NUBIA

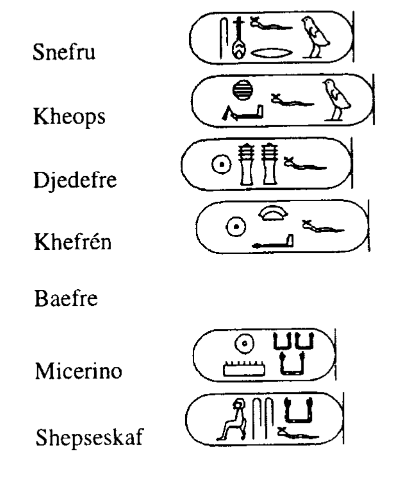




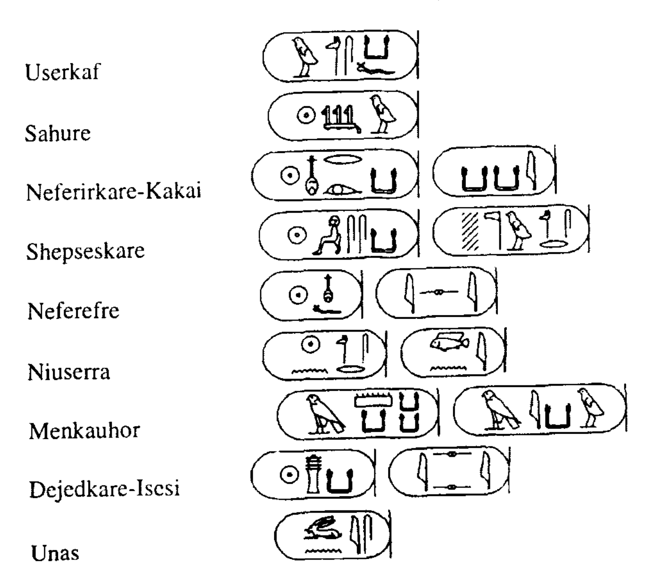
DINASTÍA III (2700-2625)



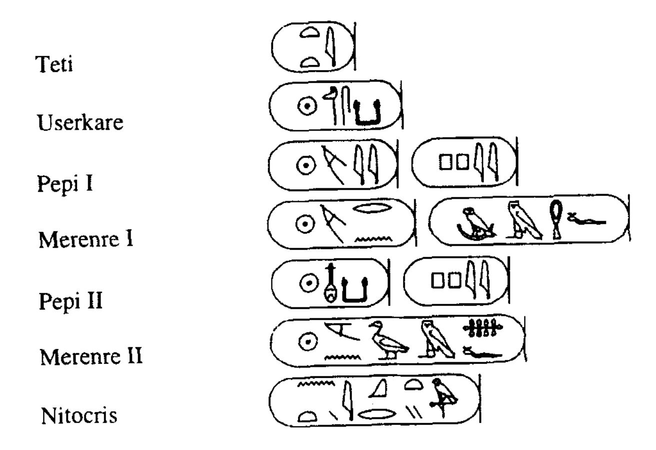
DINASTÍA IV (2625-2510)



DINASTÍA V (2510-2460)



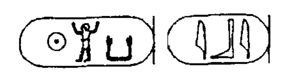
DINASTÍA VI (2460-2200)



DINASTÍAS VII-VIII (hacia 2200-2160)

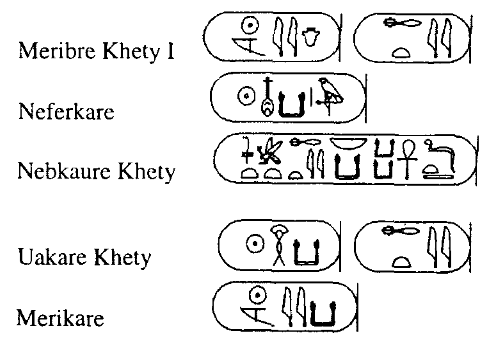
El único rey verdaderamente conocido de estas dos dinastías es el decimocuarto de la dinastía VIII:

Kakare Aba

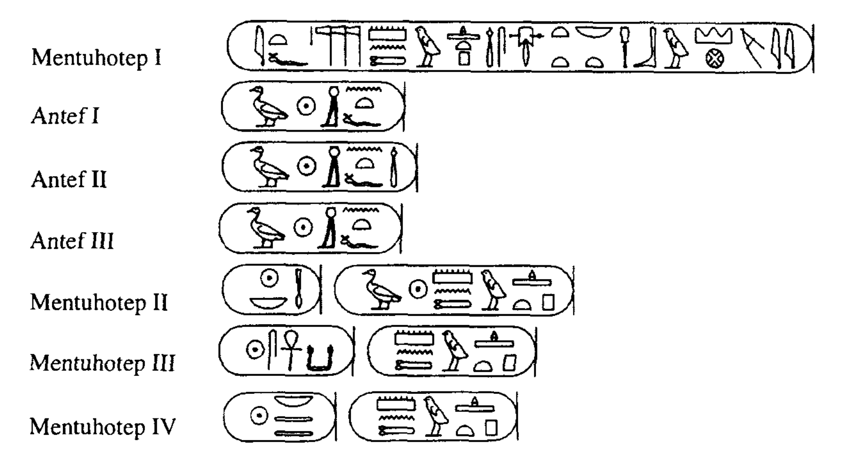


DINASTÍAS IX-X (hacia 2160-2040)

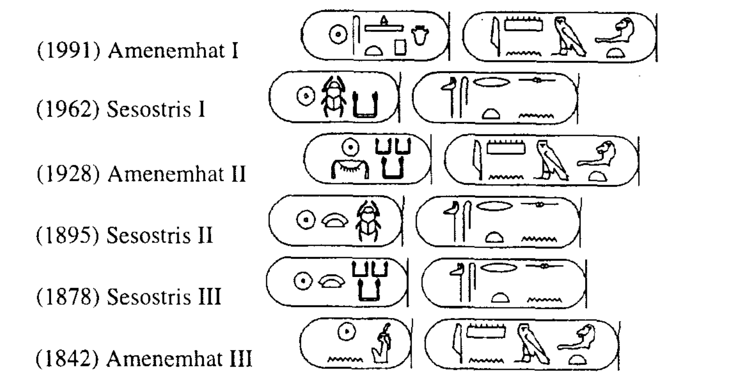
Principales reyes cuya identificación es probable:



DINASTÍA XI (2160-1991)

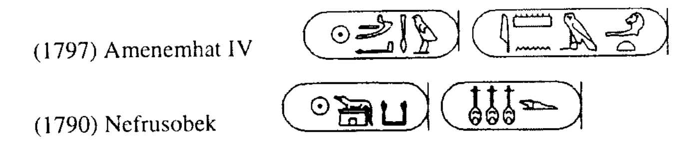


DINASTÍA XII (1991-1785)



(1797) Amenemhat IV

(1790) Nefrusobek



DINASTÍAS XIII-XIV (1785-1633)

Principales reyes, según el orden probable de sucesión:

Sekhemre-Khutauy

Amenemhat V

Sehetepibre

Amenemhat VI

Hornedjheritef

Sobekhotep I

Reniseneb

Hor I

Amenemhat VII

Ugaf

Sesostris IV

Khedjer

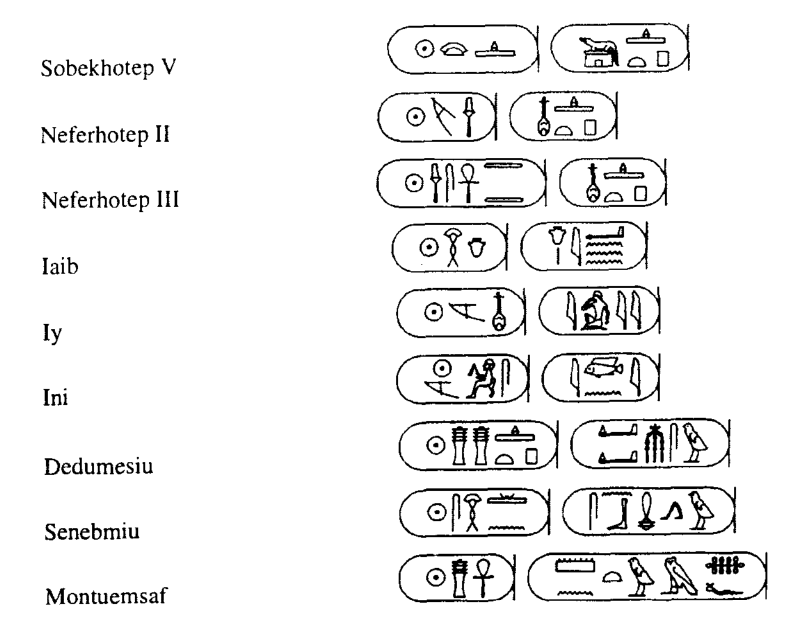
Smenkhare

Sobekhotep III

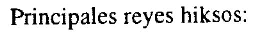
Neferhotep I

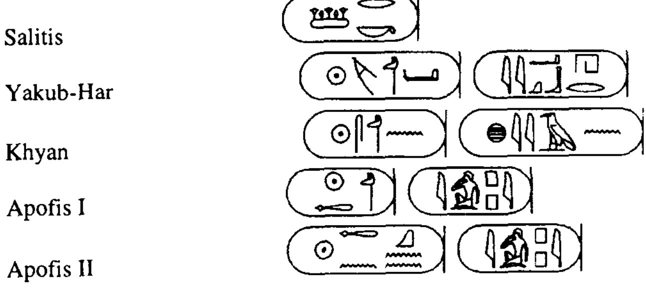
Sahathor

Sobekhotep IV



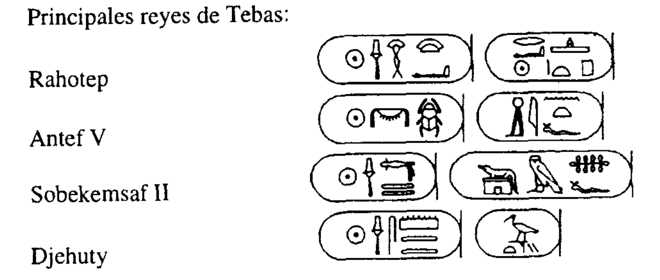
DINASTÍAS XV-XVI (hacia 1730-1530)

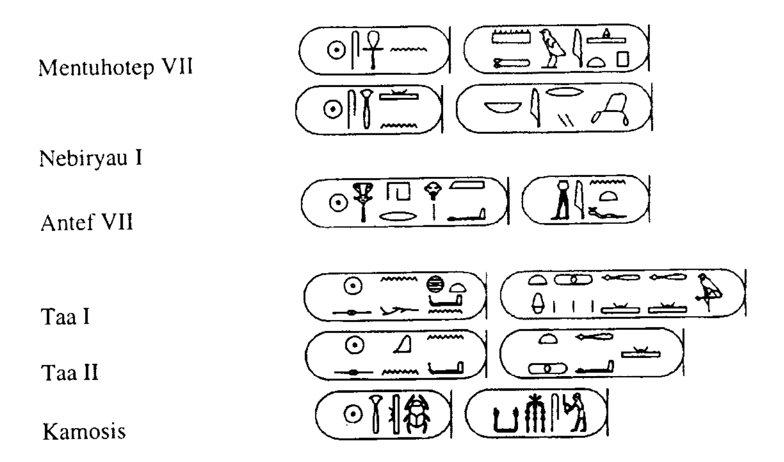

Principales reyes hiksos:



DINASTÍA XVII (hacia 1650-1552)

Principales reyes de Tebas:





DINASTÍA XVIII (1552-1314 ó 1295)

(1552) Ahmosis

(1526) Amenofis I

(1506) Thutmosis I

(1493) Thutmosis II

(1478) Hatshepsut

(1458) Thutmosis III

(1425) Amenofis II

(1401) Thutmosis IV

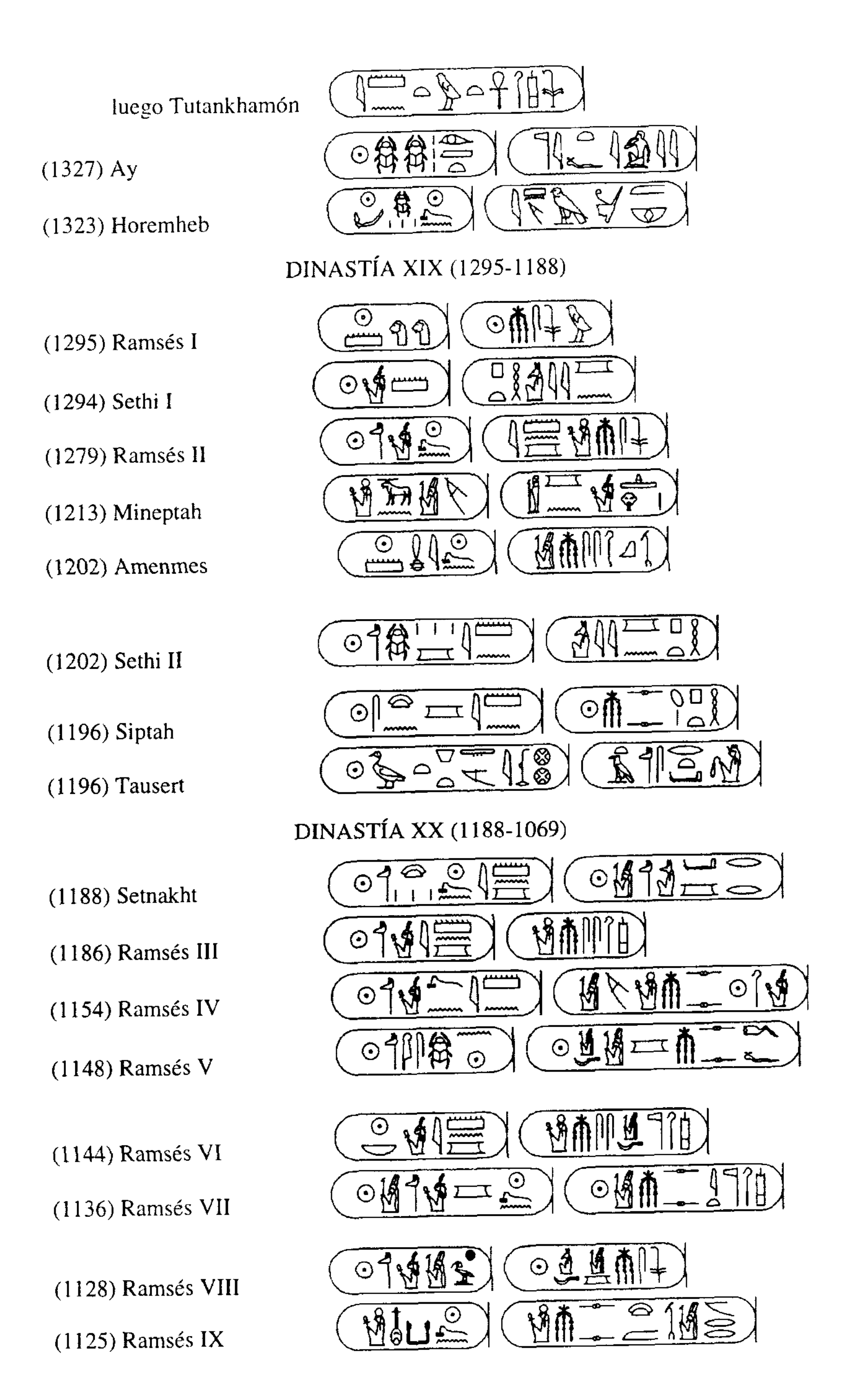
(1390) Amenofis III

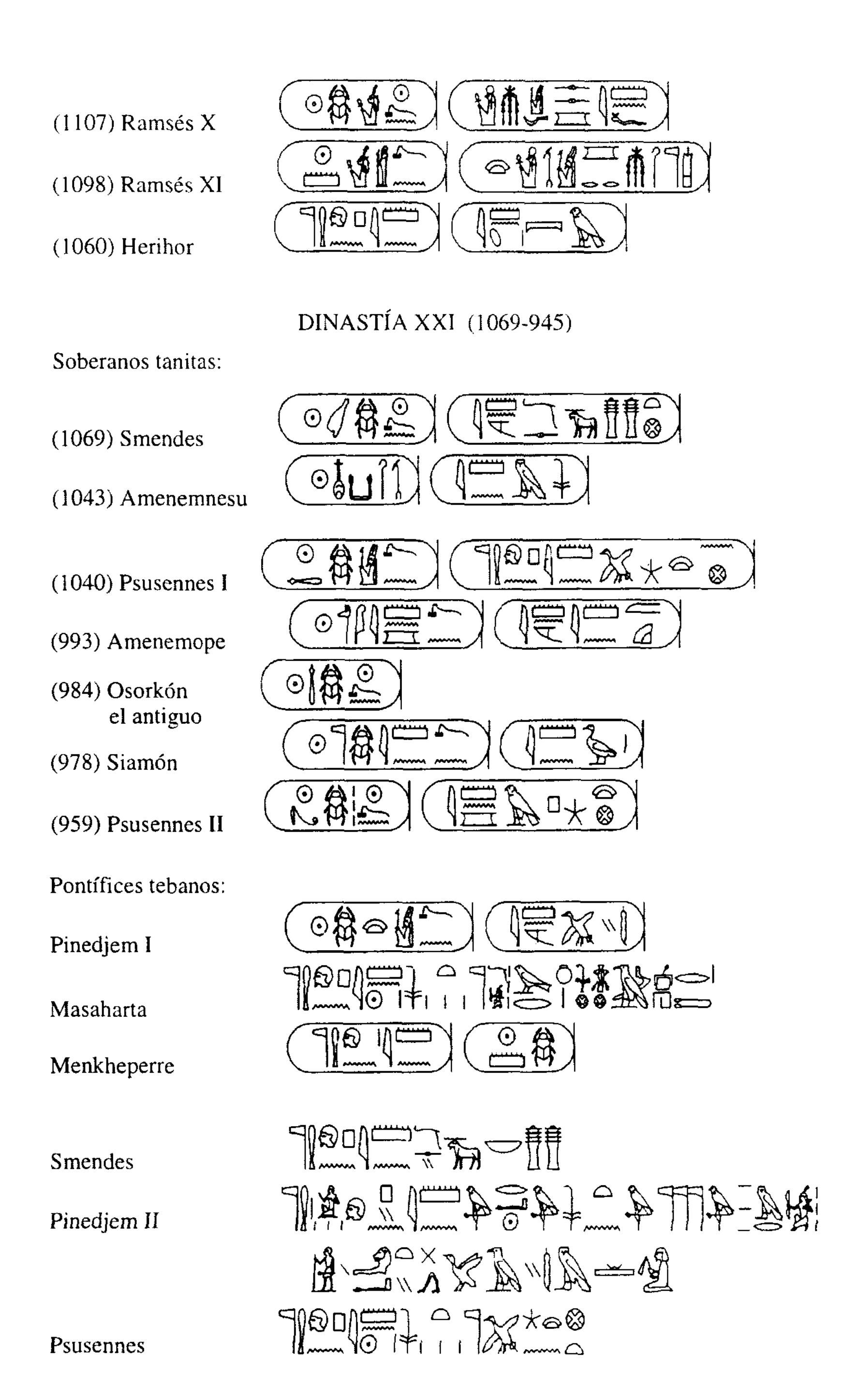
(1352) Amenofis IV

luego Akhenatón

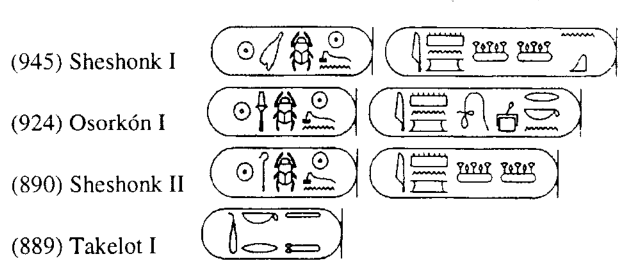
(1338) Smenkhare

(1336) Tutankhatón


luego Tutankhamón
(1327) Ay
(1323) Horemheb
DINASTÍA XIX (1295-1188)
(1295) Ramsés I
(1294) Sethi I
(1279) Ramsés II
(1213) Mineptah
(1202) Amenmes
(1202) Sethi II
(1196) Siptah
(1196) Tausert
DINASTÍA XX (1188-1069)
(1188) Setnakht
(1186) Ramsés III
(1154) Ramsés IV
(1148) Ramsés V
(1144) Ramsés VI
(1136) Ramsés VII
(1128) Ramsés VIII
(1125) Ramsés IX


(1107) Ramsés X
(1098) Ramsés XI
(1060) Herihor
DINASTÍA XXI (1069-945)
Soberanos tanitas:
(1069) Smendes
(1043) Amenemnesu
(1040) Psusennes I
(993) Amenemope
(984) Osorkón el antiguo
(978) Siamón
(959) Psusennes II
Pontífices tebanos:
Pinedjem I
Masaharta
Menkheperre
Smendes
Pinedjem II
Psusennes

DINASTÍA XXII (945-715)

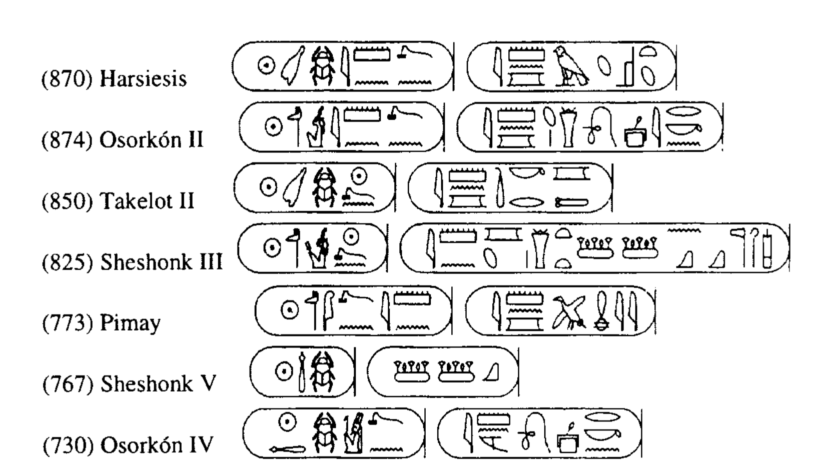


(945) Sheshonk I

(924) Osorkón I

(890) Sheshonk II

(889) Takelot I



(870) Harsiesis

(874) Osorkón II

(850) Takelot II

(825) Sheshonk III

(773) Pimay

(767) Sheshonk V

(730) Osorkón IV

Pontífices tebanos:

Iuput

Sheshonk

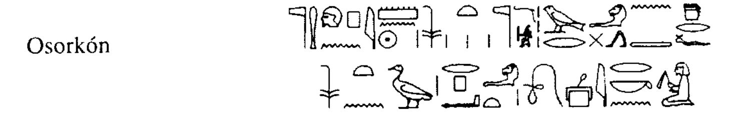
Smendes

Iuvelot

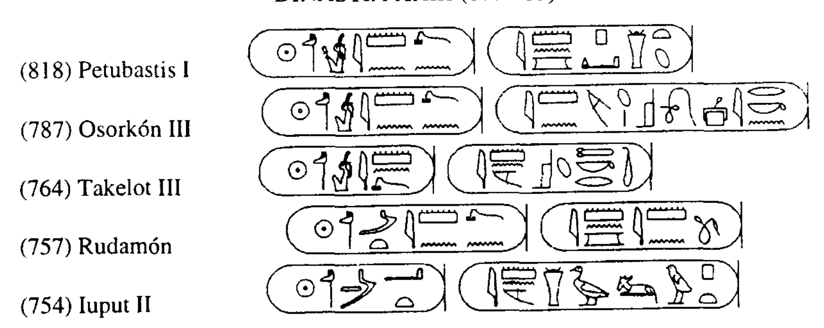
Harsiesis

Nimlot

Osorkón



DINASTÍA XXIII (818-715)



(818) Petubastis I

(787) Osorkón III

(764) Takelot III

(757) Rudamón

(754) Iuput II

Esposa Divina de Amón:

Shepenupet I

DINASTÍA XXIV (727-715)

(727) Tefnakht

(716) Bocchoris

Dinastas locales vasallos de Tefnakht:

rey de Herakleópolis:

Peftjauauibset

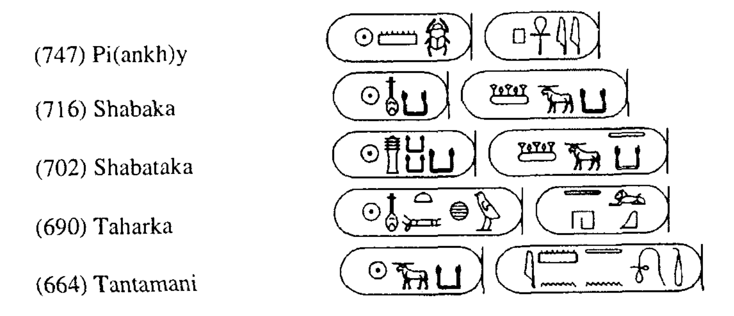
rey de Hermópolis:

Nimlot

DINASTÍA XXV (747-hacia 656)

Alara

Kashta



Esposas Divinas de Amón:



DINASTÍA XXVI (672-525)

(672) Nekao I

(664) Psamético I

(610) Nekao II

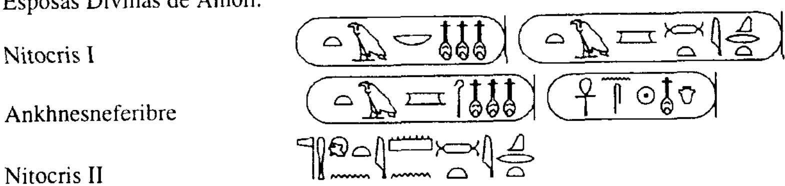
(595) Psamético II

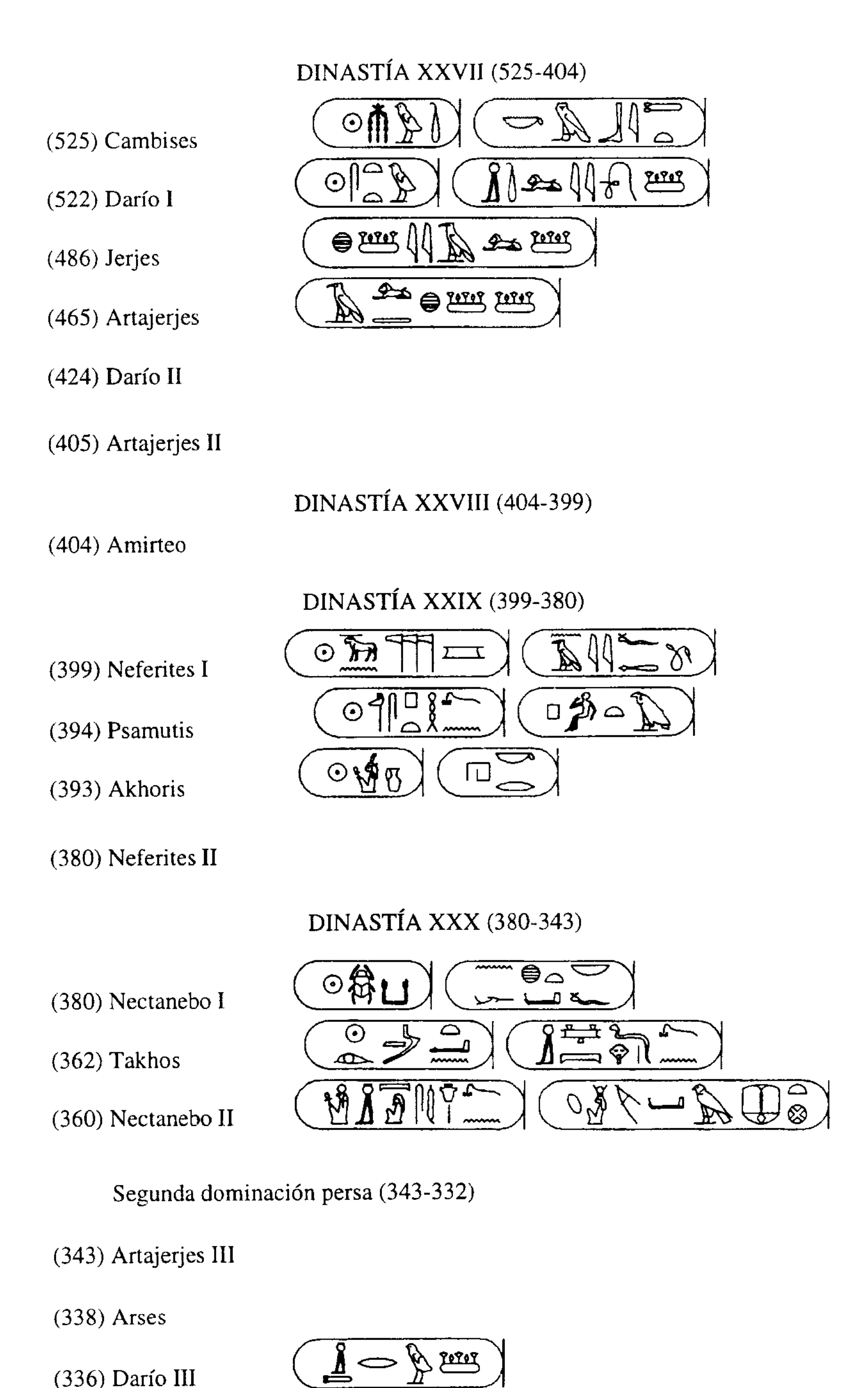
(589) Apríes

(570) Amasis

(526) Psamético III

Esposas Divinas de Amón:

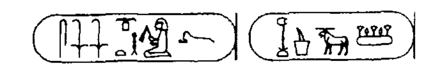




DINASTÍA XXVII (525-404)
(525) Cambises
(522) Darío I
(486) Jerjes
(465) Artajerjes
(424) Darío II
(405) Artajerjes II
DINASTÍA XXVIII (404-399)
(404) Amirteo
DINASTÍA XXIX (399-380)
(399) Neferites I
(394) Psamutis
(393) Akhoris
(380) Neferites II
DINASTÍA XXX (380-343)
(380) Nectanebo I
(362) Takhos
(360) Nectanebo II
Segunda dominación persa (343-332)
(343) Artajerjes III
(338) Arses
(336) Darío III

Último dinasta indígena:

(333) Khababash



SOBERANOS MACEDONIOS (332-305)

(332) Alejandro

(323) Filipo Arrideo

(317) Alejandro IV



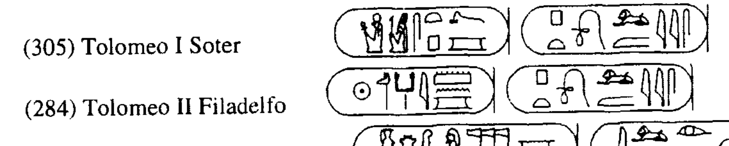
TOLOMEOS (305-30)



(305) Tolomeo I Soter

(284) Tolomeo II Filadelfo

Arsínoe II

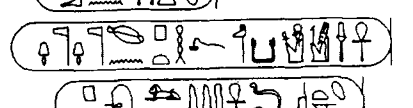


(246) Tolomeo III Evergetes



Berenice II

(222) Tolomeo IV Filopátor



(205) Tolomeo V Epífanes



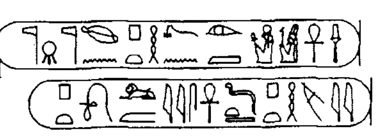
Cleopatra I

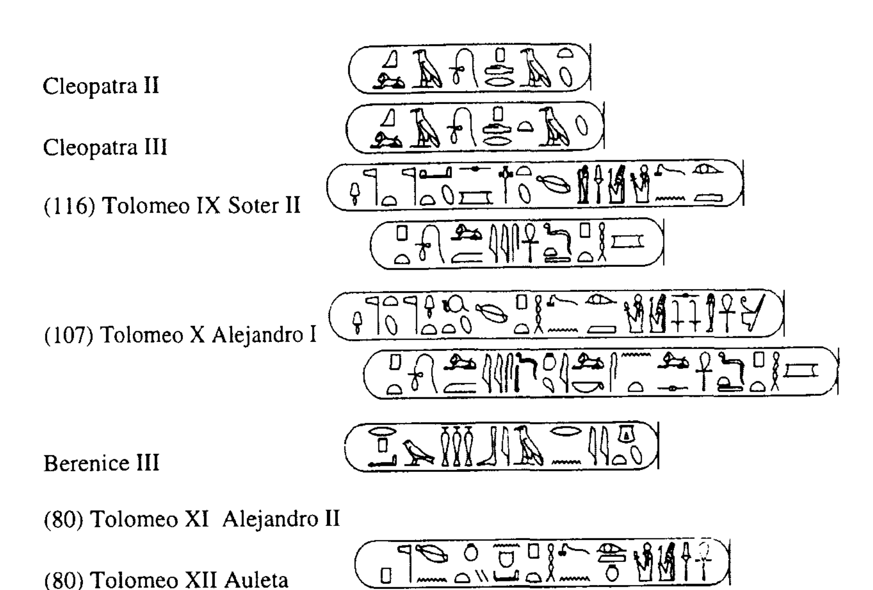
(180) Tolomeo VI Filométor



(145) Tolomeo VII Eupátor

(145) Tolomeo VIII Evergetes II





Cleopatra II

Cleopatra III

(116) Tolomeo IX Soter II

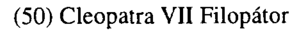
(107) Tolomeo X Alejandro I

Berenice III

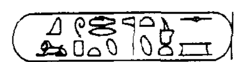
(80) Tolomeo XI Alejandro II

(80) Tolomeo XII Auleta

Berenice IV



(50) Cleopatra VII Filopátor



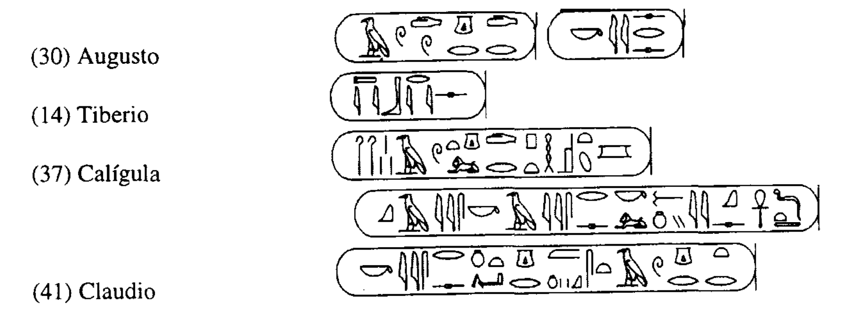
(47) Tolomeo XIII

(47) Tolomeo XIV Filopátor

(44) Tolomeo XV Cesarión



EMPERADORES ROMANOS Y BIZANTINOS (30-668)

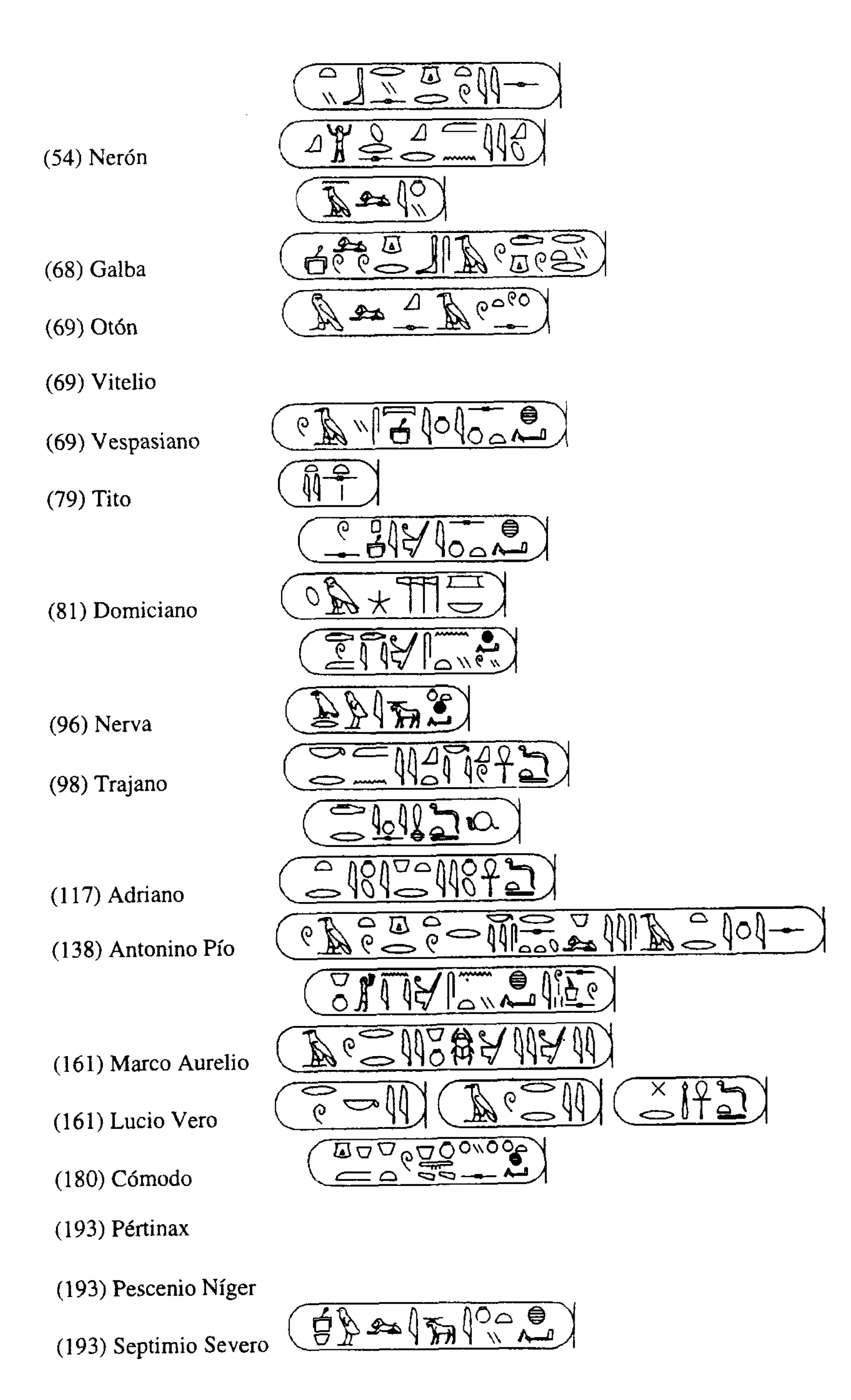


(30) Augusto

(14) Tiberio

(37) Calígula

(41) Claudio


(54) Nerón
(68) Galba
(69) Otón
(69) Vitelio
(69) Vespasiano
(79) Tito
(81) Domiciano
(96) Nerva
(98) Trajano
(117) Adriano
(138) Antonino Pío
(161) Marco Aurelio
(161) Lucio Vero
(180) Cómodo
(193) Pértinax
(193) Pescenio Níger
(193) Septimio Severo


(211) Caracala





(211) Geta


(217) Macrino

(218) Heliogábalo

(222) Alejandro Severo

(235) Maximino Tracio

Gordiano I

(238) Gordiano II

Balbino

(238) Pupieno

(238) Gordiano III

(244) Filipo el Árabe





(249) Decio

(251) Treboniano Galo

(253) Emiliano

(252) Valeriano

(253) Galieno

(260) Macrino y Quieto

(268) Claudio Gótico

(270) Quintilo

(270) Aureliano

(275) Tácito

(276) Probo



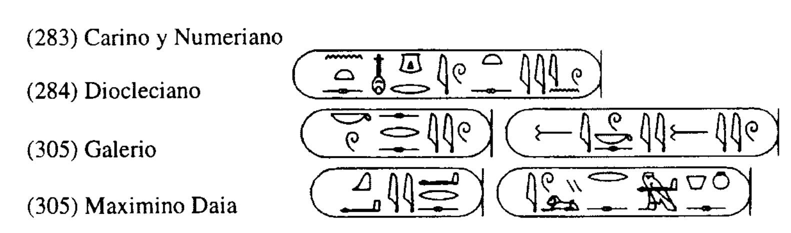
(282) Caro

(283) Carino y Numeriano

(284) Diocleciano

(305) Galerio

(305) Maximino Daia



A partir de Licinio, no se conoce hasta el momento la titulatura de ningún emperador.

PRINCIPALES SOBERANOS CONOCIDOS DE NAPATA Y MEROE

Atlanersa

Senkamanisken

Anlamani

Aspalta

Aramatel-ko

Malonaken

Analmaa

Amaninatakilebete

Karakamani

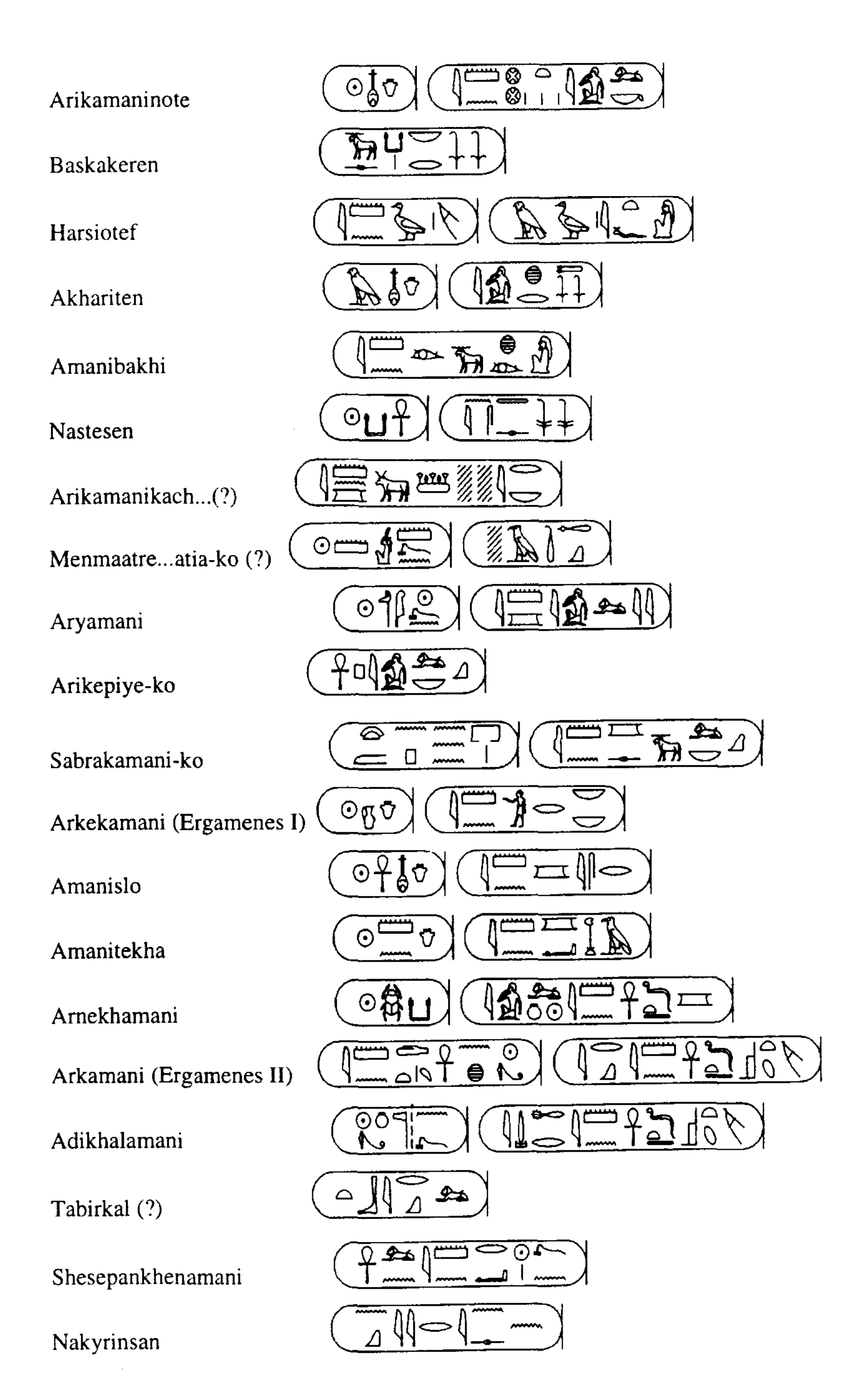
Amaniastabara-ko

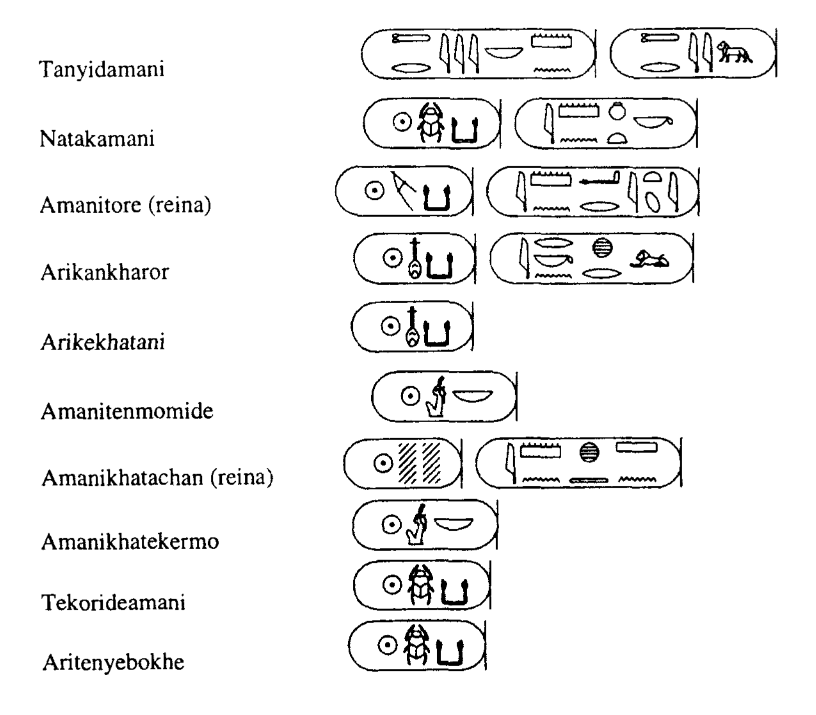
Siaspi-ko

Nasakhma

Maluiibamani

Talakhamani


Arikamaninote
Baskakeren
Harsiotef
Akhariten
Amanibakhi
Nastesen
Arikamanikach...(?)
Menmaatre...atia-ko (?)
Aryamani
Arikepiye-ko
Sabrakamani-ko
Arkekamani (Ergamenes I)
Amanislo
Amanitekha
Arnekhamani
Arkamani (Ergamenes II)
Adikhalamani
Tabirkal (?)
Shesepankhenamani
Nakyrinsan



Los restantes soberanos no los conocemos por inscripciones jeroglíficas.

Esta lista ha sido elaborada mediante computadora con ayuda del programa GLYPH 2.2, concebido y adaptado por Jan Buurman y Ed. de Moel.

ÍNDICE DE NOMBRES

Los topónimos van en **negrita**, los antropónimos, en *cursiva* y los nombres de faraones en ***negrita cursiva***.

ÍNDICE DE FIGURAS E ILUSTRACIONES

ÍNDICE GENERAL

SEGUNDA PARTE: LA ÉPOCA CLÁSICA

TERCERA PARTE: EL IMPERIO

CUARTA PARTE: LOS ÚLTIMOS TIEMPOS